CODESAL

LA ORACION EN LA SAGRADA ESCRITURA Y EN LOS SANTOS PADRES

ANTOLOGIA DE TEXTOS

Serie
Grandes Maestros
nº 10

Primera Parte
Esta primera parte contiene los textos de
los diez primeros siglos.
La segunda recoge los escritos medievales y modernos.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Con Licencia Eclesiástica

ISBN: 84-7770-224-1
Déposito legal: B-23.963-91
Printed in Spain
Impreso en España

PROLOGO

Amado lector: aquí tienes un libro muy especial, que considero fundamental para la vida espiritual, porque en él se recoge todo lo mejor que han escrito los principales santos sobre el misterio de la oración.

He aquí algunas de sus afirmaciones:

"La oración es el más grande de todos los bienes, el fin de todos los males y el fundamento y raíz de todas las virtudes".

"Todas las virtudes juntas, sin la oración, son pura ilusión".

"Como se haga bien la oración, que es lo más importante, no dejará de hacerse todo lo que Dios quiere".

"Donde esté la oración, con ella estarán todos los bienes y todas las verdaderas virtudes".

"Tú no vales otra cosa que lo que valga tu oración: ella es la medida de toda virtud y el fundamento y origen de toda perfección".

"Aunque repartas todos tus bienes a los pobres, aunque te sacrifiques y entregues tu vida en ayuda de los necesitados, aunque vivas en perfecta austeridad y en continuas vigilias y ayunos, y aunque te parezca que posees todas las virtudes, todas ellas no tendrán otro valor que lo que valga tu oración".

"Por la oración y sólo en ella y con ella recibimos todos los bienes".

"Es totalmente imposible que exista algo bueno en un alma donde no anida la oración".

"Un hombre sin oración es como un animal sin razón".

"El que abandona la oración pronto se convierte en bestia o demonio".

En cada uno de estos dos tomos abundan las expresiones como éstas o similares, salidas de la boca de los más grandes santos.

Considera que, como afirma San Ligorio, "los santos no mienten ni exageran". Por tanto, si ellos hacen tales afirmaciones, puedes estar cierto que es así como pensaban. Y si ellos, que vivieron la santidad, nos dicen que éste es el camino ¿no los vamos a creer?

Además, esta no es la opinión de un solo santo, pues como en este libro podremos comprobar, aquí se recogen los pensamientos de la mayoría de los santos escritores.

En este primer tomo recogemos los escritos de casi todos los Santos Padres y los escritores del primer milenio de la Historia de la Iglesia, y en el segundo están los principales santos y escritores medievales y modernos hasta nuestros días.

Por todo ello, consideramos que este libro es de la máxima importancia en el estudio de la teología y que no debe faltar en ninguna biblioteca religiosa.

Sevilla, 20 de octubre de 1991

INTRODUCCION

La doctrina de la oración en la historia de la Iglesia, en los Santos Padres y escritores eclesiásticos (1).

A. Del siglo segundo al concilio de Nicea (325).

La oración cristiana ha buscado su cauce durante el período que se extiende entre el final del reinado de Nerón y el de Marco Aurelio (Cf. supra, col. 2216); la oración cristiana se ha desarrollado durante la época, apenas menos oscura, que se extiende desde Marco Aurelio hasta Constantino. Antes del 325, no se puede captar esta evolución más que en aspectos fragmentarios. Prescindiendo de las oraciones litúrgicas, de las cuales la oración eucarística es la principal, los documentos nos informan en tres niveles: 1) el de la *oración popular*, sobre la cual encontramos testimonios sobre todo en inscripciones y en algunos papiros; 2) una oración más elaborada, en la que hay que incluir los himnos y que se puede llamar *paralitúrgica;* 3) *la teología de la oración*, tal como queda expuesta en los escritos sobre el tema.

1. **La oración popular.—** Las inscripciones funerarias son los documentos principales en los que se expresa la piedad popular. Citemos una de las más antiguas, sin duda del siglo segundo (A. Hamman, *Prières... (Oraciones...)*, n. 127): "Y vosotros, hermanos míos, cuando vengáis a orar aquí, e invoquéis al Padre y al Hijo, no olvidéis en vuestros pensamientos Agapé (la

NOTA

(1) Esta introducción es un artículo del "Dictionnaire de spiritualité" del concepto *prière* (oración) que nos ha parecido oportuno traer aquí, porque nos mete de lleno en el tema que en este libro abordamos.

caridad, nota del traductor), para que Dios Todo-Poderoso guarde Agapé para la vida eterna".

Al igual que esta, la mayor parte de las inscripciones funerarias son plegarias que piden para el difunto reposo y paz; a veces, expresan el temor del juicio, mucho más a menudo la esperanza en la resurrección. Raramente se dirigen las oraciones al Padre en cuanto tal, sino más bien, como en el ejemplo anterior, al Dios Todo-Poderoso, o a la Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo (Hamman, n. 122). Al Espíritu solamente se le nombra algunas veces (n. 116). Con la mayor frecuencia, el invocado es Cristo: "La paz de Cristo sea contigo", "Vive en Cristo", etc. La piedad popular parece más cristológica que la predicación y la teología.

Algunas inscripciones tienen un carácter más literario. Las dos más célebres, las de Abercius de Hierapolis en Frigia y la de Pectorius de Autun, velan su profesión de fe bajo enigmas cultos (Hamman, n. 132-133). El testimonio autobiográfico de Abercius es una especie de acción de gracias; en el epitafio de Pectorius se lee: "Aliméntanos, Maestro y Salvador, con el Ichthus", es decir con la eucaristía; pide de la paz para su padre, su madre y sus hermanos, y se termina así: "Acordaos de Pectorius", evidentemente en vuestras oraciones.

Había por la misma época un culto doméstico sobre el que estamos mucho menos informados. Se recomendaba a los cristianos el tener un oratorio en sus casas (Orígenes, *Sobre la oración* 31, 4). La huella de uno de aquellos más antiguos oratorios parece ser la cruz encontrada sobre un muro de Herculanum. Los cristianos oraban en momentos particulares. Oraban generalmente de pie, con las manos extendidas o levantadas hacia el cielo (Cf. Saxer, "Extendió las manos..." El tema del orante o la orante en la literatura de los siglos segundo y tercero, en *Augustinianum,* t. 20, 1980, p. 335-65). A veces se arrodillaban en señal de arrepentimiento, o se postraban con la frente contra la tierra para adorar. Se volvían preferentemente hacia Oriente, de donde viene la luz y de donde esperaban el retorno de Cristo.

La petición, al parecer, ocupaba el lugar más importante: se imploraba la misericordia, el perdón de los pecados, la vida eterna.

Sin duda, se añadían a ellas otras peticiones más terrenas, pero han dejado éstas pocas huellas. Por el contrario son frecuentes la alabanza, la acción de gracias, a menudo teñidas de reminiscencias bíblicas. Los Salmos han constituído el libro por excelencia de la oración cristiana (Cf. art. Salmos). La mayor parte de las oraciones a partir de la época apostólica se concluían con doxologías, que glorificaban unas veces a Cristo y otras a la Trinidad.

Una paradoja aparente es que las oraciones que las *Pasiones* atribuyen a los mártires contienen menos peticiones de auxilio que de alabanzas y acciones de gracias:

"Te doy gracias, Cristo, guárdame porque sufro por tí. Adoro al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo... Te doy gracias, oh Cristo, ven en mi auxilio, Cristo, sufro por ti, ¡Oh Cristo!... Grande es tu gloria, Señor, en los servidores que te has dignado llamar a ti" (Euplus, en 304). "Deo gratias", exclamaba Cipriano al escuchar la sentencia que le condenaba. "Deo gratias" dicen los mártires de Abitina en medio de los suplicios.

Los mismos mártires son asociados a las plegarias desde el siglo segundo. La *Pasión de Perpetua* se concluye así: "¡Santos valientes y bienaventurados!"; así mismo las *Actas de Fructuoso*. Pero si los autores celebran su gloria, sin embargo no piden su intercesión. Asimismo en las oraciones marianas más antiguas; la petición de protección expresada en un papiro griego de Manchester, constituye la más antigua expresión de *Sub tuum praesidium*, y podría remontarse al siglo tercero o cuarto. Los epitafios que suplican las oraciones de difuntos (Hamman, *Prières... Oraciones*, n. 114) son muy difíciles de datar con precisión. Pero se trata de la intercesión de los santos en Orígenes y en las inscripciones sobre grafito de la catacumba de San Sebastián, que contienen invocaciones claras a los santos Pedro y Pablo, y que son claramente del siglo tercero.

2. **Oraciones paralitúrgicas.—** Se nos conservan, de los tres primeros siglos, además de un cierto número de himnos y otras oraciones para la oratoria, cuya relación con la liturgia de las comunidades es probable, pero no cierta. Retendremos la

indicación de la Didajé: "Dejad a los profetas dar gracias cuanto quieran" (10,7). Los textos transmitidos son sencillamente resúmenes para improvisaciones libres: no hay frontera entre la oración litúrgica y la inspirada.

Una cierta abundancia verbal era signo de inspiración. Así Policarpo "día y noche no hacía más que orar por todos los hombres y por las iglesias del mundo entero" (*Martirio de Policarpo* 5, 1). Al ser arrestado, habiéndosele concedido un espacio de tiempo, "se puso a orar de pie, lleno de la gracia de Dios, hasta el punto de que, durante dos horas, no pudo cesar de hablar" (7, 2-3, p. 218). Era una oración de intercesión en la que había recordado a pequeños y grandes, ilustres y no ilustres, y a toda la Iglesia católica extendida por todo el universo" (8, 1, p. 218). El autor del relato incluso concede al mártir sobre el patíbulo una oración compuesta posteriormente, en la que se percibe el eco de las bendiciones judías y bíblicas, y sobre todo de las fórmulas litúrgicas: "Yo te alabo, te bendigo, te glorifico, por Jesucristo, el gran sacerdote eterno y celeste" (15, 3, p. 228). Esta acción de gracias dirigida al Padre, por su Hijo, sigue el desarrollo que existía ya y permanecerá como el de la plegaria eucarística.

Lo mismo acontece con la gran oración que concluye la Epístola de Clemente Romano (59-60). Presenta también analogías con las bendiciones judías y las plegarias eucarísticas, sin embargo ha tenido una cierta influencia del pensamiento y de los himnos griegos, no solamente en el vocabulario ("demiurgo", "concorde y paz", etc.) sino también en el estilo: enumeración de los títulos divinos, acumulación de participios ("tú que descansas... tú que humillas...), imperativos (salva,... levanta,... aparece,... cura...") y de epítetos ("justo,... admirable,... sabio..."). La oración termina con una súplica por los gobernantes, según una tradición judía retomada para las oraciones solemnes de la Iglesia antigua.

Más alejadas de la plegaria eucarística, y más cercanas aún de los himnos griegos en la forma lo son las composiciones cultas como el himno a Cristo-Logos, en que concluye el *Pedagogo* de Clemente de Alejandría; en ese texto se disimulan los títulos tomados de la Biblia, bajo expresiones convencionalmente poé-

ticas. El cántico de las vírgenes a Cristo, al final del *Banquete* de Metodio de Olimpo (284-292), muestra el mismo género de composición artificial, lo mismo que los himnos paganos de Proclus y a los últimos ensayos de imitación de la himnología clásica. Los himnos sirios de Efrén de Nisibe, los *Kontakia* de Romanos el Melode, que darán forma a la himnología bizantina, y del lado latino los himnos ambrosianos serán otra cosa.

No parece que el gnosticismo heterodoxo haya ejercido mucha influencia sobre la oración de la Grande Iglesia. Ciertamente, en los escritos descubiertos cerca de Nag Hammadi figuran una "oración de Pablo" y oraciones de arrepentimiento o de acción de gracias (*Exégesis del alma; Evangelio de los Egipcios*); cf. J.-M. Sevrin, *La prière gnostique* (*la oración gnóstica*). Pero la gnosis siendo, en la mayor parte de los sistemas, un don de la naturaleza y no una gracia, no constituye el objeto de una oración. Tampoco son oraciones las efusiones del *Evangelio de verdad*, ni los himnos de los Naasenos citado por Hipólito (*Elenchos* V, 10,2).

Las numerosas oraciones que se incluyen en las Actas apócrifas de los apóstoles, compuestas en los siglos II y III, han podido recoger elementos más o menos emparentados con el gnosticismo. Pero el más característico de estos documentos, el enigmático *Canto de la perla* (*The Acts of Thomas*, 108-113, trad. inglesa y comentario por A. F. J. Klijn, 1962, p. 108-25, 276-81) es el relato de un rapto místico, y no una oración. En revancha, esos escritos contienen oraciones ardientes a Cristo, tan cristológicas que Dios Padre está casi ausente. Su exaltación encrática de la virginidad hace sospechar su ortodoxia. No parecen reflejar la espiritualidad de los grupos ascéticos sirios marginales, que preparan el camino al monacato. (Cf. A. Hamman, *La prière* (*La oración*), t. 2, p. 169-229).

Es en la Grande Iglesia donde se han compuesto antífonas o himnos, que han pasado posteriormente al uso litúrgico, como el himno a Cristo: *¡Oh Luz Gozosa!*, que se cantaba al encenderse las lámparas (lucernario); citado por San Basilio ya como tradicional (*De Spiritu Sancto* 29, 73), que se remonta sin duda al siglo III. Es también el caso de la gran doxología que, adoptada por la Iglesia latina, pasaría a ser el *Gloria in excelsis*. Tomando como

punto de partida el cántico de los ángeles en *Lucas* 2, 14, la doxología se desarrolla en alabanzas, a continuación en invocaciones al Padre y al Hijo; termina exaltando a Jesucristo; la referencia final al Espíritu Santo podría ser posterior. En la Iglesia griega es aún el himno de la mañana.

3. **Los tratados "Sobre la oración".**—Aparecen al comienzo del siglo III, en el punto de convergencia de tres corrientes diferentes. Por una parte esos tratados heredan escritos en los que son codificados los empleos, y de los cuales la *Didajé* es el más antiguo, los *Cánones* de Hipólito y las *Constituciones Apostólicas* de los estados posteriores. Por otro lado, el desarrollo de los comentarios bíblicos se extiende a la oración, sobre todo cuando se trata del Pater; entonces renueva la catequesis y las homilías. Finalmente el recurso a la filosofía lleva a examinar las cuestiones ya suscitadas por los Griegos a propósito de la oración.

1.° EL **DE ORATIONE DE TERTULIANO,** redactado hacia el 198-200, brota de dos corrientes primeras: no se capta en él apenas influencia alguna filosófica; es exegético y práctico. En la introducción el autor avanza la tesis de que Cristo ha fijado en el Nuevo Testamento una forma nueva de oración, más espiritual. A continuación parafrasea y comenta el Pater versículo tras versículo. Es el comentario más antiguo que tenemos.

Tertuliano reúne en torno a cada petición citas extraídas en su mayoría del Nuevo Testamento. El Pater aparece así como un resumen de todo el Evangelio. La interpretación se orienta hacia la moral: "Que su nombre sea santificado" *en nosotros*; "Que venga su Reino" *en nosotros*; "Que la voluntad de Dios se haga" *en nosotros.* El "pan de cada día" puede aplicarse al mismo Cristo o a su Cuerpo eucarístico, pero también debe ser entendido en su sentido literal; es preciso contentarse con lo necesario y no preocuparse del mañana. Cuántos deberes (*officia*) son reunidos: homenaje a Dios en el título de Padre, testificación de la fe en la mención del Nombre, ofrenda de sumisión en la mención de la voluntad, llamada a la esperanza en referencia con el reino, petición de la vida en relación con el pan, confesión de

nuestras deudas en la súplica, vigilancia contra las tentaciones en la petición de protección" (9, 1-2).

A continuación se tratan brevemente cuestiones prácticas: prepararse para la oración mediante la reconciliación con los hermanos, para estar en paz y pureza de corazón (10-14); no quitarse el abrigo para orar: es una costumbre pagana (15, 2); no permanecer sentado (16, 7); no levantar demasiado las manos ni orar con la voz demasiado alta (17, 1); no abstenerse del beso de paz ni de la comunión los días de ayuno (18-19). El autor insiste en que las vírgenes lleven el velo (20-22). Regula la práctica del arrodillarse (23). Sin imponer prescripciones estrictas, preconiza momentos de oración y ocasiones para orar (24-26). Alaba a los que concluyen las oraciones con un aleluya o un salmo (27). El tratado se termina con una comparación entre los sacrificios del Antiguo Testamento y la oración cristiana, que es el verdadero sacrificio espiritual. Celebra la eficacia de la oración:

"La oración lava los pecados, rechaza las tentaciones, consuela a los débiles, alegra a los fuertes, guía a los que viajan, apacigua las tempestades, paraliza a los malhechores, alimenta a los pobres, dirige a los ricos, alienta a los que se desaniman, levanta a los que caen, sostiene a los que se mantienen derechos" (29, 2). En el combate espiritual, "es la muralla y defensa de la fe, nuestro armamento contra el enemigo que nos amenaza por todos los lados" (29, 3). En fin toda la creación ora a su manera: "Todos los ángeles oran, toda criatura ora, los rebaños y bestias salvajes oran... Los pájaros dirigen su vuelo hacia el cielo, despliegan la cruz de sus alas y como que dicen una oración". Pero la razón principal para orar es que: "El mismo Señor ha orado" (29, 4).

2.° EL **DE DOMINICA ORATIONE DE SAN CIPRIANO,** escrito hacia el 250, es una apliación libre del tratado de Tertuliano. Es también un comentario al Pater (7-27), precedido por una introducción general (1-6) y seguido por diversas exhortaciones (28-36). Añade numerosas referencias escriturísticas a las de su predecesor, y utiliza mucho más el Antiguo Testamento. Según M. Réveillaud (ed. y trad. del *De dominica oratione,* p. 52), "casi la tercera parte está reservada a transcribir pasajes de la

Biblia", y el resto está lleno de alusiones bíblicas. Cipriano ha guardado de Tertuliano la tendencia moral: también en Cipriano las primeras peticiones se relacionan con lo que sucede *en nosotros*, e interpreta "el cielo" y "la tierra" como significando la carne y el espíritu; por fin exhorta a unir, con la oración, "las obras y las limosnas" (32).

Se reconoce al autor del *De catholicae ecclesiae unitate* (*sobre la unidad de la iglesia católica*), tratado algo posterior, por su insistencia en el aspecto comunitario del Pater: "*publica est et communis oratio:* y cuando oramos, no oramos por uno solo, sino por todo el pueblo, pues, el pueblo entero, somos uno: *quia totus populus unum sumus*" (porque todo el pueblo somos uno). Los tres Hebreos cantando al unísono, en el horno; los discípulos después de la Ascensión, "unánimes en la oración", dan una idea de los fieles que "Dios ha hecho habitar unánimes en la casa" (ibíd.; cf. Ps. 68, 7). Tras Cipriano "este comentario genial será retomado sin cesar" (Réveillaud, p. 169-70), por Agustín (*Sermón* 58, 2), Abelardo (*Sermón* 14), los reformadores, los católicos... La oración por excelencia es en efecto la que es dicha en la asamblea; supone la unidad y la pide (15; 23-24; 30).

Con más fuerza todavía que Tertuliano, Cipriano exhorta a orar con todo el corazón, a desterrar todo pensamiento carnal y mundano. Piensa principalmente en la celebración eucarística, de la que recuerda el *Sursum corda!* (31). Es una de las llamadas de atención más antiguas contra las distracciones. El final del tratado vuelve a considerar el tema de las horas de la oración; el autor ve en ello toda clase de símbolos, concretamente en la oración nocturna y la del amanecer; en los dos casos, la oración se vuelve hacia Cristo, luz verdadera (35-36); la oración es un anticipo de la eternidad "en que oraremos sin fin y daremos gracias, del mismo modo que aquí abajo no cesábamos de orar y de dar gracias" (36).

Los tratados de Tertuliano y de Cipriano son sin duda alguna, como más tarde la *Catequesis mistagógica* V de Cirilo de Jerusalén, instrucciones catequéticas en relación con el bautismo. Con Clemente de Alejandría y Orígenes, se entra en una enseñanza de un nivel superior, en que la exégesis es más depurada,

apareciendo referencias más estrictamente filosóficas y que desembocan en una teología de la oración.

EN LOS ESTROMATOS VI y VII (escritos poco después del 200), *Clemente de Alejandría* se propone demostrar que sólo es piadoso aquel a quien él llama "el gnóstico", es decir el cristiano *perfecto*, modelo y maestro para los otros. Clemente de Alejandría se propone una doble finalidad: avergonzar a los filósofos por apoyar y justificar persecuciones contra los cristianos y sus catequesis (es su finalidad declarada, tomada de la apologética); dar a los cristianos esclarecidos un modelo que seguir, y perfeccionar su educación dándoles elementos de moral teórica bajo la forma de un retrato ideal. En ese retrato la oración ocupa un lugar importante. Ya en el *Estrómato* VI (101, 3-102):

"A los que viven sin pecado, como gnósticos, Dios les da desde el momento en que formulan el pensamiento. Así en respuesta a un simple pensamiento de Ana, Dios le concede el concebir a un hijo, a Samuel (1 *Reyes* 1, 13)... El gnóstico ora, pues, de pensamiento en todo momento, permaneciendo por la caridad en unión con Dios. Pedirá primeramente el perdón de los pecados y, después de haber llegado a no pecar más, pedirá por añadidura el poder hacer el bien y la inteligencia y el designio de Dios relativo a toda la cración, para que, habiendo llegado a ser puro de corazón (cf. *Mt.* 5, 8), sea iniciado a la visión bienaventurada cara a cara, gracias a la revelación dada por el Hijo de Dios". (1 *Cor.* 13, 12).

Estas líneas preparan las reflexiones más amplias del *Estrómato* VII, en que se encuentran los ecos de la filosofía griega. El gnóstico tiene muchos rasgos del sabio estoico, el único piadoso, único verdadero sacerdote, el único que sabe orar. Como el sabio, no está atado por las contingencias de tiempo y lugar: ora siempre y no solamente los días de fiesta; ora en todo lugar y no solamente en los lugares de culto (35, 5-6). Como el sabio, es digno de orar porque conoce a Dios, posee la virtud y sabe distinguir los verdaderos bienes (39, 1, p. 30). Clemente, el primero de entre los cristianos, toma la definición filosófica de la oración (¿Aristóteles?): "La oración es una conversación con Dios". Quizás toma de los filósofos la idea de una oración silen-

ciosa, completamente interior, que la asimila audazmente a los "gritos" de la oración bíblica (39, 5-6, p. 30).

En esta sección, Clemente deja aparecer solamente por alusiones discretas el carácter cristiano del gnóstico "según la regla de la Iglesia" (41, 3, p. 31). Opone a las tres oraciones diarias de la tradición judio-cristiana la oración incesante del gnóstico, pero está abierto a significados ocultos de esos tres momentos de oración (42, 3-4, p. 31). Evoca sin duda una actitud muy conocida cuando habla de la cabeza erguida y de las manos levantadas, pero también del levantamiento del cuerpo sobre las puntas de los dedos del pie que acompaña a la exclamación final; lo interpreta en términos platónicos referentes al movimiento que despega al alma del cuerpo y la lleva hacia arriba; pero esto podría ser una alusión al *Sursum corda* de la liturgia (40, 1, p. 30). Su modelo permanece Cristo:

"La acción de gracias y la oración por la conversión del prójimo constituyen la obra propia del gnóstico. Es así como el Señor oraba, dando gracias por haber cumplido su ministerio y pidiendo que el mayor número posible llegue al conocimiento revelado, para que Dios sea glorificado en los que son salvados... y que el solo Bueno, el solo Salvador sea conocido gracias al Hijo de eternidad en eternidad" (41, 6-7, p. 31; cf. *Juan* 17, 1-5).

Pero Clemente dice también que "el gnóstico orará con los simples creyentes en lo que convenga hacer con ellos" (49, 8, p. 37). Distinto de los simples, pero está en comunión con ellos; con ellos puede decir: "Toda nuestra vida es para nosotros una fiesta. Persuadidos de que en todo lugar, por todos los lados, Dios está presente, trabajamos cantando alabanzas, navegamos con acompañamiento de himnos, en toda nuestra conducta llevamos una vida conforme a las reglas del arte" (35, 6, p. 27-28). Ese "nosotros" para Clemente, como para los otros escritores cristianos, es la expresión de la solidaridad cristiana para con los paganos, incluso si son filósofos. Describe costumbres cristianas: "Los sacrificios del gnóstico son oraciones, alabanzas, lectura de la Sagrada Escritura antes de la comida y antes de acostarse, e incluso oraciones nocturnas" (49, 4, p. 37). En realidad en todo ello el gnóstico aplica los preceptos enunciados para

todos en el *Pedagogo* 11, 44, 1; 79, 1. En determinados lugares las alusiones se hacen más numerosas:

"Su oración no es *palabrera* (cf. *Mt.* 6, 7), pues ha aprendido del Señor lo que hay que pedir (cf. el Pater). Orará *en todo lugar* (cf. *Tim.* 2, 8), no a los ojos de la multitud y ante ella (cf. *Mt.* 6, 5)...Incluso si en la *cámara secreta* (*Mt.* 6,6) de su alma se contenta con alimentar la idea de ello (alusión a una *agrafia*), y si *invoca al Padre* (1 *Pedro*, 1, 17) *con gemidos inenarrables* (*Rom.* 8, 26), y le habla siendo así que ya está allí" (*Str.* VII, 49, 6-7, p. 37).

Esta oración del gnóstico es bastante diferente de aquella de que hablan Tertuliano y Cipriano. Menos orientada hacia la petición, tiene grandes dosis de acción de gracias y alabanza; es incesante. Aunque Clemente no habla de oración contemplativa, esa oración está estrechamente vinculada al conocimiento y a la contemplación: pide la gnosis, y en su forma perfeccionada, la realiza. Esta oración introduce en el mundo angélico y divino: prepara para la contemplación eterna y la anticipa. Se puede decir incluso que es una oración unitiva: es conversación con Dios y asimismo es también un proceso de divinización; es inseparable de la caridad. Permaneciendo fiel al Evangelio, Clemente se abre a nuevos caminos, en los que penetrarán ambientes monásticos, en los que su influencia no siempre se podrá distinguir de la de Orígenes.

4.° **EL PERI EUKHES DE ORIGENES** (GCS, *Orígenes* 2, 1899, pp. 295-403; trad. franc. G. Bardy, París, 1932; trad. ing. E. G. Jay, Londres, 1954, con introd. sobre la oración antes de Orígenes y en Orígenes), escrito hacia el 234, en primer lugar no es una obra apologética contra los filósofos, ni tampoco una catequesis elemental. Es más bien una especie de carta dirigida a su amigo Ambrosio y a la hermana o esposa de éste, Tatiana, cristianos esclarecidos. Ellos le habían pedido responder a objeciones contra la oración (5, 1-6), tratar también el objeto de la oración, la manera de orar, los tiempos y lugares más favorables (2, 1). El autor responde a lo que ellos esperan, incluso si se declara sobrepasado por el tema (lo cual puede ser sencillamente una fórmula estilística). El autor proyecta volver sobre el tema, pero parece no

haberlo hecho; al terminar, solicita indulgencia por parte de los lectores (34).

La obra comprende tres partes: reflexiones y enseñanzas sobre la oración en general (1-17), un comentario al Pater (18-30), un apéndice sobre detalles prácticos (31-34).

Una sección importante (cap. 5-6) vuelve a considerar la cuestión tratada por Clemente: ¿Es preciso orar? Orígenes prescinde más rápidamente que su predecesor de los filósofos ateos y de los que niegan la Providencia, declarándolos desacreditados. Se entretiene más con las objeciones lanzadas por herejes y tomadas de la presciencia divina: si Dios sabe todo, ¿para qué orar? Sucederá lo que haya previsto. Pero la oración también, responde, está prevista por Dios y entra en sus planes, como también entran nuestros actos libres, pues Dios, todo poderoso, respeta sin embargo nuestro libre arbitrio. La idea de que Dios escucha solamente las oraciones de los que lo merecen, de que la oración debe reposar sobre pensamientos justos en referencia a Dios, de que hay que pedir los únicos bienes verdaderos son ideas comunes a muchos filósofos, pero más bien que explicarse por fuentes precisas, se trata de reminiscencias o de la explotación de un fondo común.

La obra, al igual que la de Cipriano, tiene una base sólida escriturística, pero la exégesis es más depurada. Orígenes distingue cuidadosamente entre los dos sentidos de la palabra *eukhè* en la Biblia: *"oración" y "voto" (4, 1); parece considerar proseukhè como un sinónimo*; pero, en el capítulo 14, sin duda por referencia a una autoridad diferente (1 *Tim.* 2, 1) nombra la oración propiamente dicha (*proseukhè*) entre las realidades vecinas de lo que hay que llamar la oración (*eukhè*), con la súplica, la intercesión y la acción de gracias. A pesar de la búsqueda de precisión, hay alguna vaguedad en el vocabulario.

Orígenes hace un uso discreto de la alegoría. Interpreta en sentido espiritual el objeto de las oraciones de petición que encuentra en la Biblia cuando le parecen demasiado bajas en su sentido literal (13, 2-4; 16, 3). Rechaza la idea de que *los cielos* en que reside el Padre puedan tener un sentido local (discusión que entonces no era anacrónica); la expresión significa que está por encima de todos los seres creados (23, 1-5). No quiere que se

pida el pan del cuerpo. Si hubiera de oírse en el Pater *epiousios* en sentido temporal del "día que viene" (ep-iouse), sería con perspectiva escatológica; pero Orígenes prefiere ver en ello el pan "supersubstancial" *(epi-ousios)*, como traducirá Jerónimo, es decir, el mismo Cristo (27, 7-13).

Más a menudo el sentido literal es bastante edificante por sí mismo: basta sacar una aplicación moral como Orígenes lo hace en sus homilías. Así vuelve varias veces al perdón de las ofensas, en 9, 3, en 31, 2 y en el comentario del "perdona nuestras deudas" (28). Apoyándose en *Mt.* 6, 5.9, condena la oración de ostentación (19, 2) y habla varias veces sobre los tiempos de la oración (12, 2; 22, 5). Insiste en las disposiciones requeridas: evitar la cólera y la turbación, purificar el alma, perdonar (8, 1). Le llega una tendencia ascética a propósito de las relaciones conyugales: según 1 *Cor.* 7, 5, las considera como incompatibles con la oración si no están exentas de pasión (2, 2); y, no sin dudar, expresa la opinión de que el único lugar del que hay que excluir la oración es la habitación conyugal (31, 4).

Es preciso sobre todo "ponerse en la presencia de Dios" (8, 2), olvidar todo lo demás (9, 1), levantar los ojos del pensamiento hacia Dios y someterse a la Providencia sin murmurio (10, 1). Esta preparación es en sí misma benéfica, y Orígenes parece considerarla tan importante como la misma oración. Esta preparación es ya oración pues lo esencial de ella es acercar a Dios, preservar del pecado y producir buenas acciones: lo cual se hace con la preparación: "Lo saben por experiencia los que se entregan a la oración continua" (8, 2). Desde el comienzo del libro (2, 3), Orígenes comenta *Rom.* 8, 26: "El Espíritu intercede por nosotros con gemidos inenarrables". Lo cual explica por 1 *Cor.* 14, 15: "Oraré por el Espíritu, oraré también con la mente".

"En efecto nuestra mente no puede orar si antes el Espíritu no ora, si la mente no está subordinada a la inspiración del Espíritu, del mismo modo que no se puede ni salmodiar, ni cantar al Padre en Cristo con ritmo, melodía, medida y armonía, si el Espíritu que escruta todo, incluso las profundidades de Dios (1 *Cor.* 2, 10) no alaba y no canta a aquel cuyas profundidades ha sondeado y comprendido, puesto que tiene la fuerza para hacerlo"

(2, 4). Someter la mente al Espíritu es ante todo ir a buscar su enseñanza en las Escrituras inspiradas; es también "trascender las cosas creadas, tener su pensamiento en Dios solamente y conversar con El en un respeto digno de aquel que escucha" (9, 2). Y en un lenguaje más platonizante: "El alma que se eleva y sigue al Espíritu en su ascensión se separa del cuerpo; y ella no sigue solamente al Espíritu, está en él... ¿cesa de ser un alma, para hacerse y devenir totalmente espiritual?" (9, 2). La oración es, pues, una pieza esencial en la teología —o la espiritualidad— de la unión con Dios.

Esta preparación para la oración "hace más digno de unirse al Espíritu del Señor, que llena toda la tierra (10, 1). Hace participar en la oración del Verbo mediador, Gran sacerdote e Hijo de Dios. Asocia en ella a los ángeles y a las "almas de los justos que ya han dormido" (11, 1). Pues los santos no cesan de interceder después de su muerte; así podemos dirigirles súplicas (deèseis). "Con mayor razón hay que dar gracias a Cristo" (14, 6).

Se puede suplicar a Cristo, darle gracias; pero si se trata de oración propiamente dicha, hay que dirigirse solamente al Padre y orarle por medio del Hijo (15, 1-16, 1). Ha causado extrañeza esta toma de posición de Orígenes que se encuentra de nuevo en su *Conversación con Heráclito* (4; edi. J. Schérer). Es una de las señales de la tendencia común con muchos teólogos antes de Nicea, y muy clara en Orígenes, que distinguen fuertemente a Cristo del Padre y subordinan el uno al otro.

Entre las indicaciones prácticas que terminan el escrito, se puede retener la lista de las partes (*topoi*) de la oración, en las que esboza una especie de esquema: 1.º una glorificación "de Dios por el Hijo que es glorificado con El en el Espíritu Santo que es alabado con El"; 2.º una acción de gracias general y particular; 3.º una confesión con petición de curación para el porvenir y de remisión de los pecados de la vida pasada; 4.º una petición de bienes grandes y celestes, particulares y universales, para nuestros familiares y amigos"; finalmente una nueva doxología de Dios por el Hijo en el Espíritu Santo" (33, 2-5).

Se subraya el lugar de la alabanza y la acción de gracias en esta oración. La oración por excelencia, para Orígenes, permanece la oración interior, en la "cámara secreta" no solamente de

la casa, sino de la psicología, con la puerta de los sentidos cerrada (20, 2). Así las actitudes del cuerpo son secundarias: "Si por ejemplo viajamos en barco o nuestros negocios no nos permiten retirarnos para cumplir con el deber de la oración, está permitido el orar sin dar la impresión de hacerlo" (31, 2). Después de Clemente, Orígenes vuelve a considerar el precepto de 1 *Tes*. 5, 17: "No dejéis nunca de orar". Lo cual quiere decir según él que hay que unir la oración a la acción: "Toda la vida del santo puede llamarse oración" (12, 2).

El tratado de Orígenes, como el de Clemente, abre el camino a la espiritualidad monástica, concretamente a esa teología de la divinización que finalmente ha pasado a ser el bien común de las Iglesias orientales. Pero es bastante confuso y le falta unidad. Lleva la característica de una época de transición: anterior a la fijación de los dogmas y al desarrollo de la gran liturgia por un lado y del monacato por otro lado; así ha sido casi borrado de la memoria por la posteridad: nos ha llegado solamente en un ms. mutilado (Cambridge, Trinity College B. 8. 10, 14e s.). Sin embargo constituye el testimonio precioso de un gran espiritual y de una época en la historia de la oración cristiana.

B. Los Padres de la Iglesia del siglo 4.º al 6.º

No es nuestra intención presentar una exposición exhaustiva sobre la doctrina y la práctica de la oración en la edad de oro de los Padres. Sin pasar por alto la oración contemplativa, nos detendremos sobre todo en las formas más ordinarias, pero no menos significativas para la vida cristiana. Seguiremos el orden cronológico de los autores, insistiendo en aquellos cuya influencia ha sido mayor.

1. **Los Padres orientales.**—1.º LOS CAPADOCIOS siguen los caminos abiertos por Clemente de Alejandría y Orígenes. *Basilio de Cesarea* († 379) habla sobre todo de la oración en la *Grande Regla* 37, 3-5 (PG 31, 1013a-1016a), en relación con el trabajo (que no debe ser impedimento) y con las horas reservadas a la oración continua; además recomienda la *mnèmè Theou* (recuerdo de Dios).

Gregorio de Niza († 394) consagra su primer sermón a la oración en general, para mostrar "que es absolutamente preciso orar" (PG 44, 1120b). Esta "obra divina" es efectivamente menospreciada por la mayor parte de los hombres: el vendedor y el comprador, el obrero manual y el retórico, el juez y el litigante, etc. (1120c-22b), menosprecio que lleva consigo avaricia, disputas, procesos, cóleras, homicidios, sentencias injustas (1121bd). A la inversa, "el cuidado de la oración impide al alma el dar entrada al pecado" (1121d). Por lo tanto, hay que "orar siempre sin desfallecer" (*Luc* 18, 1), pues "la oración hace que se esté con Dios, y el que está con Dios está al abrigo de todo adversario" (1124a); la oración es la defensa de la pureza, la fuerza del cuerpo, el sello de la virginidad, la seguridad de la fidelidad conyugal, etc. Gregorio proporciona a continuación una especie de definición: "la oración es una conversación con Dios" (*homilia Theou*, fórmula recogida por Clemente de Alejandría, *Estromato* VII, 7, 39, 6; Juan Crisóstomo hablará de "diálogo", *dialexis, In Genesim* 30, 5, PG 53, 280c), la contemplación del invisible, la seguridad plena (plèrophoria) de los bienes divinos, la asimilación a los ángeles, el progreso en el bien y el rechazo del mal, el enderezamiento de los pecadores, el disfrute de los bienes presentes y la comprensión de los bienes futuros" (1124bc).

Más adelante Gregorio recuerda el precepto: "no charléis mucho como los paganos" (*Mt.* 6, 7: la charlatanería (*battologia*), discurso vacío, muestra el vacío del corazón y del deseo; dirigiéndose a Dios con palabras indignas de El (1127a-29b). Por el contrario, "los que son verdaderamente santos y son conducidos por el Espíritu" intentan ante todo purificar su vida de toda malicia o codicia desordenada (1132a). Algunos creen poder obtener con la oración el poder y los honores; es verdad que esas ventajas dependen de un "consejo divino"; pero si Dios escucha a veces tales peticiones, es por una especie de pedagogía, "para remontarnos finalmente a los bienes de orden superior y al deseo de los dones que convienen a Dios" (1133c). En cuanto a la oración específica de los cristianos, Gregorio la explicará a continuación, al comentar el *Pater*. Al principio del sermón 2, aquilata a pesar de todo, en

la continuidad de Orígenes, la distinción en *eukhè y proseukhè* (1137c-1140a).

Los poemas de *Gregorio Nacianceno* († 390) ofrecen abundantes ejemplos de oraciones a Cristo (11, 3 PG 37, 1020; 19-20, 1271-80; 24-27, 1284-86; 55, 1400; 62-69, 1405-18; 74-77, 1420-25; 86-87, 1432-35); para sus indicaciones sobre la oración en general, cf. J. Rousse.

Juan Crisóstomo(† 407) aprovecha todas las ocasiones para hablar sobre la oración en sus homilías.

2.° **LA DOCTRINA DE EVAGRIO** († 399) sobre la oración hay que insertarla en su teoría en torno a la *contemplación*.

Esta ha sido analizada por J. Lemaitre (I. Hausherr). Sin embargo hay que tener en cuenta la versión primitiva S_2 de las *Kefalaia gnóstica* (edi. y trad. franc. A. Guillaumont, PO 28/1, 1959, paralelamente con la versión expurgada S_1). La diferencia entre las dos versiones está principalmente en la Cristología (cf. Guillaumont, *Las kefalaia gnóstica d'E. el Póntico*, París, 1962, p. 143-59); pero la teoría sobre la unidad original de los *noes* (espíritus puros), unidad rota por la lasitud y aburrimiento en la contemplación divina", tiene incidencias en la finalidad de la contemplación: ésta, en su grado más alto, es una vuelta a la unidad original: "El coheredero de Cristo es el que llega a la unidad de la contemplación con Cristo" (*Kefalaia* IV, 8, p. 139).

Nos fijaremos aquí solamente en el tratado *De oratione*, conservado en griego bajo el nombre de Nil y ampliamente difundido: PG 79, 1165-1290; *Philocalie*, t. 1, Atenas, 1957, p. 176-79 (texto a veces diferente); trad. franc. y comentario por I. Hausherr, *Las lecciones de un contemplativo. El tratado de la oración de E. el P.*, París, 1960; a veces modificamos la traducción.

1) Evagrio *mantiene sus elevados puntos de vista sobre la contemplación*, como lo atestiguan las diversas definiciones de oración:

"La oración (*proseukhè*) es una conversación de la mente con Dios" (*homilia tou nou pros Theon*). ¿Por lo tanto, qué estado (*katastasis*) necesita la mente para ser capaz de tender firmemente hacia su propio Señor y conversar con El sin ningún intermediario?" (cap. 3). "La oración es una ascensión de la mente hacia Dios" (35). "El estado de oración es un hábito impasible que,

mediante un amor muy elevado, arrebata hacia lo alto a la mente arrebatada por la sabiduría (*philosophon*) y espiritualizada" (52). Además se trata de una oración pura, sin distracción, sin imágenes: "La oración sin distracción (aperispastos) es la intelección más elevada de la mente". "No te figures en ti la Divinidad cuando oras, ni permitas que tu entendimiento esté sometido a forma alguna; por el contrario, vete de lo material a lo inmaterial y comprenderás" (67; cf. 43). De donde brota la necesidad de "guardar su memoria" de las imágenes del pasado y de las preocupaciones diversas (44-46).

Pero el tratado contiene también unas *consideraciones más sencillas* y válidas para toda forma de oración. Evagrio insiste en la purificación antecedente: evitar el deseo de venganza y el encolerizarse (12-13; 26-27), la vanagloria (40); aceptar las pruebas duras (18-19); no afligir a nadie (20): "Deja tu ofrenda y primero vete a reconciliarte" (21, cf. Mt. 5, 24); desechar las rencillas (22) y permanecer paciente: "Si eres sufrido, rezarás con alegría" (23); en resumen: "Renuncia a todo para ganarlo todo" (36). "Ora en primer lugar para verte purificado de las pasiones, en segundo lugar para verte libre de la ignorancia y en tercer lugar para verte libre de toda tentación y aridez" (37); Oración que se debe hacer también por "nuestros semejantes" (39). Además, es necesario orar no como el fariseo, sino como el publicano (*telonikos*, 102).

Evagrio continúa hablando sobre las dificultades de la oración (29), sobre la perseverancia que insiste, como la mujer del Evangelio (87-88, cf. *Luc.* 13, 4-5), sobre la alternancia de consolaciones y desolaciones (30). Pone en guardia contra las sugestiones del mal espíritu (90-95) y propone medios de discernimiento (72-74). L'*apatheia* en sí misma no es garantía de oración auténtica (35), y existe el riesgo de detenerse en las "razones de los seres" (la *theoria physikè*), olvidando la búsqueda del "lugar de Dios" (56-57).

El objeto de la oración es Dios mismo y no un interés personal. "No reces para que se haga tu voluntad... sino más bien diciendo (a Dios): hágase tu voluntad en mí" (31, cf. 32). "¿Qué existe que sea bueno si no es Dios? Por consiguiente confiémosle todo lo que nos concierne y nos encontraremos bien" (33). "En tu oración, busca en primer lugar la justicia y el reino, es decir,

la virtud y el conocimiento *(gnosis)*, y todo lo demás se te dará por añadidura" (38; cf. *Mt.* 6, 33).

Así llegan los frutos de la oración: "el que ama a Dios, conversa siempre con El como con un padre, despojándose de todo pensamiento apasionado" (54). Evagrio recomienda las primeras peticiones del *Pater:* "Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, es decir el Espíritu Santo y tu Hijo unico" (58; Máximo el Confesor volverá a tomar esta interpretación, *In orat. dom.*, PG 90, 884b). "Si oras verdaderamente, tendrás una seguridad plena, los Angeles te escoltarán como a Daniel y te iluminarán sobre las razones de los seres" (80). Retengamos la célebre fórmula: "Si eres teólogo, rezarás de verdad, y si rezas de verdad, eres teólogo" (60); la "teología" es el conocimiento auténtico de Dios, la "contemplación de la gnosis divina" (86).

La última sentencia recapitula de algún modo todo lo que precede y vuelve a considerar el ideal de la contemplación pura: "Es en la medida en que hayas llegado en tu oración por encima de toda otra alegría, como habrás encontrado finalmente, en toda verdad, la oración" (153).

Evagrio, como se ve, equilibra con arte las exigencias de la contemplación más alta con los simples datos evangélicos. Este doble aspecto, creámoslo, explica el que los monjes orientales, a pesar de la sospecha general contra Evagrio y su relación con Orígenes, hayan querido conservar esta enseñanza, colocándola bajo la autoridad indiscutible de Nilo de Ancira. Gracias a este subterfugio, el *De oratione* impregnará la tradición oriental e incluso, mediante la mediación de Juan Casiano, la tradición occidental.

3.º En los escritos del SEUDOMACARIO (final del s. IV), la oración ocupa un lugar central, como lo ha mostrado M. Canévet (ver *Die Theologie des Makarios/Symeon*, Göttingen, 1978, cap. 2, p. 125-97, de H. Dörries). Solamente la oración obtiene la gracia de Cristo y los dones del Espíritu, para que el monje, purificado del pecado que habita en él, pueda responder de lleno a su vocación:

"Esforcémonos, pues, suplicando al Señor con una fe que ignora la duda, en obtener el Espíritu prometido que es la vida del alma... Digámosle: Señor, dame el pan de la vida para que viva... Dame la vestidura luminosa de la salvación... Dame san-

dalias espirituales, pues los pies de mi espíritu se ven atravesados por las espinas y los cardos... Da vista a mi corazón... Dame oído espiritual, pues mi inteligencia es sorda... Dame el aceite de la dicha y el vino de la alegría espiritual... Cúrame y devuélveme la salud, pues mis enemigos, temibles bandidos, me han dejado postrado, medio muerto" (*Coll.* 111, 16, 7-7; ed. y trad. V. Desprez).

"Macario" habla bastante poco sobre un estado contemplativo; sin embargo lo cree posible, pero al final de un largo esfuerzo de purificación y por efecto de la gracia: "Los que han sido juzgados dignos de llegar a ser hijos de Dios, que han renacido desde arriba por el Espíritu Santo y poseen en ellos a Cristo que los ilumina y pacifica, ésos son guiados de múltiples y diversas maneras por el Espíritu y gobernados invisiblemente en su corazón por la gracia en reposo espiritual". Se parecen a los invitados al banquete real, a la novia engalanada para su esposo, a los ángeles incorpóreos, etc... "Cuando el alma ha llegado a la plenitud del Espíritu, totalmente purificada de todas las pasiones, unida al Espíritu Consolador por una comunión inefable y poseída por él, entonces la misma alma es digna de llegar a ser espíritu, estando impregnada por el Espíritu; entonces el alma llega a ser enteramente luz, totalmente espíritu, enteramente reposo, dicha, alegría, corazón, bondad y benevolencia. A esos hombres los absorbe la virtud del Espíritu...; unidos a la gracia de Cristo, son asimilados a Cristo; poseen en ellos mismos inmutablemente las virtudes del Espíritu, y muestran sus frutos a todos los otros... ¿Cómo podrían producir los frutos de la malicia? Al contrario, en ellos brillan siempre y en todo lugar los frutos del Espíritu" (Makarios/Symeon, *Reden und Briefe*, GCS, Berlín, 1973, t. 1, p. 158-160).

Sobre la influencia del Pseudo-Macario, notemos que los opúsculos II-VII (*De oratione*, etc.), que provienen de la *coll.* IV, han sido recogidos en 150 capítulos, bajo forma parafraseada, en la *Philocalia*, t. 3, p. 171-234; así, pues, eran leídos anteriormente en los monasterios.

4.º El movimiento de los MESSALIANOS, con el que presentan afinidades los escritos macarios, es de origen anterior, pero se prolonga hasta el siglo VIII o IX. Los "messalianos"

(vocablo sirio que significa "los orantes") practicaban una oración continua y, consiguientemente, rehusaban el trabajo manual; pero los diversos documentos que se refieren a ellos en diversos sínodos relatan sobre todo su condena y no permiten captar cómo concebían la oración.

El *Liber graduum*, escrito en sirio en el siglo IV (ed. y trad. lat. M. Kmosko, *Patrologia syriaca* 3, París, 1926) distingue dos categorías de hombres: los *justos* que se santifican por el ayuno, la oración tres veces al día, la observancia de los mandamientos y la caridad; los *perfectos* que practican una renuncia total y una oración continua. Las enseñanzas precisas en torno a la oración son raras en el *Liber*; con todo retengamos ésta: "La oración hace penetrar la alegría en el corazón, desde los labios hasta el interior; viviremos en la alegría cuando nuestro corazón ya no nos acuse de pecado y cuando, con el rostro descubierto, estemos en la presencia de Dios, después de haber observado los mandamientos". (18, 4, p. 439; cf. también 18, 3, p. 439: orar con lágrimas, conforme al ejemplo de Cristo, para vernos libres del pecado; 27, 5, p. 778: ofrecer hostias de ciencia, ya sea de pie, ya sea doblando las rodillas, ya sea caminando, ya cantando salmos en el Espíritu").

5.º No podemos seguir aquí la evolución de la doctrina sobre la oración en los diversos ambientes orientales hasta la Edad Media y en la época de Gregorio Palamas. Véase el estudio de I. Hausherr, *Nombres de Cristo y vías de oración*, OCA 157, 1960, que muestra cómo, por la *Mnèmè Theou*, la meditación-rumia y la "meditación secreta" (*kryptèmeletè*), la tradición de Evagrio termina por conjugarse con la *Oración a Jesús*.

Consideramos útil el suministrar además lo más destacado de los "tratados de oración", recogidos en la *Filocalia" por Macario y Nicodemo*, habiendo utilizado éstos quizás colecciones precedentes de textos.

2. **Los Padres latinos.**—Los Padres latinos, en general menos especulativos, se interesan más bien por los aspectos de la oración: ¿Por qué y cómo orar? ¿Qué pedir? ¿Por qué no es escuchada siempre la oración? Sin embargo bastantes Padres latinos tratan sobre la oración contemplativa, ya sea en función

de su experiencia personal (Agustín, Gregorio Magno), ya sea para utilidad de sus lectores más avanzados en el camino espiritual (Casiano).

1.º HILARIO DE POITIERS (†367), en su COMENTARIO SOBRE MATEO, redactado hacia el 355, antes de su destierro, muestra que no hay que tomar en sentido material la exhortación de Cristo "orar en lo secreto"; los santos del Antiguo Testamento han orado en efecto "en medio de las bestias, de los calabozos, de las llamas", etc. "Por lo tanto, se nos llama a entrar, no en las partes ocultas de una casa, sino en la morada de nuestro corazón y a orar a Dios en lo secreto de nuestro espíritu, no con muchas palabras, sino con la conciencia de nuestra conducta, porque toda acción vale más que las palabras" (5, 1; ed. y trad. J. Doignon, SC 254, 1978, p. 150-51). Para captar el "sacramento" de la oración, Hilario remite a Cipriano e incluso a Tertuliano, a pesar de su herejía posterior.

En las materias difíciles de la fe (se está en plena crisis arriana), es preciso recurrir a la oración: "Si a nuestros hijos que nos piden un pescado o pan no vamos a darles una serpiente o una piedra, ¿cuánto más Dios, que es excelente y eminentemente Padre, concederá a nuestras plegarias los favores de una fe perfecta y no podría dar la dureza pagana en vez del alimento de la vida, y la serpiente venenosa en vez de la salvación del bautismo?" (6, 2, p. 172; cf. *Mt.* 7, 9-11).

Los *Comentarios sobre los Salmos* tratan sobre las condiciones de la verdadera oración y de su eficacia. "Dios escucha siempre y en todo lugar", pero no merecemos siempre ser escuchados; rechaza "las oraciones ligeras, sin fe, inútiles, cargadas por las preocupaciones del mundo y de los deseos terrenos, estériles en buenas obras" (*In Ps.* 54, 3-4, PL 9, 348c-349b). Para el salmista, el comienzo del día es también el de la oración. (*In Ps.* 62, 2, 401b). Sin duda, todo se puede esperar de la bondad de Dios sin haber sido digno. (*In Ps.* 118, 6, 4, 544b); sin embargo conviene primeramente poner la acción de acuerdo con la oración. (*In Ps.* 118, 16, 2, 606c). La oración es un grito del corazón y no de la voz: "el que pide cosas grandes y celestiales clama a Dios con todo su corazón; así mismo el que espera lo eterno, cumple sus

deberes con temor sin reproche" (*In Ps.* 118, 19, 1, 625bc). El salmista clama "desde lo hondo" y lo que pide es profundo. Como incorpóreo, "Dios está en todo lugar, escucha, ve y actúa"; por tanto, es preciso orarle: "A la naturaleza de Dios corresponde el escuchar, pero a nuestra naturaleza corresponde el orar para ser escuchados" (*In Ps.* 129, 3, 719-c-20a). Véase también *In Ps.* 141, 2, 834ac; 142, 3, 838d-39a).

2.° AMBROSIO DE MILAN (†397) tiene un pequeño tratado sobre las condiciones de la oración en el *Sobre Caín y Abel* (1, 9, 34-39): orar con humildad como el publicano, en el profundo secreto de nuestro corazón, sin multiplicar las palabras, pero con todo nuestro ser: "Lo que clama son tus obras, tu fe, tu amor, tus sufrimientos, tu sangre... Ante Dios hablan no nuestras palabras, sino nuestros pensamientos" (37). Conviene también orar "por el pueblo, es decir, por todo el cuerpo, por los miembros de la Iglesia tu madre, lo cual constituye un signo de caridad recíproca... Si cada uno ora por todos, todos oran también por cada uno. Si oras por todos, todos oran también por ti, pues tú estás entre esos todos". (39; cf. *De Isaac* 3, 10; 8, 9). El recuerdo de las ofensas no debe desviarnos de la oración: "es por medio de la oración principalmente como nos acercamos a Dios" (*De bono mortis* 6, 23).

El *Comentario a Lucas* invita a imitar a Cristo que se retira a la montaña para orar (v, 41-43; ed. y trad. G. Tissot, SC45, 1956, p. 198-99), sin explicación sobre el Pater (ésta se da a los neófitos, *De mysteriis* v, 4, 18-30, SC25 bis, reimpr. 1980, p. 130-37). A propósito de *Luc* 11, 5-13, Ambrosio aconseja "ofrecer la oración en todo momento, no sólo por el día, sino en la noche" (VII, 87, SC 52, 1958, p. 37); así lo han hecho Pablo y Juan para que "sea abierta la puerta" a su apostolado (89, p. 38). Y si la oración de Pablo para verse libre del aguijón no ha sido escuchada, es que Dios "juzga inútil lo que nosotros consideramos ventajoso" (90, p. 39).

Somos débiles: la oración "es un buen escudo para nuestra fragilidad" (*In Ps.*, 38, 11; cf. *Ep.* 1, 63, 103, a la Iglesia de Vercelli). La oración se recomienda principalmente a las vírgenes cristianas, singularmente por la noche o antes del sueño: "Que,

desde el comienzo del reposo, el sueño te encuentre libre de los cuidados del mundo y ocupada en meditar las cosas divinas" (*De virginibus* 111, 4, 19). En otros apartados sugiere "el orden de la oración" comenzando por lo de 1 *Tim*, 1, 2 aplicado al *Ps.* 8: "La *oración* comienza por las alabanzas a Dios; la *obsecración* es para que sea destruido el enemigo, la *postulación* es para que veas la luz y las estrellas: la luz es la Iglesia, las estrellas son los hijos de la Iglesia; finalmente la *acción de gracias* es para que Dios proteja al hombre y le someta a él todos los animales" (*De institutione virginis* 2, 9).

En *De paenitentia*, Ambrosio recomienda orar por los pecadores, como lo hizo Moisés (1, 9, 43); al final, ora por él mismo, en una especie de *confessio*: "No era digno de haber sido llamado al episcopado... Sin embargo, puesto que he aceptado esta labor por la Iglesia, vela por sus frutos; no toleres que a quien llamaste a ser obispo, estando perdido, se pierda como obispo" (11, 8, 71-73). En *De fide* ora para que su conciencia sea pura, a fin de presentar la doctrina verdadera (1, 20, 132), y para que Galiano comprenda su exposición (8, 134-137; cf. 11, 16, 141-47). Es lo que E. Dassmann llama una "dogmática orada" (*Gebetete Dogmatik, Die Frömmigkeit —La piedad—*, p. 86-91).

Finalmente, Ambrosio es autor de himnos, de los cuales, bastantes están incorporados a la liturgia occidental de las Horas (PL 16, 1409-12; ed. y trad. ital. M. Simonetti, *Innologia ambrosiana*, Alba di Cuneo, 1956).

En relación con *Chromace d'Aquilée* (†407-8), véase el *Sermo* 3, 5-6 (CCL 9A, 1974, p. 15): la ascensión de Pedro a la sala alta (Hechos 10, 9) tiene un "sentido místico": "no podía permanecer abajo, aquel cuya manera de vivir estaba en los cielos"; además, los comentarios al *Pater; Tract.* XLII, 8, p. 403 sobre la tempestad calmada (*Mt.* 8, 23-27): la oración de los apóstoles despertando al Señor sugiere la de los cristianos en la persecución y las tentaciones, "a fin de que Dios restablezca su Iglesia en la paz y la tranquilidad".

3.° JERONIMO hace frecuentes alusiones a la oración pero sin dar una enseñanza precisa sobre su contenido. La asocia frecuentemente a la *lectio*, conforme a la fórmula de Cipriano

(*Ad Donat.* 15): "Oras, loqueris ad sponsum; legis, ille tibi loquitur" —"Oras, hablas al esposo; lees, él te habla" (*Ep.* 22, 25, a Eustochium). "Semper in manu tua lectio, frequenter orandum et flexo corpore mens erigenda ad Dominum"— "Esté siempre en tu mano la lectio (lectura oracional de la Palabra de Dios), se ha de orar con frecuencia con el cuerpo inclinado y la mente elevándose a Dios" (Nota del trad.) (*Ep.* 58, 6, a Paulino de Nola). "Semper in manibus tuis divina sit lectio, et tam crebrae orationes ut omnes cogitationum sagittae quibus adulescentia percuti solet... repellantur" "Esté siempre en tus manos la lectura de la Palabra Divina, y las oraciones sean tan frecuentes que todas las saetas de los pensamientos, con los que la adolescencia suele ser atacada... sean rechazadas" (*Ep.* 79, 9, a Salvina; cf. *Ep.* 125, 11, a Rusticus). Recomienda la oración a horas determinadas: tercia, sexta, nona, por la tarde, en la noche, por la mañana, antes y después de las comidas, en toda gestión (*Ep.* 22, 37; *Ep.* 108, 20, epitafio de Paula; *Ep.* 130, 15, a Demetriade).

4.° AGUSTIN (†430) se muestra en primer lugar como hombre de oración, sobre todo en sus *Confesiones* que revisten la forma de una larga conversación con Dios. En X, 40, 65, hace su exposición desde la propia experiencia y propio método: buscar a Dios a través y más allá de las criaturas y del propio yo, para descubrir a la vez que "este discernimiento no puede hacerse sin Dios y que ninguna criatura es Dios"; es una oración contemplativa que alcanza a Dios mediante la negación y la sublimación. Encuentra su "deleitamiento" en tanto que consigue liberarse de las "ocupaciones agobiantes" y esta oración desemboca en un "momento místico"; momento sin embargo pasajero: "vuelvo a caer en las pesadas miserias de aquí abajo, me veo reabsorbido y cogido por lo cotidiano".

Además, su meditación sobre la Escritura (XI-XIII) se halla entrecortada por oraciones, para obtener luz para los sentidos misteriosos del texto (así en la larga sección sobre el tiempo: XI, 17, 22; 18, 23; 19, 25; 22, 28; 25, 32; 29, 39; 30, 40; 31, 41). El *Intellectus fidei* es el fruto, al mismo tiempo, de la oración y de la reflexión (cf. *Ep.* 120, 14 a Consentius: "Ora fortiter, ut det tibi Dominus intellectum" —"ora fuertemente, para que el

Señor te conceda el entender"—). Sin embargo, sería excesivo concluir que todas las interpretaciones propuestas por Agustín son siempre correctas; a veces ha sobrevalorado su propio "intellectus fidei"; con todo, somete sus ideas a las críticas de otros pensadores cristianos y se inclina ante el misterio (cf. *Conf.* XII, 31, 42 sobre el sentido del *Gen.* 1, 1-3; *De Genesi ad litteram* VII, 28, 43 sobre los días de la creación; *De dono perseverantiae* 21, 55 sobre la dispensación restringida de la gracia y la predestinación).

Los elementos de una *doctrina* sobre la oración se hallan dispersos a lo largo y ancho de toda su obra; se pueden agrupar en torno a dos textos más completos: el comentario del *Ps.* 85 y la Carta 130 a Proba.

1) La *Enarratio in Ps. 85* (predicada en Cartago para la vigilia de San Cipriano, el 13 de septiembre del 401, según A.-M. La Bonnardière, en *Recherches Augustiniennes* —Investigaciones agustinianas—, t. 7, 1971, p. 86) destaca en primer lugar el *aspecto cristológico*: toda oración cristiana es una oración *con* Cristo y *en* Cristo, eventualmente *a* Cristo:

"Dios no pudo hacer regalo superior a los hombres que éste: hacer de su Verbo... su Cabeza y unirlos a El como sus miembros. Así El es Hijo de Dios e hijo del hombre, un solo Dios con el Padre, un solo hombre con los hombres. Siendo esto así, cuando hablamos a Dios en la oración no separamos de El a su Hijo, y cuando el cuerpo del Hijo se pone en oración no separa de él su Cabeza. Nuestro Señor Jesucristo, único salvador de su cuerpo, es el que ora *por nosotros*, el que ora *en nosotros*, el que *es orado por nosotros*. Ora por nosotros como nuestro Sacerdote, ora en nosotros como nuestra Cabeza, es orado por nosotros como nuestro Dios... Guárdate de no decir nada sin El, y El no dice nada sin ti" (*In Ps.* 85, 1).

Por lo mismo, la oración es universal, pues la voz de un miembro de Cristo se une a la de los hombres de todos los tiempos; en el Cristo total, la oración pasa a ser la voz de un *hombre único*: "Ten piedad de mí, Señor, pues a ti he clamado todo el día" (*Ps.* 85, 3). No un solo día, sino todo el día. Comprende así lo que (el salmista) quiere decir *en todo tiempo*. Desde que Cristo en las opresiones (*pressurae*) hasta el fin del mundo gime y clama

hacia Dios, así cada uno de nosotros tiene su parte de grito, en ese cuerpo entero. Has clamado en los días de tu vida, y tus días han pasado; otro ha ocupado tu puesto en otro sitio. Ese cuerpo de Cristo clama todo el día en sus miembros que se sustituyen y suceden. Es un hombre único (*unus homo*) que se extiende hasta el fin del mundo. Son los miembros de Cristo que claman... Escucha la voz del Cuerpo entero de Cristo" (*In Ps.* 85, 5).

Este tema paulino del Cuerpo de Cristo (*Rom.* 12, 4-5; 1 *Cor.* 12, 12-30) vuelve frecuentemente en las *Enarrationes*, donde se encuentra a menudo asociado al tema de Cristo-Esposo y al de la Iglesia-Esposa (*Ef.* 5, 31-32): *In Ps.* 30, s. 2, 4; 40, 1; 60, 1; 69, 1 ("nos lo habéis oído decir a menudo"); 74, 4, etc. Los dos temas desempeñan una función complementaria: el primero, biológico y social, subraya la universalidad de la oración; el segundo, en referencia con las relaciones, pone de manifiesto la intimidad de cada creyente con Cristo en una reciprocidad de amor.

El *aspecto neumatológico* evocado menos frecuentemente, es sin embargo inseparable del aspecto cristológico. Agustín aplica a veces al Espíritu lo que dice en otro sitio sobre Cristo: "Esas voces del salmo... son más las voces del Espíritu que las nuestras... Es la voz del Espíritu de Dios, pues no diríamos esas palabras si El mismo no nos las inspirara" (*In Ps.* 26, s. 2, 1). Comentando el *Ps.* 118, 45 en relación con *Rom.* 5, 5 (versículo citado más de cien veces en la obra; cf. A-M. La Bonnardière, en *Augustinus Magister*, París, 1954, t. 2, p. 657-65), afirma que el Espíritu, difundiendo en nuestros corazones el amor de Dios, "nos hace pedir lo que deseamos encontrar, tender hacia donde deseamos llegar" (*In Ps.* 118, s. 14, 2). En la carta a Proba, evoca *Rom.* 8, 26: "no sabemos pedir como conviene"; es una "docta ignorancia", pero está "instruida (*docta*) por el Espíritu Santo que viene en ayuda de nuestra flaqueza" (*Ep.* 130, 15, 28; cf. *Ep.* 194, 17 al futuro Papa Sixto; *Sermo* 265, 2, etc.).

El Comentario al *Ps.* 85 describe a continuación la oración como una palabra dirigida a Dios y, con Cipriano y Jerónimo, la vincula a la *lectio*: "Tu oración es una palabra a Dios: cuando lees, Dios te habla; cuando oras, tú hablas a Dios" (*In Ps.* 85, 7;

cf. S. 219 para la vigilia pascual: "Que Dios nos hable en las lecturas; hablémosle en nuestras oraciones"). Las distracciones son inevitables: si fuera necesario orar sin que sobreviniera un pensamiento extraño, "no veo qué esperanza nos quedaría", pero la bondad de Dios es grande: "Me disipo por debilidad, cúrame y seré estable, afiánzame y permaneceré firme. Pero hasta que tú lo hagas, me soportas, pues eres dulce y bueno, Señor" (*In Ps.* 85, 7).

¿Cuál debe ser el *objeto de la oración*? Pedir lo que es contrario a la voluntad de Dios "no es invocar a Dios". No se pedirá, pues, ni la riqueza, ni una dignidad humana, menos aún la muerte de un enemigo. Es preciso "invocar a Dios como a Dios", "amarle como a Dios"... "Deséale a El mismo, codíciale". En el límite, el único objeto de la oración debería ser el del *Ps.* 26, 4: "*Unam petii* a Domino, hoc requiram: ut inhabitem in domo Domini per omnes dies vitae meae, ut contempler delectationem Domini" (*In Ps.* 85, 8; cf. *Ep.* 130, 8, 15; S. 80, 7). "No pidáis a Dios otra cosa que Dios; amadle gratuitamente y deseadle sólo a El... Que se dé El mismo y os basta" (S. 331, 4; Cf. S. 334, 5: "Desea que te sea dada la vida de Cristo, y hasta que llegues a ello, ten como prenda la muerte de Cristo").

Debemos pedir, como Pablo en *Ef.* 3, 13-18, "lo que Dios exige de los hombres, pues, para que Dios quiera dártelo, debes disponer también tu voluntad" (S. 165, 2). Así es el sentido de la célebre oración de las *Confesiones* (X, 20, 40; 37, 60): "Da lo que pides y manda lo que quieres" (lo cual debía suscitar la cólera de Pelagio, cf. *De dono persev.* 20, 53). La oración está incluida en la economía divina de la gracia: "ipsa oratio clarissima est gratiae testificatio" (*Ep.* 177, 4, a Inocente I).

Como preocupación pastoral, Agustín se pregunta frecuentemente sobre la *ineficacia* aparente de la oración: si no somos escuchados, es porque oramos sin las disposiciones requeridas: es también para que crezca nuestra paciencia y se avive nuestro deseo, o finalmente porque la petición no corresponde a lo que Dios juzga como lo mejor para nosotros. (*In Ps.* 85, 9; cf. *Ep.* 130, 14, 26: "bona speremus ampliora" —"esperemos bienes más grandes"—). Pablo no obtuvo verse libre del aguijón (*Ep.* 130,

14, 25). Mónica no obtuvo que su hijo permaneciera junto a ella en Cartago, "sed tu alte consulens et exaudiens cardinem desiderii sui non curasti quod tunc petebat, ut me faceres quod semper petebat" (*Conf.* V, 8, 15).

Sobre el mismo tema: S. 56; S. 105 (sobre *Luc.* 11, 5-23); *S. Guelferbitanus* 33, etc.

2) *La Carta 130 a Proba*, abuela de Demetriado, escrita hacia el 411-412, se presenta como un pequeño tratado *De orando Deo*. Comprende tres partes: *Qualis ores* (disposiciones requeridas, 1, 2, a 3, 8); *quid ores* (objeto principal: 4, 9 a 13, 24) *quid oremus sicut oportet* (Objetos diversos: 14, 25 a 15, 28) y una conclusión (16, 29-31). Agustín, en primer lugar, invita a esa rica dama a orar como "una verdadera viuda" (1 *Tim.* 5-6): pobre en soledad. Ella pedirá principalmente *la vida bienaventurada* ("ora beatam vitam"), aquella "en la que se tiene todo lo que se quiere, pero se quiere sólo lo que conviene" (5, 10-11). Lo cual no es ni el poder, ni los honores, sino solamente "lo suficiente", o lo que permite servir a otro según su rango: la salud (*incolumitas vitae*) y la *amicitia* que debe extenderse a los enemigos (6, 12). Pero Agustín recuerda más fuertemente lo de *unam petii* del *Ps.* 26, 4 (cf. *supra*).

A continuación, comenta la parábola del amigo importuno (*Luc.* 11, 5-13): los tres panes pueden significar la Trinidad (8, 15; fuente probable del texto enigmático con que comienza la *Vida de los Padres del Jura*); el pescado, el huevo y el pan pueden significar la fe, la esperanza y la caridad (8, 16; cf. S. 105).

Agustín introduce aquí el tema del *deseo*, ya encontrado, y que ocupa un lugar importante en la doctrina espiritual. Dios sabe lo que necesitamos, pero quiere que "nuestro deseo se ejercite en la oración, para que podamos recibir lo que El prepara para dárnoslo: es algo grande y nosotros somos demasiado pequeños y mezquinos para recibirlo" (8, 17). El deseo permite asegurar la oración continua: "En la fe, la esperanza y la caridad, oramos siempre, mediante un deseo prolongado" (9, 18; cf. *In Ps.* 38, 14: "Tu deseo está ante El, y si continuamente está tu deseo, tu oración es continua también"). Orar en momentos determinados sirve sobre todo para des-

pertar y actualizar el deseo adormecido de la vida eterna (9, 18).

Al mismo tiempo que evoca las oraciones de los monjes de Egipto, "frecuentes sin duda, pero muy breves y lanzadas como dardos" (ya "oraciones jaculatorias"), Agustín recomienda *la oración prolongada*, a ejemplo del Señor (*Luc.* 12; 22, 43). Esta oración prolongada no consiste en multiplicar las fórmulas, sino en mantener el impulso del corazón: "aliud est sermo multus, aliud diuturnus affectus". "Hablar mucho (*multum*)" no es "orar mucho", es decir dirigirse a Dios "diuturna et pia cordis excitatione" (10, 20). La verdadera oración es la del corazón: "Multi silentes corde clamaverunt... Si ergo clamas, clama intus, ubi audit Deus" (*In Ps.* 30, s. 3, 10; cf. *In Ps.* 141, 3; S. 91, 3).

El *Pater* es el prototipo de toda oración; queda permitido utilizar otras fórmulas, pero no pedir otra cosa (11, 21). Finalmente, después de haber mostrado que "no sabemos qué pedir según conviene" (cf. *Rom.* 8, 26) especialmente en las aflicciones, ignorancia que es sin embargo instruida por el Espíritu y, después de haber explicado la ineficacia aparente de nuestras oraciones (13, 24 al 15, 28). Agustín concluye invitando a Proba y a toda su *familia* a orar por él mismo y por todos, como señal de concordia mutua. La última frase es, en sí misma, una oración en que se expresa la fe confiada de Agustín: "Que Dios te escuche, El que es capaz de hacer más de lo que pedimos y comprendemos" (16, 31; cf. *Ef.* 3, 20).

Véase todavía *Ep.* 149, 2, 12-16, a Paulino de Nola, en que Agustín explica las cuatro clases de oración mencionadas en 1 *Tim.* 2, 1 mediante el recurso al texto griego y la aplicación a la liturgia eucarística.

5.º MAXIMO DE TURIN (comienzo del s. V) invita a menudo a la oración a sus oyentes, aún mal cristianizados. (*Sermones*, ed. A. Mutzenbecher, CCL 23, 1962). La oración es, con el ayuno y la limosna, el gran medio de acercarnos a Dios (81, 3); arroja el orgullo y la vanidad (1, 3); por medio de la oración, en el tiempo del ayuno de la cuaresma, el mundo se renueva y los hermanos son regenerados (52, 2); así, pues, conviene mantenerse "asiduo a la oración y a la *lectio*" (36, 4). La Pasión del

Señor es el mejor apoyo (37, 5). La oración es también arma soberana contra bárbaros y herejes: "la oración hiere más lejos que una flecha" (83, 1); "armémonos, pues, durante esta semana de ayunos, oraciones y vigilias, para que, por la misericordia de Dios, rechacemos la ferocidad de los bárbaros y los engaños de los herejes" (86, 3).

6.º JUAN CASIANO († hacia el 435) llega a Marsella del 415 al 416; en sus *Instituciones* y sus *Conferencias*, importa en Occidente las costumbres y las doctrinas del monacato oriental. S. Marsili (*Giovanni Cassiano ed Evagrio Pontico* = Studia Anselmiana 5, Roma, 1936) muestra que ha recibido la influencia de Evagrio; habiendo podido conocerle en las Celdas, pero no lo cita jamás textualmente. Nos limitaremos a las *Conferencias* IX-X del abad Isaac, que tratan explícitamente de la oración (ed. y trad. E. Pichery, SC 54, 1958 y 1966, p. 38-96; trad. a veces modificada).

1) *El punto de partida* de Casiano es la convicción de que el progreso en la oración va a la par que el progreso en las purificaciones del corazón:

"El fin único del monje y la perfección del corazón, es tender a la perseverancia de una oración continua e ininterrumpida, y, en tanto lo permita la fragilidad humana, alcanzar la inmutable tranquilidad del espíritu y la pureza perpetua" (IX, 2). Oración y pureza interior se condicionan mutuamente: la oración supone en efecto la purificación de todos los apegos humanos, y esta purificación se realiza sólo por la oración (3-5). Por ello no hay uniformidad en la oración; "se modifica en todo instante, según el grado de pureza al que ha llegado el alma, y conforme también a sus disposiciones actuales" (8).

Casiano analiza a continuación las cuatro clases de oraciones en 1 *Tim.* 2, 1; la *obsecración* es la oración de compunción; la *oratio* una promesa y un voto (definición que no impide de ningún modo el tomar la *oratio* en el sentido corriente y general); la *postulatio* es la oración para otro; la *gratiarumactio actio* el reconocimiento por los beneficios actuales de Dios o por las recompensas prometidas en la vida futura (9-14). La primera conviene más bien a los "principiantes", la segunda a los "que van progresando", pero de hecho el alma "vuela" de una

forma a otra (15). El mismo Señor ha dado ejemplo de estas cuatro oraciones (17).

2) Sin embargo, hay un *estado superior* ("sublimior status atque excelsior"): aquí, la oración "está informada por la contemplación de Dios solo y por el ardor de la caridad que permite al espíritu (*mens*), liberado y lanzado en este amor, conversar muy familiarmente con Dios como con su propio Padre, con un sentimiento singular de piedad filial" (18). Es lo que sugiere la primera palabra del *Pater*, cuyas peticiones comenta Casiano en los capítulos siguientes (19-24). Y el *Pater* conduce a este "estado superior".

"Esta oración eleva a los que la tienen como familiar, a aquel estado superior, del que hemos hablado precedentemente, y los conduce a esa oración de fuego que conocen o experimentan muy pocos y que es, hablando con propiedad, inefable, trascendiendo a todo sentido humano. Esa oración no se formula por el sonido de la voz, el movimiento de la lengua o la pronunciación de palabras; y el alma, iluminada por una luz celeste, no se expresa ya en adelante en lenguaje humano y caduco, sino mediante una efusión y multiplicación de movimientos y de afecciones que brotan del corazón como de una fuente abundante, expresando así, en un instante, el alma muchas cosas que, vuelta a su estado natural, no podrá ni expresar con palabras, ni seguir con sus pensamientos.

Nuestro Señor nos ha mostrado este estado en aquellas súplicas que, según la Escritura, dirigía secretamente a Dios, cuando se retiraba a la montaña; también nos ha dado El el modelo, en la oración de su agonía, derramando incluso gotas de sangre, ofreciendo así un ejemplo incomparable de fervor" (25; trad. J.-Cl. Guy, *Jean Cassien*, p. 134).

Una oración así puede ocasionarse de muchas maneras: a partir de un versículo de un salmo, diálogos espirituales, muerte de un hermano, recuerdo de la tibieza o negligencia, etc. (26).

La continuación evoca la compunción y las lágrimas (27-30), la oración de Antonio (31), los signos de la oración escuchada (35), y finalmente, la utilidad de las "oraciones frecuentes pero cortas" para evitar la distracción (36; cf. *Instituciones* 2, 10, 3).

3) La Conferencia X trata sobre todo de los *medios* para acceder a la oración más alta. Isaac evoca primeramente la carta pascual de Teófilo de Alejandría (399) sobre la herejía de los antropomorfistas y los remordimientos que suscita (2-5). Es la ocasión que encuentra para recordar que la medida de la pureza de espíritu, y por tanto también de la oración, corresponde a la manera de conocer a Cristo, ya sea en la bajeza de su humanidad, ya sea en la gloria de su divinidad (6). Ahora bien, Cristo nos ha dado ejemplo de oración solitaria. Si lo imitamos, el amor con el que el Padre lo ha amado, permanecerá en nosotros (*Juan* 17, 26), "lo que acontecerá cuando esta unidad que existe ahora entre el Padre y el Hijo, nos será comunicada en nuestros sentidos y en nuestro espíritu" (7). El fin al que tiende el solitario es, pues, "poseer en este cuerpo la imagen de la futura bienaventuranza, y comenzar a gustar las arras de ese modo de vivir"; dicho de otra manera, el ideal del solitario es "una oración única e ininterrumpida" (7).

Al monje Germán, que pide una fórmula capaz de suscitar y mantener "el recuerdo de Dios", el abad Isaac responde con el salmo 69, 2: "*Deus in adjutorium meum intende...*, "invocación soberana contra todas las tentaciones y todos los obstáculos (10). El alma obtiene así el ser iluminada por la luz divina; el alma llega a ser así un ciervo espiritual que "pace en la montaña de los profetas y los apóstoles, y se sacia con sus enseñanzas más sublimes y espirituales". Entonces se penetra en el sentido de las Escrituras "no mediante el texto de la lectura, sino de la experiencia precedente"; a través de esa voz, nuestra alma llegará a la pureza de la oración" (11).

Para establecerse en la oración, conviene dominar la movilidad del espíritu, ceñirse a un solo versículo de la Escritura en vez de "mariposear" de un versículo a otro (13-14). En la *Conf.* XIV se proporcionan ejemplos de esa "ciencia espiritual".

La enseñanza de Casiano ha marcado la espiritualidad occidental, incluso más allá de los ámbitos monásticos. Sin embargo, esa doctrina referente a la oración no es totalmente clara. La "oración de fuego" parece ser un "momento" privilegiado más que un "estado"; en todo caso, el "status" de Casiano no es el

equivalente exacto de la *katastasis* de Evagrio, como lo muestra el consejo de oraciones "frecuentes pero breves". Además, no se puede identificar la oración "sin sentimiento ni palabras" con la inteligencia sabrosa de los misterios de la Escritura. Pero esas incoherencias vienen probablemente de la distancia inseparable existente entre el ideal y la vida real. La intencionalidad de Casiano permanece fecunda: tender a la oración continua, ideal del monje e incluso del cristiano que toma su vocación en serio. Pero en la vida cotidiana esa "continuidad" se realiza de formas diversas: engloba también las formas más humildes de la petición y de la meditación de la Escritura, así como los momentos privilegiados de la "oración de fuego". Para Evagrio, "el estado" de oración brotaba en cierto modo de uno mismo, una vez obtenida la *apatheia*; para Casiano, la oración pura sigue siendo una gracia, de la que el único señor es Dios, incluso aunque ese don parezca normal, en cuanto que el alma está purificada.

7.º GREGORIO MAGNO († 604) presenta una doctrina sobre la oración que proyecta a la vez su preocupación pastoral y el ideal de contemplación que primeramente se ha propuesto. Entre las condiciones para la verdadera oración, insiste en la armonía indispensable entre el interior y el exterior, entre la oración y la acción. Es "el rostro interior del hombre, su espíritu", el que se eleva hacia Dios; por tanto, si la memoria nos reprocha alguna falta, es preciso, en primer lugar, deplorarla en lágrimas, "para que el rostro del corazón sea visto por el Autor del mundo" (*Moralia in Job* X, 15, 26-28). Antes de la oración, eliminemos lo que puede entorpecerla; a continuación, vigilemos para mantenernos tal y como queremos aparecer ante el juez cuando volvamos a la oración (15, 29). Es necesario poner en práctica los mandamientos del Señor para obtener lo que pedimos (XVIII, 5, 19), "de suerte que la acción sea apoyada por la oración y la oración por la acción; en efecto, el que ora y descuida su actuar, eleva su corazón, pero no sus manos, y el que actúa y no ora, eleva sus manos pero no su corazón" (5, 20; cf. *Ep.* XI, 51: "inanis fit oratio ubi prava est actio").

Como para Agustín, el *objeto* de la oración es primeramente Dios mismo: "Cuando no se busca a Dios en la oración, muy

rápidamente el espíritu se cansa de orar". Dios quiere que busquemos, en primer lugar, su Reino (cf. *Mt.* 6, 33). Es verdad que la mayor parte de los hombres aspiran primeramente a los bienes temporales. Por el contrario, el buscar a Dios conduce a una oración que es ya contemplativa: "Cuando el espíritu aspira por la vista de su Creador, inflamado de deseos divinos, se une a las realidades de arriba y se separa de las de abajo; en su fervor, el espíritu se abre para recibir y elevarse, y cuando aspira a las cosas celestes, comienza a gustar de modo admirable lo que busca recibir". (XV 47, 53; sobre *la mística gregoriana*).

Es verdad al mismo tiempo que "Dios escucha al que clama hacia El" y que "tarda en escuchar sus clamores". Pero esa tardanza tiene por finalidad hacer menos superficial nuestra oración: "Nuestros deseos son cumplimentados más profundamente (*altius*), en la raíz de nuestros pensamientos... Nuestros deseos aumentan y progresan mediante esa tardanza, para ser capaces de lo que deben recibir... La fatiga de la lucha se prolonga para que sea mayor la corona de la victoria" (XXVI, 19, 13).

La súplica de ventajas terrenas (uxorem, villam, vestem, alimentum") no es ilegítima, a condición de que no se insista demasiado y de que se busque sobre todas las cosas el Reino. Pero no se puede orar por la muerte de un enemigo. Al contrario, la oración va con el perdón y la caridad: "la fuerza de la oración es la elevación de la caridad (*celsitudo caritatis*). Así, pues, todo hombre que ora con rectitud obtiene y consigue, puesto que el alma ya no está oscurecida en adelante por el odio al enemigo" (*Homiliae in Evang.* 27, 7-8).

El ciego del evangelio (*Luc* 18, 31-34) ofrece un modelo de oración insistente y adecuada: "Cuando perseveramos fuertemente (*vehementer*) en la oración, Jesús está allí para dar luz, pues Dios se inserta en el corazón y la luz vuelve a alumbrarse". El ciego no pide las riquezas, sino la luz: "buscamos esa luz que no podemos ver con los ángeles solos". A continuación, como el ciego, es preciso seguir a Cristo, es decir, imitarlo" (*Hom. in Evang.* 2, 2 y 7-8).

Retengamos finalmente esta fórmula que trasciende la oración privada: "El Señor acepta el sacrificio a través de la Iglesia;

es ella sola la que ora con seguridad por los que están en el error" (*Moralia* XXXV, 8, 13).

CONCLUSION. A pesar de la diversidad de los puntos de vista de los Padres, en su doctrina sobre la oración, su enseñanza ofrece unas constantes que son dignas de señalarse. Esa doctrina de los Padres se apoya en primer lugar en el Evangelio y el Nuevo Testamento; es fácil entresacar los textos más citados: *Mt.* 6, 6-8; 6, 33 (=*Luc.* 11, 20); 7, 9-11; *Luc.* 11, 5-13; 13, 4-5; 18, 1-13; *Hechos* 9, 10; *Rom.* 8, 26; 1 *Tim.* 2,1; especialmente significativa es la coincidencia entre Agustín y Casiano que se apoyan en *Luc.* 6, 12 (Jesús sobre la montaña) y 22, 43 (Getsemaní) para insistir en la exhortación a una oración profunda.

Casi todos los autores insisten en la armonía necesaria entre la oración y la acción, y varios subrayan la relación entre la oración y la lectura de la Escritura: el cristiano ora para vivir bien, y vive bien para orar mejor; su oración se alimenta de la Palabra de Dios y en ella encuentra su propia expresión.

El problema de la eficacia de la oración lleva a precisar su objeto: los bienes temporales sólo pueden pedirse con medida, en la sumisión y el abandono a la voluntad del Padre que sabe mejor que nosotros lo que nos conviene. El ideal es buscar a Dios solo, a El mismo.

Para decirlo todo, en el pensamiento de los Padres, la oración tiende siempre a elevarse más alto; la oración no es sólo un recurso a Dios para superar las dificultades o cumplir cristianamente las tareas de la vida de cada día; la oración es sobre todo "la conversación con Dios" o "el estar con Dios" (Gregorio de Nysa). Esta intimidad con el Padre, por el Hijo y en el Espíritu (así lo explicita Agustín), permite al hombre levantarse poco a poco al nivel de los pensamientos divinos y de conocer a veces, en momentos de gracia, un anticipo de la vida celestial. En grados diversos, la oración tiene siempre por efecto "una divinización" del hombre.

C. Oración en la Edad Media

1. Observaciones generales.– 2. Jalones para una historia de la oración medieval.

1. **Observaciones generales.**—1.º LUGAR DE LA ORACION EN LA ESPIRITUALIDAD MEDIEVAL.—La oración ha ocupado un espacio en la espiritualidad medieval cuya importancia apenas somos capaces de medir ahora. La función que ella ha jugado en la vida pública y en la privada encuentra primeramente su fundamento y su justificación en las enseñanzas de la Escritura, y también en esa convicción ya fuertemente expresada por Gregorio Magno (*Dialogi* 1, 8, PL 77, 188; citado por Gracián, *Decretum* 11, causa 23, q. 4, c. 21), según la cual, si el orden de las cosas, la sucesión de los acontecimientos y el destino de cada uno dependen enteramente de la providencia divina, Dios quiere sin embargo que los hombres merezcan obtener mediante sus oraciones lo que ha decidido concederles desde toda la eternidad (cf. v. gr., san Buenaventura, *In Sent.* 111, d.17, a. 2, 1.1, ad. 5, edi. Quaracchi, t. 3, p. 372b; santo Tomás de Aquino, *Summa theologiae* 2a, 2ae, q. 83, a. 2c).

Esta teología es inseparable de una antropología cuyo carácter racional ha sido frecuentemente subrayado. Incluso después de la época de la escolástica, en que la filosofía antigua ha introducido nuevas definiciones de lo que se debía llamar el "compuesto humano", el hombre se ha caracterizado primeramente por su relación con Dios a cuya imagen ha sido creado, pero del cual se ha alejado por el pecado y hacia el cual debe volver. El hombre es por tanto esencialmente un "ser religioso", ya se tome la palabra religión en el sentido de una reelección, es decir, de una vuelta libremente escogida hacia Dios (cf. Agustín, *De vivitate Dei* X, 3, 2, citado por santo Tomás, *loc. cit.*, q. 81, a.1 c), ya se la entienda en el sentido fundado sobre una etimología arbitraria, pero frecuentemente tomada según la cual la religión es lo que vuelve a ligar o religa al hombre con Dios (Agustín, *De vera religione* 55, 112, citado por santo Tomás, *ibídem*). La oración es, por tanto, un reconocimiento de la relación de dependencia ontológica del hombre en referencia a Dios (Tomás, *ibídem*, q. 83, a. 3). Con el ayuno y la limosna, la oración reconcilia al hombre pecador con Dios *ordenándole* a El (Buenaventura, *In Sent.* IV, d. 15, p. 2, a. 1, q. 4c, edi. Quaracchi, t. 4, p. 368 b). Pero la oración es también toma de conciencia de las relaciones

de solidaridad espiritual y de caridad que deben existir entre los hombres y que unen a éstos con la comunidad de los espíritus celestes y con la comunidad de los santos y con todo el universo entero.

La oración es igualmente un "ejercicio", un esfuerzo; la Edad Media hablará frecuentemente a este respecto de "combate" o de "sacrificio". Siguiendo la división propuesta por san Pablo (1 *Tim.* 2, 1) y comentada con frecuencia, la oración puede ser petición, súplica, intercesión o acción de gracias, pero también adoración, alabanza y *confessio,* en el sentido que Agustín había dado a esa palabra. Es, pues, una actividad de todo el hombre: oración del espíritu, de la inteligencia y del corazón, pero también del cuerpo, porque generalmente va acompañada de palabras o cánticos, gestos, actitudes o movimientos destinados también a señalar la dependencia del que ora respecto de Dios, así como a mantener su atención y favorecer los impulsos de su corazón.

2.º EL VOCABULARIO DE LA ORACION.—Para comprender lo que fue la oración medieval, es necesario recordar brevemente el vocabulario que se relaciona con el alma. Las palabras "oración" y "orar" se derivan del latín *prex,* utilizado casi exclusivamente en plurar (*preces*), y del verbo *precor.* Sin embargo, más a menudo, traducen las palabras *oratio* y *orare.* Pero la palabra *oratio* significa primeramente palabra, lenguaje o discurso, después petición. Implica una idea de oral y oralmente, idea que evocan las definiciones propuestas por Casiodoro (*In Ps.* 38, 13, CCL 97, 1958, p. 360, 305: "Oratio est oris ratio"), por Isidoro de Sevilla, (*Aetym.* X, PL 82, 388; ed. Lindsay, n. 195-96: "Orare dicere est") et por Alcuino (*Grammatica,* PL 101, 858a: "Oratio est ordinario dictorum"). La Edad Media no lo olvidó nunca.

Guillermo de Auvergne, por ejemplo, lo recuerda en su gran tratado sobre la oración que lleva el título significativo de *Rhetorica divina* (*Opera omnia,* París, 1674, t. 1, p. 336-406), y santo Tomás explica que esta palabra ha pasado a la lengua religiosa porque los discursos (*orationes*) de los antiguos eran, con la mayor frecuencia, defensas, pronunciadas ante los jueces, de suerte que era fácil su trasposición al sentido de ver, en las oraciones cristianas,

peticiones o súplicas, dirigidas a Dios, juez de nuestros actos (*In Sent.* IV, d. 15, q. 4, a. 1, q.ª 3, sol. 1). La palabra latina *oratio* no corresponde pues exactamente a la palabra española "oración". Esta palabra se ha cargado de connotaciones y resonancias nuevas. Designa lo más frecuentemente hoy, en nuestra lengua, o ciertas oraciones litúrgicas de la misma y del oficio divino, o la oración mental, designando, en ese caso, "tanto la meditación, como la contemplación". Tomando, pues, aquí *oratio* en el sentido muy general de oración, se adopta una traducción que corresponde a la del verbo *orare* que, en la lengua religiosa, ha significado siempre pedir u orar, poniéndose fuertemente el acento en la petición.

3.º LAS FORMAS DE LA ORACION MEDIEVAL.—En la Edad Media, la oración ha revestido múltiples formas y ha sido objeto de distinciones que es preciso recordar brevemente. Las más corrientes han sido establecidas por los escolásticos: por una parte, oración pública y oración privada (Tomás, *In Sent., loc.cit.*, a. 2, q.ª 1c; *Summa* 2a 2ae, q. 83, a. 12c), por otra parte, oración vocal o exterior y oración mental o interior (Tomás, *ibíden;* Buenaventura, *In Sent., loc. cit.*, a. 2, q. 3, p. 373-75; *Breviloquium* V, 10, t. 5, p. 363b). Las fronteras de estas distinciones son a veces difíciles de ser trazadas.

1) *Oración pública y oración privada.*—Llamada también oración común (*oratio communis*) la oración pública, dice santo Tomás, es la que "los ministros de la Iglesia ofrecen a Dios en el momento de todo el pueblo fiel" (*Summa, loc. cit.*). Es, pues, principalmente la oración litúrgica, la que acompaña a actos litúrgicos perfectamente determinados, como en la administración de los sacramentos, o sobre todo en la celebración del sacrificio eucarístico y en el oficio divino, considerado en la Edad Media como un verdadero servicio público.

Sin embargo tenían lugar otras oraciones públicas, ya sea para satisfacer la piedad popular (procesiones, perdones, peregrinaciones, jubileos, bendiciones, etc.), ya sea para responder a ciertas necesidades públicas (hambre, epidemias, etc.). Esas oraciones, de cualquier naturaleza, eran evidentemente oraciones vocales. Los textos que en ellas eran leídos, tenían un origen o,

al menos, una inspiración, de tipo bíblico. Los Salmos y sobre todo el *Pater,* del que poseemos innumerables comentarios, han ocupado siempre un lugar privilegiado.

La oración privada, llamada también "oración singular" (*oratio singularis*), es la que cada uno puede ofrecer "ya sea para uno mismo, ya sea para otra persona totalmente distinta" (Tomás, *loc. cit.*). Puede ser vocal, pero también interior o mental. Esta distinción entre oración pública y oración privada, a pesar de las apariencias, no se puede fijar de un modo preciso. Como lo ha subrayado en efecto A. Wilmart, un gran número de oraciones, destinadas primitivamente a responder a las necesidades de la piedad individual, han sido introducidas en la liturgia y así han alimentado la oración pública. Otras oraciones, también en gran número, propuestas para la devoción privada, concretamente en la época carolingia, se inspiran directamente en el oficio divino. Además, en todo tiempo, las reglas y los costumbreros monásticos habían impulsado a los que celebraban el oficio a proseguir su oración en privado y en silencio, marcando así la continuidad que debe existir entre estas dos formas de oración. (cf. P. Salmon, *Analecta liturgica,* p. 192).

2) *Oración vocal y oración mental.*—La distinción establecida entre estos dos tipos de oraciones es menos clara todavía; también san Buenaventura habla igualmente de lo que llama la "oración mixta", en la que se entremezclan la oración vocal y la mental (*In Sent.* IV, p. 2, a. 2, q. 3c, t. 4, p. 374). Oración mental y oración vocal son en efecto inseparables. La liturgia, sin duda, había conferido a la palabra, en la oración, una cierta preponderancia. Pero el Evangelio, en un texto citado frecuentemente (*Mt.* 6, 7), había afirmado que la abundancia de las palabras no bastaba para constituir una verdadera oración. La Regla de san Benito (cap. 19) y la de san Agustín (ed. Verheijen, 11, 3, p. 421) habían recordado también que en la salmodia los pensamientos del corazón tenían que formar un acorde con las palabras pronunciadas. En efecto, la oración vocal exige un esfuerzo de atención, de recogimiento y de interiorización, en cuya necesidad había insistido san Agustín (*Epist.* 130 a Proba, 10, PL 33, 502), citado por santo Tomás (*Summa, loc. cit.* a. 14, ad 1), y

y San Gregorio (*Moralia* XXXIII, 23, 43, PL 76, 701 b) citado por Buenaventura (*In Sent.* IV, d. 15, p. 2, a. 2, q. 3, p. 373-74).

La Edad Media había conocido siempre además la oración solitaria y silenciosa, recomendada por San Benito (cap. 20), así como por un gran número de reglas o costumbreros y por una tradición, cuyos testimonios son innumerables. Según Leclercq (*Les noms de la prière*, p. 129-31), esta forma de oración, en la que el alma se dirige a Dios "sin mediación de palabras tomadas de texto alguno", debe revestir "tres caracteres" según su frecuente descripción. Tiene que ser primeramente "pura", es decir, "sin distracciones", y como eso "normal y habitualmente no puede durar mucho tiempo, será igualmente breve" y se compensará "la corta duración, renovándola frecuentemente": esta oración será, pues, finalmente "frecuente". De hecho, este tipo de oración es aquel del que se trata en los textos que asocian, al mismo tiempo que distinguen, la *lectio*, la *meditatio* y la *oratio*, desembocando ésta a su vez en la *contemplatio*.

3) *La oración furtiva.*—Este nombre ha sido dado a veces a esas breves invocaciones en que se expresan las llamadas espontáneas del alma y que, repetidas interiormente, han jugado, en la espiritualidad occidental, una función análoga a la que el Oriente ha llamado la "oración de Jesús". Agustín (*Epíst.* 130 a Proba, 20, PL 33, 501) había recomendado ya el uso de esas fórmulas pronunciadas frecuentemente a escondidas (*raptim*) y lanzadas como dardos (*jaculatas*) hacia Dios. La etimología debería permitir el dar a estas invocaciones el nombre de "oraciones jaculatorias", pero esta expresión reviste hoy un sentido algo diferente (cf. I. Hausherr, *Noms du Christ et voies d'oraison* (nombres de Cristo y vías de oración —Nota del trad.—), OCA 157, 1960, p. 289-92). Por tanto, parece mejor el conservar la expresión "oraciones furtivas" (*orationes furtivae*) que se encuentra ya en una compilación carolingia (PL 101, 468) y en una *Vita* de San Adalberto de Praga (citada por J. Leclerq, *Les noms* —Los nombres, nota del trad.—, p. 131, n.1).

La misma expresión será tomada de nuevo posteriormente por las primeras generaciones de los hermanos Predicadores, que predicarán esta forma de oración durante sus largos viajes

(cf. A. Huerga, art. *Preghiera,* 111: 1 *Domenicani, sec.* XIII, DIP, t. 7. col. 620-23). Tomás de Aquino, sin emplear la misma expresión, cita el texto de Agustín indicado anteriormente y ve en esas invocaciones repetidas un medio de practicar la "oración incesante" recomendada por el Evangelio (*Luc* 18, 1) y San Pablo (1 *Tes.* 5, 17) (cf. *Summa,* 2a, 2ae, q. 83, a. 14c).

2. **Jalones para una historia de la oración medieval.—** Una historia de la oración medieval que quisiera abarcar este inmenso tema en toda su amplitud debería recurrir a testimonios innumerables.

Debería interpelar, en primer lugar, la historia de la arquitectura y la del arte. Catedrales, iglesias, capillas, oratorios, claustros, abadías y monasterios han sido los lugares de una oración, de la que eran, al mismo tiempo, el símbolo. Su ordenamiento, su disposición, su ornamentación, su mobiliario, su iluminación han sido concebidos para la celebración de la Eucaristía y del oficio divino, o para otras oraciones públicas, extralitúrgicas. Pero han querido favorecer así el recogimiento y el silencio indispensables para la oración privada, vocal o mental. Imágenes, estatuas, frescos o vitrinas tenían que contribuir, por otra parte, a despertar o a mantener el fervor, el *affectus orationis* o el *affectus devotionis* de los que habitaban en aquellos lugares o los frecuentaban.

Habría que interpelar a continuación los libros. Incluso independientemente de su contenido, el cuidado con que la mayor parte de los sacramentarios, misales, antifonarios, graduales, salterios, breviarios, rituales o libros de las horas han sido caligrafiados, ilustrados, adornados y encuadernados da testimonio de la importancia dada a todo lo que se refiere a la oración. Si consideráramos los textos, sería preciso consultar las reglas, los costumbreros o las constituciones de los monasterios, de las órdenes religiosas, de las terceras órdenes, de las cofradías o de las fraternidades, sin olvidar los comentarios de que han sido acompañados frecuentemente. Todos contienen, en efecto, unas disposiciones más o menos parecidas, más o menos desarrolladas, sobre los tiempos, los lugares o las formas de oración, los gestos y las actitudes que deben acompañar a la oración, las

ropas con que conviene revestirse para entregarse a la oración. También habría que dar un lugar importante a las *Vidas* de los santos que nos informan también sobre la manera como han orado, así como sobre los modelos de oración de que la Edad Media se ha servido. Tampoco habría que menospreciar los textos en legua vernácula. Como lo han mostrado algunos estudios recientes, los cantares de gesta, así como colecciones de milagros y misterios, ofrecen indicaciones numerosas y sugestivas sobre la oración de los laicos, sobre su objeto y su contenido. Aquí nos limitaremos a señalar algunos textos que nos llevan al conocimiento de las oraciones que la Edad Media ha empleado o que han tratado sobre la oración desde un punto de vista teológico.

1.º "PRECES" Y COLECCIONES DE PRECES DEL SIGLO VIII al XI.—En todo tiempo, ha escrito A. Wilmart (*Autores espirituales*, p. 478), "fueron formuladas libremente y, por así decirlo, al margen de la liturgia oficial, oraciones". Esas oraciones han sido reunidas frecuentemente en colecciones a las que se ha dado el nombre de *Libelli precum*. Las colecciones más antiguas son de origen celta o anglo-sajón, como la célebre colección *Book of Cerne* (ed. Kuypers, Cambridge, 1902), que debe su nombre a la abadía del sudeste de Inglaterra a la que ha pertenecido y que habrá sido compuesta hacia el siglo VIII, o la *Oratio sancti Brendani*, más tardía y de origen irlandés (ed. P. Salmon, CCM 47, 1977, p. 1-31). Indiquemos, a modo de ejemplo, que esta última colección está integrada principalmente por invocaciones, "confesiones" y súplicas dirigidas a la Trinidad o a Cristo, a la Virgen, a los ángeles y a los santos. Se encuentra en esa colección una *lorica*, es decir, una de esas oraciones en forma litánica, en uso entre los cristianos celtas que solicitan la protección de los poderes celestes contra todos los peligros espirituales y temporales enumerados con detalle.

Colecciones análogas, imitando frecuentemente las precedentes, habrían de extenderse por el continente, en favor de lo que se ha llamado el "renacimiento carolingio" (cf. R. Constantinescu, *Alcuin et les "Libelli precum"*... p. 17-56; P. Salmon, *Analecta liturgica*, Roma, 1974; *Les livrets de prière*... p. 218-34). Los textos contenidos en esos *Libelli* están tomados de la Escritura,

de las *Vitae* de los mártires y confesores, de los escritos de los Padres. Se encuentra en ellos igualmente himnos y poemas. Se dedica un puesto muy importante al Salterio, ya bajo la forma de salmos escogidos, acompañados a veces por un breve comentario u oración, ya bajo la forma de versículos aislados, constituyendo invocaciones, según una forma parecida a la que había adoptado el *Psalterium Bedae,* y de lo cual se encuentra otro ejemplo en el *Psalterium abbreviatum Vercellense.* Según una carta de Alcuino, considerada como auténtica, colocada por Migne (PL 101, 509) "en el comienzo de *Officia per ferias* (PL 101, 509-512) respecto de los cuales es totalmente extraña", pero que se refiere a una colección parecida a las que se acaban de citar, se constata que esos salterios abreviados, incluso aunque hayan podido alimentar a veces la oración pública, han sido destinados primeramente a la oración privada de laicos o a la de los clérigos que no tenían la posibilidad de celebrar el oficio solemne por el impedimento que fuera (cf. P. Salmon, *Analecta,* p. 84-85).

2.° LOS MANUALES DE ORACION DEL SIGLO XI (ONCE).—Las colecciones que acabamos de mencionar, así como otras análogas, permanecerían en uso durante mucho tiempo. Incluso se les harán copias en los siglos XIV y XV (P. Salmon, *Livrets de prières,* RBén., 1980, p. 147-49). Sin embargo, a lo largo del siglo XI la expresión de la oración cristiana toma un nuevo impulso. Se ven aparecer entonces colecciones de estructura diferente, destinadas también a la oración privada, pero en las que no se puede excluir que hayan alimentado también la oración comunitaria (P. Salmon, *Analecta,* p. 189-94). Estas colecciones son a menudo anónimas. Otras eran atribuidas afortunada o desafortunadamente a personajes de notoriedad diversa. Uno de los más conocidos, Juan Gualberto (†1073), que usó sin duda esa colección, pero sin ser el autor (cf. Wilmart, p. 259-99: *Le manuel de prières de S. J. G.,* RBén., 1936). Hay que mencionar igualmente las oraciones contenidas en los *Carmina et preces* de Pedro Damián (†1072) (PL 145m 917-66), estudiados igualmente por Wilmart (*Auteurs spirituels,* p. 138-46; *Le recueil des poèmes et prières de S. P. D.,* RBén., t. 41, 1929, p. 513-23). Se encuentran ahí unas "fórmulas bastantes breves, en que la

petición ocupa un puesto amplio, y que prolongan la tradición de los *Libelli precum* carolingios" (J. Leclercq, S. P. D., *ermite et homme d'Eglise,* Roma, 1960, p. 165).

Hay que destacar también Juan de Fécamp (†1078); es autor de la oración *Summe sacerdos* que ha figurado en el Misal romano, hasta una época reciente, bajo el nombre de San Ambrosio (Wilmart, *Auteurs spirituels,* p. 101-25). Pero se le deben sobre todo unos libritos de oraciones, cuya mayor parte ha sido reproducida en la colección de *Meditations* falsamente atribuidas a San Agustín (PL 40, 901-42) o entre los escritos de Alcuino (PL 101, 1027-98); nueva ed. de J. Leclercq y J. P. Bonnes, *Un maitre de vie spirituelle au lle siècle, Jean de Fécamp,* París 1946. Entre las colecciones que han tenido más exito, hay que destacar sobre todo las *Orationes sive meditationes* de Anselmo de Cantorbery (†1109). Las antiguas ediciones habían publicado bajo ese título una serie de 22 "meditaciones" y de 75 "oraciones" (PL 158, 709-1016). La crítica ha mostrado que muchos de estos textos no eran auténticos. Con todo, 19 *orationes* y 3 *meditationes* son ciertamente de Anselmo (ed. F. Schmitt, S. *Anselmi Opera,* t. 3, Edimburgo, 1946; reimp. Stuttgart 1968, p. 1-91). El desorden en que esta colección había sido copiada de nuevo es la señal de su éxito. La piedad cristiana se preocupaba menos de conocer los nombres de los autores, a quienes convenía atribuir esas oraciones, que de encontrar en esas oraciones con qué alimentarse, mantener y recalentar su fervor.

Un rápido examen de las oraciones contenidas en esas colecciones permite entrever lo que fueron entonces la estructura, los temas esenciales y las orientaciones profundas de la oración medieval. Se constata primeramente que, permaneciendo distinta de la *lectio* y de la *meditatio* que la preceden y la preparan, la *oratio* permanece inseparable de ellas. El Prólogo que San Anselmo ha puesto para encabezar la colección de sus *Orationes et meditationes* auténticas es significativo a este respecto (ed. citada, p. 3). El abad del Bec recuerda en ese pasaje la diferencia entre esas tres clases de ejercicios. Pero señala, al mismo tiempo, las relaciones estrechas que unen la *lectio,* la *meditatio* y la *oratio.* Sus *Orationes,* así como sus *Meditationes* deben ser leídas, en

efecto. Sin embargo no deben ser leídas en el tumulto, ni rápidamente, sino en la tranquilidad y la calma, para que esa lectura pueda transformarse en meditación. Tampoco se deberá uno obligar a leer esos textos desde el principio al fin, ni tampoco a comenzar por el principio. Además, esos textos han sido divididos en parágrafos para que su lectura pueda ser emprendida donde se desee y asimismo pueda ser interrumpida allí donde se despierte en el alma un movimiento afectuoso de oración y el deseo de complacerse en ello. Este prólogo contiene asimismo una especie de método de oración simplificada, que una larga práctica había hecho familiar en los ambientes monásticos, pero que Anselmo quería poner a la disposición de sus destinatarios.

Si se quiere avanzar en las orientaciones sobre la oración medieval, se observará primeramente que la mayor parte de las *orationes* contenidas en esas colecciones se dirigen directamente a Dios, a la santa Trinidad, a una u otra de las tres divinas personas o a Cristo. La Virgen es invocada también frecuentemente (cf. H. Barré, *Prières anciennes*...), y es hacia la Virgen que se dirigen tres de las más bellas oraciones de la colección de Anselmo (*Or.* 5-7). Otras oraciones son dirigidas a los ángeles, más particularmente al arcángel Miguel, o a los santos. Estas oraciones son numerosas, igualmente, en la colección de Anselmo. Invocan a Juan-Bautista (8), los apóstoles Pedro (9), Pablo (20) o Juan (1), o a los santos Esteban (13), Nicolás (14), Benito (15) o María Magdalena (16).

Pero en lo que merece sobre todo centrar la atención es en el objeto de estas oraciones. La alabanza, la acción de gracias y la adoración ocupan el mayor espacio. Las oraciones de Juan de Fécamp son significativas a este respecto. Son frecuentemente *confessiones*, destinadas a celebrar la grandeza de Dios, su bondad y su misericordia. Temas parecidos reaparecen en las *orationes* de Anselmo (por ejemplo *Or.* 2 y 4), así como en las dirigidas a la Virgen y a los santos. Esas oraciones mencionan los méritos que nos han adquirido por sus trabajos o sus sufrimientos, pero ven en todo ello el signo y la marca de los dones recibidos de Dios. También encuentra su lugar la petición, que, ante todo, es espiritual. El que ora solicita el perdón de sus faltas, el

consuelo en sus pruebas, la fuerza para resistir a las tentaciones y al mal que acecha, para poder ser en todo fiel a Dios. Quiere obtener de Dios o de Cristo, por intercesión de la Virgen y los santos, las virtudes de penitencia y humildad, y más aún las de la esperanza y caridad, y, sobre todo, el amor de Dios.

Así aparece lo que constituye los dos elementos esenciales y como los dos polos de la oración medieval: por un lado, el sentimiento profundo de una miseria, de la que el pecador toma una conciencia cada vez más viva; y, por otro lado, una confianza sin límites en la misericordia divina y en el poder de intercesión de los que, desde el más allá, velan sobre él y le protegen. En lo que concierne al primero de los dos puntos, por ejemplo, Juan de Fécamp se considera siempre como pobre y miserable, concebido en el pecado y manchado como consecuencia de sus grandes pecados, como un ingrato que después de haber entrado en religión, ha cometido faltas innumerables y que, en lugar de corregirse, ha añadido nuevas faltas a aquellas en las que había caído. Anselmo, por su parte, no encuentra palabras suficientemente fuertes para hablar de su pecado, de su miseria, de su angustia. Evoca su enfermedad o su "imbecilidad" (ed. citada, p. 6, 10-11), se llama pobre y abandonado (*derelictus*, p. 90), se compara con un "gusano cargado de crímenes" (*scelerosus vermis*) o con un "hombrecillo cargado de males" (*aerumnosus homuncio*, p. 26, 8). Se compadece de su condición miserable (p. 14) que le es causa de lágrimas (p. 9, 83). Pero este sentimiento agudo de su miseria no excluye la alegría profunda que experimenta alabando a Dios y celebrando su gloria (p. 11, 24-25). Su oración reviste, pues, deliberadamente un carácter afectivo, y los sentimientos de tristeza o confusión que engendra en él la conciencia de su pecado son compensados por una confianza inmensa en la misericordia divina, fuente de una alegría y de una esperanza que nada puede desalentar.

Los textos en lengua vernácula que nos dan a conocer las canciones de gesta presentan caracteres algo diferentes y recurren a otros medios diferentes de expresión. Con todo se encuentra en ellos unos rasgos que los vinculan con las oracionesde los clérigos y los monjes. "Esa oración épica, se nos dice,

es exclusivamente oración de súplica" (M. de Combarieu du Grès, *L'idéal humain*... p. 546). Pero aunque esa oración parece "reposar totalmente sobre una idea bastante limitada de la divinidad", con todo muestra "la familiaridad del que ora con lo sobrenatural" (p. 547). El análisis de los textos permite deducir grandes orientaciones (p. 576-79). Como las antiguas *loricae* (corazas), las oraciones de las novelas de caballería recuerdan vivamente las intervenciones milagrosas de Dios mencionadas por el Antiguo o por el Nuevo Testamento. Esas oraciones evocan a veces "toda la historia del mundo, concebida como la de las relaciones de Dios y los hombres". Testimonian una fe intrépida y una confianza en Dios que ninguna duda aparente derrumba.

3.º LAS PRIMERAS SISTEMATIZACIONES DEL SIGLO XII.—Las colecciones de que hemos tratado, continuarán siendo leídas y empleadas durante toda la Edad Media. Aparecerán otras oraciones y serán difundidas con el nombre de grandes doctores, como autores, tales como Buenaventura o Tomás de Aquino, aunque no eran tales autores. La piedad de los fieles permanecerá vinculada ahí y algunas de esas oraciones perduran en su uso hasta nuestra época. Paralelamente, sin embargo, se verán aparecer exposiciones con un fin más sistemático que práctico.

De entre estas exposiciones, las hay de origen antiguo. Así, por ejemplo, Isidoro de Sevilla (*Sententiae* 111, 7, PL 83, 671-79), y más tarde Rabán Mauro (*De universo* VI, 14, PL 111, 136-7), consagran a la oración desarrollos de cierta amplitud.

La oración, dice Rabán, es una *petitio*, porque orar consiste en pedir. Esta definición está seguida de indicaciones relativas al lugar y al tiempo de la oración directamente inspirados en la Escritura. Cristo ha dicho que se orase secretamente (*Mt.* 6, 6), pero si las circunstancias o la necesidad lo exige, se podrá orar en público. En cuanto al tiempo de la oración, hay que observar la enseñanza de San Pablo que nos dice que "oremos sin cesar" (1 *Tes.* 5, 17). Es por fidelidad a la Escritura (*Hec.* 13, 3) por lo que la oración se encontrará cercana del ayuno y la limosna, que son sus dos alas. Estas exposiciones con todo son muy sumarias.

En el siglo XII lleva a cabo análisis más profundos, que tratan de definir la estructura, los modos, las formas o los grados de la oración. Asimismo, intentan describir lo que sucede en el espíritu y en el corazón del que ora. Estos análisis se insertan frecuentemente en obras de carácter más general que contienen oraciones o elevaciones. Sigan algunos ejemplos, a continuación:

1) *Guillermo de Saint-Thierry* (†1148) es de los que más han hablado sobre la oración. Incluso antes de hacerse monje cisterciense en Signy, había redactado *De contemplando Deo* (ed. J. Hourlier, SC 61, 1968) en que la oración es presentada como una búsqueda de Dios. El alma toma conciencia, en primer lugar, de su miseria. A su deseo podrá responder la gracia del encuentro, raro y repentino, que formará en ella sentimientos o *affectus* de alegría, exultación, adoración y acción degracias. Lo que el alma quiere alcanzar es el amor de Dios, y la obra contiene una oración admirable, destinada a solicitar ese don (n. 8-9, p. 86-91). Las *Meditativae orationes* de Guillermo testimonian, por su parte, lazos estrechos que unen meditación y oración. En su *Méditation* 5 concretamente (ed. M. M. Davy, París, 1934, p. 116-33), recuerda los modos de oración de los que Cristo nos ha dado ejemplo. En efecto, El ha orado "solo", "entre la muchedumbre", "en la exultación del espíritu", "con sudor de sangre" e incluso cuando fue "elevado en la cruz". Como El, es preciso saber orar en la soledad o entre la muchedumbre. Como El, hay que orar a veces "con sangre", y "en la cruz", es decir, en la prueba, en que nuestro "corazón derrama lágrimas de sangre" en presencia del Salvador. Además (*Med.* 9, p. 194-209), Guillermo ve en la oración un combate. Para acercarse a Dios, para verlo y oírlo, el alma tiene que descender, como a tientas, en la morada de su conciencia, echando todos los pensamientos vanos e inútiles (p. 199). Cuando el alma ha logrado hacer en sí misma el silencio y ha "ordenado con disciplina sus afecciones", entra en la intimidad y familiaridad divinas y encuentra su descanso en Dios (p. 201-02).

Los escritos redactados por Guillermo tras su ingreso en Signy, en 1135, contienen una enseñanza más sistemática. La *Expositio in Cantica* trata de las formas, motivos y temas propios

de la oración en los tres estados del alma que serán descritos a continuación (ed. J.-M. Déchanet y M. Dumontier, SC 82, 1962, n. 12-25, p. 84-103). En el estado "animal", el que ora no sabe todavía orar verdaderamente. Pide todo a Dios, excepto Dios mismo, y Dios le permanece obstinadamente oculto. La oración del hombre "racional", por el contrario, se eleva deliberadamente dentro del ámbito de las cosas del espíritu; es todavía fruto de esfuerzos laboriosos. Pero la gracia del Espíritu Santo actúa sobre la razón, el alma, la vida, las costumbres e incluso el mismo temperamento físico; Dios viene a aquel que lo ama y establece en él su morada. Llegado al estado "espiritual", el alma, en su oración, no quiere más que lo que Dios quiere. "En efecto, en ese estado, el hombre ora a Dios como Dios... Se conforma a Dios. No le pide nada, sino a El y el medio de alcanzarlo. Consiente en no gozar de nada sino de El y en El; en no usar de nada, si no es para ir a El" (n. 23, p. 98-101).

Los textos de la *Epistola ad fratres de Monte Dei* se presentan algo diferente (ed. J.-M. Déchanet, SC 223, 1975, n. 169-86). Guillermo recuerda ahora, primeramente, los lazos estrechos que unen la *lectio* y la *meditatio* a la *oratio*. En la *lectio*, el amor de Dios "encuentra su leche", en la *meditatio*, su "alimento sólido", en la *oratio* finalmente "su fuerza y su luz" (n. 171, p. 280-81). Con la ayuda de la meditación, es como el "hombre animal" aprenderá a orar de una manera "espiritual". Apartará "lo más posible de su espíritu los cuerpos y representaciones corporales", para llegar a "la pureza del corazón" (n. 173, p. 282-83). Podrá fijar su atención en la Humanidad del Salvador, con tal de que, al menos, "por la fe, no separe Dios del hombre", a fin de que llegue un día a "captar a Dios en el hombre" (n. 174). Entonces verá despertarse en él sentimientos (*affectus*) "tanto más dulces cuanto más cercanos a la naturaleza humana", pero la fe deberá transformar esos sentimientos en "movimientos de amor" y permitirle captar, "en el abrazo de un suave beso de amor, a Cristo Jesús enteramente hombre pero también enteramente Dios" (n. 175, p. 284-87). Guillermo, a continuación, define los cuatro modos de oración que San Pablo había distinguido (1 *Tim.* 2, 1) pero presentándolos de modo algo diferente

(n. 176-86, p. 286-95). Primeramente trata de la petición (*postulatio*) y de la súplica (*obsecratio*), luego, de la oración propiamente dicha (*oratio*) de la que da una definición que subraya el carácter afectivo. La oratio es una adhesión y apego afectuosos del hombre a Dios (*hominis Deo adhaerentis affectio*), una especie de conversación familiar en que "el alma iluminada se mantiene delante de Dios para gozar de su presencia tanto cuanto le sea permitido" (n. 179, p. 288-89). A la *oratio* le sucede la acción de gracias (*gratiarum actio*), que nace de la percepción de los dones de Dios. En ella consiste la oración ininterrumpida de que habla el Apóstol, cuando declara: "Orad sin cesar, y dad siempre gracias" (1 *Tes.* 5, 17-18; n. 180-181, p. 288-90).

2) *San Bernardo* (†1153) dedica también lugar abundante a la oración en sus escritos. Sus *Sermones sobre el Cántico,* concretamente, contienen numerosas elevaciones, que son, ellas mismas, oraciones (cf. *In Cant.* 20, 1). Sus enseñanzas sobre este punto son menos sistemáticas que las de Guillermo de Saint-Thierry. Con todo, con distintas ocasiones, trata sobre la necesidad de la oración, formas de que ésta debe revestirse o de la manera conveniente de orar. Se observará, por ejemplo, el desarrollo de los textos que dedica a este sujeto en los *Sermones* 4-6 de Cuaresma (PL 183, 176-83; ed. Leclerq-Rochait, t. 4, Roma, 1966, p. 370-76). El S. 6 está particularmente consagrado a la oración dominical. Pero en el S. 4 Bernardo había puesto en guardia a sus oyentes respecto de los peligos a que peden exponerse en la oración: abatimiento de espíritu o, al contrario, la temeridad, o la tibieza de una oración a la que no acompaña ningún afecto.

En el S. 5, trata primeramente de los frutos de la oración y responde a la objeción de los que no encuentran en la oración satisfacciones. Les pide que se atengan a lo que les enseña la fe más que a su experiencia, pues "la fe es verdadera, en tanto que la experiencia es engañosa", y les invita además a buscar la alegría que Dios reserva para los que le sirven en castidad, humildad y caridad. Trata a continuación de las peticiones que hay que dirigir a Dios. Estas pueden articularse en tres objetos: "Dos conciernen al tiempo presente, son los bienes del cuerpo y del alma, y el tercero es la bienaventuranza de la vida eterna".

Debemos pedir los bienes del cuerpo, pero "debemos pedir más frecuentemente y con más fervor por las necesidades de nuestra alma, es decir, para obtener la gracia de Dios y las virtudes. Asimismo, debemos vivir solicitados, con entera piedad y deseo ardiente, por esta vida eterna en que reside la felicidad plena del cuerpo y del alma". Pero, para que sobre estos tres puntos, nuestras peticiones sean verdaderamente "oraciones del corazón", es preciso "que la oración que tiene un fin temporal se limite a lo solo necesario; que la que solicita las virtudes del alma esté purificada de toda impureza y se conforme al buen gusto de Dios; que la oración que enfoca la vida eterna esté plenamente llena de humildad, apoyándose solamente en la misericordia de lo alto".

Bernardo trata igualmente "de la manera de orar" en el sermón 107 *De diversis* (PL 183, 733-34; ed. Leclercq-Rochais, t. 6/1, p. 379-81). A este respecto, enumera las cualidades de que deben revestirse las cuatro clases de oracione de 1 *Tim.* 2, 1. La oración de petición (*postulatio*) deberá ser presentada con humildad. La súplica (*obsecratio*) deberá estar caracterizada por su pureza, teniendo que considerar el que ora lo que pide, a quien pide y quien pide, es decir, uno mismo (el mismo orante). La oración propiamente dicha (*oratio*) será presentada "con efusión", es decir que se verá animada por un gran espíritu de caridad, y tras haber orado por uno mismo, deberá orar por los otros, como los Apóstoles lo han hecho por la Cananea, que pedía la curación de su hija. Finalmente, la acción de gracias, identificada de nuevo con la oración incesante de 1 *Tes.* 5, 17-18, debe ser obra de la *devotio,* que brota de un corazón puro y lleno de agradecimiento.

3) A partir de la primera mitad del siglo XII, corresponden a *Hugo de San Victor* (†1114), las exposiciones más sistemáticas. En su *Didascalicon* (V, 9, ed. Ch. H. Buttimer, Washington, 1939, p. 109), y después en su *De meditatione* (PL 176, 993), había enumerado las cinco etapas de la ascensión espiritual: *lectio, meditatio, oratio, operatio, contemplatio.* Sin embargo, es en *De modo orandi* o en *De virtute orationis* (PL 176, 977-88), donde se encuentra un tratado verdadero sobre la oración. Este breve

opúsculo, en efecto, tiene como fin el ayudar a sus lectores a fijar la atención en la recitación litúrgica de los Salmos y a interiorizar la lectura o el canto. Pero se preocupa igualmente de la oración privada.

Para Hugues, el sentimiento que el hombre debe tener de su miseria y la confianza que debe poner en la misericordia infinita de Dios, son las dos alas de la oración. Por otra parte, la meditación es una preparación indispensable para la oración: da al alma la ciencia de su propia miseria que engendra así la compunción, de la cual nacerá la "devoción". Esta será el verdadero punto de partida de la *oratio*, que Hugues define "como una devoción del espíritu", es decir, como una "conversión hacia Dios, mediante un sentimiento humilde y piadoso, fundado sobre la fe, la esperanza y la caridad" (Ch. 1, 979b). Hugues describe, a continuación, las diferentes clases de oraciones y las actitudes interiores que corresponden a cada una de ellas. Propone a este respecto una serie de divisiones y subdivisiones, clasificadas desde un triple enfoque, concerniente sobre todo a la oración vocal o al menos a la oración que se lleva a cabo con la ayuda de palabras interiores (cap. 2-4, 979-83).

Hay que proponer primeramente la *suplicatio*, petición humilde y piadosa, desprovista de objeto preciso, que debe desembocar en la oración pura (*oratio pura*), en que el alma, inflamada de devoción, piensa sólo en el amor de Dios. Hay que distinguir la *postulatio*, cuyo desarrollo puede permanecer bastante vago (*mera narratio*), pero que sin embargo tiene a la vista una petición precisa (*determinata petitio*). En la *insinuatio* finalmente, el alma descubre su deseo a Dios, pero a modo de alusión, como lo hizo la Virgen, cuando, en Caná, se limitó a decir a Jesús: "Ya no les queda vino". Más allá de estas tres divisiones, Hugues insiste en los sentimientos que el alma debe alimentar en ella, durante la oración, y que encuentran su origen en la *devotio*. Lo que da su fuerza a la oración no son las palabras, en efecto, sino el *affectus devotionis*. La oración es, pues, profundamente afectiva, y parece que Hugues quisiera tomar posición al respecto, contra teólogos o autores espirituales que no comparten su criterio, pero no los nombra (cap. 5, 983ab). Cada uno

debe, pues, descubrir los *affectus* que pueden despertar en su alma los Salmos y otros pasajes de la Escritura que canta o recita. En efecto, sin esos *affectus*, que son innumerables, pero de los que Hugue nos propone una larga enumeración (cap. 7-7m 985-88), la oración no puede ser agradable a Dios.

4) Muchos *otros autores* del siglo XII han hablado de la oración Aelred de Reilvaux trata del tema en el opúsculo sobre *La vida de recluso*, que escribe con ocasión de su hermana (ed. C. Dumont, SC 76, 1961). Determina ahí el tiempo que ella debe dedicar a la oración. Como tantos otros, asocia igualmente entre ellos los tres ejercicios de la *lectio*, la *meditatio* y la *oratio*, y si para orar recomienda primeramente recitar los salmos del oficio divino, aconseja también recitar frecuentemente la oración dominical y repetir a menudo el nombre de Jesús (n. 9-11, p. 62-75). Guigues el Cartujo asocia entre sí los tres ejercicios que acabamos de mencionar y ve en la *oratio*, "religiosa aplicación del corazón a Dios", una preparación a la contemplación: "La lectura busca la dulzura de la vida bienaventurada, la meditación la encuentra, la oración la pide, la contemplación la gusta" (*La escala de los monjes*, SC 163, 1970, p. 84-87). Podríamos citar también diversos tratados, cuyos autores no han sido identificados, pero que han tenido un cierto éxito. Mencionemos solamente, como ejemplos, el *De interiori domo*, de un cisterciense anónimo, publicado entre las obras de San Bernardo (PL 184, 507-52), o el *De cognitione humanae conditionis*, publicado, éste también, entre los pseudo epígrafes del abad de Claraval, pero atribuido a veces a Hugues de San-Victor (PL 184, 485-508).

4.º EL NACIMIENTO DE LA ESCOLASTICA Y LAS ORDENES NUEVAS.— Desde el final del siglo XII, y más todavía, a partir del siglo XIII, dos hechos nuevos contribuyen a dar a la oración cristiana y a la reflexión teológica consiguiente, nuevas orientaciones. El desarrollo de la escolástica, en primer lugar, conduce a los teólogos a consagrar a la oración, en su enseñanza y en sus escritos, unos desarrollos más metódicos. A este respecto, hemos de señalar, el *De rethorica divina* de Guillermo de Auvergne († 1249), ya citado. Redactado probablemente después de que su autor fuera hecho obispo de París,

en 1228, esta obra había sido escrita con fines prácticos. "Trata de enseñar cómo orar más bien que de elaborar una teología de la oración". Además, contiene diversas oraciones, de entre las cuales, algunas habrían de pasar a integrar las colecciones de *Preces* del final de la Edad Media (cf. Wilmart, *Auteurs spirituels* —Autores espirituales—, p. 190). Pero en esa obra se encuentran sobre todo exposiciones que muestran la marca de un maestro que había enseñado durante mucho tiempo.

Pero un segundo hecho, el nacimiento y el desarrollo de las órdenes mendicantes, modifica, por su parte, profundamente las antiguas costumbres monásticas. La oración litúrgica y la celebración del oficio divino siguen ocupando un lugar importante. Pero las exigencias de la predicación o la enseñanza, la necesidad en que se encuentran los religiosos de desplazarse frecuentemente, les obliga a descubrir nuevas formas de orar. En realidad, los dos hechos que acabamos de mencionar son inseparables el uno del otro. Los grandes escolásticos pertenecían a menudo a las órdenes mendicantes y ello se capta frecuentemente en sus escritos, como eco de los modos de oración en uso en sus familias religiosas respectivas.

1) *Los Dominicos.*—Santo Domingo y sus compañeros son hombres de oración. Las primeras constituciones de la orden continúan inspirándose en las prácticas y usos antiguos. Pero las tareas a que se consagran los Predicadores los someten a nuevos ritmos de vida.

En adelante, el tiempo ha de ser distribuido "entre lo que constituía hasta aquí la ocupación principal de los monjes, la oración pública y privada, y lo que se convertía en un deber nuevo de estado para los religiosos-apóstoles, como los Hermanos Predicadores, la predicación, con todas las obligaciones que ésta llevaba consigo, concretamente el estudio de la doctrina sagrada. Por ello, las Constituciones de los dominicos decretarán que el oficio sea celebrado breve y sucintamente... a fin de no perjudicar al estudio" (P. Philippe, *La oración dominicana*, p. 445). Sin embargo, se reserva un puesto importante a la oración secreta o privada que pasa a ser un ejercicio regular. Las *Constituciones* de Humbert de Romans, sin asignarle una dura-

ción precisa, recuerdan que, según el uso de la orden, los hermanos deben consagrar un cierto tiempo a la oración personal, por la mañana y por la tarde (cf. A. Huerga, DIP, t. 7, col. 616-26). Finalmente, bajo la influencia de Domingo y sus sucesores, los primeros Predicadores recurren a esta forma de oración libre, a la cual la tradición había dado el nombre de "oración furtiva" (col. 620). Esta era recomendada principalmente durante los viajes largos que los hermanos hacían a pie para ir a sus lugares de predicación, o también en los momentos de libertad, que les permitían sus obligaciones conventuales.

Entre los maestros dominicos que han tratado sobre la oración, Tomás de Aquino es sin duda el que se ha expresado del modo más claro y profundo. Además, es él mismo autor de oraciones. Hay que poner en duda la autenticidad de la mayor parte de las oraciones que han circulado con su nombre (cf. Wilmart, *Autores espirituales*, p. 380-81 y 387, n. 3 y 6). Pero hay que dejarle la que ha compuesto para obtener la sabiduría (*Opusc. theologica*, t. 2, Turín, 1954, p. 285-86), y sin olvidar sus comentarios a la oración dominical, a la salutación angélica y al símbolo de los Apóstoles, como resultado de su predicación en Nápoles, al fin de su vida (cf. A. Walz, *Saint Thomas d'Aquin*, Lovaina, 1962, p. 183-184).

Pero él ha dado también, en otras obras, una enseñanza sistemática. En su *Comentario de las Sentencias* (IV, d. 15, art. 4), con ocasión de la distinción consagrada por Pedro Lombardo a la satisfacción, había expuesto ampliamente su teología de la oración. Volverá al tema de modo más preciso y sintético en una cuestión de la *Summa theologiae*, 2a, 2ae, q. 83, de la que sus 17 artículos constituyen un verdadero tratado. Explica ahí que la *oratio* es con la *devotio* uno de los dos actos internos de la virtud de la religión (a. 3). En el art. 1, une las definiciones de Casiodoro e Isidoro de Sevilla, citadas más arriba, con las que Juan Damasceno (*De fide orth.* 111, 24: "oratio est petitio decentium a Deo", y "oratio est ascensus mentis ad Deum"; cf. Evagrio, *De oratione* 35), o la que atribuye a Agustín, pero que parece venir, en realidad, de Raban Maur (*De universo* VI, 14, PL 70, 285).

Apoyándose en estas definiciones, Tomás enseña que la oración es un acto de la razón práctica, movida por la voluntad, que tiene como fin unirnos con Dios mediante la caridad (a. 1, ad 2). La *oratio*, distinguida cuidadosamente de la meditación y la contemplación, es presentada primeramente como la expresión de los deseos del alma y, por tanto, como una petición (*deprecatio* o *petitio*) (a. 1c). Lo que hay que pedir principalmente a Dios, en la oración, es ante todo estar unido a El (*ibídem*, ad 2). Sin embargo es legítimo el exponer a Dios necesidades determinadas, como el mismo Cristo nos lo ha enseñado en la oración dominical (a. 5). También es legítimo pedir a Dios los bienes temporales que necesitamos, con tal de que ello no constituya el objeto principal de nuestra oración (a. 6), pero la caridad exige también que oremos por nuestro prójimo, por los pecadores y por nuestros enemigos (a. 7-8). Ya se han evocado las distinciones establecidas por Tomás entre oración pública y oración privada, oración vocal y mental. El Doctor angélico insiste mucho en la importancia y los beneficios de la oración vocal: la que se aplica a las palabras para evitar el equivocarse; la que se aplica al sentido de las palabras; finalmente, la que dirige su atención a quien se dirigen esas palabras, es decir, a Dios. Los sencillos y simples son capaces de esta clase de atención, y ésta puede ser, a veces, tan intensa, que el espíritu llega a olvidar todo lo que no es Dios (a. 13).

A la cuestión precedente se vincula la de saber si la oración debe ser continua (a. 14). Tomás recuerda el precepto de San Pablo: "Oportet semper orare" (1 *Tes.* 5, 17), pero es aquí precisamente donde tiene en cuenta las nuevas tareas confiadas a su orden. Distingue a este respecto la oración en sí misma, de su causa. La causa de la oración es el deseo de la caridad. Este deseo debe ser incesante; permanece en tanto, en cuanto nuestros actos sean realizados por amor de Dios. Vista así en su causa, la oración debe ser continua y no interrumpirse nunca. Pero no puede serlo en su acto, porque tenemos el deber de ocuparnos en otras obras. Entonces será bueno orar, incluso vocalmente, en ciertos intervalos de tiempo, de una manera muy breve (raptim), para despertar nuestra atención y volverla hacia Dios, y reanimar el fervor de nuestra caridad.

2) *Los Franciscanos.*—La orden de los Hermanos Menores ha jugado un papel particularmente importante en la historia de la oración cristiana. Más que la oración de los dominicos que "no constituye un momento decisivo en la evolución de los métodos", "marca una transición entre la oración muy sencilla de los Cartujos y Cistercienses del siglo XII y la meditación metódica de la *devotio moderna*" (P. Philipe, *L'oraison dominicaine* —La oración dominicana—, p. 424). Las primeras enseñanzas concernientes a la oración, entre los franciscanos, proceden del ejemplo de su fundador, de sus primeros compañeros o del de Santa Clara. El mismo San Francisco ha dejado numerosas oraciones. La más antigua es la que le inspiró su encuentro con el Crucifijo de San Damiano y que contiene "en germen todas las oraciones de la tradición franciscana". Por otra parte, los escritos de Francisco, "transparentan el estilo, la manera y el contenido de su oración". Su *Regolla bollata,* concretamente (*Fonti francescane,* n. 59-60, 88, 104), da a los primeros hermanos consejos diversos, relativos a la oración: deben guardar "el espíritu y el corazón orientados hacia Dios", deben conservar "el espíritu de la oración y devoción santas", y "orar sin cesar con un corazón puro y con humildad".

Otros textos permiten entrever lo que fueron las fuentes, el objeto y la finalidad de la oración de Francisco. Son invocaciones afectuosas al Crucifijo, prostraciones a la cruz, síntesis de la historia de la salvación, oraciones marianas, un comentario al *Pater,* oraciones a las virtudes personificadas, alabanzas a los ángeles y a los santos, sin olvidar el célebre *Cántico de las criaturas,* verdadera "síntesis de la oración franciscana, en comunión con todos los seres creados". Esos ejemplos y enseñanzas han sido seguidos por los hijos de San Francisco. Se puede decir, en general, que ellos han preferido la oración mental a la vocal" (C. Cargnoni, DIP, col. 633). Han tratado de ella, en todo caso, a menudo. Por ejemplo, en los *Dicta* del hermano Egidio (2 ed., Quaracchi, 1939, cap. 12 y 24 concretamente), uno de los primeros compañeros de Francisco. San Antonio de Padua (†1231), por su parte, hablará frecuentemente del tema en sus *Sermones* (3 vol., Padua, 1979).Da una definición que subraya el

elemento afectivo (t. 1, p. 337) y distingue en la oración los elementos y los grados, inspirándose frecuentemente en el vocabulario de Ricardo de San Víctor.

Sin embargo, es San Buenaventura quien ha tratado sobre la oración, del modo más sistemático. Se ha podido decir que él ha sido "el primer gran teórico" franciscano de la oración, que ha transformado "la intuición franciscana de la oración afectiva como medio y finalidad del amor, en una especulación teológica y en una ciencia del itinerario espiritual" (C. Cargnoni, DIP, col. 633-34). Su *Comentario de las Sentencias* propone ya diferentes definiciones de la oración, concretamente la de Juan Damasceno (*De fide orth.* 111, 21): "una elevación del alma hacia Dios". Pero también propone una definición, inspirada en el *De spiritu et anima* del Pseudo-Agustín (cap. 50, PL 40, 815), que se abre a la afectividad: "Oratio est pius affectus mentis in Deum" —la oración es un afecto piadoso hacia Dios— (*Sent.* 111, d. 17, q. 3, arg. 2, t. 3, p. 374-75; *Serm. de Purificatione B.M.V.* 4, t. 9, p. 652b). Además, en general, sin infravalorar la función de la inteligencia y la razón en la oración, Buenaventura insiste, con todos sus hermanos, en el carácter afectivo de la oración.

Por otra parte, como ya ha quedado indicado, distingue tres clases de oraciones: La oración mental, la vocal y la "mixta" (*In Sent.* IV, d. 15, p. 2, a. 2, q. 3c, t. 4, p. 374). La oración vocal es necesaria y "el oficio divino es su más alta expresión" (*De sex alis Seraphim* 7, 4-10, t. 8, p. 148), pero está ordenada a la oración mental y no a la inversa (*ibídem*). Tiene, en efecto, el triple objeto de despertar nuestros *affectus*, instruir nuestras inteligencias y poderse conservar fácilmente en nuestra memoria (*ibídem,* d. 15, p. 2, a. 2, q. 3, ed. citada, t. 4, p. 374-75). Buenaventura trata también a menudo de la oración en una perspectiva práctica. Así en uno de sus *Sermones dominicales* (S. 36, ed. J. Bougerol, Grotaferrata, 1977, p. 382-83), enumera las tres condiciones que debe realizar la verdadera oración. Debe ser hecha en humildad, a imagen de la del publicano, que ni se atrevía a levantar los ojos al cielo (*Luc* 18, 13); debe ser llevada a cabo en el secreto del corazón, sin que éste sea molestado por el tumulto de afecciones desordenadas, de suerte que los deseos interiores

se encuentren enteramente orientados hacia la alabanza y el amor de Dios; debe ser, finalmente, perseverante y continua.

Merece una atención particular el *De triplici via*, conocido también con el título de *Incendium amoris*, que ha ejercido una influencia considerable. Buenaventura ofrece aquí un pequeño, verdadero tratado sobre la oración. Las tres vías de que se trata son la purificación, la iluminación y la perfección, distinguidas por el Pesudo-Dionisio. La *oratio* es sustituida en la serie tradicional que sigue a la *lectio* y la *meditatio*, contando con una introducción a la *contemplatio*. La enseñanza de Buenaventura en relación con estas vías y sus diferentes ejercicios, ha sido presentada por J.-F. Bonnefoy (*Una summa buenaventurense de teología mística*) y por E. Longpré en un profundo estudio. Notemos, pues, solamente que, si los diferentes ejercicios "varían según las tres vías" distinguidas en este opúsculo, "las subdivisiones del capítulo consagrado a la oración (cap. 2. ed. Quaracchi, t. 8, p. 8-11) no representan", como las de los otros capítulos, "modalidades de ese ejercicio, sino sus elementos constitutivos" (J.-F. Bonnefoy, p. 34). La oración abarcará, así, en sí misma, sea cual fuere la vía a que pertenezca, "tres actos o elementos: La confesión y el pesar de su propia miseria (*deploratio miseriae*), la llamada o solicitación de la misericordia divina (*imploratio misericordiae*), y finalmente la adoración (*exhibitio latriae*; n. 1, p. 8). "Si falta uno de estos elementos", la oración es "imperfecta" (E. Logpré, col. 1795). En efecto, no podemos verdaderamente adorar a Dios, sin haber obtenido antes su gracia, pero no podemos doblegar la misericordia divina para obtener su gracia, sin haber deplorado antes nuestra miseria. Toda oración perfecta deberá, pues, incluir esos tres elementos. Preparada por la lectura y la meditación, esa oración permitirá al "alma alcanzar la perfección del amor" (E. Longpré, col. 1810). La oración apropiada a la vía unitiva conocerá así o experimentará tres movimientos: de adoración, de acción de gracias y de complacencia, para los que Buenaventura describe su andadura. "Así, escribe E. Longpré (col. 1811), la oración de adoración se culmina en el amor perfecto de Dios y en la paz de la unión mística".

Muchos otros teólogos pertenecientes a la orden de los hermanos menores han tratado sobre la oración. Entre ellos, David de Augsburgo o Juan Pecham, que la han hecho objeto de noticias a las que se podrá acudir. Igualmente se ha de hablar de numerosos autores, pertenecientes al primer siglo franciscano, o al grupo que se ha llamado de los "espirituales", o a los diversos movimientos de reforma franciscana, en el art. *Preghiera* (DIP, t. 7, col. 634-40).

F. La Iglesia Católica, siglos XVI al XIX

La finalidad de esta exposición no es la de hacer el censo de todos los escritos que han tratado sobre la oración, sino la de presentar los que se han propuesto una enseñanza, y de ellos, los más importantes. Por tanto, no se trata de recoger testimonios sobre la oración vivida, ni de estudiar los grados o etapas de la vida de oración, ni de presentar la oración litúrgica, en cuanto tal.

Entre los autores retenidos, hay que distinguir los teólogos y los espirituales; esta clasificación es algo simplista y, a veces, podrá ser contestada. En todo caso, la mayor parte de estos autores se sitúan a la sombra de Tomás de Aquino.

Nuestro vocabulario distingue "rezo" (prière) y "oración" (Oraison). La primera designa "una relación deliberada, establecida por el sujeto, entre su espíritu y Dios". Hay muchos modos de "rezo". "Oración" se emplea, en la mayor parte de los casos, "para indicar solamente la oración mental más bien larga" (Ludovic de Besse, *La ciencia de la oración,* París, 1904, p. 103). Prácticamente, los autores pasan normalmente de "oración" a "rezo".

Todos definen más o menos en los mismos términos la oración vocal (oración de los labios) y la mental, en la que sitúan a veces la lectura y siempre la meditación, la contemplación en sus diversos grados. Concuerdan igualmente en el sentido de oración privada, oración pública —designando ésta generalmente la oración recitada en común en el coro.

Ha parecido oportuno considerar sucesivamente las áreas geográficas: Península Ibérica, Francia, Italia, países anglo-germánicos. Como, por otra parte, se ha pretendido evitar las repeticiones, las páginas dedicadas a España son más numerosas.

1. **Península Ibérica.**—A lo largo de la época estudiada, los libros sobre la oración se multiplican; la literatura del *Recogimiento* ha sido estudiada por M. Andrés Martín y su equipo: *Los Recogidos*, Madrid, 1976.

1.º LOS ESPIRITUALES.—Francisco de Osuna (†1539) redacta seis *Abecedarios espirituales*. El 3.º lo dirige al *recogimiento* (cf. ed. M. Andrés, Madrid, 1972, introd., p. 192 y 6.º *tratado*,cap. 1-5, p. 239-50). A través de la oración vocal, cuya cumbre es el *Pater* y la "oración en que sin pronunciar palabras con los labios, nuestro corazón habla al Señor, es decir, la oración mental, se puede llegar a una tercera manera de orar (*mental o espiritual)* en que el alma se eleva más, sobre las alas del deseo reforzado por el amor: es la *oración de recogimiento* o contemplación".

En la misma época, diversos autores proponen la oración metódica: García de Cisneros hacia 1500, Ignacio de Loyola hacia 1522 proponen maneras de orar. Pedro de Alcántara (†1562) tomándolo en gran parte de Luis de Granada. Juan de Avila (†1569) en su *Audi Filia* atrae la atención con insistencia sobre la castidad y los peligros que corre: contra esos peligros propone el ejercicio de una oración devota (*Audi Filia*, Introd. y trad. J. Cherprenet, París, 1954, p. 140-41).

1) *Luis de Granada* (†1588), en su *Libro de la oración y meditación*, estima que la oración comprende cinco actos: preparación del corazón, lectura, meditación, acción de gracias, petición. La petición "es lo que se llama propiamente oración". En cuanto a la oración, es una "elevación de nuestro corazón a Dios, mediante la cual nos aproximamos a El y nos hacemos una misma cosa con El". "La oración es una obra de Dios", "depende de Dios y no de nuestros cuidados o estudio"; el Espíritu Santo ejerce su oficio de Consolador. La oración es un intercambio de miradas entre Dios y nosotros; la mirada de Dios es la causa de

todo nuestro bien, como la mirada de Jesús a Pedro que acababa de traicionarle. Para Granada, Cristo es nuestro modelo y debe ser objeto de nuestra meditación, sobre todo en su pasión.

La oración goza de una eficacia singular para con la vida espiritual; la sostiene, la acrecienta. Supuesta la naturaleza de la oración, cuanto más se acerca a Dios, fuente de luz y calor, tanto más se participa de sus claridades y su amor. La oración opera una transfiguración, Jesús ha escogido el tiempo de la oración para su transfiguración, "para enseñarnos el poder maravilloso que tiene la oración para transfigurar las almas" (cap. 1, p. 22). Mediante la oración nos revestimos del Espíritu de Dios, se sostiene la fe, la esperanza, la humildad, la paciencia, todas las virtudes; se obtiene el perdón de las ofensas y "armas invencibles para rechazar todas las tentaciones". La eficacia de la oración llega hasta la efectividad; se saborea en la oración "la dulzura incomparable de Dios", "de los placeres depurados una alegría nueva". El poder santificador de la oración es tan marcado, que se concluiría que solamente se necesita de ella, para alcanzar a Dios. Es el "medio más eficaz" para obtener la gracia.

Si Granada concede una atención especial a la oración, en que el "corazón" juega un papel importante, y abre la vía a la quietud, no desprecia la oración vocal; ésta no tiene, por sí misma, el mínimo valor, pues es la atención que se presta, lo que establece una jerarquía entre una y otra. Además, la oración vocal presenta ciertas ventajas: "El sonido mismo de la voz tiene algo que toca el corazón y conduce a la devoción"; ayuda a concentrar la atención, "suministra pensamientos".

¿Hay una oración "vital", de suerte que permaneciera en toda ocupación, durante el día? "La acción buena difiere muy poco de la oración". "El que hace siempre buenas obras, hace siempre oración". Sin embargo, no es ése el verdadero sentido de las palabras del Salvador. También, para guardar el fervor de la devoción, entre las ocupaciones ordinarias, es bueno recurrir a las oraciones jaculatorias.

La oración mental no es absolutamente necesaria para la salvación, pero lo es para el progreso espiritual; Granada habla de nuevo de la oración cuando trata el tema de la miseria del

hombre (t. 2, 2.ª parte). Por tanto hay un deber de hacer oración; es necesaria a los religiosos porque tienden a la perfección y a los laicos como "medio para no desviarse y para llevar a cabo lo que es obligatorio"; pero no se les pide a estos últimos el hacerla "en un grado tan elevado" (t. 1, cap. 1). Granada destaca que las mujeres, en cualquier estado, están más dispuestas que los hombres para la oración, por temperamento (t., 2.ª parte).

Nuestro autor tiene el cuidado de decir que la vida de oración depende de la vida cristiana concreta; habla largamente del ánimo, de la decisión por el bien, de la necesidad de las obras, del ayuno y de la limosna, de la perseverancia. Es preciso también someterse a las condiciones humildes que favorecen la oración: el tiempo y el lugar convenientes (t. 2, cap. 2).

Los obstáculos contra la oración son variados: distracciones debidas a la inestabilidad de la imaginación, "penas" propias de la vida de fe, escrúpulos y remordimientos, disgustos, mala salud, y los pecados veniales (cap. 3), sin olvidar el demonio (cap. 5) y el "dormir demasiado" (cap. 4).

2) A *Juan de Jesús María Aravalles* (†1609) se le atribuye un *Tratado de Oración*. Más poético que preciso, su descripción de la oración evoca "un perfume o una pastilla de mirra, un puñado de incienso... que penetra los cielos y... llega en su aroma hasta Dios". Se recomienda insistentemente la oración jaculatoria.

El método de oración propuesta comprende siete momentos: preparación, lectura, meditación, contemplación, acción de gracias, petición, epílogo o resoluciones. La meditación es el momento discursivo; la contemplación es el alma de la oración. "A veces el alma habla", "a veces escucha a Dios". Aunque no hay que dejarse engañar por las ilusiones del amor sensible, no se desprecia el gusto espiritual, "amor afectivo", que hay que distinguir del "amor esencial", que es "fuerte, caritativo, eficaz, unitivo", "menos perceptible y más sutil".

3) *Juan de Jesús María el Calagurritano* (†1615), en su *Schola in qua de Oratione, Contemplatione...* (*Opera omnia*, t. 2, Florencia, 1772), analiza la oración mental y discierne en ella seis momentos:

preparación, lectura, meditación, acción de gracias, oblación, petición. Esta sucesión no es necesaria ni en el orden, ni en la culminación de cada momento. Mediante esos actos, las afecciones se conmueven y el alma se llena del sentimiento de Dios, a fin de que todo se vea cumplido "para conmover a la voluntad", es decir, para el amor. Siguen los consejos clásicos para que la oración sea verdadera: sobre todo la confianza, *spes roborata.* Se recomienda hacer oración por la noche, tiempo favorable a causa de la oscuridad, del silencio y del reposo de las criaturas. En cuanto a las dificultades de la oración, la *Schola* no las ignora, pero casi no se detiene en ellas.

4) *Diego Alvarez de Paz* (†1620) ha dejado un "*De inquisitione pacis sive studio orationis*" (en *Opera,* París, Vives, t. 5-6, 1876) condude al lector desde la oración vocal a la contemplación perfecta, que pasando por la oración mental. "Oratio est cultus sive interior sive etiam exterior Deo exhibitus quo sive aperte sive operte ab eo aliquid postulamus vel ipsi mentis actibus adhaeremus" (libro 1, parte 1, cap. 1, t. 5, p. 12). El autor explica: el espíritu (*mens*) se eleva hacia Dios y se une a El, Verdad primera y Bien soberano (ibíd., p. 13, cap. 2, p. 17). Sin volver a entrar en la discusión sobre el acto formal de la oración, reconoce el concurso necesario de la inteligencia y de la voluntad en la oración (11/111, cap. 2, t. 5, p. 172-73).

Esta oración es el privilegio de los cristianos. En cuanto a los paganos, tienen sólo la sombra de la oración, puesto que no conocen al verdadero Dios (1/1, cap. 11, t. 5, p. 66-68). Además, el valor de la oración cristiana viene del hecho de que es "base y fundamento de todo lo que poseemos espiritualmente" (1/1, cap. 5, p. 30): hace a los hombres "*oelestes et divinos*" (cap. 3, t. 5, p. 19), como lo muestra la transfiguración de Jesús mientras que oraba; este misterio se realiza invisiblemente en el hombre que ora (p. 20-21). Orar es liberarse del pecado, caminar hacia la perfección, curar los *morbi animae*, abrirse a la perfección, recibir el talante de la perseverancia, obtener el *quies animae* (ibíd. cap. 1-8). Dios nos quiere "*laetos et alacres*" (11/111, cap. 2, t. 5, p. 483). Finalmente la oración logra la victoria sobre los demo-

nios (1/1, cap. 9, p. 54). A esta eficacia individual, se añade la eficacia eclesial: Dios ha confiado a la Iglesia la oración "*ut eam reficeret perficeretet recrearet*" (1.1, cap. 2, t. 5, p. 14).

En consecuencia, "*orationis ad bene sancteque vivendum est summa necessitas*" (1/1, cap. 4, t. 5, p. 26); la oración es objeto de un precepto formal del Señor; se obedece mediante la oración vocal y mental.

La oración vocal, obra del espíritu y del cuerpo, es un medio de reconocer la dependencia del cuerpo para con Dios (1/11, cap. 1, t. 5, p. 82-84). Aquella en que uno mismo inventa las palabras es la mejor (11/11, cap. 17, t. 5, p. 159-60; no se debe alargar sin discreción, la "*imbecillitas corporis ac infirmitas capitis*" no lo soportarían (p. 160).

La oración mental está presente de dos maneras: "intelectual" (*cogitatio, meditatio*) y "afectiva". Sin excluir las *cogitationes*, la oración afectiva, mediante una simple aprehensión de Dios o de Cristo, se le hace presente y vinculándosele "con amor, gemidos y deseos ardientes" (1/111, cap. 6, t. 5, p. 198-99). El término al que tiende la oración es la contemplación (1/111, cap. 27, v, t. 6, p. 385 ss.). A la espera de llegar a la contemplación, a la *oratio perfecta*, si Dios llama a ella, la oración mental ha de seguir un método: ponerse en la presencia de Dios o de Cristo, sirviéndose de "imágenes" o sin imágenes (lo cual es mejor); adorar a Dios, ofrecerse a El con todo lo que se es y se tiene; pedir la gracia de orar como se debe. Esos son los preludios, inspirados por el método ignaciano (11/1, cap. 10-13, t. 5, p. 329-54). Siguen numerosas páginas sobre la oración mental, correspondientes a las tres etapas clásicas de la vida espiritual, con los *affectus* que les son propias.

Cuando trata de la oración en general y de la oración vocal, Alvarez de Paz no subraya la dimensión sobrenatural; lo hace a propósito de la oración mental: "don de Dios que no obtenemos mediante nuestras solas fuerzas, sino que recibimos por la munificencia de Dios" (11/1, cap. 13, t. 5, p. 350). Por tanto, hay que pedir ante todo el obtener el don de orar como se debe, como los discípulos antes de que Jesús les enseñara el *Pater*. ¿En qué consiste la acción divina? Asegura la *elevación de la mente a Dios;* para

la inteligencia es una *lux divinitis immisa* que eleva hasta las realidades celestes, sobrepasando su comprensión (1/111, cap. 2, t. 5, p. 173); es una *lux fidei*, asociada a los dones del Espíritu Santo, por tanto, una *gratia gratis data* (p. 173-78). La voluntad tiene también necesidad de ayuda espiritual para amar santamente (cap. 3, t. 5, p. 179-83).

El hombre espiritual necesita la oración mental, pues centrándose en considerar lo verdadero y el bien, finalmente se los ama (1/111, cap. 4, t. 5, p. 183 ss.). Pero hay que disponerse para ello: mediante la pureza de la vida, el recogimiento, la intención recta o pureza de intención, el vencimiento propio, el esfuerzo virtuoso, el deseo de la caridad perfecta y de la unión con Dios. En particular, las oraciones jaculatorias disponen para la oración mental (1/111, cap. 10, p. 214).

La realización de la oración supone prudencia y discernimiento. Hay que observar tres reglas: no multiplicar y prolongar las oraciones para no sobrepasar las propias fuerzas o la gracia que Dios da; ánimo en la oración, soportando la pena inevitable; juzgar de todo según el espíritu de la Iglesia y no fiarse sólo de uno mismo (11/111, cap. 13). Los caminos de la oración no son siempre fáciles; se tropieza con el desagrado, el sueño, la aridez, la desolación (11/111, cap. 5-7), las distracciones involuntarias causadas por los pecados veniales, la tibieza, la *curiositas*, la fragilidad de espíritu, el demonio (11/111, c. 7). Alvarez propone para contrarrestar diversas "industrias" (11/11, c. 11).

En cuanto a la oración continua, las palabras de Cristo (*Luc* 16, 1), son claras: hay que orar siempre. Ahora bien, es imposible permanecer constantemente en oración formal. El precepto es aplicable, pues se ora siempre si se tiene el deseo de orar, o si no se cesa de obrar bien. La acción buena, en efecto, es ya disposición a la oración, así como es consecuencia de la oración (V/1, ap. 3, cap. 1, t. 6, p. 455-57). Sin embargo, es posible un sentido más elevado: estar presente a Dios, mediante un recuerdo actual y mantener el corazón elevado en Dios; es la oración de los perfectos (*ibíd.* cap. 2, p. 458-59).

La oración de petición suscita algunas cuestiones (11/11, c. 13-15). En primer lugar, ¿seré escuchado? Sí, bajo ciertas con-

diciones: confianza, fervor, sumisión a la voluntad de Dios, humildad, virtud personal (*ibíd,* cap. 16-17). Por tanto, si la oración no es escuchada, quiere decir que se da apego al pecado, tibieza en la súplica, falta de perseverancia, o que no conviene lo que se pide (cap. 18). Las páginas siguientes dicen cómo y por qué se puede estar seguro de haber sido escuchado, incluso si no aparece el resultado (cap. 18, t. 5, p. 463-65); ¡dejemos al autor la responsabilidad de este desarrollo!.

Luis de la Puente (†1624) ha ejercido una cierta influencia mediante sus meditaciones y la *Guía espiritual* (1609; trad. fr. citada por J. B. Couderc, París-Tournai, 1896). Apoyándose en los Padres, según su costumbre, despliega la oración en un coloquio, un diálogo en el cual, el que ora habla y en el que Dios responde, si se le habla como conviene; Dios habla para compartir sus tesoros (tr. 1, cap. 1, p. 34; cap. 20, p. 327). Sin inquietarse por saber si la oración es formalmente acto de la inteligencia o de la voluntad. La Puente zanja el asunto: la oración camina sobre los dos pies que son el entendimiento y la voluntad amorosa (cap. 1, p. 15).

La grandeza de la oración aparece en sus efectos: la glorificación de Dios, el progreso del reino de Dios hasta en el interior del alma en oración (cap. 2, p. 46-47, 56). Por tanto, hay que orar. Además, hay un precepto natural para orar, cuyo recuerdo se da raramente; hay, sobre todo, el precepto divino, y La Puente observa que la oración es uno de los elementos que Dios integra entre sus designios para realizarlos, "para ejecutar en el tiempo lo que la voluntad divina ha decidido desde la eternidad" (cap. 2, p. 44).

El autor destaca que en la oración "se encuentra siempre un cierto recuerdo de la presencia de Dios"; hay un sentido profundo de la majestad divina y llama con insistencia a la adoración (cap. 8-9), a la alabanza y glorificación de Dios a causa de sus perfecciones infinitas; ésa es la "oración por excelencia" (cap. 12, p. 189). La propia oblación es el testimonio dado a la soberanía de Dios; ofrecimiento del entendimiento, de la voluntad "en que nacen las afecciones y los deseos", ofrenda del cuerpo prosternado ante Dios "para no faltar al respeto debido a la presencia divina" (cap. 10, p. 167-68).

Para elevarse a la oración, hay condiciones indispensables; primeramente desterrar toda imperfección voluntaria (cap. 3); además, una vida virtuosa, una preparación para la oración (vg., un tema que meditar), el recogimiento... Finalmente la mejor preparación para la oración es la misma oración (cap. 4). La Puente recuerda también las condiciones exteriores que favorecen la oración (cap. 9 y 19).

Queda por decir que la oración es fundamental y primeramente un don de Dios; el Espíritu Santo enseña a orar y despliega en el orante los actos de la oración; más aún, está presente mediante su "inspiración" "y los toques secretos que vienen de su presencia" (cap. 4, p. 80): son "visitas de Dios", de las que La Puente describe las causas, los efectos y las modalidades (cap. 20-21, p. 326-72).

La oración debe acompañar a toda actividad de la vida ordinaria; La Puente reconcilia oración y vida activa. Es preciso orar siempre para conservar la amistad con Dios, para defendernos contra el demonio, el orgullo, etc., y para vivir en caridad. Se llega a la oración continua, si se permanece fiel a los tiempos reservados para la oración, si se reanima la oración a lo largo del día; es lo que hizo Cristo en la cruz (cap. 19). Las oraciones jaculatorias son un medio excelente para ello. La Puente da algunos ejemplos de oración, asociada a ocupaciones como desnudarse, lavarse las manos (*ibíd.*).

En cuanto a las dificultades de la oración, el autor da los consejos normales (cap. 3, p. 65-77). Habla poco de la oración vocal: está plenamente justificada puesto que la Iglesia la impone; realiza la donación de todo el ser a Dios, el cuerpo y el alma (cap. 18, p. 288-90).

6) *Alfonso Rodríguez* (†1616) trata de la oración en el 5.º tratado de su *Práctica de la perfección cristiana* (trad. fr., París 1715). Señala dos clases de oración, la ordinaria, objeto principal de la *Práctica*, y la extraordinaria a la que nadie debe intentar llegar y elevarse, si Dios no le lleva (cap. 4, p. 417); esta advertencia se dirige a los "mistizantes", hacia los cuales Rodríguez no tiene simpatía alguna. Para él la oración es actividad discursiva del

espíritu y ha de conducir al alma al amor de caridad, dejando bien claro que es deseo de obrar bien, voluntad del amor es deseo de obrar bien, voluntad de realizar toda virtud (cap. 11, p. 454-56). La oración "práctica" es antes que la letra.

La oración es presentada más antropocéntricamente que teocéntricamente. El hombre necesita de la oración, que no es un fin, sino un medio "para nuestro progreso y perfección" (cap. 2, p. 405; cap. 14, p. 465-66); la oración remedia nuestras enfermedades espirituales, "nos hace ver lo que nos falta" y obtiene y logra de Dios que no nos falte nada (cap. 14, p. 469-70) cap. 8, p. 437). Ahora bien, nos falta volver a recuperar, en la medida de lo posible, el estado de justicia original (cap. 14, p. 466). Además, la oración bien hecha nos obtiene "un plato más tranquilo", "la alegría interior del alma, el fervor y las resoluciones santas" (cap. 2, p. 407).

En cuanto a las dificultades propias de la vida de oración, Rodríguez no aporta nada nuevo; habla largamente de la "tentación del sueño" (c. 21, p. 525; cap. 24 entero). ¿Es la oración un don de Dios? Se podría ignorar este punto, dado lo que el autor habla de "la oración común y suelta"; pero, sobre la oración "extraordinaria y sublime", dice que "se forma en nosotros gracias al Espíritu Santo" (cap. 3, p. 412). Lo que domina en la *Práctica* es el lado espiritualmente utilitario de la oración, no menos que su dimensión estrictamente individual.

2.º LOS TEOLOGOS.—1) *Francisco Suárez* († 1617), estudia la oración en el *Tractacus quartus de oratione, devotione et horis canonicis (Opera omnia*, t. 14, París, 1859). Después de haber definido la oración, propone la siguiente cuestión: ¿puede el hombre, sin la ayuda de la gracia, orar a Dios, con las solas luces naturales? El asunto le parece difícil, pues para orar es preciso estar seguro de que Dios es Providencia y de que puede actuar *praeter cursum naturae*; pero considera que esta seguridad sólo se adquiere mediante la Revelación.

Por tanto, se ora al Dios de la Revelación, en tanto que "Deidad" o en tanto que Trinidad o una de sus Personas (libro 1, cap. 9, n. 4 y 15). Y se ora solamente a Dios, aunque el fiel rece

a María, a los ángeles o los santos (cap. 10, n. 9 y 5). En cuanto a Cristo, podemos pedirle que interceda por nosotros, pero sin pasar por alto que es el Hijo y que su intercesión se funda en sus méritos infinitos (n. 16-18).

La oración, en sí misma, *petitio decentium*, ¿es acto de la inteligencia o de la voluntad? A diferencia de Tomás de Aquino, Suárez considera que "ad orationem utraque potentia requiritur" (se requieren ambas potencias para la oración) (cap. 3, n. 7). Pero la oración no es solamente *petitio*, es "conversatio et sermocinatio cum Deo", actuando con inteligencia y voluntad, lo que ensancha el concepto de oración hasta la oración mental (11, cap. 12, n. 21). La oración es un acto de la virtud de la religión; la finalidad de la oración aparece también teocéntrica (1 cap. 7, n. 3, 5).

Aunque la oración es acto de la inteligencia y de la voluntad, puede desprenderse de palabras y conceptos (1, cap. 4, n. 2-3, 8): este lenguaje del corazón supone al menos que la voluntad esté en acto de desear a Dios; cosa bastante rara en esta vida (n. 8). Si cesa todo acto de inteligencia y voluntad, ya no hay oración *formaliter et in se* (11, cap. 12, n. 15).

El aspecto psicológico y metafísico ocupan un lugar importante, pero Suárez dice que la oración es un don de Dios. Para desear orar, se necesita una gracia antecedente; para prolongar la oración, una gracia de sostenimiento (1, cap. 8, n. 2-3, 5). En la medida en que orar es actualizar la fe, la esperanza y la caridad, orar es misterio de la gracia bajo la moción del Espíritu Santo (1, cap. 7, n. 3); lo cual es particularmente verdad en relación a la oración mental, engendrada y sostenida por los dones del Espíritu Santo (11, cap. 8, n. 2-3; cap. 10, n. 9; cap. 12, n. 3). ¿Implica este misterio de gracia relaciones con Cristo? Es el hombre en oración, quien se refiere a Jesús mediante un acto psicológico: presenta al Padre los méritos de Cristo para ser escuchado, ora a Cristo para que interceda por nosotros (1, cap. 10, n. 10).

La oración mental, "unio quaedam cum Deo per optimos actus" (11, cap. 2, n. 6), es admiración ante la majestad divina, al mismo tiempo que *practica*, ordenada a aumentar el fervor del amor (n. 5); profundiza el conocimiento de Dios, lo culmina en

el amor (cap. 13, n. 36), posee la eficacia de engendrar las virtudes (11, cap. 1, n. 9). En lo que pide (1, cap. 8, n. 4).

Siendo esto así, la oración es necesaria, incluso para la salvación, cualquiera que sea su forma; por tanto, "con necesidad de medio" y no solamente como necesidad de precepto (1, cap. 28, n. 3). Pero no lo es la oración mental (11, cap. 4, n. 3-6); sin embargo, para los religiosos, Suárez defiende una tesis rigorista: la oración mental es necesaria, con necesidad de medio, para su salvación, en razón de su deber de tender a la perfección (n. 3), lo cual supone que los sacerdotes y laicos no están obligados a tender a la perfección.

A propósito de la oración continua, Suárez, habiendo rechazado la posición de Wyclif (actuar bien es orar), tiene que decir: es preciso orar muy frecuentemente y no sin interrupción (1, cap. 1, n. 2, 4-5). ¿Quién puede orar por nosotros? No Dios (1, cap. 11, n. 1), pero sí los ángeles, los elegidos, los justos de este mundo, las almas del purgatorio. ¿Pueden los elegidos, en el cielo, orar por ellos mismos? Sí, pueden orar para obtener la glorificación de sus cuerpos. El pecador, en estado de pecado mortal, puede y debe orar; es el medio de obtener su conversión, esto contra Cayetano que considera que la oración del pecador no es oración en su sentido adecuado (1, cap. 12, n. 2, 4-5; cap. 8, n. 9; cap. 9, n. 7).

La oración de petición llena de vida del cristiano; puede pedir todos los bienes de la gracia, los bienes temporales, a condición de pedirlos en la perspectiva del fin último (1, cap. 17, n. 4, 6-8, 14-15); por ello, es conveniente y legítimo el pedirlos por Jesucristo (n. 10, 12). A propósito de la eficacia de esta oración de petición, Suárez rechaza las objeciones de los filósofos y paganos; recuerda las promesas de Jesucristo y señala sus condiciones espirituales: la fe y la esperanza, pero no la caridad, puesto que está seguro de que el pecador gravemente culpable puede ser escuchado (1, cap. 23-26).

La oración vocal es importante, ya sea pública, ya sea privada. La privada puede hacerse por escrito (111, cap. 3, n. 1). El valor de una y otra reside en la intención de dirigirse a Dios (cap. 3, n. 6), con una mínima atención, que, por lo demás, basta (cap. 4, n. 48).

2) JUAN DE SANTO TOMAS † 1644 en sus *Cursus theologicus*, q. LXXXIII *De oratione (Opera*, t. 7, París, 1886) se inclina hacia el funcionamiento del espíritu en la oración. ¿Es éste un acto de la inteligencia o de la voluntad? Responde, opuestamente a Suárez, que la oración es *formaliter et directe* acto del *intellectus* (disp. XXI, a. 1, n. 27) y lo trata ampliamente (p. 741-54). La oración es un acto cultural, que nos ordena hacia Dios; acto de religión, mediante el cual nos situamos en una situación justa ante Dios (disp. XXI, a. 3, n. 7 ss.; a. 4, n. 1, 3, 10, 16); por el hecho mismo, *oratio essentialiter est oblatio*. El orante presenta a Dios su *mens indigens*, humildemente, movido por el amor y llega así a la unión con Dios (a. 3, n. 4, 28).

Nuestro autor no da relieve alguno al aspecto teologal de la oración, menos todavía a la relación de la oración con Cristo. Se interesa más por el deber de la oración, por el precepto formulado por Cristo (que contradice a los que consideran poder rendir a Dios un culto verdadero sin orar). Además, nos es preciso pedir lo que nos falta. Por otra parte, al ser nosotros criaturas, hemos de rendir a Dios el homenaje de la alabanza y la acción de gracias (a. 3, n. 39-42).

En el caso de los cristianos adultos, la oración es necesaria con necesidad de medio, para la salvación: Dios ha ordenado sus designios de suerte que, en ellos, la oración juegue el papel de causa segunda para obtener la salvación (a. 3, n. 33-34); Dios ha puesto, como condición para alcanzar sus beneficios, que se los pidan, y así se manifieste la dependencia respecto de El (a. 2, n. 4). Por otra parte, mediante la oración, cooperamos con Dios, y Dios quiere esta cooperación. Finalmente, Dios quiere la oración para darnos "occasio accedendi ad Deum et colloquendi cum illo, quae est maxima utilitas orationis" (ocasión de llegarnos a Dios y tratar con El, lo cual constituye la máxima utilidad de la oración) (a. 2, n. 10).

Al calvinista que objetara: Dios tiene previsto, el darnos lo que le vamos a pedir; ¿para qué pedir? Juan responde: Dios no da decreto eficaz, hasta que considera y logra todas las circunstancias para que el decreto llegue a darse de hecho, y la oración forma parte precisamente de esas circunstancias (a. 2, n. 10).

¿Quién puede orar por nosotros? Los ángeles, los *beati*, pero no las almas del purgatorio, pues ignoran nuestras necesidades y son inferiores a nosotros, al estar en estado de castigo (a. 8, n. 3, 6). ¿Por quién orar? Por los amigos y enemigos, por las almas del purgatorio, e incluso por los *beati*, que recibirán gloria y alegría "accidentales", por los pecadores, incluso los excomulgados, pero en privado. Según Juan, hay, con todo, pecadores difuntos tan graves y públicamente culpables, que ciertamente están en el infierno; por ellos, no se debe orar... (a. 3, n. 49; a. 6, n. 1-5, 9-11, 21).

3) Señalemos, sin detenernos en ello, el *Cursus theologiae mystico-scolasticae* (1721) de *José del Espíritu Santo*, el Andaluz († 1736); la contemplación es el eje de la obra; solamente el último libro está dedicado a la oración en general. Mucho más tarde, Antonio Royo Marín recorrerá de nuevo, bajo la égida de Santo Tomás, el camino recorrido, siglos anteriores, en su *Teología de la perfección cristiana* (Madrid, 1968).

2. EN FRANCIA.— El período que se extiende desde el siglo XVI hasta la Revolución se ve sometido, en el ámbito espiritual, a la triple influencia del Protestantismo, Jansenismo y Quietismo. Numerosos autores fueron los que escribieron sobre la oración; sobre ellos apenas hablaremos. Así Luis de Blois († 1566; cf. *Manuale vitae spiritualis, Speculum spiritualis*, Fribourg/Br., 1907).

1) En *Francisco de Sales*, la doctrina sobre la oración se encuentra diseminada por toda su obra. En primer lugar, la oración no es "la petición de algún bien presentada a Dios", sino una "conversación" del alma con Dios. "Hablamos a Dios, aspiramos hacia El y respiramos en El, y mutuamente El inspira y respira en nosotros". El objeto de esta conversación: "se habla sólo de Dios y se trata de mover nuestras afecciones hacia Dios y las cosas divinas". (*Introducción a la vida devota* 111, 2, t. 3). Llama a esta oración "teología mística" porque "todo lo que allí se dice entre Dios y el alma es incomunicable a los demás" (*Tratado* VI, 1, t. 4).

La oración es un don de Dios absolutamente antecedente, pues no podemos orar para ser "despertados" antes de ser despertados (11, 21, t. 4). Una vez despertados, oramos gracias al Espíritu Santo que, habitando en nuestros corazones por la caridad, hace en nosotros (las buenas obras), por nuestro medio, con un arte tan delicado que las obras son enteramente nuestras y de El", "ya que somos miembros de un Jefe del que El es el Espíritu" (*Tratado* XI, 6, t. 5).

La obligación de la oración se funda en un motivo decisivo: "realizar nuestro deber y testimoniar nuestra fidelidad", incluso sin consolación, puesto que es "un honor demasiado grande el estar junto a El y en su presencia" (*Introd.* 11, 9, t. 3). Hay un segundo motivo: nuestro interés espiritual, "purgar" el entendimiento y la voluntad, hacer "reverdecer y volver a florecer los buenos deseos" (11, 1 y 13, t. 3). Francisco de Sales propone un método de oración que no es original (*Introd.* 11, 2, t. 3) y advierte de que la vida lleva consigo subidas y bajadas: consolaciones y facilidad, esterilidad y sequedad. En todo caso, no inquietarse, abrir a veces "la puerta a las palabras vocales", leer un poco, postrarse, besar un crucifijo... (11, 9, t. 3). Sea libre respecto del método, del modo de oración (vocal o mental), según "se encuentre nuestra afección totalmente cogida en Dios" (11, 8, t. 3). Y, si agrada a Dios, se llegará a la oración perfecta, en la que no se sabe si se ora o no, pues ya no se piensa en la oración que se hace, sino en Dios a quien se dirige (*Tratado* 1Xm 10, t. 4).

En cuanto al temperamento en materia de oración, el Tratado no admite que "la disposición natural sirva mucho para el amor contemplativo", pero admite que el temperamento afectivo amará a Dios de otro modo que el temperamento "rudo y amargo de corazón" (XII, 1, t. 5).

2) *Armand du Plessis*, cardenal de Richelieu † 1642, considerando las obras espirituales, juzgaba que "la mayor parte eran tan largas y oscuras que muchos espíritus no podrían sin gran dificultad encontrar lo que buscaban"; pero su *Tratado de la perfección del cristiano* cae en el exceso inverso y no enseña cosa alguna (ed. Migne, *Dictionnaire d'Ascétisme*, 1854).

3) Entre los *Jesuitas*, destaquemos algunos de los que proponen una oración afectiva, abierta a la vida mística. Así, Luis Lallemant († 1635) (*Doctrine spirituelle*), Rigoleuc, Surin, pero no han redactado un tratado sobre la oración. Francisco Guilloré († 1684) ha dejado unas *Máximas espirituales para la conducta de las almas* en que habla ampliamente sobre la oración. Reclama la renuncia en todas las fases de la vida espiritual; desconfía de la lectura de libros de alta espiritualidad para los principiantes, no se cierra a los últimos estados de oración.

Quien quiera se preocupe de la perfección, seguirá el camino de la oración. Guilloré anima: ¿"No sabéis que habéis nacido para tener una conversación perpetua con Dios?" Es un "peso", una "inclinación", una finalidad inserta en la naturaleza y por la gracia. Es, por otra parte, el medio de dar a Dios la "posesión y el imperio de vuestro corazón". Finalmente, orar es "revestirse de Jesucristo de modo que no sea yo el que actúe, que me aplique las operaciones de Jesús". Guilloré propone un método muy ignaciano, pero del que no hay que esclavizarse: hay que seguir la iniciativa de Dios. Las desolaciones no son un mal, sino la ocasión de expiar sus pecados o de ejercitar virtudes heroicas. En cuanto a las distracciones, no impiden necesariamente "la operación del entendimiento" ni la de la voluntad en su "ocupación activa con Dios".

Jean-Pierre de Caussade († 1751) vive en plena reacción antiquietista. Sus *Instrucciones espirituales... sobre los diversos estados de oración* (ed. H. Bremond, *Bossuet maitre d'oraison*, París 1931), se preocupan de evitar las imprudencias, apoyándose en la doctrina de Bossuet, pero no se vinculan a la meditación discursiva. "El capital" es "la atención del corazón, en lo que muchos apenas piensan, sin lo cual sin embargo las oraciones vocales serán solamente un sonido vano de palabras; la meditación, la lectura serían únicamente diversión del espíritu, fatiga del espíritu y dolor de cabeza". En todo caso, se juzgará el valor de la oración por sus frutos.

No se llega a una auténtica atención del corazón sin desprendimiento; no hay que detenerse en los gustos sensibles de la oración, apegarse a ellos como los mundanos se apegan a sus place-

res y a sus bienes terrenos. En la desolación, no se sale de la oración con las manos vacías, puesto que se puede hacer propio el gusto y designio de Dios. Aquí Caussade formula la ley que, en su opinión, rige toda la vida espiritual: "más se avanza padeciendo que actuando"; cuando se actúa, uno hace lo que quiere; cuando se padece, se hace lo que Dios quiere.

4) Entre los *Oratorianos*, retienen nuestra atención tres nombres: Bourgoing, Séguenot y Thomassin, del que se tratará más adelante.

François Bourgoing († 1662), en su *Dirección para la oración* (1636), presenta la oración como un medio para la unión con Dios. Como los jesuitas contemporáneos, estima que las afecciones son el punto capital. La oración "no es obra del hombre, sino del mismo Dios..., una infusión del Espíritu Santo". Por ello, hay que pedirla a Dios como una gracia; depende de Jesucristo y subsiste en El; en efecto, "todo lo que es bueno y santo procede y depende inmediatamente de Jesucristo... y de su santa humanidad".

"Orar en nombre de Jesucristo", es orar en El, es decir, en su Espíritu; para El (en su persona); por El (por la virtud de sus méritos). Más aún: orar en Jesús, es pedir el Espíritu Santo, Espíritu de Jesús, y recibirlo; es orar como miembro de Jesús y como sus representantes. Esta cualidad nos da el derecho a orar.

Hay que orar a causa de nuestra pobreza e indigencia; a causa del honor inmenso que hay en tratar con Dios; a causa de Jesús, nuestro modelo qe ha orado en este mundo y no cesa de hacerlo por nosotros en el cielo; a causa finalmente del mandamiento de Dios.

Claude Séguenot († 1676) ha dejado una obra modesta, pero digna de ser destacada: *Conduite d'oraison pour les ames qui n'y ont pas facilité* (Conducta de oración para las almas que no encuentra facilidad en orar) —Bruselas, 1634—. Afirma rotundamente la vocación a la oración, supuesta nuestra "compañía" con Dios y Jesús; esta vocación es universal, incluso si no todos son llamados al mismo género de oración. Más vale, en la oración, escuchar que hablar, pues Dios quiere instruirnos, hablándonos en

el recogimiento y el silencio, al corazón. Ahí basta el amor, que conduce a la luz.

En el ámbito sobrenatural, no podemos nada, ni tener un buen pensamiento, pero podemos ofrecer a Dios el pensamiento, los deseos, la oración de Cristo "que valen incomparablemente más" que los nuestros. Se llega a ello gracias al Espíritu: "la oración es una acción divina en un espíritu humano", pues "nada hay que pueda ir a Dios, sino Dios mismo". Séguenot expresa el mismo misterio teologal, diciendo: "El primer paso que hacemos para ir a Dios... es creer en El"; ahora bien, no hay fe, a no ser que el mismo Dios atraiga hacia El mismo.

La fe es luz y, al mismo tiempo, oscurece, pues Dios habita una luz tenebrosa, luz para El, tiniebla para nosotros. Aquí, en un extraño análisis, Séguenot opone la luz de la fe y la de la gracia. Quizás quiere significar por "luces de la gracia" las que nacen del amor de caridad, al escribir que "la luz de la gracia enriquece y perfecciona la de la fe en calidad de luz". Y Dios puede elevarnos "a un modo de comprender sin comprender, de conocer sin conocer, de saber sin saber, de ver sin ver". Sea como sea, "todas esas cosas son llevadas a cabo por el mismo y solo Espíritu, que las distribuye a cada uno según le agrada".

5) *Tratados de oración en torno a la vida sacerdotal:* Olier, Tronson, Thomassin, Duguet. Jean Jacques Olier († 1657), desde el comienzo de su *Catecismo cristiano para la vida interior* († 1656), destaca y dramatiza la miseria humana, nada y pecado (ed. París, 1954, p. 25-27, 33-42, 96). Asigna dos fines a la oración: "El primero y principal es honrar a Dios", adorarlo; lo cual implica, en el anonadamiento del hombre, alabanza, acción de gracias, amor (p. 72). El segundo es comunión, comunicación de los dones que Dios lleva a cabo "mediante la sola acción de su Espíritu (*Ibíd.*).

Al ser la oración un acto sobrenatural, "no puede hacerse sin gracia" (p. 55). "Hay que entrar en Jesucristo como nuestra oración y unirse a El nuestro abogado" (p. 56). ¿Cómo? Uniéndose al Espíritu de Jesús, puesto que, por nosotros mismos, no conocemos a Dios y no sabemos lo que hay que pedir. El espíritu

"será vuestra oración" (p. 75). Entendida así, la oración tiene un carácter eclesial: "Jesucristo se ha querido hacer la oración de su Iglesia en general y en particular", es "la oración y la alabanza de toda la Iglesia" (p. 74, 77). Toda la Iglesia de la tierra y del cielo pide lo que Jesús pide (p. 58). Porque Jesús es el único mediador —único intercesor— es "oración pública para El y para toda la Iglesia" (p. 75). Olier trata todavía otros aspectos de la vida de oración que se vuelven a encontrar en Duguet.

Luis Tronson († 1700) trata sobre la oración en *Exámenes particulares sobre diversos sujetos propios de los eclesiásticos...* (2 vol., Lión, 1691). Celebra en esa obra la grandeza de la oración, "Dios nos hace un favor insigne al soportarnos en su presencia y honrarnos con su conversación" (t. 1, p. 110). Jesús es el modelo de ello: el comentario es sorprendente: Jesús "no pudiendo orar (al Padre) en la eternidad... se abaja en el tiempo y se hace hombre para poder rendir este homenaje" (t. 1, p. 109). En todo caso, se insiste constantemente en la fidelidad a la oración. Si ha faltado al tiempo asignado, hay que volver a ella, prolongarla en caso de necesidad, cultivar el espíritu de oración (t. 1, p. 110). El cuerpo, por su parte, debe colaborar a la oración y testimoniar la fe y la adoración respetuosa: "no estirar ni cruzar las piernas" (t. 1, p. 46, 190, 192).

Luis Thomassin († 1695), teólogo de profesión, ofrece a los clérigos un *Tratado del Oficio divino en sus relaciones con la oración mental* (1686). La oración continua es el punto de partida de su reflexión. Obligatoria para todos, psicológicamete imposible, será real si atribuimos a la gloria de Dios todo lo que hacemos y somos. (*Tratado...* Ligugé, 1894, p. 2-5): el deseo continuo explica la oración continua. En efecto, el deseo es amor de caridad; si es continuo, la oración también lo es (p. 8-9, 14, 20, 54, 63). Pero, prácticamente, la oración no puede ser continua si no está sostenida por la oración mental prolongada (p. 16).

Thomassin defiende la oración mental contra sus detractores. Su importancia es cierta, toda oración vocal, por ejemplo el oficio divino, es una introducción a la oración mental (p. 85; p. 59). Así, cuando la liturgia impone silencio para la lectura del canon eucarístico, es para suscitar la oración mental (p. 101, 104, 107).

Insiste en la dimensión eclesial de toda oración. "Si los ángeles se juntan a nosotros en los oficios divinos, con más razón todos los justos, todos los miembros de Cristo se unen, haciendo ellos y nosotros un solo Cristo..." (p. 227). "También las oraciones de cada fiel son comunes a todos los demás y las de los demás le son comunes a él" (p. 229-30). Cada fiel que dice la oración dominical "se reviste de la personalidad de toda la Iglesia" (p. 232), gracias a "la comunión de la caridad y por el vínculo de un mismo Espíritu Santo" (p. 224).

En una atmósfera de alegría, el autor invita al fiel a alabar a Dios y a todas las criaturas a bendecir a Dios (p. 72, 87, 389 ss.). Proclama la alegría que brota de la oración, que conduce a la oración. Comenta con entusiasmo el Aleluya (p. 77-90). Dejemos a Thomassin la responsabilidad de decidir que el sueño del justo es oración, no siendo inconveniente el orar al satisfacer las necesidades naturales, como se dice de la emperatriz Inés y de Licentius (p. 17).

Jacques-Joseph Duguet († 1773) es el autor de *Tratados sobre la oración y sobre las disposiciones para ofrecer los santos misterios y su participación con fruto* (París, 1707). Su *Tratado de la oración* (París, 1788) está compuesto a base de extractos de sus obras; las referencias serán indicadas como sigue: *Tr.* 1707; *Tr.* 1788.

Duguet se lamenta del poco cultivo y poca estima de la oración pública (*Tr.* 1707, t.1, p. 3-10). La razón está en la "corrupción natural" que hace que "el corazón ame sólo los bienes visibles" (*Tr.* 1707, t.1, p. 56, 70-71, 110-11, 120,36). De donde "las lágrimas y gemidos" a que el lector es convidado hasta la saciedad.

¿Qué es orar? Oramos "para excitar nuestra fe y esperanza y para dar a nuestros deseos un grado de ardor, insistencia y perseverancia que sea digno de los bienes que pedimos" (*Tr.* 1707, t. 1, p. 189). Ahora bien, el "corazón" es la sede de esos sentimientos: "el espíritu es guiado aquí por el corazón y el sentimiento ocupa el resto" (*Tr.* 1788, p. 173). Además el amor es factor de inteligencia (p. 185-86). Así el hombre "descubre en Dios una grandeza y majestad que espantan útilmente" y entra en acción de gracias por los dones de Dios, en par-

ticular por Jesucristo (*Tr.* 1788, p. 118-89, 122; 180-87; *Tr.* 1707, t. 1, p. 72-82).

Para acceder a la oración, hay que pedir a Dios el espíritu de gracia y de oración, ya que el Espíritu Santo es el único que puede enseñarnos a orar, dar la gracia de la perseverancia y el ardor (*Tr.* 1707, t.1, p. 46, 49-50, 55; *Tr.* 1788, p. 135-36). A partir de ahí, "nunca hay que diferir cuando Dios nos da el deseo de orar" (*Tr.* 1788, p. 268). La fuente de este deseo es la caridad que "es la sola que puede alabar", "sabe gemir" (*Tr.* 1707, t. 1, p. 69-70, 139). En cuanto a Jesús, ha orado para darnos un ejemplo que seguir. No teniendo necesidad de orar por El, ha orado por razón de nosotros (*Tr.* 1707, t. 1, p. 192). Nuestra oración debe ser hecha en el nombre de Jesús y en unión con El. Solamente unidos a El, adorador del Padre en espíritu y verdad, podremos adorar como El en espíritu y verdad (*Tr.* 1788, p. 115, 121). Por otra parte, al ser Jesucristo mediador de la oración, pedimos por El todo bien, en unión con toda la Iglesia (*Tr.* 1788, p. 116-17). ¿De dónde viene esa unión en la oración? "Estamos todos en la unidad de un solo cuerpo y un solo hombre, cuyo jefe es Jesucristo y su voz los salmos" (*Tr.* 1707, t. 1, p. 167).

A los sacerdotes les recuerda Duguet que la oración pública es también la voz de todo el cuerpo eclesial, del que Cristo es el jefe (*Tr.* 1707, t. 1, p. 167). El hombre consagrado a la oración pública ora, por tanto, para que la Iglesia reciba el Espíritu de Dios (p. 33). Es más que un honor, puesto que esta oración pone largamente en la presencia de Jesucristo, lo cual constituye la mejor parte (*Tr.* 1707, t. 1, p. 83-85, p. 11-15). Es también una responsabilidad para con todos los que cuentan con la oración sacerdotal y para con la Iglesia entera (*Tr.* 1707, t. 1, p. 27-30; *Tr.* 1788, p. 147-63). La oración pública es preferible a toda otra, porque "el todo vale más que la parte" (*Tr.* 1788, p. 298). Pero la oración vocal necesita un alma, la oración interior o mental, en la que hay que ejercitarse (*Tr.* 1707, t. 1, p. 182; *Tr.* 1788, p. 173-74). Sin embargo la oración pública posee una ventaja: el cuerpo, mediante sus diversas actitudes, toma parte en la oración y la manifiesta. Lo cual es "hermoso" (*Tr.* 1788, p. 301). Duguet recomienda a todos la oración continua. Como

Thomassin, admite que el sueño del justo no interrumpe su oración, que una vida buena es una oración continua (*Tr.* 1788, p. 103-04). Respecto de la oración continua, "el espíritu de oración" que se menciona frecuentemente, es algo diferente; esta expresión designa la tendencia a orar formalmente en toda ocasión (*Tr.* 1707, t.1, p. 48). Si no lo tenemos, es falta nuestra: nuestras resistencias lo rechazan. Por tanto, hay que pedir a Dios el espíritu de oración, y asumir los medios para conservarlo: renuncia, mortificación, humildad, apertura al amor de Dios (*Tr.* 1707, t. 1, p. 46, 50, 57, 62).

El deber de la oración obliga a todo fiel. Para los sacerdotes, es un deber más urgente, pues están exentos de toda profesión para entregarse a la oración, para presentar a Dios las necesidades de todos, para suplir con su oración la de aquellos que no oran. Pero, para todos, el deber de la oración se funda en la relación entre oración y salvación eterna: "sin gracia, no hay salvación; por tanto, no hay salvación sin oración". En efecto, ninguna gracia se concede sin la oración, con excepción de la gracia de la primera oración (*Tr.* 1788, p. 2-4).

Necesidad y deber aumentan su relieve cuando se considera la eficiencia de la oración interior: transfiguración, como Jesús durante su oración (*Tr.* 1788, p. 371). Síguese el detalle de todos los beneficios sobrenaturales y psicológicos que dimanan de la oración (*Tr.* 1707, t. 1, p. 56, 198; *Tr.* 1788, p. 172-73, 374, 385).

Duguet señala las condiciones necesarias para la verdadera oración; condiciones exteriores y espirituales; todas muy conocidas. Sin embargo se destaca: invitar a los otros a orar, y ello sin respeto humano (*Tr.* 1788, p. 321-31).

Los *Tratados* no ignoran las dificultades existentes en la vida de oración. Constituyen castigos de faltas cometidas, o la obra del demonio. Nos aportan el conocimiento propio y nos hacen conocer la libertad de Dios (*Tr.* 1707, t. 1, p. 222-24; *Tr.* 1788, p. 358-59).

6) Dos *laicos* han querido instruir a los cristianos sobre la oración. Jean Hamon († 1687) ha dejado un *Tratado de la oración continua...* (ed. París, 1735). "Como no se puede vivir de la vida

del cuerpo sin respirar, tampoco se puede vivir la vida del alma sin orar" (1, cap. 1, t. 1, p. 1). La oración continua es posible si se permanece en Dios y El en nosotros (p. 17, cap. 4, p. 67). La fuente es la fe, la caridad para con el prójimo: una buena palabra, la compasión son oración (111, cap. 4, t. 2, p. 65, 78-79; cap. 9, p. 146-49, 177, 192-93).

Hamon habla poco del Espíritu Santo (1, cap. 5, t.1, p. 86, 89; cap. 1, p. 3). La grandeza de la oración continua consiste en hacernos participar más y más en el sacerdocio de Cristo, "ya que es ofrecer continuamente Jesucristo a su Padre, orar siempre en su nombre" (1, cap. 3, t. 1, p. 39). Pero no se llega a la oración continua sin dar su tiempo a la oración mental.

Hamon considera la oración pública preferible a la oración privada; alega las mismas razones que Duguet, insistiendo en su carácter eclesial. En la oración pública, la Iglesia nos ofrece su intercesión, experimentando nosotros su caridad (11, cap. 4, t. 1, p. 195; cap. 2, p. 170). Por nuestra parte, oramos por la Iglesia, y nuestra oración la purifica y remedia sus males; testimoniamos así nuestro reconocimiento hacia ella (I.V, cap. 5, t. 2, p. 202, 253-58; cap. 20, p. 372-77). La oración continua no ofrece obstáculos a la oración de la Iglesia y por la Iglesia (1, cap. 4, t. 1, p. 80-84).

Hamon no es original en relación a las condiciones favorables para la oración; invita al cuerpo a entrar en oración, en la medida en que le es posible: manténgase derecho, sin bostezar, sin despistarse con la mirada, etc. El trabajo no debe ser un obstáculo para la oración. En cuanto a las religiosas, les señala que no tienen el trabajo, ni el dolor del parto; tengan la alegría de la fecundidad espiritual (1, cap. 8, t. 1, p. 127-31). Todos tienen la obligación grave de tender a la oración continua; en ello va la salvación (1, cap. 2, t. 1, p. 19; 11, cap. 1, p. 152-53).

Pierre Nicole († 1695) compuso un *Tratado de la oración* (Traité de l'oraison, París, 1679), que volvió a tratar con el título de *Traité de la prière* (Liieja, 1721); nos referimos al primero. Jansenista moderado, anatematiza "la corrupción espantosa", "la acción criminal" que conducen a la condenación (1, cap. 1,

p. 2-3; 111, cap. 6, p. 191) y se explican por la ausencia de oración entre los cristianos: los que oran, llegan a la salvación.

Algunos califican la oración mental de invento reciente, desconocida en el pasado; reprueban los distintos actos del entendimiento, rechazan la meditación como una "ilusión de este siglo" (11, cap. 1, p. 51). Nicole concede que no se ha de poner la confianza en los propios pensamientos, pero está equivocado al afirmar que todo lo que es humano en la oración es inútil, condenando los actos y los métodos (11, cap. 3, p. 58, 63; cap. 10, p. 100-07; cap. 15-16, p. 126-34). Un punto débil del *Tratado de la oración* es que conoce sólo dos modos de oración, la meditación y la oración extraordinaria.

Nicole está más inspirado al hablar de las actitudes oracionales: la adoración de amor (111, cap. 4, p. 157, 161, 164); el abajamiento ante la justicia de Dios, deseando satisfacerla —pero sin desear la condenación para su mejor satisfacción (V1, cap. 8, p. 441-43)— la acción de gracias por los beneficios recibidos (111, cap. 5, p. 169-88). El lugar de la oración es "el corazón": es él quien "habla a las orejas de Dios" (1V, cap. 2). Para amar, hay que pensar en aquel que se ama; si el conocimiento no es la medida del amor, pero sí es necesario para el amor, y éste, a su vez, aumenta el conocimiento (11, cap. 9, p. 95). Asimismo, es el Espíritu el que "nos ayudará en la hora escogida para la oración", que derrama la caridad, fuente de la oración (1, cap. 1, p. 9-10; 11, cap. 1, p. 49; V, cap. 1, p. 316-17). Nos une a Cristo, puesto que su gracia nos incorpora a El, el único que puede merecer que la oración sea escuchada. Nicole destaca también que sólo podemos orar en espíritu de unión con el Cuerpo de Cristo, la Iglesia (V, cap. 9, p. 372-75, 378-79).

Se debe estar preparado para la alternancia de la facilidad y la dificultad. En el primer caso, hemos de guardarnos de la vanidad; no gloriarse demasiado de la sequedad, como si fuera un signo halagador de nuestra virtud (V11, cap. 1-2, p. 450-62). Lo que más hay que temer son las ilusiones; son numerosas en las oraciones extraordinarias. Las mujeres están más expuestas a la ilusión que hace creer que se experimenta lo que se desea experimentar (1, cap. 7, p. 42-43). Para Nicole, el juicio de la Iglesia

cuenta mucho: a ella corresponde zanjar las opiniones opuestas en el ámbito de la oración (11, cap. 2, p. 52, 57; cap. 14, p. 124, 111; cap. 3, p. 155).

7) De la época que vio nacer en Francia la controversia quietista, retengamos la obra del barnabita François *La Combe* (†1715), *Analysis orationis mentalis* (Verceli, 1686) que insiste en la contemplación adquirida de una manera doctrinalmente correcta, y el *Tratado de la verdadera oración...* (1699; 2 vol., París, 1901), del dominico Antonin *Massoulié*; denuncia 11 errores, de los que varios son de tipo quietista, e intenta precisar lo que es la oración de quietud o reposo.

Massoulié, al mismo tiempo que mantiene que el fin de la oración es la unión con Dios (t. 1, p. 162, 175; t. 2, p. 37), defiende los razonamientos de la oración discursiva (t. 1, p. 201, 214); ésta debe ordenarse al amor y "en ella, los afectos han de tener la mejor parte" (t. 1, p. 215-216); la oración afectiva es además más fácil que la meditación. Sin duda para Massoulié toda oración es gracia, pero en este punto apenas se detiene; lo que le interesa es el sujeto humano, sus actitudes, disposiciones y reacciones. Concede una importancia real a las diferencias de los temperamentos, pero la santificación es posible para todos (t. 1, p. 193).

8) *Después de la Revolución*, aparecen de nuevo obras sobre la oración. Jean-Nicolas Grou († 1803) compuso en Inglaterra *La Escuela de Jesucristo* y *El Manual de las almas interiores* (ed. París, 1947); pertenece a la línea de Lallemant, Guilloré, Caussade. Aunque alimentado de una espiritualidad orientada hacia la vida apostólica, Grou establece en principio "que hay que preferir en general la oración a la acción y darle a aquélla mucho más tiempo. Entiendo por oración todos mis ejercicios de piedad, de los que el alma es el objeto inmediato" (*Manual*, p. 200-01). Esta oración es la del "corazón", pues "es propiamente el corazón el que ora" (*Ecole*, t. 2, p. 5); "la voz del corazón, es el amor" (p. 6). Esta oración puede ser silenciosa: no se necesita de palabras para amar. Comprendida de este modo, la oración puede ser

continua. Acompaña a la acción, es "oración de acción", pues toda acción llevada a cabo como voluntad de Dios es una oración (*Ecole*, t. 2, p. 77, 79-80). "También el sufrimiento es oración", considerada en *Ecole* como la mejor y más agradable a Dios (p. 81).

El principio de la oración no es nuestro. "Dios solo nos enseña a orar" (*Ecole*, t. 2, p. 1 ss.); Grou desarrolla que Dios es el único que nos enseña a orar en cinco lecciones. Dios nos instruye mediante el Espíritu Santo, que quiere orar en nosotros. La oración no es buena hasta que El la forma (t. 2, p. 24). El primer movimiento de la oración debe ser adorar la majestad suprema de Dios, anonadarnos en su presencia; no debemos pensar sólo en nuestra santificación (t.2, p. 12-21).

Pierre Picot de Clorivière († 1820) publicó en 1802 unas *Consideraciones sobre el ejercicio de la oración (Considérations sur l'exercice de la prière et de l'oraison* (ed. *Prière et oraison*, col. Christus, París, 1961). El sentido de la oración es rendir a la majestad de Dios el homenaje que le es debido esencialmente; "servir directamente a la perfección de nuestra alma y a nuestro progreso espiritual" es igualmente fin esencial (p. 67, 105).

La oración mental ha de ser práctica. No es pensable el ir a la oración simplemente a pasar un rato agradable a Dios y "apacentarse allí" con santas reflexiones. Hay que volver de la oración animado con una voluntad de mayor fidelidad a Dios y de la resolución de extirpar los propios defectos (p. 106-07).

El misterio teologal de la oración se aborda bajo su aspecto cristológico: siendo miembros del cuerpo místico de Cristo, oramos siempre con Jesús, por El, en El. Así apretamos, gracias al Espíritu Santo que ora en nosotros, "los nudos que el Hijo de Dios ha querido establecer con nosotros" (p. 74).

Así pasamos a ser, con Jesús y en dependencia suya, intercesores por el género humano, por la Iglesia en particular (p. 67-68, 89-90). Se nombra con frecuencia al Espíritu Santo, pero más bien como el director de la vida de oración, el que orienta y la hace progresar.

El deber de la oración no está fundado sencillamente en la indigencia del hombre, sino primeramente en la naturaleza

inteligente y libre de nuestro ser, en el reconocimiento para con los bienes recibidos de Dios, y en la dependencia respecto de Dios que hay que reconocer y aceptar libremente. Clorivière destaca también el valor de la oración litúrgica (p. 72, 105).

9) *El siglo XIX.*—En 1844, François-Xavier Gautrelet († 1886), fundó el Apostolado de la Oración y publicó poco después un folleto con ese título (Lión-París, 1846). Posteriormente Henri Ramière († 1884) desarrolla en una obra importante la doctrina (*El Apostolado de la oración*, Lión-París, 1861).

La idea de que la oración tiene una eficacia apostólica no es nueva. Lo que es nuevo, es la mirada proyectada sobre el mundo entero, sobre el esfuerzo misionero de la Iglesia, y también el interpelar a todos los cristianos, agrupándolos en una asociación. Los principios de base son los siguientes: todos pueden "secundar y asumir los designios de Dios" (Ramière, p. 67); las oraciones asociadas tienen más eficacia que la oración aislada (argumento inesperado: las tres personas divinas, asociándose, se hacen tres veces todopoderosas, p. 89-90): finalmente, la oración por los otros tiene más precio a los ojos de Dios porque es caridad desinteresada (p. 37).

El Apostolado de la Oración se ejercita en favor de la Iglesia: orar, es acrecentar la unión entre Cristo y su cuerpo. La Iglesia "moriría el día en que, por imposible, los miembros cesaran de orar" (p. 200, 206, 218-19).

La oración es también necesaria para vivificar la sociedad en todos los sectores de sus manifestaciones (p. 181-88, 190-93). La oración ensanchada de este modo conforme a las dimensiones de la Iglesia y de la humanidad tiene su fuente en el Corazón de Jesús; la oración es más realmente suya que nuestra, puesto que nosotros formamos con El un solo Cuerpo (p. 115; cf. p. 125-27). Además, durante 30 años, Cristo ha ejercitado solamente el apostolado de su oración: ahí ha visto "un medio tan eficaz, más eficaz incluso" que su palabra (p. 63).

Los escritos espirituales de François Libermann († 1852) tratan en dos ocasiones de la oración (París, 1891, p. 89-210, 496-531); son exposiciones un poco secas y poco originales, dirigidas a los

miembros de su congregación. En la misma época, el *Diccionario de Ascetismo* francés (Migne, t. 2, 1854) consagra unas 20 columnas a la oración: artículo sin originalidad.

Entre los numerosos oradores que han hablado sobre la oración, destacamos a Landriot y Monsabré. Jean-François Landriot († 1874) trata este tema en sus sermones de Cuaresma (*Obras*, t. 3, París, 1864): la oración es necesaria (1861); la extensión del precepto (1862), las ventajas de la oración para el individuo y la sociedad (1863), sus cualidades (1864). Como original, Landriot ve en la oración la raíz de la acción social, de las "obras" de caridad con vocación social (t. 3, p. 331-48). Además, en el ámbito sobrenatural, concede a la oración una especie de eficacia *exopere operato*: "nos hace partícipes de la naturaleza divina" (p. 305).

La oración (La prière) de Jacques-Marie, Louis Monsabré († 1907) es más personal. Al que pretende objetar el sin-sentido de una oración que intentaría modificar los designios de Dios, responde que, orando, somos "cooperadores de Dios" (p. 65-66): pedimos lo que, según el plan divino, debe realizarse mediante la oración. La oración tiene también una función cósmica: "la existencia de la naturaleza queda de algún modo en suspenso" en función de la oración, agente del gobierno divino (p. 30). Además, Monsabré recuerda que Dios quiere nuestra oración para que no le olvidemos.

La oración es un misterio, el de Cristo: El ora sin cesar con nosotros y por nosotros; nuestras oraciones reciben de El que es nuestra cabeza "una divina expresión"; "con El, por El y en El pedimos todos los bienes" (p. 374-76, 378, 422). La oración de los monjes se justifica precisamente al continuar la oración de Jesús y representa a toda la humanidad (p. 114). Pues Jesús ha orado, no sólo para darnos ejemplo, sino porque, en tanto que hombre, tenía que atestiguar su dependencia respecto del Padre y vivirla (p. 55-56). La oración litúrgica comunitaria está dotada de una eficacia superior a causa de la fuerza del número y de la presencia del Señor en medio de los suyos reunidos (p. 81-82).

Citemos un autor espiritual en el alba del siglo XX: el capuchino Ludovic de Besse († 1910). En *La science de la prière* (*La ciencia de la oración*) (París, 1904), quiere poner a la disposición

todos la doctrina de la Tradición. Piensa que se puede orar bien sin haber sido instruido en esta ciencia (p. 297). Ofreciéndose a todo hombre la gracia de la oración (p. 18-19), enuncia los grados clásicos de la oración (p. 32-34, 64). En el grado más bajo —es original— coloca la oración que nace de las "pompas litúrgicas" (p. 85). La oración afectiva es un verdadero progreso sobre la meditación (p. 59), progreso que puede estar condicionado por el temperamento. Pero el valor de toda oración reside en el amor teologal, no en el amor sensible. El autor presenta otra jerarquía de valor: según su parecer, el que participa en la oración común pública merece más, pues "los conciertos se valoran por encima de los solos" (p. 255-56). Además, la oración vocal es inferior a la mental, si se dice mecánicamente (p. 257). Esta jerarquía presenta coherencia escasa con la del amor de caridad.

3. ITALIA.— 1) El *Concilio de Trento* (1545-1563) no contiene explícitamente ninguna enseñanza magisterial sobre la oración. Sin embargo, implícitamente se toca el tema de la oración, al enumerar los actos que disponen para la justificación: fe, esperanza, confianza (Denzinger, n. 1526). Encontramos explícitamente el tema en una cita de San Agustín (n. 1536).

En 1566, el Catecismo del Concilio presenta la doctrina común. Destaca una expresión que indica la ignorancia que se tenía respecto de las religiones no cristianas: "la oración mental, esa oración propia de los cristianos", y una justificación bastante pobre del mandamiento de la oración: "Dios quiere la oración para que rogándole, aumente nuestra confianza".

2) *Roberto Bellarmino* († 1621) deja un *De bonis operibus*, cuyo primer libro trata de la oración (*Opera omnia*, t. 6, París, Vivès, 1873, p. 391-440); contiene aspectos apologéticos contra adversarios de toda clase, desde los Messalienses hasta los protestantes, tales como los entiende Bellarmino (cap. 3, p. 394-95; 410). La definición de oración se inspira en parte en Santo Tomás: "Actus rationis practicae desiderium voluntatis explicantis et ab alio aliquid postulantis". Siguen las divisiones

clásicas: oración pública y privada, oración vocal y mental (cap. 2, p. 392).

Esta definición se enriquece cuando se estudian las horas canónicas (cap. 10, p. 418); gracias a los cantos, la oración pública inflama los espíritus, testimonia a los increyentes y malos creyentes la fe católica y la alegría encontrada en la ley de Cristo, y tributa a Dios, mediante el mismo cuerpo, un homenaje religioso.

El valor de la oración mental es superior al de la oración vocal, por cuanto nos libra del ruido y del movimiento; pero no hay que temer el recurso a la oración vocal (p. 396). De modo general, Belarmino repite la doctrina tradicional: beneficios espirituales, necesidad. Tras ello, dedica sus once últimos capítulos a las horas canónicas, de las que hace la apología, haciéndose su teólogo y moralista.

3) *Jean Bona* († 1674) ha escrito tres pequeños volúmenes: *Principia et documenta vitae christianae* (París, 1675), *Horologium asceticum* (1675), *Divinum profluvium orationun et aspirationum* (Bruselas, 1714). De la oración mística y de la infusa, habla sólo para reconocer que merece ser deseada (*Principia* 1, 49, p. 120). Consagra su atención a la oración ordinaria; su fin es conversar con Dios, alabarle, darle gracias (*Horlogium*, cap. 2, p. 106), adorarle en espíritu y verdad (*Principia* 1, 48, p. 117). De donde dimanan los beneficios para nosotros: la unión con Dios y muchos otros (*Principia* 1, 49, p. 119; *Horologium*, cap. 2, p. 106), que fecundan la acción, que sin oración queda estéril, cosa raramente indicada (*Principia* 1, 47, p. 116). En efecto, la oración aporta todos los bienes espirituales y nos libera de todos los males del alma (1, 50, p. 122).

Como sus predecesores, Bona repite que la oración mental es "basis et fundamentum perfectionis christianae" (*Horlogium*, cap. 2, p. 91), y que la oración en general es condición para la salvación. La oración continua está mandada por Jesús; para ello es una ayuda la "praxis divinae presentiae", imaginativamente, con el entendimiento o sobre todo amando, y mediante las oraciones jaculatorias (*Horologium*, cap. 2,

p. 60-63; *Divinum profluvium* en su integridad). En cuanto a las distracciones, Bona no dramatiza y señala que no anulan la oración; las sequedades no son un gran mal si se persevera en la oración (*Principia* 1, 50, p. 118-19).

4) Lorenzo *Brancati de Lauria* († 1693) es un teólogo. En el contexto del proceso de Molinos, sus *Opuscula octo de oratione...* (Roma, 1685) quieren recordar la doctrina ortodoxa, en particular en lo concerniente a los grados de oración. Cuando habla de la oración en general, es poco original.

Define la oración como Juan Damasceno y Basilio (1, cap. 1, p. 1). La necesidad de la oración no se pone en duda, teniendo en cuenta el precepto de Jesús (cap. 2, p. 3). Vocal o mental, la forma poco importa (p. 4-5). Con todo, el ejemplo de Cristo, la tradición y la práctica de la Iglesia mandan a todos orar vocalmente (cap. 7, p. 20-22). La oración mental es necesaria para el progreso espiritual, no para la salvación (11, cap. 3, p. 63). Lauria estudia las condiciones y disposiciones, espirituales y materiales, propias de la oración, las dificultades, los problemas habituales de la oración de súplica, etc.

5) Manuel Ignacio de *La Reguera* († 1747) pasó los 22 últimos años de su vida en Roma, donde escribió su voluminosa *Praxis theologiae mysticae* (2 vol., Roma, 1740-45), que comenta la obra de Michel Godinez († 1644). La oración es a la vez acto de la inteligencia y de la voluntad (1, cap. 5, n. 1476, 1499-1500), La *devotio* orienta la oración, puesto que es lo que nos inclina a hacer prontamente lo relacionado con el culto de Dios, con la ayuda del Espíritu Santo y sus dones (1, q. 15, n. 1986, 2004, 2026). A propósito de la *oratio affectus*, La Reguera destaca la importancia que hay en meditar sobre la humanidad de Cristo y arremete contra los que prescinden de ella por haber "superado" esta humanidad en la contemplación perfecta (Béghards, *Alumbrados*, Molinos; 11, q. 1, n. 21-28); por el contrario, la meditación afectiva de la pasión de Jesús, es un medio para el progreso espiritual (11, q. 2, n. 154-61).

La oración es necesaria para la salvación. ¿Por qué? Porque Dios ha decidido desplegar su generosidad en favor de la ora-

ción, y esto por nuestro propio bien, para que testimoniemos nuestra confianza en El, reconociéndole como el autor de todo bien (1, q. 12, n. 1512).

La oración mental es necesaria (necesidad moral) para el progreso espiritual; es, pues, un deber, pero sus modalidades varían según la situación y el estado de cada uno (1, q. 14, n. 1815, 1857, 1896-1912). La oración vocal, privada o pública, no debe estimarse en poco; es obligatoria para todos, puesto que Jesús ha formulado su precepto, enseñándonos el Pater (1, q. 13, n. 1693-1701). En relación con la petición, La Reguera responde a las cuestiones habituales de modo tradicional (1, q. 12, n. 1587-1600); sobre la eficacia: n. 1608-18, 1623-36).

6) El *Direttorio ascetico* (Venecia, 1793; trad. franc., *Guide ascétique —Guía ascética—*, París, Vivès, 1882) de Jean-Baptiste *Scaramelli* († 1752), contiene su experiencia de predicador; está centrado en torno a la perfección. La oración es uno de los medios que conducen a la perfección, ya sea la oración mental (meditación) u oración de petición, a la que el autor llama "oración vocal" con obstinación, como si ésta sólo pudiera ser petición.

En la meditación, tal como la describe Scaramelli, el amor no parece tener mucha más importancia que el desprecio de sí mismo o el arrepentimiento (*Guide*, n. 173-74); se trata de una meditación "práctica". ¿Qué relación existe entre la meditación y la oración de petición? Respuesta inesperada: mediante la oración mental se conoce la verdad; mediante la vocal se obtiene lo que nos falta: "la primera, sin la segunda no lograría el efecto de conducirnos a la perfección" (n. 212). Scaramelli insiste en la necesidad de la oración en general (necesidad de medio; n. 212-16). En cuanto a la oración mental, el ejemplo de Jesús, retirándose solo por la noche a orar —aunque, gozando de la vista de Dios, no tuviera ninguna necesidad de ello— nos impone el deber de imitarle. (¿No es molesto que la oración de Jesús parezca desprovista de sentido?) Este deber está confirmado por la experiencia: la mala conducta de los cristianos se explica no por la falta de fe, sino por la ausencia de la oración mental (n. 154-56). Con todo, los "incultos" pueden llegar a la perfección cristiana sin oración mental (n. 163).

7) En la época de *Alfonso-María de Ligorio* († 1787). Jansenismo y Quietismo permanecen influyentes. Su enseñanza sobre la oración, marcada por sus preocupaciones de moralismo, se encuentra sobre todo en dos obras: *Del gran Mezzo della Preghiera* (1759) y *La vera Sposa di Gesù Cristo* (1760-61).

La oración de petición es absolutamente legítima; se funda en la liberalidad de Dios, dispuesto a escucharnos y a darnos más de lo que le pedimos. Dios ofrece, con toda seguridad, a todos la gracia de orar si lo quieren (cap. 4); si Dios manda a todos observar sus mandamientos, es que ofrece a todos al menos la gracia de orar para obtener la fuerza de hacerlo. Por tanto, hay que orar. "Si se pasara un mes o como máximo dos años sin hacerlo... no se estaría excusado de pecado mortal". Y Cristo ha mandado hacerlo. Hay, pues, necesidad de precepto y de medio. Si se trata de la oración mental, su necesidad es sólo moral, pero con todo necesaria, pues la oración vocal no basta para apartarnos del pecado. Al contrario, "en la oración, el Señor nos habla y nos ilumina", el hombre se vuelve dócil, fuerte contra sus enemigos. La oración es necesaria para unirse a Dios; ése es su fin, y no las dulzuras espirituales. Finalmente, Dios ha querido que le pidamos los bienes sobrenaturales y los temporales para llevarnos a reconocer que El es el autor de todo bien.

Ligorio enuncia las condiciones de una verdadera oración; espirituales y materiales, son las que se han enseñado ordinariamente. Sin embargo, recomienda orar en la Iglesia a causa de la presencia eucarística de Cristo.

Debemos orar por los demás tanto como por nosotros mismos. A pesar de lo que pueda decir Santo Tomás, Ligorio sostiene que mediante la oración, se puede merecer *de condigno* para los demás la vida eterna y las gracias para alcanzarla; juzga que menospreciar el orar por las almas del purgatorio es un pecado.

La oración se dirige a Dios primeramente y siempre, incluso cuando pedimos la intercesión de María o los santos; pero hay que pedir esta intercesión para respetar el orden de la salvación ("los inferiores se salvan reclamando la asistencia de los superiores").

PRIMERA PARTE
LA ORACION EN LA BIBLIA

1. Dios nos manda que oremos

Principales lugares del Antiguo Testamento en que Dios nos manda hacer oración.

Alaba al Señor en todo tiempo y pídele que dirija tus pasos (Tob. 4, 20).

Nada te detenga de orar siempre, ni aguardes a la muerte para justificarte, porque la recompensa de Dios dura eternamente (Ecle, 18, 22).

Ama a Dios toda tu vida e invócale para que te salve (Ecle. 13, 18).

Estudia los Mandamientos de Dios, y sé constante en lo que se te manda y en la oración al Altísimo (Ecle. 17, 24).

No te abandones en la enfermedad; antes bien, ora al Señor y El te curará (Ecle. 38, 9).

Lloren los sacerdotes ministros del Señor, entre el vestíbulo y el altar, clamando: "Perdona, Señor, perdona a tu pueblo" (Joel. 2, 17).

Clamen con todo ahínco al Señor, convirtiéndose cada uno de su mala vida (Jon. 3, 8).

Invocadme y recurrid a Mí; suplicadme y os escucharé; me buscaréis y me hallaréis. Pues si me buscareis de corazón, me dejaré encontrar de vosotros, dice el Señor (Jr. 29, 12-14).

Invócame en el día de la tribulación y Yo te libraré (Sal. 49, 15).

Invócame y Yo te oiré benigno, y te declararé cosas grandes y ciertas que tú ignoras (Jr. 33, 3).

Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más, antes bien, haz oración por las culpas pasadas a fin de que te sean perdonadas (Ecle. 21, 1).

Tened buen ánimo, hijos míos: clamad al Señor y El os libertará de los príncipes enemigos (Baruz. 4, 21).

Seas, pues, obediente al Señor y preséntale tus súplicas (Sal. 36, 7).

2. Propósitos de no faltar a la oración

Los siguientes ejemplos nos demuestran un firmísimo propósito de constante oración.

Invocaré al Señor entre alabanzas, y seré salvo de mis enemigos (Sal. 17, 4).

Invocaré al Señor loable, y seré salvo de mis enemigos (2 Rg. 22, 4).

Yo gritaré a mi Dios y El me salvará. Por la tarde, por la mañana y a medio día, a El sube mi lamento y el gemido de mi súplica, y Dios escuchará mi voz (Sal. 53, 17-18).

A Ti enderezaré mi oración por las mañanas, y tú ¡oh Señor! oirás mi voz (Sal. 5, 4).

Me anticipo a la aurora y te grito, pues tengo mi esperanza en tus palabras (Sal. 118, 147).

Me levanto a media noche a darte gracias por tus justas sentencias (Sal. 118, 62).

Siete veces te alabo cada día por tus justos juicios (Sal. 118, 163).

A Ti clamo con todo mi corazón; escúchame, Señor, para que guarde tus Mandamientos. Clamo a Ti, socórreme y cumpliré tus preceptos (Sal. 118, 145).

En mi tribulación invocaré al Señor y clamaré a mi Dios, y oirá desde su templo mi voz, y mi clamor llegará a sus oídos (2 Reg. 22, 4).

Haré para conmigo oración a Dios autor de mi vida: le diré, tú eres mi amparo.

Mi boca celebrará tus alabanzas y mi alma quedará saciada; cuando en mi lecho me acuerdo de ti y en ti medito en mis vigilias (Sal. 63, 6-7).

3. Dios está siempre dispuesto a escucharnos

> *"Dios oye siempre nuestra oración y nos concede lo que le pedimos u otra gracia que nos sea más conveniente" (San Agustín).*

Pronto está el Señor para todos los que le invocan; para cuantos le invocan de veras (Sal. 144, 18).

Condescenderá con la voluntad de los que le temen, oirá benigno sus peticiones y los salvará (Sal. 144, 19).

Antes que clamen ya los oirá; estarán aún con la palabra en la boca, y les otorgará su petición (Is. 65, 24).

Cuando invoques su auxilio, El se compadecerá de ti; al momento que oyere la voz de tu clamor, te responderá benigno (Is. 30, 19).

El Señor tiene puestos sus ojos sobre los justos, y atentos sus oídos a las oraciones que le hacen (Sal. 34, 15).

Ninguno jamás esperó en el Señor y quedó defraudado. ¿Quién jamás le invocó que haya sido despreciado? (Ecle. 2, 11-12).

Dios atenderá la voz de los humildes y no rechazará sus plegarias (Sal. 101, 18).

La oración del humilde traspasa las nubes, y no reposará hasta acercarse al Altísimo, del cual no se apartará hasta que incline hacia él los ojos (Ecle. 15, 21).

Tened por cierto que el Señor oirá vuestras súplicas si perseveráis en su presencia ayunando y orando (Jud. 4, 12).

Nunca despreció ni desatendió la súplica del pobre, ni apartó de mí su rostro; antes, así que clamé a El luego me oyó (Sal. 21, 25).

La oración del pobre desde su boca llegará a los oídos de El, y prontamente le vendrá la justicia (Ecle. 21, 6).

Tú, Señor, eres bueno e indulgente y de gran clemencia para todos los que te invocan (Sal. 85, 5).

Por eso oré y me fue dada la prudencia; invoqué al Señor y me concedió el espíritu de sabiduría (Sal. 7, 7).

Sentirá presente al Señor que está cerca de todos aquellos que le llaman de verdad (Sal. 144).

Si los ofendiereis vocearán a mí, y Yo oiré su clamor (Ex. 22, 23).

Si clamaren a mí les oiré porque soy misericordioso (Ex. 22, 24).

Me rogaréis y Yo os oiré (Jr. 29, 12).

Este pobre levantó el grito y el Señor le oyó, y de todas sus tribulaciones le salvó (Sal. 33, 7).

No hay otra nación, por grande que sea, que tenga tan cerca de sí sus dioses como está cerca nuestro buen Dios y presente a todas nuestras súplicas y oraciones (Dt. 4, 7).

4. Firme confianza en Dios

"Cuando veas que la oración está en tus labios, ten por cierto que también la misericordia de Dios está sobre ti" (San Agustín).

¡Bendito sea el Señor, que no desechó mi oración, ni retiró su misericordia de mí! (Sal. 65, 20).

Bendito sea el Señor, pues ha oído la voz de mi humilde ruego (Sal. 27, 6).

Este pobre levantó el grito y el Señor le oyó, y de todas sus tribulaciones le salvó (Sal. 33, 7).

Acudí solícitamente al Señor y me oyó, y me libró de todas mis tribulaciones (Sal. 33, 5).

Así que le invoqué, me oyó el Señor que es mi justicia (Sal. 4, 2).

Ha otorgado el Señor mi súplica: ha aceptado mi oración (Sal. 6, 10).

Invoqué del Señor el espíritu de sabiduría y se me dio (Sal. 7, 7).

Tú, Señor, eres bueno e indulgente y de gran clemencia para todos los que te invocan (Sal. 85, 5)

Por esto oré y me fue dada la prudencia; invoqué al Señor y me concedió el espíritu de sabiduría (Sab. 7, 7).

En ti esperaron nuestros padres: esperaron en ti y tú los libraste. A ti clamaron y fueron puestos a salvo; confiaron en ti y no tuvieron por qué avergonzarse (Sal. 21, 5-6).

Invocaré al Señor entre alabanzas y me veré libre de mis enemigos (Sal. 17, 4).

En mi tribulación invoqué al Señor y clamé a mi Dios, y desde su templo oyó El mi voz, y mi clamor llegó a sus oídos (Sal. 17, 7).

Yo te llamo, ¡oh Dios!, porque tú me respondes: Inclina a mí tus oídos y escucha mis palabras. Ostenta tu maravillosa misericordia, tú que eres Salvador de los que se refugian en ti contra los que le atacan (Sal. 16, 6-7).

Tú eres, Señor, bueno e indulgente, y lleno de amor con todos los que te invocan. Escucha, Señor, mis ruegos: atiende a la voz de mis súplicas. En el día de mi aflicción yo te suplico, y tú, Señor, me has de responder, porque nadie es semejante a ti, ni hay obras como las tuyas (Sal. 86, 5-8).

Escucha mis palabras, ¡oh Dios!, y repara en mis lamentos; atiende a la voz de mi oración, ¡oh Rey mío, mi Dios! Porque desde la mañana temprano a ti suplico y tú oyes mi voz. Desde la mañana recurro a Ti (Sal. 5, 2-3).

En mi angustia yo invocaba al Señor, imploraba el auxilio de mi Dios, y El, desde sus palacios oyó mi oración, y mi clamor llegó a sus oídos (Reg. 22, 4-7).

Miró el desvalido a Yavé, y El le escuchó y le salvó de todas sus angustias (Sal. 33, 7).

El Señor satisface los deseos de los que le temen, oye sus clamores y los salva (Sal. 144, 19).

Señor, tú eres suave, benigno y de gran clemencia para todos los que te invocan (Sal 85, 5).

En cualquiera hora en que te invoco, conozco que tú eres mi Dios (Sal. 55, 10).

5. Y dijo Dios: "Todo el que pide, recibe" (Mt. 7, 8).

Dios se ha comprometido a socorrernos, siempre que se lo pidamos con la oración; por eso, cuando oramos, debemos hacerlo con la mayor confianza de que El no faltará a su promesa.

¡Oh Señor!: no quede yo confundido, ya que te he invocado (Sal. 30, 18).

Señor, ten misericordia de mí, porque no ceso de clamar a ti todo el día (Sal. 85, 3).

Tu favor he implorado de todo mi corazón; apiádate de mí como lo has prometido (Sal. 118, 58).

Desfallece mi alma suspirando por la salud que de ti viene; mas yo siempre he esperado firmemente en tu palabra (Sal. 118, 81).

Escucha, Señor, la voz de mis ruegos, según tu misericordia, y vivifícame conforme lo has prometido (Sal. 118, 149).

Mas yo a Dios he clamado; por tanto, el Señor me salvará (Sal. 54, 17).

Me anticipo a la aurora y grito, pues tengo mi esperanza puesta en tus palabras (Sal. 118, 147).

Mis ojos se adelantan a las vigilias para meditar tus palabras ¡Oh Señor!, escucha mi voz según tu misericordia, y según tu bondad, dame la vida (Sal. 118, 148-149).

A media noche me levantaba a tributarte gracias por tus juicios llenos de justicia (Sal. 118, 62).

Durante la noche me acordaba de invocar tu nombre, ¡oh Señor!, y así guardaba exactamente tu ley (Sal. 118, 55).

6. El único recurso infalible es la oración

Entre tantas miserias y dificultades como tenemos en la vida, no nos queda otro remedio que imitar a los santos acudiendo a la oración.

Sálvame ¡oh Dios! porque las aguas han penetrado hasta mi alma. Atollado estoy en un profundísimo cieno sin hallar donde afirmar el pie. Llegué a alta mar y me sumergió la tempestad. Me fatigué en dar voces hasta secárseme la garganta; desfallecían mis ojos aguardando a mi Dios (Sal. 62, 2-4).

Con ansia suma estuve aguardando al Señor, hasta que por fin inclinó hacia mí sus oídos y escuchó benignamente mis súplicas, y sacándome del lago de la miseria y del inmundo cieno, asentó mis pies sobre piedra, dando firmeza a mis pasos (Sal. 89, 2-3).

Me sacó a la anchura y me salvó por un efecto de su buena voluntad (Sal. 17, 20).

Clamé a ti cuando mi corazón se hallaba más angustiado, y tú me colocaste sobre una alta peña, tú fuiste mi guía (Sal. 60, 3).

Gritaba yo como un pollito de golondrina; gemía como paloma; se debilitaron mis ojos de mirar siempre a lo alto (Is. 38, 14).

¡Oh Dios!, atiende a mi socorro; apresúrate, Señor y ven pronto a ayudarme (Sal. 69, 2).

Apiádate de mí, Señor, porque sin descanso yo te imploro (Sal. 85, 3).

Salva a tu siervo, Señor, que en ti tiene puesta su confianza. Pues tú, Señor, eres bueno y misericordioso con todos los que tu nombre invocan (Sal. 85, 4).

Señor, escucha mi plegaria y presta oídos al clamor con que te ruego. A ti clamo en el día de mis angustias, pues sé que tú *siempre* me oyes (Sal. 85, 6-7).

Yo te celebraré, Señor, Dios mío, con todo el corazón, y eternamente aclamaré tu nombre. Porque grande ha sido tu piedad para conmigo, habiendo sacado mi alma de lo profundo del infierno (Sal. 85, 12-13).

Ostenta, ¡oh Señor!, tu maravillosa misericordia, pues tú eres salvador de los que buscan refugio en ti contra los que le atacan. (Sal. 16, 6-7).

Tú eres, Señor, bueno e indulgente y lleno de amor con todos los que te invocan. Escucha, Señor, mis ruegos: atiende a la voz de mis súplicas (Sal. 86, 5-6).

En el día de mi aflicción yo te suplico, y Tú, Señor, me has de responder; porque nadie es semejante a ti, ni hay obras como las tuyas (Sal. 86, 7-8).

Escucha mis palabras, ¡oh Dios! y repara en mis lamentos; atiende a la voz de mi oración, ¡oh Rey mío, mi Dios!, porque desde la mañana temprano te suplico y tú oyes mi voz (Sal. 5, 2).

Desde la mañana recurro a ti con mis ruegos, y me quedo esperando en Ti (Sal. 5, 3).

Lleguen, Señor mis súplicas a tus oídos, e instrúyeme conforme a tu palabra. Llegue a tu acatamiento mi plegaria, y líbrame, conforme lo has prometido (Sal. 118, 169-170).

7. La importancia de la meditación

La Sagrada Escritura nos recomienda con todo encarecimiento el ejercicio de la meditación.

En todas tus acciones acuérdate de tus postrimerías, y nunca jamás pecarás (Ecle. 7, 40).

Acuérdate de la muerte, la cual no tarda en llegar, y de la ley que se te ha impuesto de ir al sepulcro; porque el morir es una ley de la que nadie está exento (Ecle. 14, 12).

Aunque un hombre viva contento debe acordarse del tiempo de tinieblas y de la muchedumbre de días de la eternidad, llegados los cuales quedarán convencidos de vanidad todas las cosas pasadas (Ecle. 11, 8).

Tu boca hable continuamente del libro de la Ley, y medita día y noche lo que en él se contiene, a fin de cumplir y guardar todas las cosas en él escritas, con lo cual irás por el recto camino y procederás sabiamente (Lev. 1, 8).

Enseñad a vuestros hijos a meditarlas: hora estés sentado en casa, hora andando de camino, y al acostarte y al levantarte (Dt. 11, 19).

Considerad atentamente a aquel Señor que sufrió tal contradicción de los pecadores, contra su misma persona, a fin de que no desmayéis perdiendo vuestros ánimos (Heb. 12, 3).

Corramos con aguante poniendo los ojos en Jesús, el cual, en vista del gozo que le estaba preparado, sufrió la cruz sin hacer caso de la ignominia. (Heb. 12, 1-2).

8. Sin meditación, no hay salvación

Todos los males del mundo nos vienen por falta de reflexión. "El hombre que no medita es como un animal sin razón" (San Felipe Neri).

Está horrosamente desolada toda la tierra, porque no hay quien reflexione en su corazón (Jr. 12, 11).

¡Oh Señor!, a no haber sido tu Ley el objeto de mi meditación, hubiera, sin duda, perecido en mi angustia (Sal. 118, 92).

Me puse a meditar todas tus obras, ponderaba los efectos maravillosos de tu poder, levanté mis manos al cielo como tierra falta de agua, mientras repetía sin cesar: "¡Oyeme, Señor, para que no tenga que contarme entre los muertos" (Sal. 142, 5-8).

9. Saludables efectos de la oración mental

La oración mental es la madre de todas las virtudes. Por la oración mental conocemos a Dios y lo amamos, y nos fortalece para poder vencer todas las dificultades.

Sentí que se inflamaba mi corazón, y en mi meditación se encendían llamas de fuego (Sal. 38, 4).

Mi boca proferirá sabiduría, y la meditación de mi espíritu prudencia (Sal. 48, 4).

He comprendido yo más que todos mis maestros, porque tus mandamientos son mi meditación continua (Sal. 118, 99).

La meditación del amor que Jesucristo nos manifestó en su Pasión, es lo que con más fuerza nos obliga a corresponderle con nuestro amor.

La caridad de Cristo nos urge (nos fuerza a amarle): al considerar que si uno murió por todos, luego es consiguiente que todos murieron, y que Cristo murió por todos; para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquel que murió y resucitó por ellos (2 Cor. 5, 14-15).

Maravillosa transformación que se realiza en las almas por el ejercicio de la oración mental.

Todos nosotros contemplando como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados en la misma imagen de Jesucristo, avanzando de claridad en claridad, como iluminados por el Espíritu del Señor (2 Cor. 4, 18).

10. La luz interior que Dios concede en la oración

"Las verdades de la fe no se ven con los ojos del cuerpo, y solamente se pueden vislumbrar por medio de la oración mental" *(San Ligorio)*

Quita el velo a mis ojos y contemplaré las maravillas de tu Ley (Sal. 118, 18).

Ilumina, Señor, a tu siervo con tu presencia, y enséñale tus leyes (Sal. 118, 135).

Y pues que tú, ¡oh Señor!, das la luz a mi antorcha: esclarece, Dios mío, mis tinieblas (Sal. 17, 29).

Yo contemplaré tus mandamientos y consideraré tus leyes (Sal. 118, 15).

Mis delicias pondré en tus estatutos, y jamás me olvidaré de tus palabras (Sal. 118, 16).

Al amanecer me pondré en tu presencia y te contemplaré (Sal. 5, 5).

Y te serán aceptas las palabras de mi boca, como también la meditación de mi corazón que yo haré siempre en tu acatamiento. (Sal. 18, 15).

Me puse a meditar en los días antiguos y a considerar los años eternos; en esto me ocupaba en mi corazón durante la noche, y lo miraba y examinaba en mi interior (Sal. 76, 6-7).

Me acordaba de Ti en mi lecho; en Ti meditaba luego que amanecía (Sal. 62, 7).

Vengan sobre mí tus piedades y viviré, puesto que tu ley es mi dulce meditación (Sal. 118, 77).

Tus decretos son la materia de mi meditación, y tus justas leyes, mi porte y consejo (Sal. 118, 24).

Cuán amable me es tu ley, ¡oh Señor!, todo el día me es objeto de meditación (Sal. 118, 97).

¡Oh Señor!, ardientemente he deseado la salud que de Ti viene, y por eso me es tu ley el objeto continuo de mi meditación (Sal. 118, 174).

Antes de amanecer ya dirigía hacia ti mis ojos, para meditar tu santa ley (Sal. 118, 148).

Me sorprendieron las tribulaciones y angustias, y entonces tus mandamientos fueron mi dulce meditación (Sal. 118, 145).

Derribada en el polvo está mi alma; tú, según tu palabra, Señor, dame la vida (Sal. 118, 25).

Te expuse el estado de mis caminos y me atendiste: Amaéstrame en tus justísimas disposiciones (Sal. 118, 26).

Instrúyeme en el camino de tus mandamientos, y yo meditaré en tus maravillas (Sal. 118, 27).

Dame inteligencia y estudiaré atentamente tu ley, y la observaré con todo mi corazón (Sal. 118, 34).

11. ¡Dichosa el alma que es fiel a su oración!

Dichoso aquel que sea constante y fiel en hacer todos los días su rato de oración mental.

¡Dichoso el varón que es constante en la sabiduría y ejerce la misericordia, y considera en su mente a Dios que ve todas las cosas! (Ecle. 14, 22).

¡Dichoso el varón que no se deja influenciar por el consejo de los malvados, ni se detiene en el camino de los pecadores, ni se sienta en la cátedra pestilencial de los libertinos. Sino que tiene puesta toda su voluntad en la ley del Señor, y en ella

medita día y noche. Este será como árbol plantado junto a la corriente de las aguas, el cual dará su fruto en el debido tiempo, y cuya hoja no caerá *nunca*; y cuanto él hiciere tendrá próspero efecto! (Sal. 1, 1-3).

¡Bienaventurado el hombre a quien tú, Señor, habrás amaestrado e instruido en tu ley; para hacerle menos penosos los días aciagos, mientras tanto que al pecador se le abre la fosa *para una muerte eterna* (Sal. 93, 12-13).

Debemos meditar en las obras de Dios

Me propongo meditar tus mandamientos y contemplar tus caminos; quiero gozarme en tus preceptos y no olvidarme de tus palabras. Haz este favor a tu siervo y viviré guardando tus palabras. Quita, pues, el velo a mis ojos para que contemple las maravillas de tu ley (Sal. 119, 15-17).

Recuerdo los días antiguos y medito en todas tus obras; contemplo las maravillas de tus manos y extiendo hacia Ti las mías. Como tierra falta de agua, mi alma tiene sed de Ti; escúchame pronto, Señor, porque mi espíritu languidece (Sal. 142, 5-7).

Los hechos del Señor recuerdo todos: recuerdo tus antiguas maravillas. Todas tus obras son materia de mi meditación y reflexiono en tus grandezas (Sal. 76, 12, 13).

Mis ojos se adelantan a las vigilias de la noche para meditar en tus palabras; por tu misericordia, ¡oh Señor!, escucha mis ruegos y vivifícame según tus justificaciones (Sal. 119, 148-149).

CUALIDADES DE LA ORACION

a) Con humildad

Y dijo también esta parábola a unos que, presumiendo de justos, despreciaban a los demás:

"Dos hombres subieron al templo a orar; el uno era fariseo y el otro publicano.

El fariseo, puesto en pie, oraba interiormente: "Oh Dios, yo te doy gracias porque no soy como los demás hombres: ladrones, injustos, adúlteros; ni tampoco como este publicano. Ayuno dos veces por semana y pago los diezmos de todo lo que poseo!"

El publicano, por el contrario, puesto allá lejos, ni aun los ojos osaba levantar al cielo; sino que se daba golpes de pecho, diciendo: "¡Dios mío: ten misericordia de mí que soy un pecador!"

Os aseguro que éste volvió justificado a su casa; mas no el otro: porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla será ensalzado (Lc. 18, 9-14).

La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada (Ecle. 35, 21).

Cuando oréis, no seáis como los hipócritas, que gustan de orar de pie en las sinagogas y en los cantones de las plazas, para ser vistos de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Tú cuando ores, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre que ve en lo escondido, te recompensará (Mt. 6, 5-6).

b) **Con fe**

Le dice el padre: "Maestro, he traído a ti a un hijo mío, poseído de un espíritu que le hace quedar mudo... Muchas veces lo arroja en el agua y en el fuego a fin de acabar con él; pero si puedes algo, socórrenos compadecido de nosotros".

Jesús le dijo: "En cuanto a si puedo, todo es posible al que cree".

Entonces, el padre del muchacho, levantando la voz, contestó llorando: "Sí creo, Señor; pero ayuda tú mi poca fe..."

Jesús curó al muchacho y todos se maravillaban de las grandezas de Dios.

Luego en casa le preguntaron los discípulos: "¿Por qué motivo nosotros no lo podimos curar?" Jesús contestó: "Porque tenéis poca fe; pues Yo os aseguro que si tuvierais tanta fe como

un granito de mostaza, diríais a ese monte: "Trasládate de aquí allá, y se trasladaría, y nada os sería imposible" (Mt. 17; Mc. 9; Lc. 9).

Jesús les dijo: "Tened fe en Dios. En verdad, en verdad os digo que si alguno dijere a ese monte: Quítate de ahí y arrójate al mar, no vacilando en su corazón, sino creyendo que cuanto dijere se ha de hacer, así se hará. Por tanto, os aseguro que todas cuantas cosas pidierais en la oración, como tengais fe de conseguirlas, se os concederán (Mc. 11, 12-24).

Los discípulos, maravillados, se decían: ¡Cómo se ha secado la higuera al instante! Y, respondiendo Jesús, les dijo: "En verdad, en vèrdad os digo que si tenèis fe y no andáis vacilando, no solamente haréis esto de la higuera, sino que aun cuando digáis a ese monte: Arráncate y arrójate al mar, así se hará. Y todo cuanto pidáis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis (Mt. 21, 20-22).

Entonces los Apóstoles, le dijeron al Señor; "¡Auméntanos la fe!". Y el Señor les dijo: "Si tuviereis fe como un granito de mostaza, podríais decir a ese árbol "Arráncate de raíz y trasládate al mar, y os obedecerá" (Lc. 17, 5-6).

Si alguno tiene falta de sabiduría, pídasela a Dios, que a todos da copiosamente y no zahiere a nadie, y le será concedida.

Pero pídasela con fe, sin sombra de duda; pues quien anda dudando es semejante a la ola del mar alborotada y agitada del viento acá y allá.

Así que un hombre semejante no tiene que pensar que ha de recibir poco ni mucho del Señor (Sant. 1, 5-6).

Jesús la dijo: "¡Oh mujer, grande es tu fe! Hágase como quieres" (Mt. 15, 28).

c) **Con perseverancia**

Sed fervorosos de espíritu aplicándoos al servicio del Señor, alegres en la esperanza, pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración (Rm. 12, 11-12).

Estad siempre alegres: Orad sin cesar y dad gracias a Dios en todo, pues esto es los que Dios quiere de vosotros (1 Tes. 5, 17-18).

Quiero, pues, que los hombres oren en todo lugar, alzando al cielo puras las manos, sin ira y sin altercados (1 Tm. 2, 8).

Orad los unos por los otros para que seáis salvos, porque mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5, 15).

No os inquietéis por nada, sino que en todo momento, por medio de oraciones y plegarias, presentad a Dios vuestras peticiones acompañadas de acciones de gracias. Y entonces, la paz de Dios que sobrepuja todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús (1 Fil. 4, 6-7).

Movidos por el Espíritu, perseverad en todo tiempo en continuas oraciones y plegarias, velando para ello con todo empeño e intercediendo por todos los santos y también por mí (Efes. 6, 18-19).

Recomiendo, pues, ante todas las cosas, que se hagan súplicas, oraciones, rogativas y acciones de gracias por todos los hombres... Esto es bueno y agradable a Dios nuestro Salvador, el cual quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Tm. 2, 1-4).

Perseverad constantemente en la oración, velando en ella y acompañándola de acciones de gracias, rogando al mismo tiempo también por nosotros, para que Dios nos abra la puerta para la palabra, para poder anunciar el misterio de Cristo... (Col. 4, 2-3).

El fin de todo está cerca. Sed, pues, sensatos y sobrios para poder dedicaros a la oración (1 Ped. 4, 7).

Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer eviatar todos los males venideros, y podáis comparecer con confianza ante el Hijo del hombre (Lc. 21, 37).

Todos perseveraban unánimes en la oración, con algunas mujeres, con María la Madre de Jesús y con algunos hermanos (Hech. 1, 14).

Perseveraban en oír las enseñanzas de los Apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración (Hech. 2, 42).

Mientras que Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia incesantemente hacía oración a Dios por él... En casa de María Madre de Juan, por sobrenombre Marcos, muchos reunidos se hallaban en oración (Hech. 12, 5-12)

El juez malvado

Y les propuso una parábola para inculcarles que es necesario orar siempre y no desfallecer, diciendo:

En cierta ciudad había un juez que, ni temía a Dios, ni respetaba a los hombres.

Había también allí en la ciudad una viuda, la cual solía ir a él, diciendo: "Hazme justicia contra mi adversario".

Durante mucho tiempo no la hizo caso; pero después, se dijo: "Aunque yo no temo a Dios ni respeto a hombre alguno, sin embargo, para librarme de las molestias de esta viuda, le haré justicia, para que no siga molestándome continuamente".

Ved, añadió el Señor, lo que dijo aquel juez inicuo. Y Dios ¿no hará justicia a sus elegidos que claman a El día y noche, aun cuando los haga esperar?

Os aseguro que les hará justicia muy prontamente (Lc. 18, 1-8).

El amigo importuno

También les dijo: "Si alguno de vosotros tuviera un amigo y fuese a su casa a media noche y le dijese: Amigo, préstame tres panes; porque otro amigo mío acaba de llegar de viaje a mi casa, y no tengo nada que darle".

Aunque aquel desde dentro le responda: "No me molestes, la puerta está ya cerrada y mis hijos también acostados; no puedo levantarme a dártelos".

Si el otro porfía en llamar, Yo os aseguro que, aunque no se levante a dárselos por razón de su amistad, al menos por librarse de su impertinencia, se levantará y le dará lo que necesite (Lc. 11, 5-8).

d) **Eficacia de la oración**

Pedid, y se os dará; buscad, y hallaréis; llamad, y se os abrirá.

Porque todo el que pide, recibe; quien busca, halla; y a quien llama, se le abre.

Pues, ¿quién de vosotros es el que, si su hijo le pide pan, le da una piedra?

¿O si le pide un pez, le da una serpiente?

¿O si le pide un huevo, en vez del huevo le da un escorpión?

Pues si vosotros aun siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan? (Mt. 7, 7-11; Lc. 11, 5-13).

Aún más: Os digo en verdad que, si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os la otorgará mi Padre que está en los cielos (Mt. 18, 19).

Infalibilidad de la oración

En verda, en verdad os digo que quien cree en mí, ese hará también las obras que Yo hago, y aún mayores; porque me voy al Padre. Y cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, Yo lo haré, a fin de que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si algo pidiereis en mi nombre, Yo lo haré (Jn. 14, 12-14).

Si permanecéis en Mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisiereis y se os concederá (Jn. 15, 7).

En verdad, en verdad os digo que, cuanto pidiereis al Padre, El os lo dará en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre. Pedid y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo (Jn. 16, 23-24).

Y esta es la confianza que tenemos en El: que cualquier cosa que le pidamos conforme con su voluntad, nos la otorga (1 Jn. 5, 14).

Pues el que ni a su propio Hijo perdonó, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo después de habèrnosle dado a El, dejará de darnos cualquier otra cosa? (Rm. 8, 32).

Rico es el Señor para todos los que le invocan; porque todo el que invocare el nombre del Señor será salvo (Rm. 10, 12, 13).

Acerquémonos confiadamente al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y el auxilio de la gracia, para ser socorridos al tiempo oportuno (Heb. 4, 16).

El precepto de la oración

Es necesario orar siempre y no desmayar (Lc. 18, 1).

Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu es fuerte, pero la carne es débil (Mt. 26, 41-42).

Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá (Mt. 7, 7).

Estad, pues, alerta; velad y orad, ya que no sabéis cuando será el tiempo (Mc. 13, 33).

Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y poder comparecer con confianza ante el Hijo del hombre (Lc. 21, 36).

Hijo, ¿has pecado? No vuelvas a pecar más, antes bien, haz oración por la culpas pasadas a fin de que te sean perdonadas (Ecle. 21, 1).

Haz oración en la presencia del Señor, y apártate de las ocasiones de caer (Ecle. 17, 22).

Seas, pues, obediente al Señor y peséntale tus súplicas (Sal. 36, 7).

La mies verdaderamente es mucha; pero los obreros muy pocos. Rogad, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a su mies (Mt. 9, 37-38).

Nada te detenga de orar siempre (Ecle. 18, 22).

Ama a Dios toda tu vida e invócale para que te salve (Ecle. 13, 18).

Sé constante en lo que se te manda, y en la oración al Altísimo (Ecle. 17, 24).

Dios nos perdonará en la medida que nosotros perdonemos a los demás

Mas al poneros a orar, si tenéis algo contra alguno, perdonadlo primero, para que vuestro Padre que está en los cielos, os perdone a vosotros vuestros pecados. Pues si vosotros no perdonareis, tampoco vuesto Padre que está en los cielos, os perdonará vuestras ofensas (Mc. 11, 25-26).

Porque si vosotros perdonáis a otros sus faltas, también os perdonará a vosotros vuestro Padre celestial. Pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestros pecados (Mt. 6, 14-15).

No juzguéis y no seréis juzgados; porque con el mismo juicio con que juzgareis habéis de ser juzgados, y con la misma medida con que midiereis, seréis medidos vosotros (Mt. 7, 1-3).

Le llamó el señor y le dijo: "Mal siervo, yo te perdoné a ti toda la deuda porque me lo suplicaste. ¿No era, pues, justo que tú también tuvieses compasión de tu compañero como yo la tuve de ti?"

E irritado el señor le entregó en manos de los verdugos hasta que pagase toda la deuda.

Así, de esta manera se portará mi Padre celestial con vosotros si cada uno no perdonare de corazón a su hermano (Mt. 18, 32-35).

No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados (Lc. 6, 37).

Tratad a los hombres de la misma manera que quisiereis que ellos os tratasen a vosotros (Lc. 6, 31).

Vosotros, pues, como elegidos de Dios, santos y amados, revestíos de entrañas de misericordia, bondad, humildad, mansedumbre, longanimidad, soportándoos y perdonándoos mutuamente siempre que alguno diere a otro motivo de queja. Como el Señor os perdonó, así también perdonaos vosotros. Pero por encima de todo esto, revestíos de la caridad, que es vínculo de perfección (Col. 3, 12-14).

Dios será igual de generoso con nosotros como nosotros lo seamos con los demás

Y les decía: "Prestad atención a lo que os voy a decir: con la misma medida con que midiereis a los demás, se os medirá a vosotros y aun se os añadirá (Mc. 4, 24).

Dad y se os dará; *dad abundantemente,* y se os echará en el seno una medida buena, apretada, colmada, rebosante; porque con la misma medida con que midiereis a los demás se os medirá a vosotros (Lc. 6, 38).

Lo que os digo es: Que quien escasamente siembra, escasamente recogerá: y quien siembra a manos llenas, a manos llenas recogerá (2 Cor. 9, 6).

No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no lo apartará de ti... Es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen (Tob. 4, 7-11).

Bienaventurado el que piensa en el necesitado y el pobre; en el día malo Yavé le librará (Sal. 40, 1).

Quien largamente da, largamente recibirá (Prov. 11, 25).

Quien da al pobre, presta a Yavé, y El le dará su recompensa (Prov. 19, 17).

Quien cierra sus oídos al clamor del pobre, el también clamará y no será escuchado (Prov. 21, 13).

El que reparte con el pobre no sufrirá la pobreza; pero el que aparte de él los ojos, tendrá muchas maldiciones (Prov. 28, 27).

No apartes tus ojos del necesitado, ni le des ocasión de que te maldiga; pues si en la amargura de su alma te maldice, el Creador escuchará su oración (Ecle. 4, 5-6).

Vended vuestros bienes y dadlos en limosna; haceos bolsas que no se gastan, un tesoro inagotable en los cielos, donde no roba el ladrón ni destruye la polilla, porque donde tengas el tesoro, allí tendrás el corazón (Lc. 12, 33-34).

No nos cansemos de hacer el bien, que a su tiempo cosecharemos... Mientras tenemos tiempo, hagamos a todos bien (Gal. 6, 9-10).

Jesús nos enseña a orar con el ejemplo

Ya, al recibir el bautismo de Juan, "saliendo del agua y *puesto en oración,* se abrió el cielo y bajó sobre El el Espíritu Santo" (Lc. 3, 21-22).

Después, lleno del Espíritu Santo dejó el Jordán y, conducido por el Espíritu se fue al desierto donde permaneció cuarenta días *entregado a la oración* (Lc. 4, 1-2).

Con frecuencia se retiraba al monte para la oración:

Por la mañana, muy temprano, salió fuera a un lugar solitario y hacía allí oración. Pero Simón y los otros discípulos fueron a

buscarle, y habiéndole hallado, le dijeron: Todos te andan buscando (Mc. 1 35-37).

Y es que su fama se extendía cada día más, de manera que los pueblos acudían en tropel a El, para oírle y para ser curados de sus enfermedades; mas no por eso dejaba El de retirarse a la soledad y de hacer allí oración (Lc. 11, 15-16).

En cierta ocasión el Señor obligó a sus discípulos a subir a la barca y a irse a la otra orilla, mientras El despedía a las muchedumbres. Una vez que los despidió, subió a un monte apartado para orar, y, llegada la noche, El permanecía allí solo (Mt. 14, 22-23; Mc. 6, 46).

Otra noche, se retiró a orar en el monte, y se pasó toda la noche haciendo oración a Dios (Lc. 6, 12).

Cuando la transfiguración, tomó consigo a Pedro, a Santiago y a Juan y subió a un monte a orar (Lc. 6, 28).

Y sucedió un día que, habiéndose retirado a hacer oración, teniendo consigo a sus discípulos, les pregunta: ¿Quién dicen las gentes que soy Yo? (Lc. 9, 18).

Salió, pues, y se fue según costumbre, hacia el monte de los Olivos. Asimismo le siguieron sus discípulos, y al llegar, les dijo: orad para que no caigáis en la tentación. Y, apartándose de ellos como la distancia de un tiro de piedra, puesto de rodillas, hacía allí oración (Lc. 22, 39-41).

Un día, estando Jesús orando en cierto lugar, acabada la oración, le dice uno de sus discípulos: "Señor, enséñanos a orar como enseñó también Juan a sus discípulos" (Lc. 11, 1).

Modelo de oración

Y Jesús les respondió: Cuando os pongáis a orar, oraréis así:

Padre nuestro que estás en el cielo,
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.

Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,

como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación,
y líbranos del mal.

Porque si perdonáis a otros sus faltas, también a vosotros os las perdonará vuestro Padre.

Pero si vosotros no perdonais a los hombres, tampoco vuestro Padre os perdonará vuestras faltas (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 2-4).

La oración en secreto

Cuando oráis no debéis ser como los hipócritas, que de propósito se ponen a orar de pie en las sinagogas y en las esquinas de las calles, para que los vean los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

Tú, al contrario cuando vayas a orar, entra en tu habitación y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu padre que ve en lo secreto, te recompensará.

En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de pedírselo (Mt. 6, 5-8).

La oración en público

Y Jesús los instruía, diciendo: ¿Por ventura no está escrito: "Mi casa será llamada casa de oración por todas las gentes?" (Mc. 11, 17).

Si dos de vosotros se unieren entre sí sobre la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, le será concedido por mi Padre que está en los cielos. Porque donde dos o tres se hallen congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos (Mt. 18; Mc. 11).

Velad y orad

Estad, pues, alerta; velad y orad ya que no sabéis cuando será el tiempo.

A la manera que un hombre, que saliendo a un viaje largo, dejó su casa y señaló a cada uno de sus criados lo que debía hacer, y mandó al portero que velase.

Velad, pues, porque no sabéis cuando vendrá el dueño de la casa; si a la tarde, a la media noche, al canto del gallo o al amanecer. No sea que viniendo de repente, os encuentre dormidos. En fin, lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad (Mc. 13, 33-37).

Velad, pues, orando en todo tiempo, a fin de merecer el evitar todos estos males venideros y comparecer con confianza ante el Hijo del hombre (Lc. 21, 36).

La oración del Huerto

Acabada la cena, salió Jesús con los discípulos, según costumbre, hasta el huerto de los Olivos para orar.

Entonces llegó Jesús con los discípulos al huerto de Getsemaní, y, en llegando al lugar, les dijo: "Orad para no entrar en tentación". Quedaos aquí mientras Yo me voy a orar allí... Y llevándose consigo a Pedro, Santiago y Juan, comenzó a atemorizarse y angustiarse.

Y les dijo:"¡Mi alma siente una tristeza mortal! Quedaos aquí y velad". Y apartándose de ellos la distancia de un tiro de piedra, se puso de rodillas y oraba, diciendo: "¡Padre, si quieres aparta de mí este cáliz; pero no se haga lo que Yo quiero, sino lo que quieras tú...!

Y decía: "¡Abba!", Padre: Todas las cosas te son posibles. Aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya; no como Yo quiero, sino como tú quieres".

Volviendo donde los discípulos, los encuentra, y dice a Pedro: "¿De modo que no habéis podido velar conmigo una hora? Velad y orad para que no entréis en tentación. El espíritu es fuerte, pero la carne es débil".

De nuevo por segunda vez se alejó y oró, diciendo: "¡Padre mío, si esto no puede pasar sin que Yo lo beba, que se haga tu voluntad".

Y volviendo de nuevo los encontró durmiendo, porque sus ojos estaban cargados de sueño.

Dejándolos, se alejó de nuevo, y oró por tercera vez, diciendo nuevamente las mismas palabras. Y entrando en agonía, oraba con mayor intensidad, y un sudor de gotas de sangre le goteaban hasta el suelo... (Mt. 26, 30-46; Mc. 14, 26-42; Lc. 22, 39-46; Jn. 18, 1-26).

Ofreciendo plegarias y súplicas, con gran clamor y lágrimas a Aquel que podía salvarle de la muerte, fue oído, en virtud de su piedad filial (Heb. 5, 7).

El Espíritu Santo ora con nosotros

Y asimismo, también el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, porque nosotros no sabemos lo que hemos de pedir como conviene; pero el Espíritu está intercediendo El mismo por nosotros con gemidos inenarrables; mas Aquel que escudriña los corazones, sabe cuál es el sentir del Espíritu, porque éste intercede por los santos conforme con la voluntad de Dios (Rm. 8, 26-27).

Jesús defiende la contemplación de María

Yendo de camino entró en una aldea, y una mujer de nombre Marta, le recibió en su casa.

Tenía ésta una hermana llamada María, que, sentada a los pies del Señor, escuchaba su palabra.

Marta andaba afanada en los muchos quehaceres del servicio, y acercándose al Señor, le dijo: "¡Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola el servicio? Dile, pues, que me ayude".

Respondió el Señor y le dijo: "¡Marta, Marta!: tú te afanas e inquietas por muchas cosas, y una sóla es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y no le será quitada" (Lc. 10, 38-42).

Oraciones a Jesús en el Evangelio

Oración de la Virgen en las bodas de Caná: "No tienen vino" (Jn. 2, 3).

Oración de la samaritana: "Señor, dame de esa agua para que no tenga más sed ni tenga que venir aquí a sacarla" (Jn. 4, 15).

Oración del leproso: Se le acercó un leproso, y postrándose a sus pies, le suplicaba diciendo: "¡Señor, si Tú quieres puedes limpiarme!" El, tendiendo la mano, lo tocó y dijo: "Quiero, queda limpio", y al punto fue curado. (Mt. 8, 2-3; Mc. 1, 40-41; Lc. 5, 12-13).

Oración del Centurión: Al entrar en Cafarnaún le salió al encuentro un centurión y le rogaba, diciendo: "Señor, mi criado está en casa, postrado, paralítico, y sufre terriblemente".

Le dice Jesús: "Yo iré y le curaré". Pero el centurión replicó diciendo: "Señor, yo no soy digno de que entres bajo mi techo; pero mándalo con tu palabra, y mi criado quedará curado. Porque también yo, que soy un subordinado, tengo soldados a mis órdenes, y digo a uno "Ve" y él va; y a otro: "Ven" y viene; y a mi criado: "Haz esto", y lo hace".

Jesús, admirado, dijo a los que le seguían: "En verdad os digo que ni en Israel he hallado tanta fe". (Mt. 8, 5-13; Lc. 7, 2-10).

Oración de los Apóstoles en el mar: Se había levantado una tempestad tan fuerte que las olas cubrían la barca, mientras Jesús dormía en popa sobre un cabezal, y acercándose a El sus discípulos le despertaron, diciendo: "¡Señor, sálvanos que perecemos!" (Mt. 8, 24, 25; Mc. 4, 35; Lc. 8, 22).

Oración de dos ciegos: Le seguían gritando: "hijo de David, ten compasión de nosotros". Al llegar a casa Jesús les dijo: "¿Creéis que puedo hacer lo que me pedís?" Le contestaron: "Sí, Señor". Entonces Jesús, tocándoles los ojos les dijo: "Hágase como creéis". Y se les abrieron los ojos (Mt. 9, 27-29).

Oración del padre del lunático: Un hombre se acercó y arrodillándose delante de El, le suplicaba, diciendo: "¡Maestro, te ruego mires a mi hijo porque es el único que tengo, y tiene un espíritu que apoderándose de él de repente se pone a dar alaridos, y tirándole por tierra le hace echar espumarajos y rechina los dientes... Muchas veces lo arroja al agua y al fuego para acabar con él; pero si puedes algo, compadécete de nosotros.

Jesús le dijo: "Que si puedo, todo es posible al que cree".

Entonces el padre, llorando, dijo: "¡Creo, pero socorre mi falta de fe!"... Jesús, curando al niño, se lo devolvió a su padre (Mt. 17, 14-21; Mc. 9, 14-28; Lc. 9, 37-43).

Oración de las hermanas de Lázaro: "¡Señor, el que amas está enfermo!" (Jn. 11, 3).

Oración de diez leprosos: Acercándose a cierta distancia, le gritaron: "¡Jesús, Maestro, ten compasión de nosotros!" Al verlos les dijo El: "Id a presentaros a los sacerdotes" Y mientras iban quedaron limpios (Lc. 17, 13-14).

Oración de Bartimeo: Cuando se acercaban a Jericó, un ciego que estaba pidiendo limosna junto al camino, oyendo que pasaba mucha gente, preguntó quiénes eran, y le dijeron que se acercaba Jesús el Nazareno.

Al enterarse, empezó a gritar, diciendo: "¡Jesús, Hijo de David, apiádate de mí!

Los que iban delante lo reprendían para que se callase, pero él gritaba cada vez más fuerte: "¡Hijo de David, apiádate de mí!

Jesús se detuvo y ordenó que se lo trajesen; y cuando estaba cerca le preguntó: "¿Qué quieres que te haga?". El contestó: "¡Señor, haz que yo vea!"

Jesús le dijo: "Ve, que tu fe te ha curado" (Mc. 10, 46-52; Lc. 18, 35-43).

Oración del buen ladrón: Le decía: "¡Jesús, acuérdate de mí cuando llegues a tu reino!".

El le contestó: "En verdad te digo: Hoy estarás conmigo en el paraíso" (Lc. 23, 42-43).

Oración de los discípulos de Emaus: "Quédate con nosotros, porque es tarde y el día ya ha declinado" (Lc. 24, 29).

Oración de Tomás: "¡Señor mío y Dios mío!" (Jn. 20, 28).

La oración de los Apóstoles

Los doce (Apóstoles), convocando la asamblea de los discípulos, dijeron: "No es justo que nosotros descuidemos la palabra de Dios para atender a las mesas. Por tanto, elegid, pues, de entre vosotros a siete varones de buena fama, llenos de espíritu y de sabiduría, a los cuales entreguemos este cargo. Y con esto

podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra" (Hech. 6, 3-4).

La oración de los primeros cristianos

Y luego que entraron, subieron al cenáculo, donde tenían su morada: Pedro, Juan, Santiago y Andrés, Felipe y Tomás, Bartolomé y Mateo, Santiago de Alfeo, Simón de Zelote y Judas de Santiago. Y todos ellos perseveraban unánimes en la oración, con las mujeres y con María la madre de Jesús (Hech. 1, 13-14).

Mientras que Pedro estaba en la cárcel, la Iglesia incesantemente hacía oración a Dios por él (Hech. 12, 5). En casa de María madre de Juan, por sobrenombre Marcos, muchos reunidos se hallaban en oración (Hech. 12, 12).

Los que aceptaron su doctrina, fueron bautizados, y en aquel día se agregaron a la Iglesia cerca de tres mil personas. Todos ellos perseveraban en las enseñanzas de los Apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan (o eucaristía), y en la oración (Hech. 2, 41-42).

Los *Hechos* nos dan un resumen de las vidas de Pedro y Pablo, a los cuales vemos con frecuencia en oración:

Subían un día Pedro y Juan al templo, a la oración de la hora nona (Hech. 3, 1).

Subió Pedro a lo alto de la casa a la terraza, cerca de la hora sexta, a hacer oración (Hech. 10,9). A eso de media noche (en la cárcel) Pablo y Silas en oración cantaban himnos al Señor (Hech. 16, 25).

"En todo os he dado ejemplo —les dice Pablo— de como hay que trabajar para sostener a los débiles, acordándonos de las palabras del Señor Jesús que dijo: "Más dichoso es dar que recibir". Dicho esto, se puso de rodillas e hizo oración con todos ellos (Hech. 20, 35-36).

Y dijo Pedro... Estando yo en la ciudad de Joppe en oración, cuando tuve en éxtasis una visión... (Hech. 21, 5).

Sucedió entonces que yendo nosotros a la oración, nos salió al encuentro una muchacha poseída de un espíritu pitónico... (Hech. 16, 16).

Son muchos los textos en que podemos ver a los Apóstoles en oración, y aun quizá son más los casos en los que ofrecen o solicitan continuas oraciones:

No ceso de dar gracias a Dios por vosotros, teniéndoos presentes en mis oraciones (Ef. 1, 16).

Sin cesar damos gracias a Dios por todos vosotros, haciendo continuamente memoria vuestra en nuestras oraciones (1 Tes. 1, 2).

Sin cesar hago memoria de ti en mis oraciones noche y día (2 Tm. 1, 3).

Doy gracias a Dios, acordándome de ti en mis oraciones (Fl. 4).

En esta esperanza oramos también sin cesar por vosotros, para que nuestro Dios os haga dignos del estado al que os ha llamado, y con su poder lleve a buen término toda aspiración al bien y toda obra de fe (2 Tes. 1, 11).

Yo doy gracias a Dios cada vez que me acuerdo de vosotros, rogando siempre con gozo por vosotros en todas mis oraciones (Fil. 1, 4).

Estoy pidiendo siempre en mis oraciones que, si es su voluntad, me obra finalmente el camino favorable para ir a veros (Rm. 1, 10).

Entre tanto, hermanos, os suplico por nuestro Señor Jesucristo y por la caridad del Espíritu Santo, que me ayudéis con las oraciones que hagáis a Dios por mí (Rm. 15, 30).

Espero que por vuestras oraciones os he de ser restituido (Fl. 22).

Confiamos que (Dios) nos librará de los peligros, ayudándonos vosotros también con vuestras oraciones, a fin de que muchos den gracias (a Dios) del beneficio que gozamos para bien de muchas personas (2 Cor. 1, 10-11).

Entretanto, hermanos, orad por nosotros, para que la palabra del Señor corra y sea glorificada como lo es entre vosotros (2 Tes. 3, 1).

Comentario sobre la infalibilidad de la oración

Nuestro Señor Jesucristo ha sido categórico y rotundo en sus afirmaciones:

Pedid, y se os dará; Buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; quien busca, encuentra, y al que llama, se le abre (Mt. 7, 7; Lc. 11, 9-19).

Las palabras del Señor no pueden ser más claras y precisas; la promesa es rotunda y concluyente, donde no caben ambigüedades, equívocos, ni existen palabras de doble sentido. Si Cristo dice que *"todo el que pide, recibe"* así tiene que ser, y no puede haber posibilidad de que sea de otra manera.

Ahora bien: nosotros estamos cansados de pedir a Dios cosas que no nos concede. ¿Cómo, pues, podremos compaginar la indudable infalibilidad de las promesas de Jesucristo con nuestra experiencia? ¿Cómo podremos creer con firmeza que Dios da siempre al que le pide, cuando sabemos por experiencia que por más que roguemos nunca obtenemos nada?

He aquí cómo responde a este problema el Santo Pontífice Pío XII: "Dios, ni miente, ni puede mentir; lo que ha prometido, lo mantendrá; lo que ha dicho lo hará. Elevad la mente, queridos hijos e hijas, y escuchad lo que enseña el gran doctor Santo Tomás de Aquino cuando explica por qué las oraciones no son siempre acogidas por Dios como nosotros deseamos: "Dios oye los deseos de la criatura racional en cuanto desea el bien. Pero ocurre acaso que lo que se pide no es un bien verdadero, sino aparente, y hasta puede ser un verdadero mal. Por eso tal oración no puede ser oída de Dios (en su sentido literal), porque está escrito: *"Pedís y no recibís porque pedís mal"* (Sat. 4, 3).

Vosotros buscáis y pedís un bien, tal como os lo parece a vosotros; pero Dios ve mucho más allá y os da ciertamente lo que deseáis, que casi nunca es lo que imagináis" (24-641).

¿Qué quiere decir eso de que Dios os da siempre lo que deseais, y que no es lo que imaginais?

Esto quiere decir que Dios, cuando oramos, nos da siempre un bien. Un bien que casi nunca es el que pedimos, sino el que realmente pidiéramos si supiéramos lo que nos conviene como lo sabe Dios.

Si nosotros cuando oramos dijéramos a Dios: "Señor, tú que sabes lo que necesito, socórreme según mis necesidades; Tú que sabes lo que me conviene, compadécete de mí y ayúdame". En

este caso Dios siempre nos daría lo que le pedimos. Pero si le pedimos cosas concretas, que a nosotros nos parecen buenas y quizá no nos conviene, Dios, en vez de darnos lo que le pedimos, como buen Padre, nos da lo que más nos conviene, que es precisament lo que implícitamente le estamos pidiendo.

Consideremos que nuestra oración tiene dos significados: uno es lo que explícitamente pedimos, y otro es lo que implícitamente deseamos. Explícitamente pedimos lo que a nuestro entender nos parece mejor; pero implícitamente deseamos lo que realmente nos sea mejor; y esto segundo es lo que Dios nos concede.

Recordemos algunas de las promesas más explícitas y rotundas en favor de la oración:

Invocadme y recurrir a mí; suplicadme y os escucharé; me buscaréis y me hallaréis. Pues si me buscareis de corazón, me dejaré encontrar de vosotros (Jr. 29, 12-14).

Invócame en el día de la tribulación y Yo te libraré (Sal. 49, 15).

Todo cuanto pidiereis en la oración, creed que lo recibiréis, y se os dará (Mc. 11, 24).

Cualquier cosa que pidais en mi nombre Yo lo haré (Jn. 14, 14).

Hasta ahora no habeis pedido nada en mi nombre; pedid y recibireis, para que vuestro gozo sea cumplido (Jn. 16, 24).

En verdad, en verdad os digo: Cuanto pidiéreis al Padre, os lo dará en mi nombre (Jn. 16, 23).

Comentando este último versículo algunos autores como San Agustín, nos aseguran que, la repetición de esta palabra: *"en verdad, en verdad"*, no es ya una simple promesa, sino un verdadero juramento en favor de la oración.

Por tanto, aquí podríamos insinuar aquel texto de San Pablo:

"Por lo cual, queriendo Dios mostrar solemnemente a los herederos de las promesas, la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento, a fin de que por dos cosas inmutables, en lo que es imposible que Dios mienta, tengamos firme consuelo los que nos hemos refugiado en aferrarnos en la propuesta esperanza (Heb. 6, 17-18).

Jesucristo se molestó mucho contra los que no le creían, y les dijo:

"¿Por qué no entendéis mi lenguaje? Porque no podéis sufrir mi palabra.

Vosotros sois hijos del diablo, y queréis cumplir los deseos de vuestro padre. El fue homicida desde el principio, y no permaneció en la verdad, porque la verdad no estaba en él. Cuando dice mentiras, habla de lo propio, porque él es mentiroso y padre de la mentira...

Pero a Mí, que os digo la verdad, ¿no me creéis? ¿Quién de vosotros podrá acusarme de pecado? Pues entonces, si os digo la verdad ¿por qué no me creéis?

Y concluyó diciendo: "El que es de Dios, escucha las palabras de Dios; por eso no me escucháis, porque no sois de Dios". (Jn. 8, 43-47).

Por eso decía Bosuet: "Después de afirmaciones tan rotundas, dudar del éxito de la oración, ¿no es tratar de embustero al mismo Jesucristo?

Confiemos, pues. plenamente en Dios y, llenos de júbilo, digamos con el Profeta:

Pronto está el Señor para todos los que le invocan; para cuantos le invocan de veras. Condescenderá con la voluntad de los que le temen, oirá benigno sus peticiones y los salvará (Sal. 144, 18-19).

Antes que clamen ya los oirá; estarán aún con la palabra en la boca y les otorgará su petición (Is. 65, 24).

En cuanto invoques su auxilio, El se compadecerá de ti; al momento que oyere la voz de tu clamor, te responderá benigno (Is. 30, 19).

El Señor tiene puestos sus ojos sobre los justos, y atentos sus oídos a las oraciones que le hacen (Sal. 34, 15).

Ninguno jamás esperó en el Señor y quedó defraudado. ¿Quién jamás le invocó que haya sido despreciado? (Ecle. 2, 11-12).

PARTE II

LA ORACION EN EL MAGISTERIO DE LA IGLESIA

1. Ya desde los primeros siglos la Iglesia ejerció su magisterio contra los errores y herejías en relación con la oración. A fines del siglo IV y principios del V se alzaron los errores de los pelagianos, para quienes en su sistema ya no era necesaria ni útil la oración, puesto que todo dependía de nuestro mérito personal (1). Y contemporáneamente, los errores de los euquitas o mesalianos, para quienes la "fervorosa y continua oración" podía más que los mismos sacramentos (2). La Iglesia defendió pronto el justo medio, enseñando en el Concilio Arausicano II que la misma gracia hace que nosotros la invoquemos, "ipsam gratiam facere ut invocetur a nobis" y declarando la necesidad de la oración "para poder alcanzar nuestro fin y perdurar en las buenas obras" (3). Y contra los euquitas, después de varias condenas particulares, el Concilio de Efeso, en 431, ratificó la carta sinódica de Constantinopla, en la que se daba un elenco de todos sus errores (4). De este modo se establecía la necesidad de la gracia en general para la oración, y se la concretaba como *un medio útil y necesario para nuestra salvación.* Implícitamente se trataba, como es claro, de la oración de petición.

2. El sentido de petición se encuentra también en la regla de San Benito, en el siglo VI: "Cualquier obra buena que

comiences, pide con insistente oración que El la lleve a término... Y en lo que falte a las posibilidades de nuestra naturaleza, pidamos al Señor que nos dé el auxilio de su gracia" (5). En este sentido la oración es un "instrumento de las buenas obras".

3. En el siglo XIII rebrota nuevamente el pelagianismo y eutiquismo en los Hermanos del Libre Espíritu. En el compendio de las noventa y siete proposiciones condenadas (6) se trata de la oración como medio de nuestra santificación y de elevación de nuestra mente a Dios (7), y como petición (8). En esta misma línea condenó el Concilio de Viena los errores de los beguardos (9); y la Inquisición de Espira, los errores de Bertoldo y Rorbach (10).

4. La Constitución *In agro dominico*, de 1329, contra Eckart, condena como herética la afirmación de que no podemos pedir cosas determinadas (11). En la misma Constitución se avala también la oración de petición en general: "He pensado si quiero o deseo recibir algo de Dios. Y quiero deliberar bien sobre ello, porque si yo recibiera algo de Dios, estaría debajo de El y sería inferior, como un criado o esclavo; y El sería como señor y dueño en dármelo; y así no ocurrirá en la vida eterna" (proposición condenada como *herética*) (12).

A fines del siglo XIV y principios del XV hallamos enseñanzas que avalan no poco la oración de petición. Un Concilio Londinense condenó como conclusión herética la proposición de Wiclef de que las oraciones especiales aplicadas por una persona no le aprovechan más que las oraciones generales. Condenación reiterada luego por Martín V en el Concilio de Constanza contra el mismo Wiclef y contra Hus (13).

5. Es importante el lugar que asigna el Concilio Tridentino a la oración en el decreto sobre la justificación: "Al hombre justificado le es posible la observancia de los mandamientos, pues Dios no manda imposibles, sino que mandando nos amonesta a que hagamos todo cuanto podemos y a que pidamos lo que no podemos, y nos ayuda para que podamos" (14). Donde claramente se trata de la oración de petición.

El mismo Concilio, al tratar sobre el sacrificio de la misa, defiende el uso de todas aquellas cosas exteriores ("adminicula

exteriora") que la Iglesia emplea, como son los ritos y ceremonias, muchos de ellos de tradición apostólica, "para que *las mentes* de los fieles por estos signos sensibles de religión y piedad *sean excitadas a la contemplación* de los altísimos misterios que se encierran en aquel sacrificio" (15). Donde se hace clara referencia a la elevación de la mente a Dios.

En la misma línea del decreto sobre la justificación define solemnemente el Concilio que los que han hecho voto solemne de castidad no pueden contraer válidamente matrimonio, escudándose en que no sienten tener este don, "puesto que Dios no lo niega a quienes se lo piden razonablemente..."(16).

En el decreto sobre el purgatorio se recalca que la Iglesia católica, instruida por el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura y en la antigua Tradición de los Padres, ha enseñado solemnemente que las almas del purgatorio son ayudadas por los sufragios de los fieles (17). Se alude especialmente a los Concilios II de Lyón y Florentino (18).

Años más tarde, el *Catecismo* compuesto para los párrocos según el decreto del Concilio Tridentino, haciéndose eco de la doctrina de éste, al hablarnos de la oración trata especialmente de la oración de petición (19), que define también como "un quasicoloquio con Dios" (20), y como "reconocimiento de Dios como Autor de todos nuestros bienes" (21). Y al tratar de las partes de la oración tradicionalmente vistas en la Epístola a Timoteo, el *Catecismo* se afianza solamente en la petición y acción de gracias, que llama "partes principales de la oración... de las que como de su cabeza nacen las demás" (22). Recogiendo estas doctrinas, el *Catecismo católico* compuesto por el cardenal Gasparri en tiempo de San Pío X definirá explícitamente la oración como:

"Pía elevación de la mente a Dios para adorarle, darle gracias por los beneficios recibidos, para impetrar el perdón de los pecados y pedirle las demás cosas necesarias o útiles para nosotros y los demás" (23).

6. Retrocediendo nuevamente al siglo XIV, la inquisición de Espira había defendido la oración vocal (24): lo mismo hacían en el siglo XVI varios Concilios particulares contra

Lutero (25). Y en 1578 la Inquisición española condenaba contra los iluminados el que la oración mental sea de precepto divino y que la oración vocal no tenga importancia alguna (26). La distinción entre oración mental y oración vocal se iba acentuando y la Iglesia rechazaba la distinción como esencial.

7. Las exageraciones de los iluminados sobre la oración mental tienen importancia histórica por su extensión y duración y por ser preludio del mismo quietismo. Con la oración ya no debían trabajar, ni estaban ya sujetos a obediencia (27). Ni el ayuno era necesario, pues con la oración de simple *presencia de Dios* bastaba para todo y hasta quedaban libres de las obligaciones de su propio estado (28). Casi idénticas doctrinas defendían los pelagianos de Lombardía, para quienes eran poco menos que impecables los que se daban a la oración mental. Para Ricaldino Ricaldini —renovador de los errores euquitianos— la oración mental era un don mayor que la Redención y que la institución de la Santísima Eucaristía (29). La concepción de la oración de estos quietistas la caracterizaba muy bien el cardenal Caraccioli en carta al Papa Inocencio XI, como oración "pasiva" en la cual no debía haber nada de oración vocal, ni de meditación ni ideas algunas, para abrir la puerta a la luz del influjo divino (30). Después de no poca lucha y de varias intervencioanes de la Iglesia, Inocencio XI, en la Bula *Caelestis Pastor,* condenó la "prava dogmata" de Miguel Molinos, entre los cuales era capital el que "la actividad natural es enemiga de la gracia y que impide la acción de Dios y la verdadera perfección, porque Dios quiere actuar en nosotros sin nosotros" (31).

La definición de la oración como *oración mental pura,* "pasiva", era rechazada definitivamente por la Iglesia. Y, consecuentemente, en la misma Constitución se defendía la oración de petición y se condenaba el que fuera un acto imperfecto de voluntad propia (32) el que las almas interiores no sólo no deben pedir nada determinado, sino que tampoco deben dar gracias de nada (33).

A mayor abundamiento: En la proposición 20 de aquella Constitución se condena la tesis quietista de que la oración o meditación es siempre un impedimento para la acción de Dios,

en el alma, con lo que se afirma, consiguientemente, la utilidad de la misma (34). En la proposición 21 se condena la identificación de la oración con el nihilismo o descanso absoluto de la actividad de nuestras potencias (35) y la identificación de la oración con la "resignación" quietista (36). En la proposición 32 se vuelve nuevamente contra la pasividad sistemática del quietismo: antes y después de la comunión, incluso por las almas de vida interior, se requiere algo más que la *resignación pasiva:* deben ejercitar los actos de las virtudes y entre ellos los de *petición y acción de gracias* (37). La oración vocal, por fin, no es impedimento, sino un medio conveniente para que Dios actúe en el alma (38).

8. Siglo XVIII. La Constitución dogmática *Unigenitus* contra Pascasio Quesnel condena como falsas, capciosas, malsonantes y, en fin, heréticas, entre otras, las siguientes proposiciones: "En vano llamamos a Dios Padre, si el espíritu de caridad no es el que clama en nosotros. —No hay Dios ni religión donde no hay caridad. —La oración del impío es un nuevo pecado; y lo que Dios le concede es una condenación más" (39). Se trata, por tanto, de la oración de petición.

9. En nuestros días ya, el Papa San Pío X, en su exhortación al Clero católico, desarrolla los principios fundamentales del Concilio de Trento sobre el lugar de la oración en la justificación: "Puesto que la vida de santidad es también fruto de nuestra voluntad, en cuanto ésta es fortalecida por Dios con el *auxilio de la gracia,* Dios mismo ha provisto abundantemente para que, si queremos, nunca nos falte la acción de gracia; y ello se obtiene con la continua oración. Sí, entre la oración y santificación hay una conexión tal que en manera alguna puede hallarse la una sin la otra" (40). La oración es, pues, un medio dispuesto por Dios para obtener el auxilio de la gracia. Son todos ellos preceptos de la oración de petición, como se colige del sentido unitario del contexto.

10. Inocencio XI, en la Constitución apostólica *Sacrosancti apostolatus,* de 1684, había ya dispuesto que se hiciese media hora de meditación en los seminarios del Instituto de Clérigos seculares de vida común (41). En tiempo de Pío IX se preocuparon

también en este sentido algunos prelados de Italia; y, finalmente, en la Constitución apostólica de erección del Colegio Francés en Roma disponía el Pontífice: "los alumnos, al principio de la mañana, implorando la ayuda del Espíritu Santo, después de las oraciones prescritas, hagan media hora de *meditación* diligente y profunda sobre las verdades divinas y, especialmente, sobre las virtudes y deberes sacerdotales, para que sus mentes, iluminadas en la meditación con la luz divina y alimentado su espíritu con este divino alimento, durante todo el día se nutra y enriquezca" (42).

Al promulgarse en 1917 el Código de Derecho canónico y al mandar a los ordinarios del lugar y a los superiores religiosos que procuren que los religiosos, clérigos y seminaristas hagan diariamente oración mental (43), resulta evidente que se refiere a la meditación, tal como se hacía ya en algunos seminarios, y como se practicaba también en los ya extendidos "ejercicios espirituales" (44).

El actual Código de Derecho Canónico, promulgado por el Papa Juan Pablo II el 25 de enero de 1983, repite lo mismo en el canon 663:

— 1. La contemplación de las cosas divinas y la unión asidua con Dios en la oración debe ser el primer y principal deber de todos los religiosos.

— 2. En la medida de lo posible, los miembros participarán cada día en el Sacrificio Eucarístico, recibirán el Cuerpo Santísimo de Cristo y adorarán al Señor presente en el Sacramento.

— 3. Dedicarán tiempo a la lectura de la Sagrada Escritura y a la oración mental, celebrarán dignamente la liturgia de las Horas según las prescripciones del derecho propio, quedando en pie para los clérigos la obligación de la que trata el can. 276, 2 n. 3, y realizarán otros ejercicios de piedad.

— 4. Tributarán un culto especial, también mediante el rezo del Santo Rosario, a la Virgen Madre de Dios, modelo y amparo de toda vida consagrada.

— 5. Observarán fielmente los tiempos anuales de retiro espiritual.

Y en el canon 279, 5 se insiste: "Se les insta a que hagan todos los días oración mental, accedan frecuentemente al sacramento de la penitencia, tengan peculiar veneración a la Virgen Madre de Dios y practiquen otros medios de santificación tanto comunes como particulares".

En el canon 909 se dice: "No deje el sacerdote de prepararse debidamente con la oración para celebrar el Sacrificio Eucarístico, y dar gracias a Dios al terminar".

Y el canon 937 se ordena: "La iglesia en la que está reservada la Santísima Eucaristía debe quedar abierta a los fieles, por lo menos algunas horas al día, a no ser que obste una razón grave, para que puedan hacer oración ante el Santísimo Sacramento".

11. Pío XI, en la Encíclica *Ad Catholici Sacerdotti,* declara que el sacerdote "continúa el oficio de Jesucristo, que pasaba las noches orando a Dios (Luc., 6, 12), siempre vivo para interceder por nosotros (Hebr., 7, 25), teniendo, por tanto, el *oficio público de interceder a Dios por todos.* Y así, le está encomendado ofrecer a la Divinidad, en nombre de la Iglesia, no sólo el propio y verdadero sacrificio del altar, sino también el sacrificio de la alabanza (Ps., 49, 14) y las oraciones comunes... desempeñando cotidianamente su oficio de adorar a Dios, y llevando a cabo el de orar por los hombres" (45). Donde la oración queda caracterizada como *sacrificio de alabanza que adora a Dios, y que intercede también por los hombres.* Es quizá la primera vez en que aparece explícitamente lo que hoy llamamos oración de alabanza.

12. Pío XII, en la Encíclica *Mediator Dei,* define la *plegaria litúrgica* como "publica Jesu Christi Sponsae *supplicatio*" (46) y como el "culto público que nuestro Redentor, Cabeza de la Iglesia, ofrece al Padre celestial; y que la sociedad de los fieles cristianos rinde a su Fundador y por El al Eterno Padre: en una palabra... el *culto público íntegro del Cuerpo Místico de Jesucristo,* a saber, de la Cabeza y sus miembros" (47).

Al distinguir los cuatro fines del sacrificio del calvario y del sacrificio eucarístico, a saber, latréutico, eucarístico, expiatorio e impetratorio, los distingue también en la misma oración: "... De la cruz la inmolación de su sangre sube al cielo en olor de suavidad. Y para que este himno nunca se interrumpa, en el sacrificio

eucarístico se unen los miembros con su divina Cabeza, y con El, junto con los ángeles y arcángeles, entonan inmortales *alabanzas,* ofreciendo al Padre Omnipotente todo *honor y gloria*" (48). "El segundo fin... es dar a Dios las gracias debidas... Y, en tercer lugar, el fin de *expiar, aplacar, reconciliar.* Nadie ciertamente más que Cristo podía satisfacer a Dios onmipotente por los pecados del género humano... Y en cuarto lugar tenemos el fin de *impetración...*" (49).

Con ello el magisterio de la Iglesia asigna su lugar a la alabanza, como comprobamos también en la doctrina de la Encíclica *Mentis Nostrae:* La oración del sacerdote, "en cuanto hecha en nombre de Cristo, esto es, *por Nuestro Señor Jesucristo,* que es nuestro conciliador con el Padre y que le ofrece perpetuamente su satisfacción, sus méritos y el valor de su preciosísima sangre, tiene una eficacia especial. Pues es *voz de Cristo* que ora en nosotros como sacerdote nuestro, que ora en nosotros como nuestra Cabeza. Y de igual modo son *voz de laIglesia,* que ofrece los deseos y oraciones de los fieles, que unidos a las oraciones del sacerdote y a su fe *alaban* a Jesucristo y por El *dan gracias al Eterno Padre, impetrando* de El cada día y cada hora los auxilios necesarios" (50).

El Concilio Vaticano II también insistió en la necesidad de orar, diciendo: "El cristiano llamado a orar en común, debe, no obstante, entrar también en su cuarto parar orar al Padre en secreto (cfr. Mt. 6, 6); más aún, debe orar sin tregua, según enseña el Apóstol" (cfr. 1 Tes. 5, 17). (sacrosanctum Conciliom, 12).

Resumiendo las enseñanzas del magisterio de la Iglesia sobre la oración podemos concretar los siguientes puntos:

1. El Concilio Arausicano II, en el canon 10, declara que "el auxilio de Dios han de pedirlo siempre, incluso los renacidos y sanos, para que puedan llegar al buen fin o para que puedan perdurar en las buenas obras". En el canon 3 declaraba que "la misma gracia hace que nosotros la invoquemos". En este Concilio, en la regla de San Benito y en las condenaciones de los Hermanos del Libre Espíritu y de Bertoldo de Rorbarch, e igualmente en el Concilio de Viena, se defiende y afirma la oración como un *medio útil y necesario para nuestra salvación y santificación.* Se trata, por tanto, de la oración de petición.

2. Según la doctrina formal del Concilio Tridentino, la oración es un medio con que podemos conseguir de Dios los auxilios necesarios para perservar en la justicia y para cumplir con las obligaciones de nuestro estado, aun las más graves. Pío X enseña también que la oración es el medio dispuesto por Dios para que, si queremos, nunca nos falten los auxilios de la gracia actual. Se trata también de la petición.

3. El Concilio de Trento declara que nuestas oraciones ayudan a las almas del purgatorio, como habían ya hecho los Concilios Lugdunense II y Florentino. También contra Wiclef había definido el Concilio de Constanza el valor especial de las oraciones aplicadas por una persona determinada. Contra Eckart se declara doctrina *de fe* el que *podemos pedir* cosas determinadas y que podemos querer o desear recibir algo de Dios, sin que ello suponga en el que pide espíritu de esclavitud que hubiera de desaparecer en la vida eterna. Contra Molinos se define también el que las almas interiores pueden y deben pedir y dar gracias a Dios.

4. Contra los iluminados, los pelagianos y, en general, contra todos los quietistas se condena la identificación de la oración con la pura "pasividad" y "resignación", especialmente en la Constitución *Caeletis Pastor* de Inocencio XI.

5. Contra Rorbarch, Lutero, los iluminados españoles y Molinos se condena la minusvalorización de la oración vocal con respecto a la mental.

6. En el Concilio Tridentino y en el Código de Derecho canónico se trata también de la "oración mental", "contemplación", "meditación", en el sentido de elevación de nuestra mente a Dios.

7. El *Catecismo* del Concilio Tridentino pone un acento especial en la petición y acción de gracias.

8. Pío XI nos enseña que la oración es el "sacrificium laudis" que ofree el sacerdocio de Jesucristo para adorar a Dios e interceder por los hombres. Y Pío XII distingue los cuatro fines, de adoración y alabanza, acción de gracias, de expiación e impetración, en el culto público del Cuerpo Místico de Jesucristo.

9. Compendiando las enseñanzas del magisterio eclesiástico, el *Catecismo* católico de San Pío X define la oración como "pía elevación de la mente a Dios para adorarle, darle gracias por los beneficios recibidos, alcanzar el perdón de los pecados y pedirle las cosas necesarias o útiles para nosotros y para los demás".

NOTAS

1. Cfr. San Agustín, *De Haeresibus ad Quodvulteum,* 88; ML 42, 47; G 58.

2. Cfr. Teodoreto, obispo de Ciro, *Haereticarum fabularum compendium,* IV. 11; PG 83, 429. Timoteo de Constantinopla (Sínodo Sidense?), *De recepcione haereticorum,* PG 84; G 79-82.

3. Concilio Arausicano II, confimado por Bonifacio II contra los semipelagianos en 530: *Adjutorium Dei etiam renatis ac sanatis semper est implorandum, ut ad finem bonum pervenire, vel in bono possint opere perdurare".* Canon 10, D 182; Cfr. Canon 3, D 176.

4. Concilio Efesino en 431. Schwartz, vol. I, parte VII, Berlín 1929, p. 117; G 76. 77. Cfr. San Juan Damasceno, *De Haeresibus,* 6, n, 80; PG 94, 729; G 85ss. Timoteo de Constantinopla, *De receptione haereticorum,* PG 86, 48; g 81 ss.

5. *Regula monachorum,* prólogo, G 90.

"Nulla facit homo bona, qua non Deus praestet, ut faciat homo" (San León in Conc. Araus., can. 20). Traducido por San Ligorio: "Nosotros no podemos hacer más obras buenas que aquellas que Dios nos ayuda a hacer con su gracia".

6. Colección del Pseudo Rainerio (Anónimos Pasaviense) coleccionada según W. Preger por San Alberto Magno en su *Geschichte der deutschen Mystik im MA.,* Leipzig, 1874, I, pp. 461-471; G 197-221.

7. Quod dicitur quod homo Deo unitus non debeat jejunare vel orare, Pelagii error est... Dicere quod orationes, jejunia... impediant bonum hominis —mendacium est in doctrina veritatis; quod inter omnia mendacia perniciosissimum est, cum jejunio occidantur pestes corporis et oratione pestes mentis... *Ibíd.,* nn. 44 y 50; G 206-207.

8. ... Et Gregorius in gloss. Gen 27 dicit, quo praedestinatio Dei iuvatur orationibus sanctorum. *Ibíd.,* n. 34; G 204.

9. Quod jejunare non oportet hominen nec orare, postquam gradum perfectionis hujismodi fuerit assecutus; quia tunc sensualitas est ita perfecte spiritui et rationi subjecta, quod homo potest libere corpori concedere quidquid placet. Concilio Vienense, 1312. C. I. C. Clem. V, 3, 3; D 472; G 274.

10. Condenación de la Inquisición de Espira, de 1356, contra Bertoldo de Rorbarch. G 304.

11. Item quod petens hoc aut hoc, malum petit et male, quia negationem boni et negationem Dei petit, et orat Deum sibi negari. Const. *In agro dominico,* 27 de marzo de 1329, del Papa Juan XXII, n. 7, D 507.

12. *Ibíd.,* n. 9, D 509.

13. Speciales orationes appicatae uni personae per prelatos vel religiosos, non plus prossunt eidem quam generales ceteris paribus. Concilio Londinense 21 de mayo de 1382; Cfr. G. 319; Concilio de Constanza, sesión VIII, 4 de mayo de 1415, y Bulas *Inter*

Cunctas e In eminentis, de Martín V, 22 de febrero de 1418, n. 19, D 599; G 320.

14. Concilio de Trento, sesión VI, 13 de enero de 1547, decreto *De Justificatione,* cap. 11; D 804.

15. Concilio de Trento, sesión XXII, Doctrina de sanct Missae sacrificio, cap. 5, D 943; canon 7, D 954; canon 9, D 956; G 390.

16. *Ibíd.,* sesión XXIV, De sacramento matrimoni, canon 9, D 979; G 393; Cfr. Pío XII, en la Enc. *Sacra Virginitas,* AAS (1954), 181.

17. *Ibíd.,* sesión XXV, De purgatorio, D 983.

18. Omnes autem necessariae precationis numeros continet divina illa formula, quam Christus Dominus apostolis, et per illos eorumque sucessores omnibus deinceps, qui Christianam religionem susceperumt notam esse voluit... Cathechismus ex decreto Concilio Tridentino, parte IV, c. 1, Roma, 1930, p. 402.

19. Concilio Lugdunense II, año 1274, "varia" D 464. Concilio Florentino, Decreto para los Griegos, Bula *Laetentur caeli,* 6 de julio del 1439, D 693. Cfr. Const. *Iam dudum ad Armenos,* de 1341, bajo Benedicto XII, D 535.

20. Quomodo nostra in Deum caritas per orationem exerceatur... El ut amantes colloquio et congressu... sic pii homines Deo facientes *preces,* et ejus *implorantes* benignitatem quasi cum ipso colloquuntur. Catechismus ex decreto Concilio Tridentino, *ibíd.,* parte IV. c. 1, p. 408.

21. Illum auctorem agnoscentes omnoum bonorum utilitatumque nostrarum, *Ibíd.*

22. *Ibíd.*

23. *Catechismus Catholicus,* cardenal Petri Gasparri, q. 98; en la edición de Brescia, 1934, d. 145, p. 64.

24. Condenación de Bertoldo de Rorbarch, de 1356, por la Inquisición de Espira, G 304.

25. Concilio Senonense, Decreta fidei, contra Lutero, en 1528. Iguales decretos promulgaron los Concilios Lugdunense, Bituricense y otros por el mismo tiempo, G 344, 345.

26. Que la oración mental está en precepto divino... Que la oración es la que tiene valor y que la vocal importa poco, entiéndese que la oración mental. Decreto de la Inquisición española, 9 de mayo de 1623, nn. 3 y 4; G 405.

27. Decreto de la Inquisición española, 9 de mayo de 1623, nn. 3 y 4; G 405.

28. *Ibíd.,* nn. 16, 17, 19. Que en la oración se recogen en la presencia de Dios y dicen que allí no se han de hacer discursos... ni detenerse en pensar... n. 17; G 408.

29. Errores referidos por el cardenal Brancato de Laurea en 1656, G 438. Cfr. Retraction de Ricaldino Ricaldini ante el Santo Oficio el 19 de septiembe de 1660, especialmente el n. 8; G 440.

30. Carta del cardenal Caraccioli a Inocencio XI, 30 de enero de 1682; G 442.

31. Decreto del Santo Oficio, de 28 de agosto, y Const. *Caelitis Pastor,* 20 de noviembre de 1687. Proposición n. 4 de las sesenta y ocho condenadas como heréticas..., erróneas, blasfemas..., D 1224; G 6455.

32. Decreto del Santo Oficio, 28 de agosto, y Const. *Caelistis Pastor,* 20 de noviembre de 1687, contra Miguel Molinos; D 1234; G 457; n. 14.

33. *Ibíd.,* n. 15. Proposición temeraria, errónea, herética. D 1235; G 457.

34. *Ibíd.,* n. 20; D 1240; G 458.

35. *Ibíd.,* n. 21; D 1241; G 459. Cfr. S. Th., II, II, 83, 1. 3; 113, 3, c.

36. *Ibíd.,* n. 25; D 1245; G 459.

37. *Ibíd.,* n. 32; D 1252; G 461.

38. *Ibíd.,* n. 43; D 1254; G 461.

39. Const. dogmática *Unigenitus,* 8 de septiembre de 1713, nn. 50, 58, 59; D 1400, 1408, 1409; G 511.

40. Exhortación al clero católico, *Haerent animo,* 4 de agosto de 1908, Acta, Pío X, vol. IV, p. 237; G 601.

41. Const. *Sacrosancti apostolatus,* 7 de abril de 1684, *Bullarium Romanum,* ed. Mainardus, Roma,1734, t. 8, p. 313; EC 168, n. XXXII.

42. Const. apostólica *In sublimi,* 14 de julio de 1859; EC 351.

43. Curent locorum Ordinarii: Ut clerici... quotidie orationi mentali per aliquod tempus incombant, CIC 125. Curent Superiores ut omnes religiosi... quotidie... orationi mentali vacent, CIC 595. Curent Episcopi ut alumni Seminarii: Singulius diebus... per aliquod tempus orationi mentali vacent, CIC 1367.

44. Conviene advertir que Paulo V, el año 1606, concedió indulgencia a los religiosos que hicieran "ejercicios espirituales" con consideraciones o meditaciones sobre los misterios de la fe católica, de los beneficios divinos, de los novísimos, de la Pasión del Señor, ejercitándose en oraciones vocales y meditaciones mentales. Const. *Romanus Pontifex,* 23 de mayo de 1606. *Bullarium Taurinense,* t. 11, p. 316; G 427.

45. Enc. *Ad catholili sacerdotii,* 20 de diciembre de 1935; AAS (1936). 18 ss., D 2276.

46. Enc. *Mediator Dei,* 20 de noviembre de 1947; AAS (1947), 537.

47. *Ibíd.,* AAS (1947), 528; D 2298.

48. *Ibíd.,* AAS (1947), 549.

49. *Ibíd.,* AAS (1947), 549-550.

50. *Enc. Mentis Nostrae,* 23 de septiembre de 1950, AAS (1950), 670.

PARTE III

LA ORACION EN LOS SANTOS PADRES

SAN CLEMENTE ROMANO (m. 99)

San Clemente Romano, Papa, fue el tercer sucesor de Pedro y uno de los más ilustres Padres Apostólicos (PG, 1-2).

1. Así, pues apoyados en esta esperanza, únanse nuestras almas a Aquel que es fiel en sus promesas y justo en sus juicios. El que nos mandó no mentir, mucho menos mentirá El mismo, pues nada hay imposible para Dios fuera del mentir... Todo lo hará cuando quiera y como quiera, y no hay peligro que deje de cumplirse nada de cuanto El ha prometido. (Cta. 1.ª).

2. Por consiguiente, también nosotros, reunidos y conscientes de nuestro deber, en concordia y en un solo lugar, llamemos fervorosamente a El (con oraciones) como salidas de una sola boca, a fin de llegar a ser partícipes de sus magníficas y gloriosas promesas (Cta. 1.ª).

3. Oremos también por los que están en pecado, a fin de que les sea otorgada la moderación y la humildad, y cedan, no a nosotros, sino a la voluntad de Dios; porque así cuando los recordemos en espíritu de misericordia delante de Dios y de los Santos, nuestra oración será fructuosa y perfecta (1 Cor. LVI. 1-3, 16).

4. Así, puyes, oren santamente y pidan a Dios con fervor y con toda sobriedad y castidad, sin odio y sin malicia... Con vuestros

ayunos y oraciones continuas, dad en Cristo, visitad a los que estén endemoniados y recitad sobre ellos una oración que agrade a Dios... *Porque esta casta* —dice el Señor— *sólo se expulsa por la oración fervorosa y fe con ayuno.* Bello es, por tanto, compadecer a los hermanos enfermos, como queda dicho, por medio de vigilias, ayunos y oraciones continuas... (Cta. 1.ª Virg.)

5. *Cuando aún estés tú hablando, diré: Heme aquí presente* (Is. 58, 9). Signo es, efectivamente, esta palabra, de gran promesa: pues nos dice el Señor que El está más dispuesto a darnos sus dones que nosotros a recibirlos (Cta. 2.ª a Cor.)

6. El pobre dé gracias a Dios, para que le dé con qué aliviar su necesidad (*1 Cor. 38, 2*). Y puesto que todo lo hemos recibido de Dios, hemos de dar gracias por todo a Aquel a quien se debe la gloria por todos los siglos (*Ibíd, 4).*

7. A toda alma que invocare su magnífico y santo nombre, conceda El la fe, el temor, la paz, la paciencia, la tranquilidad, la continencia, la pureza y temperancia par que sea agradable a su Santo nombre como el Sumo Sacerdote y Señor nuestro Jesucristo (Cta. 1 Cor.).

La oración que procede de la buena conciencia libra de la muerte (Cta. 2.ª 16, 4).

8. Y vosotros, de quienes se ha dicho: *"Dad graciosamente lo que graciosamente habéis recibido"* (Sat. 1, 5), para gloria de Dios, perseverad siempre con confianza en los ayunos, oraciones, vigilias y demás obras buenas... (Cta. 1.ª a las Vírgenes 12).

9. Y acaso también la grandeza de la piedad y de la oración hasta evitará los castigos cuando el hombre alegue para el perdón de su delito la ignorancia y la penitencia (Hom. 6).

SAN IGNACIO DE ANTIOQUIA (m. 107)

San Ignacio de Antioquía fue el fundador de aquella comunidad cristiana, de la que fue consagrado Obispo por el mismo San Pedro (PG. 5).

1. Dedícate sin interrupción a la oración (Cta. a S. Policarpo).

2. Encadenado como estoy por amor de Jesucristo, suplicando alcanzar a Dios, os hago esta exhortación: Permaneced unidos en la oración, rogando los unos por los otros (Cta. Tral.)

3. Pues, si tanta fuerza tiene la oración de cada uno enparticular, ¿cuánta más la que se hace presidida por el obispo y en unión con toda la Iglesia? (Cta. Efes.).

Dedícate sin interrupción a la oración

4. Yo te exhorto que, por la gracia de que estás revestido, aceleres el paso de tu carrera, y que asimismo exhortes tú por tu parte, a todos para que se salven. Desempeña el lugar que ocupas con toda diligencia de cuerpo y espíritu. Preocúpate de la unión *entre todos*, mejor que la cual nada existe. Llévalos a todos sobre ti como a ti te lleva el Señor. Sopórtalos a todos con caridad como ya lo haces. Dedícate sin interrupción a la oración. Pide *a Dios* mayor inteligencia de la que tienes. Estate alerta, apercibido del espíritu que desconoce el sueño... Donde mayor es el trabajo, allí hay mayores ganancias (Cta. a San Policarpo).

SAN POLICARPO (m. 156)

San Policarpo fue discípulo del Apóstol San Juan, quien le consagró Obispo de Esmirna, según dice Tertuliano (PG. 5)

1. *«Perdónamos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores».* Pues, si rogamos al Señor que nos perdone, también nosotros tenemos que perdonar... Por lo tanto, vivamos sobriamente para entregarnos a nuestras oraciones, siendo constantes en ayunar y en suplicar con ruegos a Dios omnipotente, para que *no nos deje caer en la tentación*, como dijo el Señor: *Porque el espíritu está pronto, pero la carne es flaca.*

2. Rogad, pues, por todos los santos. Rogad también por los reyes y autoridades y príncipes, y por los que os persiguen y aborrecen, y por los enemigos de la cruz, a fin de que vuestro fruto sea manifiesto en todas las cosas y seáis perfectos en El (Cta. de S. Policarpo).

SAN JUSTINO (m. 165)

San Justino habiéndose convertido al cristianismo fue su mayor apologista del siglo II. Sufrió el martirio junto con seis compañeros el año 165 (PG. 6).

1. Después del bautismo, llevamos con nosotros a los nuevos hermanos, con el fin de hacer preces en común por nosotros mismos... y por todos los demás esparcidos por todo el mundo, orando con fervor, suplicando se nos conceda vivir de acuerdo con la verdad que hemos conocido, siendo hombres de recta conducta, guardadores de todo lo que se nos ha mandado para conseguir la vida eterna (1.ª Apolog.)

2. Nosotros veneramos al Creador del universo con oraciones y acciones de gracias, alabando al que hemos aceptado como único digno de este honor... dándole gracias por habernos creado y por todos los bienes, con nuestras oraciones litúrgicas y cantando himnos..., y presentándole nuestras peticiones para renacer luego en la eternidad por la fe que tenemos en El (Ibíd.)

3. Oremos por toda la Iglesia, para que conociendo la verdad y obrando el bien, guardando los mandamientos, nos hagamos dignos de alcanzar la salvación eterna (Ibíd.)

4. En vuestras sinagogas vosotros maldecís a todos los que se han hecho cristianos, y las demás naciones hacen lo mismo. Pero nosotros a todos decimos: "vosotros sois nuestros hermanos", y nuestro deseo es que todos lleguemos al conocimiento de la verdadera vida. Por eso oramos por vosotros, para que Cristo tenga piedad. El, en efecto, nos enseño a orar mucho por nuestros enemigos (Diálogo con Trifón, 96).

Oremos por vosotros y por todos los hombres sin excepción, conforme nos enseñó nuestro Cristo y Señor, que mandó orar incluso por nuestros enemigos, amar a los que nos odian, y bendecir a los que nos maldicen (Ibíd., 133).

5. Nosotros oramos por vosotros y por los demás hombres que están en contra nuestra, para que así como lo hacemos nosotros mismos, vosotros os enmendéis y dejéis de blasfemar contra

Cristo; porque, creyendo en El, podéis recibir la salvación al participar de la segunda venida, que esta vez será gloriosa (Ibíd., 35).

6. La mejor oración que puedo expresar por vosotros, amigos, es que reconozcáis que la felicidad se da a todos los hombres por este camino, y que también vosotros lleguéis a creer como nosotros que Jesús es el Cristo de Dios (Ibíd., 142).

7. La oración y la acción de gracias son los únicos sacrificios completos y agradables a Dios (Ibíd., 117).

8. Cuando Jesucristo pidió ser libre del amargo cáliz, sabía que no iba a ser oída su petición; pero, sin embargo, perseveró orando, para dejar patente a su Iglesia la importancia de la oración. (Ibíd., ap. Lorinum in Ps. 21).

9. Nosotros no somos ateos, que adoramos al Creador del universo... y lo alabamos en todos nuestros sacrificios, cuando podemos, con palabras llenas de plegarias y de acciones de gracias, puesto que se nos ha enseñado que la manera digna de honrarlo es no consumir con fuego las cosas que por El han sido creadas para alimentarnos, sino ofrecerlas para cubrir nuestras necesidades y las de los pobres, y, dándole gracias, ensalzarlo con pompas razonables y con himnos (Apología 13, 1-3).

SAN HERMAS (s. II)

Hermas, según la atendible noticia del Fragmento Muratoriano, era hermano del obispo de Roma, Pío I, y compuso su obra, El Pastor, bajo su gobierno, si bien, la primera parte, parece la escribió bajo el pontificado de Clemente. El Pastor, que toma el nombre de la vestimenta del ángel de la aparición, está catalogado entre los escritos de los Padres Apostólicos y tienen una categoría irrefutable.

Arranca de ti toda duda y no vaciles en nada absolutamente al pedir al Señor, ni digas dentro de ti: "¿Cómo puedo pedir ni recibir nada del Señor, habiendo cometido contra El tan grandes pecados?" No discurras así, sino conviértete de todo corazón al

Señor y pídele sin vacilación y experimentarás su gran misericordia, y no hayas miedo que te abandone, sino que cumplirá la petición de tu alma.

Porque no es el Señor como los hombres, que guardan rencor, sino que El no es rencoroso, antes se compadece de la hechura de sus manos. Por tu parte, pues, purifica tu corazón de todas las vanidades de este siglo y de todas las palabras que anteriormente te fueron dichas, y pide al Señor y lo recibirás todo y no te verás defraudado de ninguna de sus peticiones, como le pidas con fe. Mas si dudares en tu corazón, nada recibirías de cuanto pidieres. Porque los que dudan de Dios, son dobles de alma y nada absolutamente obtienen de cuanto piden. Mas los sencillos en la fe, piden con confianza en el Señor y reciben, porque piden sin vacilación y sin dar lugar a la duda. Pues todo hombre doble de alma, si no se arrepiente, difícilmente se salvará.

Purifica, pues, tu corazón de toda duda y revístete de la fe, porque es fuerte, y cree en Dios que recibirás todo cuanto pidieres. Y si acontece alguna vez que, después de pedir, tardas en recibir del Señor lo que pides, no dudes porque tarde en despacharte la petición de tu alma. Porque, sin género de duda, por alguna tentación o pecado que tú desconoces, tardas en recibir tu petición. Por tu parte, pues, no cejes en tus súplicas, que al fin recibirás. Mas si desfalleces y vacilas al rogar, a ti mismo tienen que acusarte y no al que te da. Vigila contra esta duda, porque es mala e insensata y a muchos desarraiga de la fe, y por cierto de los muy fieles y fiermes de ella.

En efecto, esta duda es hija del diablo y mucho es el daño que hace a los siervos de Dios. Desprecia, pues, la duda y te enseñorearás de ella en toda obra, revestido de la fe, fuerte y poderosa. Porque la fe, todo lo promete y todo lo cumple; mas la duda, que no tiene absolutamente fe en sí misma, fracasa en toda obra que emprende.

Ya ves, pues, como la fe viene de arriba, de parte del Señor, y tiene gran poder; mas la duda es un espíritu terreno que viene del diablo y no tiene fuerza alguna. Tú, por lo tanto, sirve a la fe, que tiene fuerza, y apártate de la duda, que no la tiene, y vivirás

para Dios. Y todos cuantos así piensen y sientan, vivirán también para Dios. (El Pastor, IX mandamiento).

SAN IRENEO (m. 202)

San Ireneo Obispo de Lyón, es con mucho el teólogo más importante de su siglo. En su juventud conoció y probablemente fue discípulo de San Policarpo, quien a su vez lo había sido del apóstol San Juan (PG. 7).

1. Con simplicidad y conciencia pura, la Iglesia ofrece a Dios el sacrificio instituido por el mismo Señor, en el que ofrecemos también nuestros cuerpos y nuestra oración, glorificando su nombre entre las gentes (*Fragmento 38*). Y no se lo ofrecemos como a un indigente, sino dándole gracias por su dominio..., y para que nos conceda sus bienes..., el perdón de los pecados y la vida eterna. (Adv. Haer., 1 y Fragmento 38).

2. *"En todo lugar se ofrece incienso y sacrificio puro a mi nombre"* (Mal. 1, 11). Juan en el Apocalipsis dice que el incienso es las oraciones de los santos (cfr. Ap. 5, 8). El sacrificio puro y acepto a Dios es la obligación de la Iglesia que el Señor mandó que se ofreciera en todo el mundo, no porque Dios necesite nuestro sacrificio, sino porque el que ofrece es glorificado él mismo en lo que ofrece, con tal de que sea aceptada su ofrenda. La ofrenda que hacemos al Rey es una muestra de honor y de afecto y el Señor quiere que ofrezcamos nuestras ofrendas con toda sinceridad e inocencia. (...) No hemos de pensar que haya sido abolida toda clase de oblación, pues las oblaciones continúan en vigor ahora como antes: el antiguo pueblo de Dios ofrecía sacrificios y la Iglesia los ofrece también. Lo que ha cambiado es la forma de la oblación, puesto que los que ofrecen no son ya siervos, sino hombres libres. (...) Es necesario, por tanto, que presentemos nuestra ofrenda a Dios y que le seamos gratos en todo ofreciéndole las primicias de su creación con mente sincera, con fe sin mezcla de engaño, con esperanza firme, con amor ferviente. Esta oblación pura sólo la Iglesia puede ofrecerla a su Hacedor en la Eucaristía, hecha con frutos de la

creación. (...) Y se la ofrecemos no porque El la necesite, sino para darle gracias por su Providencia y para santificar la creación. Dios no necesita de lo nuestro, pero nosotros sí necesitamos ofrecer algo a Dios. Según dice Salomón: *"Quien se apiada del débil, presta a Dios"* (Prov. 19, 17), pues Dios, que no necesita de nada, acepta nuestras buenas obras para correspondernos con sus beneficios. (...) Por eso quiere que presentemos nuestra ofrenda en el altar frecuentemente y sin interrupción. Ahora bien, es en el cielo donde está el altar, pues allí se dirigen nuestras oraciones y ofrendas, y allí también está el templo y el tabernáculo (cfr. Ap. 11, 19; 21, 3). (Adv. Haer. IV, 17-18: PG 17, 1023-1029).

3. La Ley de Dios se refirió en figura al hombre al hablar de las distintas clases de animales, cuando llamó puros a los que tienen doble pezuña y son rumiantes e impuros a los que les falta una de estas características o las dos (Lev. 11, 2). Son puros, por tanto, los que caminan con firmeza por la fe hacia el Padre y el Hijo, que eso significa tener doble pezuña y los que meditan las palabras de Dios día y noche para adornarse de buenas obras, que eso significa la virtud de los rumiantes (Adv. Haer. V, 8, 3: PG 17, 1143).

SAN CLEMENTE DE ALEJANDRIA (m. 214)

San Clemente parece nació en Atenas, y convertido al cristianismo viajó a Italia, Siria y Palestina para conocer a los más importantes maestros cristianos. Finalmente puso una escuela de catecúmenos en Alejandría. Fue el pionero de las ciencias eclesiásticas, siendo importantes sus escritos (PG 8 y 9).

1. Para un verdadero sabio (o cristiano instruido), toda la vida es una fiesta sacra. Sus sacrificios consisten, por tanto en las oraciones y en las alabanzas (a Dios), en la lectura de la Sagrada Escritura, en las recitaciones de los Salmos..., antes de acostarse

y en la oración de la noche. Así se une a la milicia celestial con su incesante meditación y contemplación...

Durante la oración que recitará en alta voz, no usará muchas palabras, por haber aprendido del Señor cómo se debe rezar. Reza, pues, en todo lugar, pero no públicamente y delante de los ojos de todos. Y reza en todo momento y en toda circunstancia, bien cuando pasea, y cuando va en compañía de otros, ycuando se acuesta y cuando comienza alguna obra espiritual. Y cuando en lo interior de su alma le preocupa algún pensamiento, con gemidos inenarrables invoca al Padre (Strom. 7).

2. Es evidente que la vida de un cristiano ha de estar ligada a la permanente oración. Nadie puede discutir la importancia fundamental del recogimiento en la oración en la vida diaria de los cristianos...; pues el alma tiene que dar incesantemente gracias a Dios por los dones que le hace y también tiene que pedir perdón de sus continuos pecados...

Estando obligados a aspirar a la perfección, necesitamos indiscutiblemente recurrir a la oración, de la que jamás podemos prescindir... En nuestra oración, a ejemplo del Señor, hemos de pedir por todos los hermanos, amigos y enemigos, y por la conversión de todo el mundo al verdadero Dios. La oración nos debe acompañar siempre en todo nuestro obrar, pues nos une íntimamente con Dios y nos hace caminar a Dios (Strom, 6).

3. La oración es «trato y conversación con Dios». De ahí que el cristiano, al guardar escrupulosamente los tiempos de oración, consagra a Dios todo su quehacer diario, y así da testimonio del Señor con su vida entera...

La forma más alta de oración para el verdadero religioso, es la oración interior y espiritual, la cual es más elevada y pura que la simplemente oración vocal, si bien las dos son igualmente necesarias (Strom, 7).

4. En cuanto a la continencia, es imposible conseguirla sin la ayuda de la gracia de Dios. Por eso dijo: «Pedid y se os dará» (Strom, lib. 3, c. 7).

5. La oración —me atrevería a decir— es una conversación con Dios.

6. La oración es una conversación con Dios, sin que se oiga la voz, y aun sin mover los labios, estamos clamando a Dios en el fondo de nuestro corazón.

Para orar levantamos la cabeza y las manos al cielo, nos esforzamos a arrancar de la tierra nuestro cuerpo elevando nuestra alma con las alas del deseo a los bienes eternos hasta el santuario de Dios, mirando con los ojos de un espíritu sublime, consideremos como inferiores a El los lazos de nuestra carne y como dignos de desprecio siempre que se opongan a la vida eterna (Stromat. VII, 7).

7. El hombre verdaderamente espiritual y que tiene verdadero conocimiento de Dios, procura estar toda su vida en la presencia de Dios por medio de la oración. Cuando llega a este grado eminente de caridad, corta con todo cuanto le es inútil y sólo mira a Dios en sus deseos...

Y aun cuando él no haga más que pensar en Dios en lo secreto de su corazón y enviarle afectuosos suspiros, está cierto que Dios está bien pronto para oírle, aun antes de concluir su oración...

El que trae a Dios en el corazón, ninguna otra cosa desea, y, dirigiéndose a El únicamente, abandona todo cuanto puede retraerle de unirse al Señor con estrechos lazos y se aplica todo a la contemplación de las cosas divinas (Ibíd.)

8. Dios da a los que quieren y se esfuerzan con todas sus fuerzas y oran, a fin de que su salvación resulte propia de ellos. Porque Dios no fuerza a nadie (la fuerza es contraria a Dios), sino que provee a los que buscan, da a los que piden y abre a los que llaman a la puerta (Mt. 7, 7) (PG. 9).

9. El cristiano espiritual reza mentalmente a todas horas, pues está en unión con Dios por la caridad. Primero pedirá el perdón de los pecados y cuando haya conseguido ya el no pecar, pedirá el poder de hacer el bien y la comprensión de toda la creación y de la obra de la salvación según el Señor. Así, habiendo adquirido la pureza de corazón (cfr. Mt. 5, 8), puede comenzar ya, gracias a la revelación dada por el Hijo de Dios, a gozar de la visión beatífica cara a cara (cfr. 1 Cor. 13, 12). (Strom. 6).

10. El sacrificio de la Iglesia es la oración que elevan las almas santas, cuando abren su mente a Dios como una ofrenda.

(...) El altar sagrado es el alma justa, y el incienso que se eleva, la oración santa. (Strom. 7).

11. Si la oración es conversación con Dios, nunca hay que descuidar la ocasión de entrar en relación con El (Strom. 7).

12. Es propio del cristiano espiritual la acción de gracias y la oración en favor de la conversión del prójimo. Así es como oraba el Señor, dando gracias por haber cumplido su ministerio y pidiendo que el mayor número posible llegase al conocimiento revelado, a fin de que Dios fuese gloficado en los que se salvan... y que el solo Bueno y solo Salvador sea conocido gracias al Hijo por toda la eternidad" (cfr. Juan 17, 1-5) (Strom. 7).

TERTULIANO (m. 220)

Tertuliano nació en Cartago hacia el año 155, se convirtió al cristianismo hacia el 193 y se cree murió sobre el 220. Compuso un precioso Tratado sobre la oración muy apreciado de todos los Santos Padres que citan con frecuencia en sus escritos. (PL 1-2).

Condiciones de la oración

1. El recuerdo de los mandamientos abre a las oraciones camino hacia el cielo. Y el primero de ellos es no subir al altar de Dios antes de solucionar cualquier discordia u ofensa que tengamos con los hermanos, pues ¿qué sería acceder a la paz de Dios sin paz, al perdón de las deudas con retención de ellas? ¿Cómo podrá aplacar al Padre quien está airado con el hermano, si desde el principio nos está prohibida toda ira? (Tratado de la Oración, 11).

Y no sólo de la ira, sino de toda confusión del alma ha de estar absolutamente libre la oración, de modo que proceda de un espíritu igual al Espíritu al que se dirige. Pues el Espíritu, siendo él santo, no puede reconocer un espíritu manchado, ni uno triste siendo él alegre, ni un esclavo siendo él libre: nadie recibe a su adversario, sino que tan sólo admite a su igual (Ibíd., 12).

Orar con modestia y humildad será una buena recomendación de nuestras peticiones a Dios: ni siquiera tenemos que levantar mucho las manos, sino suavemente y con timidez, ni tampoco hay que elevar la cabeza con orgullo. Pues el publicano, que oraba con petición humilde, salió más justificado que el orgulloso fariseo. Incluso en el tono de voz hemos de ser sumisos, pues si tuviéramos que ser oídos por nuestras voces ¡qué gargantas nos harían falta! Pero Dios no es oidor de voces, sino de corazones, como buen escrutador. (Ibíd., 17).

¿Cuándo se debe orar?

2. Sobre los momentos de la oración no tenemos nada prescrito; tan sólo que tenemos que orar en todo tiempo y lugar. Pero, si se nos prohíbe orar en público, ¿cómo se dice en todo lugar? Se entiende en todo lugar donde se considere oportuno o necesario. Pues los Apóstoles no creyeron que quebrantaban el precepto cuando oraron y cantaron a Dios en la cárcel oyéndoles los guardianes (Hech. 16, 25), ni tampoco Pablo, que celebró la Eucaristía en el barco en presencia de todos (Hech. 27, 35).

Respecto al tiempo no estará de más tener señaladas unas horas: las que comúnmente se consideran como intermedias del día: tercia, sexta y nona, que en la Escritura aparecen como más solemnes: En la hora de tercia el Espíritu Santo se infundió por vez primera a los discípulos congregados. Pero, el día que tuvo la visión de toda la comunidad en aquel lienzo, había subido a orar a la planta alta de la casa a la hora de sexta (Hech. 10, 9ss.). El mismo iba al templo a la hora de nona cuando dio la salud a un paralítico (Hech. 3, 1ss). Aunque todo esto está dicho sencillamente y sin ningún precepto que lo prescriba, parece que constituye como una presunción que nos exhorta a orar y que nos impone como una ley de interrumpir nuestras ocupaciones para la oración, lo mismo que hacía Daniel, cumpliendo la normativa judía (Dan. 6, 11); por tanto, hemos de orar al menos tres veces al día, pues hemos de dar culto al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo; esto aparte de las oraciones reglamentadas que se han de hacer, aunque no se diga nada de ello, al comienzo del día y de la noche. Además no está bien que los fieles coman o se

aseen antes de rezar, pues hay que atender el alimento y el cuidado del espíritu antes que el de la carne, porque lo celestial es prioritario a lo terreno (Ibíd., 25).

Hay que orar en espíritu y en verdad

3. Somos verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes si oramos en espíritu y ofrecemos el sacrificio de la oración como hostia grata y aceptable a Dios: la que El busca y admite. Al hacer a Dios nuestras peticiones ante su altar entre salmos e himnos, debemos presentarle una oración devota por la entrega del corazón, alimentada por la fe, guiada por la verdad, íntegra por la inocencia, limpia por la castidad, coronada por el amor con el cortejo de las buenas obras. (Ibíd., 28).

A la oración que proviene del espíritu y de la verdad, ¿qué le negará Dios, si El la exige así? ¡Cuántos testimonios de su eficacia leemos, oímos y creemos! La antigua oración libraba del fuego, de las bestias y del hambre (cfr. Dan. 3, 15ss; 6, 15ss) y eso que todavía no había recibido la configuración de Cristo. ¡Cuánto más obrará la oración cristiana! No trae el medio del fuego un ángel con frescor de rocío, ni paraliza las fauces de los leones ni da alimento campestre a los hambrientos ni quita el dolor sensible por puro don y gracia. Sino que a los que padecen, tienen dolores o sufren les enseña a ser pacientes y hace aumentar la gracia por la virtud, de forma que se pueda reconocer por la fe lo que proviene de Dios y se pueda comprender lo que se padece por el nombre de Dios. Antiguamente la oración conseguía plagas, derrotaba ejércitos enemigos e impedía la lluvia benéfica. Ahora, sin embargo, la oración santa aleja la ira de Dios, se desvela por los enemigos y suplica por los perseguidores. ¿Es extraño que pudiera retener las aguas del cielo la oración de quien también pudo pedir fuego? La oración es lo único que puede vencer a Dios. Pero Cristo quiso que la oración no obrara nada malo, sino que le dio toda su virtualidad para el bien. Por tanto no puede sino apartar las almas de los difuntos del camino de la muerte, fortalecer a los débiles, curar a los enfermos, purificar a los endemoniados, abrir los calabozos, soltar las cadenas de los inocentes. La oración limpia los delitos,

rechaza las tentaciones, apaga las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alegra a los magnánimos, conduce a los peregrinos, mitiga el llanto, confunde a los ladrones, alimenta a los pobres, gobierna a los ricos, levanta a los caídos, sostiene a los que tambalean y mantiene a los que están firmes. La oración es muralla de la fe, nuestro armamento defensivo y ofensivo contra el enemigo que nos amenaza por doquier. Por consiguiente nunca nos quedemos inermes. De día nos acordemos de las estaciones y de noche de las vigilias. Bajo las armas de la oración hagamos guardia al estandarte de nuestro Emperador y aguardemos orando la trompeta del ángel (Ibíd., 29).

ORIGENES (m. 254)

Orígenes nació el año 185 y fue uno de los sabios más eminentes de la primitiva Iglesia. Digno sucesor de San Clemente de Alejandría, fue un hombre de gran austeridad y conducta intachable, y uno de los pensadores más originales de todos los tiempos. Su producción literaria asombra, pues se calcula que compuso más de dos mil obras, siendo una de las principales su Tratado de la Oración (P G. 11-16).

Ventajas de la oración

1. *La oración es una virtud que agrada muchísimo a Dios*. ¿Podrá el hombre presentar a Dios una ofrenda mejor que la plegaria de suave olor, que brota de una conciencia limpia de pecado?...

2. Creo que toda persona saca provecho de la oración cuando ora como es debido, o pone empeño en ello. Ante todo es de gran provecho a toda persona el disponerse a la oración...

Aun suponiendo que no hubiese más ventajas que el hecho de disponer la mente para la oración, no sería poca ganancia el haberse pacificado a sí mismo y mostrarse reverente cuando ora.

3. El que cree en la palabra de Jesús, que no puede mentir, no dudará un instante en hacer oración, pues El dice: *Pedid y se os dará... porque todo el que pide recibe* (Mt. 7, 7-8; Lc. 11, 9-10).

La oración es arma poderosa

4. Pienso que las palabras de las oraciones de los santos, tienen gran poder porque oran con espíritu y mente (1 Cor. 14, 15). Salen de la boca con el poder de Dios para debilitar el veneno de las potestades adversas. Estos poderes malignos influyen en la mente de quienes descuidan la oración y no tienen en cuenta el mandato de *orar siempre* (1 Tes. 5, 17). Salen de la boca como un dardo que hiere los espíritus enemigos de Dios. Los derrota y aniquila cuando ellos quieren enredarnos con lazos de pecado (Sal. 8, 3; Prov. 5, 22).

5. *Y ¿cómo cumpliremos el precepto de orar siempre?* Ora constantemente el que une la oración al cumplimiento de los deberes y las buenas obras a la oración. La única manera de entender el mandato de "orar siempre" (1 Tes. 5, 17), teniendo en cuenta nuestras limitaciones, es considerar que la vida del santo en conjunto es una gran oración. Lo que acostumbramos llamar oración es, por consiguiente, parte de la oración.

Tiempos para la oración

6. Ateniéndonos a la noción común de oración, hay que practicarla tres veces al día. Esto se ve claro en la historia de Daniel que oraba tres veces al día aun cuando por ello corriese gran peligro su vida (Dan. 3, 13). San Pedro subió a la terraza para hacer oración a la hora de sexta cuando vio el lienzo que bajaba del cielo atado por las cuatro puntas. Practicaba el segundo de los tres tiempos de oración, como dice David: "*Porque a ti suplico, Señor, ya de mañana oyes mi voz; de mañana te presento mi súplica y me quedo a la espera* (Sal. 5,3).

El último tiempo de oración queda indicado así: "*El alzar de mis manos como oración de la tarde*" (Sal. 141, 2)...

El ejemplo de Cristo

7. Si Jesús ora, y no sin razón, pues consigue en la oración lo que quizás no hubiera hecho sin ella, ¿quién de nosotros podrá mostrarse negligente para orar? Marcos dice que *de madrugada, cuando todavía estaba muy oscuro, Jesús se levantó, salió y fue a un lugar solitario, donde se puso a orar* (Mc. 1, 35). Dice Lucas: "*Estando él orando en un cierto lugar, cuando terminó, le habló uno de sus discípulos*" (Lc. 11, 1). Y en otro lugar: "*Se pasó la noche en oración" (Lc. 6, 12) Juan deja constancia de la oración de Jesús cuando dice: "Así habló Jesús, y alzando los ojos al cielo, dijo: "Padre, ha llegado la hora; glorifica a tu Hijo para que tu Hijo te glorifique a Ti*" (Jn. 17, 1) El mismo evangelista escribe que el Señor dijo: "*Yo sabía que tú siempre me escuchas*" (Jn. 11, 42). Con esto nos demuestra que quien ora siempre, será escuchado siempre.

Ejemplos tomados de la Biblia

8. Ana, cuando todos la creían estéril, oró al Señor (1 Sam. 1, 9) y por ello dio a luz a Samuel a quien se le compara con Moisés (Jer. 15, 1; Sal. 99, 6). Ezequías, todavía sin hijos cuando Isaías le anunció que iba a morir, oró y fue contado en la genealogía del Salvador (Mt. 1, 9-10). Cuando el pueblo estaba a punto de perecer por decreto, debido a las intrigas de Amán, la oración de Mardoqueo y Esther con el ayuno fue escuchada y dio lugar a un nuevo día de fiesta (Est. 3, 6-7). Judit habiendo hecho oración, con la ayuda de Dios venció a Holofernes. Así una mujer hebrea humilló a la casa de Nabucodonosor (Jd. 13, 4-9). Un viento fresco impidió que las llamas encendidas quemaran a Ananías, Azarías y Misael, porque fue escuchada su oración (Dan. 3, 50).

Pero, ¿para qué presentar una larga lista de los que alcanzaron de Dios los mayores favores orando de la manera que deben? Cada cual puede por sí mismo hacer una selección de ejemplos tomados de la Escritura.

Lo que debemos pedir

9. Ya que hemos hablado de los beneficios que por la oración reciben los santos, pensemos en el dicho: "*Buscad lo grande; las cosas pequeñas os vendrán por añadidura* (Mt. 6, 33). Buscad las cosas del cielo, las de la tierra os vendrán por añadidura". Cualquier símbolo o tipo de comparación con relación a lo verdadero y espiritual, es pequeño y terreno. El Verbo de Dios nos exhorta a que imitemos las oraciones de los santos y pidamos la verdad de lo que ellos conseguían en figura. Esto es, que pidamos las celestiales y grandes cosas indicadas por las terrenas y pequeñas. El texto evangélico quiere decir: "Vosotros, que deseáis ser espirituales, buscad en vuestras oraciones las cosas celestiales y grandes, para que obteniéndolas, heredéis el reino de los cielos y disfrutéis grandemente de las cosas buenas. En cuanto a las cosas que necesita vuestra vida corporal, el Padre os las concederá en la medida que las necesitéis". Por tanto, el que pide a Dios cosas terrenas y sin importancia, no hace lo que dice Dios, quien sin prometer cosas terrenas ordenó pedir las celestiales...

Con la oración se vence la tentación

10. Todos cuantos se dedican con asiduidad a la oración, saben muy bien cómo ésta les aparta del pecado y cómo les invita al ejercicio de las virtudes...

Hay que orar, no para dejar de ser tentados, cosa imposible, sino para no ser enredados en la tentación, como sucede a los que son atrapados y vencidos por ella...

Para orar bien es preciso avivar la fe en la presencia de Dios

11. Creo que, si el que va a la oración se recoge un instante y se compone a sí mismo... si se esfuerza con todo interés en recordar la majestad de Aquel a quien se va a acercar, y piensa en lo impío que sería acercarse a El con cierto abandono y desprecio, se hallará más dispuesto y atento a lo largo de toda la oración.

Finalmente, si se aparta de toda cosa ajena a la oración, dirigiendo más que los ojos la mente a Dios, levantando el corazón, puesto en la presencia del Señor de todas las cosas, rechazando, en fin, todo recuerdo de las injurias que haya recibido de los demás (será muy buena oración). Pues es preciso no sólo orar, sino orar como es debido y pedir lo que nos conviene...

Si tuviéramos fe no nos cansaríamos de orar

12. Pues los que confían en las palabras de Cristo ¿cómo no van a arder en deseos de orar sin desmayo ante aquella invitación: "*Pedid y se os dará, pues todo el que pide recibe*"?

El lugar de la oración

13. Con respecto al lugar sepamos que ora bien en todas partes la persona que ora bien. Pues *en todo lugar se ofrece incienso a mi nombre... dice el Señor* (Mal. 1, 11). Y *quiero que los hombres oren en todo lugar* (1 Tim. 2, 8). Pero todos pueden, si se me permite la expresión, tener un lugar santo para la oración en el propio hogar, donde puedan recogerse tranquilamente y sin distracción. Inspecciónese bien este recinto para evitar cualquier cosa impropia del lugar de oración o que sea fuera de lo razonable. Si algo hubiera indigno, Dios restaría su mirada tanto de las personas como del lugar de la oración.

14. El lugar de oración, el sitio donde se reúnen los fieles, tiene probablemente gracia especial para ayudarnos, porque los ángeles acompañan en las asambleas de los fieles. También el poder de nuestro Señor y Salvador, y las benditas almas de los difuntos y aun los vivos, aunque esto no sea fácil de explicar.

Con respecto a los ángeles, podemos discurrir de este modo. Si es cierto que *acampa el ángel del Señor en torno a los que le temen y los libra* (Sal., 34, 8); si es cierto lo que refiere Jacob no sólo de sí mismo sino de todos los que confían en Dios cuando dice: *el ángel que me ha rescatado de todo mal* (Gen. 48, 16), entonces es probable que cuando mucha gente se reúne sólo para alabar a Jesucristo, el ángel de cada uno está en torno a los que temen al

Señor, junto a la persona que le ha sido encomendada. Por consiguiente, cuando se reúnen los santos, hay una doble iglesia o asamblea: la de los hombres y la de los ángeles... Por eso, no se menosprecien las oraciones comunitarias, ya que añaden algo excelente a quienes piadosamente se reúnen... Me pareció necesario hablar de estas cosas al tratar del lugar de la oración y recomendar que se prefiera hacer en las asambleas de los santos congregados con gran reverencia en la iglesia (Tratado de la Oración).

SAN HIPOLITO ROMANO (m. 235)

San Hipólito fue sacerdote a principios del siglo tercero. Entre sus obras sobresale la Traditio Apostólica, *que es la más antigua de las Constituciones Eclesiásticas. Murió mártir el año 235. Su fiesta es el 30 de enero. (PG 10).*

Todos los fieles, hombres y mujeres, en cuanto se levanten por la mañana y se laven, rezarán a Dios y de este modo se dispondrán a trabajar. Si se hace (en la Iglesia) alguna instrucción de la palabra de Dios, se preferirá ir allí, estimando en su corazón que es a Dios a quien oye y quien le instruye. Porque el que ora en la iglesia podrá evitar la malicia de cada día. Por tanto, el que es piadoso considerará que es un gran mal no poder ir allí... Por tanto, cada uno cuide con solicitud el ir a la iglesia, lugar donde el Espíritu Santo florece... Pero si estás en tu casa, reza a la hora de tercia y bendice a Dios. Y si a esa hora estás en otro lugar, ora a Dios en tu corazón; porque a esa hora estaba Cristo sujeto al madero. Por eso también en el Antiguo Testamento, la Ley prescribía que se ofreciera el pan de la proposición a la hora de tercia, como símbolo del cuerpo y de la sangre de Cristo...

Reza igualmente a la hora de sexta, porque estando Cristo sujeto al madero de la Cruz, ese día se interrumpió y se hizo una gran oscuridad. También se hará a esta hora una oración con voz elevada, imitando la voz del que oraba y que oscurecía toda la creación en pro de los judíos incrédulos.

Se hará también una gran oración y una gran alabanza a la hora de nona, para imitar la manera de alabar a Dios que hace el alma de los justos...

Haz oración antes de acostarte... Y lo mismo a la hora del canto del gallo... (*Traditio apostólica*, 41; Botte 89-91).

Aunque tengamos dificultades para orar, debemos imitar a Daniel, del que está escrito: "*Entró en su casa. Las ventanas de su cuarto superior estaban orientadas hacia Jerusalén, y tres veces al día se ponía de rodillas orando y alabando a su Dios, como había hecho siempre" (Dan. 6, 11).*

A primera vista, sus obligaciones para con el Estado parecían ocupar todo su tiempo. No obstante, permanecía fiel a la oración diaria, dando así *al César lo que es del César, y a Dios lo que es de Dios* (Mc. 12, 13-17).

Objetará alguno: "¿Para qué ese riesgo? ¿No podía haber orado durante el día en el interior de su corazón, y de noche, si quería, dedicarse a la oración en el secreto de su casa?"

Yo contesto: Podría haberlo hecho, pero no quiso. Si hubiera procedido así, ministros y sápatras del Estado pudieran haber dicho con razón: "¿Cómo? ¿Teme a su Dios pero al mismo tiempo también al rey, pues acata sus órdenes?" ¡Eso hubiera sido hipocresía y no sincera fe de un creyente!...

Así demostró Daniel que temía más a Dios que a los hombres, y fue valiente a la muerte, y un ángel le salvó en la fosa de los leones. Si, por el contrario, se hubiese sometido servilmente durante los treinta días, al decreto real, no hubiera demostrado fidelidad a Dios según aquello de que *nadie puede servir a dos señores*.

Esa fue siempre la artimaña del demonio: persiguió, atormentó a los santos, para que no pudiesen levantar a Dios *sus manos limpias*. El sabe muy bien que la oración de los santos trae al mundo la paz, y al malvado la ira de Dios.

Así ocurrió cierta vez en el desierto: *Cuando Moisés alzaba las manos, vencía Israel; mas si las bajaba un poco, vencía Amalec*. Es lo que al presente sucede entre nosotros: siempre que aflojamos en el fervor de nuestra oración, vence el adversario; pero cuando permanecemos con valentía fieles a ella, el poder y la fuerza de los perseguidores se reducen a nada... (Coment. al Lib. de Daniel, a. 211).

SAN PACOMIO ABAD (m. 346)

Después de cumplir el servicio militar, se fue a la Tebaida y se echó a los pies del santo ermitaño Palemón para que lo admitiese en su compañía. Poco después, por revelación divina, funda una Orden Monástica y un ángel le entrega la Regla que deben seguir. (PG. 40).

En su Regla nos indica que sus monjes se reunían treinta y seis veces al día para hacer oración colectivamente. En ellas oraban y decían salmos. La meditación estaba ordenada al recogimiento habitual. Hacían también oración privada, en la que, como nos dice en una de las Reglas, se buscaba la voluntad de Dios más perfectamente (*Cit. R. Marimón: La Def. Teológ. Or.*)

1. Ninguno busque pretextos para no ir a la synaxis, a la salmodia o a la oración.

2. Quien esté embarcado, lo mismo que el que está en el monasterio, en el campo o vaya de viaje, o esté realizando cualquier otro servicio, no dejará que se le pase el tiempo de la oración y de la salmodia (sino que a su hora debe dejarlo todo y consagrarse a la oración).

3. En todas las casas se rezarán al atardecer las seis oraciones y los seis salmos, según el rito de la gran synaxis que celebran todos los hermanos...

Celebrar las seis oraciones del atardecer de la misma manera que la gran synaxis que reúne al mismo tiempo a todos los hermanos, es el mayor de los gozos; se rezan con tanta facilidad que los hermanos no encuentran en ello nada penoso, ni sienten el más mínimo fastidio. (Preceptos.)

SAN ANTONIO ABAD (m. 356)

San Antonio el Grande, Patriarca de los monjes, primer legislador de la vida monástica en Oriente, estrella que iluminó durante ochenta años las soledades de la Tebaida y encaminó al cielo innumerables almas. De él nos habla San Atanasio.

1. Solía decir a los hermanos que venían al monte, y recordarles, con frecuencia, que tuvieran fe y amaran a Cristo, que se guardaran de todo pensamiento impuro y de los placeres carnales, y según el consejo de los Proverbios "que no fueran esclavos del vientre" (*Pro. 24, 15*), que huyeran de la vanagloria, y que "orasen sin cesar" *(1 Ts. 5, 17)*, que cantaran salmos antes de dormir, e interrumpieran el sueño para orar y salmodiar, meditaran lo que sabían de memoria, recordaran los ejemplos de los santos, para que su alma empapada en Dios se animara a imitarles.

Y añadía: Para probarnos, lo mejor es obedecer al Apóstol que dice: "*Examinaos y probaos a vosotros mismos" (1 Cor. 13, 5)*; que cada uno lleve diariamente la cuenta de las acciones del día y de la noche; y si alguno ha pecado, que ponga fin a sus pecados; y el que no ha pecado, que no se glorie de ello, sino que persevere en el bien y en la oración... *(S. Atanasio, Vita Antonii, 55).*

Oraba mucho, porque había aprendido que "*es preciso orar incesantemente*" (1 Tes. 5, 17); y escuchaba con tanta atención lo que se lee en la iglesia que no se le escapaba nada de las Escrituras, sino que lo conservaba todo en su memoria y le servía de libro (Ibíd., 3).

Decía: "Necesitamos, pues, practicar mucho la oración y la ascesis para poseer la perfección"... (Ibíd., 48).

Contra los demonios, la mejor arma para atacarles es una vida honesta y la confianza en Dios. Tiemblan ante el ayuno, la ascesis, las vigilias, la oración, la paz y la mansedumbre, el amor a los pobres, la bondad, la misericordia, y sobre todo, la obediencia a Cristo (Ibíd., 55).

Manteneos firmes y orad (Ibíd., 59).

2. También decía que no era perfecta la oración del que se acuerda que ora, porque la perfecta oración arrebata el espíritu, de modo que no hace estas reflexiones ni se acuerda de otra cosa que de su Dios con el que trata *(La Puente, Guía esp. c. 1,1).*

3. En verdad, queridos en el Señor, no deis sueño a vuestros ojos ni reposo a vuestros párpados (Sal. 131, 4), sino suplicad y violentad la bondad de Dios hasta que se incline a socorrernos y podamos prepararnos a consolar a Jesús cuando venga, y a dar su eficacia al ministerio de los santos que suplen nuestra presente indigencia terrena, y determinarlos y ayudarnos con todo su poder en el día de nuestra tribulación...

No ceséis, pues, de implorar la bondad del Padre para que su ayuda nos acompañe y nos muestre el mejor camino...

Queridos hijos, os suplico que os améis unos a otros sin cansancio ni hastío. Tomad el cuerpo de que estáis revestidos, haced de él un altar, poned sobre él vuestros pensamientos y, ante los ojos del Señor, abandonad todo designio malo, levantad hacia Dios las manos de vuestro corazón (Sal. 133, 2) y rogadle que os conceda ese hermoso fuego invisible que descenderá desde el cielo sobre vosotros y consumirá el altar y sus ofrendas...

Estad, pues, vigilantes, queridos hijos, no deis sueño a vuestros ojos ni reposo a vuestros párpados, sino, gritad día y noche a vuestro Creador para que venga de lo alto el socorro que protegerá vuestro corazón y vuestros pensamientos y los establecerá en Cristo (Cartas 4.ª).

Hijos, no nos cansemos de gritar a Dios día y noche. Haced violencia a la ternura de Dios. Desde el cielo os enviará a Aquel cuya enseñanza os dará a conocer lo que es bueno (Ibíd., 3.ª)

4. Los demonios no omiten nada para impedirnos llegar al cielo; no quieren que subamos al lugar de donde ellos cayeron. Por eso se necesita mucha oración y disciplina ascética para que uno pueda recibir del Espíritu Santo el don de discinimiento de espíritus para conocerlos y vencerlos (Vida c. 22, 2-3).

No debemos asustarnos de sus asechanzas, pues se las desbarata prontamente con la oración, con el ayuno y la confianza del Señor (Ibíd., c. 23, 1).

Los demonios temen a los ascetas por sus vigilias y sus oraciones... (Ibíd., c. 30, 2).

5. Antonio, pues, sanaba, no dando órdenes sino orando e invocando el nombre de Cristo, de modo que para todos era claro que no era él quien actuaba sino el Señor quien mostraba su amor por los hombres sanando a los que sufrían, por intermedio de Antonio. El se ocupaba sólo de la oración y de la práctica de la ascesis, y por esta razón llevaba una vida montañesca, feliz en la contemplación de las cosas divinas (Vida c. 84, 1-2).

6. Dijo un hermano a San Antonio: Padre, ruegue por mí. Pero el Santo le contestó: No tendré misericordia de ti ni tampoco la tendrá Dios si tú mismo no te esfuerzas y haces por ti oración (Apotegma 16).

SAN CIPRIANO (m. 258)

San Cipriano de Cartago fue discípulo de Tertuliano, a quien admiraba. Convertido al cristianismo repartió todas sus riquezas a los pobres. Más tarde, fue consagrado Obispo del mismo Cartago. Murió mártir el año 258 (PL 4).

1. Importancia de la Oración Dominical

El Señor, entre otros preceptos y consejos saludables con que proveyó a la salvación de su pueblo, le enseñó también la manera de orar, y El mismo aconsejó y enseñó también lo que debíamos pedir.

El que nos dio la vida, con la misma benignidad conque se ha dignado darnos todas las cosas, nos enseñó también a orar, para que más fácilmente seamos escuchados cuando hablamos al Padre con las súplicas y oraciones enseñadas por el Hijo.

Pues, ¿qué oración puede haber más espiritual que la que nos ha enseñado el mismo Dios? Y ¿qué súplica más verdadera para con el Padre que aquella que ha procedido de la boca de su Hijo?

De manera que el orar de distinto modo del que El nos enseñó, no sólo es ignorancia, sino también culpa, que por eso dijo: *"Habéis rechazado el mandato de Dios para establecer vuestra tradición"* (Mt. 7).

Oremos, pues, hermanos carísimos, del modo que El, nuestro Maestro, nos enseñó.

Es oración amiga y familiar el rogar a Dios con lo suyo. Hagamos que llegue a sus oídos la oración de Cristo, de modo que reconozca el Padre las palabras de su Hijo en nuestras oraciones. Pues si El ha dicho que cualquier cosa que pidiéramos al Padre en su nombre, nos la dará ¿con cuánta mayor eficacia conseguiremos lo que pidamos si lo hacemos con su oración?

Pues ¿cuántos son, hermanos carísimos, los misterios de la oración dominical? ¡Oh cuántos y cuán grandes, y cuán compendiosamente resumidos, y también, cuán copiosos en virtudes espirituales! No queda absolutamente nada de doctrina celestial sin ser compendiado en esta oración.

2. Quiso que le llamásemos Padre

El nos dice: Orad de este modo: *"Padre nuestro que estás en los cielos"*. El hombre nuevo, renacido y restituido a Dios por la gracia, dice en primer lugar *Padre,* porque ha empezado a ser hijo.

Vino, dice, *a su propiedad y los suyos no le recibieron. Mas a cuantos le recibieron, dio la facultad de hacerse hijos de Dios, todos los que creen en su nombre* (Jn. 1, 12).

Luego, el que ha creído en su nombre y ha sido hecho hijo de Dios, debe empezar por aquí dando gracias y confesando que es hijo de Dios. ¡Oh, cuánta ha sido la indulgencia del Señor para con nosotros! ¡Cuánta la abundancia de su dignación y de su bondad en querer que le llamásemos Padre, y que así como Cristo es Hijo de Dios, así nos llamemos también nosotros hijos de Dios! Nombre que ninguno de nosotros se atreviera a pronunciar si El no nos hubiera enseñado a orar de esta manera.

3. Santificado sea tu nombre

Decimos en segundo lugar: *Santificado sea tu nombre,* no porque deseemos que sea Dios santificado con nuestras oraciones, sino que le pedimos que su nombre sea santificado en nosotros.

Por lo demás, ¿por quién va a ser santificado el Señor, siendo El quien santifica? Mas como El dijo: *Sed santos, porque Yo soy santo,* pedimos y rogamos que los que hemos sido santificados en el bautismo, perseveremos en lo que comenzamos a ser, y esto lo pedimos todos los días.

Hacemos en nuestras continuas oraciones esta súplica: pedimos día y noche que se conserven con su protección la santificación y vida que recibimos de la gracia de Dios.

4. Venga a nosotros tu reino

Se continúa en la oración, diciendo: *Venga tu reino.* Pedimos también que se represente en nosotros el reino de Dios, de la misma manera que pedimos que su nombre sea santificado en nosotros.

Pedimos que llegue el reino que nos ha prometido y ha sido comprado con su sangre.

Es preciso que oremos continuamente para no ser separados del reino de Dios.

5. Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo

Añadimos y decimos: *Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo,* no para que Dios haga lo que quiere, sino para que nosotros podamos hacer lo que Dios quiere. Pues ¿quién se opone a Dios para que no haga lo que quiere? Mas como a nosotros se nos opone el Diablo, para que nuestro ánimo y nuestros actos no obedezcan en todas las cosas a Dios, suplicamos y pedimos que se haga en nosotros la voluntad de Dios, esto es: le pedimos su auxilio y protección, porque ninguno es fuerte por sus propias fuerzas, sino que toda nuestra seguridad proviene de la indulgencia y misericordia de Dios.

6. Danos hoy nuestro pan de cada día

Continuando la oración, decimos: *Nuestro pan de cada día, dánosle hoy.* Cristo es el Pan de la vida, y este pan no es de todos, sino que es nuestro. Y pedimos que se nos dé todos los días este Pan, a fin de que los que estamos en Cristo, y recibimos todos los días la Eucaristía para alimento del alma, no seamos separados del cuerpo de Cristo por causa de algún grave pecado, como el mismo Señor amenaza, diciendo: "*Si no comiereis la carne del Hijo del hombre y no bebiereis su sangre, no tendréis vida en vosotros.*

Por tanto, pedimos que se nos dé todos los días nuestro Pan, esto es, Cristo, para que los que permanecemos y vivimos en El no nos separemos de su cuerpo y santificación.

7. Perdona nuestras ofensas...

Después de esto, pedimos también por nuestros pecados, diciendo: *Perdónanos nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos han ofendido.*

¡Oh, con cuánta necesidad, con qué providencia y cuán saludablemente se nos advierte que somos pecadores y obligados a pedir por los pecados, para que implorando de Dios el perdón, se acuerde el alma de su conciencia!

A fin de que nadie se complazca en sí mismo creyéndose inocente y se haga más daño ensoberbeciéndose, se le instruye y enseña que peca todos los días, puesto que todos los días se le manda orar por los pecados.

Así, en fin, lo aconseja San Juan en su primera carta: "*Si dijéramos que no tenemos pecado,* dice, *nos engañamos a nosotros mismos y no hay verdad en nosotros; pero si confesamos nuestros pecados, el Señor es justo y fiel para perdonarlos* (1 Jn. 8).

Dos cosas nos enseña San Juan en su carta: *primera,* que debemos orar por nuestros pecados, y *segunda,* que conseguiremos el perdón cuando lo pedimos.

Por eso digo que *el Señor es fiel* para perdonar los pecados guardando la fe de su promesa, pues el que enseñó a orar por sus deudas o pecados, prometió paternalmente misericordia y el

perdón. Pero añadió, poniéndonos una ley, y es que al pedir el perdón de nuestros pecados, debemos prometer que también nosotros perdonaremos a nuestros deudores.

8. Y no nos dejes caer en la tentación

También nos advierte el Señor, como necesario, que digamos en la oración: *Y no nos dejes caer en la tentación.* En estas palabras se nos indica que nada puede contra nosotros el enemigo si Dios no se lo permite. De modo que todo nuestro temor, toda nuestra devoción y observancia se convierten a Dios, cuando nada puede hacer el malo en nuestras tentaciones a no ser que le faculten para ello...

Cuando le pedimos no caer en la tentación, confesamos nuestra debilidad y flaqueza, puesto que rogamos así para que ninguno se ensalce insolentemente ni se atribuya nada a sí propio con soberbia y arrogancia, ni considere cosa propia la confesión y el martirio, habiendo dicho el Señor, enseñándonos la humildad: "*Velad y orad para que no entréis en la tentación. El espíritu está pronto, pero la carne es flaca (Mc. 14).* De modo que cuando precede una oración humilde y sumisa, y todo se da a Dios, todo lo que así se pide con temor y honrando a Dios, es concedido por su piedad.

9. Y líbranos del mal

Después de todo esto, al terminar la oración viene la cláusula que comprende todas nuestras preces y súplicas; porque al final, decimos: *Y líbranos del mal,* comprendiendo en estas palabras todas las cosas adversas que el enemigo intenta en este mundo con nosotros, y de las cuales puede darse fiel y firme defensa si Dios nos libra o nos presta lo que le pedimos e imploramos de El.

Diciendo, pues: *líbranos del mal,* nada queda ya que pedir, supuesto que pedimos la protección de Dios contra el mal, la cual obtenida, podemos estar seguros y tranquilos contra todo lo que maquina el mundo y el Diablo.

¿Qué miedo puede tener de este siglo aquel que tiene a Dios por defensa? Pues nada hay de extraño, hermanos carísimos, el que Dios nos enseñara una oración la cual, en una sola palabra, encierra toda nuestra paz.

10. El ejemplo del Señor nos muestra la necesidad que tenemos nosotros de orar

Y no sólo nos enseñó a orar el Señor con palabras, sino también con obras, orando y suplicando El mismo frecuentemente, y manifestándonos con su ejemplo qué es lo que nos conviene hacer, conforme está escrito: *"Se apartó al desierto a orar"* (Mc. 1, 12). Y en otra parte: *Salió al monte para orar y estuvo toda la noche en oración* (Lc. 6, 12).

Luego si oraba aquel que no tenía pecado, ¿con cuánta mayor razón debemos de orar nosotros pecadores? Y si El estuvo vigilante, pasando toda la noche en continua oración, ¿cuánto más debemos estarlo nosotros, frecuentando la oración?

11. Hay que orar con atención

Cuando nos pongamos a orar, hermanos amadísimos, debemos estar atentos y entregarnos a ella con toda el alma. Debemos dejar fuera todo pensamiento carnal y terreno, para ocuparnos solamente de lo que pedimos. Por eso el sacerdote, antes del *Paternoster,* prepara a los fieles con el prefacio, diciendo: "Arriba los corazones", para que cuando responde el pueblo, "los tenermos levantados al Señor", quede advertido de que no debe pensar en otra cosa que en el Señor.

Cerremos entonces el corazón al enemigo y sólo quede abierto a Dios, y no toleremos tenga cabida en él durante la oración el adversario de Dios, pues muchas veces se desliza y penetra y con sutiles apariencias distrae nuestras preces de Dios, de modo que tenemos una cosa en el corazón y otra en los labios; y cuando, por el contrario, si se tiene recta intención deben orar no sólo las palabras que suenan, sino el espíritu y los sentimientos.

Empero, qué grosera desidia es dejarse dominar y distraer con pensamientos ajenos y profanos cuando estás suplicando al Señor, como si fuera cosa distinta lo que piensas de lo que hablas con Dios. ¿Cómo puedes pedir a Dios que te escuche, si tú no te escuchas a ti mismo?, y ¿cómo vas a querer que Dios se acuerde de ti cuando ruegas, si tú no te acuerdas de ti mismo? Esto es no prevenirte en nada del enemigo, esto es ofender a la Majestad de Dios con tu negligencia en orar en el mismo acto de la oración: esto no es otra cosa que velar con los ojos y dormir con el corazón... (*De Dominica oratione, 31-33*).

12. A la oración han de acompañar las obras

Los que oran no han de presentarse ante Dios con preces estériles y vanas. Es baldía la petición si se ruega a Dios con oraciones sin obras. Pues, como todo árbol que no da fruto, debe ser cortado y echado al fuego, no hay duda que las palabras sin el fruto de las obras no pueden merecer la aprobación de Dios, porque es infecunda en obras.

Por lo mismo lo advierte la Sagrada Escritura con estas palabras: *"Buena es la oración junto con el ayuno y la limosna"* (Job. 12, 8). Puesto que, en el día del juicio ha de pagar la recompensa por las obras y limosnas, ahora también escucha con benignidad al que llega a la oración con buenas obras.

De ese modo, en fin, cuando oraba el centurión Cornelio, mereció ser escuchado. "Hizo muchas limosnas al pueblo y siempre estaba orando a Dios. A éste, cuando un día estaba orando hacia las tres de la tarde, se le presentó un ángel dándole testimonio de sus buenas obras y diciéndole a Cornelio: *"Tus oraciones y limosnas han subido hasta la presencia de Dios, que las tiene presentes" (Hech. 10, 2-4).*

No tardan en subir a Dios las oraciones a las que los méritos de nuestra obras acreditan ante Dios. Por eso el ángel Rafael dio testimonio de la oración continua de Tobías y de sus continuas obras, diciendo: *"Es honroso manifestar y reconocer las obras de Dios. En efecto, cuanto tú y Sara orabais, yo presenté vuestas oraciones en el acatamiento de Dios. Y cuando sepultabas piadosamente a los muertos,*

levantándote al punto de la mesa para enterrar a los muertos, por eso fui enviado para probarte, y de nuevo me ha enviado Dios a curarte a ti y a Sara tu nuera. Yo soy Rafael, uno de los siete ángeles que asistimos en la presencia de Dios" (Tob. 12, 11-15).

También nos previene y nos enseña el Señor lo propio por Isaías: "*Rompe*, dice, *todos los nudos de injusticia, rasga los ahogos de precios abusivos; deja descansar a los oprimidos y destruye los pagarés injustos; parte tu pan con el hambriento y cobija en tu casa a los necesitados de abrigo; si vieres al desnudo, vístelo y no desprecies a los de tu nación. Entonces romperá la luz temprana y aparecerán juntos tus vestidos, y tu rectitud irá delante de ti, y la luz de Dios te rodeará. Entonces gritarás, y Dios te escuchará, y no habrás acabado de hablar cuando El te responderá diciendo: Aquí estoy" (Is. 58, 6-9).*

Promete que asistirá y dice que escuchará y protegerá a los que rompan los nudos de injusticia de su corazón y practiquen limosnas con los servidores de Dios, según El manda; pues que escuchan lo que Dios ordena hacer, ellos también merecen ser escuchados por Dios.

El santo Apóstol Pablo, socorrido por los fieles en sus apuros, dice que las obras buenas son sacrificios ante Dios: "*He sido alimentado*, dice, *con los recursos que he recibido de Epafrodito, enviados de vuestra parte, como un aroma suave, como sacrificio acepto y agradable a Dios" (Fil. 4, 18).*

En efecto, cuando uno socorre al pobre, presta con intereses a Dios, y cuando uno da a los más desgraciados, se lo da a Dios y le ofrece un sacrificio espiritual de suavísimo olor a Dios. *(Ibíd.)*

13. Frecuencia de la oración

En lo que toca a la frecuencia de la oración, vemos que los jóvenes con Daniel, constantes en la fe y vencedores en el cautiverio, observaron la hora de tercia, sexta, nona, prefigurando el misterio de la Trinidad, que se revelaría en los últimos tiempos.

En efecto, desde la hora de prima a la de tercia llena el número de tres; lo mismo de la hora cuarta a la sexta también

cubre tres, y de manera semejante de la séptima a nona, es decir, que por grupos ternarios de horas se cuenta una perfecta trinidad.

Desde muy atrás habían determinado estos intervalos de horas con sentido espiritual los adoradores de Dios y dedicaban a la oración esos tiempos prescritos. Y después se puso de manifiesto que había misterio en lo que hacían anteriormente los justos, orando de tal manera.

Ciertamente a la hora de tercia descendió sobre los discípulos el Espíritu Santo, que realizó lo prometido por el Señor con sus dones. Asimismo Pedro, a la hora de sexta subió a la azotea de la casa, avisado por una visión y llamada de Dios, para que admitiese a la gracia del bautismo a todos, pues que antes había vacilado en recibir a los gentiles a esa purificación.

El Señor fue crucificado a la hora de sexta, a la de la nona lavó con su sangre nuestros pecados, y para redimirnos y darnos vida, dio cima a la victoria con la pasión a esa hora.

Pero además de las horas que guardaban los antiguos, hermanos amadísimos, a nosotros se nos han aumentado los tiempos de orar a la vez que los misterios. Porque también se ha de orar a la mañana muy temprano, para conmemorar con esa oración de la mañana la resurrección del Señor. Esto ya lo enseñaba el Espíritu Santo antiguamente en los salmos cuando dice: "*Rey mío y Dios mío, oraré a ti por la mañana; Señor, oirás mis palabras, por la mañana estaré en tu presencia y te complaceré*" *(Sal. 5, 3-5).* Y en otro lugar, habla por el profeta: "*A la aurora velarán, diciendo: Vamos a volvernos al Señor nuestro Dios*" *(Os. 6, 1).*

Por otra parte, también al retirarse el sol y acabarse el día, necesariamentte se ha de orar de nuevo. Porque, como Cristo es el sol y día verdaderos, cuando se oculta el sol y el día material, oramos y pedimos que torne de nuevo la luz eterna...

Los que siempre estamos en Cristo, es decir, en la luz, no debemos cesar de orar durante la noche... Regenerados y renacidos espiritualmente por la misericordia de Dios, debemos comportarnos como quienes somos, y así como en aquel reino siempre es día sin interrupción de la noche, por eso hemos de velar por la noche como si fuera día, y si allí hemos de orar

siempre y dar gracias a Dios, no cesemos de orar y dar gracias también aquí (*Ibíd., 34-36*).

14. **La gran dicha de tener a Dios por Padre**

¡Oh, cuán grande es la clemencia del Señor, cuán grande la difusión de su gracia y bondad, pues que quiso que orásemos frecuentemente en su presencia y le llamásemos Padre; y así como Cristo es Hijo de Dios, así también quiso que nos llamásemos nosotros hijos de Dios! Ninguno de nosotros osaría llamar a Dios *Padre* en la oración, si El mismo no nos lo hubiese enseñado. Por tanto, hermanos amadísimos, obremos en consecuencia como hijos de Dios, para que así como nosotros nos honramos de tenerle a El por Padre, El pueda honrarse en nosotros teniéndonos por hijos...

Por eso debemos pedir con cotidianas y aun continuas oraciones que se cumpla en nosotros la voluntad de Dios tanto en el cielo como en la tierra; porque ésta es la voluntad de Dios, que lo terreno se posponga a lo celestial, que prevalezca lo espiritual y divino (*De Dóm. Or*).

15. Pidamos desde lo íntimo del corazón y con toda el alma, la misericordia divina, pues también El ha dicho: "*No apartaré de ellos mi misericordia*". Pidamos y lo tenemos concedido; y si hubiera demora o tardanza en el recibir, por cuanto hemos ofendido gravemente a Dios, llamemos, pues también al que llama se le abre, con tal que sean las que llamen a la puerta nuestras preces y gemidos y nuestras lágrimas, en las cuales es preciso que insistamos y nos detengamos, y con tal que la oración sea unánime.

16. Porque habéis de saber que, lo que más me ha impulsado a escribiros esta carta, fue el haberme sido dicho en una visión, tal como el Señor se digna revelar y manifestar las cosas, diciendo: "*Pedid y está concedido*", y que habiéndoseme mandado inmediatamente al pueblo que presente esta carta, rogaran a El por algunas determinadas personas, fueron discordes las voces en el

pedir y dispares las voluntades, cosa que disgustó vehemente a Aquel que tenía dicho: *"Pedid y conseguido está"*, por haber habido discrepancias entre el pueblo y no haber existido un sólo sentir entre los hermanos con concordia sencilla y estrecha, pues escrito está: *"Dios que hace habitar en su casa a los unánimes de corazón"*, y en los Hechos de los Apóstoles leemos: *"La multitud de los que habían creído oraban con una sola alma y con un solo pensamiento"*.

17. Y pues el Señor encargó de viva voz: *"Este es mi mandamiento, que os améis los unos a los otros"*. Y en otro lugar: *"Mas Yo os digo que, si dos de vosotros andéis unánimes en la tierra, conseguireis de mi Padre que está en los cielos cualquier cosa que pidiereis"*. Pues si dos que se ponen de acuerdo tanto pueden, ¿qué sería si la unanimidad reinara entre todos nosotros? Si hubiera acuerdo entre todos los hermanos en conformidad con la paz que el Señor nos dio, ya hace días hubiéramos impretado de la divina misericordia lo que pedimos y no andaríamos fluctuando durante tan largo tiempo en este peligro de nuestra salvación y nuestra fe...

18. Oremos insistentemente y gimamos con continuadas preces, pues habéis de saber, hermanos carísimos, que también a mí se me ha reprochado no hace mucho en una visión el que dormitamos en nuestras oraciones y que no rogamos con atención. Y Dios, en verdad, que ama a quien reprende, lo recrimina para que se enmiende y lo enmienda para salvarlo. Sacudamos, pues, y rompamos las ligaduras del sueño y oremos persistentemente y vigilantemente como lo manda el apóstol Pablo cuando dice: *"Perseverad en la oración y velad en ella" (1 Col. 4).* Pues tampoco los Apóstoles dejaron de orar y vigilar días y noches, y también el Señor mismo, maestro en esta disciplina y modelo nuestro, oró con frecuencia y diligentemente, como leemos en el Evangelio: *Salió al monte a orar y pasó la noche en la oración a Dios" (Lc. 6).*

19. Y a la verdad, lo que El oraba, lo hacía por nosotros, puesto que El no era pecador, sino que cargaba con nuestros pecados. Y hasta tal extremo rogaba El por nosotros, que leemos en otro lugar: *"Dijo el Señor a Pedro: he aquí que Satanás ha pedido*

zarandearos como al trigo; mas Yo he rogado por ti para que tu fe no desfallezca" (Lc. 22).

Si, pues, El vigila y ruega por nosotros y por nuestros delitos, ¿cuánto más debemos hacerlo nosotros insistiendo en plegarias, orando y pidiendo al mismo Señor y satisfaciendo a Dios por su mediación? Tenemos como abogado e intercesor por nuestros pecados a Jesucristo Señor y Dios nuestro, con tal que nosotros estemos arrepentidos de haber pecado en lo pretérito y que, confesando y reconociendo nuestros delitos, con los que hemos ofendido al Señor, prometamos en adelante andar por sus caminos y acatar sus preceptos (Carta 7 al clero y pueblo).

20. Sea, pues, nuestra ocupación un continuo llanto y una continua oración. Estas son las armas celestiales con que perseveran y defienden nuestras almas. Ayudémonos unos a otros con oraciones y consolémonos con recíproca caridad en nuestros trabajos (Carta 56 a Cornelio, Sent. 7).

21. Cuando oramos debemos hacerlo con todo nuestro corazón, desterrando todos los pensamientos carnales y del siglo, atendiendo únicamente a la acción que estamos ejecutando. Para esto, el sacerdote u obispo antes de empezar la oración prepara los espíritus con esta advertencia: "Elevad los corazones". Y el pueblo responde: "Ya los tenemos levantados al Señor", con lo que se nos indica que por entonces solamente en Dios hemos de pensar (Sent. 23).

22. Hay que orar sin distracciones. ¿Cómo queréis que Dios os atienda en la oración, si vosotros mismos no os entendéis? Y ¿cómo os atrevéis a pedir a Dios que no os olvide, al mismo tiempo que vosotros mismos os estáis olvidando? El que así ora con tanta negligencia, ofende a la Divina Majestad (Sent. 24).

23. Empleemos nuestros ojos en la lección de las Divinas Escrituras; nuestras manos en el ejercicio de las buenas obras; y nuestro espíritu en pensar en Dios. Oremos sin cesar aplicándonos continuamente a las santas acciones, para que siempre que

nuestro enemigo se acerque a sorprendernos, nos hallare armados para rechazarle, y cerrados todos los caminos de nuestro corazón (De la Orat., sent. 24).

Tú, amado Donato, a quien la feliz suerte alistó en las banderas de Jesucristo, ten cuenta de guardar inviolablemente las ordenanzas de esta espiritual milicia; y para eso, la oración y la lectura *espiritual* te sean continuas. Hora hables con Dios y hora hable Dios contigo. El mismo sea quien te instruya en sus mandamientos, y El mismo te disponga para obedecerlos. A quien El hubiere hecho rico, nadie será capaz de hacerle pobre. ¿Qué pobreza o qué hambre podrás tener después de que te haya saciado con su celestial alimento? (Carta 1 a Donato).

SAN DIONISIO EL GRANDE (m. 264)

San Dionisio el Grande fué Obispo de Alejandría a finales del siglo II (PG 10).

Pues no es reprensible orar en cualquier momento y disposición en la que uno se halle y acordarse del Señor en cualquier estado y pedirle auxilio; pero sí está prohibido acercarse a las cosas santas y al Santo de los santos (en la Eucaristía), quien no esté completamente puro en alma y cuerpo. Porque ni aquella que padecía flujos durante doce años le tocó a El, deseosa de su curación, sino sólo la franja de su manto (Mt. 9, 20; Lc. 8, 43 ss) *Carta al obispo Basílides.*

SAN SERAPION DE THMUIS (m. 360)

San Serapión, amigo de San Atanasio y obispo de Thmuis desde el 339 hasta el 360, según San Jerónimo escribió una Obra contra los maniqueos *y una colección de* Cartas *que debieron ser numerosas, pero solamente existen dos completas.*

"Los monjes sois constantes en los ayunos y más constantes aún en las oraciones (...) Vosotros sois bienaventurados ante

Dios y el mundo mismo lo es por vosotros: gracias a vosotros los desiertos son lugares de culto y por vuestras oraciones el orbe de la tierra permanece incólume. Gracias a vuestras oraciones cae lluvia sobre la tierra, el suelo verdea de hierba, los árboles proporcionan su fruta sana; y muestra la eficacia de vuestras súplicas el río que cada año crece regando todo Egipto, dejando empantanada la tierra y proporcionando agua abundante al mar. Pues si Elías, como está escrito, que se dejaba llevar de las pasiones humanas, sin embargo por su oración impidió la lluvia y luego hizo que lloviera de nuevo también mediante su oración y así la tierra dio su fruto, ¿cuánto más vuestra intercesión nos será útil en nuestras peticiones? ¡Feliz ciudad de Alejandría que os tiene por intercesores! Sodoma y Gomorra nunca habrían sido reducidas a cenizas si hubieran habitado en ellas diez justos; y lo mismo otras ciudades no habrían sido destruidas si hubieran tenido en su interior vuestra santidad (Carta a los Monjes, III-IV: PG 40, 929).

Vosotros estáis en el ejército de Dios y constantemente ponéis vuestras oraciones en su presencia. *"Los ojos de Dios miran a los justos y sus oídos escuchan sus oraciones"* (Ps. 33, 16). Por tanto, orad por el mundo, conscientes de que Dios inclina su oído a las oraciones de los buenos y que la intercesión del hombre justo tiene mucho valor. Acordaos siempre de nosotros. Vosotros tenéis acceso libre al paraíso de las delicias; y las puertas del paraíso que el pecado de Adán cerró, las abre vuestra entrega a Dios" (Carta a los Monjes, XI: PG 40, 937).

SAN HILARIO, Dr. (m. 367)

San Hilario de Poitiers es el más antiguo de los Doctores de la Iglesia. Hijo de una familia pagana, convertido a la fe, su virtud y saber lo llevan primero al sacerdocio, y en el 350 es consagrado Obispo de Poitiers. Lucha denodadamente contra el arrianismo y escribe estupendos tratados apologéticos y teológicos (PL 9-10).

1. A nosotros nos toca comenzar, por la oración; y a Dios el concedernos el beneficio... El papel de nuestra voluntad es primeramente querer; a este primer acto Dios le dará prosecución... Lo propio de la misericordia es ayudar a los que quieren (y lo manifiestan por la oración), sostener a los que comienzan, acoger a los que llegan. A nosotros nos toca comenzar (con la oración) y Dios hará el acabamiento" (Sal. 118).

Dice el Señor: *"Tú, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora a tu Padre en secreto, y tu Padre que ve en lo secreto, te premiará"*. (Mt. 6, 6). Con estas palabras: *entra en tu aposento,* nos quiere decir el Señor que entremos dentro de nosotros mismos, que *cerremos bien la puerta para orar al Padre en secreto,* esto es, que nuestra oración debe hacerse en la presencia de Dios, y en el olvido de todas las cosas exteriores, bien cerrada la puerta para no dar entrada a otros pensamientos que los que nos hagan conocer la bondad inmensa de Dios, nuestras miserias y el precio infinito de los bienes que pedimos (Cit. Torres Amat).

2. *"El pan nuestro de cada día, dánosle hoy"* (Lc. 11, 3). Porque, ¿qué cosa quiere Dios más, sino que habite cada día en nosotros Cristo, que es pan de vida y pan de cielo?; y como es oración de todos los días, por eso se pide que se nos dé cada día. (ML. 10, 725).

3. *Hemos de orar con mucha fe:* La oración, aunque silenciosa, grita por medio de la fe. La oración fiel de los santos, es un clamor dirigido a Dios, pues nos dirigimos a El por la fe y no por el griterío de la voz...

Así, pues, si oramos con espíritu de fe, nuestra oración, aunque silenciosa, es un clamor a Dios.

Por eso el profeta, atento enteramente a Dios con espíritu de oración, empieza así el salmo: "Señor, a Ti clamé, escúchame". Y para mostrar que este clamor no es de la voz, sino de la fe, añadió: "Atiende a la voz de mi oración, cuando clamo a Ti" (In Salm. 140).

4. Contra los demonios y sus armas, sólo podemos combatir con el grito de nuestras plegarias (In Salm. 65, 4).

5. *"Yo me acordé de vuestro nombre por la noche"* El Profeta sabía muy bien que en especial durante la noche debemos recurrir a Dios. Sabía que entonces es preciso atender más a observar la ley, por ser el tiempo en que los impuros deseos se introducen en el alma (Sal. 118).

6. En el Evangelio nos pide el Señor que oremos en silencio en lo secreto de nuestras almas para que nuestra oración sea más bien obra del corazón que de la lengua. ¿Podrá ser esto contrario a las palabras del Profeta: *"Yo he clamado con todo mi corazón"* —No, por cierto, pues sabía muy bien aquel Profeta que más consiste (la oración) en el clamor del corazón que en el de la boca.

Es la oración un grito que no ofende ni hiere los oídos; porque es un grito de la fe, un grito del alma que penetra en los cielos y sube hasta el trono de Dios, no con el esfuerzo de la voz, sino con la virtud de la fe.

Aquel, pues, clama a Dios con todo su corazón si le pide grandes cosas, si le suplica que le dé los bienes celestiales, que espera los bienes eternos y vive entretanto en la inocencia y temor de Dios (In Sal. 118).

7. Los ángeles están presentes a las oraciones de los fieles y las ofrecen a Dios diariamente (Hm. 13 in mat.).

8. Es preciso ser tan loco como impío para dejar de conocer que dependemos absolutamente de Dios, y para creer, por el contrario, que cuanto hace, lo podrá conseguir con sus propias fuerzas. Porque si en nosotros hay algún bien, sin duda viene de Dios. Por lo cual es preciso poner en Él toda nuestra esperanza, y confesar que del Señor nos viene todo, a ejemplo del Profeta que clama: *"Señor, vos sois mi protector y mi Redentor"* (In Psalm. 51).

9. *"No desprecies mi súplica"* (Ps 54, 1): Dios desprecia las oraciones ligeras, las desconfiadas, las inútiles, las preocupadas de los cuidados mundanos, las enredadas en los deseos de las cosas temporales, las que no fructifican en obras buenas. Estas oraciones son despreciables, indigas de la dignidad de Dios, a las cuales se refirió

cuando dijo por el profeta Isaías: *Cuando levantéis las manos hacia mí, apartaré los ojos de vosotros*" y añade la razón de ese rechazo "*pues vuestras manos están llenas de sangre*" (Is 1, 15). Por tanto, cuando hay obras de iniquidad, Dios rechaza la oración del que suplica, mientras que atiende al que espera cuando junta la fe de la callada esperanza con la piedad de una conciencia religiosa. Y tenemos en el Señor el ejemplo aplicable a las distintas situaciones: escuchó las palabras de la cananea que le suplicaba con insistencia (Mt 15, 28); rechazó la oración de aquel adolescente que le pedía dividir el patrimonio a El que da la eternidad (Lc 12, 13), pero atendió a aquella mujer que en el silencio de la fe buscaba su curación incluso en la orla del vestido (Lc 8, 44). (Tract. super Ps. 54: PL 9, 349).

10. "*Con mi voz he clamado a Dios; con mi voz he suplicado a Dios. Derramado mi oración en su presencia y expongo ante él mi tribulación cuando se me acaba el aliento*" (Ps. 141, 2-4). El orden de las palabras es maravilloso: En primer lugar se clama con la voz, pues toda esperanza del hombre fiel, incluso la tácita y espiritual es un clamor a Dios. Luego se ora con la voz, es decir, se formula en palabras la petición deseada y confiada, según aquello del Apóstol: "*Salmodiaré en espíritu y en palabras*" (1 Cor, 14, 15). En tercer lugar se derrama la oración en presencia de Dios, no con palabras que salen de la lengua, sino de la fuente profunda e interior de la fe; y se derrama en presencia de Dios no con negligencia o indiferencia, sino como estando el Señor presente, pues para que escuche es necesario que esté presente aquel a quien se ora y, si se le considera presente, hay que tratarlo no con el disimulo del ausente, sino con la reverencia y el honor del presente. En cuarto lugar expone su tribulación: cuando uno está atribulado, nada impide que cuente a Dios los sufrimientos de todas sus angustias y padecimientos. Pero no son las tribulaciones pequeñas las que expone ante Dios en la oración, sino solo cuando se le acaba el aliento. Las pruebas pequeñas nos apartan de la oración asidua, pues cualquier alteración repentina proveniente de una pequeña dificultad aparta nuestra alma, aunque sea poco y en cosas secundarias, de la práctica de

la devoción. Caso distinto es cuando se le acaba el aliento, no sea que entonces cese también de exponer su tribulación, derramar su oración, orar con palabras y clamar con las voces de la fe espiritual (Tract. super Ps. 141: PL 9, 834).

11. Cuando rezamos, la iniciativa para que Dios conceda su don parte de nosotros; y si el don de Dios depende de nuestra iniciativa, depende también de nosotros buscarlo, obtenerlo y que permanezca (Salmo. 118, 5, 12).

12. Sobre todo por la noche hay que rezar a Dios e implorar su favor. El espíritu no se debe abandonar al reposo peligroso de las veladas nocturnas, sino que debe consagrarse a las plegarias y súplicas y a la confesión de los pecados a fin de que, sobre todo cuando se presenta una ocasión de satisfacer los vicios del cuerpo, entonces estos vicios sean combatidos por el recuerdo de la ley divina (Salmo 118: 7, 6).

13. Entre los numerosos preceptos de la doctrina evangélica figura el silencio que el Señor nos ha exigido en la oración para que nuestra petición sea silenciosa, venga de lo secreto de nuestro corazón y la palabra ocupe menos lugar que el espíritu. Los secretos de nuestra oración son escuchados por Dios porque El penetra los secretos. Parecería que hay contradicción entre lo que enseña el Evangelio y lo que dice el profeta: "He gritado con todo mi corazón, escúchame, Señor" (Ps. 118, 145). Pero el profeta sabe que es preciso que su grito sea más del corazón que de la voz; por eso su grito viene del corazón. No se trata aquí del sonido elevado de voz, ni de una audición en el sentido físico de la palabra, sino del grito de la fe, del grito del espíritu hecho para ser emitido no por el esfuerzo de la voz, sino por el espíritu de la fe. Grita a Dios con su corazón quien le pide grandes cosas, quien implora bienes celestiales, quien espera bienes eternos, quien vive cumpliendo sus deberes con inocencia y temor de Dios (Salmo 118, 19, 1).

SAN ATANASIO, Dr. (m. 373)

San Atanasio es el más célebre de los obispos de Alejandría, y el más ilustre defensor de la

fe en el Concilio de Nicea; gran "columna de la Iglesia", como le llamaba San Gregorio Nacianceno. Luchó con la palabra y con la pluma denodadamente contra los arrianos que eran los mayores enemigos de la Iglesia en aquellos tiempos.

1. Con la oración no solamente podemos acercarnos siempre que queremos a saciar nuestra sed, sino que además, siempre que lo pedimos se nos concede acceso al Salvador (Carta 5).

2. Los demonios tiemblan ante el ayuno, la ascesis, las vigilias y la oración... (Vid. de S. Antonio).

3. San Antonio Abad solía decir a los iban a visitarle, que tuvieran fe y amaran a Cristo, que se guardaran de todo pensamiento impuro y de los placeres carnales, y que según el consejo de los Proverbios: "que no fueran esclavos del vientre" (Prov. 24, 15), que huyeran de la vanagloria, y que orasen sin cesar... (Ibíd.)

4. Emplea todo el tiempo de tu existencia en ayunos, oraciones y limosnas. ¡Feliz el que oye estos consejos y los cumple! (Sob. Virg.)

5. Los hombres han sido hechos cuando el Padre quiso... Por ello, cuando enfermos, imploran su auxilio; cuando vejados, le piden socorro, o injuriados le oran; entonces, el que es invisible, por amor a los hombres se muestra presente con sus beneficios... (1 Oracio contra arrianos, c. 63).

SAN EFREN Dr. (m. 379)

De joven vivió al lado del Obispo de su ciudad, bajo cuya dirección hizo sus estudios. Más tarde, por consejo de un monje, se retiró a la soledad, donde, bajo la dirección de un

anciano, se consagró a la oración, a la penitencia y a la meditación de las Sagradas Escrituras. San Jerónimo habló con admiración de sus escritos, y los sirios lo tienen por el más ilustre de sus escritores.

1. *La oración nos librará del pecado...* Jamás ceséis de orar: arrodillaos cuando podáis, y cuando no, invocad a Dios de corazón, por la noche, por la mañana y al medio día. Si tenéis cuidado en orar antes de empezar a trabajar, y si al levantaros de la cama empezáis por ofrecer a Dios vuestra oración, como las primicias de vuestras acciones, podéis persuadiros que el pecado no hallará entrada en vuestra alma (De Oratione).

2. Así como el cuerpo no podría vivir sin alimento, también el alma necesita alimento espiritual, por lo cual es preciso sustentarla con la palabra de Dios, el rezo de los salmos, la lectura de la Sagrada Escritura, ayunos, vigilias, lágrimas, esperanza y meditación de los bienes futuros (De comp. salut. anim.)

3. La oración es la custodia de la templanza, freno de la iracundia, represión de la soberbia, llamada a la modestia, medicina contra el odio por las ofensas recibidas, destrucción de la envidia y corrección de la piedad... (De Oratione).

4. ¿Qué es la oración? —La oración es un coloquio con Dios, honor semejante al de los ángeles, promoción de los buenos, alejamiento de los malos y cambio de los pecadores (Ibíd.)

5. *¿Que cosas no ha podido la oración?* —La fuerza de la oración apagó la fuerza del fuego, frenó el ardor de los leones, disolvió las guerras, apaciguó las luchas, soportó las tormentas, expulsó los demonios, abrió las puertas del cielo, desató los lazos de la muerte, ahuyentó las enfermedades, sacudió la violencia, restableció las ciudades deterioradas, y, desde lo alto, destruyó completamente las trampas soteras y las insidias de los hombres... (Serm. 2 de Oratione).

6. Gran armadura es la oración, tesoro indeficiente, riqueza inagotable, puerto sereno, fundamento de tranquilidad, raíz, fuente y madre de innumerables bienes: más poderosa es la oración que el mismo reino (Ibíd.).

7. La oración que asciende hasta el cielo, no es la oración fría y llena de nigligencia, sino aquella que se hace con generoso empeño, con mente elevada y dolor de corazón (Ibíd.)

8. Por tanto: hablad mucho con Dios y poco con los hombres (In Psalmis).

9. Orad, pues, también vosotros por mí; porque la oración común de muchos hecha con amor, es eficaz para mover al Señor (Endechas, V).

10. Demos de mano a toda otra preocupación y nuestro único cuidado sea rogar a Dios, no sea que su furor nos quite toda solicitud en aquella venganza que El ejecutó contra los de Sodoma, quienes, distraídos con otros negocios, no quisieron preocuparse del único *importante:* el de pedir la clemencia de Dios con oraciones y promesas (Ibíd. XLIII).

11. *Oración a Cristo:* Caigo de rodillas, Señor, para adorarte. Te doy gracias Dios de bondad, te invoco, oh Dios de santidad. Ante ti doblo mis rodillas.

Tú amas a los hombres y yo te glorifico, oh Cristo, Hijo único y Señor de todas las cosas, que eres el único sin pecado. Por mí, pecador e indigno, te has entregado a la muerte, a la muerte de cruz. De este modo has liberado a las almas de las ligaduras delmal. ¿Qué te devolveré yo a cambio de tanta bondad?... (Guía Práctica de los Padres de la Iglesia. Desclee. pp. 206-207).

12. Apliquémonos a la vida espiritual a fin de llegar a ser hombres perfectos; sólo entonces seremos aptos para la oración, cuando tengamos ya sujetas nuestras pasiones, destruida en nosotros tal afición natural y vaciado de toda preocupación nuestro espíritu. Entonces, en efecto, hallando el Espíritu Santo nuestra alma en reposo y comunicando a nuestra inteligencia

un nuevo poder, encenderá la luz en nuestros corazones, al modo como se enciende una lámpara bien preparada, donde basta acercar la llama para que luego empiece a derramar sobre todos los asistentes una luz benéfica y gozosa... Dispongamos, pues, ante todo nuestras almas para recibir la luz divina, y de este modo hagámonos dignos de recibir los dones de Dios... Si nos disponemos a recibir estos dones, el Señor nos tratará como amigos y nos invitará a las virtudes más perfectas y sublimes (De virtute, c. 10).

13. Hablad mucho con Dios y poco con los hombres (Encom. in Salm.).

Durante toda la vida del hombre no hay tesoro comparable a la oración...

Lo que por tu debilidad no puedas recibir de Dios en un determinado momento, lo podrás recibir en otra ocasión si perseveras en la oración (Coment. Diatessaron, 1).

14. La oración es como un arco con el que lanzamos a Dios dardos de santos y ardientes deseos. Con estos dardos herimos el corazón de Dios y triunfamos de El, hiriendo al propio tiempo y desconcertando a nuestros enemigos *(B. M. S.)*.

15. Si (mediante la oración) nos dispusiéramos para recibir estos dones, el Señor nos tratará como amigos y nos invitará a las virtudes más perfectas y sublimes..., alegrándose nuestro corazón (De Virt. c. 10).

16. Si pusieres gran empeño en desentenderte de las cosas del mundo con alma pura, podrás vacar a la contemplación de las cosas que no se ven y regalarte y regocijarte en el recuerdo de Dios (De Vit. spirit. n. 21).

17. Apliquémonos a la vida espiritual a fin de llegar a ser hombres perfectos. Sólo entonces seremos aptos para la teología (mística de la oración), cuando tengamos ya sujetas nuestras pasiones, destruída en nosotros toda afición natural y vaciado de toda preocupación nuestro espíritu. Entonces, en efecto, hallando el Espíritu Santo nuestra alma en reposo y comuni-

cando a nuestra inteligencia un nuevo poder, encenderá la luz en nuestros corazones al modo como se enciende una lámpara bien preparada, donde basta acercar la llama para que luego empiece a derramar sobre todos los asistentes una luz benéfica y gozosa... Dispongamos, pues, ante todo nuestras almas para recibir la luz divina, y de este modo hagámonos dignos de recibir los dones de Dios *(De Virt. c. 10).*

18. El que en sus oraciones recurre a María, encontrará en Ella:

Prenda de salvación. —Salve, puerta del cielo, abogada única de los pecadores, llave del reino celestial, salvación cierta de todos los cristianos que acuden a Ti.

Guárdanos del mal. —No te canses de interceder por nosotros, indignos siervos tuyos, antes bien guárdanos seguros de la condenación con tus ruegos hata el fin de la vida.

Madre poderosa. —Por eso acudo a tu sola eficacísima protección, ¡oh, Señora, Madre de Dios! Porque nadie como Tú tiene libre acceso con aquel que de ti nació.

Mediadora del mundo. —A ti acudo, Mediadora del mundo, e invoco tu pronta protección en mis necesidades.

Tú eres puente del cielo. —Eres llave que nos abre el cielo y arca santa por la que nos salvamos del universal diluvio de la iniquidad; única abogada y Auxiliadora de los pecadores destituidos de auxilio, puerto segurísimo de los que naufragan, puerta y escala del cielo...

Virgen Santísima, si quieres salvarnos, tómanos bajo tu protección; porque fuera de ti no tenemos otra esperanza de salvación y estamos perdidos si prescindimos de tu mediación (Cit. P. Melús).

SAN ISAAC ABAD (383)

San Isaac Abad de Constantinopla, se presentó al emperador Valente para reprenderle por el favor que daba a los arrianos, y habiendo desdeñado su aviso, le predijo que moriría violentamente derrotado por los bárbaros.

1. La vida entera del religioso ha de encaminarse como fin a perseverar continuamente en la oración, y en cuanto sea posible a la fragilidad humana, a la inmovible tranquilidad del alma y perfecta pureza del corazón. Para conseguirlo no debemos escatimar ningún trabajo ni esfuerzo, encaminando a esto todos nuestros trabajos y mortificaciones (Casiano PL 49, 771).

2. Todo el edificio de las virtudes no se levanta más que para alcanzar *la perfección de la oración;* y si no llega a ese coronamiento que une y traba todas sus partes conjuntamente, no tendrá ninguna solidez ni duración. Sin las virtudes es imposible adquirir esta pacífica y continua oración; y sin esta oración, las virtudes, que son el fundamento, no alcanzarán jamás su perfección (Casiano, Conf. 9, 2).

SAN BASILIO MAGNO, Dr. (m. 379)

San Basilio el Grande, de Cesarea, es el hijo primogénito de una familia de santos. Su abuela, su padre y tres de sus hermanos están oficialmente canonizados. Fue gran amigo y condiscípulo de San Gregorio Nacianceno. Consagrado obispo lucha denodadamente contra las herejías y escribe Reglas para los monjes. Su actividad es incansable: defiende la fe católica con la palabra y con la pluma. Sus escritos son luminosos y convincentes (PG 29-32).

1. *¿Por qué Dios no nos concede enseguida lo que le pedimos?.* — Acaso lo difiere con el fin de que, repitiendo con asiduidad y frecuencia tu plegaria, conozcas lo que es la casa de Dios y conserves con celo las gracias recibidas; que lo que se adquiere con mucho trabajo, se conserva con más empeño...

Cuando pides y no recibes, tal vez es porque pides mal, sin fe o con ligereza, o lo que no te conviene, o porque te cansas de pedir (Regla Monástica).

2. Como el demonio sabe que la oración es el único medio por el que conseguimos todos los bienes, por eso hace todo cuanto puede para impedirla... Ella es como la comida, sin la cual no es posible vivir por largo tiempo (De Renumc.).

3. Quien desee librarse de los lazos del mundo y... gustar la divina dulzura, trabaje por apartar sus pensamientos de todo afecto terreno que perturbe el alma; así es como podrá contemplar las cosas divinas... Con esto vendrá a hacerse, en cuanto es posible, semejante a Dios... y entonces no es de maravillar que (a través de la oración) llegue al divino coloquio.

El alma limpia, colocada ya sobre lo alto de la creación, allí verá al Espíritu Santo *(Const. Monást. prooem).*

4. Cuando el ojo del alma haya quedado puro y sin sombra alguna, entonces podrá ya contemplar las cosas divinas, gracias a la luz de lo alto que viene a llenarle abundantemente, aunque sin hartarse. Y cuando esto venga a ser habitual, entonces se unirá con Dios, cuya semejanza ha adquirido en lo posible y a quien se ha hecho grato y carísimo entre los demás (Ibíd).

5. *Oremos con fervor.—* No imploremos el auxilio divino con negligencia ni andando errantes con el pensamiento. El que tal hace no sólo no alcanzará lo que pide, si no que irritará a Dios... Ofende a Dios el que quiere que le oiga cuando él mismo no se oye... Esto no es orar, sino escarnecerle; no es aplacar a Dios, sino indignarle; no es pedir o pretender mercedes, sino incurrir en nuevas ofensas, merecedoras de graves castigos; porque como dijo el profeta Jeremías (48, 10): *Es maldito quien hace la obra de Dios con negligencia* (Sm. de Orand. Ad. Deum.).

Por tanto, si debilitado por el pecado no puedes poner toda la atención, mantenla lo que puedas y Dios te perdonará, pues la causa de no poder mantenerte como debieras en su presencia, no es la negligencia, sino la fragilidad (Citado por Sto. Tomás: 2. 2. 9. 83. a13).

6. *No descuidar nunca la oración.—* Debemos de procurar en ser muy fieles en dar a Dios el tiempo que tengamos señalado

para la oración; y si alguna vez por alguna ocupación forzosa no pudimos tener la oración a su tiempo, debemos de quedar con un gran deseo de suplirlo y restaurarlo luego lo más pronto que pudiéramos (De Renumc.).

7. *"Yo le invocaré en mis días"*. —Este Santo Rey nos indica que la medida de su confesión y oración era toda la vida. Nosotros, al contrario, cuando hemos orado un solo día, y aunque no sea más que una hora, o hemos tenido el menor pensamiento de dolor por nuestras culpas, ya pensamos que estamos seguros como si hubiéramos expiado enteramente nuestros pecados (In Sal. 114).

8. *Hay que orar con fervor y perseverancia.* —Es preciso implorar el auxilio divino, procurando no pedirle con tibieza, porque si se ora sin aplicación, en vez de conseguir lo que se pide se merece la indignación de Dios, y la oración se convierte en pecado (Cont. cap. 1).

9. *"Orad sin intermisión"*. —Orarás sin intermisión si tu oración no se reduce a solas palabras, sino que todo el método detu vida es conforme a la divina voluntad, de tal modo, que pueda y merezca tu vida llamarse continua oración (Hom. in mart. Julittam).

10. Hay que estar libres de todos los tumultos externos y crear la paz más completa en la intimidad del propio corazón; sólo entonces podremos entregarnos a la contemplación de la verdad (Hom. in Sal. 39, 3).

11. *La oración ayuda a la perfección.* —Por esto, nosotros, dándonos cuenta de vuestro deseo, de llegar a esa perfección, con la ayuda de Dios y de vuestras oraciones, nos esforzamos en la medida en que nos lo permite la luz del Espíritu Santo por avivar la chispa del amor divino escondida en vuestro interior (Reg. Monást.).

12. Confía, pues, en la bondad divina, aguarda su auxilio. Ya sabes que, si nos convertimos a El de veras, no sólo no nos

echará, sino que con la oración todavía en los labios, nos dirá: ¡"Mira, aquí estoy!" (Ep. 174; PG 32, 649-652).

3. Cuando pides y no recibes, es porque pides mal: sin fe o con ligereza, o porque te cansas, o porque pides lo que no te conviene (Regra Monást. I).

14. Para no padecer distracciones en la oración, hemos de persuadirnos, como David, que Dios siempre está presente... Pues si aun en presencia de los hombres, nuestros iguales, procuramos guardar tal compostura y palabras que no hallen qué reprender ¡con cuánta mayor razón habremos de ser circunspectos si nos persuadimos que estamos delante de Dios! (Interrog. 316).

15. *¿Por qué Dios no nos da enseguida lo que le pedimos?* —Porque el Señor conoce mejor que nosotros lo que nos conviene; y aun puede ser que dilate concedernos lo que nos concede, con el fin de que se lo pidamos con más frecuencia y fervor, o para que conozcamos que es don suyo y que si nos lo confiere debemos conservarlo con cuidado (Const. I).

16. El Apóstol dice: *"Orad continuamente"* (1 Tes. 5, 17). Voy a explicar que hay que orar continuamente y que este mandamiento es posible cumplirlo. La oración es la petición de un bien hecho a Dios por personas piadosas. Pero ni la realizamos solo con palabras ni Dios necesita que lo invoquemos hablando, sino que conoce lo que nos conviene, aunque no se lo pidamos. Con esto queremos decir que lo esencial de la oración no está en los sonidos que se pronuncian, sino que su fuerza reside más bien en la intención del alma y en las obras virtuosas que se extienden a toda la vida, pues se dice: *"Ya comáis, ya bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios"* (1 Cor. 10, 31). Al ponerte a la mesa, reza; al comer el pan, da gracias al que te lo ha dado; al tomar vino para fortalecer el cuerpo débil, acuérdate del que te ha hecho ese regalo para alegrar el corazón y aliviar las enfermedades. ¿Has satisfecho la necesidad de ali-

mentarte? Pues que no termine el recuerdo del benefactor. Si te vistes una túnica, dale gracias a Dios que te la regala; si te pones un manto, ama con más intesidad a Dios que nos ha proporcionado vestidos acomodados al invierno y al verano para proteger nuestra vida y cubrir la desnudez.

17. ¿Se ha acabado el día? —Da gracias al que nos ha proporcionado el sol para poder realizar los trabajos diurnos y nos regala el fuego para alumbrar la noche y para las otras necesidades de la vida. Has de encontrar en la noche nuevos motivos para la oración: cuando mires al cielo y contemples la belleza de los astros, invoca al Señor de las cosas invisibles y adora al Artífice perfecto del universo que hizo todo con sabiduría (cfr. Ps 103, 24). Al observar toda la naturaleza animal dormida, adora de nuevo a Aquel que mediante el sueño nos relaja de los continuos trabajos aun sin nosotros quererlo y nos repara el vigor y las fuerzas con un breve descanso. La noche no sea toda ella como propiedad privada y exclusiva del sueño y no permitas que la mitad de tu vida sea inútil por el sopor del sueño, sino que has de distribuir el tiempo de la noche entre el sueño y la oración. Más aún, hasta los mismos sueños han de ser ejercicio de piedad. Porque las fantasías de los sueños suelen ser vestigios y rastros de las ocupaciones diurnas; y, por tanto, según sean las preocupaciones de nuestra vida, así serán también nuestros sueños. En conclusión, orarás continuamente si no dejas de rezar no con palabras, sino por la unión con Dios en todos tus quehaceres, de modo que tu vida sea una continua e ininterrumpida oración. (Sobre el martirio de Sta. Julita, 4-4. PG 31, 244-245).

18. Cuando reces, procura no pedir una cosa por otra e irritar así al Señor: no pidas dinero, gloria humana, poder ni nada pasajero; pide más bien el Reino de Dios y El te dará todo lo necesario para el cuerpo, como El mismo dice: *"Buscad el Reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura"* (Mt 6, 33). Hay dos clases de oración: la de alabanza con humildad y la de petición, que es inferior. Por tanto, cuando ores, no pases inmediatamente a la petición porque entonces demuestras

que oras solo movido por la necesidad. Cuando entres en oración, deja a la mujer, a los hijos y a ti mismo, abandona la tierra y asciende hasta el cielo, deja toda criatura visible e invisible y comienza a alabar al Creador del universo y mientras lo alabas no desvíes tu mente para acá y para allá ni en fábulas al estilo griego, sino inspírate en la Sagrada Escritura y di: "Señor, te bendigo a Ti, que eres clemente y misericordioso, que cada día tienes paciencia conmigo pecador y nos das a todos la posibilidad de la conversión. Por esto callas y nos aguantas, Señor, para que te alabemos a Ti que administras la salvación del género humano: unas veces con castigos, otras con amenazas, otras por los profetas y finalmente nos has visitado con la venida de Cristo. Tú nos has creado y no nosotros. Tú eres nuestro Dios".

19. Cuando hayas glorificado y alabado a Dios siguiendo las Escrituras según tus fuerzas, comienza con la oración de humildad: "Señor, no soy digno de hablar contigo porque soy muy pecador". Y lo has de decir aunque no te acuerdes de ningún pecado, porque nadie hay sin pecado sino solo Dios, pues aun cometiendo muchos pecados, de la mayoría de ellos no nos damos cuenta (...) Por tanto ora a Dios con temor y humildad. Y cuando hayas dicho la oración de humildad, dirás: "Te doy gracias, Señor, porque has sido paciente con mis pecados y no me has castigado hasta ahora aunque me hice digno de padecer innumerables suplicios y de ser echado de tu presencia; pero tu bondad clementísima fue magnánima conmigo. Te doy las gracias aunque no puedo corresponder a la magnitud de tu clemencia".

20. Cuando hayas acabado las dos partes primeras de la oración —la alabanza y la humildad—, entonces pide lo que has de pedir, pero no dinero, ni gloria terrena, ni salud corporal, como ya dije, pues Dios, que te creó, cuida de tu salud y sabe lo que conviene a cada uno: si buena o mala salud. Lo que has de pedir es, como está mandado, el Reino de Dios, pues El proveerá a las necesidades del cuerpo. Pues nuestro Rey es de suprema dignidad y se indignaría si le pidiéramos cosas pequeñas o no convenientes. Cuida, por tanto, cuando ores, de que no

se indigne y pide cosas dignas de este Rey que es Dios. Y cuando pidas cosas dignas de Dios no desistas hasta que las consigas, como dice el Señor en el Evangelio (cfr. Lc 9, 5-8). (...) Ahora bien, cuando alguien está en audiencia con una autoridad, está con mucho temor y tiene tanto la mirada externa como la interna del alma atenta para no distraerse o despistarse. ¡Cuánto más hemos de estar con temor y temblor ante Dios y tener nuestra mente centrada solo en él evitando cualquier distracción! Pues El no solo ve el exterior del hombre, como los demás, sino también el interior. Por tanto, si así estás en la presencia de Dios, concentrado en ti mismo, no desistas hata que obtengas lo que pides. Pero si tu conciencia te acusa de negligencia y estás en la oración con la mente distraída, pudiendo estar atento, no te atrevas a ponerte en presencia de Dios para no convertir tu oración en pecado. Pero si, debilitado por el pecado, no puedes rezar sin distracción de la mente, esfuérzate todo lo que puedas y mantente en la presencia de Dios, teniendo la mente dirigida hacia El y reconcentrándote en ti mismo. Entonces Dios te perdonará porque, si no puedes estar como conviene delante de Dios, no es por desprecio, sino por debilidad. Si así te esfuerzas para toda buena obra, no ceses hasta conseguir tu petición.

21. Y cuando pidas algo a Dios, llama a su puerta con constancia, porque *"todo el que pide recibe y el que busca encuentra y al que llama se le abre"* (Lc. 11, 10). (...) Pero alguno dirá: he pedido muchas veces y no he recibido. Seguro que es porque has pedido mal: sin confianza, de modo distraído o cosas que no te convienen; y si has pedido cosas que te convienen, no has perseverado en la oración, pues está escrito: *"con la paciencia salvaréis vuestras almas"* (Lc. 21, 19) y *"el que persevere hasta el fin se salvará"* (Mt 10, 22). Dios conoce el corazón de los que le suplican. Entonces, me dirás, ¿qué necesidad tiene de nuestra petición? ¿No conoce nuestras necesidades? ¿Para qué pedirle? Cierto que Dios conoce lo que necesitamos y nos proporciona con abundancia lo necesario para el cuerpo y, como es bueno, hace llover sobre justos e injustos y quiere que el sol salga sobre buenos y

malos, antes de que nosotros se lo pidamos. Pero la fe, las obras virtuosas y el Reino de los cielos no los obtendrás si no los pides con mucha insistencia y perseverancia. Primero hay que desearlos, después buscarlos con sinceridad, fe y constancia, sin que la conciencia te acuse de negligencia o distracción y, cuando Dios quiera, los recibirás, pues El sabe mejor que tú cuándo te conviene. Y quizá se retrasa en darte lo que pides para hacerte más perseverante y para que conozcas que es regalo de Dios y lo conserves con cuidado. Pues lo que uno ha conseguido con mucho trabajo, se esfuerza en guardarlo, no sea que perdiendo aquello, pierda también su mucho trabajo y perdiendo la gracia de Dios se haga indigno de la vida eterna. ¿De qué le sirvió a Salomón haber recibido pronto el don de la sabiduría, si luego lo perdió? (Cont. asc. c.1. PG 31, 1328-1337).

22. *La gloria de los monjes.*— Saben que nuestra gloria es la comunidad monacal de hombres y mujeres, que con su espíritu permanecen ya en el cielo. Ellos crucificaron su cuerpo junto con sus pasiones y tentaciones. Ellos ya no se preocupan de aquello que van a comer o vestir, sino de aquella oración por la que, sin perder el tiempo, día y noche, están unidos a Dios, aun cuando trabajan con sus manos (Carta n. 207, 2).

Después de la lectura siguen las oraciones. Las almas, en las cuales el amor a Dios se originó, cumplen con más rapidez y perseverancia. La oración que eleva la mente a Dios es buena. Justamente en esto está la vida de Dios en nosotros, cuando recordamos que el Señor vive en nosotros. De esta forma somos templos de Dios, procurando que esta unión no se interrumpa a causa de las preocupaciones terrenales, las inquietudes, y cuando las pasiones turban el intelecto. Quien, pues, ama a Dios y huye de todo esto, se orienta a Dios, aleja de su corazón las pasiones que lo conducen al pecado y permanece en la lucha que lo llevó a las virtudes (Cta. a S. Gregorio Nac. PG 32, 2-4).

23. Y ¡qué puede dar más suerte, aquí en la tierra, que imitar los coros de los ángeles! Cuando a cada ocupación precede la oración, cuando con cantos, como con sal condimentamos las

ocupaciones, los cantos hermosos y espirituales dan al alma alegría y esperanzada tranquilidad (Ibíd.)

24. *Empezar el día con himnos.*— Ir a la madrugada a la oración con cantos e himnos, alabando al Creador y luego, como el sol más claramente ilumina, volver al trabajo. Los salmos son tranquilidad para el alma, principio de paz, que tranquiliza los atormentados e inquietos pensamientos, que no solamente dominan la turbulenta ira, la despertada cólera espiritual, sino que la conduce a la misericordia. Los salmos fortifican a los congregados, reconcilian a los ofendidos, y entre amigos, inducen al amor. ¿Quién entonces puede tener por enemigo a aquel con el cual juntos elevan salmos a Dios? Y el canto de salmos une con aquel bien más grande que es el amor. Este canto es como si encontrara algún porvenir, una esperanza, una predisposición a una actitud conciliadora... Los himnos ahuyentan a los demonios y traen la protección de los ángeles (Hom. in Sal. 1).

25. *Es muy importante orar con humildad y con fervor.* —Tú, hijo, cuando vayas a rogar al Señor, póstrate humildemente en su presencia y no pidas nada por tus propios méritos. Aunque tengas conciencia de haber hecho algo bueno, ocúltalo, para que en tu silencio te sea restituida abundantemente por el Señor. No debes acordarte de lo bueno que hayas hecho, sino, pon en seguida tus pecados a la vista, para que Dios los borre cuando los hayas confesado.

Cuando te vayas a confesar, no te justifiques, para que no salgas condenado como el fariseo. Acuérdate del publicano y cómo oraba por sí e imítalo para que alcances el perdón de tus pecados.

No ores con voz clamorosa, al que conoce los secretos, sino, más bien llame a sus oídos el clamor de tu corazón. No prolongues ante El con demasiadas palabras, porque Dios no será aplacado por las muchas palabras, sino por el alma inmaculada.

En el tiempo de la oración aleja de ti toda malicia del corazón, y si tienes algo contra tu prójimo, perdónalo. Hay un género de serpiente que, cuando bebe el agua, antes de acercarse a la fuente vomita todo el veneno. Imita la astucia de esta

serpiente y arroja de tu alma todo el amarguísimo veneno. Perdona a tu consiervo los cien denarios, para que te sea perdonada a ti la deuda de diez mil talentos. Pues así como quieras que sea Dios para contigo, sé tú para tu consiervo.

Cualquier acción que emprendas, invoca primero a Dios y no dejes de darle gracias cuando lo hayas consumado.

26. Busca a Dios e invócalo de todo corazón y lo alcanzarás, y no lo dejes ir cuando lo tengas, para que se una tu alma con su amor.

Aplícate en tu vida para ofrecer a Dios una oración pura, y no turben tu corazón los pensamientos vanos, ni tu alma sea llevada por diversos sitios.

Recuerda que estás bajo los ojos de Dios, que mira los secretos del corazón y conoce lo oculto de las almas. Mantente con atención en la presencia de Dios durante el tiempo de la oración y de los salmos.

No te oprima el sueño del alma y no estén discordes el sentimiento y la lengua, sino en consonancia, y de ambos broten las palabras, porque como es imposible servir a dos señores, así tampoco podrá elevarse a Dios la oración dividida.

No transcurra para ti tiempo alguno ocioso o vacío, de día o de noche. Te conviene velar para que puedas huir más fácilmente de la tentación inminente.

Si los pensamientos sórdidos turbasen tu corazón y te llevaran a hacer lo que no es lícito, sean expulsados de tu alma por las oraciones y las vigilias. Pues la oración es la gran defensa del alma.

Por las oraciones puras nos es dado todo cuanto es útil para nosotros, y todo lo nocivo huirá sin duda.

Hijo, en tiempo de los salmos, salmodia sabiamente, y entona atentamente cantos espirituales ante el Señor, para que puedas percibir más fácilmente la virtud de los salmos. Así toda la dureza del corazón, con su dulzura será suavizada. Entonces tendrás dulce la boca y cantarás alegremente: "Cuán dulce es tu palabra a mi paladar, más que la miel en mi boca" (Sal. 118, 103). Pero no podrás sentir esta dulzura, si no cantas con suma vigilancia y sabiduría.

La boca gustará el alimento, pero el espíritu discernirá las palabras. Pues como la carne se alimenta con los alimentos carnales, así el hombre interior se nutre y alimenta con palabras divinas... (Admonitio ad filium spiritualem).

SAN ORSIESIO ABAD (m. 380)

San Orsiesio abad, discípulo de San Pacomio, fue uno de los grandes maestros del monaquismo en Oriente. Antes de morir escribió un libro para sus hermanos a modo de testamento, de donde extraemos las citas siguientes:

Por eso también nosotros, debemos examinar nuestros caminos, juzgar nuestra propia conducta y convertirnos al Señor, levantando al cielo nuestro corazón, y nuestras manos (orando al Señor) para que El sea nuestro apoyo en el día del juicio (c. 4).

Por tanto, volvamos al Señor nuestro Dios, para que nos oiga cuando le invoquemos, El que todos los días nos apremia a dedicarle algún tiempo para que le conozcamos (c. 33).

Al escuchar estas palabras, despertémonos del sueño, y por nuestra obediencia al Señor, merezcamos que tenga piedad de nosotros y nos diga: "*Pedid mi ayuda y Yo os escucharé*" (Is. 58, 9).

Ya que la clemencia de nuestro Señor y Salvador se nos manifiesta tan claramente invitándonos a la salvación, volvamos hacia El nuestros corazones; porque ya es hora de despertar del sueño. "*La noche está avanzada. El día se avecina. Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y revistámonos de las armas de la luz*" (Rom. 13, 11-12).

Teniendo todo esto en cuenta, volvámonos al Señor nuestro Dios diciéndole: "*Quita toda iniquidad; que alcancemos ventura y te ofrezcamos el fruto de nuestros labios*" (Os. 14, 3), y nuestra alma se alegrará en nuestro interior (c. 44).

SAN CIRILO DE JERUSALEN Dr. (m. 387)

San Cirilo fue consagrado Obispo de Jerusalén el año 348. Calumniado, fue arrojado de

su sede por tres veces. Tomó parte en el segundo concilio de Constantinopla. Sus famosas Instrucciones Catequísticas son uno de los más preciados tesoros de la antigüedad (PG. 33).

1. Cuando en la Misa el sacerdote clama: "Arriba los corazones"... respondéis: "Los tenemos dirigidos al Señor"... Nadie, pues, asista (a la Misa) de tal manera que diciendo esto con la boca, con la intención tenga su espíritu en los negocios de la vida. En todo tiempo, pues, debemos pensar en Dios, pero si esto, por la debilidad humana, nos es imposible, al menos en esta hora debemos procurarlo...

Después pedimos a Dios por los difuntos y principalmente por todos aquellos que murieron de entre nosotros, creyendo que esto les será de gran utilidad para las almas de quienes se ofrece la oración, mientra yace delante de nosotros la Víctima Santa que nos hace estremecer de respeto.

2. *Pues, ¿quién puede dudar de que nuestras oraciones son de gran utilidad a los difuntos?* —Os voy a persuadir con un ejemplo: Mirad, si un rey condenara al destierro a sus ofensores, y después unos amigos entretejiendo una valiosa corona se la ofrecieran al rey intercediendo por los desterrados, ¿acaso no les perdonaría la pena? Del mismo modo nosotros, ofreciendo a Dios nuestras oraciones por los difuntos, aunque tengan pecados, ¿no los perdonará?

3. *"Uno es el Santo, Uno el Señor, Jesucristo":* En verdad uno es el Santo, santo por naturaleza. Nosotros también somos santos, pero no por naturaleza, sino por participación (de El por la gracia) y por el ejercicio de la oración...

4. *Y cuando te acerques a la comunión,* ten cuidado no pierdas algo de El; porque si algo perdieres serás perjudicado... Dime: si alguno te diese unas limaduras de oro, ¿no las guardarías con toda diligencia, cuidando no perder nada de ellas ni sufrir ningún

menoscabo? ¿No procurarás, pues, con mucha más diligencia que no se te caiga ni una migaja de lo que es más precioso que el oro y que las piedras preciosas? (Catequesis).

5. *La oración del Padrenuestro* en la invocación inicial refleja el "grandísimo amor de Dios para con el hombre", queriendo "ser llamado incluso Padre" por quién otorgó el "perdón de sus maldades", así como "la participación de su gracia". A El le pedimos *la santificación de su nombre* "en nosotros, santificados y haciendo obras dignas de la santidad". Suplica *la venida de su reino* aquel en quien "no reina el pecado" (cf. Rom. 6, 12), sino que "se ha purificado a sí mismo de obra, pensamiento y de palabra". Ese pide seguidamente que en él *se cumpla la voluntad de Dios en la tierra* como "se cumple en los ángeles" (cf. Sal. 102, 20), suplicando, asimismo, para el "hoy" de esta vida, *el pan nuestro sustancial*, es decir, "el pan santo..." preparado para sustancia del alma. El *perdón de las propias deudas* lo piden quienes reconocen tener "muchos pecados", mintiendo en caso contrario (Cf. 1 Jn. 1, 8), conscientes de que mediante la comparación, "así como" en esa súplica "hacemos un pacto con Dios" para que nos perdone nuestros pecados, del mismo modo que nosotros perdonamos las ofensas de nuestros prójimos. Y para que no nos hagamos remisos en perdonar, consideremos la diferencia. Porque las ofensas de nuestros prójimos contra nosotros son livianas y pequeñas, mas las que nosotros cometemos contra Dios son tan grandes que sólo con el auxilio del mismo Dios somos capaces de borrarlas.

Guárdate, pues, de que Dios te cierre el perdón de tus gravísimos pecados, por no perdonar tú unas pequeñísimas ofensas.

6. *Y no nos dejes caer en la tentación.* ¿Nos mandará el Señor rezar de esta manera para que de ninguna forma seamos tentados? Pues ¿cómo está escrito: El varón que no es tentado, no está probado? Y en otra parte: "Recibid, hermanos, gran alegría cuando fuereis probados con varias tentaciones"... Oye, pues, al coro de los santos: "Nos probaste, Señor, como la plata en el crisol; nos pusiste en el lazo y pusiste trabajos sobre nuestras espal-

das... Pasamos por agua y fuego, pero al fin nos colocaste en lugar de refrigerio". ¿No ves cómo se alegran de haber pasado la prueba sin ser por ella vencidos?

7. *Más líbranos del mal.* Si no hubiéremos de ser tentados, no necesitaríamos añadir que nos librase del mal. El malo es el demonio, del cual pedimos vernos libres. Y al terminar la oración, decimos: *Amén*; sellando con ese amén, que significa *hágase*, todo cuanto hemos dicho en esa oración dada por Dios (Catequesis, 23, 11-18).

8. Ten fe segura, firme esperanza y fundamento fuerte para que por el mismo lugar ocupado por el enemigo pases hasta el Señor. Prepara tu corazón para recibir la doctrina y para la participación de los sagrados misterios. Ora frecuentemente y no ceses ni de día ni de noche para que Dios te haga digno de esos inmortales misterios; y cuando el sueño se aparte de tus ojos, tu alma vuelva a la oración...

9. Mío es decírtelo, pero tuyo el hacerlo, y de Dios el de perfeccionar la obra. Afirmemos nuestra alma y preparemos el corazón ya que se trata de una lucha del espíritu y se nos promete un premio eterno. Porque poderoso es Dios (si se lo pedimos) que conoce vuestros corazones y sabe quién es sincero y quién engañador... (Procatequesis).

10. Ora frecuentemene y no ceses ni de día ni de noche para que Dios te haga digno de los inmortales misterios; y (por las mañanas) cuando el sueño se aparte de tus ojos, vuelva tu alma a la oración.

Si algún pensamiento torpe asaltare tu alma, refúgiate con el recuerdo del juicio, para que te sea aviso de salvación (Procatequesis).

11. Tantos años como pasaste trabajando por las cosas del mundo, y ahora, ¿no podrás dedicar cuarenta días para la oración en provecho de tu alma? (Catequesis 1.ª).

12. Durante la noche es cuando con más atención se cantan los salmos o hacemos nuestra oración, y cuando más veces nos acordamos de nuestros pecados (Catequesis 9).

SAN GREGORIO NISENO (m. 390)

San Gregorio de Nisa era hermano de San Basilio Magno y amigo de San Gregorio Nacianceno. Primeramente se casó, después fue monje, y, finalmente, fue consagrado Obispo de Nisa. No fue gran predicador como su hermano; pero como teólogo especulativo y místico, fue, sin duda, muy importante. Su principal obra fue la Catechesis *o resumen de la Doctrina Cristiana, que dedicó a los maestros (PG 44-46).*

1. La oración es la obra sagrada y divina por excelencia. Pero creo que hay más interés por las demás cosas, y cada uno se dedica a su negocio y olvida la oración. Tanto el que vende como el que compra se preocupan en madrugar para que nadie se les adelante, y corren al lugar de su negocio, al foro, no a la oración. Así, el artista y el obrero, el orador y el estudiante, se dedican de lleno a su negocio y se olvidan de la oración. Igualmente, el que compone oraciones, a veces se olvida de Dios que puede darle el espíritu de oración, y olvidándose de Dios, cree que su esfuerzo vale más que la oración...

2. Si la oración precede al trabajo, el pecado no encontrará entrada en el alma. La oración aparta al agricultor del pecado, para no caer en la avaricia. Y cualquier negocio que se emprenda tendrá éxito y se librará del pecado por la oración. Pero si se deja la oración dedicado totalmente a los negocios, terminará mal. El que no se une a Dios por la oración, se aparta de Dios. Y el que con Dios está por la oración, se aparta del maligno...

3. La oración es defensa del pudor, nos ofrece moderación en la ira, mesura en la soberbia, olvido en las injurias, nos libera de la envidia, de la injusticia y de la impiedad. La oración nos ofrece fuerzas naturales, abundancia de provisiones, rectitud en el ejercicio de la ley, defensa del reino, trofeo en la guerra, seguridad en la paz, reconciliación con los enemigos, unión con los aliados. La oración es sello de la virginidad, fidelidad en el matrimonio, escudo de caminantes, guarda de los durmientes, confianza de los vigilantes, fertilidad de los labradores, salud de los navegantes...

La oración es patrona de los reos y de los abogados, consuelo de los presos, alivio de los cansados, medicina de los tristes, deleite de los felices, solaz de los que lloran, corona de los esposos, alegría de los aniversarios, compañía de los que mueren. La oración es conversación con Dios, contemplación de lo invisible, esperanza de las cosas que se desean. Nos otorga un honor semejante a los ángeles, aumento de bienes, separación del mal, corrección de pecados, fruto de las cosas presentes, esperanza de las futuras...

4. La oración de Jonás convirtió la ballena en morada, a Ezequías lo trasladó de las puertas de la muerte a la vida, a los tres jóvenes les convirtió la llama en húmeda brisa, a los israelitas les dio la victoria contra los amalecitas...

5. Los niños al principio se contentan con la leche materna, y cuando crecen aspiran a bienes superiores. Así también Dios, que quiere lo mejor para el hombre, no le escucha cuando pide nimiedades, para que aspire al deseo de cosas sublimes. Por tanto, tú no te entretengas en pedir a Dios bagatelas, pídele cosas grandes. Pues es una necedad acercarse a Dios y pedir cosas temporales al Eterno, terrenas al Celeste, bajas al Altísimo y despreciables al que concede el Reino de los Cielos...

6. Para conseguir de Dios lo que deseamos, no es necesario hablar mucho, como los gentiles, que creen que serán oídos por su palabrería. La oración que debemos presentar ante Dios es sobre todo el Padrenuestro (De oratione dominica I, PG 44, 1119-35).

7. Ninguna de cuantas cosas hay por las que suspiran en este mundo los mortales, ninguna de cuantas se puedan considerar preciosas, tanto por su vista como por su valor, ninguna, repito, puede igualar a la oración... Por tanto, si no fueres oído a la primera vez que rogares, no aflojes la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser forzado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad. Buena es la violencia, ya que con ella, lejos de ofenderse nuestro Dios, se calma y aplaca (In Sal. Pennit. 6).

8. A los santos discípulos, que con afán querían aprender a orar, el Verbo divino les enseñó cómo había que proceder para que las palabras de la oración fueran escuchadas por Dios. Yo me atrevo a añadir un poco a lo que está escrito, porque esta sociedad de hoy tiene que aprender antes que el modo de orar, la absoluta necesidad de orar. La gran mayoría no ha escuchado esto aún, porque de hecho muchos tienen olvidada y descuidada esta obra sagrada y divina que es la oración. Haré todo lo posible para demostrar con mi palabra en primer lugar que es absolutamente necesario perseverar en la oración, como dice el Apóstol (cfr. Rom. 12, 12) y a continuación comentaré el modo de presentar nuestra oración a Dios, que nos enseñó la Palabra divina.

9. Actualmente las personas se preocupan de todo, poniendo toda su alma en distintas cosas, pero no tienen interés por el bien de la oración: el comerciante madruga a sus negocios, intentando ofrecer su mercancía a los clientes antes que otros para que, adelantándose, le compren a él; lo mismo el comprador se apresura a conseguir lo que necesita no sea que otro se le adelante ante sus propios ojos y se quede sin nada. La gente corre no a la iglesia, sino a la plaza. Y así, teniendo todos semejante ambición de ganancia que casi llegan a pelearse, con tales preocupaciones el tiempo de la oración se convierte en tiempo para el negocio. Lo mismo ocurre con el artesano, con el maestro de retórica, con el abogado, con el juez: cada cual, dándose por completo a lo que lleva entre manos, se olvida de entregarse a la oración considerando que ocuparse de las cosas de Dios perjudica a su profesión.

Pues el que ejerce un trabajo manual juzga inútil para su oficio el auxilio divino; y así, omitiendo la oración, pone la esperanza en sus manos, olvidando al que le ha dado las manos; de modo similar el que prepara con todo esmero un discurso elegante, no piensa en el que le ha dado la facultad de hablar, sino que, como si él se hubiera conseguido esta facultad por su cuenta, se entrega a su estudio y a la enseñanza de los discípulos y piensa que no va a obtener ningún beneficio con la ayuda de Dios, sino que su trabajo es prioritario a la oración. De manera parecida el resto de trabajos, oficios y profesiones de la vida: con la preocupación de las cosas corporales y terrestres se olvidan de ocupar el alma en las cosas superiores y celestes.

10. Por eso cada día aumenta más el pecado en el mundo e invade todas las actividades humanas, pues el olvido de Dios se va apoderando de todos y los hombres no se adhieren a la oración a la vez que a sus actividades. En los negocios entra la avaricia y la avaricia es una idolatría (cfr. Col. 3, 5). Así el labrador no trabaja el campo en proporción a sus necesidades sino que ambiciona más y ensancha sus campos en su provecho metiéndose en los linderos ajenos y da cabida al pecado de ambición. De ahí nacen disputas y riñas sobre los linderos de los campos entre los que están dominados de modo parecido por la enfermedad de la avaricia. De ahí proceden a menudo los enfados, los malos deseos, el llegar a las manos e incluso el derramamiento de sangre y el homicidio. Algo parecido ocurre en los tribunales de justicia, donde se cometen infinidad de pecados de injusticia: el juez unas veces de modo voluntario inclina la balanza en contra de la justicia y otras veces involuntariamente, apoyándose de forma meticulosa en que las declaraciones han sido imperfectas a pesar de ser verdaderas, dictamina algo que es injusto. Pero ¿para qué vamos a exponer en detalle todos los casos de la vida en que se cometen pecados de muchas y diversas maneras? La causa de estos pecados está en que los hombres no ponen el sentido de Dios en las ocupaciones que llevan entre manos.

11. Si la oración precediera al negocio, no habría cabida al pecado en el alma. Pues, si está presente en el corazón el

recuerdo de Dios, no surgen pensamientos de enemistad y la justicia se convierte en intermediaria de las controversias. La oración aleja al labrador del pecado porque le aumenta los frutos en un poco de tierra, de forma que no le entre el pecado de ambicionar más. Igual ocurre con el caminante o con el que prepara lo mismo una expedición que una boda. Así, todo el que proyecta cualquier negocio, si lo realiza con oración, irá bien en lo emprendido sin caer en pecado y sin que ningún enemigo le haga inclinar el alma a la pasión. Pero si se entrega al negocio por completo abandonando a Dios, necesariamente, al estar fuera de Dios, se encontrará con enemigos. Y se aparta de Dios el que no se une a El por la oración. Por consiguiente, lo primero que tenéis que aprender es que *"hay que orar siempre y no desfallecer"* (Lc 18, 1), pues de la oración nace el estar con Dios y el que está con Dios está alejado de los enemigos.

12. La oración es salvaguarda de la prudencia, moderación de los impulsos, control de la soberbia, olvido de las injurias, destrucción de la envidia, eliminación de la injusticia, corrección de la impiedad. La oración es fortaleza de los cuerpos, abundancia de la casa, buen gobierno de la ciudad, poder del reino, victoria de la guerra, seguridad de la paz, reconciliación de los enemigos, perseverancia de los amigos. La oración es sello de la virginidad, fidelidad del matrimonio, escudo de los peregrinos, guardián de los que duermen, audacia de los centinelas, fertilidad de los labradores, salvación de los navegantes. La oración es abogada de los encausados, liberación de los encarcelados, descanso de los fatigados, consuelo de los afligidos, gozo de los alegres, alivio de los que lloran, corona de los casados, fiesta de los recién nacidos, funeral de los difuntos. La oración es diálogo con Dios, contemplación de lo invisible, certeza de lo que se espera, igualdad de honores con los ángeles, progreso en la virtud, alejamiento del mal, conversión de los pecadores, disfrute de los bienes presentes y prenda de los futuros. La oración convirtió para Jonás la ballena en una vivienda (Jon. 2, 3ss); a Ezequías lo restituyó de las puertas de la muerte a la vida (2 Rey.20, 5ss); a los tres jóvenes les cambió la llama de fuego en viento

refrescante (Dan. 1, 23ss); dio la victoria a Israel sobre los amalecitas (Ex. 17, 11ss); y en una noche con espada invisible hirió a ciento ochenta y cinco mil asirios (2 Rey. 19, 35). Y se pueden poner mil ejemplos más, de los que se concluye que nada en esta vida hay superior y más valioso que la oración.

13. Tiempo habrá de explicar esto comentando la misma oración del Señor, pero antes diremos que a tantos y tan variados favores que hemos recibido de la gracia divina hemos de corresponder con la oración y la acción de gracias a nuestro Benefactor. Pienso que aunque pasáramos toda la vida en coloquio con Dios dándole gracias y rezándole, estaríamos tan lejos de una justa correspondencia como al comenzar a darle gracias. El tiempo se divide en tres partes: pasado, presente y futuro. En los tres se reciben beneficios del Señor: si consideras el presente, resulta que vives en El; si el futuro, El es para ti esperanza de las cosas a las que aspiras; si el pasado, no existirías si El no te hubiera hecho. El nacimiento es un don suyo; tu vida posterior también es regalo, pues en El vives y te mueves, según dice el Apóstol (Hech. 17, 28); las esperanzas futuras dependen también de su acción. Pero como tú eres dueño solo del presente, aunque no dejes de dar gracias a Dios en toda tu vida, apenas podrás agradecer el presente, sin poder pensar en agradecer los beneficios del pasado y del futuro. Y sin embargo, estando tan lejos de poder dar las debidas gracias a Dios, no dedicamos a la alabanza divina no ya todo el día, sino ni aun una mínima parte del día.

14. ¿Quién me ha hecho la tierra firme bajo mis pies? ¿Quién ha hecho con sabiduría navegable el mar? ¿Quién me ha construido el cielo como un techo? ¿Quién me trae la lámpara del sol? ¿Quién hace brotar fuentes en los valles? ¿Quién ha proporcionado cauce a los ríos? ¿Quién puso a mi servicio los animales irracionales? ¿Quién me hizo partícipe de su vida y de su pensamiento a mí que soy polvo inanimado? ¿Quién formó este barro a imagen de la impronta divina? ¿Quién devolvió a su primitiva hermosura la imagen divina afeada en mí por el pecado? ¿Quién me devolvió a la felicidad primera a mí que estaba expulsado del paraíso, privado del árbol de la vida e inmerso en

el abismo de la vida material? "*No hay quien entienda*", dice la Escritura (Rom. 3, 11). Si meditáramos esto estaríamos dando gracias continuamente toda nuestra vida. Pero ahora casi todos los hombres sólo están despiertos para lo material. En esto ponen su afán y su ilusión; en torno a esto gira su memoria y su esperanza; los hombres se desvelan y no duermen por la ambición de tener más en todos los negocios que se pueden imaginar; tanto si se trata de honores y gloria como de riquezas o cualquier locura de pasión, en todo el hombre busca ir a más. Pero en los bienes verdaderos de Dios, presentes o prometidos, nadie piensa. Mas tiempo habrá de poder explicar este pensamiento con las mismas palabras de la oración dominical.

15. Se nos dice que si aprendemos a pedir conseguiremos lo que queremos. ¿Qué es, pues, lo que tenemos que aprender? —"*Cuando oréis, no seáis palabreros como los gentiles, que piensan que por su verborrea van a ser escuchados*" (Mt. 6, 7). Esta enseñanza es tan clara en sí misma que no necesita ninguna otra aclaración, de no ser el sentido de la expresión "palabreros", a fin de que, entendiéndolo bien, evitemos lo que se prohíbe. Creo que se recrimina la vaciedad de pensamientos y se critica a los que se sumergen en deseos vanos y por eso se ha inventado esta palabra extraña y nueva, para reprobar la locura de quienes viven arrastrados por los deseos de cosas inútiles y vanas. Pues la palabra prudente, inteligente y útil con toda propiedad se llama "palabra"; pero la que se desparrama en deseos vacíos de placeres inconsistentes, no es palabra, sino "palabrería", dicho de otra manera, "charlatanería", "tonterías" o cualquier vocablo sinónimo. ¿Qué nos enseña esta expresión? Que cuando recemos no caigamos en esta agitación como ocurre en la mente de los locos, pues como no tienen bien la cabeza, no piensan que les ocurrirán cosas razonables, sino que imaginan a su antojo cosas felices e inverosímiles: tesoros, bodas, reinos, grandes ciudades a las que les dan sus nombres y piensan que están donde su mente se imagina; algunos están tan trastornados que creen incluso que cambian de naturaleza y se convierten en aves, o que lucen como si fueran estrellas o que levantan montes con sus manos o

que pueden volar por el cielo o que viven innumerables años convirtiéndose de viejos en jóvenes. Tales fantasías y creaciones produce su corazón vacío y loco.

16. El que no piensa lo que va a hacer a fin de que le resulte bien, sino que se detiene en deseos vanos, es un pobre tonto, puesto que emplea en tales fantasías el tiempo que había de dedicar a la deliberación. Del mismo modo quien en el tiempo de la oración no atiende a lo que conviene a su alma y piensa que a Dios le van a agradar los movimientos y distracciones viciosas de su mente, es realmente un tonto y un "palabrero", pues pide a Dios que colabore y sirva a sus propias necedades. Supongamos, por ejemplo, que se acerca uno a Dios para orar y, sin pensar la excelencia del Poder al que se acerca, deshonra la Majestad Divina con peticiones torpes y sucias; es como uno que, por ignorancia pensara que unos vasos de barro son de oro y cuando el Rey va a distribuir riqueza y dignidades él le pide que le dé algo de aquella materia que a él le gusta, que en realidad es barro. Así ocurre con el que utiliza la oración con ignorancia y no se eleva a la altura del Donante divino, sino que quiere que la Potencia divina descienda hasta sus sucios, bajos y terrenos deseos y dirige sus impulsos apasionados al que conoce los corazones no para que le cure los movimientos absurdos de su mente, sino para que se conviertan en peores con la ayuda de Dios, ya que van dirigidos hacia el mal. Le dice a Dios: "como fulano me molesta y le odio de corazón, castígalo"; sólo le falta decir: "que mi mal deseo esté en Ti y que mi maldad pase a Ti". Así como en una pelea no se puede prestar auxilio a un contendiente sin enfadarse contra el otro, así el que le reza a Dios contra su enemigo, le pide que se enfade y se haga socio de su ira. Entonces la Divinidad incurriría en una pasión y se comportaría al modo humano, cambiando su naturaleza buena en crueldad propia de fieras. Lo mismo hace el que busca honores, el que quiere sobresalir por soberbia, el que ansía ganar un juicio, el que busca el premio en las competiciones deportivas, el que anhela los aplausos en el teatro, y hasta el que se consume por el rabioso deseo de la juventud. Todos estos no piden a Dios que

los libre de su enfermedad, sino que les consiga el objeto de su pasión. Y si no obtienen lo que piden, creyéndose desgraciados usan de palabrería, suplicando a Dios que colabore en su enfermedad y, lo que es más grave, quieren que la Divinidad se divida en movimientos contradictorios, dividiéndose la Potencia divina en crueldad y en benignidad, pues quieren que sea propicio y benigno para con ellos y a la vez le ruegan que sea duro e inmisericorde con sus enemigos. ¡Qué locura la de los palabreros! Pues si Dios es duro para con otros, no será blando contigo. Y si es propenso a la misericordia para contigo, como lo esperas, ¿cómo se va a cambiar en lo contrario convirtiendo la misericordia en crueldad?

17. Pero algunos no están de acuerdo con esto y para apoyar su dureza aducen textos de los profetas: David desea que los pecadores mueran y pide la vergüenza y la confusión para los enemigos (cfr. Sal. 9, 1ss); Jeremías desea que Dios se vengue de sus adversarios y los castigue (Jer. 10, 17); Oseas le pide que las mujeres de sus enemigos se queden estériles y que sus pechos se sequen (cfr. Os. 9, 6ss); y citan otros muchos textos parecidos de la Sagrada Escritura, concluyendo que conviene imprecar a Dios contra los enemigos y pedirle que la bondad divina colabore con la crueldad de ellos. Pero nosotros, saliendo al paso de tales afirmaciones, haremos callar a los palabreros, rebatiendo cada uno de los argumentos aducidos.

18. Ninguno de los textos sagrados divinamente inspirados por el Espíritu Santo, cuyas palabras han sido escritas según la disposición divina para instruir a las generaciones venideras, tiene intención alguna de hacer el mal, sino que la finalidad de todos era corregir los vicios vigentes en su época. El que reza que no haya enfermos ni pobres no desea que se mueran, sino que desaparezca su enfermedad y pobreza; así cuando alguno de aquellos santos pide que muera lo que es adversario y enemigo a la naturaleza, sólo los no entendidos piensan que está deseando males a los hombres. Cuando el Salmista dice: "*Desaparezcan de la tierra y dejen de existir los pecadores y los inicuos*" (Sal. 9, 18), lo que está pidiendo es que desaparezca el pecado y la

iniquidad. Pues el hombre no es enemigo del hombre, sino que es la voluntad libre que se inclina hacia el mal la que considera enemigos a quienes la naturaleza constituye amigos. Pide que desaparezca la maldad, pero el hombre no es maldad. ¿Cómo va a ser maldad el que es imagen de la Bondad?

19. Cuando se pide vergüenza y confusión para los enemigos, se refiere a la multitud de enemigos que, movidos por el Enemigo invisible, atacan al alma humana; de ellos Pablo habla con más claridad cuando dice que "*nuestra lucha es contra los principados, potestades y poderes de este mundo y contra los espíritus del mal que están en las alturas*" (Ef. 6-12). Se trata de las asechanzas del demonio que tientan a los hombres al mal: circunstancias que invitan a la violencia, ocasiones de concupiscencia, envidia, odio, soberbia y cosas semejantes. Cuando el gran Profeta ve al alma de cada uno rodeada de estas tentaciones, pide que se avergüencen estos enemigos, es decir, que él se salve, porque es natural que el que ha sido vencido en una competición se avergüence de su derrota, lo mismo que el vencedor se alegra de su victoria. Es lo que dice el Salmista: "*Se avergüencen y sean confundidos los que asaltan mi alma*" (Sal 6, 11). No se pide contra los que están al acecho para robar el dinero, o contra los que pelean sobre los linderos de los terrenos o contra los que intentan causar algún mal corporal, sino contra los que insidian al alma. Pero insidiar al alma ¿qué otra cosa es que alejarse de Dios? Y el alma sólo se aleja de Dios por la inclinación de las pasiones, ya que la Divinidad está exenta de pasiones y por tanto el que se desenvuelve siempre entre pasiones se aleja de la unión con la Divinidad. Para que esto no suceda se pide la vergüenza de los adversarios. Y esto es lo mismo que pedir la propia victoria sobre los enemigos, que son las pasiones.

20. Así Jeremías (Jer. 10, 1ss), llevado del celo de la piedad para con Dios, cuando el rey de su tiempo daba culto a los ídolos y sus súbditos se desviaban con él, no se deja llevar de su pasión, sino que suplica a Dios el bien de los hombres y que la cólera contra los impíos se convierta en lección para la humanidad. Lo mismo el profeta, al ver que la maldad se iba propagando entre

los israelitas, con razón los condena a la esterilidad y quiere que se sequen los pechos amargos del pecado, de modo que ni nazca ni se alimente ningún mal para el hombre; por eso dice: "*Dales, Señor, seno estéril y pechos secos*" (Os. 9, 14). Y si hay en los Libros Sagrados alguna otra expresión parecida que suene a ira, hay que entenderla como referida a eliminar el vicio, no a la persona". "*Dios no hizo la muerte*" (Sab. 1, 13) ¿Oyes la sentencia? ¿Cómo va a invocar la muerte incluso sobre los propios enemigos, Dios que es ajeno a la muerte? No se alegra en la destrucción de los vivientes. Pero el palabrero, que suplica el favor de Dios contra sus enemigos, le pide que se alegre de las desgracias de los hombres.

21. Pero algunos, dirás, obtuvieron principados, honores y riquezas tras pedirlos en la oración y fueron considerados amigos de Dios por tener tan buena suerte; ¿Cómo nos vas a prohibir pedir a Dios tales cosas? Nadie ignora que todo depende de la voluntad de Dios y que esta vida está dirigida desde arriba. Pero sabemos que la causa de estos éxitos no es la oración: Dios no da estos bienes porque se lo piden, sino para fortalecer la confianza en Dios de los más simples, de modo que experimentando poco a poco en pequeñas peticiones que Dios escucha a los que le suplican, nos elevemos al deseo de dones más altos y más acordes a Dios. Así lo vemos en nuestros hijos, que al principio se adhieren a los pechos maternos buscando sólo lo que la naturaleza les proporciona por medio de la madre; pero cuando el niño crece y comienza a hablar, rechaza el pecho y juega con el gorro, el manto y todo lo que ve atractivo; cuando llega a la juventud y se desarrolla su cuerpo y su inteligencia, abandona las aficiones y deseos infantiles y les pide a sus padres lo propio de un adulto. Así también Dios, que a través de todas las cosas enseña al hombre a que lo descubra, muchas veces no desoye las pequeñas peticiones para invitar al que ha conseguido esos pequeños beneficios a aspirar a cosas más altas. Por tanto, si fulano, que procedía de familia baja, se ha hecho famoso e ilustre o ha conseguido cualquier otra cosa que se estima en este mundo, principados, riqueza, fama, tú piensa cuál es el fin de todo eso, a saber, que a través de la bondad de Dios que aparece

en estas cosas se te manifiesta su poder para que te des cuenta de pedir al Padre no juguetes y cosas infantiles, sino dones mayores y más perfectos: los que proporcionan ganancia al alma. Sería de lo más necio, al acercarse a Dios pedir al Eterno cosas temporales; al Celeste cosas terrenas; al Altísimo bajezas; al que da el Reino de los cielos esta pobre felicidad terrena; al que da lo que no se puede quitar, el uso en precario de lo ajeno, cuya compra no es necesaria, su usufructo temporal y su administración peligrosa.

22. Bellamente indica el Señor este absurdo cuando añade "*como los gentiles*" (Mt. 6, 7), pues poner el afán en las cosas visibles es propio de quienes no tienen esperanza en el mundo futuro, ni miedo al juicio o al infierno, ni deseo del cielo ni de nada de lo que se espera en la Resurrección. Son como los animales, que miran a la vida presente viendo cómo poder satisfacer su gula, su vientre o el resto de los placeres corporales, considerando todo esto como bienes; lo mismo el mandar sobre otros, el tener más prestigio que los demás, el amasar una gran fortuna, o cualquier otra mentira de este mundo. A todos estos, si alguien les habla de la esperanza futura, les parece un loco, pues les menciona el paraíso, el Reino, la morada de los cielos y lo demás. Es propio de los que no tienen esperanza que se agarren y apeguen a la vida presente; por eso con todo acierto la Escritura llama "de los gentiles" a sus pasiones y deseos vanos que pretenden obtener con la oración, creyendo que conseguirán esas futilidades y que la Divinidad les ayudará en esas cosas no rectas e innecesarias, "*pues piensan que en su verborrea van a ser escuchados*" (Mt. 6, 7). Pero lo cierto es lo que hemos aprendido en la exposición precedente. (La Oración del Señor, c. I. PG 44, 1120-1136).

23. La oración nos acerca y une a Dios... (Hm. 2. PG 44).

24. Es la oración una conversación con Dios, contemplación de las cosas invisibles, confianza cierta de conseguir lo que se desea, elevación del hombre a la honra de los ángeles, pro-

greso y aumento de los bienes, ruina de los males, enmienda de las culpas, fruto de lo presente y seguridad de lo futuro (Ibíd.)

25. La oración del Señor nos enseña a purificar de tal modo nuestra vida, que haciéndola semejante a la vida del cielo, halle en nosotros el cumplimiento de la voluntad de Dios tan poco obstáculo como en los espíritus celestiales, los que jamás sienten impedimento alguno para la ejecución del bien (Orat, 4).

26. El que dice a Dios en la oración: "santificado sea tu nombre", le dice estas palabras: "Señor, haced que mediante vuestra protecicón y auxilios, yo sea irreprensible, justo y piadoso; que yo diga la verdad y haga lo bueno"; porque es cierto que Dios no puede ser glorificado por el hombre, sino cuando su virtud y piedad son tan excelentes que persuadan a los otros que es preciso que sea la omnipotencia de Dios la que produzca tan grande efecto (Orat. 2 de or. Dom.)

SAN MACARIO EGIPCIO (m. 390)

San Macario el Egipcio, o el Grande, nació alrededor del 300, y fue uno de los pioneros del desierto de Escete, siguiendo en su modo de vida anacorético el ejemplo de San Antonio, al que visitó dos veces. Tuvo muchos discípulos y fue ordenado sacerdote (PG 34).

1. Preguntaron a abba Macario, diciendo: "¿Cómo debemos orar?" y el anciano contestó: "No es necesario hablar mucho: basta que extiendas las manos, diciendo: ¡Señor, como tú sabes y quieres, ten piedad de mí!" Si te llega una tentación, di: "¡Señor, ayúdame!" Pues El sabe lo que nos es útil y tiene misericordia con nosotros". (Apotegma 472).

2. En efecto: aquellos que se esfuerzan en orar, aun incluso contra los deseos del corazón, si al mismo tiempo se esfuerzan por ser humildes, dulces, inocentes y generosos con los demás... En respuesta a estos esfuerzos, el Señor, que ve el deseo

ardiente del hombre, le dará el poder cumplir sin pena, a pesar de sus esfuerzos, todas estas prácticas, y llegarán a ser para él, como una segunda naturaleza. Pues, al final, el Señor viene hacia el hombre y permanece en él, y él en el Señor. Y el mismo Señor cumple en él, sin esfuerzo, sus propios mandamientos, colmándolo con los frutos del Espíritu Santo...

3. El Señor que ve sus necesidades y sus esfuerzos, les tenderá una mano caritativa; los fortificará y hará de ustedes un soldado bien armado y preparado para la batalla...

4. El alma debe saber hasta qué punto, estando sola, no tiene fuerza. No esperen nada de sí mismos, póstrense ante Dios y, en su corazón reconozcan que no son nada. Entonces la gracia todopoderosa creará todas las cosas de esa nada. Aquel que, con una humildad perfecta, se pone entre las manos del Dios de la misericordia, atrae al Señor hacia él y se hará fuerte con su fuerza.

5. Aunque tenemos que esperarlo todo de Dios y nada de nosotros mismos, sin embargo (suplicando la ayuda de Dios), debemos esforzarnos a obrar desplegando toda nuestra fuerza para crear en nosotros algo adonde Dios pueda venir en ayuda y que pueda ser penetrado por la fuerza divina. La gracia ya está presente en nosotros, pero no actuará hasta que el mismo hombre haya actuado, llenando con su fuerza la debilidad del hombre. Ofrezcan a Dios, pues, firme y humildemente el sacrificio de su voluntad y seguidamente obrarán sin la mínima vacilación y no a medias. (Citado por Teófano el Recluso. Sublimidad de la Oración interior. Buenos Aires, 1989).

6. Los que han merecido llegar a ser verdaderos hijos de Dios y renacer del Espíritu Santo, los que poseen en sí mismo a Cristo, que los ilumina y consuela (en la oración), éstos reciben del Espíritu de Dios unos favores y operaciones de otro género, y la gracia obra invisiblemente en sus corazones sin turbar su quietud..., sintiendo a veces una santa embriaguez celestial que mantienen en íntimo silencio, gozando en el alma de grandísima paz e indecibles delicias.

7. Otras veces el Espíritu Santo alumbra su inteligencia y les comunica una inefable sabiduría y unos altísimos conocimientos que la lengua humana no puede expresar... Así es cómo la divina gracia hace pasar al alma fiel por numerosas alternativas, unas veces consolándola y otras ejercitándola según los designios de la Providencia hasta hacerla del todo pura y perfecta a los ojos del Padre celestial... Penetradas por todas partes del Espíritu de Dios, estas almas se hacen semejantes a Cristo, tienen en sí la fuerza y la virtud del Espíritu, permanecen recogidas en su interior y llevan una vida pura e intachable de (oración).

8. Pidamos también nosotros al Señor, animados de una encendida caridad y llenos de confianza, que se digne concedernos sus gracias y los dones del Espíritu Santo, de suerte que este divino Espíritu nos gobierne y nos haga dóciles en todo a su voluntad, y nos conceda el descanso y el consuelo, para que así, reanimados y movidos por la gracia, merezcamos, conforme dice San Pablo (Ef. 3, 19), *quedar llenos de la plenitud de Dios* y lleguemos a ser *hombres perfectos,* establecidos en la plena posesión de la vida de Jesucristo. ¿Por ventura no prometió el Señor que a cuantos crean en El y se lo pidan con sinceridad les concederá los misterios de la unión inefable con el Espíritu Santo? Hagamos, pues, la donación total de nosotros mismos al Señor y aceleremos con ruegos la recepción de un bien tan grande (*Hom. 12, 7-12*).

9. El hombre que no se vuelve a Dios por su propia voluntad y con todo su anhelo, si no se dirige a El por la oración con fe entera, no podrá ser curado *en el alma* (Hm. spir. 33).

La oración es la piedra fundamental de todo esfuerzo humano, y la persistencia en la oración es como la cumbre de la perfección (Ibid. 40, 2).

10. No existe otra meditación saludable más que el nombre bendito de Nuestro Señor Jesucristo que habita siempre en ti, tal y como está escrito: "Como golondrina clamaré y como tórtola meditaré". Eso es lo que hace el hombre piadoso que permanece constantemente (meditando) en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo (La Filocalia de la Oración de Jesús. Ed. Sígueme p. 57).

11. Lo máximo de nuestra cooperación, lo más importante que podemos hacer, es la perseverancia en la oración. Por ella podemos solicitar todas las virtudes y alcanzarlas de Dios (Textos de Espiritualidad Oriental. Patmos).

12. El que día tras día se obliga a la perseverancia en la oración, será consumido por el amor espiritual en el deseo de Dios, será encendido por la moción de la gracia espiritual de la santidad perfecta (Ibíd.)

13. Lanza tu ancla en el abismo de la oración, y el vaporcito de tu vida resistirá con la fuerza de la gracia divina todas las olas de Satanás, las mareas y tormentas de este oscuro, engañoso y vanidoso mundo (Ibíd.)

14. La ley escrita contiene muchos misterios de carácter oculto. El monje que cuida la oración y continuamente se comunica con Dios, los reconoce, y la gracia le revela secretos todavía más grandes que los que se encuentran en la Sagrada Escritura. Por la lectura de la Ley escrita no se puede conseguir lo que se puede conseguir en la oración con Dios. Quien presta homenaje a Dios adorándole, no tiene por qué seguir la lectura. Por experiencia sabe que todo se perfecciona en la oración... (Ibíd.)

15. La perseverancia en la oración es el fundamento de todo esfuerzo bueno y la cima donde culminan las obras rectas. Mediante ella invocamos a Dios que nos tienda su mano segura para adquirir las demás virtudes. En la oración les es concedido a los que son considerados dignos el entrar en comunión con la energía mística y encontrar el estado de santidad que por el inefable amor del Señor vuelve hacia Dios la inteligencia misma.

16. Lo mismo que la obra de la oración es mayor que las demás, así el que está enamorado de ella debe entregarse con todo esfuerzo y cuidado a fin de no perderla inconscientemente por el vicio. Pues a aquellos que aspiran a un bien mayor el maligno los ataca con mayores fuerzas. Tal persona

necesitará una gran vigilancia y sobriedad para sacar adelante los frutos del amor y de la humildad, de la simplicidad, de la bondad y del discernimiento perseverando cada día en la oración. Estos frutos le manifestarán su propio progreso y su crecimiento en las cosas de Dios e invitarán a otros a experimentar el mismo fervor.

17. El apóstol divino enseña que hay que rezar continuamente (1 Ts. 5, 17) y perseverar en la oración (Rom. 12, 12). Y el Señor ha dicho: ¿Cuánto más Dios hará justicia a los que lo invocan día y noche? (Lc. 18, 7) y "Vigilad y orad" (Mt. 26, 41). Así pues, "hay que orar siempre y no desfallecer" (Lc. 18,1). Lo mismo que el que persevera en la oración ha escogido una obra más fundamental, así tiene que soportar un gran combate y sostener un esfuerzo continuo porque a la perseverancia en la oración se oponen los numerosos obstáculos del vicio: el sueño, la pereza, la pesadez del cuerpo, la volubilidad de los pensamientos, la agitación de la inteligencia, la tibieza y las otras obras malas. Luego vienen las aflicciones, las rebeliones de los espíritus del mal que nos atacan y combaten encarnecidamente impidiendo aproximarse a Dios al alma que sin tibieza lo busca en la verdad.

18. Con el esfuerzo, la vigilancia sobria, la paciencia, el combate del alma, el sacrificio del cuerpo el que se dedica a la oración debe hacerse un hombre fuerte, sin relajarse ni abandonarse a las distracciones de los pensamientos, sin entregarse demasiado al sueño, a la pereza, a la negligencia, a la confusión, a palabras desordenadas e inconsideradas. No debe permitir nada de esto en su reflexión y no se debe contentar con estar mucho tiempo de pie o de rodillas quieto, dejando al mismo tiempo que la inteligencia vague por cualquier parte. Porque si no se prepara para una estricta y sobria vigilancia, oponiéndose a los pensamientos vanos, rechazándolos todos y deseando siempre al Señor, nada impedirá que sea seducido por el vicio invisiblemente y de muchos modos o que se enorgullezca ante los que todavía no consiguen perseverar en la oración. Víctima de semejantes astucias del vicio, destruiría su buen trabajo y lo ofrecería al demonio malo.

19. Si la humildad, el amor, la simplicidad y la bondad no regulan el buen orden de nuestra oración, tal oración, que sería más bien apariencia de oración, no puede sernos de mucha ayuda... (Los 150 capítulos)

20. El que persevera constantemente en la oración no se enorgullezca contra el que no puede hacer otro tanto. Y el que se entrega al servicio de los demás no se vuelva en contra del que se consagra a la oración (Ibíd.)

21. La obra de la oración y de la palabra, cumplida como conviene, está por encima de toda virtud y mandamiento. El Señor mismo lo atestigua. El había entrado en casa de Marta y María. Marta estaba ocupada en servir y María estaba sentada a los pies del Señor gustando como un santo alimento las palabras de su divina boca. Pero su hermana le reprochó el no trabajar con ella y se lo fue a decir a Cristo. Este, señalando lo principal y lo secundario, le dijo: "Marta, Marta, te inquietas y te agitas por muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria; María ha escogido la mejor parte que no se le quitará" (Lc. 10, 42). Dijo esto no porque rechazara la obra del servicio, sino porque quería situar lo mayor antes que lo menor. ¿No aceptó él ser servido? ¿No se puso él a servir y a lavar a los discípulos? Está tan lejos de impedir el servicio, que ordena a sus discípulos que hagan lo mismo entre ellos. Sin embargo verás también a los mismos apóstoles que, mientras al principio se entregaban al servicio de las mesas, luego prefieren la obra mayor, es decir, la oración y la palabra (Act. 6, 2-4). ¿Ves cómo han preferido lo principal a lo secundario, aunque ellos saben que ambas cosas son brotes de una buena raíz? (Ibíd.)

SAN GREGORIO NACIANCENO Dr. (m. 390)

San Gregorio Naciancemo, uno de los más grandes Padres de la Iglesia Oriental, es hermano de San Cesáreo y Santa Gorgonia, y amigo de San Basilio y San Gregorio Niseno. Su padre era pagano, pero convertido al cristianismo fue un fervoroso cristiano que llegó a ser Obispo. San Gregorio, habiendo

gobernado durante algún tiempo las sedes de Constantinopla y de Nacianzo, finalmente se retiró a la soledad, donde se dedicó a la oración y a sus aficiones literarias. (PG 35-38).

1. Téngase bien claro que carecer plenamente de todo vicio, excede las fuerzas humanas. Esto solamente puede concederlo el Señor, si se lo pedimos (PG. 35, 453).

2. No dudes de rezar e interceder por todos, cuando traigas al Altar al Verbo de Dios con tu palabra, cuando dividas el Cuerpo y la Sangre del Señor, utilizando la voz en vez de la espada (Carta a un sacerdote) (PG. 37, 280).

3. Hay que acordarse de Dios más que del respirar. Incluso, si se me permite hablar así, no hay que hacer nada más que esto: acordarse de Dios. El recuerdo continuo de Dios es el eje de la vida espiritual (PG. 36, 16).

4. Toda la filosofía se divide en dos partes: contemplación y acción. La primera es más sublime, la segunda más humilde, pero cada una se complementa con la ayuda de la otra (PG. 35, 649 B).

5. Hermosa es la contemplación, hermosa es la acción. Aquélla mira hacia las cosas celestiales, inclinando nuestra mente hacia las realidades espirituales. Esta recibe a Cristo, le sierve y muestra con las obras la fuerza del amor *(Marta y María.* PG. 35, 864 A).

6. Adora al que por ti fue crucificado, y si estás crucificado por tu culpa, saca aprovecho de tu mismo pecado y compra con la muerte tu salvación. Súfrelo todo por Dios y aguántalo todo esperando en El. Dale gracias por todo. Encomiéndale tu vida y la de aquellos que habiendo convivido en otro tiempo contigo, te han precedido ya en la morada eterna (PG. 35, 786-787).

7. Admirad la grande bondad de Dios, pues recibe nuestros deseos como si fueran cosas preciosísimas. Se abrasa en

ansias de que nosotros ardamos en su amor. Recibe como beneficio propio el que nosotros le pidamos sus favores, pues, más gusto tiene Dios en darnos que nosotros en recibir lo que nos da. No nos preocupe otro cuidado que el de no ser indiferentes ni cortos en nuestras pretensiones con el Señor. Jamás le pidamos cosas pequeñas o de poca importancia que son indignas de la divina magnificencia (Orat. 40).

Cuanto más favorecida es un alma de sublimes contemplaciones, tanto con más ardor se consagra a la acción.

8. No hay cosa en el mundo más deseable que, cerrada la puerta de los sentidos y puesto uno fuera de la carne y del mundo, recogido el espíritu dentro de sí mismo, tener con Dios sus coloquios y hacer otra vida superior a estas cosas que nos rodean; traer dentro de sí los recuerdos de Dios, comunicados de su influencia, siempre puros y sin mezcla de cosas creadas, y hacerse cada día espejo más claro de Dios y de las cosas divinas para recibir la luz por medio de la luz, la más ilustrada de la ilustración divina por la oscura de la fe sencilla, y percibir ya con la esperanza el bien del siglo venidero en compañía de los ángeles, conversando ya con ellos, y, aunque todavía en la tierra, desamparándola y viviendo con el espíritu en el cielo (In apolog., orat. 12).

9. Es una costumbre muy buena y laudable empezar todas las cosas pidiendo a Dios sus auxilios, y concluir dándole gracias (Orat. 1).

10. Hay un segundo bautismo que es el de las lágrimas, mucho más áspero y laborioso que el primero; y aquel verdaderamente se lava que *riega su lecho todas las noches con lágrimas;* aquel para quien solas las cicatrices de sus pecados son de un hedor intolerable; *que va siempre llorando y abatido con tristeza;* que imita la conversión de Manasés y el arrepentimiento de los ninivitas; que se aplica con las palabras del publicano en el templo; que se postra en tierra implorando la divina misericordia como la Cananea, pidiendo para su consuelo las migajas, esto es, el alimento del perro hambriento (Orat. 39).

SAN AMBROSIO DE MILAN Dr. (m. 397)

San Ambrosio, Obispo de Milán, es hermano de Santa Marcelina y San Sátiro. Supo hacerse respetar de los emperadores, y supo hacer respetar las leyes de la Iglesia aun al mismo Teodosio I. Suya es aquella sentencia tantas veces escrita y oída: "Donde está Pedro, allí está la Iglesia". Consoló a Santa Mónica y le predijo la conversión de su hijo San Agustín, quien a su vez oía con gusto sus sermones, que fueron decisivos para su conversión (Conf. 6, 4). Sus obras morales, ascéticas y dogmáticas son importantes (PL 14-17).

1. *Si alguno de vosotros tiene un amigo y viniere a él a media noche y le dijere: Amigo, préstame tres panes...* Este es un pasaje del que se desprende el precepto de que hemos de orar en cada momento, no sólo de día, sino también de noche. En efecto, ves que éste que a media noche va a pedir tres panes a su amigo y persevera en esa demanda insistentemente, no es defraudado en lo que pide. ¿Pero qué significan esos tres panes? ¿Acaso no son figura del alimento celestial?, y es que si amas al Señor tu Dios, conseguirás, sin duda, lo que pides, no sólo en provecho tuyo, sino también en favor de los demás. Pues, ¿quién puede ser más amigo nuestro que Aquel que entregó su cuerpo por nosotros?

Haciendo caso, pues, a las Escrituras, pidamos el perdón de nuestros pecados con insistentes oraciones, día y noche; pues si (David), hombre tan santo y que estaba tan ocupado en el gobierno del reino, alababa al señor siete veces al día (Sal. 118-164), y estaba pronto a ofrecer sacrificios matutinos y vespertinos, ¿qué será justo que hagamos nosotros, que debemos orar más que él..., puesto que pecamos más, para que Dios robustezca nuestro corazón?...

No quiere decir el Señor que haya que vigilar solamente a media noche, sino en todos los momentos, pues El puede lle-

gar por la tarde, o a la segunda o tercera vigilia. *Bienaventurados,* pues, *aquellos siervos a los que encuentre el Señor vigilantes cuando llegue* (Lc. 12, 37)...

2. Este pasaje, primero por medio del mandato y después a través del ejemplo, nos prescribe la oración frecuente, la esperanza de conseguir lo pedido y una especie de arte para persuadir a Dios. En verdad, cuando se promete una cosa se debe tener esperanza en lo prometido, de suerte que se preste obediencia a los avisos y fe a las promesas, esa fe, que, mediante la consideración de la piedad humana, logra enraizar en sí misma una esperanza mayor en la bondad eterna, para todo con tal que se pidan cosas justas y la oración no se convierta en pecado (Sal. 108, 7).

3. Tampoco Pablo tuvo vergüenza en pedir el mismo favor repetidas veces y eso con objeto de que no pareciera que desconfiaba de la misericordia del Señor, o que se quejaba con arrogancia de que no había obtenido lo que pedía en su primera oración; *por lo cual* —dijo— *he rogado tres veces al Señor* (2 Cor. 12, 8); con eso nos enseñó que, con frecuencia, Dios no concede lo que se le pide por razón de que sabe que lo que creemos que nos va a ser bueno, nos va a resultar perjudicial *(In Lc. Lib. VII, 89-92).*

4. *Y acontenció por aquellos días que salió El hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios (Lc. 6).*

El Señor ora: no para pedir por El, sino para obtener en favor mío. Pues, aunque el Padre ha puesto todas las cosas a disposición del Hijo, sin embargo, el Hijo, para realizar plenamente su condición de hombre, juzga oportuno implorar al Padre por nosotros, pues El es nuestro abogado... Jesús, maestro de obediencia, nos instruye con su ejemplo en los preceptos de la virtud...

Pasó la noche orando a Dios. Con esto te da un ejemplo y te traza el modo que has de imitar. ¿Qué será necesario que hagas tú por tu salvación, cuando Cristo se pasa la noche en oración? ¿Que deberás hacer tú para realizar tus deberes, si Cristo al enviar a los Apóstoles ha orado y ha orado solo?

En ninguna parte encuentro que Cristo haya orado con los Apóstoles, siempre oraba solo... (Aprendamos) a ser continuos y

hasta pertinaces en nuestros ruegos; pues si para salvarnos Jesucristo se pasaba las noches orando, ¿cuánto más deberemos hacerlo nosotros para conseguir la salvación eterna? (Lib. V in Lc.).

5. *Oremos por nosotros y por todos los cristianos.* Si tú oras por todos, la oración de todos también te aprovechará a ti, pues tú también eres parte del todo. De este modo tendrás una gran recompensa, pues la oración de cada miembro del pueblo se enriquecerá con la oración de todos los demás miembros (Sob. Caín y Abel).

6. El Señor concede siempre más de lo que se le pide: el ladrón sólo pedía que se acordase de él, pero el Señor le dice *"Hoy mismo estarás conmigo en el Paraíso" (Catena Aurea, VI).*

Entra en tu aposento

7. No es sin importancia, en efecto, determinar el tiempo y el lugar para la oración, porque, como dice el Apóstol (1 Tm. 2, 8): *Quiero que oréis en todo lugar...;* y, en cambio, el Señor dice en el Evangelio (Mt. 6, 6): *Tú, por el contrario, cuando vayas a orar, entra en tu aposento y, cerrada la puerta, reza a tu Padre.* ¿No te parece que entrambas palabras hay contradicción?... Parece que Pablo dice una cosa y que el Señor dice otra. ¿Puede el apóstol Pablo contradecir las palabras del Maestro? No; puedes estar orando en cualquier parte y también estar siempre en tu aposento, pues tu aposento lo tienes en todas partes. Aunque te encuentres entre los gentiles, aunque estés entre los judíos, tienes siempre en todas partes tu aposento secreto. En efecto, tu mente es tu aposento. Aunque te encuentres entre la multitud, sigues conservando en tu interior un aposento secreto.

No ores como los judíos de los que se dijo: *Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí.* No proceda, por consiguiente, tu oración sólo de tus labios; pon en ella toda tu alma, entra en lo secreto de tu pecho hasta lo más recóndito de tu corazón *(La Iniciación Cristiana III).*

8. Sería desconfiar del poder de Dios pensar que no nos puede oír si no resuenan a sus oídos los clamores de nuestra boca. Clamemos a Dios con nuestras buenas obras, clamemos con nuestra fe, clamemos con nuestros afectos; clamemos con nuestra paciencia en los trabajos, clame nuestra sangre como la de Abel; porque aquel que nos purifica en lo secreto de nuestro corazón, nos oye también en lo más oculto de nuestros pensamientos (De Abel et Cain. Lib. I, c. 9).

9. ¿Para qué nos envía Dios los males? —Nos envía Dios los males para obligarnos a recurrir a su bondad, supuesto que los bienes que nos ha dado no nos han servido para reconocerle, y que las adversidades nos excitan a suplicarle después de haberle ofendido durante la prosperidad, y a darle gracias por la comunicación de sus dones (Jn. Pralm. 37).

10. Para la joven consagrada por la pureza, la comunicación íntima con Dios por la oración es como su respiración sobrenatural, sin la cual no podría subsistir, pues, como dice Tertuliano comentando a San Pablo: "Respecto a los tiempos destinados a la oración, no hay nada establecido, sino que, sin más, se debe orar en todo lugar y en todo tiempo" (De Oratione, c. 23).

19. Respecto a la lucha por la pureza, se presentan momentos de ardor y fatigosa continuidad. En la oración hemos de buscar las armas necesarias para vencer y hallar refrigerio después de vencer los ataques más agudos.

La profesión de la castidad requiere un aislamiento absorbente, y es en la oración donde la virgen podrá encontrar el único remedio para las desgracias que de otra manera no podrá resolver.

Por ello, decía Tertuliano: "La oración del justo aplaca la ira de Dios, hace de centinela contra los enemigos y obtiene gracia para los perseguidores...

"La oración es el único poder que vence al mismo Dios... Cristo le confirmó su potencia absoluta para el bien: Destruye el pecado, aleja las tentaciones, desbarata las persecuciones, consuela a los pusilánimes, alienta a los magnánimos, guía a los

peregrinos, apacigua el oleaje, detiene a los salteadores, alimenta a los necesitados, levanta a los caídos, sostiene a los vacilantes y confirma a los fuertes. Es muro de defensa para la fe y arma contra el adversario que nos acecha. Es necesario no avanzar nunca desarmados, ni descuidar el puesto de guardia durante el día y la vigilancia durante la noche, defendiendo con las armas de la oración la enseña de nuestro Emperador, y con ellas en la mano, esperar la trompeta angélica del juicio final (De Oratione, c. 29).

12. Dedícate con asiduidad a la oración y a la lectura santa. Distribuye tu tiempo y tus ocupaciones de tal forma que la lectura suceda a la oración y la oración a la lectura. A fin de que puedas participar de bienes tan inmensos y nunca te veas privada de ellos, cuando hayas de ocuparte en algún trabajo manual o tomar alguna refección, procura que otro te lea. De este modo, mientras tus ojos y tus manos se vuelven a la actividad externa, tu alma se alimentará de la gracia de las palabras de Dios.

Pues, si a pesar de vivir consagrados a la oración y a la lectura, nos cuesta trabajo mantener el corazón libre de toda influencia diabólica, ¿cómo no se va a lanzar desembocado a los vicios sin los frenos de la lectura y de la oración?.

Instrúyete con la lectura, y pide las gracias con la oración. Después de orar busca de nuevo en la lectura lo que tienes que pedir en la oración (Las Vírgenes Cristianas. BAC pág. 332 y 945).

La (divina) observancia se traduce en la plegaria incesante a Dios. Si el Real Profeta, podía sin desatender el gobierno de su vasto reino cantar las alabanzas divinas siete veces al día, ¿qué no deberemos hacer nosotros, a quienes exhorta el Evangelio a vigilar y orar para vencer la tentación?

Oremos solemnemente con acción de gracias al despuntar el nuevo día, al salir de casa, antes de comer y después de haber comido, a la hora de ofrecer el incienso y antes de entregarnos al descanso. Y aun en la misma cama quiero que alternemos los salmos con la oración dominica, ya antes que el sueño te domine, ya cuando despiertes, para que el sueño te coja libre de pensamientos mundanos y ocupado en los divinos (Sob. las Virg. Rialp pg. 143-144).

13. Dice el salmista: *"Mis ojos previnieron al día para meditar desde la madrugada sobre vuestras palabras"*. Debiera servirnos de gran vergüenza que los rayos del sol saliente nos hallase ociosos en la cama sin haber pensado en orar. Es una pereza digna de reprensión el que se nos pase la noche sin haber ofrecido a Dios algún fruto de nuestra devoción ni sacrificio alguno espiritual. ¡Oh cristiano! ¿No sabes que todos los días debes presentar a Dios las primicias de tu corazón y de tu voz?

¿Hasta cuándo te han de tener atado el sueño o las cosas del mundo? Ya que otra cosa no hicieres, al menos reparte el tiempo entre Dios y el mundo, y cuando la oscuridad de la noche te impida emplearte en los negocios del mundo, dale a Dios ese tiempo empleando parte de la noche en la oración, y canta salmos para despabilar tu somnolencia. Prívate con este piadoso engaño de alguna parte del sueño, y levántate temprano para ir a la Iglesia a llevar las primicias de tus oraciones y de tu piedad. Y si después te llaman a otra parte los asuntos del mundo, no te impedirán que antes digas: *"Mis ojos han prevenido al día para meditar desde la madrugada tus palabras"*. Entonces ya podrás ocuparte con seguridad en tus negocios. ¡Qué agradable cosa es empezar el día con himnos y cánticos en alabanza de Dios! ¡Cuánta ventaja llevamos en que su palabra nos prevenga desde el amanecer con sus bendiciones!

Pero al mismo tiempo que repasas en tu memoria con los cánticos espirituales las misericordias de Dios, aplícate también al estudio y práctica de alguna virtud particular para reconocer en tus acciones el mérito y los efectos de la bendición divina (In Salmo 118).

14. El alma del justo, esposa del Verbo, si arde en deseos y ora sin cesar ni reposar, y toda tiende hacia El, entonces le parecerá que de repente oye su voz sin verle y siente íntimamente el olor de su divinidad, como sucede *con frecuencia* a los que tienen una fe excelente, pues en un instante queda el olfato del alma lleno de una gracia espiritual, que les indica la presencia de su amado y les hace decir: He aquí a quien busco, he aquí a quien deseo (Serm. 6 in Sal. 118).

15. *El Padrenuestro*

Los Apóstoles dijeron al Señor Jesús: *"Señor, enséñanos a orar como Juan enseñó a sus discípulos"*. Entonces dijo el Señor esta oración:

"Padre nuestro, que estás en el cielo:
santificado sea tu nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
El pan nuestro de cada día, dánosle hoy;
perdónanos nuestras ofensas,
como nosotros también perdonamos a los que nos ofenden.
No nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal" (Mt. 6, 9-13; Lc. 11, 1-4) ¡Mira qué oración tan breve y llena de virtudes!...

Dices: "El pan nuestro *de cada día*, dánosle hoy" Pues si es de cada día ¿por qué esperar un año para que lo recibas? Recibe cada día lo que debe aprovecharte cada día. Vive de tal modo que cada día merezcas recibirle. Quien no merece recibirle cada día, no merece recibirle después de un año. Así era como el Santo Job ofrecía *cada día* un sacrificio por sus hijos, porque no sucediera que hubieren cometido algún pecado en su corazón o en su palabra (Job. 1, 5). Por tanto, oyes decir que cada vez que se ofrece el Sacrificio, se significa la muerte del Señor, la resurrección del Señor, la ascensión del Señor y la remisión de los pecados. ¿Y no recibes este pan de vida cada día? El que tiene una herida busca la medicina. Herida es para nosotros estar bajo el pecado. Medicina celestial es el Venerable Sacramento (Los Sacramentos lib. V).

SAN DIDIMO EL CIEGO (m. 398)

San Dídimo nació en Alejandría el 313, y a pesar de perder la vista en la edad de cuatro años, se obstinó en estudiar e instruirse y, gracias a su perseverante aplicación, pudo ser muy pronto citado como uno de los hombres más sabios de su tiempo. San Antonio, San Paladio,

San Jerónimo, Evagrio y Rufino acudieron a escucharle y a seguir sus lecciones. Tanto como un doctor, es un verdadero asceta de piedad profunda. Respetado hasta de los mismos arrianos, después de una vida consagrada por entero a la oración y al trabajo, se extinguió cuando contaba 85 años en 398.

1. La oración del justo es pura cuando no tiene ninguna perturbación, cuando está libre de cualquier fluctuación del alma y cuando no está distraída por las preocupaciones (In Job, 16, 18: PG 39, c. 1153).

2. Dios retribuye según el corazón del que ora, cuando se piden cosas que están de acuerdo con Dios y que aprovechan al que las recibe (Exposición a los Salmos, 19, 5: PG 39, 1272).

3. El que canta salmos debe entender el sentido de lo que se dice en los himnos; pues no ha de tener tanto cuidado en la modulación de la voz y en la música cuanto en entender lo que canta. Dios rechaza a los que no salmodian así y sólo se preocupan de los sonidos: "*Aparte de mí el sonido de tus cánticos; no oiré el salmo de tus instrumentos*" (Ps, 46, 7). Por el contrario canta bien los salmos el que se comporta según los mandamientos divinos y los medita (Exposición a los Salmos, 46, 7: PG 39, 1377).

4. Dios no desprecia la oración que se le hace con ánimo pacífico, y sencillo y con manos santas, es decir, "decentes y ordenadas" (Exp. a los Salmos, 54, 2: PG 39, 1405).

5. Si pides algo que deseas conseguir con la oración es porque no lo tienes y eres pobre. Cuando rezas a Dios quieres conseguir unos bienes que tú no puedes obtener por tus fuerzas. Por tanto, ante Dios todos somos pobres. Así, aunque David era un gran rey, era pobre y estaba necesitado de aquello que pedía a Dios; por eso cuando supo que Dios le privaba de su auxilio en todo o en parte, sufría una gran ansiedad y se decayó totalmente su ánimo. Después, recuperada la esperanza, presentó su oración ante Dios, invocando al que da los bienes a los que lo invo-

can. El que no pide tales bienes, sino cosas perecederas, no se atreve a presentar su oración ante Dios, teniendo su alma entregada a los malos afectos (Exp. a los Salmos, 101, 1: PG 39, 1516).

6. Son verdaderas aquellas palabras de Cristo: *"todo el que pide, recibe"* (Mt. 7, 8), con tal que no se incluyan a los que oran mal, pues el que ora mal, no ora. De igual modo es cierto aquello: *"Quien invocare el nombre del Señor, será salvo"*, con tal que no incluya a aquellos que, no cumpliendo la voluntad del Padre, llaman a Jesús Señor, y por eso les parece que invocan su nombre. No es lo mismo invocar el nombre del Señor que pronunciarlo. Lo invoca el que le reza y desea obtener un bien y a ése sí le presta auxilio. Pero el que simula ser siervo y llama a Cristo "Señor, Señor", pero no hace lo que hacen sus siervos. A esos se refería con aquellas palabras: *"Por qué me decís: Señor, Señor y no hacéis lo que os mando?* (Act., 2, 21), hay que interpretarlo de acuerdo con esto otro: *"Nadie dice 'Jesús es el Señor', sino en el Espíritu Santo"* (1 Cor. 12, 3), es decir, llamándolo Señor suyo por las obras y por la decisión de servirlo, no sólo por pronunciar el nombre del Señor Jesús (Com. a los Hechos, 2, 21: PG 39, 1656).

7. *"Contribuyendo también vosotros con la oración en favor nuestro"* (2 Cor 1, 11). Con estas palabras nos enseña que se nos conceden grandes y divinos beneficios cuando muchos rezan a favor de uno (Com. a 2 Cor 1, 11: PG 39, 1685).

8. *"No tenéis porque no pedís. Pedís y no recibís porque pedís mal, con la intención de malgastarlo en vuestras pasiones"* (St 4, 2-3). Si son ciertas las palabras del Salvador *"Pedid y se os dará"*, que se confirman con aquellas otras *"Todo el que pide recibe"*, nos hemos de preguntar por qué algunos, a pesar de que oran, no son escuchados ni reciben lo que pedían en la oración. A esto hay que decir que quien viene a pedir por buen camino, no olvidando ninguno de los requisitos de la oración, consigue todo lo que pide. Pero el que viene a la oración con una intención pervertida, no pide del modo debido y por eso no recibe lo que pide. No es falso aquello de que "todo el que pide recibe", sino que ocurre como si un sabio dice: "todo el que se acerca a mí por mis doctri-

nas recibirá mis enseñanzas". Hay que acercarse al doctor para recibir lo propio de él, es decir, con deseo de adquirir su doctrina para practicarla y meditarla y tener en gran consideración lo que el maestro dice y adquirir la virtud. Quien así se acerca indudablemente adquirirá la enseñanza que el maestro promete. Pero si uno viene al doctor sin las actitudes señaladas, sino solo para que lo vea o para verlo, queriendo desmentir la promesa del doctor, hay que decirle: No acudiste a él como te invitó, sino solo para verlo. Aclarando aún más dice el autor de la epístola que piden mal porque están adheridos a sus vanas pasiones. ¿Y por qué algunos que piden ciencia y virtud, no la reciben? Porque piden esos bienes no por sí mismos, sino para que los alaben por ellos, pues es amor de concupiscencia el querer recibir alabanzas. Por eso no se les dan esos bienes, porque los quieren para aumentar sus pasiones. (Com. a la Carta de Santiago, 4, 2-3: PG 39, 1753-1754).

SAN SIRICIO, PAPA (m. 399)

San Siricio, sucesor del papa San Dámaso I, fue el primer papa que utilizó la carta decretal con la que empezó la actividad legisladora que corresponde a los Pontífices Romanos. Bajo el reinado de San Siricio se levantó la basílica de San Pablo Extramuros (PL 13).

Con respecto a los *que han pecado,* creímos que se debía decretar que sólo para la oración se junten dentro de la iglesia; que asistan, aunque no lo merecen, a la sagrada celebración de los misterios, pero que sean separados de la mesa del banquete del Señor...

Mandamos, pues, que éstos sean apartados del cuerpo y sangre de Cristo, los que en otro tiempo al renacer (por el bautismo), habían sido rescatados. Y tal vez volviendo en sí derramen alguna vez lágrimas de arrepentimiento y haciendo penitencia todo el tiempo de su vida, puedan alcanzar la gracia de la reconciliación; pues, como enseña el Señor, no queremos la muerte

del pecador; sólo que se convierta y viva (Ez. 18, 23) Carta decretal a Himerio.

EVAGRIO PONTICO (m. 399)

Evagrio fue discípulo de los dos Macarios: San Macario Egipcio y San Macario Alejandrino, a los que imitó en su austerísima vida y llegó a obrar tan grandes milagros y tan numerosos como los de sus maestros (Sócrates, Hist. ecl. 4, 23). Fue uno de los escritores ascéticos más importantes de su tiempo. Los monjes, tanto los de Oriente como los de Occidente apreciaban sus libros como de incalculable valor. Sus obras se encuentran en PG 79.

Tratado de la oración (PG 79, 1165-1200)

1. Si se quiere preparar un perfume de agradable olor, se mezclará, como dice la ley (Ex. 30, 34), igual cantidad de incienso transparente, canela, ónix y mirra. Este es el cuaternario de las virtudes. Si éstas alcanzan su plena medida y equilibrio, el espíritu no será traicionado.

2. El alma purificada por la plenitud de las virtudes, afianza al espíritu en una actitud inconmovible y le da la capacidad de recibir el estado que busca.

3. Si la oración es el trato íntimo del espíritu con Dios ¿en qué estado deberá hallarse el espíritu para que, establecido en una paz inalterable, vaya hacia su propio Señor y trate con El sin ningún intermediario?

4. Si Moisés cuando intentó acercarse a la zarza ardiente, no pudo hacerlo hasta que se quitó las sandalias de sus pies, ¿cómo tú, que pretendes ver al que está por encima de todo conocimiento y sentimiento, no te desprendes de todo pensamiento perturbado por la pasión?

5. Lo primero que has de pedir es el don de lágrimas, para que el dolor ablande la dureza de tu alma y, reconociéndote culpable de tus pecados, El te perdone.

6. Cualquier oración preséntala con lágrimas, pues el Señor se alegra mucho si recibe la oración con lágrimas.

7. Aunque derrames torrentes de lágrimas en tu oración, no por eso te engrías como si fueras más que los demás. Simplemente tu oración ha recibido una ayuda para que puedas confesar generosamente tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas.

8. No conviertas, pues, en pasión el antídoto de las pasiones, no sea que irrites más al que te da la gracia. Muchos que lloraban sus pecados se olvidaron de la finalidad de las lágrimas y se extraviaron enloquecidos.

9. Mantente firme, ora con empeño y rechaza las preocupaciones y pensamientos que te distraen, pues te molestan y perturban rebajando el fervor de tu oración.

10. Cuando los demonios te ven lleno de entusiasmo por la verdadera oración, te sugieren primero el pensamiento de cosas necesarias, y luego avivan su recuerdo e incitan al espíritu a que las busque. Pero como éste no las halla, entonces se entristece y se descorazona. En el tiempo de la oración le representa las cosas que buscaba y su recuerdo, para que el espíritu, relajado por esta consideración, defeccione y pierda la oración fructuosa.

11. En el tiempo de la oración lucha por mantener tu mente sorda y muda (para las cosas del mundo), y así podrás orar.

12. Cuando sufras alguna prueba o contradicción, cuando te irrites, o cuando te sientas impulsado a vengarte o a replicar, acuérdate de la oración y del juicio que en ella te espera, e inmediatamente se apaciguará en ti el movimiento desordenado.

13. Todo lo que hicieres para vengarte de un hermano que te ha ofendido, se te convertirá en piedra de tropiezo en el tiempo de la oración.

14. La oración es germen de mansedumbre y dominio de sí.

15. La oración es fruto de la alegría y de la acción de gracias.

16. La oración es defensa contra la tristeza y el abatimiento.

17. Vende tus bienes y dáselo a los pobres (Mt. 19, 21), toma tu cruz y niégate a ti mismo (Mt. 16, 24), para que puedas orar sin distracciones.

18. Si quieres orar dignamente, niégate a ti mismo constantemente, y ante toda clase de pruebas, toma el partido que debes por amor a la oración.

19. Cuando aceptes todas las contrariedades con sabiduría, encontrarás el fruto optimo a la hora de la oración.

20. Si quieres orar como conviene, no permitas que la tristeza invada tu alma, porque si no, corres en vano.

21. Deja tu ofrenda ante el altar y vete primero a reconciliarte con tu hermano (Mt. 5, 23), y así podrás orar sin turbación, pues el recuerdo de las injurias ofusca la razón del orante y nubla sus oraciones...

22. Los que acumulan penas y rencores y se imaginan que oran, son como quienes sacan agua y la vierten en un barril agujereado.

23. Si eres paciente orarás siempre con alegría.

24. Cuando ores como conviene, se te ocurrirán cosas tales que te parecerá ciertamente justo el enojarte. Pero nunca abso-

lutamente es justa la cólera contra el prójimo, y si buscas atentamente verás que es posible solucionar el asunto sin enojarse. Usa, pues, de todos los medios para no estallar en cólera.

25. Ten cuidado, no sea que por sanar a otro te vuelvas tu mismo un enfermo incurable y destroces tu oración.

26. Si evitas la ira, aprenderás a ser discreto, te mostrarás prudente en tus pensamientos, y serás contado entre los hombres de oración.

27. Pertrechado contra la ira, no admitirás jamás la concupiscencia. Esta es quien provee de materia a la ira, la cual perturba el ojo del espíritu y deteriora el estado de oración.

28. No ores solamente con gestos externos, sino recoge tu mente para que sienta la oración espiritual con temor.

29. A veces en cuanto te pongas en oración orarás bien. Otras veces, aunque te esfuerces mucho no alcanzarás tu objeto. Esto último te sucede para que busques más y, una vez que halles, guardes inviolablemente lo que hallaste.

30. Al llegar un ángel, se alejan al instante aquellos que nos importunan, y el espíritu, gozando de una paz inalterable, ora saludablemente. A veces, por el contrario, cuando la guerra acostumbrada nos oprime, el espíritu, asediado por diversas pasiones, se debate sin poder levantar la cabeza. Sin embargo, si éste busca con insistencia, hallará, y si llama con insistencia, se le abrirá.

31. No ores para que tu voluntad sea cumplida, pues ella no concuerda necesariamente con la voluntad de Dios. Ruega, sobre todo, según la enseñanza recibida, diciendo: "Que tu voluntad, Señor, se cumpla en mí". En todas las cosas pídele que se haga su voluntad; pues El quiere el bien y el adelanto de tu alma, mientras que tú no buscas necesariamente eso.

32. Muchas veces he pedido en mis oraciones lo que yo estimaba que era bueno para mí, obstinándome en mi demanda y violentando neciamente la voluntad de Dios, sin permitirle que me diera lo que El sabía que más me convenía. Y cuando recibía lo que había implorado, era grande mi decepción por haber pedido que se hiciera mi voluntad, pues la cosa no era como yo me imaginaba.

33. ¿Qué bien puede existir fuera de Dios? Neguemos todos nuestros intereses y encontraremos el bien. Aquel que es Bueno es también el dispensador de los más excelentes dones.

34. No debes afligirte cuando no recibas inmediatamente de Dios lo que has pedido, pues El quiere hacerte un bien mayor todavía, por tu perseverancia en permanecer junto a El en la oración. ¿Qué cosa hay más sublime, en efecto, que conversar con Dios y abstraerse en un íntimo contacto con El?

La oración sin distracciones es la intelección más alta de la inteligencia.

35. La oración es una ascensión del espíritu hacia Dios.

36. Si deseas ardientemente orar, renuncia a todo para recibir al Todo.

37. Ruega en primer lugar ser purificado de las pasiones, después, ser liberado de la ignorancia y, en tercer lugar, ser liberado de tentaciones y desviaciones.

38. En tu oración busca únicamente la justicia y el reino, es decir, la virtud y la gnosis, y todo lo demás te será dado por añadidura (Mt. 6, 33)...

39. Es justo que ores, no solamente por tu propia purificación, sino por la de todo hombre, como hacen los ángeles.

40. Mira si realmente te has unido a Dios en tu oración, o si más bien te ha vencido la alabanza de los hombres, y te sirves de la oración como de un velo para captarla.

41. Ya sea que ores con los hermanos o que ores solo, esfuérzate por orar, no por rutina, sino sintiendo tu oración.

42. Lo propio de la oración es un recogimiento piadoso que, impregnado de compunción y de dolor del alma, confiesa la falta con secretos gemidos.

43. Si tu inteligencia divaga durante la oración, es que ella no ora todavía como un monje, Ella aún pertenece al mundo y está ocupada en la apariencia de lo exterior.

44. Mientras oras, debes velar atentamente sobre tu memoria para que, en lugar de sugerirte sus recuerdos, te lleve a la conciencia de tu ejercicio, pues la inteligencia tiene una peligrosa tendencia a dejarse trastornar por la memoria en el momento de la oración.

45. Cuando oras, la memoria te presenta las imágenes de cosas pasadas, o de nuevas preocupaciones, o el rostro de quien te ha hecho sufrir.

46. El demonio tiene una gran envidia del hombre que ora, y emplea todos los medios para arruinar su propósito. Así no cesa de reavivarle en la memoria el recuerdo de objetos, y de despertarle en la carne todas las pasiones, para impedirle, si fuera posible, su espléndida carrera y su éxodo hacia Dios.

47. Cuando el perverso demonio no ha podido impedir la oración del virtuoso, se retira un poco para tomar luego desquite de ese orante. O enciende su ira para destruir el estado excelente que la oración ha dejado en él, o lo incita a algún placer irracional para denigrar su espíritu.

48. Cuando hayas orado como es debido, esfuérzate por no faltar a tu deber, y sé valiente para guardar el fruto. Recuerda que desde el principio has sido hecho para que trabajes y guardes (Gen. 2, 15). No dejes de custodiar lo que has hecho con tu trabajo, pues, de lo contrario, de nada te serviría lo orado.

49. La guerra que se libra entre nosotros y los espíritus impuros, no se hace por otra cosa sino por la oración espiritual. Esta es hostil y odiosa para ellos, pero para nosotros es fuente de salvación y de alegría.

50. ¿Qué buscan los demonios cuando excitan en nosotros la gula, la impureza, la ambición, la cólera, el rencor y las otras pasiones? Quieren que nuestra inteligencia, bajo su peso, no pueda orar como es debido, pues las pasiones de la parte irracional, tomando el dominio, le impiden moverse según la razón...

51. Vamos hacia las virtudes a través del sentido profundo de los seres creados, y a éstos, por medio del Señor que los llamó a la existencia. El, por su parte, suele manifestarse en el estado de oración.

52. El estado de oración es el hábito sin pasiones que, con sumo amor rapta hasta las alturas celestes la mente sabia y espiritual.

53. Quien quiera orar verdaderamente, no sólo debe dominar la ira y la concupiscencia, sino que debe librarse de todo pensamiento perturbado por alguna pasión.

54. Aquel que ama a Dios conversa permanentemente con El como con un Padre, despojado de todo pensamienteo apasionado.

55. No por haber alcanzado la paz interior ya se ora verdaderamente, pues es posible entretenerse con pensamientos simples y distraerse siguiéndolos, y estar muy lejos de Dios.

56. El espíritu, aun cuando no se detenga en los pensamientos simples de las cosas, no por eso ha alcanzado el "lugar de la oración". Puede suceder que se entregue a la contemplación de las criaturas y se ocupe en su sentido profundo, pero aun entonces, aunque tenga representaciones simples, como lo que contempla son cosas, éstas imprimen su imagen en el espíritu y lo alejan mucho de Dios.

57. Aunque el espíritu se eleve por encima de la contemplación de la naturaleza corporal, no por eso ha llegado a ver el

"lugar de Dios". Puede estar ocupado en el conocimiento de los inteligibles y dispersarse en él.

58. Si quieres orar, necesitas de Dios que es quien da la oración al que ora. Invócalo: "Santificado sea tu Nombre; venga a nosotros tu Reino", es decir: el Espíritu Santo y tu Hijo unigénito. Esta es su enseñanza cuando dice que hay que adorar a Dios, esto es, al Padre, en Espíritu y en Verdad. Estos tres son un solo Dios.

59. El que ora en Espíritu y en Verdad, no saca de las criaturas la alabanza al Creador, sino que es de Dios mismo de donde saca la alabanza a Dios.

60. Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y si oras verdaderamente, eres teólogo.

61. Cuando tu inteligencia en un ardiente amor por Dios, sale poco a poco, por así decirlo, de tu carne; cuando rechaza todos los pensamientos que vienen de los sentidos, de la memoria o del temperamento; cuando se llena al mismo tiempo de respeto y de alegría, entonces puedes considerarte cerca de los confines de la plegaria...

62. El Espíritu Santo, compadeciéndose de nuestra debilidad, nos visita aunque no estemos todavía purificados. Si halla nuestro espíritu orando sinceramente, entra en él, aniquila el ejercicio de razonamientos y pensamientos que lo asedian, y lo incita a que se ocupe en los trabajos de la oración espiritual.

63. Los demonios (lit. los otros) producen en el espíritu razonamientos, pensamientos y visiones, causando alteraciones corporales. Pero Dios hace lo contrario: llega al mismo espíritu, le infunde el conocimiento que quiere, y, a través del espíritu, calma la intemperancia del cuerpo.

64. Todo el que aspira a alcanzar la oración verdadera y se enoja y guarda rencor, es un loco. Es como aquel que quiere tener una vista penetrante y se daña los ojos.

65. Si quieres orar no hagas nada que sea contrario a la oración, para que Dios se acerque y camine a tu lado.

66. Cuando ores no plasmes en ti representación alguna de lo divino, ni permitas que en tu espíritu se imprima ninguna forma, sino ve, inmaterial, hacia lo inmaterial, y lo hallarás.

67. Ten cuidado de las trampas de los adversarios. Cuando estés orando con una oración pura y tranquila, puede suceder que de improviso se te presente una forma desconocida y extraña. Es para arrastrarte a la presunción de que creas que allí está la divinidad, y así persuadirte de que Dios es mensurable. Pero la divinidad no tiene cantidad ni figura.

68. Cuando el envidioso demonio no puede perturbar la memoria durante la oración, fuerza la complexión corporal para provocar alguna imagen peregrina que informe el espíritu. Este, acostumbrado a pensar con formas mentales, fácilmente se doblega y se deja engañar tomando el humo por la luz, él, que tendía a la ignosis inmaterial y libre de toda forma.

69. Mantente en guardia y preserva tu espíritu libre de pensamientos en el tiempo de la oración, para que permanezca en su propia soledad. Entonces aquel que se compadece de los ignorantes te visitará, y recibirás el don eminente de la oración.

70. No podrás orar con pureza si te complicas con cosas materiales y te agitas con continuas preocupaciones, pues para la oración tienes que abandonar todos los pensamientos (inútiles).

71. Así como aquel que está atado no puede correr, así el espíritu sometido a las pasiones no puede ver el lugar de la oración espiritual. Tironeado y rodeado por pensamientos cargados de pasiones, no puede mantenerse en paz.

72. Cuando el espíritu ora con pureza, sin distraerse y verdaderamente, entonces los demonios no se acercan a él por la

izquierda, sino por la derecha. Le representan la gloria de Dios como una figura agradable a los sentidos, para que crea que ya alcanzó perfectamente el fin de la oración. Esto proviene —decía un admirable gnóstico— de la pasión de la vanagloria y del demonio que actúa sobre el cerebro y las venas.

73. Creo que el demonio actúa sobre el lugar que dije, para mortificar a su gusto la luz que rodea el espíritu. Excita, pues, la pasión de la vanagloria inculcando en el espíritu irreflexivo el pensamiento de que alcanza la ciencia divina y esencial. Como el espíritu no se siente acosado por pasiones carnales e impuras sino afianzado en la pureza, cree que no se ejerce contra él ninguna acción contraria, y supone que es realmente una aparición divina lo que el demonio hace surgir como antes explicamos.

74. Cuando viene el ángel de Dios, con su sola palabra hace cesar en nosotros toda la acción del adversario, e induce a la luz del espíritu a obrar sin desviarse.

75. Cuando se lee en el Apocalipsis (8, 3) que el ángel toma incienso para unirlo a las oraciones de los santos, se trata, creo, de esta gracia que hace el ángel. El hace nacer la ciencia de la verdadera oración en el espíritu, de tal manera que éste queda en lo sucesivo libre de toda agitación, acedía y negligencia.

76. Los perfumes de las copas son las oraciones de los santos ofrecidas por los venticuatro ancianos.

77. Por la copa se entiende el amor de Dios, es decir, la caridad perfecta y espiritual, en la cual la oración se realiza en espíritu y en verdad.

78. Si piensas que no te hace falta llorar tus pecados en la oración, considera cuánto te has alejado de Dios, debiendo haber permanecido siempre en El. Entonces llorarás con más ardor.

79. Ciertamente, si reconocieras tu medida, fácilmente gemirías reprochándote a ti mismo, como Isaías (6, 5), ser impuro, tener labios impuros y vivir en medio de un pueblo impuro.

Tú, por el contrario, te atreves a presentarte ante el Señor de los Ejércitos.

80. Si oras verdaderamente, estarás plenamente seguro. Los ángeles vendrán a ti y te iluminarán el sentido profundo de los acontecimientos.

81. Sabe que los santos ángeles nos inducen a orar y permanecen a nuestro lado alegres y orando con nosotros. Pero si somos negligentes y aceptamos pensamientos del enemigo, los irritamos mucho. Efectivamente, mientras ellos luchan a favor nuestro, nosotros no queremos siquiera suplicar a Dios por nosotros mismos, y despreciando su servicio, abandonamos a Dios, su Señor, para acudir al encuentro de los impuros demonios.

82. Ora con ecuanimidad y sin perturbación, canta concertada y armoniosamente, y serás como cría de águila que se eleva a las alturas.

83. La salmodia apacigua las pasiones y hace reposar la intemperancia del cuerpo; pero la oración prepara la mente para que se ejercite en la acción que le es propia.

84. La oración es la actividad donde se asienta la dignidad de la inteligencia; ella es su uso más excelente y más completo.

85. La salmodia releva de la sabiduría multiforme; la oración es el preludio de la gnosis inmaterial y uniforme.

86. La gnosis es algo excelente. Colabora con la oración moviendo la potencia intelectual del espíritu a la contemplación de la ciencia divina.

87. Si todavía no has recibido el carisma de la oración y la salmodia, obstínate y lo recibirás.

88. El Señor enseñó a sus discípulos una parábola que mostraba que debían orar siempre sin cansarse (Lc. 18). No te can-

ses, pues, de esperar, ni te descorazones por no haber recibido; ya recibirás luego. La parábola concluía así: "Aunque yo no temo a Dios ni me importan los hombres, sólo por librarme del fastidio que me causa esta mujer, le haré justicia" (Lc. 18, 4-5). Así Dios hará pronto justicia a los que lo invocan noche y día. Ten, pues, buen ánimo y persevera en la santa oración.

89. No desees que tus cosas te sucedan como a ti te guste sino como quiera Dios. Entonces tu oración será llena de paz y de acción de gracias.

90. Aunque te parezca que estás unido a Dios, ten cuidado del demonio de la impureza que es muy falaz y el más envidioso de todos. El trata de ser más rápido que el movimiento y la vigilancia de tu espíritu para poder apartarlo de Dios cuando está en su presencia con devoción y temor.

91. Si te entregas a la oración, prepárate para los asaltos de los demonios, y soporta valientemente sus golpes. Ellos se arrojarán sobre ti como bestias salvajes y maltratarán todo tu cuerpo.

92. Prepárate como un luchador experimentado. Aunque veas de pronto un fantasma, no te conmuevas; si se te aparece una espada amenazante, o un resplandor ofusca tu vista, no tiembles; si ves una figura horrible y sanguinolenta, no desfallezca tu alma. Permanece en la confesión de tu santa fe y dominarás fácilmente a tus enemigos.

93. El que soporta la aflicción hallará alegría, y al que sobrelleva lo desagradable, no le faltará el gozo.

94. Vigila para que los demonios no te engañen con alguna visión. Sé prudente y recurre a la oración. Invoca a Dios para que te haga ver si lo que percibes viene de El, y, si no es así, para que El arroje pronto de ti al seductor. Ten confianza; si te diriges a Dios con ardor, los perros no podrán resistir. Pronto, visi-

blemente y en secreto serán expulsados lejos, castigados por el poder de Dios.

95. Es bueno que no desconozcas esta artimaña: a veces, los demonios se separan entre ellos, y cuando tú pides ayuda contra unos, entran los otros con aspecto angélico y echan a los primeros. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que son verdaderos santos ángeles.

96. Esfuérzate por tener una gran humildad, y las amenazas de los demonios no llegarán hasta su alma, ni el flagelo se acerca a tu tienda. El dará órdenes a sus ángeles para que te guarden y aparten invisiblemente de ti todas las maquinaciones hostiles.

97. Quien se esfuerza por alcanzar la oración pura, aunque oiga ruidos, estrépitos, voces e insultos, no se abatirá ni se rendirá, sino que le dirá al Señor: "No temeré ningún mal porque tú estás conmigo", y cosas semejantes.

98. En los momentos tales, recurre a la oración, breve pero intensa.

99. Si los demonios apareciéndose de improviso en el aire, te amenazan para aterrarte y asolar tu espíritu o, bajo la apariencia de fieras, parecen querer destrozar tu carne, no temas nada ni te preocupes de sus amenazas Ellos te quieren atemorizar a ver si los atiendes o si los desprecias del todo.

100. Si en tu oración estás ante Dios todopoderoso, Creador y Providente, ¿cómo estás en su presencia olvidándote locamente de su temor soberano y temiendo, en cambio, a los mosquitos y escarabajos? ¿No oíste a aquel que dijo: "Tú temerás al Señor tu Dios" (Deut. 10, 20), y también, "Ante tu poder todo se estremece y tiembla" (Joel, 2, 10-11 y Eccli. 16, 19)?

101. Como el pan es el alimento del cuerpo y la virtud lo es para el alma, así la oración espiritual es el alimento de la mente.

102. No ores como el fariseo, sino como el publicano, en el lugar sagrado de la oración, para que tú también seas justificado por el Señor.

103. Esfuérzate en tu oración, para no desear nunca mal a nadie, no sea que, haciendo abominable tu oración, destruyas lo que edificas.

104. El deudor que debía diez mil talentos te enseña que si tú no perdonas al que te debe, tampoco alcanzarás el perdón, pues escrito está que aquél fue entregado a los verdugos.

105. No atiendas a las exigencias de tu cuerpo durante el ejercicio de la oración; no dejes que la mordedura de un piojo, pulga o mosca te impida adelantar en la oración.

106. Llegó hasta nosotros la noticia de que el maligno combatía tanto a cierto santo que, cuando éste extendía las manos, el enemigo transformándose en león e irguiéndose sobre las patas traseras, clavaba las garras en las mejillas del atleta, sin soltarlo hasta que bajaba las manos. Pero él nunca las bajó hasta terminar las oraciones acostumbradas.

107. Sabemos que así era también Juan el pequeño, o por decirlo mejor, ese muy grande monje, que llevaba vida solitaria en una fosa. Gracias a su íntima unión con Dios, permanecía inconmovible mientras el demonio, bajo la forma de un dragón enroscado en su cuerpo, le trituraba las carnes y le eructaba en su rostro.

108. Seguramente habrás leído en la vida de los monjes de Tabenisi, aquel pasaje donde se narra que dos víboras se acercaron un día a los pies del abad Teodoro mientras éste estaba hablando a los hermanos. Sin inmutarse les hizo un lugar entre los pies para alojarlas allí hasta el fin de la conferencia. Recién entonces se las mostró a los hermanos y les contó lo sucedido.

109. También hemos leído que una víbora se enroscó en los pies de otro varón espiritual mientras éste oraba. Pero él no bajó los brazos hasta terminar la oración habitual, a pesar de lo cual no sufrió ningún daño por haber amado más a Dios que a sí mismo.

110. Mantén quieta tu mirada durante la oración. Renuncia a tu carne y a tu alma y vive según el espíritu.

111. Un santo solitario del desierto, mientras oraba con gran fortaleza, fue asaltado por los demonios. Estos, durante dos semanas jugaron a la pelota con él arrojándolo al aire y recibiéndolo en una estera. Pero en modo alguno pudieron apartar su espíritu de su ferviente oración.

112. Otro, lleno de amor de Dios y de celo por la oración, iba por el desierto cuando se le aparecieron dos ángeles que se pusieron a ambos lados y caminaban junto a él. Pero él no se preocupó de atenderlos para no perder lo que era más importante, acordándose de las palabras del Apóstol: "Ni los ángeles, ni los principados, ni las potestades podrán separarnos de la caridad de Cristo" (Rom. 8, 38-39).

113. El monje, por la verdadera oración, se vuelve igual a los ángeles.

114. Si quieres ver el rostro del Padre que está en los cielos, no trates en modo alguno de percibir alguna forma o figura en el tiempo de la oración.

115. No desees ver sensiblemente a los ángeles o a las potestades o a Cristo, no sea que pierdas totalmente el juicio y recibas al lobo en lugar del pastor, y adores a los demonios enemigos.

116. Esta ilusión nace de la vanagloria espiritual, la cual incita al espíritu a imaginar la divinidad limitada bajo formas o figuras.

117. Diré algo que pienso y que ya se lo he dicho a los jóvenes: Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración consigue una total ausencia de formas.

118. Feliz el espíritu que, orando sin distracción, crece siempre más en el deseo de Dios.

119. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración se vuelve inmaterial y pobre.

120. Feliz el espíritu que en el tiempo de la oración llega a despojarse de todo lo sensible.

121. Feliz el monje que se considera el desecho de todos.

122. Feliz el monje que, con gran alegría, ve la salvación y progreso de todos como suyos propios.

123. Feliz el monje que tiene a todos por Dios, después de Dios.

124. Monje es aquel que está separado de todos y unido a todos.

125. Monje es aquel que se considera unido a todos porque se ve siempre a sí mismo en cada uno de los hombres.

126. Aquel que ofrece a Dios el fruto de las primicias de su espíritu, lleva la oración a la perfección.

127. Puesto que eres monje y deseas orar, evita toda falsedad y todo juramento; si no, en vano aparentas lo que eres.

128. Si quieres orar con el espíritu, no le pidas nada a la carne, y ninguna nube se te opondrá en el tiempo de la oración.

129. Deja en las manos de Dios el cuidado de tu cuerpo, y así mostrarás que le confías también el cuidado de tu espíritu.

130. Si logras las promesas, reinarás. Piensa esto y soportarás alegremente la pobreza del presente.

131. No rehúyas la pobreza y la tribulación, pues son el alimento de la oración ingrávida.

132. Que las virtudes del cuerpo te ayuden a adquirir las del alma; las del alma a las del espíritu; y estas últimas, a la gnosis inmaterial.

133. Cuando ores, si los pensamientos fácilmente se apartan de ti, mira de dónde proviene esto, no sea que caigas en una emboscada y te traiciones a ti mismo por haberte equivocado.

134. Sucede a veces que los demonios te sugieren pensamientos, incitándote a la vez a que ores contra ellos y los combatas. Entonces ellos se retiran espontáneamente. Lo hacen para engañarte y hacerte creer que ya has comenzado a vencer los pensamientos y a atemorizar a los demonios.

135. Si oras contra una pasión o contra un demonio que te atormenta, acuérdate de aquel que dijo: "Perseguiré a mis enemigos, los alcanzaré, no me detendré hasta haberlos vencido; los quebrantaré y no podrán rehacerse y sucumbirán bajo mis pies" (S 17, 38-39), etc. Esto dirás en el tiempo oportuno, armándote de humildad contra los adversarios.

136. No creas que has alcanzado la virtud antes de haber luchado por ella hasta derramar sangre. Es necesario oponerse a muerte al pecado, luchando de un modo irreprensible, como dice el Apóstol.

137. Cuando hayas hecho un bien a alguien, otro vendrá a hacerte mal para que la injusticia te haga defeccionar o cometer algún traspiés, disipando malamente lo que en buena ley habías juntado. Esto es lo que persiguen los perversos demonios, por eso hay que estar sabiamente atento.

138. Prepárate para recibir los asaltos de los demonios que vienen a la carga, pensando cómo vas a hacer para aludir su servidumbre.

139. De noche, los demonios intentan turbar por sí mismos al maestro espiritual. De día se sirven de los hombres para asediarlos con dificultades, calumnias y peligros.

140. No escapes de los bataneros porque éstos hieren al pisar y desgarran al estirar. Piensa que por este medio se vuelve limpia y clara tu sensibilidad.

141. Mientras no renuncies a las pasiones y tu espíritu continúe oponiéndose a la virtud y a la verdad, no podrás hallar en tu seno el perfume de agradable olor.

142. ¿Quieres orar? Sal de aquí y ten tu morada en los cielos. Pero no sólo con palabras sino con la praxis angélica y con la gnosis divina.

143. Si solamente en el tiempo de la adversidad te acuerdas del Juez y de qué terrible e insobornable es, no has aprendido a servir al Señor con temor y a gozar de El con temblor (S 2, 11). Debes saber que en el tiempo de las alegrías y consuelos espirituales hay que rendirle culto con mayor piedad y reverencia.

144. Es un hombre sabio aquel que, antes de haber alcanzado su perfecta conversión, no abandona el recuerdo doloroso de sus propios pecados y del castigo del fuego eterno que ellos reclaman.

145. Aquel que todavía sufre el impedimento de los pecados o de los accesos de ira, y pretende descaradamente alcanzar el conocimiento de las cosas divinas y, aun, la oración inmaterial, merece la censura del Apóstol que le advierte que es peligroso para él orar con la cabeza descubierta y sin velo: "Debe ésta —dice— tener una señal de sujeción en su cabeza, por la

presencia de los ángeles" (1 Cor 11, 10), envolviéndose en el pudor y la humildad apropiadas.

146. Como de nada aprovecha al que está enfermo de los ojos el mirar firmemente el sol cuando brilla con más fuerza en pleno mediodía, así de nada aprovecha al espíritu dominado por las pasiones e impuro imitar la terrrible y espléndida oración en espíritu y en verdad, sino que, más bien, provoca contra él la indignación divina.

147. Si el que fue al altar llevando una ofrenda, no fue admitido por Aquel que nada necesita y que es insobornable hasta que se reconciliase con su prójimo ofendido, mira qué cuidado y que discreción son necesarios para ofrecer a Dios un incienso que le agrade en el altar espiritual.

148. No seas locuaz ni busques la gloria, de lo contrario, no sobre la espalda sino sobre tu rostro ararán los pecadores (cf. S 128, 3). Seducido y arrastrado por pensamientos extraños, les servirás de diversión en el tiempo de la oración.

149. La atención que se esfuerza por alcanzar la oración hace hallar la oración. Si hay algo que lleva a la oración, es esta atención. Es necesario, pues, aplicarse a ella.

150. Como la vista es el más noble de los sentidos, así la oración es la más divina de las virtudes.

151. La bondad de la oración no proviene simplemente de su extensión sino de su calidad. Esto lo demuestra la parábola de los dos hombres que subieron al templo (Lc 18, 10 y sig.), y también aquellas palabras: "Cuando oréis no habléis mucho, etc" (Mt 6, 7).

152. Mientras te preocupes de cómo está tu cuerpo, y tu espíritu ande solícito tras las cosas agradables de la tienda, todavía no has visto el "lugar de la oración", sino que está muy lejos de ti el feliz camino que conduce a ella.

153. Cuando tu oración sea para ti tu mayor alegría, entonces habrás hallado verdaderamente la oración.

SAN ARNOBIO DE SICCA (s. IV)

Fue profesor de retórica en Sicca (Africa) y convertido al cristianismo compuso una apología en siete libros, titulada "Adversus nationes".

¡Oh sublime y altísimo Procreador de todas las cosas visibles e invisibles! ¡Oh Tú, que eres invisible y que no has sido comprendido jamás por las naturalezas creadas! Alabado seas: seas verdaderamente alabado —si es que labios manchados son capaces de alabarle.

A Ti, toda la naturaleza que respira y entiende, jamás debería cesar de dar gracias. Ante Ti, durante toda la vida deberíamos orar de hinojos y presentar sin cesar nuestras peticiones y súplicas. Porque Tú eres la causa primera, el lugar y el espacio de las cosas creadas, la base de todas las cosas, sean cuales fueren.

Tú solo eres infinito, ingénito, perpetuo, eterno... Para entenderte hace falta guardar silencio; y para poder adivinar algo de Ti... hay que (escucharte en la oración) evitando hasta el más leve murmullo (1, 31).

SAN EPIFANIO (m. 402)

San Epifanio, Obispo de Salamina, nació en Palestina, de padres judíos, por los años 310. Convertido al cristianismo fue monje amigo de San Hilarión. Elegido Obispo de Salamina hizo un viaje a Roma acompañado de San Jerónimo para asistir al concilio convocado por el Papa San Dámaso. Vuelto a Salamina compuso varios tratados muy importan-

tes, siendo los principales el "Ancora" *y el* "Anacoratus", *o botiquín contra las herejías. Es tan importante este santo padre que algunos autores lo incluyen entre los Doctores de la Iglesia (PG 41-43).*

1. El verdadero monje, debe orar sin intermisión...

2. Dice el Apóstol: *"Haced en todo tiempo con espíritu, continuas oraciones y plegarias (Ef. 6, 18); Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).* Aunque el Apóstol San Pablo nos manda que oremos *siempre,* con todo, debemos tener señaladas ciertas horas para orar, por si alguna vez estuviésemos ocupados en otras obras, la hora señalada nos llame a cumplir con la oración.

Debemos orar en prima, tercia, sexta, nona y vísperas. No debemos comer sin hacer primero oración, ni debemos dejar la mesa sin dar gracias al dador de todo.

En las noches nos debemos levantar dos y hasta tres veces a orar, y durante la misma debemos meditar en la Sagrada Escritura.

Armense con la oración los que salen de casa, y vuelvan a hacer en casa oración los que vuelven de la plaza.

Antes de entregarse al descanso, hágase oración, y antes que se apaciente el cuerpo, debemos apacentar el alma (De Scriptar Ercl y ad. Eustaquia).

3. *Oremos por los herejes*

En cuanto a vosotros, hermanos, yo os exhorto a orar por ellos y a decir con palabras del profeta: ¿Quién dará agua a mi cabeza y a mis ojos fuentes de lágrimas para llorar día y noche a los heridos de la hija de mi pueblo? (Ter, 9, 1).

Supliquemos a la misericordia del Señor los libre del error en que están encadenados y truequen por amor el odio con que ahora se enfurecen contra nosotros (Epist. 98 a Teófilo).

4. *La oración en el seno de la familia*

Lleva de tal manera la solicitud de tu casa, que des también alguna vacación a tu alma. Escoge un lugar oportuno y un tanto apartado del estruendo de la familia. Acógete a él como a un puerto, como quien sale de una gran tormenta de preocupaciones. Calma con la tranquilidad del retiro las olas de los pensamientos que excitan los asuntos de fuera. Pon allí tanto empeño en la lección divina, sucédanse tan frecuentes tus oraciones, sea tan firme y denso el pensamiento de la vida futura, que fácilmente compenses con esta vocación todas las preocupaciones del tiempo restante (Epist. 148 a Celantia).

5. *Como alimentamos el cuerpo, debemos alimentar el alma*

Ya sabes que el alimento del alma cristiana es meditar día y noche en la Ley del Señor (Epist. 5 a Florentin).

6. *No os dejéis engañar*

Se refutan los errores de los herejes que niegan la necesidad del auxilio divino para poder cumplir los mandamientos.

Es así que de tal modo ponen la gracia de Dios, que no nos esforzamos y seguimos por su auxilio en cada una de las obras, sino que lo refieren al libre albedrío y a los preceptos de la ley, para lo que alegan aquello de Isaías: Porque Dios dio la ley para ayuda (Is. 8, 20). De modo que (según ellos) hay que dar gracias a Dios de habernos creado tales que podamos a nuestro albedrío escoger lo bueno y evitar lo malo.

Y no se percatan al hablar así que por su boca silba el diablo una blasfemia insoportable. Y es así que, si la gracia de Dios se cifra en que nos creó con propia voluntad y nos contentamos con el libre albedrío, (resulta que) ya no necesitamos su auxilio. Pues de necesitarlo, se quebraría el libre albedrío. Y así se sigue que ya no tenemos necesidad de orar para nada, ni de tratar de ablandar con súplicas la misericordia divina para recibir cada día lo que una vez recibido tenemos ya en nuestro poder.

7. Tales hombres suprimen la oración, y por el libre albedrío se jactan de haber sido hechos no hombres de propia voluntad, sino del poder de Dios, que no necesita de la ayuda de nadie...

El que esto dice ¿qué blasfemia no profiere? ¿Qué veneno que sobrepuja al de todos los herejes? Afirman que, por el libre albedrío, ya no necesitan a Dios para nada, e ignoran que está escrito: *¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo has recibido ¿a qué alardeas como si no lo hubieras recibido?* (1 Cor. 4, 7) ¡Da a Dios muchas gracias el que por el libre albedrío es rebelde contra Dios!

También nosotros lo admitimos de buena gana, pero sólo a condición de dar siempre gracias al Señor y saber que nada somos si El mismo no guarda en nosotros lo que nos dio, como dice el Apóstol: *No es cosa del que quiere ni del que corre, sino de Dios que se compadece* (Rm. 9, 10).

8. El querer y el correr es mío; pero lo mismo que es mío no lo sería sin el auxilio de Dios. Y es así que dice el Apóstol: *Dios es el que opera en vosotros el querer y el acabar* (Fil. 2, 13).

Y el Señor en el Evangelio: *Mi Padre trabaja hasta ahora, Yo también trabajo* (Jn. 5, 7).

9. El es siempre generoso. El da siempre. No le basta que me haya dado una vez; tiene que estar dándome siempre. Pido para recibir, y, ya que he recibido, pido de nuevo. Soy avaro para recibir los beneficios de Dios. Ni El se cansa de dar ni yo me canso de recibir. Cuanto más bebo, más sed tengo, pues he leído que canta el salmisma: *Gustad y ved lo dulce que es el Señor* (Sal. 33, 9).

10. En cuanto a los que caraquean en todos los tonos diciendo que nosotros destruimos el libre albedrío, sepan, por lo contrario, que son ellos los que destruyen la libertad del albedrío al abusar de él contra el beneficio del que se lo ha dado. ¿Quién destruye el albedrío: el que da siempre gracias y cuanto fluye en su riachuelo lo refiere a la Fuente, o el que dice: *Apártate de mí porque soy limpio* (Is. 65, 5), no tengo necesidad de Ti? Me diste

una vez por todas el libre albedrío, la libertad de albedrío, para que haga lo que me diere la gana. ¿A qué entrometerte de nuevo, de modo que nada pueda hacer si tú no completas en mí tus dones? Fraudulentamente poner por delante la gracia de Dios para referirla a la condición del hombre y no requerir en cada obra el auxilio de Dios, para que no parezca, claro está, que pierde el libre albedrío...

11. De balde blasfemas y sugieres a los oídos de los ignorantes que nosotros condenamos el libre albedrío. Sea condenado quien lo condene. Por lo demás, los hombres nos diferenciamos de los brutos animales en que hemos sido creados con libre albedrío; pero como ya he dicho, el albedrío se apoya en el auxilio de Dios y necesita en todo momento de su ayuda, cosa que vosotros no queréis. Para vosotros, el que una vez ha recibido el libre albedrío, ya no necesita que Dios le ayude. El libre albedrío hace la libre voluntad, pero no hace a nadie un Dios que no necesite de ayuda alguna... (Epist. 133 a Clesifonte).

12. *También debemos orar por los difuntos*

Respecto al rito de leer los nombres de los difuntos (en las misas) preguntamos: ¿Qué cosa puede darse más útil que ésta? ¿Qué cosa más provechosa, más admirable y más a propósito para que todos los presentes crean que los difuntos están vivos todavía y que no han dejado de existir, sino que existen y viven al lado del Señor? Con esto se profesa el dogma piadoso de que aquellos que oran por sus hermanos difuntos, abrigan la esperanza de que viven y de que sólo casualmente se hallan lejanos. Y su oración ayuda a los difuntos, aunque por ella no queden borradas todas sus deudas... por tanto, la Iglesia debe guardar esta costumbre, habiéndola recibido como una tradición de los Padres. Porque ¿quién podría suprimir el mandato de la madre o la ley del padre?, conforme a lo que dice Salomón: "*Tú, ¡oh hijo mío!, escucha las correcciones de tu padre y no deseches las advertencias de tu madre" (Prov. 1, 8).*

Con esto quiso enseñar el Padre, es decir, el Dios unigénito y el Espíritu Santo, tanto por escrito como sin escritura nos ha

dado doctrinas, y que nuestra Madre la Iglesia nos ha legado preceptos que son indisolubles y definitivos (Haeres., 76, 89).

13. Un abad mandó decir a Epifanio: "Gracias a tus oraciones no hemos descuidado la Regla. Hemos rezado cuidadosamente tercia, sexta, nona y vísperas", y éste le contestó: "Veo que hay horas en las que dejáis de hacer oración. El verdadero monje debe orar sin interrupción, o al menos, salmodiar en su corazón" (Sentencias de los Padres del Desierto. Desclee, p. 202).

14. *María sobrepuja toda alabanza y es nuestra puerta para entrar en el cielo.*—¿Qué diré o cómo hablaré de la ilustre y santa Virgen? Ya que, después de Dios, Ella es superior a todos; más bella que los querubines y los serafines, y que toda la milicia angélica. Por lo cual, no hay lengua que sea suficiente en la tierra ni en el cielo, para cantar sus alabanzas. ¡Oh, Virgen bienaventurada! Salve, llena de gracia y puerta del cielo... (Melús. Orar con María).

SAN JUAN CRISOSTOMO Dr. (m. 407)

San Juan Crisóstomo, el "boca de oro" como le llamaban sus paisanos, fue el más grande orador de la Iglesia griega. Cuando trataron de consagrarlo Obispo, huyó a la soledad donde se dedicó a la penitencia y a la oración, y allí escribió su tratado De Sacerdocio. *Tuvo que volver por enfermedad, y años más tarde, engañado, le llevaron a Constantinopla y allí se vio obligado a aceptar la sede episcopal de la segunda metrópolis más importante del mundo. Es el más excelso de los Padres griegos y una de las figuras más simpáticas de la antigüedad cristiana. Sus escritos son importantísimos y convincentes recomendando la asiduidad en la oración (PG 47-64).*

Por la oración se alcanza la felicidad

1. Por dos razones conviene que admiremos a los siervos de Dios y los reputemos felices: porque pusieron la esperanza de su salvación en las santas oraciones, y porque conservando por escrito los himnos y adoraciones, que con temor y gozo tributaron a Dios, nos transmitieron también a nosotros su tesoro, para poder arrastrar a su imitación a la posteridad. Porque es natural que pasen a los discípulos las costumbres de los maestros, y que los discípulos de los profetas brillen como imitadores de justicia, de suerte que en todo tiempo meditemos, roguemos, adoremos a Dios, y ésta tengamos por nuestra vida, ésta por nuestra salud y alegría, éste por el colmo y término de todos nuestros bienes, el rogar a Dios con el alma pura e incontaminada. Porque como a los cuerpos da luz el sol, así al alma la oración. Si, pues, para un ciego es grave daño el no ver el sol, ¿qué clase de daño será para un cristiano el no orar constantemente, e introducir en el alma por la oración la lumbre de Cristo?

Excelsa dignidad del hombre que ora

2. ¿Quién hay que no se espante y admire del amor que Dios manifiesta a los hombres cuando libremente les concede tan grande honor que no se desdeña de escuchar sus preces y trabar con ellos conversación amigable? Pues no con otro, sino con el mismo Dios hablamos en el tiempo de la oración, por medio de la cual nos unimos con los ángeles y nos separamos inmensamente de lo que hay en nosotros común con los brutos irracionales. Que de ángeles es propia la oración, y aun sobrepuja a su dignidad, puesto que mejor que la dignidad angélica es hablar con Dios. Y que como digo, sea mejor, ellos mismos nos lo enseñan al ofrecer a Dios nuestras súplicas con gran temor (Ap. 5, 8), haciéndonos ver y aprender de este modo que es razón que cuantos se acercan a Dios, lo hagan con gozo sí, pero también con temor. Con temor, temblando no seamos dignos de la oración, y llenos al mismo tiempo de gozo por la grandeza del honor recibido. Pues de tal extraña y singular providencia se reputa el género humano, que podemos gozar conti-

nuamente de la conversación con Dios, por medio de la cual, hata dejamos de ser mortales y caducos; pues mientras por una parte permanecemos mortales por naturaleza, por la otra, con la oración y conversación con Dios nos trasladamos a una vida inmortal.

En efecto: es necesario que quien conversa con Dios llegue a ser superior a la muerte y a toda corrupción; y así como es absolutamente precido que quien goza de los rayos del sol esté alejado de las tinieblas, del mismo modo es necesario que quien distruta del trato divino no sea ya mortal, porque la misma grandeza del honor le traspasa a la inmortalidad. Pues si es imposible que los que hablan con el emperador y son de él estimados sean pobres, muchísimo más lo es que los que ruegan a Dios y le hablan tengan almas expuestas a la muerte.

La oración es la fuente y origen de la virtud

3. Pues la muerte de las almas es la impiedad y la vida sin ley; como al contrario, su vida es el servicio de Dios y el modo de obrar conforme a El.

Cierto es que la vida santa y conforme al servicio de Dios, claro está que la oración la produce y maravillosamente la guarda como un tesoro en nuestras almas. Porque sea que uno ame la virginidad, sea que se esfuerce por guardar la moderación propia del matrimonio, o por superar la ira, o por familiarizarse con la mansedumbre, o por vencer la envidia, o por cumplir cualquier otro deber, teniendo por guía a la oración que le vaya allando la senda del modo de vivir que haya escogido, hallará expedita y fácil la carrera de la piedad.

Nos conviene obedecer a Dios

4. Porque no es posible, no, que los que piden a Dios el don de la templanza, de la justicia, de la mansedumbre, de la virginidad, no consigan lo que piden. Porque, "*pedid*, dice, *y se os dará, buscad y hallaréis, llamad y se os abrirá; porque todo el que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama a la puerta se le abrirá*" (Mt. 7; Lc. 11).

Y aun añadió de nuevo: *¿Quién de vosotros hay, que si su hijo le pide pan, le dé una piedra, ¿O si le pide un pez le dé una serpiente? ¿O si le pide un huevo le dé un escorpión? Pues si vosotros siendo malos sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre del cielo dará el Espíritu bueno a los que se lo pidan?* (Ibíd).

Con tales palabras nos exhortó a la oración el Señor de todo lo creado, y a nosotros nos conviene vivir siempre obedientes a Dios, ofreciéndole himnos de alabanza y oraciones con mayor cuidado del culto divino que de nuestra propia alma; porque así podremos vivir siempre una vida digna de hombres. Porque el que no ruega a Dios, ni ansía gozar constantemente de la divina conversación, está muerto y sin alma, y no tiene del todo sano el juicio; porque ésta es la mayor señal de insensatez: el no conocer la grandeza de este honor, ni amar la oración, ni tener por muerte del alma el no postrarse delante de Dios.

La oración es la vida del alma

Pues claro está que así como a este nuestro cuerpo, cuando le falta el alma queda fétido, así cuando el alma no se mueve a sí misma a la oración, muerta está ya, miserable y corrompida.

5. Y que se deba tener por más acervo que cualquier muerte el verse privado de la oración, hermosamente nos lo enseña el gran profeta Daniel, al elegir antes la muerte que estar por sólo tres días privado de la oración; pues no le mandó el rey de los persas cometer ninguna impiedad, sino quiso ver tan sólo si en el espacio de tres *(treinta?)* días se hallaba alguno que pidiese nada a ninguno de los dioses, si no era al mismo rey (Dan. 4). Porque si Dios no se inclina hacia nosotros, ningún bien descenderá a nuestras almas; pero el inclinarse Dios a nosotros maravillosamente olvidará nuestros trabajos, si nos ve amar la oración y rogar constantemente a su Majestad, y tener puesta nuestra esperanza en que allí han de descender a nosotros todos los bienes.

Amar la oración es señal de perfección

6. Por esto, cuando veo a alguno que no ama la oración, y que no siente hacia ella un afecto encendido y vehemente, ya para mí es cosa manifiesta que el tal no abriga en su alma nada de grande y generoso; pero cuando veo a uno que no se harta de dar culto a Dios, y juzga el no orar continuamente por el mayor de los daños, conjeturo que el tal es un fiel y firme practicador de todas las virtudes, y templo de Dios. Porque si el vestido del hombre, y el caminar de sus pies, y la risa de sus dientes dicen ya quién es, según el sabio Salomón (Ecle. 19, 27), mucho más la oración y culto de Dios es señal de toda justicia, siendo, como es, una vestidura espiritual y divina, que presta a nuestras mentes mucha hermosura y belleza, modera la vida de cada uno, no permite que nada malo ni impertinente se apodere del alma, y nos persuade que reverenciemos a Dios y estimemos el honor que nos concede, nos enseña a arrojar lejos de nosotros todas las seducciones del malvado (enemigo), desecha todos los pensamientos torpes y necios y hace a nuestras almas despreciadoras del deleite. Porque éste es el único orgullo que conviene a los adoradores de Cristo, el no ser esclavos de nada torpe, sino conservar el ánimo en libertad y vida inmaculada. Y que sin la oración sea imposible pasar y terminar virtuosamente la vida, creo verdad a todos manifiesta.

Porque, ¿cómo habrá de ejercitar la virtud, no acudiendo y rindiendo adoración constantemente al suministrador y dador de ella? Y ¿cómo habrá de desear uno ser templado y justo, no conversando dulcemente con el que de nosotros pide esto y mucho más?

La oración nos alcanza el perdón de los pecados

7. Y ahora quiero brevemente demostraros que, aunque al orar estemos llenos de pecados, la oración nos limpiará de ellos en breve. Porque. ¿qué cosa puede haber o mayor o más divina que la oración, que no parece sino un contravenero para los que tienen el alma enferma?

Los ninivitas son los primeros que se nos presentan absueltos, por medio de la oración, de muchos pecados contra Dios; porque una misma cosa fue apoderarse de ellos la oración, y hacerlos justos, y corregir al punto la ciudad hecha ya a la liviandad, y a la maldad, y a la vida sin freno, venciendo la antigua costumbre, llenando la ciudad de leyes celestiales, y llevando consigo la templanza, y la caridad, y la mansedumbre, y el cuidado de los pobres; porque no sufre habitar en las almas sin estas virtudes; antes cualquier alma en que reside, la llena de toda justicia, adiestrándola para la virtud, y expulsando de ella la maldad. Cierto, que, si entonces hubiera entrado en la ciudad de Nínive alguno que la conociera bien de antes, no la reconocería: ¡tan repentino fue el salto que dio del vicio a la virtud!

Así como a una mujer pobre y vilmente vestida, no la reconocería uno si la viera después adornada con vestiduras de oro, así, quien viera primero aquella ciudad mendigando y vacía de tesoros espirituales, la desconocería por completo, después que de tal suerte logró transformar la oración, dirigiendo a la virtud sus costumbres y vida viciosa.

Hubo asimismo una mujer que, habiendo empleado todo el tiempo en la intemperancia y lascivia, apenas se postró a los pies de Cristo cuando alcanzó la salvación (Lc. 7, 37).

La oración nos defiende de todo peligro

8. Fuera de esto, no solamente limpia la oración el alma de pecados, sino que además aleja de muchos peligros. Así es que aquel rey y al mismo tiempo profeta admirable David ahuyentó con la oración muchas y temibles guerras, poniendo este solo resguardo para el ejército, y logrando de este modo para sus soldados juntamente la paz y la victoria.

Así como otros reyes suelen poner la esperanza de su salvación en la pericia de los militares, en el arte de la guerra, en los saeteros, en los soldados de a pie y de a caballo; así el admirable David rodeó a su ejército por toda defensa con la muralla de la oración; ni reparaba en el valor de los generales, tribunos y centuriones; antes sin recoger dinero, sin preparar armas, lograba con la oración las armas del cielo.

Porque verdaderamente es armadura celestial la oración que se derrama ante Dios, y es la única que defiende por completo a los que se ponen en sus divinas manos. Puesto que la robustez y pericia de la infantería, y la práctica de los saeteros, y la destreza en sorprender al enemigo, muchas veces quedan fallidas y frustradas, o por los lances de la guerra, o por la seguridad de los adversarios, o por otras muchas causas. Pero la oración es armadura inexpugnable y segurísima, y nunca hace traición, y tan fácilmente rechaza a un enemigo como a innumerables millares.

En efecto, el admirable David, de quien acabamos de hablar, cuando se lanzó sobre él como un formidable demonio, aquel gigante Goliat (1 Rey. 7), le derribó, no con armas y espadas, sino con oraciones; tan poderosa arma es la oración para los reyes en las batallas contra los enemigos. Pues bien; el mismo poder tiene para nosotros esta arma contra los demonios...

Y que al alma pecadora fácilmente purifica la oración, nos lo demuestra el publicano que pidió a Dios la remisión de sus culpas y la consiguió; nos lo demuestra el leproso que apenas se postró ante Dios, cuando quedó limpio, que si Dios curó al punto al que tenía corrupción en su cuerpo, ¿cuánto más benignamente dará la salud a un alma enferma? Porque cuanto el alma es más que el cuerpo, tanto es más conforme que Dios muestre mayor cuidado de ella. Mil otras cosas se podrían decir, tanto de las historias antiguas como modernas, si se pretendiera enumerar a todos los que por la oración han sido salvos.

La oración es la raíz y base de todo

9. Pero quizá alguno de los más perezosos y de los que no quieren orar con cuidado y empeño, se persuadirá que Dios dijo también aquellas palabras: *No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hiciera la voluntad de mi Padre que está en los cielos* (Mt. 7, 21). Cierto, si yo juzgara que la oración por sí sola basta para nuestra salvación, con razón podría alguno hacer uso contra mí de esas palabras; pero diciendo, como digo, que la oración es como la cabeza de todos los bienes, y fundamento y raíz de una vida provechosa, nadie por pretexto de su

pereza se defienda con semejantes palabras. Porque ni sólo la intemperancia puede salvarnos sin los otros bienes, ni el cuidado de los pobres, ni la bondad, ni cosa alguna de las que se pueden desear: sino que conviene que todas juntas entren en nuestras almas; pero la oración está debajo de todas como raíz y base; y así como a una nave y a una casa, las partes que están debajo, la consolidan y sostienen, de la misma manera las oraciones fortalecen nuestra vida, y sin ellas nada habría en nosotros de bueno y saludable.

Por eso San Pablo nos urge constantemente exhortándonos y diciéndonos: *Perseverad en la oración, velando en ella en acción de gracias (Col. 4, 2);* y en otro lugar: *Orad sin intermisión dando gracias en todo, porque esta es la voluntad de Dios* (1 Tes. 5, 17-18). Y en otra parte de nuevo: *Orad en toda ocasión en espíritu, velando en él con toda perseverancia y súplicas* (Ef. 6, 18). Con tantas y tan divinas voces nos exhortaba a la oración continuamente aquel caudillo de los apóstoles.

Tengamos todos los días varios ratos de oración

10. Conviene, pues, que amaestrados por él pasemos la vida en oración, y demos continuamente este riego a nuestras almas, pues no menos necesitamos de la oración los hombres que del agua los árboles; porque ni éstos pueden producir sus frutos si no beben por las raíces, ni nosotros podremos dar los preciosísimos frutos de la piedad si no recibimos el riego de la oración.

Conviene, pues, que al levantarnos del lecho, nos adelantemos siempre al sol en dar culto a Dios, y que al sentarnos a la mesa y al irnos a acostar, y mejor todavía cada hora, ofrezcamos a Dios una oración, y corramos de esta manera la misma carrera que el día; y que en tiempo de invierno empleemos la mayor parte de la noche en oraciones, y doblando las rodillas, con gran temor instemos en la oración, y nos juzguemos felices en dar culto a Dios.

Dime: ¿cómo verás al sol sin adorar al que envía a tus ojos su dulcísima lumbre? ¿Cómo difrutarás de la mesa, sin adorar al

que te da y regala tantos bienes? ¿Con qué esperanza llegarás al tiempo de la noche? ¿Con qué sueños piensas ocuparte, no amurallándote con la oración, y yendo a dormir desprevenido?

Sólo por la oración venceremos a los demonios

11. Despreciable y fácil presa parecerás a los demonios que andan siempre alrededor acechando una ocasión en nuestro daño, y mirando a quién podrán hallar privado de la oración, para enseguida arrebatarle.

Pero si nos vieren defendidos con oraciones, huyen al punto, como los ladrones y malvados cuando ven pender sobre sus cabezas la espada del soldado. Pero quien se encuentra desnudo de la oración, arrabatado por los demonios, es arrastrado y empujado a los pecados y calamidades y todo mal. Conviene, pues, que nosotros, temerosos de tan grave daño, siempre nos defendamos con himnos y oraciones, para que compadecido Dios de todos, nos haga dignos del reino de los cielos por su Hijo Unigénito, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. Amén (Hom. 1.ª sobre la oración).

La oración vence cualquier pecado

12. No hay pecado alguno que no ceda y se rinda a la fuerza de la penitencia, o por mejor decir, a la gracia de Cristo. Con sólo que nos convirtamos, ya le tenemos a El por nuestro ayudador; y si quieres hacerte bueno no hay quien te lo impida: si bien hay quien te impida, Satanás; pero con tal que tú escojas el bien y de ese modo te concilies el favor de Dios, nada puede contigo. Pero si tú no quieres, sino que te vuelves atrás, ¿cómo te ha de proteger? Pues no quiere que te salves a la fuerza y con violencia, sino voluntariamente.

Si tú mismo, caso que tuvieras un esclavo que te aborreciese y tuviera aversión, y continuamente estuviera escapándose y huyendo de ti, no querrías tenerle contigo, y eso necesitanto de su servicio. ¡Cuánto menos querrá tenerte por fuerza Dios, que todo lo hace no por su necesidad, sino por tu salvación! Pero

con sólo que le muestres un poco de buena voluntad, jamás podrá dejarte por más que el diablo haga lo que haga contra ti.

Dios quiere ser importunado

13. De suerte que nosotros mismos somos la causa de nuestra perdición. Porque ni acudimos a Dios, ni le interpelamos, ni le rogamos como conviene. Y cuando acudimos a El, no lo hacemos como quien ha de recibir lo que pide, ni con la debida fe, ni como quien exige algo, sino que todo lo hacemos bostezando y con supina dejadez. Y eso que Dios quiere que le exijamos, y aun se nos muestra agradecido por ello. Pues El es el único deudor que, cuando se le exige, muestra agradecimiento, y da lo que nosotros no le habíamos prestado. Y si ve al que exige hacerlo con mucha insistencia, paga aun lo que no recibió de nosotros. Pero si lo ve perezoso, El también difiere el dar, no porque no quiera dar, sino porque gusta que nosotros se lo exijamos.

Por eso nos propuso el Señor el ejemplo de aquel amigo que acudió de noche a pedir pan, y el del juez que ni temía a Dios ni tenía respeto a los hombres. Y no paró en los ejemplos, sino que lo mostró en las obras, como cuando despidió a la mujer cananea favorecida y satisfecha con un grande beneficio.

Y por medio de ella nos enseñó que a los que se lo exigen con insistencia, concede, incluso, lo que parece no debiera dárseles. Porque *"no está bien* —dijo— *tomar el pan de los hijos y dárselo a los perros"*. Pero, sin embargo, lo dio, porque ella lo pidió con insistencia. Al contrario, por medio de los judíos nos enseñó que a los perezosos no les da ni aun aquello que les corresponde. Así que ellos, nada recibieron, antes perdieron aun lo suyo.

De suerte que éstos por no haber pedido, no recibieron ni aun lo que les pertenecía; y aquélla, en cambio, por haber pedido con insistencia, logró sacar aun lo ajeno; y un perrillo recibió lo de sus hijos. ¡Tanto es lo que vale la asiduidad!... Aunque seas perro, si eres asiduo, serás preferido al hijo descuidado; pues lo que no logró la amistad, lo obtuvo la insistencia...

14. No digas, pues: "Dios es mi enemigo y no me esuchará". Pronto te dará respuesta si de continuo le molestas: "He pecado mucho y no puedo rogar a quien tengo ofendido". Porque Dios no mira la dignidad o merecimiento del que ora, sino tan solamente la intención.

Porque si a aquel poderoso que ni temía a Dios, ni hacía caso de los hombres, logró doblegar la viuda: ¡cuánto más podrá mover al Bueno por naturaleza la súplica no interrumpida! Por tanto, aunque no seas su amigo, aunque exijas lo que no se te debe, aunque hayas consumido el patrimonio y estado mucho tiempo ausente de la vista de tu Padre, aunque estés deshonrado y seas el desecho del mundo, aunque tengas irritado, aunque tengas indignado a Aquel a quien acudes: quiérelo, que te basta querer rogarle y volverte a El para que tdo lo recobres y apagues al punto toda su indignación y justicia contra ti.

Si no consigues lo que pides, es por falta de insistencia

15. "Pero el caso es —dice uno— que yo ruego y no aprovecho". Porque no ruegas como ellos; como la cananea; como el amigo que llegó a deshora de la noche; como la viuda que importunaba continuamente al juez; como el hijo que había consumido el patrimonio. Porque si así rogaras, pronto conseguirías lo que pides. Porque Dios, aunque ultrajado es Padre; aunque irritado, ama a sus hijos; y sólo una cosa pretende: no tener que exigir justicia de sus afrentas, sino verte arrepentido y suplicante. ¡Ojalá también nosotros ardiéramos de la manera que aquellas sus entrañas se conmueven por nuestro amor! Sino que aquel fuego sólo busca una ocasión; pues con tal que tú le presentes una chispita, al punto enciendes una gran llamarada de beneficios.

No por haber sido ultrajado se indigna, sino porque eres tú precisamente quien le ofendes, y estás fuera de seso como tomado del vino. Porque si nosotros, que somos malos, cuando nos ofrende los hijos, lo sentimos por ellos, ¡mucho más Dios, que en realidad no puede ser ofendido, lo sentirá por ti, que le ofendes! Si así somos nosotros que amamos por naturaleza,

¿cuánto más El que es amoroso sobre toda la naturaleza? *Porque aun cuando la mujer* —dice la Escritura— *se olvidare del hijo de sus entrañas, yo no me olvidaré de ti, dice el Señor* (Is. 49, 15).

Imitemos a la cananea

16. Acerquémonos, pues, a El y digámosle: "*Bien está, Señor, que también los perros comen de las migas que caen de la mesa de sus dueños*". Acerquémonos con oportunidad e importunidad; por más que nunca podremos acercarnos con importunidad, porque la importunidad está en no acudir continuamente. Porque así como el respirar nunca es importuno, así tampoco el orar, sino que lo importuno es el no orar. Pues como necesitamos de la respiración, así necesitamos de su auxilio, y si lo queremos, fácilmente lo conseguiremos.

Y para hacérnoslo ver el profeta y declararnos cómo siempre tenemos a mano sus beneficios, decía: "*Le hallaremos preparado como la aurora*". Porque cuantas veces acudamos a El, veremos que nos está aguardando. Y si nada sacamos de la fuente de su bondad, siempre manante, nuestra es por completo la culpa.

Esto era lo que echaba en cara a los judíos, diciendo: "*Mi misericordia como nube de madrugada*". Con lo cual quiere decir: "Yo hice cuanto estaba de mi parte; pero vosotros, a la manera que el sol ardiente dando sobre la niebla y el rocío los disipa y los deshace, por vuestra mucha maldad reprimisteis mi inefable liberalidad. Lo cual a su vez es propio de su providencia: porque cuando nos ve indignos de ser favorecidos, contiene sus beneficios para no hacernos desidiosos.

Pero si nos convertimos un poquito, lo suficiente tan sólo para reconocer que pecamos: brota más que todas las fuentes; derrama más que el océano y, cuanto más hubieres recibido, tanto El más se complace, y con eso se prepara para dar más de nuevo. Pues juzga riqueza propia nuestra salvación y el dar con largueza a los que piden, como lo declaraba San Pablo, diciendo: "*Rico para todos y sobre todos los que le invocan*" (Rom. 10, 12).

Como que cuando no le pedimos es cuando se aíra; y cuando no le pedimos es cuando se aparta de nosotros.

Por eso fue pobre, para hacernos a nosotros ricos; por eso sufrió todos aquellos trabajos, para animarnos a pedir...

Por tanto: no desconfiemos, antes, teniendo tales motivos y tan buenas esperanzas; aunque pequemos cada día, acudamos a El rogándole, suplicándole, pidiéndole el perdón de los pecados. Pues de esta manera seremos en adelante más difíciles en pecar, y echaremos fuera a Satanás, y excitaremos la misericordia de Dios, y conseguiremos los bienes futuros por gracia y benignidad de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos. (Hom. 1.ª sobre la oración)

Pedid y se os dará; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá (Mt. 7, 7). Muchas y admirables cosas nos ha mandado el Señor; quiere que estemos por encima de todas las pasiones y nos ha levantado hasta el mismo cielo, ordenándonos que nos esforcemos por asemejarnos no ya sólo a los ángeles, sino, incluso, y en lo que cabe, al Señor mismo de ellos. Y a sus discípulos, no solamente les mandó practicar todas esas cosas, sino que además les insistió que las enseñaran a los demás.

Con la oración sus mandamientos resultan fáciles

17. Pero para que nadie pudiera decir que sus mandamientos son imposibles de cumplir, les enseñó la forma de hacerlos fáciles, alegando razones suficientes para convencernos de ello. Pero en este caso, el remedio que nos ofrece, toca la cúspide de la facilidad, pues no es un alivio cualquiera, sino la ayuda de la perseverante oración.

Porque no basta, nos viene a decir el Señor: no basta con que nos esforcemos nosotros solos; hay que invocar también el auxilio de lo alto, y ese auxilio vendrá infaliblemente y nos asistirá y tomando parte en nuestros combates nos lo hará todo fácil.

Por eso no sólo nos mandó pedir, sino que nos garantizó que se nos dará lo que pidiéramos. Pero no nos mandó simplemente pedir, sino pedir con grande perseverancia, insistencia y fervor.

Eso es precisamente lo que significa aquel imperativo: *"buscad"*. Porque el que busca, arroja de su pensamiento todo lo demás y sólo piensa en lo que busca, sin que le distraiga nada de cuanto ocurre a su lado. Bien saben lo que digo los que buscan negocios temporales.

Eso fue precisamente lo que nos quiso decir el Señor con la palabra *"buscar"*, y eso lo que nos quiso dar a entender. Mas con la de *llamar a la puerta* nos indica con qué vehemencia y ardiente espíritu hemos de acercarnos a la oración.

¡Oh, hombre! No te desalientes, pues, ni muestres menos empeño por la virtud que codicia por el dinero. El dinero, mil veces lo has buscado sin encontrarlo, y aun cuando sabes que no lo has de encontrar absolutamente, no dejas piedra por mover para dar con él. Aquí, empero, que tienes promesa infalible de que absolutamente recibirás, no pones ni la mínima parte de aquel empeño que muestras por el dinero.

Y, aunque no recibas inmediatamente, no debes desalentarte. Pues por eso precisamente dijo el Señor: *"Llamad";* pues quería darte a entender que, aun cuando de pronto no se abra la puerta, hay que seguir dando golpes.

Debemos pedir lo que nos conviene

18. Oye lo que dice: *¿Qué padre hay entre vosotros que, si un hijo le pide pan, en vez de pan le dé una piedra?* (Mt. 7, 9). Cierto que si entre los hombres pides continuamente, se te tendrá por pesado y molesto; pero, tratándose de Dios, cuando le molestas es cuando no le pides; y, si perseveras pidiendo, aun cuando inmediatamente no recibas, recibirás infaliblemente.

No puedes decir: ¿Qué voy a hacer, si pido y no recibo? No; no puedes decir eso. Ahí está cerrándote el paso la comparación de que se vale el Señor, con la que no sólo te da razones de confianza por lo que sucede en lo humano, sino que justamente te hace ver que no sólo hay que pedir, sino pedir lo que conviene.

Porque, *¿qué padre hay que si su hijo le pide pan le dé una piedra,* De manera, que si no recibes, será porque en vez de pan, pides

una piedra. Porque si el hijo te da seguridad de que recibirás cuando pides lo que te conviene, al contrario, también te garantiza que no puedes recibir cuando pidas lo que no te conviene.

No pidas, pues, nada mundano; pide solamente aquellos bienes espirituales que te convienen, e infaliblemente los recibirás. Mira, pues, qué rapidamente consiguió Salomón lo que pedía, cuando pidió lo que le convenía (3 Reg. 3, 5-14).

Dos condiciones, pues, ha de tener la oración: pedir insistentemente y pedir lo que se debe. Porque también vosotros los que sois padres —nos viene a decir el Señor— si vuestros hijos os piden algo inconveniente, se lo negáis, así como le concedéis lo que les conviene.

Así, pues, considerando estas cosas, no te retires de la oración hasta que recibas; no la dejes hasta encontrar; no cejes en tu empeño hasta que te abra la puerta. Si con este espíritu te acercas a Dios y le dices: "si no recibo, no me retiro", indefectiblemente recibirás. Eso sí, a condición de que pidas lo que está bien que te dé Aquel a quien se lo pides, y que te convenga a ti que se lo pides.

Motivos de confianza

19. No me repliques, pues, que ya has orado y que nada has recibido, porque no es posible hablar de pedir y no recibir, tratándose de Dios, que nos ama tanto que, cuanto la bondad supera a la maldad, así su amor al de todos los padres... Tal es el exceso de amor que Dios nos tiene. Ahí tienes un argumento incontrastable, capaz de levantar las mejores esperanzas al más desalentado... Pues quien fue capaz de entregar a su propio Hijo a la muerte por amor nuestro, ¿cómo no nos dará todo lo que pedimos que vale infinitamente menos? (Rm. 8, 32).

La regla de oro

20. Luego, queriendo el Señor enseñarnos que no basta confiar en la oración, si no hacemos lo que está de nuestra parte; ni tampoco basta el propio esfuerzo por sí solo sin la ayuda divi-

na, nos advierte que nos son menester dos cosas: buscar mediante la oración su ayuda, y poner lo que debemos de nuestra parte.

Por eso, después de habernos dicho lo que debemos hacer, nos enseñó también cómo debemos orar, y una vez que nos hubo enseñado a orar, nuevamente pasa a decirnos lo que debemos hacer.

Luego vuelve a la oración y nos recomienda que sea continua, diciéndonos: *"Pedid, buscad, llamad a la puerta"*; pero aquí le tenemos otra vez mandándonos que también nosotros nos esforcemos: *"Así, pues,* dice, *todo aquello que vosotros queréis que los hombres hagan con vosotros, hacédselo también vosotros a ellos"*. Todo nos lo resume aquí compendiosamente, a par que nos hace ver que la virtud es cosa breve, fácil y conocida de todos.

Y notad que no dijo simplemente: "Todo lo que queráis", sino: *"Así, pues, todo lo que queráis"*... Este *"Así, pues"*, no se añadió sin motivo, sino que algo se nos quiso dar a entender con ello. Es como si dijera: Si queréis ser oídos, tened mucho cuidado de hacer esto. —¿Qué?— *Todo lo que quisiéreis que los hombres hagan con vosotros...*

Mirad cómo también aquí nos mostró que hay que juntar a la oración la perfección de nuestra obras. Pues no dijo: "Cuanto quieras que haga Dios contigo, hazlo tú con tu prójimo". Porque hubieras dicho: "Dios es Dios y yo soy hombre". Por eso te dijo: "Cuanto quieras que los hombres hagan contigo, hazlo tú con tu prójimo"... (Hm. S. Mateo, 23).

Hay que insistir toda la vida

21. Cuando le digo a alguno: "Ruega a Dios, pídele, suplícale", y me responde: "Ya pedí una vez, dos, tres, diez, veinte veces, y nada he recibido". Hermano: no ceses de pedir hasta que hayas recibido; la petición termina cuando se recibe lo pedido; cesa cuando hayas alcanzado. Mejor aún: tampoco entonces ceses, persevera todavía. Mientras no recibas, pide para recibir: y cuando lo hayas conseguido, continúa dando gracias (Homilía, 10).

La oración es la luz del alma

22. La oración es la luz del alma, verdadero conocimiento de Dios y mediadora entre Dios y los hombres. Por ella nuestro espíritu, elevado hasta el cielo, abraza a Dios con brazos inefables; por ella nuestro espíritu espera el cumplimieneto de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible (Hom. 6, sobre la oración).

La luz de la oración es la que ilumina nuestra inteligencia. Si se descuida la oración que alimenta la luz, la inteligencia bien pronto quedará a oscuras (Catena Aurea, vol. IV).

Quien te redimió y te creó no quiere que cesen tus oraciones, y desea que alcances por la oración lo que su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien los pide, y anima a los que oran a que no se cansen de orar (Catena Aurea, vol. 6).

El Señor obligó a los discípulos a subir a la barca y a irse a la otra orilla, mientras El despedía a la muchedumbre. Una vez que la despidió, subió a un monte apartado para orar, y, llegada la noche, El permanecía allí solo (Mt. 14, 22-23).

¿Por qué sube el Señor al monte? —Para enseñarnos que nada hay como la soledad para orar. De ahí la frecuencia con que se retira a lugares solitarios y allí se pasa las noches en oración, para enseñarnos que, para la oración, hemos de buscar la tranquilidad del tiempo y del lugar. El desierto es, en efecto, padre de la tranquilidad, un puerto de calma que nos libra de todos los alborotos.He aquí por qué se retira al monte por las noches... (Hom. 50 sob. S. Mateo).

"Tú, cuando quieras orar, entra en tu habitación"

23. ¿Qué nos dice aquí el Señor? Que nos recojamos dentro de nosotros mismos y no andemos divagando por las plazas con nuestro pensamiento. Pues si nosotros, los que rogamos y suplicamos, no nos atendemos a nosotros mismos, ¿con qué derecho pretendemos que nos atienda Dios?...

¿No veis cómo en los palacios reales se evita todo alboroto y reina por todas partes profundo silencio? Tú, pues, que entras

en tu palacio, no de la tierra, sino del cielo, que ha de inspirarte mayor reverencia, pórtate allí con la mayor decencia. A la verdad, cuando oras entras en el coro de los ángeles, eres compañero de los arcángeles y cantas juntamente con los serafines.

Ahora bien: todas estas muchedumbres guardan el mayor orden al entonar a Dios, rey del universo, con toda reverencia, aquel misterioso cántico y aquellos himnos sagrados. Mézclate, pues, con ellos en tu oración y emula aquel misterioso orden. No haces, en efecto, tu oración a los hombres, sino a Dios; a Dios que está presente en todas partes, que te oye antes de que abras tu boca, que sabe los secretos todos de tu corazón.

Si así orases, recibirás una grande recompensa. "*Porque tu Padre* —dice el Señor—, *que ve en lo escondido, te pagará en lo manifiesto*".

Y pon atención que no dijo: "Te gratificará", sino: "*Te pagará*". Dios quiso hacerse deudor tuyo, y grande fue la honra que en esto te concedió. Y es que, como El es invisible, invisible quiere que sea tu oración...

24. "*En la oración no afectéis hablar mucho, como hacen los gentiles que se imaginan haber de ser oídos a fuerza de palabras. No queráis imitarlos, que bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis antes de pedírselo*" (Mt. 6, 8).

No nos prohíbe aquí Cristo hacer largas oraciones, sino la multitud interminable de palabras. Porque, por lo demás, hay que perseverar pidiendo siempre lo mismo. "*Perseverando* —dice el Apóstol— en la oración (Rm. 12, 13). Y el mismo Señor nos puso los ejemplos de la viuda que, a fuerza de súplicas, doblegó al juez duro y cruel; y el otro del amigo que llegó a deshora de la noche e hizo levantarse de la cama a su amigo, no tanto por amistad, cuanto por importunidad (Lc. 11). Por uno y otro nos pone la ley de rogarle insistentemente, no componiendo oraciones interminables, sino contándole sencillamente nuestras necesidades...

Tal vez dirá alguno: "pues si el Padre ya sabe lo que necesitamos, ¿qué falta hace la oración?" —No hace falta, ciertamente, para enterarle a Dios; sí, para moverle; sí para que te acostum-

bres a la perseverancia de la oración; sí, para humillarte; sí, para que te acuerdes de tus pecados.

"Padre nuestro, que estás en los cielos"

Vosotros, pues, oraréis de esta manera: "Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre"... Mirad cómo de pronto levanta el Señor a sus oyentes y desde el preludio mismo de la oración nos trae a la memoria toda suerte de beneficios divinos.

Porque, quien da a Dios el nombre de Padre, por ese solo nombre ya está confesando que le perdonará Dios los pecados, que le remite el castigo, que se le justifica, que se le santifica, que se le redime, que se le adopta por hijo, que se le hace heredero, que se le admite a la hermandad con el Hijo unigénito, que se le da el Espíritu Santo.

No es, en efecto, posible darle a Dios el nombre de Padre y no alcanzar todos esos bienes. De doble manera, pues, levanta el Señor los pensamientos de sus oyentes: por la dignidad del que es invocado y por la grandeza de los beneficios que de El esperamos recibir.

Mas al decir: *"En los cielos"*, no pretende, como quien dice, encerrar a Dios en el cielo, sino arrancar de la tierra al que ora, y fijarle en aquellos elevados parajes, y hacerle a aquellos tratos de allá arriba.

También nos enseña, además, a hacer común nuestra oración con nuestros hermanos. Porque no decimos: "Padre mío que estás en los cielos", sino: *"Padre nuestro"*, con lo que extendemos nuestras súplicas a todo el cuerpo de la Iglesia, sin poner nuestra mira únicamente en nuestro propio interés, sino también en nuestro prójimo.

Y con este golpe, mata el Señor en nosotros el odio, reprime la soberbia, destierra la envidia, trae la caridad, madre de todos los bienes; elimina la desigualdad de las cosas humanas y nos muestra que el mismo honor merece el emperador que el mendigo, comoquiera que, en las cosas más grandes y necesarias, todos somos iguales. ¿Qué daños pueden venirnos del parentesco terreno, cuando todos estamos unidos en el del cielo y

y nadie lleva a nadie ventaja en nada, ni el rico al pobre, ni el señor al esclavo, ni el que manda al que obedece, ni el emperador al soldado, ni el filósofo al bárbaro, ni el sabio al ignorante? A todos, en efecto, nos concedió el Señor la misma nobleza, al dignarse ser igualmente llamado Padre de todos.

"Santificado sea tu nombre"

26. Una vez, pues, que nos ha recordado el Señor esta nobleza, y el don que del cielo se nos ha hecho, y la igualdad con nuestros hermanos, y la caridad, y nos ha arrancado de la tierra, y nos ha elevado, como quien dice, a los cielos, veamos qué es lo que seguidamente nos manda pedir en nuestra oración.

A la verdad, esta sola palabra de Padre debiera bastar para enseñarnos toda virtud; porque quien ha dado a Dios este nombre de Padre y le ha llamado Padre común de todos, justo fuera que se mostrara tal en su manera de vida, que no desdijera de tan alta nobleza y que su fervor corriera parejas con la grandeza del don recibido.

Mas no se contentó el Señor con eso, sino que añade otra petición, diciendo: *Santificado sea tu nombre.* Petición digna de quien ha llamado a Dios Padre: no pedir nada antes que la gloria de Dios, tenerlo todo por secundario en parangón con su alabanza. Porque, "santificado sea" vale tanto como "glorificado sea".

Cierto que Dios tiene su propia gloria cumplida y que además permanece para siempre. Sin embargo, Cristo nos manda pedir en la oración que sea también glorificado por nuestra vida. Que es lo mismo que antes había dicho: "*Brille vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos*" (Mt. 5, 16). Y lo mismo los serafines que le glorificaban, decían así: *Santo, santo, santo...* (Is. 6, 3). Es decir, que "santificado" vale como "glorificado".

Concédenos —viene a decir el Señor— que vivamos con tal pureza, que todos te glorifiquen por nosotros. Obra de suma filosofía: que nuestra vida sea tan intachable en todo, que cuantos la miren refieran la gloria de ello al Señor.

"Venga a nosotros tu reino"

27. También ésta es palabra de hijo bien nacido, que no se apega a lo visible ni tiene por cosa grande nada de lo presente, sino que se apresura por llegar a su Padre y anhela los bienes venideros.

Todo lo cual sólo puede venir de una buena conciencia y de un alma desprendida de las cosas de la tierra. Esto al menos es lo que día a día anhelaba Pablo, y por ello decía: *"Y nosotros mismos, que poseemos las primicias del Espíritu, gemimos, esperando la adopción de hijos de Dios y la redención de nuestro cuerpo"* (Rm. 8, 22). El que tiene, en efecto, este amor, ni se deja hinchar por los bienes de esta vida, ni abatir por los males, sino que, como si viviera en los cielos, está igualmente libre de uno y otro extremo.

"Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo"

28. Notad la más cabal hilación en las palabras del Señor. Nos ha mandado que deseemos los bienes por venir y que apresuremos el paso en nuestro viaje hacia el cielo: mas en tanto que el viaje no termina, aun viviendo en la tierra, quiere que nos esforcemos por llevar vida de cielo.

"Es preciso —nos dice— que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, yo os mando que hagáis de la tierra cielo y que, aun viviendo en la tierra, todo lo hagáis como si ya estuvierais en el cielo". Y esto es lo que debemos suplicar al Señor en la oración: el llevar una vida en la tierra que, superando todas las dificultades podamos alcanzar la perfección de los ángeles del cielo. Posible es con la oración, aun permaneciendo aquí, hacerlo todo como si ya estuviésemos allí.

Lo que dice, pues, el Señor, es esto: "A la manera como en el cielo todo se hace sin estorbos, y no se da el caso de que los ángeles obedezcan en unas cosas y desobedezcan en otras, sino que todos cumplen la voluntad de Dios con gran perfección, concédenos así a nosotros los hombres no cumplir a medias tu voluntad, sino cumplirlo todo como tú quieres".

Y notad cómo nos enseñó aquí el Señor la humildad al ponernos de manifiesto que la virtud no es sólo obra de nuestro esfuerzo, sino también de la gracia divina.

Y debemos notar que no nos dijo el Señor que dijéramos: "Hágase tu voluntad en mí, o en nosotros", sino que dijo "en la tierra", para advertirnos que no debemos orar solamente por nosotros, sino por todos los hombres de la tierra, para que todos conozcan a Dios, sea destruido el error, sea desterrada la maldad, y todos practiquemos la virtud con tal perfección que no haya diferencia entre el cielo y la tierra.

"El pan nuestro de cada día, dánosle hoy"

29. ¿Qué quiere decir: *El pan de cada día?* El que basta para un día.

Había dicho el Señor: *"Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo";* pero no se olvida que habla con hombres carnales, sometidos a las necesidades de la naturaleza que no pueden tener la misma impasibilidad que los ángeles. Los mandamientos sí que quiere que los cumplamos como los cumplen los ángeles; pero en lo demás condesciende con la flaqueza de nuestra naturaleza. Perfección de vida —nos dice— os exijo la misma que a los ángeles; impasibilidad, no, porque tampoco lo consiente la tiranía de la naturaleza, que necesita del alimento ineludible.

Pero advertid, os ruego, como hasta en lo material pone el Señor mucho de espiritual, pues no nos manda pedir en nuestra oración ni dinero, ni placeres, ni lujosos vestidos, ni cosa semejante; sólo pan, y eso sólo para el día de hoy, sin preocuparnos del mañana.

Por eso añadió: *"El pan nuestro de cada día"*, es decir, suficiente para el día, y aún añadió: *"Dánosle hoy"*, dándonos a entender que no debemos preocuparnos del mañana. ¿A qué sufrir la preocupación de un día que no sabes si lo verás amanecer? Es lo que nos encarecerá luego más expresamente: *"no os preocupéis por el día de mañana"* (Mt. 6, 34). Y es que quiere que estemos de todo punto ligeros para la marcha y con las almas

prestas, no concediendo a la naturaleza más que aquello que nos exige de estricta necesidad.

“Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nustros deudores”.

30. Luego, como sea un hecho que aun después del bautismo seguimos pecando, nos da también aquí el Señor una grande prueba de su amor, mandándonos que vayamos a nuestro Dios a pedirle perdón de nuestros pecados, diciéndole: *Perdónamos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* ¡Mirad cuán grande es el exceso de su amor! Después de librarnos de tamaños males, después de regalarnos un don de inefable grandeza, todavía se digna concedernos el perdón de nuestros pecados.

Porque que esta súplica convenga a los fieles, no sólo nos lo enseñan las leyes de la Iglesia, sino el preludio mismo de la oración. Un catecúmeno, en efecto, no podría llamar Padre a Dios (pues, al no haber recibido el bautismo, aún no ha recibido la adopción de hijo). Pues si ésta es la oración de los hijos, y éstos piden que se les perdonen los pecados, es evidente que tampoco después del bautismo se nos quita el beneficio de la penitencia. Si esto no fuera así, no tendría razón el que nos mandara pedirle perdón en la oración. Mas cuando El nos recuerda nuestros pecados, y nos manda pedir perdón de ellos, y nos enseña la manera de alcanzarlo, y nos allana el camino para ello, es evidente que, si nos puso ley de orar así, es porque sabía, y así nos lo mostraba, que, aun después del bautismo, podíamos lavarnos de nuestras culpas.

Con el recuerdo de nuestros pecados, nos persuade la humildad; y al mandarnos perdonar a los demás, nos libra de todo resentimiento, con la promesa de que, a cambio de ello, Dios nos perdonará a nosotros; dilata nuestra esperanza, a la vez que nos enseña a meditar sobre la bondad inefable de Dios.

En nuestras manos está la sentencia de nuestro propio juicio.

31. Una cosa es menester aquí notar muy señaladamente: En cada una de las anteriores palabras y peticiones de la ora-

ción, el Señor nos ha dado como un compendio de toda virtud y, por ende, quedaba ya eliminado todo resentimiento. Porque santificar el nombre de Dios, obra es de consumada perfección; y lo mismo significa el cumplir su voluntad, y poder llamar Padre a Dios, señal es de vida irreprochable. Por tanto, quienes estas cosas pedían, debían mostrar ya como cosa hecha el perdón a los hermanos. Sin embargo, no se contentó el Señor con eso, y quiso ponernos mandamiento especial, diciendo: "*Si no perdonareis vosotros a los hombres sus pecados, tampoco a vosotros os perdonará vuestro Padre que está en los cielos*" (Mt. 6, 14).

Por tanto, en nuestras manos está nuestra propia sentencia, y de nosotros mismos depende nuestro propio juicio. Para que nadie, por estúpido que sea, pueda reprocharle nada, al ser juzgado, a ti que eres el reo, te hace árbitro de tu propia sentencia.

Como tú mismo quieras ser juzgado, así yo te juzgaré; lo que tú hagas con tu hermano, eso mismo yo haré contigo: "Si tú perdonares a tu compañero, la misma gracia obtendrás de mí", y eso a pesar de que no hay comparación de un caso a otro.

Tú perdonas porque necesitas ser perdonado; Dios te perdona sin necesitar nada de ti. Tú perdonas a un consiervo tuyo; Dios a un siervo suyo. Tú reo de mil crímenes; Dios absolutamente impecable.

Y, sin embargo, también aquí te da una prueba de su amor. Podía El, en efecto, perdonarte sin eso todas tus culpas; pero quiere que tú merezcas en cierta manera el perdón para así poder enriquecerte con gran multitud de beneficios, ofreciéndote mil ocasiones de mansedumbre y de amor a tus hermanos, desterrando de ti toda ferocidad, apagando tu furor y uniéndote por todos los medios con quien es un miembro tuyo.

¿Qué puedes replicar? ¿Qué has sufrido una injusticia de parte de tu prójimo? ¡Claro! Eso es precisamente el pecado, pues si se hubiera portado contigo justamente, no habría pecado que perdonar. Mas tú también acudes a Dios para recibir perdón, y de pecados sin duda mayores. Y aun antes del perdón, se te hace una gracia no pequeña: se te enseña a tener alma humana, y se te instruye en la práctica de la mansedumbre. Y, sobre todo eso, se te reserva una gran recompensa en el cielo y

no se te pedirá cuenta alguna de tus propios pecados. ¿Qué castigo, pues, no mereceríamos si, teniendo la salvación en nuestras manos, tontamente la desechamos? ¿Cómo mereceremos que se nos escuche, cuando en lo que depende de nosotros, locamente lo desaprovechamos?

Y no nos dejes caer en la tentación, más líbranos del malo.

32. Aquí nos instruye el Señor sobre nuestra miseria, enseñándonos que si no podemos rehuir los combates, tampoco hemos de saltar espontáneamente a la arena. De este modo, en efecto, nuestra victoria será más brillante y la derrota del diablo más vergonzosa.

Arrastrados a la lucha, hemos de mantenernos firmes valerosamente. Mientras no seamos provocados, estémonos quietos a la espera del momento del combate, con lo que mostraremos a la vez, nuestra falta de ambición y nuestro valor.

El Malo es el diablo, a quien debemos declarar guerra sin cuartel, y contra quien debemos volver nuestro odio, como culpable que es de todos los males.

Mas debemos saber que nada podría contra nosotros el diablo si Dios no se lo permitiera. El diablo nada puede contra los siervos de Dios, de no recibir para ello potestad de lo alto. Y ¿qué digo contra nosotros, si ni siquiera a los cerdos hubieran podido tocarles si Cristo no se lo hubiera permitido? Ni tampoco a los ganados de Job hasta que se le dio poder y fuerza de arriba.

Luego, aunque seas infinitamente débil, es justo que te sientas animoso, pues tienes un Rey tal, que puede fácilmente, aun por medio de ti, acometer las más grandes hazañas que no puedas imaginar. *A El sea la gloria y el poder por los siglos de los siglos.* Amén. (Hom. 19, 6).

Lo primero es la oración.

33. Lo primero de todo, la oración asidua, la acción de gracias por los bienes ya recibidos y la invocación por la seguridad de los dones otorgados. Porque esto es nuestra salvación, esto la medicina de nuestras almas y la cura y remedio contra las pasiones.

¿Que es la oración?

34. La oración es la muralla que nos defiende, es la armadura invencible, es el sacrificio expiatorio de nuestra alma y la base y fundamento de todos los bienes. Porque la oración no es otra cosa que un diálogo con Dios y una conversación con el Señor del universo. ¿Puede haber algo de mayor dicha que el ser uno considerado digno de conversar ininterrumpidamente con el Señor?

Y para que aprendas las grandezas de este bien, considera cuántos andan enloquecidos por las cosas de este mundo, que vienen a ser poco menos que sombras. Y cuando ven a uno que tiene trato con el rey y puede conversar continuamente con él, aunque sea un rey terrenal, ¿en qué concepto de grandeza le tienen? Le proclaman dichoso y le honran como a persona admirable y altísima, digno de altísimo honor.

Pues si a este hombre, que no dialoga más que con un congénere, con el que tiene en común la misma naturaleza y que sólo trata de asuntos terrenales y efímeros, y a pesar de todo es considerado tan digno de admiración, ¿qué se podría decir del que es considerado digno de conversar con Dios, y no sobre asuntos de la tierra, sino sobre la remisión de los pecados, sobre el perdón de las culpas, sobre la salvaguarda de los bienes ya otorgados, sobre los que le serán concedidos, que son todos bienes eternos? Este tal es mucho más dichoso incluso que el mismo que ciñe la diadema, con tal que por medio de la oración se gane el apoyo de lo alto *(Catequesis Bautismales XI)*.

Nadie puede impedir que seamos buenos

35. Si nosotros de verdad nos decidimos a ser buenos, no hay nadie que nos lo pueda impedir. Mejor dicho, sí hay uno que quisiera impedírnoslo, y es el diablo; pero nada podrá conseguir de ti como tú de verdad te decidas a abrazar el bien y tengas de este modo a Dios por aliado tuyo en la lucha, acudiendo a El con la oración. Pero si tú no quieres, sino que te escapas, ¿cómo te va a ayudar? Dios no quiere salvarte a la fuerza y con-

tra tu voluntad, sino cuando tú también lo quieras. ¿Qué harías tú mismo si tuvieras un criado que te aborreciera y abominara de ti y que no quisiera estar contigo? ¿Lo retendrías a tu lado por la fuerza? Pues con mucha más razón, Dios, que todo lo hace por tu salvación y no por su necesidad, no te querrá retener consigo contra tu voluntad. En cambio, con sólo que tú le muestres tu buena voluntad, jamás El te abandonará por más que el diablo haga lo que haga.

Fervor e insistencia en la oración

36. Por tanto, sólo nosotros tenemos la culpa de nuestra perdición. Porque ni acudimos a Dios, ni le rogamos y suplicamos como conviene. Y, cuando nos acercamos a El, no lo hacemos como quien va a cobrar una deuda, ni le rogamos con la fe conveniente y como quien reclama lo que se le debe, sino que todo lo hacemos como bostezando y con supina languidez.

Sin embargo, Dios quiere que le reclamemos lo que nos debe, y hasta nos lo agradece grandemente. El es el único deudor que quiere se le pida lo que debe, y cuando lo hacemos con insistencia nos da hasta lo que no nos debe. Pues cuando el que pide lo hace con gran fervor, aunque no nos deba nada, El nos paga su deuda; pero si nos ve remisos y perezosos, El también difiere el pago, no porque no quiera dar, sino porque gusta que se lo vayamos a reclamar.

Por eso nos puso el Señor el ejemplo de aquel amigo que se presentó a deshora de la noche a pedir pan (Lc. 11, 5-8), y el otro del juez que no temía a Dios, ni le importaban un bledo los hombres (Lc. 18, 1-8). Y no fueron sólo ejemplos, sino que El mismo mostró con los hechos la eficacia de la oración insistente al conceder tan alto favor a la mujer cananea. Por ésta, en efecto, nos mostró que a quienes piden con insistencia, les da hasta lo que, en cierta manera, parece que no debiera darles. "*Porque no está bien*, le dijo, *quitarles el pan a los hijos y echárselo a los perros*" (Mt. 15, 26). Y, sin embargo, se lo dio, por haber pedido con insistencia.

En los judíos, en cambio, nos puso el Señor de manifiesto que a los perezosos, no se les da ni siquiera lo que les pertenece. Porque ellos, no sólo no recibieron nada, sino que perdieron lo que tenían. Mirad el contraste: aquéllos por no pedir, no recibieron ni lo que era suyo; ésta, en cambio, por haber pedido fervorosamente, logró para sí lo ajeno. El perro se comió el pan de los hijos. Tan grande bien es la perseverancia. Por tanto, aunque fueres un perro, si insistes en pedir, serás preferido al hijo perezoso; pues en la oración, lo que no se puede conseguir por la amistad, se consigue por la insistencia.

Vanas excusas para no orar

37. No digas, pues: Dios es enemigo mío y no me escuchará. Porque si tú insistes sin desfallecimiento, pronto te contestará. Porque aunque no te escuche por amistad, lo hará al menos por tu importunidad. Por tanto: ni la enemistad, ni lo importuno de la hora, ni otra cosa alguna es impedimento.

Tampoco has de decir: "Yo no soy digno y por eso no hago oración". Porque tampoco la cananea era digna y fue escuchada. Ni digas tampoco: "He pecado mucho y no puedo rogar al que tengo tan ofendido"; porque Dios no mira los merecimientos, sino la intención. Pues si aquella viuda del Evangelio logró doblegar con sus ruegos al juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres, ¿cuánto más inclinará hacia nosotros a Dios la continua oración, siendo El la suma bondad? Por tanto, aun cuando no fueras amigo suyo, aun cuando no tengas derecho a reclamarle una deuda, aun cuando te hubieras ausentado de la casa paterna y hubieras consumido y despilfarrado tu herencia, aun cuando estés deshonrado y seas el desecho del mundo, aun cuando le hayas ofendido e irritado grandemente, basta que quieras suplicarle y volverte a El, para que al punto lo recobres todo, y, aplacando su ira anules la sentencia que contra ti tenía preparada.

Y para hacerlo ver el profeta, y declararnos cómo siempre tenemos a mano sus beneficios, decía: "Le hallaremos preparado como la aurora (Os. 6, 3): porque cuantas veces acudamos a El, veremos que nos estaba esperando.

Y si nada sacamos de la fuente caudalosa de su bondad, siempre manante, nuestra es por completo la culpa. Esto era lo que echaba en cara a los judíos, diciendo: "Mi misericordia como nube de madrugada". Con lo cual quiere decir: Yo hice cuanto estaba de mi parte; pero, vosotros, a la manera del sol ardiente dando sobre la niebla y el rocío los disipa y los deshace, por vuestra mucha maldad reprimisteis mi inefable liberalidad.

Lo cual, a su vez, es propio de su providencia. Porque cuando nos ve indignos de ser favorecidos, contiene sus beneficios para no hacernos desidiosos...

Pero si nos convertimos un poquito, lo suficiente tan sólo para reconocer que pecamos, brota más que todas las fuentes: derrama más que el océano; y cuanto más hubieres recibido, tanto más se complace, y con eso se prepara a dar más de nuevo. Pues juzga riqueza propia, nuestra salvación y el dar con largueza a los que le piden, como lo declara San Pablo, diciendo: "Rico para todos los que le invocan" (Rm. 10, 12).

Como que cuando no le pedimos es cuando se aíra; cuando no le pedimos es cuando se aparta de nosotros.

Por tanto, no desconfiemos; antes, teniendo tales motivos y tan buenas esperanzas, aunque pequemos cada día, acudamos a El rogándole, suplicándole, pidiéndole el perdón de los pecados. Pues de esta manera seremos en adelante más difíciles en pecar, y echaremos fuera a Satanás, y excitaremos la misericordia de Dios (Hm. 22 In Mt. 28-34).

38. Nada hay mejor que la oración y coloquio con Dios... Me refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino de corazón... (Hom. 6 sob. la orac.)

La oración es la luz del alma y verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Por ella, nuestro espíritu elevado hasta el cielo, abraza a Dios con brazos inefables; por ella, nuestro espíritu espera el cumplimiento de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible (Ibíd.)

39. *"Pedid y recibiréis..."* Lo repite para recomendar a los justos y pecadores la confianza en la misericordia de Dios, y por eso añade: *"Todo el que pide recibe"*; es decir, ya sea justo, ya sea pecador, no dude al pedir, para que conste que no desprecia a nadie (Catanea Aurea I, pp. 428-29).

Quien te creó y redimió no quiere que cesen tus oraciones y desea que por la oración alcances todo lo que su bondad quiere concederte. Nunca niega sus beneficios a quien se los pide, y anima a los que oran a que no se cansen de orar (Ibíd. VI, p. 294).

40. *Recuerda* que no haces tu oración a los hombres sino a Dios. A Dios que está presente en todas partes, que te oye antes de que abras la boca, que sabe todos los secretos de tu corazón. Si así orases, recibirás una gran recompensa (Hm. 19, 3).

41. Es la oración la causa, el principio, la fuente y raíz de todos los bienes. No lo digo de las oraciones tibias, flojas e indiferentes; pues solamente lo entiendo de las que son vivas y que salen de un alma penetrada del arrepentimiento de sus pecados y de un corazón verdaderamente contrito, porque estas oraciones son las que verdaderamente tienen virtud para llegar hasta el cielo (Hm. 30 Dei Nat.).

42. No hay cosa que tanto nos haga crecer en la virtud como la frecuente oración y el tratar y conversar a menudo con Dios, porque con esto se viene a hacer el corazón generoso, espiritual y santo.

La oración es como una fuente en medio de un jardín o huerto, que sin ella todo está seco, y con ella todo se vuelve fresco y hermoso.

Así como no basta una lluvia o un riego para las tierras por buenas que sean, sino que son menester muchas lluvias y riegos, así también son necesarios muchos ratos de oración para que nuestra alma quede empapada y embebida en la virtud, conforme a aquello del profeta: *"Siete veces al día te he dicho alabanzas"* (Sal. 118, 104).

53. ¡Mira qué exceso de benignidad! Que nadie vea cuando tú oras, pero que la tierra sea testigo del favor con que te honró. Obedezcámosle entonces y no oremos en público ni aun delante de los enemigos. No pretendamos, además, enseñar a Dios el modo como El debe venir a nuestro encuentro y ayuda; si pues, manifestando nuestros casos a los abogados y defensores en los tribunales profanos, confiamos únicamente en ellos para que actúen en nuestra defensa, al buscar nuestros intereses como lo crean mejor, mayor razón tenemos de actuar así con Dios. ¿Le has manifestado tu causa? ¿Le has dicho lo que te pasa? Pues evita querer enseñarle cómo quieres que te ayude; El sabe con precisión todo lo que te conviene.

También hay muchos que cuando rezan enumeran una lista interminable de pedidos: "Señor, concédeme la salud del cuerpo; dame el doble de bienes de los que tengo, véngame de mi enemigo". ¡Plegarias absurdas! Puestos a un lado todos los pedidos de tal género tú, suplica e implora como el publicano: "¡Oh Dios, ten piedad de mí pecador!" (Lc. 18, 13). Además, El sabe muy bien cómo ayudarte; está escrito: "Buscad primero el reino de Dios y todas estas cosas se os darán por añadidura" (Mt. 6, 33).

44. He aquí entonces la filosofía, mis queridos, que debemos practicar con empeño y humildad; golpeándonos el pecho, obtendremos cuanto hayamos pedido; rogando en cambio, llenos de orgullo e ira, seremos objeto de abominación y de desprecio delante de Dios. Destruyamos, entonces nuestro yo y humillémonos en lo íntimo del alma. Roguemos por nosotros y por quienes nos hacen sufrir. En efecto, si quieres ganarte al juez, convirtiéndolo en un defensor de tu vid y llevándolo a tu favor, que cada encuentro con El, no termine en un desencuentro con quien te ha hecho sufrir. Tal es, pues, el estilo de este juez: escucha y acepta sobre todo, las oraciones de quiènes oran por los enemigos y olvidan las ofensas recibidas. Por tanto, obtendrá la ayuda de Dios contra ellos si no se convierten a penitencia...

45. ¿Quizás Dios no podría concedernos lo que es bueno para nosotros, antes de que se lo pidamos, o concedernos una

vida totalmente privada de aflicciones? Pues ¿por qué permite que seamos atribulados y no nos libera en seguida? ¿Por qué motivo? Francamente, para que le estemos siempre cerca, para implorar su ayuda, para que nos refugiemos en El invocándole continuamente en nuestro socorro.

Los dolores físicos, la carestía de los frutos de la tierra y el hambre, no tienen otro propósito que hacernos reconocer siempre dependientes de El, a través de tales tribulaciones y de hacernos heredar así, mediante las aflicciones del tiempo, la vida eterna (Hom. 4 Sob. la conv. y la oración).

46. Existe una vía, un camino fácil de penitencia, que puede librarte de los pecados: Ora cada momento, no te canses de orar y no seas negligente en invocar la benignidad de Dios; si perseveras, El no se alejará y perdonará todos tus pecados, escuchando tu pedido. Después que tu oración haya sido escuchada, sigue orando en acción de gracias. Si no ha sido escuchada, continúa insistiendo en la oración hasta obtenerlo.

No objetes: "Yo he orado tanto y no he sido escuchado". Esto sucede a menudo para tu utilidad; porque quizás si hubieras ya obtenido cuanto necesitabas, habrías abandonado la oración, mientras Dios parte de tu necesidad, para darte la ocasión de dialogar más a menudo con El y perseverar en ella.

Si teniendo tantas necesidades y encontrándote en tan gran momento, eres tan indolente y no perseveras en la oración, ¿qué sucedería si no tuvieras ninguna urgencia? Es por tu beneficio que El se comporte así, quiere que no abandones la oración y por eso lo hace. Persevera en la plegaria; no seas indolente porque la oración es potente, y cuando vayas a orar no lo hagas como si estuvieras cumpliendo una cosa de poca importancia.

47. Que la oración perdona los pecados, nos lo enseñan los santos Evangelios. ¿Qué dicen? "El reino de los cielos es semejante a un hombre, que cerrada la puerta y yéndose a dormir con sus hijos, tuvo que vérselas con uno que había venido de noche a pedir pan" (Lc. 11, 5-8). Golpeando decía: "Abreme

porque necesito pan"; y aquel: "ahora no puedo dártelo, porque mis hijos y yo estamos acostados"; como el otro continuaba golpeando la puerta, el dueño de la casa, replicó, diciéndole: "No puedo darte lo que pides, porque mis hijos y yo estamos acostados"; pero porque el otro, no obstante la negativa, insistía en golpear sin retirarse, dijo: "Levantaos, dadle lo que pide y dejadlo que se vaya" (Lc. 11, 8). Esto te enseña a orar siemre, sin cansarte jamás, a perseverar si no recibes, hasta que lo obtengas (Hom. 3 Sob. la Penit.).

48. El sumo bien está en la plegaria y en el diálogo con Dios, porque equivale a una íntima unión con él: y así como los ojos del cuerpo se iluminan cuando contemplan la luz, así también el alma dirigida hacia Dios se ilumina con su inefable luz. Una plegaria, por supuesto, que no sea de rutina, sino hecha de corazón; que no esté limitada a un tiempo concreto o a unas horas determinadas, sino que se prolongue día y noche sin interrupción.

49. Conviene, en efecto, que elevemos la mente a Dios no sólo cuando nos dedicamos expresamente a la oración, sino también cuando atendemos a otras ocupaciones, como el cuidado de los pobres o las útiles tareas de la munificencia, en todas las cuales debemos mezclar el anhelo y el recuerdo de Dios, de modo que todas nuestras obras, como si estuvieran condimentadas con la sal del amor de Dios, se conviertan en un alimento dulcísimo para el Señor. Pero sólo podremos disfrutar perpetuamente de la abundancia que de Dios brota, si le dedicamos mucho tiempo.

50. La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Hace que el alma se eleve hasta el cielo y abrace a Dios con inefables abrazos, apeteciendo la leche divina, como el niño que, llorando, llama a su madre; por la oración, el alma expone sus propios deseos y recibe dones mejores que toda la naturaleza visible.

Pues la oración se presenta ante Dios como venerable intermediaria, alegra nuestro espíritu y tranquiliza sus afectos. Me estoy refiriendo a la oración de verdad, no a las simples palabras: la oración que es un deseo de Dios, una inefable piedad, no otrgada por los hombres, sino concedida por la gracia divina, de la que también dice el Apóstol: *Nosotros no sabemos pedir lo que nos conviene, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables.*

El don de semejante súplica, cuando Dios lo otorga a alguien, es una riqueza inagotable y un alimento celestial que satura el alma; quien lo saborea se enciende en un deseo indeficiente del Señor, como en un fuego ardiente que inflama su alma.

51. Cuando quieras reconstruir en ti aquella morada que Dios se edificó en el primer hombre, adórnate con la modestia y la humildad y hazte resplandeciente con la luz de la justicia; decora tu ser con buenas obras, como con oro acrisolado, y embellécelo con la fe y la grandeza de alma, a manera de muros y piedras; y, por encima de todo, como quien pone la cúspide para coronar un edificio, coloca la oración, a fin de preparar a Dios una casa perfecta y poderle recibir en ella como si fuera una mansión regia y espléndida, ya que, por la gracia divina, es como si poseyeras la misma imagen de Dios colocada en el templo del alma (Suplemento, Homilía 6 sobre la oración: PG 64, 462-466).

SAN CROMACIO DE AQUILEIA (m. 408)

San Cromacio, obispo de Aquileia, según San Jerónimo, fue uno de los prelados más santos y sabios de su siglo. Hacia el 389 sucedió en la sede a San Valeriano, siendo enorme el bien que hizo entre sus fieles, tanto con la predicación, con sus escritos, y con su ejemplo de vida. Defendió denodadamente a San Juan

Crisóstomo, injustamente perseguido, y luchó por demostrar su inocencia (PL 20).

1. Si al rezar el Padrenuestro, en la invocación inicial llamamos a Dios "Padre", es por ser no ya siervos, sino hijos nacidos de Dios (cf. Jn. 1, 12-13), invocándole "¡Abba, Padre!" por medio del Espíritu (Gal, 4, 6), y debiendo, por tanto, caminar como hijos de Dios. Al pedir la *santificación del nombre* de Dios, que es santo (Lev. 11, 44) y a todos santifica, rogamos que sea santificado en nosotros mediante las obras de justicia, el mérito de la fe y la gracia del Espíritu Santo. La petición por *la venida del reinado de Dios,* Rey eterno, suplica que venga su prometido Reino celeste, debiendo nosotros vivir de tal modo que podamos ser dignos del Reino futuro. Y rogamos seguidamente por *el cumplimiento de su voluntad* en nosotros, la cual consiste en cumplir sus preceptos, creyendo en El con todo el corazón —pues la voluntad de Dios es nuestra santificación (1 Tes. 4, 3-4)—, y creer en su Hijo, para tener la vida eterna (Jn. 6, 40). El *pan cuotidiano* suplicado es el alimento necesario para el sustento de hoy (¡no de mañana!) y, a la vez, el eucarístico pan celeste espiritual (cf. Jn. 6, 52), que recibimos diariamente para la salud del alma. En la siguiente petición nos reconocemos pecadores al suplicar a Dios *el perdón de nuestros pecados* en la medida de nuestro perdón a quienes contra nosotros pecaron, haciéndonos reos ante Dios en caso contrario (cf. Mt. 18, 23-35). Pedir *no ser inducidos en la tentación* no se refiere a la tentación útil, para —como la de Abraham— probar nuestra fe, sino a la que supere nuestra fuerza y no podamos soportar (Lc. 11, 4). Por eso rogamos seguidamente *ser liberados del malo,* autor de todo pecado, quien combate cada día con diversas tentaciones nuestra fe (Trat. 28 in Mat. VI 9-15).

2. **El pan nuestro de cada día dánosle hoy** (Mt. 6, 11). De dos maneras entendemos este dicho del Señor. La primera, que no pidamos otra comida que la de cada día. Porque no nos manda pedir riquezas ni abundancia de cosas temporales, sino el pan de cada día, el cual es lo solamente necesario para la vida

presente a los cristianos que viven de fe, según dice el Apóstol: *Teniendo comida y vestido, con esto estamos contentos* (1 Tm. 6, 8). Lo mismo manifiesta Salomón con toda claridad: *Lo esencial al hombre es pan, agua y vestido* (Ecli. 29, 28). Y al decir *hoy* nos enseña a pensar sólo en el día presente, no en todo el curso de la vida para que nuestro pensamiento no esté ocupado con el cuidado temporal, según el mismo Señor enseña claramente en otro lugar, diciendo: *No penséis en el día de mañana, pues ya el día de mañana tendrá su inquietud* (Mt. 6, 34).

Y debemos tener presente que se trata de un mandato espiritual para que pidamos el pan de cada día, es decir, aquel pan celestial y espiritual que cada día recibimos para medicina del alma y esperanza de la eterna salvación. De él dice el Señor en el Evangelio: *El pan* celestial *es mi carne, la cual daré por la vida de este mundo* (Jn. 6, 52). Y así este pan nos manda pedir cada día: esto es, que por la misericordia de Dios merezcamos recibir cada día el pan del cuerpo del Señor. Pues dice el santo Apóstol: *Examínese el hombre a sí mismo, y así coma del pan y beba del cáliz* (1 Cor. 11, 28). Y de nuevo: *Quien come el pan del Señor indignamente y bebe el cáliz, será reo del cuerpo y de sangre del Señor* (Ibíd. 29). Por tanto, no sin razón se debe orar siempre para merecer recibir cada día este pan celestial, no sea que por causa de algún pecado seamos separados del cuerpo del Señor (Tr. 14, n. 5. ML 20, 360ss).

SAN SULPICIO SEVERO (m. 420)

San Sulpicio Severo nació en Aquitania hacia el año 360, hijo de una familia ilustre y fue abogado de profesión. Tuvo amistad con San Martín de Tours que lo convirtió al cristianismo y después fue su biógrafo. También tuvo amistad con San Paulino de Nola a quien imitó no sólo en sus virtudes sino incluso en sus aficiones literarias.

San Martín de Tours nunca dejó pasar una hora, ni un instante en que no se entregara a la oración o se aplicara a la lectura. Y aun mientras se ocupaba en leer o hacer alguna otra cosa, nunca permitía que su espíritu cesara de orar. Y así como es costumbre entre los herreros golpear el yunque durante los intervalos de su trabajo, como para descansar, así San Martín, incluso cuando parecía hacer otra cosa, no cesaba de orar...

(En cierta ocasión, habiendo sido envenenado, por la oración salvó su vida, y sólo con la oración obtuvo la resurrección de algunos muertos). Pero en cierta ocasión que mientras dormía con las puertas cerradas se incendió su celda, contaba después que sorprendido por el peligro que lo rodeaba, pero sobre todo por el diablo que le tendía un lazo, recurrió al auxilio de la oración más tarde de lo que debió haberlo hecho. Intentando escapar a fuera, hizo grandes esfuerzos para correr el cerrojo con el que antes había cerrado la puerta, mientras sentía crecer el incendio a su alrededor y el fuego prendía en sus ropas. Por fin vuelto en sí, sabiendo que su salvación no estaba en la huida sino en el Señor, empuñó el escudo de la fe y de la oración, y, volviéndose con todo su ser hacia el Señor, se postró en medio de las llamas. Entonces por el poder divino el fuego se apartó, y, rodeado de llamas él oraba sin sufrir daño... hasta que los monjes forzando las puertas le sacaron del medio del fuego sin haber sufrido el menor daño (Vida de San Martín, Cta. 1.[a]).

SAN JERONIMO Dr. (m. 420)

San Jerónimo, monje de Belén, es uno de los cuatro Santos Padres de la Iglesia Latina, reconocido como Doctor Máximo en exponer las Sagradas Escrituras, gran sabio y penitente. Su obra más importante fue la traducción de la Biblia, conocida como la Vulgata *latina (PL 22-30).*

1. Pues siendo cierto que el Apóstol nos manda orar siempre..., sin embargo, debemos tener señaladas las horas de

oración, y así, al hallarnos ocupados en los trabajos (al llegar la hora) el mismo tiempo nos amonesta a cumplir con nuestro deber.

Nadie debe ignorar las horas de tercia, sexta y nona y también la aurora y vísperas. Tampoco has de tomar bocado sin que preceda la oración, ni retirarte de la mesa sin dar gracias al Creador.

Por la noche es bien levantarse dos y aun tres veces para rumiar lo que sabemos de memoria de las Escrituras. Al salir de casa hemos de armarnos con la oración, y al volver de la plaza, antes hemos de orar que sentarnos, y no ha de descansar el corpezuelo antes de que se alimente el alma *(Cta. a Eustoquia).*

2. Ya sabemos que el alimento del alma cristiana es meditar día y noche en la ley del Señor *(Cta. a Florentina).*

Deja las ciudades y el tráfago de las ciudades y vive en alguna alquería (o casa solitaria), busca a Cristo en la soledad y ora solitario con Jesús en el monte *(Cta. al monje Paulino).*

Lleva de tal manera la solicitud de tu casa, que des también alguna vacación a tu alma. Escoge un lugar oportuno y un tanto apartado del estruendo de la familia. Acógete a él como a un puerto, como quien sale de una gran tormenta de preocupaciones. Calma con la tranquilidad del retiro las olas de los pensamientos que excitan los asuntos de fuera. Pon allí tanto empeño y fervor en la lección divina (o lectura de libros piadosos), sucédanse tan frecuentes tus oraciones, sea tan firme y denso el pensamiento de la vida futura, que fácilmente compenses con esta vacación todas las ocupaciones del tiempo restante. No digo esto porque intente retraerte de los tuyos; lo que intento más bien es que allí aprendas y allí medites cómo hayas de portarte con los tuyos *(Cta. a Celatia).*

3. Ya sabía yo de antes, Rufino carísimo, por la enseñanza de los Sagrados Libros, cómo Dios acostumbra dar más de lo que se le pide, y cómo, frecuentemente, nos concede lo que *ni ojo vio ni oído oyó, ni pasó por pensamiento de hombre (1 Cor. 2, 9);* pero ahora lo he experimentado en causa propia *(Cta. a Rufino).*

4. La mujer importuna de que nos habla el Evangelio (Mt. 15, 21-28), mereció finalmente ser oída; y el amigo (Lc. 11, 5-8), no obstante estar cerrada la puerta y acostados los criados y ser media noche, logró los panes de su amigo. Y Dios mismo, que por ninguna fuerza contraria puede ser forzado, se dejó vencer por las oraciones del publicano... Cristo levantó al ladrón de la cruz al paraíso y, porque nadie piense que la conversión es nunca tardía, hizo de un suplicio por homicidio un martirio. Cristo, digo, abraza con gozo al hijo pródigo que vuelve; y, dejadas las noventa y nueve sanas, el buen pastor trae sobre sus hombres la sola ovejuela que se quedara rezagada. Pablo es hecho de perseguidor predicador, queda ciego de los ojos carnales para que vea mejor con los del espíritu, y el que conducía encadenados ante el sanedrín de los judíos a los siervos de Cristo, se gloria más adelante de las cadenas que lleva por Cristo *(Cta. a S. Dámaso).*

5. Aunque seas pecador, si persistes en acudir a Dios con la oración, Dios te tratará como a hijo... Hay que ser insistente, pues El gusta de esta importunidad, y para conseguir sus gracias, vale más la importuna perseverancia que la misma amistad *(Hom. in Lc. 2).*

6. Dice el Señor: *Todo el que pide, recibe; y quien busca, halla; y al que llama, se le abre* (Lc. 11, 10). Pues si es verdad que se da al que pide, que el que busca, halla, y que se abre al que llama a la puerta, como aquí afirma el Hijo de Dios; se concluye necesariamente que aquel a quien no se da, que no halla, o que no se le abre la puerta, es porque no ha pedido como debía, ni buscado con diligencia, ni llamado a la puerta con perseverancia *(Jn. Mateo 7).*

7. A nosotros toca el rogar..., a nosotros ofrecer lo que podamos, y a El darnos lo que de otra manera no podemos obtener *(Dial. cont. Pelag. lib. 3).*

8. Escrito está: *"A todo el que pide se le da";* por tanto, si a ti no se te da, es porque no pides; pide, pues, y recibirás *(Migne 29, 581).*

9. No es suficiente que Dios me haya dado una vez, necesito de su ayuda siempre. Yo pido para recibir, y aunque haya recibido, sigo pidiendo. Soy avariento de los beneficios de Dios, y como éste nunca se cansa de dar, yo jamás me canso de recibir *(Ad. Pelag. Ep. 133).*

10. "Levantemos a Dios nuestros corazones al mismo tiempo que nuestras manos"; porque dos cosas deben concurrir en la presencia de Dios: es necesario que las buenas obras sostengan y den fuerza a la oración, al tiempo que la oración es preciso que confirme las buenas obras *(Jn. lament. Jerem. lib. 2).*

11. **Cuando nos ataque el demonio de la impureza, debemos recurrir inmediatamente a Dios.** Así que sintáis algún movimiento impuro, clamad a Dios y decidle: "¡Señor, Vos sois mi protector!" No debéis permitir que crezca en vosotros este mal pensamiento ni dejar que se forme en vuestra alma alguna porción de Babilonia. Quitad la vida a este enemigo antes que sea mayor y se haga fuerte; arrancad esa cizaña antes que tenga tiempo para crecer. "*Miserable hijo de Babilonia,* dice la Escritura, *dichoso aquel que toma tus pequeños hijos y los estrella contra la piedra*". En esta piedra está significado Cristo (Ep. a Eust.)

12. La caridad junto con la lección y meditación de las Escrituras hacen que nuestra oración sea "clamor del corazón y no de las solas palabras" (Reg. Monac. 14).

SAN PALADIO (m. 425)

Nació hacia el año 363 en Galacia, Asia Menor, a los veinte años marchó a Egipto, al desierto de Nitria con objeto de visitar a los monjes. A mediados del 400 fue consagrado obispo de Helenópolis, en Bitinia. Fue desterrado por el emperador Arcadio al Egipto Superior, durante este destierro recoge con so-

licitud las acciones edificantes de los anacoretas que desarrollará después en su "Historia Lausiaca". *Muere poco antes del Concilio de Efeso.*

No olvides que estás, naturalmente, expuesto a fluctuaciones bajo la acción del mal, visible e invisible, y sólo podrás gozar de la calma gracias a la oración ininterrumpida y a la solicitud por tus intereses espirituales (Ist. Lausiaca, Pról.).

El ángel que dio la Regla a San Pacomio determinó que a lo largo de la jornada se hiciesen doce oraciones: doce al anochecer, doce en las vigilias de la noche y tres a la hora de nona; en cambio, cuando la comunidad hubiere de comer, prescribió además que se cantara un salmo después de cada oración.

Entonces Pacomio objetó al ángel que eran pocas oraciones y éste respondió: "Lo he dispuesto así adrede con objeto de que también los débiles puedan cumplir la regla sin contristarse. En cuanto a los perfectos, no tienen necesidad de la ley, pues cada uno dentro de su celda consagra su vida entera a la contemplación de Dios..." (Hist. Laus. c. 32).

SAN AGUSTIN, Dr. (m. 430)

San Agustín es, sin duda, el más grande de los Santos Padres, y uno de los genios más eminentes de la humanidad. Su influencia sobre la posteridad ha sido continua y profunda. Su autobiografía, "Las Confesiones", *es su obra más leída y de gran contenido ascético. Pero el tema más importante de la doctrina espiritual agustiniana, y por el que ha influenciado más en las generaciones posteriores, ha sido, sin duda, el tema de la necesidad de la oración (PL 32-47).*

I. LA GRACIA Y LA ORACION

San Agustín es considerado como el Gran Doctor de la Gracia, y por lo mismo, el Gran Doctor de la Oración.

Es de fe que sin la ayuda de la gracia no podemos guardar los mandamientos y vivir cristianamente; y San Agustín nos asegura que, sin la oración, no podremos tener asegurada la gracia que nos es imprescindible para obtener la victoria en la lucha contra las tentaciones.

En su lucha contra los pelagianos les dice San Agustín: "El Señor no ha dicho: Sin mí difícilmente podéis hacer algo", sino que afirmó rotundamente: "Sin mí, nada podéis hacer" (Jn. 15, 5).

Todos los escritos del Santo Doctor están plagados de textos donde nos dice: "Es verdad que el hombre ahora con solas sus fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida, no puede observar algunos mandamientos; pero tiene en sus manos la oración y con ella podrá alcanzar las fuerzas que necesita para guardarlos. Estas son sus textuales palabras: "Dios no manda cosas imposibles, pero cuando manda, te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda con su gracia para que lo puedas". Tan célebre llegó a ser este texto del gran Doctor que el Concilio de Trento se lo apropió declarándolo dogma de fe (Sessio VI, cap. 11).

Que nadie pregunte: ¿Cómo podrá el hombre hacer lo que no puede? ¿Cómo? —Recurriendo a Aquel que se lo manda y que no puede mandar cosas imposibles. Pues lo que es imposible sin la gracia, no es imposible con ella, y ésta está siempre a tu alcance si acudes a la oración.

"Veamos por dónde puede y por dónde no puede: lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina de la oración"

Y concluye diciendo: "Los pelagianos piensan que saben algo muy importante cuando dicen: "Dios no puede mandar lo que sabe que el hombre no puede hacer". Pero, ¿quién ignora esto? Claro que Dios no manda lo que el hombre no puede; pero por eso nos manda cosas que no podemos, para que así sepamos qué es lo que tenemos que pedirle. Pues esta es la fe, que orando se pide (y se consigue) lo que en la ley se nos manda (De Grat. et lib. Alb. lib. 1, c. 16).

Sin ayuda de la gracia no podremos cumplir los mandamientos

1. Mientras estamos luchando, Dios nos está mirando; si ve que nos faltan las fuerzas vendrá inmediatamente en nuestro auxilio, pero sólo si se lo pedimos... Como El no nos ayude, no solamente no podremos vencer, sino que ni luchar nos será posible siquiera (Sm. 156).

2. Se nos ordena la continencia: *Sé continente.* Es una orden; un mandato; hay que escucharlo y cumplirlo; pero, si Dios no nos ayuda, quedamos como antes. Intentamos hacer algo con nuestra voluntad; la voluntad se esfuerza en ello; no presuma poder si no recibe ayuda... Es cierto que está mandado: *Sé continente.* Escucha otro texto de la Escritura: *Y sabiendo,* dice, *que nadie puede ser continente si Dios no se lo concede..., me acerqué al Señor y se lo pedí.* Pero, ¿qué necesidad tenemos de acumular textos? Cualquier cosa que se nos mande, hay que orar para poder cumplirla. Pero no de manera que con eso ya podamos desentendernos del asunto, y, como perezosos, tumbados boca arriba, digamos: "Haga Dios llover los alimentos sobre nuestras bocas"; y sin querer hacer absolutamente nada, cuando los alimentos hayan llovido sobre nosotros, digamos: "Que Dios nos los engulla también". También nosotros debemos hacer algo. Debemos ocuparnos en ello, debemos intentarlo y, en la medida en que aún no hayamos podido, orarle. Al darle gracias, evitas el ser condenado por ingrato; mas cuando pides lo que aún no has podido, evitas el quedarte vacío, porque tú no te bastas *(Serm. 348 A).*

3. El precepto de Dios no es tiránico... Dios manda lo que se puede hacer, y El mismo da el poder hacer a los que pueden hacer y hacen. Y a los que no pueden, les aconseja y manda que pidan para poder *(Cont. Jul. lib. 3, c. 76).*

4. La Ley se ha dado para impetrar la gracia, y la gracia se da para cumplir la Ley *(De Spir. el Lit. 19).*

5. (Si alguien dijera que es injusto mandar a un cojo que ande bien), se le responde que ciertamente se le puede mandar a un hombre que ande bien, si cuando ve que no puede, le ofrece el remedio, que es la gracia de Dios, que nos ha merecido Jesucristo, gracia interior que se nos da para curar la cojera del pecado *(De Perf. Yust. Hom. 3).*

Hay que pedir la ayuda de la gracia

6. ¿Quién dirá que desea lo que de tal modo se halla a su alcance, que pueda hacerlo sin que nadie le ayude? Luego, si el hombre desea tener lo que Dios le manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que El manda. ¿Y de quién ha de desearse sino de aquel por el cual, *como Padre de las luces, desciende toda dádiva buena y todo don perfecto,* conforme lo atestigua la Escritura?

Respecto a aquellos que piensan que Dios únicamente nos ayuda a conocer sus preceptos, para que una vez conocidos, ya sin la ayuda de la gracia de Dios los cumplamos con las solas fuerzas de nuestro querer, entiendan, que no se pide la ayuda, sino después de haber conocido los mandamientos. Como si dijese: "Ya he conocido la Ley; ya la conozco, porque tú ordenaste que fuesen guardados con demasía tus mandamientos, y tus preceptos son santos, justos y buenos; pero el pecado me causa la muerte, a no ser que me ayudes con tu gracia..." *(In Sal. 118 s. 4).*

Sólo debemos confiar en la gracia que alcanzamos por la oración

7. Aquellos versículos del salmo, donde dice: *Ojalá sean enderezados mis caminos para guardar tus justificantes; entonces no seré confundido al mirar todos tus mandamientos...*, se da a entender la audacia del libre albedrío cuando se apropia de lo que se debe esperar de la gracia... El corazón de los miembros del Cuerpo de Cristo, se hace inmaculado con la gracia de Dios, que se comunica por su Cabeza, nuestro Señor Jesucristo, mediante el bautismo de la regeneración, en el que se borran todos nuestros

pecados por la ayuda del Espíritu, con el que luchamos contra la carne para no ser vencidos, y por la eficacia de la oración dominical, en la que decimos: *Perdónanos nuestras deudas.* Así, pues, habiéndosenos dado la regeneración, siendo ayudados en el combate y habiéndonos postrado en oración, nuestro corazón se hace inmaculado para que no seamos confundidos, porque también esto pertenece a las justificaciones de Dios, ya que entre sus preceptos se manda: *Perdonad y seréis perdonados; dad y se os dará (Narraciones in Sal. 118, c. 19).*

8. Verdad es que el hombre ahora con solas sus fuerzas y con la gracia ordinaria y común que a todos es concedida, no puede observar algunos mandamientos; pero tiene en su mano la oración y con ella podrá alcanzar la fuerza mayor que necesita para poder guardarlos... Dios no manda cosas imposibles; pero cuando manda te exhorta a hacer lo que puedes y a pedir lo que no puedes, y entonces te ayuda para que lo puedas... Veamos, por tanto, qué es lo que puede y qué es lo que no puede: Lo que por enfermedad o vicio del alma no puede hacer, podrá hacerlo con la medicina, que es la oración (De natura et gratia, lib. 1).

Sería temeraria insensatez pensar que por una parte nos impuso el Señor la observancia de su divina ley, y por otra, que fuera esa ley imposible de cumplir... Cuando el Señor nos da a entender que no somos capaces de guardar todos sus mandamientos, nos mueve a hacer las cosas fáciles con la gracia ordinaria que pone siempre a nuestra disposición; para hacer las más difíciles nos ofrece una gracia mayor que podemos alcanzar con la oración...

Y ¿por qué nos manda lo que no podemos hacer? Nos manda algunas cosas que no podemos hacer, para que por aquí entendamos qué cosas son las que le tenemos que pedir *(De natura et gratia,* 69; *De gratia et libero arbitrio).*

9. Tratamos con un Dios que es infinito poder y riqueza sin límites; no le pidamos cosas ruines y mezquinas, sino cosas muy altas y grandes *(In Sal. 62).*

10. ¿Será Dios tan vil engañador que nos prometa sacarnos con bien de los peligros, si se lo pedimos, y luego nos deje solos y abandonados cuando acudimos a El? No, no es Dios ruin burlador que se ofrece con sus palabras a sostenernos, y luego retira el hombro cuando queremos apoyarnos en El *(De eruditione principum, lib. 2)*.

Sólo podremos vencer con la ayuda de Dios

11. Dios le impuso al hombre una ley y le amenaza con castigarlo si la infringe... Dios, siendo justo, no pudo poner una ley al hombre si por naturaleza era malo. Dios que es justo, impuso una ley al hombre; luego es evidente que podía cumplir lo que Dios, justísimo, le mandó; porque es claro que, si no tuviera fuerza para obedecer, no existiría en el que manda, razón para mandar... La justicia de Dios solamente se puede imponer a súbditos que sabe pueden cumplirla...

En el Paraíso, el hombre fue creado bueno y recibió un mandato para enseñarnos que, para una criatura racional, la obediencia, si no es la única, sí es virtud principal. Infringió el hombre este mandato y se hizo él mismo malo; y pudo por sí mismo malearse, pero no puede sanarse. Dios, en su sabiduría, se reservó elegir tiempo oportuno y lugar conveniente para promulgar, más tarde, una ley para el hombre maleado: no para corregirlo, sino para que comprendiera su degradación e impotencia en que se encontraba para corregirse por la ley; y viendo el hombre que sus pecados, lejos de disminuir, aumentaban bajo la ley, triturado su orgullo y conducido por las sendas de la humildad, implorarse el auxilio de la gracia y fuese por el espíritu vivificado...

Escrito está: *"Si el Hijo de Dios os libra, seréis verdaderamente libres"*. Y esto fue dicho no solamente a causa de los pecados pasados, de los que hemos sido liberados por el perdón, sino también, por la ayuda de la gracia que recibimos para no pecar. Es decir: nos hacemos libres cuando Dios encamina nuestros pasos para que la iniquidad no nos domine.

Testigo es la oración dominical: En ella pedimos a Dios *perdón de nuestras deudas*, a causa de los pecados cometidos; pero también le pedimos que *no nos deje caer en la tentación*, para que no obremos mal. Por eso dice también el Apóstol: *Oramos por vosotros para que no hagáis nada malo* (2 Cor. 13, 7). Si tuviese el hombre en sí mismo la fuerza..., no la pediría, porque él mismo la traduciría en actos. Pero, después de aquella caída primitiva que nos precipitó en la miseria de esta mortalidad, quiere Dios que luchemos antes, otorgándonos ser conducidos por el Espíritu para mortificar las obras de la carne, posibilitándonos la victoria por nuestro Señor Jesucristo para gozar con El en el reino de la paz.

Sin el auxilio de Dios, nadie es capaz de luchar contra sus vicios; se rendirá antes de empezar a combatir o sucumbirá en la lucha. Por tanto, en este combate, quiere Dios que luchemos y oremos, no confiando en nuestras fuerzas; porque estas fuerzas es El quien las otorga cuando le invocamos... *(Rep. a Jul. I. 6).*

No podemos nada sin la gracia

12. No se engañen, pues, quienes dicen: "¿A qué nos vienen con sermones y mandatos para que evitemos el mal y hagamos el bien, si no somos nosotros, sino Dios, el autor de nuestros deseos y de la ejecución de la obra?"

Antes bien, entiendan, si son hijos de Dios, que son movidos por el Espíritu del Señor para hacer lo que hacen; y después de obrar, den gracias al que les dio fuerza para ello. Son movidos ciertamente para obrar, pero no de modo que ellos nada pongan de su parte; y con este fin se les descubre lo que han de hacer, para que, cuando ejecuten lo que deben hacer con amor y gusto de la justicia, se alegren de haber recibido la suavidad que les dio el Señor para que la tierra de sus corazones diese su fruto. Y cuando no obran, ora absteniéndose de toda obra buena, ora haciéndola sin gusto, rueguen para que se les conceda lo que les falta. Pues nada han de poseer que no sea de regalo y nada poseen que no lo hayan recibido *(De la Corrección y de la Gracia, 2).*

Hay gracias que Dios solamente las da a quien se las pide

13. Hay algunos que no rezan o rezan sin fervor, porque saben, según dijo Nuestro Señor Jesucristo, que Dios conoce perfectamente lo que necesitamos antes de que se lo pidamos. Entonces, ¿habrá que abandonar esta verdad (de que es necesario orar) o borrarla del Evangelio? ¡Todo lo contrario!, pues nos consta que Dios Nuestro Señor da unas cosas sin que las pidamos, como el *initium fidei*, y otras solamente las da a los que se las piden, como la perseverancia final. Ahora que el que cree que la perseverancia es de su propia cosecha, naturalmente no reza para que se la den.

Por consiguiente, hay que tener mucho cuidado, no sea que por temor a que la exhortación induzca a la tibieza se apague la oración y se encienda la presunción y la soberbia *(Del Don de la Perseverancia, XVI, 39)*.

Dios no manda cosas imposibles de cumplir

14. Aplaudo, sin embargo, lo que (Pelagio) dice: "Dios, tan bueno como justo, hizo al hombre capaz de mantenerse en la inocencia si él hubiera querido". En efecto, ¿quién no sabe que fue creado sano e inocente y dotado de libre albedrío y capaz de vivir en la justicia? Mas ahora se trata de aquel a quien los ladrones dejaron medio muerto en el camino y que, herido y traspasado con graves lesiones, no puede ya subir a la cima de la justicia como pudo descender de ella: el cual, si es recogido en el mesón, allí es atendido y medicinado.

No manda, pues, Dios cosas imposibles; pero al imponer un precepto te amonesta que hagas lo que está a tu alcance y pidas lo que no puedes.

Veamos, pues, qué es lo que puede o no puede... Ciertamente no es fruto de la voluntad la justicia del hombre en cuanto procede de su condición natural, mas con la medicina de la gracia podrá conseguir lo que no puede por causa del vicio *(De la Naturaleza y de la Gracia, XLIII, 50)*.

Los preceptos son muy buenos si sabemos cumplirlos fielmente. Y pues creemos que Dios es justo y no puede imponer preceptos imposibles, se nos avisa qué hemos de hacer en las cosas fáciles y qué pedir en las dificultosas. Porque todo resulta fácil para la caridad; y a ella sola es ligera la carga de Cristo, o ella únicamente es la carga ligera.

Está escrito: *Y sus mandamientos no son pesados (1 Jn. 5, 3).* Si alguien, pues, los tiene por pesados, considere que si el divino oráculo los ha declarado *no pesados,* es porque El puede infundirnos el amor con que se aligeran, y pida lo necesario para cumplirlos... Son difíciles para el temor y fáciles para el amor *(De la Naturaleza y de la Gracia, 69).*

15. Los pelagianos creen saber algo de mucha importancia cuando dicen "que Dios no manda lo que sabe que no puede cumplir el hombre". ¿Quién ignora esto? Mas precisamente por eso ordena Dios algunas cosas que no podemos cumplir, para que sepamos lo que debemos pedir. Es una misma la fe que por la oración impetra lo que la ley manda...

Entonces, ¿por qué clamamos al Señor?... Es indudable que, si queremos, podemos cumplir lo ordenado. Mas como nuestra voluntad ha de ser por Dios preparada, razón es que tanta voluntad le pidamos, cuanta sea suficiente, para que queriendo cumplamos.

Cierto que queremos cuando queremos; pero aquél hace que queramos el bien, del que fue dicho: *La voluntad es preparada por el Señor, y Dios ordena los pasos del hombre, guía y sostiene al que va por buen camino, y Dios es el que obra en vosotros el querer.* Sin duda que nosotros obramos cuando obramos; pero El hace que obremos al dar fuerzas eficacísimas a la voluntad, como lo dijo: *Haré que viváis en mis justificaciones y que observéis y cumpláis mis preceptos (De la Gracia y del libre albedrío, 16).*

16. No quiso Dios que los santos, ni aun con motivo de su perseverancia en el bien, se gloriasen de sus propias fuerzas, sino en El únicamente, pues no sólo les da una ayuda..., sin la cual no pueden perseverar, sino que en ellos obra el querer; y

puesto que si les faltara el poder y el querer, no podrían perseverar, la divina Bondad los socorre con la gracia, dándoles la facultad y la voluntad de perseverar. Al hallarse su voluntad inflamada por el fuego del Espíritu Santo, pueden porque quieren y quieren porque influye eficazmente Dios en su voluntad.

Si en esta vida tan llena de flaquezas se les abandonara a su albedrío... y no obrase Dios en ellos el querer, entre tantas y tan graves tentaciones, su voluntad desmayaría y no podría perseverar, porque, vencida por la flaqueza, sólo tendría deseos débiles e incapaces de obrar *(De la Corrección y de la Gracia, c. 12).*

La oración..., medio para conseguir la gracia

17. Pidamos, pues, que nos dé Dios lo que nos manda tener. Nos manda que tengamos lo que aún no tenemos para advertirnos de lo que hemos de pedir; así, al ver que podemos cumplir lo que El nos mandó, entendamos de dónde hemos recibido el poder; no sea que, hinchados y engreídos, ignoremos los dones que nos otorgó... Y Dios nos manda que seamos sabios y continentes, pues sin esos dones no podemos ser justos ni perfectos. Pero oremos para que el que nos amonesta con su mandato y vocación lo que debemos querer, nos dé con su ayuda e inspiración eso que nos manda. Oremos para que nos conserve lo que ya nos dio y oremos para que supla lo que aún no nos dio. Oremos y demos gracias por lo que ya recibimos y confiemos en que hemos de recibir lo que aún no hemos recibido, pues no somos ingratos a lo ya recibido *(De Bono Vid, 17, 21).*

18. Pero aquí los adversarios se ven descubiertos en todo cuanto ellos se quieren ocultar, porque están demostrando cómo combaten contra la gracia o misericordia de Dios, que es lo que deseamos cuando decimos: *Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo,* o: *No nos dejes caer en la tentación, más líbranos del mal* (Mt. 6, 10 y 13). Porque, ¿para qué pedimos en la oración todo esto con tanto gemido, si depende del hombre, que quiere y que corre, y no *de Dios, que tiene misericordia?* (Rom. 9, 16). No porque esto se cumpla sin nuestra voluntad, sino porque la

voluntad no cumple lo que se propone sin la ayuda divina. Esta es la fe sana, que nos hace orar: buscar para encontrar; pedir para recibir; llamar para que nos abran. El que se rebela contra ella cierra contra sí mismo la puerta de la misericordia divina *(de perfect. iust hom. 19, 40).*

19. Me obligan a hacer esas advertencias ciertos tratadillos vitandos y detestandos que por los oídos han empezado a deslizarse en el alma de muchos. Sus autores, hay que decirlo con lágrimas en los ojos, enemigos de la gracia de Cristo, pretenden persuadirnos que no es necesaria la oración para no caer en la tentación. Quieren exaltar la libertad humana tanto, que con ella podemos cumplir lo que nos manda Dios, aunque El no nos ayude con su gracia. De donde se sigue que en vano dijo el Señor: *Vigilad y orad para no caer en tentación* (Mt. 26, 41). Si depende de nuestra facultad el no ser superados por la tentación, ¿por qué hemos de orar para no caer en ella? *(de bono vid,* 17, 21).

20. Luego, si el hombre desea tener lo que Dios manda, ha de rogar a Dios que le dé lo que El manda (*in Ps.* 118, s. 4, 2).

21. *Abrí mi boca, y aspiré, porque deseaba tus mandamientos* (Ps. 118, 131). ¿Qué deseaba? Cumplir los mandamientos divinos. Pero, no pudiendo hacer cosas fuertes el débil, ni grandes el pequeño, abrió su boca, confesando que él por sí mismo no las haría, y aspiró para hacerlas. Abrió su boca pidiendo, buscando, llamando y, sediento, bebió el Espíritu bueno para cumplir el mandamiento santo, justo y bueno, que no podía cumplir por sí mismo. *Si nosotros, siendo malos, damos cosas buenas a nuestros hijos, ¿cuánto más nuestro Padre, que está en los cielos, dará el espíritu bueno a los que se lo piden?* Pues no son hijos de Dios los que obran por su propio espíritu, sino todos aquellos que obran por el Espíritu de Dios. Y esto no porque ellos no obren, sino porque, no haciendo nada bueno de suyo, son movidos por el buen Espíritu para que lo hagan, pues tanto más se hace cada uno hijo bueno cuanto con más

abundancia se le da por el Padre el Espíritu bueno (*in Ps.* 118, s. 27, 4).

... Para evitar el pecado y superar las tentaciones

22. No faltan quienes presumen tanto de las fuerzas del libre albedrío de la voluntad humana, que niegan la necesidad de la ayuda divina para evitar el pecado después que se ha dotado a nuestra naturaleza del arbitrio libre del querer. De donde resulta esta consecuencia: no debemos orar para que no entremos en tentación, esto es, para que no nos venza la tentación, ya cuando nos engaña y nos coge desprevenidos, ya cuando nos asalta y asedia nuestra flaqueza. No hay palabras para ponderar cuán dañosa es esta doctrina y cuán perjudicial y contraria a nuestra salvación, que está en Cristo, y cuánto se opone a la misma religión en que estamos instruidos, y a la piedad con que veneramos a Dios, el no pedir al Señor los beneficios que hemos de recibir de El *(de peccat mer et rem* II, 2, 2).

23. La oración dominical nos exhorta a pedir ambas cosas, a saber, que se nos perdonen las deudas contraídas y no nos deje caer en la tentación; lo primero atañe al perdón de las culpas pasadas; lo segundo mira a evitarlas en el futuro. Y aunque esto no se logre sin el concurso de la voluntad, con todo, no basta ella para conseguirlo. He aquí por qué nuestra oración dirigida a Dios no es superflua ni irreverente *(De natura gratia* 18, 20).

24. Precisamente pedimos que no nos deje caer en la tentación para que eso no suceda, y si somos oídos, ciertamente no sucede, porque Dios no permite que suceda, ya que nada se hace sino lo que El hace o permite que se haga. Poderoso es Dios para doblegar las voluntades del mal al bien y a las inclinadas al mal convertirlas y dirigirlas por caminos de su agrado, por lo que no en balde se dice: *¡Oh, Dios!, convirtiéndonos Tú nos vivificarás* (Ps 84, 7); tampoco se le dice inútilmente: *No permitas que vacilen nuestros pies* (Ps 65, 9); ni aquello de *No me entregues a mi*

pecador deseo (Ps 139, 9), finalmente, para no cansarnos...: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt. 6, 13). Pues a quien no se le deja caer en la tentación, sin duda no se le deja caer en la tentación de su mala voluntad, y si no se le deja caer en ésta, en ninguna se le deja caer *(de dono pers* 6, 12).

25. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quién debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? *(de dono pers* 7, 15).

26. Dios no es cruel; por el contrario, se nos encomienda, lo cual nos conviene para que, desfallecidos, le roguemos y al socorrernos le amemos *(in Ps* 106, 9).

27. Por lo tanto, cuando empieces a sentir cansancio en tu lucha contra los deseos de la carne, camina en el espíritu, invoca al Espíritu, busca el don de Dios. Y si la ley residente en los miembros se opone a la ley de tu mente desde la parte inferior, es decir, desde la carne, teniéndote cautivo bajo la ley del pecado, también esto será enmendado y se contará entre los haberes del vencedor. Tú grita solamente, tú invoca. *Conviene orar siempre y no desfallecer* (Lc 18, 1). Invoca sí, invoca ayuda. *Aún estarás tú hablando* —dice—, *y yo ya estaré presente* (Is 58, 9). Recapacita a continuación y escucha a quien dice a tu alma: *Yo soy tu salvación* (Ps 34, 3). Por lo tanto, cuando la ley de la carne comience a oponerse a la ley de tu mente y a llevarte cautivo en la ley del pecado que reside en tus miembros, pronuncia esta oración y confesión: *Desdichado de mí.* ¿Qué otra cosa es el hombre? *¿Qué es el hombre, si no te acuerdas de él?* (Ps 8, 5). Di: *Desdichado de mí,* pues si no hubiese venido el Hijo del hombre, hubiese perecido el hombre. En tus apuros exclama: *¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* En él la ley residente en mis miembros se opone a la ley de mi mente. *Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?* Si dices esto con fe y humildad, con toda certeza y verdad se te responderá: *La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor* (Rom. 7, 22-25) (*serm* 163, 12, 12).

28. Si ora el hombre para arrojar un demonio ajeno, ¡cuánto más ha de orar para expulsar su propia avaricia! ¡Cuánto más para expulsar su violencia! ¡Cuánto más para expulsar su lujuria y su impureza! ¡Cuántas cosas hay en un hombre que, de perseverar en él, le cerrarán las puertas del reino de los cielos! (*serm* 80, 3).

29. Los mismos justos tienen necesidad de la oración, porque, aunque su alma esté sometida a Dios, la razón no impera perfectamente a los vicios en esta vida mortal y en este cuerpo corruptible que infecta el alma. Aunque mande, nunca lo hace sin combate y sin resistencia por parte de las pasiones. Y siempre es verdad que aun al más fuerte luchador y dominador de tales enemigos en este valle de flaqueza se le entromete algo que, si no le hace pecar con fácil obra, sí lo hace con hábil locución o con pensamiento inconstante. Por eso, mientras se impera a las pasiones, no hay paz perfecta, porque las que resisten se debaten en peligrosa pelea, y las vencidas aún no tienen asegurada la victoria, sino que requieren todavía una vigilante opresión (*de civ Dei* XIX, 27).

30. Dios quiere dar, pero sólo da al que pide, para no dar al que no quiere recibir. Dios no quiere ser despertado por tu importunidad, pues cuando oras no molestas al que está dormido, ya que *no dormirá ni dormitará el que guarda a Israel* (Ps 102, 4) (*in Ps* 102, 10).

31. Dios es testigo no sólo de tus palabras, pero también de tus pensamientos. Si con sinceridad y con fe pides algo a tan gran Señor, cree que lo recibes de aquél a quien pides; no quieras honrarlo con la boca y anteponerte a El en tu corazón creyendo que es cosa tuya propia aquello mismo que finges pedir. O ¿es que no le pedimos a El esta perseverancia? Al que esto diga, ya no tengo que refutarlo con mis razones, sino abrumarlo y convencerle con los testimonios y afirmaciones de los santos. ¿Hay, acaso, alguno de éstos que no pida continuamente a Dios la perseverancia, cuando al recibir la oración

dominical no se hace otra cosa que pedir dicha dádiva divina? (*de dono pers* 2, 3).

32. La oración te advierte que necesitas la ayuda de tu Señor, para que no pongas en ti mismo la esperanza del buen vivir. No oras para recibir riquezas u honores del presente siglo o logros de vanidad humana, sino para no caer en la tentación. Si el hombre se lo pudiese dar a sí mismo con la voluntad, no lo pediría en la plegaria. Si bastase la voluntad, tampoco oraríamos. Está bien, pues, que queramos, pero oremos para lograr lo que queremos, cuando por un don de Dios tenemos un recto entendimiento. Y, pues, recibiste ese don, da gracias por él. Porque ¿qué tienes que no hayas recibido, Si lo recibiste, cuida de no gloriarte como si no lo hubieses recibido, esto es, como si lo hubieses podido lograr de ti mismo. Sabiendo de quién lo recibiste, pídele que te lo perfeccione, pues El te permitió comenzar. Trabaja en tu salvación con temor y temblor, pues Dios es el que obra en ti el querer y el consumar según la buena voluntad. Porque el Señor prepara la voluntad y dirige los pasos del homre, y entonces éste quiere su camino. Este santo pensamiento te mantendrá, para que tu sabiduría sea piedad, es decir, para que seas bueno por obra de Dios y no ingrato a la gracia de Cristo (*ep* 218, 3).

33. Dios nuestro Señor ha querido que le pidamos el no caer en la tentación, porque si no caemos, de ningún modo nos separaremos de El. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quién debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de Aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? Por consiguiente, no tiene la Iglesia en esta cuestión que hacer difíciles indagaciones y sí solamente atender a sus oraciones. Ora la Iglesia a fin de que los incrédulos crean, y Dios los convierte a la fe; ora para que los fieles creyentes perseveren, y Dios da la perseverancia final (*de dono pers* 7, 15).

34. Si no oráis, no tendréis esperanza. Si oráis de distinto modo que enseñó el Maestro, no seréis oídos. Si mentís en la

oración, no suplicáis. Luego se ha de orar y se ha de decir verdad; y ha de orarse como Dios enseñó. Quieras o no, todos los días has de decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores* (Lc 11, 4). ¿Quieres decirlo lleno de confianza? Haz lo que dice (*in Ps* 103, s. 1, 19).

35. A veces tarda el Señor en concedernos sus gracias, pero no las niega. Retrasa sus dones para que los deseemos con más ardor. Pide, busca, insiste: pidiendo y buscando aumenta el deseo para que lo recibas con más gusto. El Señor te reserva lo que no quiere darte en seguida, para que aprendas a desear mucho las cosas grandes. Por ello conviene orar constantemente y no cansarse nunca (Cat. Aurea, I).

II. LA ORACION PERSEVERANTE

Sed constantes en la oración, advierte San Agustín a sus monjes (Regula 3, 1). *Y es que tenemos una necesidad grande de orar, y orar "sin desfallecer"; primero, porque la oración frecuente y reiterada es más sentida, y, segundo, porque, entre sus contenidos, existe una serie de bienes indispensables para la salvación que el cristitano debe pedir, una y otra vez, con toda insistencia. La importunidad y la instancia son requisitos ineludibles de la actitud orante. Al creyente, que vive de la fe, en la esperanza y caridad de Dios, Cristo le recomienda la perseverancia en las peticiones hasta lograr lo que se pide. Conviene a este respecto imitar la conducta de la mujer cananea, que, esperanzada y humilde, persevera en su empeño de oración a pesar del aparente rechazo por parte de Cristo* (serm 77, 1; in Ps 58, s. 1, 15; sermo M al 26, 3; serm Morin 4, 4). *Dios no desdeña al que pide, sino que prueba al que busca. Cuando dilata la concesión de sus beneficios, ejercita el deseo y ensancha la caridad de los suplicantes "para que, como fuego avivado por el soplo, se inflame con mayor vigor"* (in Ps 87, 14). *Por eso, San Agustín insta a los cristianos que sean exigentes y reiterativos en sus peticiones. La perseverancia en la oración dilata el espíritu para desear y pedir grandes cosas.*

Mientras el hombre peregrina y está en este mundo debe orar insistentemente y sin descanso, a ejemplo de aquella mujer del evangelio, cuya conducta nos alecciona para que no desfallezcamos en la oración, pues pidiendo y buscando se acrecienta el deseo de pedir y se obtiene el exigido crecimiento para recibir el don de Dios (serm 61, 6).

Mientras estemos aquí, oremos

36. Aunque el Señor nos haya prohibido el mucho hablar, puede causar extrañeza el que nos haya exhortado a orar, siendo así que conoce nuestras necesidades antes de que las expongamos. Dijo en efecto: *Es preciso orar siempre y no desfallecer* (Lc 18, 1), aduciendo el ejemplo de cierta viuda: a fuerza de interpelaciones se hizo escuchar por un juez inicuo, que, aunque no se dejaba mover por la justicia o misericordia, se sintió abrumado por el cansancio. De ahí tomó Jesús pie para advertirnos que el Señor, justo y misericordioso, mientras oremos sin interrupción, nos ha de escuchar con absoluta certeza, pues un juez inicuo o impío no pudo resistir la continua insistencia de la viuda (*ep* 130, 8, 15).

37. Dice también el Evangelio: Un hombre a cuya casa había llegado un huésped, *se acercó a la de un amigo, y comenzó a llamar y a decir: "Me ha llegado un huésped, préstame tres panes". El le respondió: "Estoy ya descansando y también mis siervos conmigo"*. No cesa, sigue allí en pie, insiste, llama; como amigo mendiga de un amigo. ¿Y qué dice Jesús? *En verdad os digo que se levantará y le dará cuantos panes quiera, pero no por la amistad, sino por la molestia* (Lc 11, 5-15). ¿Qué quiere decir *por la molestia?* Porque no deja de llamar y, aun habiéndoselo negado no se aleja. Quien no quería dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no se cansó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquél a quien desagrada el que no pidamos? (*serm* 61, 5, 6).

38. Llama con tu oración al Señor mismo con quien descansa su familia, pide, insiste. No necesita ser vencido por la

importunidad, como el amigo aquel, para levantarse y darte. El quiere dar. Si llamando aún no has recibido nada, sigue llamando, pues desea dar. Difiere el dar lo que desea dar para que al diferirlo lo desees más ardientemente (*serm* 105, 3, 3).

39. Mientras estemos aquí, pidamos a Dios que no aparte de nosotros nuestra oración y su misericordia, es decir, que oremos con perseverancia y que se compadezca continuamente de nosotros. Muchos languidecen en la oración. En el comienzo de su conversión oran con fervor, pero después lo hacen lánguida, fría, negligentemente; lo hacen como si estuviesen seguros. El enemigo vigila, tú duermes. El mismo Señor dice en el Evangelio que *conviene orar siempre y nunca desfallecer*... Luego no desfallezcamos en la oración. Lo que ha de conceder, Dios no lo niega, aunque lo difiera. Estando seguros de la promesa, no desfallezcamos en la oración, pues también esto es igualmente don suyo (*in Ps* 65, 24).

40. Si te socorriera al instante, no experimentarías la lucha; si no la experimentares, te ensoberbecerías como si se debiese a tus fuerzas, y, a causa de esa soberbia, nunca llegarías a la victoria. Está escrito: *Aún estarás tú hablando y ya te habré dicho: "Heme aquí"*. (Is 58, 9).

Pero Dios está presente aun cuando retarda la ayuda, y porque la retarda está retardándola, no sea que satisfaciendo un deseo precipitado, no procure la curación completa (*serm* 163, 7, 7).

A ejemplo de la mujer cananea

41. Ya conocéis por el Evangelio, hermanos, cómo la mujer cananea con su perseverancia alcanzó lo que no pudo lograr al pedirlo una vez. El Señor, al diferir, ejercitaba su deseo, no negaba el beneficio. Sabía hasta dónde llegaría ella pidiendo, pues El mismo la instruía para eso. Primero la llamó perro, y después dijo: —*Oh, mujer, qué grande es tu fe!* (Mt 15, 28). Reci-

bido el beneficio, se marchó gozosa; primero fue cambiada y después alegrada. ¿Hasta qué punto cambiada? De perro pasó a mujer. ¿Y qué clase de mujer? Mujer de gran fe. Paso de gigante el suyo; ¡cuánto progreso en un momento! Por eso se hacía rogar el Señor, quien mandó *orar siempre y no desfallecer...* Eso hizo la cananea: pidió, buscó, llamó, recibió. Ella lo hacía para que su hija fuese liberada del demonio, y lo logró: la hija quedó curada desde aquel punto. ¿Acaso, una vez curada la hija, iba a volver a pedir? Buscaba, pedía, llamaba hasta recibir: recibió, se regocijó y se marchó. Y no sé lo que es, o mejor, sé que es gran cosa aquello por lo que es necesario orar siempre sin desfallecer. Más que la salud de una hija es la inmortalidad de la vida. Esto es lo que conviene pedir siempre hasta el fin, mientras se vive aquí, hasta que se viva sin fin donde ya no hay petición, sino exultación (*serm Morin* 16, 1).

42. Esta mujer cananea nos ofrece un ejemplo de humildad y un camino de piedad. Nos enseña a subir desde la humildad a la altura... Ella gritaba, ansiosa de obtener el beneficio, y llamaba con fuerza; él disimulaba, no para negar la misericordia, sino para estimular el deseo, y no sólo para acrecentar el deseo, sino también, como antes dije, para recomendar la humildad. Clamaba, pues, ella al Señor, que no escuchaba, pero que planeaba en silencio lo que iba a ejecutar (*serm* 77, 1).

43. Así nos enseña a buscar para que encontremos; a pedir, para que recibamos; a llamar, para que nos abran. ¿Por qué entonces el Señor se negaba a dar lo que le pedían? ¿Acaso carecía de misericordia? No, pero quien difería el conceder, sabía cuándo había que conceder; no negaba su propio beneficio, sino que ejercitaba el deseo del orante (*serm Guelf.* 33, 1).

44. ¿Qué nos enseñan todas estas cosas sino que, cuando lo que pedimos a Dios es cosa buena, hemos de perseverar en la oración hasta que la recibamos, con el deseo de quien suspira por ella? Pues Dios difiere el dar a quienes le piden para ejercitarlos en el deseo (*serm Morin* 4, 6).

45. Aquel que no quería levantarse a dar los panes, hizo lo que se le pedía porque el otro no cesó de pedir. ¿Con cuánta mayor razón nos dará quien nos exhorta a pedir y es bueno; más aún, aquel a quien desagrada que no le pidamos? Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente deseado resulta más dulce; en cambio, lo que se nos da de inmediato, no se aprecia tanto. Pide, busca, insiste. Pidiendo y deseando te capacitas para recibir. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, *conviene orar siempre y no desfallecer.* (Ibíd).

Pidamos la buena voluntad

46. ¿Qué nos enseñan estas cosas sino que, cuando lo que pedimos a Dios es cosa buena, hemos de perseverar en la oración hasta que la recibamos, con el deseo de quien suspira por ella? Con grandes gemidos debemos pedir la vida eterna; para aquí una vida santa, y para después la vida eterna, pues también debes pedir a Dios la vida santa, que El ayude tu voluntad. Si no te ayuda, estás perdido y comenzarás a ser conducido prisionero según el dicho del Apóstol: "*¡Desdichado de mí!, ¿quién me librará del cuerpo de esta muerte? —La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor.*

Dos cosas hemos de pedir con toda seguridad: aquí, la vida santa; para el futuro, la vida eterna. Desconocemos si las restantes cosas nos serán útiles o no (*Serm* 154 A).

47. *Graba en tus oídos, Señor, mi oración.* Gran deseo del que ora. *Graba en tus oídos, Señor, mi oración,* es decir, no se aparte mi oración de tus oídos; imprímela en ellos. ¿Cómo la habrá de proferir para esculpirla en los oídos de Dios? Hable Dios y nos diga: ¿Quieres que yo grabe tu oración en mis oídos? Imprime tú mi ley en tu corazón. *¡Oh, Señor! Graba en tus oídos mi oración, y atiende a la voz de mi plegaria.*

En el día de mi tribulación clamé a ti, porque me oíste. La razón de haberme oído fue porque clamé a ti en el día de mi tribulación. Poco antes había dicho *Clamé todo el día*, continuamente soy atribulado. Luego ningún cristiano diga que hay día en el cual no es atribulado. Por todo el día entendemos todo el tiempo... (BAC, XXI, 231).

48. Recordad que se acercó un necesitado a la casa de un amigo y le pidió tres panes. Mas él, estando ya acostado, según consigna el Evangelio, le respondía y decía: *Ya estoy acostado y mis criados están dentro conmigo durmiendo.* Pero el necesitado, perseverando en la petición, consiguió con la importunidad lo que no pudo conseguir con la amistad. Por el contrario, Dios quiere dar, pero sólo da al que pide, para no dar al que no quiere recibir (In Sal. 102, 10).

La cananea

49. Ella suplica y oye que se le dice: *No es bueno quitar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros.* La llamó perro porque pedía con vehemencia. Si ella se hubiera ofendido al oír tal palabra salida de la boca de la Verdad y que sonaba como insulto, y, recibida la injuria se hubiese largado murmurando en su corazón: "Vine a pedir un favor. Si se me concede, que se me conceda. Pero si no se me concede, ¿por qué soy perro? ¿Qué hice de mal al pedir, al venir a suplicar un favor?... Sabía a quién pedía el favor. Aceptó lo que salió de la boca del Señor, no lo rechazó y aun insistió más vehemente en su petición, reconociendo ser lo que había escuchado. Dice, en efecto: *Así es, Señor,* es decir, has dicho la verdad: soy un perro. Puesto que El había dicho que el pan era para los hijos, le pareció poco reconocer que era un perro. Confesó que eran señores suyos aquellos a quienes El había llamado hijos. *No está bien,* dijo, *quitar el pan de los hijos y arrojárselo a los perros.* Y ella respondió: *Así, es Señor; pero también los perros comen las migajas que caen de la mesa de sus señores.* ¿Qué estáis viendo,

hermanos? Pidió con insistencia, buscó con tenacidad, llamó por largo tiempo. En consecuencia, puesto que pidió, buscó y llamó, ya no es un perro. No da ahora el Señor lo santo al perro. Ella mostró no ser perro porque buscó y llamó con afecto... La había llamado perro el mismo que había ordenado: *No deis lo santo a los perros.* ¿Por qué le quitó el ultraje del que había sido autor, sino porque al aceptarlo ella fue transformada por la humildad, y, al confesar ser lo que había oído, dejó de serlo?

¿Qué es lo que dije: que confesó ser lo que había escuchado y dejó de serlo? Caso idéntico al de aquel publicano que estaba en el templo. El fariseo, jactándose de sus méritos, insultaba a quien se mantenía alejado reconociéndose pecador... Sí, reconociéndose pecador, es justificado; reconociéndose tal, dejó de serlo. ¿Por qué? *Porque todo el que se ensalza, será humillado, y el que se humilla, será ensalzado (Lc. 18, 14)* (Serm. 60 A).

50. Te doy un consejo sobre cómo obtener ganancias. Aprende a ser comerciante. ¿Aplaudes al comerciante que vende plomo y adquiere oro y no alabas al que da dinero y adquiere justicia?... ¿De quién la vas a obtener sino de Dios, fuente de la justicia? Por tanto, si quieres poseer la justicia, sé mendigo de Dios, quien poco ha, mediante las palabras del Evangelio, te exhortaba a que pidieras, buscaras, llamaras. El sabía que eras su mendigo, y como padre de familia enormemente rico en riquezas espirituales y eternas, te exhorta y te dice: Pide, busca, llama. *Quien pide, recibe; el que busca, encuentra, a quien llama, se le abre.* Pues quien te exhorta a que pidas; ¿va a negarte lo que le pides?... *(Serm. 61).*

Ella es nuestro único refugio

51. Tan pronto como te empieces a sentir cansado en la lucha contra las concupiscencias de la carne, empieza a caminar guiado por el Espíritu, empieza a invocarle, empieza a buscar sin descanso el don de Dios. Y si la ley que hay en tus miembros

combate a la ley de tu espíritu, y te cautiva por la carne, bajo la ley del pecado, no pierdas la esperanza, porque esta esclavitud pasará y será reemplazada por la victoria. Tú, limítate a clamar y no ceses de invocar el auxilio de Dios... (Sm. 163).

Como enfermo que busca al médico

52. Ved, hermanos, cómo se busca un médico para la salud corporal; cómo, si alguien enferma hasta perder la esperanza, pierde la vergüenza y no siente reparos en arrojarse a los pies de un médico muy experto y lavar con las lágrimas sus huellas. Y si le dijera el médico: "No puedo sanarte más que cortando, cauterizando y sajando", ¿qué le contestará? Su respuesta será: "Haz lo que quieras; lo único que te pido es que me sanes". ¡Con qué ardor desea la salud pasajera de unos pocos días, hasta el punto de que por ella acepta ser vedado, sajado, y cauterizado privarse de comer lo que le agrada y de beber lo que le gusta! Se sufre todo esto para poder alargar la vida un poco y morir algo más tarde, ¡y no se quiere sufrir para conseguir la vida eterna y no morir jamás!

Si te dijera Dios, que es el médico celeste que cuida de nosotros: "¿Quieres sanar?", ¿qué le dirías tú sino: "Quiero"? Pero quizá no se lo dices porque te crees sano. He aquí la peor enfermedad.

Imagínate ahora dos enfermos: uno que con lágrimas pide el médico y otro que en su enfermedad, perdida la mente, se ría de él. El médico, a la vez que da esperanza a quien llora, llora por el que se ríe. ¿Por qué, sino porque su enfermedad es tanto más peligrosa cuanto que se considera sano? (Serm. 80).

Solamente la oración nos puede salvar

53. Cuando (el pecador) clama desde el abismo (del pecado), se eleva del abismo, y el mismo clamor (de la oración) no le permite permanecer por mucho tiempo en él. En un abismo

profundísimo se hallan (los pecadores) como dice la Escritura: *El pecador, cuando ha llegado al profundo de los males, desprecia, no hace caso.* Ved, hermanos, qué abismo sea aquel en que se desprecia a Dios... Pero nuestro Señor Jesucristo, que no despreció nuestros (males) profundos, que se dignó venir hasta esta vida de la tierra, prometiendo la remisión de todos los pecados, también excitó al hombre desde el profundo para que clamase desde allí bajo la mole de sus pecados y llegara su voz hasta Dios. Y ¿de dónde había de salir la voz del (pecador) que clama sino del profundo de los males? (Jn Sal. 129, 8).

III. DE LA CONFIANZA EN LA ORACION

Sostienen los Santos Padres y Doctores de la Iglesia, que así como el mérito de la oración está en la caridad; sin embargo, su maravillosa eficacia está en la fe y en la confianza.

Estas son las maravillosas promesas del Señor: "Pedid y recibiréis; buscad y hallaréis; llamad y se os abrirá. Porque todo el que pide, recibe; quien busca, halla; y a quien llama, se le abre" (Mt. 7, 7-8). Y concluye San Agustín: "Cierto que no nos invitaría tanto a que le pidamos, si no nos quisiera dar lo que le pedimos. Avergüéncese la pereza humana, que es mayor el deseo que tiene el Señor de darnos sus beneficios, que el que tenemos nosotros de recibirlos" (Serm. 29). Mayores ganas tiene El de darnos sus gracias, que nosotros de obtenerlas; más quiere El enriquecernos con sus dones y misericordias, que nosotros de vernos libres de nuestras miserias" (Serm. 105).

Ya dijo el Sabio: "Jamás ninguno confió en el Señor, que haya quedado confundido" (Ecli. 2, 11). Confianza que hacía exclamar al Santo Rey David: "En ti esperé, Señor mío, y nunca jamás me veré defraudado" (Sal. 30, 1).

Y repite el Señor: "En verdad, en verdad os digo, si algo pidiereis al Padre en mi nombre os lo dará" (Jn. 16, 23). Estas palabras que emplea: "En verdad, en verdad os digo", según San Agustín, son un verdadero juramento (In. Jn. Trac. 41, 3). Por lo cual San Pablo nos anima, diciendo: "Queriendo Dios mostrar más claramente la inmutabilidad de su consejo, interpuso juramento; para que a la vista de dos

cosas inmutables (promesa y juramento), en que no es posible que Dios mienta, tengamos este poderosísimo consuelo los que buscamos nuestro apoyo en asirnos en la esperanza que se nos ha propuesto" (Heb. 6, 17-18). Por lo cual, se pregunta San Agustín: "¿Quién puede temer ser engañado cuando el que promete es la misma verdad?" (Const. lib. 12 c. 1). Y el Santo vuelve a preguntar: ¿Es acaso Dios un vil engañador que se compromete a librarnos de los peligros si se lo pedimos, y luego si acudimos a El nos deja abandonados al haber puesto en El nuestracon-fianza? ¡Lejos de nosotros el pensar tal cosa de El! (De Erudit. Princ. lib. 2 c. 5).

54. Atendamos a lo que nos dice el buen Maestro, que enseña y da: *Pedir, y recibiréis buscad y encontraréis; llamad, y se os abrirá.* También poco después, dice: *Si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre, que está en los cielos, dará bienes a los que se los pidan? (Mt. 7, 7-11).* Con esto declara abiertamente que lo que había dicho: *Pedid, llamad y buscad,* pertenecía a la insistencia en el pedir, es decir, en el orar.

Otro evangelista nos dice: *dará cosas buenas a los que se las pidan,* las cuales pueden entenderse de muchas maneras, o corporales, o espirituales, sino que suprimió de allí lo nombrado en general y expresó con sumo cuidado y determinantemente lo que el Señor quiso que le pidiésemos con insistencia y con ardor, diciendo: *¡Cuánto más dará vuestro Padre celestial el Espíritu bueno a los que se lo piden! (Lc. 11, 13).* Este es aquel Espíritu por el que se difunde la caridad en nuestros corazones para que, amando a Dios y al prójimo, cumplamos los mandamientos divinos. Este es aquel Espíritu en el que clamamos: *¡Abba, Pater!,* y, por lo mismo, El nos hace pedir a quien deseamos recibir, El nos hace buscar al que deseamos encontrar, El nos hace llamar al que nos proponemos llegar (Enarraciones Sal. 131, 24).

Infalibilidad de la oración

55. La lectura del Santo Evangelio nos impulsa a orar y a creer y a no presumir de nosotros, sino del Señor. ¿Qué mejor

exhortación a la oración que la de la parábola del juez inicuo? Un juez inicuo, que ni temía a Dios ni respetaba al hombre, escuchó, sin embargo, a una viuda que le importunaba, vencido por el hastío, no movido por la piedad. Si pues, escuchó quien no soportaba que se le suplicase, ¿cuánto mejor escuchará quien nos exhorta que oremos?

Después de habernos persuadido el Señor de que *conviene orar siempre y no desfallecer*, añadió: *¿Creéis que cuando venga el Hijo del hombre hallará fe sobre la tierra?* Si flaquea la fe, la oración perece. ¿Quién hay que ore si no cree? Por esto, el bienaventurado Apóstol, exhortando a orar, decía: *Cualquiera que invocare el nombre del Señor, será salvo.* Y para mostrar que la fe es la fuente de la oración y que no puede fluir el río cuando se seca el manantial del agua, añadió: *¿Cómo van a invocar a Aquel en quien no creyeron?* Creamos, pues, para poder orar.

Y para que no decaiga la fe mediante la cual oramos, oremos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe. Para que la fe no decayese en medio de las tentaciones, dijo el Señor: *Vigilad y orad para que no entréis en tentación.*

¿Qué es entrar en tentación sino salirse de la fe? En tanto avanza la tentación en cuanto decae la fe, y en tanto desaparece la tentación en cuanto avanza la fe...

Y el Señor añadió: *Esta noche pidió Satanás ahecharos como trigo; mas yo he rogado por ti, para que tu fe no decaiga.* ¿Ruega quien defiende y no ruega quien se halla en peligro? *(Sm. 115).*

56. Hay en las palabras del ciego de nacimiento algo que inquieta bastante, y que hasta desespera a muchos si no son bien entendidas. Dijo: *"Nosotros sabemos que Dios no escucha a los pecadores"* ¡Pobres de nosotros si Dios no escuchara a los pecadores! Si Dios no atendiera a los pecadores, ¿cómo osaríamos enviarle nuestras súplicas? Donde quiera que hay uno que le ruegue, habrá uno al que Dios escuche.

Si los espirituales son oídos porque no son pecadores, ¿qué habrán de hacer los carnales? ¿Qué han de hacer? ¿Perecerán? ¿No deben rogar a Dios? ¡Ni pensarlo!

Ved al publicano que dijo: *"Sé propicio conmigo, que soy pecador"*, ¿dijo verdad o dijo mentira? Si verdad, luego era pecador, y fue oído y fue justificado. Entonces, tú, ciego, a quien el Salvador devolvió la vista, ¿por qué dijiste: *Sabemos que Dios desoye a los pecadores?* Ya estás viendo cómo los oye. Así, pues, lava tu rostro interior, hágase en tu corazón lo que se hizo en tu cara, y verás que Dios oye a los pecadores. Eso tuyo fue una corazonada engañosa; no estás aún bien curado.

Sucedió que le arrojaron de la Sinagoga; oyéndolo Jesús, le salió al encuentro y le dijo: —*¿Crees tú en el Hijo de Dios,* —*¿Quién es, Señor,* respondió el hombre, *para que yo crea en él?* —Veía y no veía; veía con los ojos pero aún no veía con el corazón. El Señor le dijo: *"Le estás viendo,* entiéndase con los ojos; *el que habla contigo, ése es". Entonces, postrándose, le adoró.* Acababa de lavarle el rostro del alma.

Aplicaos, pues, ¡oh, pecadores!, a la oración; confesad vuestros pecados; pedidle a Dios que se os borren; pedidle que vayan a menos; pedidle que mengüen según avanzáis vosotros; pero, ante todo, no perdáis la esperanza, aunque seáis pecadores.

¿Quién no pecó? Empezad por los sacerdotes. A los sacerdotes se dijo: *Ofreced primero sacrificios por vuestros pecados, y luego por el pueblo.* Estos sacrificios argüían contra los sacerdotes, porque, aunque dijese alguno de ellos: "Yo soy justo, yo no tengo pecados", se le podría responder: "Déjate de palabras; lo que ofreces habla por ti: la víctima que tienes entre las manos denuncia lo que tú eres. ¿A qué ofreces sacrificios por los pecados si no tienes pecados? ¿Pretendes mentir a Dios?"

Quizá alguno dirá: "Los de la ley antigua sí eran pecadores, pero los de la nueva no". Hermanos, por haberlo Dios querido así, yo soy sacerdote, y con vosotros me hiero el pecho, con vosotros pido perdón, y con vosotros usará Dios conmigo de misericordia.

Hasta, incluso, los Apóstoles..., y no han de llevarlo a mal que lo digamos, pues ellos mismos lo confiesan, y por eso el Señor les ordenó decir: *Perdónanos nuestras deudas, así como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden.* ¿Qué dicen los Apóstoles? Todos los días piden que les perdonen sus deudas. Entran

deudores en la oración, salen absueltos, y vuelven de nuevo a la oración con deudas. Esta vida, pues, no está exenta de pecados, ya que se demanda perdón tantas veces como se ora.

Hasta los Apóstoles tenían pecados: *Si dijéramos no tener pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros. Pero, si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos nuestros pecados y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 8-9).* Por consiguiente, orad *(Serm. 135).*

57. Si Dios no oyera a los pecadores, ¿habría esperanza para nosotros? Si Dios no los escucha, ¿para qué oramos y nos damos golpes de pecho en testimonio de nuestros pecados? Pecador era ciertamente el publicano..., el que confesaba sus pecados y salió justificado del templo... No hay que dudarlo: Dios oye a los pecadores *(Serm. 136).*

Debemos orar con absoluta confianza y seguridad

58. La esperanza que nos ha dado y nos da aquel que no engaña cuando promete, es muy grande, pues dijo: *Todo aquel que pide, recibe; y el que busca, halla; y al que llama, se le abrirá.* Por consiguiente, hace falta la perseverancia para obtener lo que pedimos, encontrar lo que buscamos y hacer que nos abran cuando llamemos... Por eso dijo: *¿Hay por ventura alguno entre vosotros, que si un hijo le pide pan, le dé una piedra? ¿O que si le pide un pez, le dé una culebra? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar cosas buenas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará cosas buenas a los que se las pidan?...* En consecuencia, ¿con cuánta confianza debemos esperar que Dios otorgará los bienes que le pedimos, pues no puede engañarnos dándonos una cosa por otra, puesto que hasta nosotros, que somos malos, sabemos dar aquello que se nos pide? Pues ni nosotros engañamos a nuestros hijos... *(Serm. in Monte L. 2 c. 21).*

59. Tal nos dice que era su oración quien cantaba este salmo, diciendo: *Clamé con todo mi corazón; óyeme, Señor.* Y declarando para qué aprovechaba su clamor, añade: *buscaré tus justifi-*

caciones. Clamó a Dios con todo su corazón y deseó que le oyese en la búsqueda de sus justificaciones. Por tanto, se ora para buscar e indagar lo que se nos manda hacer. ¡Cuán distante está todavía el que busca! No es forzoso que el que busca encuentre, o el que encuentra que obre, aunque no se puede obrar sin hallar, ni hallar sin buscar. Pero el Señor dio gran esperanza, diciendo: *Buscad y encontraréis (In Sal. 118 c. 29).*

Dios se anticipa a nuestra oración

60. A veces se halla uno en medio de una tribulación o tentación y piensa orar; y reflexiona lo que va a decir a Dios, como hijo que por serlo solicita la misericordia del padre. Piensa en su corazón: "Diré a mi Dios esto y aquello, y creo que me escuchará y no cierre sus oídos". Pues, mientras piensa esto, ya le está oyendo, porque el mismo pensamiento no se oculta a los ojos de Dios. Cuando él se disponía a orar, estaba ya presente quien iba a escuchar su oración. Por eso se dice en el Salmo: *Dije* (en mi interior): *declararé al Señor mi delito.* Ved su propósito. Y al momento añadió: *Y tú perdonaste la impiedad de mi corazón...* Aún estaba disponiéndose a decir: *Me levantaré, iré y le diré,* y éste, conociendo su pensamiento, le sale al encuentro (Lc. 15, 18) (*Serm.* 112 A).

"No se niega el premio, pero se ejercita el deseo"

61. Ciertamente que muchas de las cosas que pedimos, aun cuando las pidamos en su nombre, es decir, en nombre del Salvador y según las normas de su magisterio, no las hace cuando las pedimos, pero las hace. Porque ni siquiera cuando pedimos que venga el reino de Dios lo hace en seguida, llevándonos a reinar con El en la eternidad: no nos niega lo que pedimos, sino que nos lo aplaza. Esto, no obstante, como buenos sembradores, no desfallezcamos en la oración, y a su debido tiempo haremos la cosecha. Y pidamos también, cuando pedimos con las debidas disposiciones, que no haga lo que no pedimos bien, pues a esto se refiere lo que pedimos en aquellas palabras de la oración

dominical: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt. 6, 13). Porque no deja de ser grave tentación una petición que va en contra de tu salvación (in Ioan 73, 4).

62. ¿No veis repetirse esto cada día en la vida humana como dura e inexorable misericordia? ¡Cuántas cosas inconvenientes piden los enfermos a los médicos y cuántas les niegan los médicos por misericordia! Se las niegan por misericordia, pues el concedérselas es señal de crueldad. Esto lo sabe el médico; ¿puede ignorarlo Dios? Sabe tratarte así quien fue creado contigo, ¿y no sabe trataros a vosotros quien os creó a ambos! Amadísimos, en todas, absolutamente en todas las tribulaciones, en todos los temores, en todos los gozos, rogad a Dios que en las cosas temporales os conceda lo que El sabe que os conviene. En cuanto a las cosas eternas, como *santificado sea tu nombre, venga tu reino, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo* (Mt 6, 9-10), y cosas semejantes, pedidlas tranquilos, pues no pueden ser perjudiciales. Elegid, amad, recoged, pues El abre su mano y llena de bendiciones a toda alma. Y *cuando se los das los recogen* (Ps 144, 16), dijo. Que nadie dude de los bienes superiores; aunque se difieran, se darán; no se niega el premio, pero se ejercita el deseo. Deseémoslo por largo tiempo, puesto que es algo grande lo que hemos de recibir. Tengamos sed de ello por mucho tiempo, pues beberemos de la fuente de la vida (*sermo Morin* 15, 8).

63. El mismo que sabe lo que da y a quién lo da, oirá al que pide y abrirá al que llama. Y si, por ventura, no se lo concediese, nadie se crea abandonado. Porque a veces difiere sus dones, pero no deja a nadie en su ansiedad (*in Ioan* 87, 14).

64. Por eso, cuando pidas la vida eterna, cuando digas *venga a nosotros tu reino* (Mt 6, 10), en que vivas seguro, en que vivas siempre, en que nunca lamentes al amigo ni temas al enemigo; cuando eso pides, llora, derrama sangre interior, inmola a tu Dios tu corazón... ¡Oh, deseo! ¿Qué hombre osaría desear si Dios no se hubiese dignado prometer? Ora: gran cosa es la que oras, pero mayor es quien prometió. Difícil es lo

que prometió, a saber, que el hombre sea ángel; nada hay más difícil, pero todo es posible para Dios (*Serm Morin* 16, 7).

65. Luego digamos: *Confié en el Señor* (Ps 39, 2). Confié, no en cualquier hombre prometedor, el cual hubiera podido engañar y ser engañado; no en cualquier hombre consolador, que puede consumirse por su tristeza antes de reanimarme. ¿Me consolará el hermano hombre que está triste como yo? Gemimos a una, lloramos a un tiempo, oramos juntos, mutuamente nos sostenemos. ¿A quién, pues, recurriremos si no es al Señor, que no anula las promesas, sino que las difiere? Sin duda las mostrará; las mostrará, porque ya manifestó muchas cosas, y en modo alguno debemos recelar de la veracidad de Dios, aunque todavía no hubiera manifestado nada. Creámoslo así; prometió muchas cosas, pero aún no ha dado nada. Es capaz prometedor y fiel dador; tú sé únicamente piadoso cobrador, y aunque pequeño, aunque débil, exige misericordia (*in Ps* 39, 2).

66. Si a veces tarda en dar, encarece sus dones, no los niega. La consecución de algo largamente esperado es más dulce; lo que se nos da de inmediato se envilece. Pide, busca, insiste. Pidiendo y buscando obtienes el crecimiento necesario para recibir el don. Dios te reserva lo que no te quiere dar de inmediato para que aprendas a desear vivamente las cosas grandes. Por tanto, *conviene orar siempre y no desfallecer* (*Serm.* 61, 5, 6).

67. *El Señor me oirá cuando le invocare.* Creo que aquí se nos amonesta a que imploremos el auxilio de Dios con gran fervor, es decir, con interno y espiritual amor; porque así como debemos congratularnos por la iluminación en esta vida, así debemos orar para conseguir el descanso después de ella. Por tanto, ya se hable del fiel que evangeliza, o ya del mismo Señor, de tal modo ha de entenderse como si dijera: El Señor os oirá cuando le invoquéis *(Jn Sal. 4).*

Dios atiende siempre nuestras oraciones aunque no nos dé lo que le pedimos. El sabe lo que nos conviene y nos trata como

el médico bueno y sabio, que no le da al enfermo sino lo que le hace bien; como Padre amoroso que nunca dará a su hijo lo que pueda hacerle daño aunque se lo pida llorando.

68. Muchas cosas nos concedes cuando oramos; mas cuanto bueno hemos recibido antes de que orásemos, de ti lo recibimos, y el que después lo hayamos conocido, de ti lo recibimos también (*Conf* X, 31, 45).

69. Pero no penséis y valoréis como algo grandioso el que uno sea escuchado cuando ora. Pregunta qué pide y qué petición le ha sido escuchada. No tengáis por cosa grande el ser escuchados en vuestra voluntad; considerad grande, en verdad, el ser escuchados en lo que es provechoso. También los demonios fueron escuchados en lo que querían... No consideréis, pues, como algo grande el que sea escuchada vuestra voluntad. Dios, a veces, te da airado lo que le pides, y otras veces, teniéndole propicio, te lo niega. Si le pedís lo que Dios alaba, lo que Dios manda, lo que Dios promete para el mundo futuro, pedidlo confiados y aplicaos cuanto podáis a la oración para conseguirlo. Tales cosas las concede Dios cuando le tenemos propicio; las concede no por ira, sino por misericordia. Cuando, en cambio, pedís cosas temporales, pedidlas con mesura y con temor; pedidle que os las dé si os conviene, y, si sabe que os dañan, que os las niegue. Qué daña y qué es provechoso, lo sabe el médico, no el enfermo (*Serm* 354, 7).

70. Muchos claman en la tribulación y no son oídos, pero en atención a la salud, no a su demencia..., a fin de que entienda el hombre que Dios es médico y la tribulación medicina para la salud, no castigo para perdición. Sometido a tratamiento, eres quemado, sajado, y gritas; pero el médico no atiende al deseo, sino a la salud (*in Ps* 21, s. 2, 4).

71. Mas distingamos los distintos modos que Dios tiene de escuchar. Vemos que unos fueron escuchados no según los deseos de su voluntad, pero sí en orden a la salvación; vemos, en

cambio, que otros fueron escuchados conforme a los deseos de su voluntad, mas no en orden a su salvación. Distinguid bien esto; grabad en vuestra memoria el ejemplo de aquel que no fue oído en cuanto al querer, pero sí respecto a su salvación. Oye al apóstol Pablo, porque Dios le manifestó que había sido escuchado en cuanto a la salud: *Te basta mi gracia,* le dice, *porque la fortaleza se prueba en la flaqueza* (2 Cor 12, 9). Pediste, clamaste, tres veces clamaste; lo que pediste una vez, lo oí, no aparté mis oídos de ti; conocí qué debía hacer. Tú quieres quitar la medicina con que eres cauterizado, yo conocí la enfermedad que padecías. Luego éste fue escuchado atendiendo a su salud, no a su voluntad; no fue escuchado según los deseos de su voluntad (*in Ep Ioan ad Parthos* 6, 7).

72. No digas: no me dio esto o aquello. Entra en tu conciencia; sondea, interroga, no la perdones. Si verdaderamente invocaste a Dios, estate seguro que quizá no te dio lo temporal que querías porque no te había de aprovechar. Hermanos, se cimente vuestro corazón, el corazón fiel, el corazón cristiano, en esto. No os entristezcáis indignándoos contra Dios como si hubierais sido defraudados en vuestros deseos; pues no conviene dar coces contra el aguijón. Compulsad la Escritura. El diablo es oído, y no el Apóstol. ¿Que os parece?... ¿Cómo fue oído el diablo, Pidió tentar a Job, y obtuvo el permiso. ¿Cómo no fue escuchado el Apóstol? *Para que no me ensorberbeciese,* dice, *con la sublimidad de las revelaciones, se me dio el aguijón de mi carne, ángel de Satanás, que me afofetee; por lo cual tres veces rogué al Señor para que lo apartase de mí, y me dijo: te basta mi gracia, porque la virtud se perfecciona en la flaqueza* (2 Cor 12, 7-9). Oyó al que se disponía a condenarle, y no oyó al que quería sanarle. También el enfermo pide muchas cosas al médico, lo que el médico no le concede. No le oye en cuanto a su querer para oírle en atención a la salud.

Luego constituye a Dios por tu médico, y pídele la salud, y El será tu salud: no como si El fuese ajeno a la salud, siendo El mismo la salud. Por otra parte, no ames otra salud fuera de a El mismo, al estilo como se consigna en el salmo: *Di a mi alma:*

Yo soy tu salud (Ps 34, 3). Por lo demás, ¿a ti que te importa lo que acontezca, qué te importa lo que te diga para entregársete? ¿Quiéres que se te entrege? ¿Y si lo que quieres tener, no quiere El que lo tengas con el fin de entregársete El mismo? El aparta los obstáculos para entrar en ti... ¿A quién prometió Dios algo y le engañó? (*in Ps* 85, 9).

73. ¿Pediste y no se te concedió lo que solicitabas? Cree que si te hubiese convenido te lo hubiera dado el Padre, ponte tú como ejemplo: Si tu hijo se pasa el día llorando para que le des el cuchillo, esto es, la espada; te niegas a dársela y no se la das aunque llore, para no tener que llorarlo al verlo morir. Aunque llore, aunque se aflija y aunque se golpee para que lo subas al caballo, tú no lo subes, porque no puede dominarlo y echándolo al suelo puede matarlo. A quien le niegas una parte, le reservas la totalidad. Y para que crezca y para que luego lo posea todo sin peligro, le niegas esa cosa pequeña peligrosa.

Por tanto, hermanos, os decimos que oréis cuanto podáis. Abundan los males, y Dios lo quiso así. ¡Ojalá no abundaran los malos y no abundarían los males! Dicen los hombres: “Malos tiempos, tiempos fatigosos”. Vivamos bien y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros; tal cual seamos nosotros, así serán los tiempos.

Pero, ¿qué hacemos? ¿No podemos convertir a una vida recta a la muchedumbre de los hombres? Vivan bien los pocos que me oyen; los pocos que viven bien soporten a los muchos que viven mal...

¿Por qué nos entristecemos y encausamos a Dios? Si en este mundo abundan los males es para que no lo amemos. Grandes varones, fieles santos despreciaron un mundo hermoso, y nosotros, ¿no seremos capaces de despreciarlo ni aun siendo feo? ¡El mundo es malo y se le ama como si fuera bueno!... El mundo es malo por que lo constituyen los hombres malos; y puesto que no podemos carecer de hombres malos, gimamos a nuestro Dios mientras vivimos y soportemos los males hasta llegar a los bienes. Nada reprochemos al Padre de familia, pues es cariñoso. El es quien nos soporta, no nosotros a El. Sabe cómo gobernar lo

que hizo. Hagamos lo que mandó, y esperemos los que prometió (*Serm.* 80).

74. ¿Pensáis, hermanos, que no sabe Dios lo que os es necesario? Lo sabe, y hasta se adelanta a nuestros deseos. El que conoce nuestra pobreza. Por eso, al enseñar la oración y exhortar a sus discípulos a que en ella no hablen demasiado, les dijo: *No empleéis muchas palabras, pues sabe vuestro Padre celestial lo que os es necesario antes de que se lo pidáis* (Mt. 6, 7)... Pues si sabe nuestro Padre lo que necesitamos, ¿para qué las palabras, aunque sean pocas? ¿Qué motivo hay para orar, si ya sabe lo que necesitamos?

Dice alguien: "no me pidas más; sé lo que necesitas". Pues si lo sabes, Señor, ¿para qué pedir? No quieres que mi súplica sea larga; más aún, quieres que sea mínima. ¿Y cómo combinarlo con aquello que dice en otro lugar: *Pedid y se os dará..., buscad y hallaréis..., llamad y se os abrirá?* Considera, pues, lo que añadió. Quiso que pidieras para recibir; que buscaras para hallar y que llamaras para entrar. Por tanto, si nuestro Padre sabe lo que necesitamos, ¿para qué pedir? ¿Para qué buscar? ¿Para qué llamar? ¿Para qué fatigarnos en pedir, buscar y llamar para instruir a quien ya sabe?

Son también palabras del Señor, dichas en otro lugar: *Conviene orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1).* Si conviene orar siempre, ¿cómo dice: *No habléis mucho?* ¿Cómo voy a orar *siempre,* si me callo luego? Por una parte me mandas que acabe pronto, y por otra me ordenas que *ore siempre sin desfallecer.* ¿Qué es esto? Pide, busca, llama también para entender esto.

Por tanto, hermanos, debemos exhortarnos mutuamente a la oración, tanto yo como vosotros. En medio de la multitud de los males del mundo actual no nos queda otra esperanza que llamar en la misma oración, creyendo y manteniendo fijo en el corazón que lo que tu Padre no te da es porque no te conviene. Tú sabes lo que deseas; El sabe lo que te es provechoso (Serm. 80, 2).

75. Pero puede preguntarse... ¿Qué necesidad tenemos de orar si Dios sabe lo que necesitamos? Respondemos que la

misma oración serena y purifica nuestro corazón y le hace más apto para recibir los dones divinos... En efecto: no ambiciona Dios súplicas para oírnos, y El está siempre pronto a darnos su luz espiritual, pero nosotros no estamos siempre dispuestos a recibirla, porque nos aficionamos a otras cosas y nos oscurecemos con la codicia de las cosas temporales. En consecuencia, en la oración se verifica la conversión de nuestro corazón a Dios, que está siempre dispuesto a darnos, si nosotros estamos dispuestos para recibir sus dones (Sm. del Monte. L. 2 c. 3).

IV. EN NOMBRE DE CRISTO

76. Nos dijo el Señor: *"En verdad, en verdad os digo, que cuanto pidáis al Padre, os lo dará en mi nombre. Hasta ahora nada le habéis pedido en mi nombre: pedidle y recibiréis, para que vuestro gozo sea completo" (Jn. 16, 23-24).* ¿Y cómo se llama el que hizo tan grande promesa? Cristo Jesús. Cristo significa Rey; Jesús significa salvador. No nos salva un rey cualquiera, sino el Rey Salvador. Y, por ende, cuando pedimos algo inútil o contrario a la salvación no lo pedimos en nombre del Salvador. El es, no obstante, Salvador cuando hace lo que pedimos como cuando deja de hacerlo, porque cuando ve que se pide algo contrario a la salvación, cumple mejor con el oficio de Salvador no concediéndolo. Pues bien conoce el médico lo que el enfermo pide a favor o en contra de su salud, y así deja de atender a la voluntad del que pide cosas nocivas, para atender a su salud. Y así, cuando queremos que nos conceda lo que pedimos, no lo pidamos de cualquier manera; pidámoslo en su nombre, en nombre del Salvador.

No pidamos nada contra nuestra salvación, porque, si lo concede, no obra como Salvador, que éste es su nombre para sus fieles. El que para los fieles se dignó ser el Salvador, es también el que condena al pecador. Concederá a los que creen en El todo cuanto le pidan por ese nombre, que salva a los que en El tienen puesta su fe, porque entonces obra como Salvador. Pero, si un creyente pide, por ignorancia, algo en contra de su salvación, no

lo pide en nombre del Salvador, que dejará de ser su Salvador si le concediere lo que le impide salvarse. Es mejor que entonces haga lo que su nombre significa, dejando de hacer aquello que se solicita. Por este motivo, no sólo como Salvador, sino también como Maestro bueno, y obligándose a hacer cuanto le pidiéremos en la misma oración que El nos enseñó, nos señaló las cosas que le debemos pedir, a fin de que entendamos que no pedimos en nombre del Maestro cuanto pedimos traspasando las normas de su magisterio (*in Ioan* 73, 3).

77. Puesto que no es justa la oración a no ser que se haga por medio de Jesucristo..., la oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado (*in Ps* 108, 9).

78. El es el camino por donde vamos y en el cual nos colocó para que vayamos. En todas las cosas nos previene con su misericordia. *Y vuestro fruto permanezca, para que el Padre os conceda cuanto pidiereis en mi nombre* (*Ioan* 15, 16). Permanezca la caridad, que éste es el fruto nuestro. Este amor está ahora en el deseo, pero no está en su plenitud. Pero, por este deseo, cuanto pidiéremos en nombre del Hijo unigénito nos lo concederá el Padre. Y no pensemos que pedimos en nombre del Salvador aquello cuya recepción no conviene a nuestra salvación. Sólo se pide en nombre del Salvador lo que conduce a la salvación (*in Ioan* 86, 3).

Cristo ruega en y por nosotros al Padre

79. Del mismo Señor está escrito que pernoctaba en oración y que oró prolijamente. ¿No será darnos ejemplo, orando con oportunidad en el tiempo, aunque con el Padre oye en la eternidad? (*ep* 130, 10, 19).

80. Oyes orar al Maestro; aprende a orar. Oró para enseñarnos a orar, padeció para enseñarnos a padecer, resucitó para enseñarnos a esperar en la resurrección (*in Ps* 56, 5).

81. Cristo el Señor, que nos oye juntamente con el Padre, se dignó orar por nosotros al Padre. ¿Hay cosa más segura que nuestra felicidad, si ora por nosotros quien concede lo que pide? Cristo es, en efecto, hombre y Dios; ora en cuanto hombre, y en cuanto Dios otorga lo que pide. Habéis de tener claro que atribuye todo al Padre, porque no es el Padre quien procede de El, sino El del Padre. Todo lo asigna a la fuente de que deriva. Pero también El es fuente nacida del Padre; El es la fuente de la vida. Así, pues, el Padre fuente engendró una fuente. La fuente engendró otra fuente, pero la fuente que engendra y la engendrada son una única fuente; del mismo modo que son un único Dios el Dios que engendra y el engendrado (*serm* 217, 1).

82. Ningún otro don mayor hubiera podido hacer Dios a los hombres que darles como Cabeza a su Verbo, por quien hizo todas las cosas, y adaptarlos a El como miembros, de modo que fuese Hijo de Dios e Hijo del hombre; un Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto, cuando hablamos a Dios con nuestra oración, no separemos de allí al Hijo; y cuando ora el Cuerpo del Hijo, no separe de sí a su Cabeza; y sea el mismo Salvador único de su Cuerpo, Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de Dios, el que ore por nosotros, y ore en nosotros, y sea rogado por nosotros. Ruega por nosotros como Sacerdote nuestro, ruega en nosotros como Cabeza nuestra, es rogado por nosotros como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, en El nuestras voces y sus voces en nosotros... Se le pide en forma de Dios, y El ora en forma de siervo: allí como Creador, aquí como creado, tomando sin ser cambiado a la criatura que ha de ser cambiada, y haciéndonos consigo un solo hombre, Cabeza y Cuerpo. Luego oramos a El, por El y en El; y hablamos con El, y habla El con nosotros (*in Ps* 85, 1).

La oración del "Cristo total"

83. El Cristo total es Cabeza y Cuerpo, lo que no dudo que vosotros ya sabéis; la Cabeza es nuestro Salvador, que padeció debajo del poder de Poncio Pilato y que ahora, después de

resucitar de entre los muertos está sentado a la diestra de Dios Padre; su Cuerpo es la Iglesia, no ésta o aquélla, sino la difundida por el orbe; ni tampoco sólo la que ahora se halla en los hombres de esta vida, sino aquélla a la cual pertenecen asimismo quienes vivieron antes que nosotros y los que después de nosotros vivirán hasta el fin del mundo. Esta Iglesia, que consta de todos los fieles, porque todos ellos son miembros de Cristo, tiene la Cabeza colocada en el cielo, la cual gobierna a su Cuerpo, el cual, aunque esté separdo por la visión, está unido por la caridad.

Como el Cristo total es Cabeza y Cuerpo, por eso en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del Cuerpo. Pues no quiso hablar separadamente el que no quiso separarse, conforme lo atestigua: *Ved que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt 28, 20). Si está con nosotros, habla con nosotros, de nosotros y por nosotros; como también nosotros hablamos en El, y por eso hablamos verdad, porque hablamos en El. Si quisiéramos hablar en nosotros y de nosotros, seríamos mentirosos (*in Ps* 56, 1).

84. Desde que el Cuerpo de Cristo gime en las angustias hasta el fin del mundo, en el cual dejarán de existir estas torturas, gime el hombre y clama a Dios; y cada uno de nosotros clama proporcionalmente en todo este Cuerpo. Tú clamaste en tus días, los cuales ya pasaron; te sucede otro y también clama en sus propios días; tú en los tuyos, éste en los suyos, y aquél en los de él. El Cuerpo de Cristo clama en todo tiempo, ya en los miembros que van pasando como en los que vienen sucediendo. Un solo hombre se extiende hasta el fin del mundo; pues claman los mismos miembros de Cristo: algunos ya descansan en El; otros claman actualmente, y otros clamarán cuando nosotros hayamos muerto; y después de ellos seguirán otros clamando. Aquí atiende el salmista a la voz de todo el Cuerpo de Cristo que dice: *Clamé a ti todo el día* (Ps 85, 3). Nuestra Cabeza, estando ya a la derecha del Padre, intercede por nosotros; recibe a unos miembros, a otros los castiga, a otros los purifica, a otros los consuela, a otros los forma, a

otros los llama, a otros los restituye, a otros los corrige, y por fin, a otros los restablece (*in Ps* 85, 5).

Citas de San Agustín por varios autores

1. Tenemos en la oración un arma universal, y la más apropiada a todas nuestras necesidades; constituye para cada uno un tesoro que no disminuye jamás; riquezas que no se agotan nunca, un puerto donde se está en seguridad, un lugar de reposo y calma. Ella es el principio, la madre, el origen y la raíz de todos los bienes (Cit. por Sinler).

2. En cuanto el espíritu de oración entra en un alma, todas las virtudes entran en ella al mismo tiempo (Ibíd.)

3. La oración es el alimento del alma, porque así como sin el alimento material no se puede conservar la vida del cuerpo, del mismo modo sin oración no se puede conservar la vida de la gracia (De Sal. Doc. c. 28).

4. El que bien ora, bien vive (Sm. 90 Qualin ejus).

5. La oración es la fuerza del hombre y la debilidad de Dios (Citado por el P. Heredia).

6. Judit con su oración salva a la ciudad, en tanto que todo un ejército sin oración no puede salvar a su jefe. La oración es la más poderosa de todas las armas (Sm. 5 de Verbis Domini. c. 5).

7. El que clama a Dios desde lo profundo de su miseria, ya no está en lo profundo, sino que ha empezado a levantarse. Los que están en lo profundo del abismo son los que no conocen que están en él (Sal. 38).

SAN PAULINO DE NOLA (m. 431)

Por consejo de San Jerónimo vendió sus cuantiosas riquezas y las dio a los pobres. Fue ordenado sacerdote en la catedral de Barcelona,

luego fue a Milán donde estuvo a las órdenes de San Ambrosio, y después se fue a Nola donde hizo vida de monje hasta que murió el obispo y fue elegido él obispo de Nola.

Más tarde fue a Africa a rescatar al hijo de una viuda que Ataulfo tenía prisionero, y al no tener el dinero que se le pedía se hubo de canjear por el esclavo. Conmovido el rey Ataulfo de la virtud del prisionero, le preguntó quién era, y al enterarse que era el Obispo de Nola, le concede la libertad junto con todos los demás esclavos (PL 61).

1. Es preciso pedir a Dios que destruya en nosotros todo cuanto proviene de nosotros mismos para edificar solamente con lo que proviene de Dios (Epist. 24 ad Sev.).

2. Pidamos a Dios que nos haga conocer nuestro fin, para que veamos lo que nos falta, y que nos haga cumplir lo bueno que no hemos ejecutado, para que no estemos siempre pasando días inútiles, o toda la vida tejiendo telas de araña, ocupados continuamente en obras vacías de todo bien (Epíst. 36 ad Amand.)

3. Nada temáis ni dudéis, y en nada os detengáis (con la oración); haced fuerza al mismo Dios y arrebatadle el Reino de los cielos. Porque aquel Señor que nos prohíbe tocar los bienes del otro, gusta de que le robemos los suyos; al mismo tiempo que condena la rapiña de la avaricia, alaba y aprueba al santo robo que su ley nos manda hacer (Epíst. 34).

4. No debe ocuparos tanto el tiempo de vuestra casa que os quite el tiempo de pensar en vosotros mismos. Elegid algún lugar a propósito para recogeros, distante del ruido de la familia. Para estar así retirados de las distracciones domésticas, como en un puerto favorable, que por su tranquilidad pueda calmar en vuestras almas la tempestad de las olas del siglo. Aplicaos con

tanto cuidado a la lectura de las Santas Escrituras; mezclad con tanta frecuencia esta devota lectura con la elevación a Dios (por medio de la oración), ocupando vuestro espíritu con tan viva meditación de las cosas del siglo venidero, que este ejercicio saludable os pueda recompensar con ventajas por el tiempo que habéis empleado en las cosas de vuestra casa (Epíst. al Celantian in Appnd.).

SAN CELESTINO I, PAPA (m. 432)

San Celestino I, Papa, nació en Campinia a fines del siglo IV, y ocupó la Silla de San Pedro desde el año 422 al 432. Durante su pontificado tuvo lugar la rebelión de Nestorio, que negaba la unión hipostática de las dos naturalezas en Cristo. San Celestino reunió un sínodo en Roma y ordenó la celebración del concilio de Efeso: donde fue condenada la herejía y proclamada la maternidad divina de la Virgen María como Madre de Dios (PL 50).

1. Dios obra de tal manera en nuestros corazones y en nuestro libre albedrío, que todo buen pensamiento, piadoso consejo, y todo movimiento bueno de nuestra voluntad, todo es de Dios. Por El podemos todo lo bueno que podemos, y sin El nada podemos hacer. Y pues no habiendo tiempo alguno en que no tengamos necesidad de este socorro divino para bien obrar, por eso en todas nuestras obras, pensamientos y movimientos, debemos hacer oración a este Señor que en todo es nuestro ayudador; porque es gran soberbia que el hombre presuma poder hacer alguna cosa de sí mismo, siendo verdad lo que dice el Apóstol (Ef. 6) que estamos en lucha y batalla, no contra carne y sangre, que sería contra otros hombres flacos como nosotros, sino que nuestra guerra es contra los príncipes y potestades de las tinieblas (Cif. P. Rodríguez).

2. ¿Existe acaso algún tiempo en que no necesitemos la ayuda de Dios? No existe. Luego en todo tiempo y lugar y en cualquier parte donde nos halláremos necesitamos acudir a El con la oración para pedirle su ayuda y favor; porque sería grandísima soberbia que el hombre flaco y miserable presuma poder hacer algo sin El (De Gratia Dei, 9).

SAN MARCOS EL ERMITAÑO (m. 432)

San Marcos Ermitaño fue discípulo de San Juan Crisóstomo y contemporáneo de San Nilo y San Isidoro Pelusio. Al parecer fue abad de un monasterio en Ancira de Galacia, pero en su ancianidad vivió como ermitaño en el desierto (PG 65).

1. Al tiempo que recuerdas a Dios, multiplica tu oración y suplica para que, si te sucediere olvidarte del Señor, El te haga recordarlo...

2. La buena conciencia se encuentra por la oración, y la oración pura por la conciencia. Ellas tienen una natural necesidad la una de la otra.

3. Las tribulaciones que llegan al hombre son la progenie de sus propias faltas. Soportémoslas con la oración y recuperemos el gozo del bien...

4. No hay oración perfecta sin invocación interior. El Señor satisface al alma que ora sin distracción...

5. El intelecto que ora sin distracciones, humilla el corazón, y *a un corazón contrito y humillado, Dios no lo desprecia* (Sal. 51, 19).

6. Aunque la oración lleva el nombre de virtud, ella es la madre de las virtudes, a las que engendra por su unión con Cristo...

7. El cumplimiento de los mandamientos está contenido íntegramente en la oración, pues no hay nada que sobrepase al amor de Dios.

8. Quien persevera en la oración sin distracciones, es evidente que tiene el amor de Dios. La negligencia en la oración y las distracciones, son prueba del amor o los placeres...

9. El recuerdo de Dios es un trabajo del corazón sobrellevado con la fe. Quien olvida a Dios se hace insensiblemente amigo de la pasión.

10. Si queréis recordar a Dios sin cesar, no rechaceis las pruebas considerándolas inmerecidas, en cambio, soportadlas como justas. El soportar los trabajos despierta y reanima el trabajo del corazón y, al mismo tiempo, produce olvido...

11. Lo correcto es practicar el mandamiento general sin preocuparnos por las particularidades, de esta forma pediremos únicamente el reino de Dios. Pues si nos preocupáramos por cada una de todas nuestras necesidades, nos veríamos obligados a orar por cada una de ellas; pues quien se preocupa por algo sin añadir a ello la oración, no está en el buen camino... (La Filocalia de la oración de Jesús).

12. Si quieres vencer las pasiones, recógete en ti mismo por medio de la oración, y con la ayuda de Dios desciende a las profundidades de tu corazón, y allí destruye a esos tres temibles enemigos: el olvido, la pereza y la ignorancia. Estos son los tres principales auxiliares de nuestros enemigos espirituales. Todas las otras pasiones, sostenidas por ellos, vuelven al corazón, actúan, viven y se fortifican en las almas que se dejan llevar o carecen de formación. Pero sí, por medio de una atención sostenida y perseverante, y con la ayuda de lo alto, encuentras a esos gigantes, que muchos no saben reconocer, los atraparás fácilmente con las armas de la justicia, que son el pensamiento de lo que es bueno, la prisa por llegar a la salvación y el conocimiento que proviene del cielo (y recibes a través de la oración).

13. Los ladrones no atacan de buen grado un lugar en el que ven que las armas del rey fueron preparadas para combatirlos. De la misma manera, aquel que se armó con la oración en su corazón, no podrá ser saqueado fácilmente por los ladrones espirituales (Sublimidad de la oración interior, pág. 115. Buenos Aires, 1989).

14. Nada puede traer tan poderosamente la ayuda de Dios, ni es tan a propósito para obtener su complacencia, como la oración (Textos de Espiritualidad Oriental. Patmos).

15. Si posees la fortaleza de la oración pura, no admitas en el mismo momento pensamientos de cosas que el enemigo te sugiera, con el fin de no perder lo más precioso. Es mejor asaltar al enemigo con las flechas de la oración antes de sostener conversación con él. El intenta congraciarse con nosotros para que no lo combatamos por medio de la oración (Ibíd).

SAN JUAN CASIANO (m. 435)

San Juan Casiano, abad de San Víctor (Marsella), nació por los años 360-370 en Escitia, de una familia cristiana y acomodada. Cursó brillantes estudios que completaría en Belén. Luego pasó al Bajo Egipto, donde visitó a los solitarios y se inició en su doctrina. Hacia el año 400 lo encontramos en Constantinopla con San Juan Crisóstomo que lo ordena de diácono. De regreso a Occidente fijó su residencia en Marsella donde se establece como sacerdote y funda dos monasterios, uno para hombres y otro para mujeres, cuyo objeto principal será integrar el monacato occidental y estilo de vida cenobítico del Bajo Egipto. Falleció hacia el 435 e inmediatamente fue venerado como santo tanto en el Oriente como en el Occidente.

El fin del monje y la más alta perfección del corazón tienden a establecerle en una continua e ininterrumpida atmósfera de oración. De esta suerte llega a poseer, en cuanto es posible a nuestra fragilidad humana, una tranquilidad inmóvil en la mente y una inviolable pureza de alma.

Constituye éste un bien tan preciado, que tratamos de procurárnoslo al precio de un trabajo físico incansable y a trueque de una continua contrición de espíritu.

Media una relación recíproca entre estas dos cosas que están inseparablemente unidas. Porque todo el edificio de las virtudes se levanta en orden a alcanzar la perfección de la oración. Y es que, si la oración no mantiene este edificio y sostiene todas sus partes conjugándolas y uniéndolas entre sí, no podrá ser éste firme y sólido, ni subsistir por mucho tiempo.

Sin las virtudes es imposible adquirir esa tranquilidad y continua oración a que se ordenan todos los ejercicios y aspiraciones del monje, y en que está la perfección de toda la vida religiosa. Y sin esta manera de oración, las virtudes que le sirven de fundamento no pueden alcanzar su perfección...

En definitiva, aquí *en la oración*, es a donde debe tender él con toda la fuerza de su ser, de tal forma que el apartarse de este bien soberano —aunque no sea más que un ápice— debe reputarlo como una auténtica muerte y como el peor de todos los males...

Estamos persuadidos que no llegará nunca a la oración perfecta quien no se aplique a ella con íntima tensión del corazón. Este es un hecho que atestigua la experiencia cotidiana; por tanto, el fin y la más alta perfección del monje radica en la perfecta oración. *(Conferencia IX del Abad Isaac).*

Si queréis que el pensamiento de Dios no se aparte de vosotros, debéis proponeros repetir continuamente: "Deus in adjutorium meum intende, Dómine ad adjuvandum me festina" —Ven, oh Dios, en mi ayuda: apresúrate, Señor, a socorrerme— (Sal. 69, 2).

No sin razón ha sido preferido este versículo entre todos los de la Escritura. Contiene en cifra todos los sentimientos que puede tener la naturaleza humana. Se adapta felizmente a todos

los estados y ayuda a mantenerse firme ante las tentaciones que nos asedian constantemente...

Este versículo es una muralla inexpugnable y protectora, una coraza impenetrable y un escudo firmísimo contra todos los embates del demonio. El que vive dominado por la acidia, la aflición de espíritu, la tristeza, o abrumado por algún pensamiento, encuentra en estas palabras un remedio saludable. Y es que nos muestra que aquel a quien invocamos es testigo ocular de nuestros combates, y no se aleja nunca de los que en El confían *(Conferencia X del Abad Isaac)*.

Por esta senda nuestra alma llegará a la pureza de la oración, que fue el blanco a que apuntábamos en nuestra conferencia anterior. Esta oración no es entorpecida por ninguna imagen, ni se sirve de frases y expresiones articuladas. Brota en un arranque de fuego que parte del corazón. Es un transporte inefable, una impetuosidad del espíritu, una alegría del alma que sobrepuja todo encarecimiento. Arrebatada de los sentidos y de todo lo visible, el alma se engolfa en Dios con gemidos y suspiros que el lenguaje no puede traducir (Ibíd).

SAN ISIDORO DE PELUSIO (m. 440)

San Isidoro de Pelusio es sin duda uno de los mejores escritores de cartas de la Iglesia griega. De origen alejandrino, retórico y filosófico, y después discípulo de San Juan Crisóstomo, se estableció en Pelusium y, desde su monasterio, ejerció sobre los hombres más notables de su tiempo grande y beneficiosa influencia (PG 78).

La oración auténtica no consiste en palabras vacías, sino en buenas acciones. Mira cómo David pide que se le juzgue por su inocencia, el piadoso Ezequías ofrece como oración a Dios su piedad y su vida religiosa y las viudas de Joppe argumentan en su súplica con las virtudes y acciones ilustres de la mujer difunta. Si tu oración es de este estilo, te comportarás rectamente ante

Dios, tu justicia brillará como una luz y tu juicio como el mediodía (Lib. I, Ep. 386: PG 78, 400).

La contemplación de la esencia divina es mejor que la multitud de sus ángeles y sus santos ejércitos (Lib. IV, Ep. 211: PG 78, 1305).

En la oración del Señor admiro la sublime sabiduría oculta en la brevedad de sus palabras. Si pronunciar sus palabras es fácil, no lo es tanto asumir su significado. Pues para recitarla bien es preciso no solo oír las palabras, sino cumplir las obras. (...) Solamente pueden llamar a Dios Padre los que admiran el nacimiento que ocurre en el bautismo divino y la nueva y extraordinaria ley de los hijos y solamente pueden recitar bien y con derecho esta oración los que muestran una índole natural de hijos. Podrán decir "santificado sea tu nombre" los que no cometen ningún crimen; y "venga tu Reino" los que huyen de todo aquello que produce placer, sometiéndose al demonio tirano; "hágase tu voluntad", los que se entregan a ella en sus obras; "danos hoy el pan de cada día" los que se apartan de los lujos y placeres; "perdona nuestras ofensas" los que perdonan también a los que les han ofendido; "no nos dejes caer en la tentación", los que no se tientan así mismos ni a otros; "líbranos del mal", los que mantienen una constante e irreconciliable guerra contra Satanás. Y finalmente podrán decir con verdad "porque tuyo es el Reino y el poder y la gloria" los que pronuncian las palabras del Señor y a la vez las acompañan con obras. Pues no vale tanto el conocimiento de la oración cuanto la vida y el comportamiento del que ora" (Lib. IV, Ep. 24: PG 78, 1076).

Conviene recitar los salmos con devoción y rezar con alma atenta y vigilante. Y no pedir las cosas que a nosotros nos parecen buenas, sino aquellas que Dios, que es el que da, considere útiles. Hemos de pedir a Dios lo que El tenga determinado para nuestro bien (Lib. III, Ep. 171: PG 78, 864).

La oración que el Señor enseñó a sus discípulos no tiene nada de terreno, sino todo cosas celestiales, dirigidas a la utilidad del alma. No enseña a pedir poder, riquezas, belleza, fuerza o cualquier otra cosa que enseguida se acaba. Pues es inútil

pedir aquellas cosas que El nos ha enseñado a desprendernos de ellas (Lib. II, Ep. 281: PG 78, 712).

"Alabad a Dios con tímpano y coro, con órganos y cuerdas", dice el salmista. No se refiere a que hay que cantar los salmos tañendo el bronce y con instrumentos aptos para dulcificar y pacificar los ánimos, sino haciendo que el tímpano sea nuestra carne, de tal forma que no tenga ningún movimiento de los afectos de la vida pasada, sino que en sus miembros terrenos esté muerta y apagada. El coro significa la armonía y concordia de la Iglesia. Las cuerdas, nuestros sentidos cuyas obras pulsa el plectro de la lengua. Y el órgano es cualquiera de nosotros, si nuestra vida y costumbres están en armonía con Dios y con los hombres". (Lib. I, Ep. 364: PG 78, 389).

"Alabad a Dios con el sonido de la trompeta", esto es con el recuerdo de la resurrección, que se realizará al son de trompeta, como atestigua la Escritura. "Alabadlo con el salterio y la cítara", esto es, con la lengua y la boca pulsadas por el plectro del Espíritu Santo. "Alabadlo con el tímpano y el coro", esto es, con el cuerpo y con el alma, que emiten como coros las oraciones a Dios. "Alabadlo con cuerdas y órgano", esto es, con el corazón y con todas nuestras entrañas y nervios, que son nuestros órganos. "Alabadlo con címbalos de júbilo", esto es, con los labios, con cuya ayuda se entonan las armoniosas melodías de los salmos" (Lib. I, Ep. 457: PG 78, 433).

La meditación de la Sagrada Escritura es viático de salvación que alimenta con luminosos ejemplos el amor de la virtud y la fortaleza de quienes la escuchan con diligencia. (Lib. II, Ep. 73: PG 78, 516).

SAN CIRILO DE ALEJANDRIA Dr. (m. 444)

San Cirilo de Alejandría es uno de los Santos Padres más célebres de la Iglesia Oriental antigua. Durante 32 años fue patriarca de Alejandría. Presidió el sagrado concilio de Efeso por delegación del Papa San Celestino,

refutando muy certeramente la herejía de Nestorio, patriarca de Constantinopla. Escribió varias obras dogmáticas, exegéticas y apologéticas muy importantes (PG 68-77).

1. El ayuno unido a la oración es el principal enemigo de las pasiones. La oración, como la unción con el óleo sagrado, nos trae la miseridordia de Dios, es remedio de la enferme ad e ilumina nuestro corazón *(Cramer, Catenae Graecorum .'atrum I, Oxford 1840, 340).*

2. Como la naturaleza del hombre es débil, y no tiene fuerzas suficientes para salir por sí misma de los vicios, el Señor le proporciona fuerzas a través de la oración. Un doble regalo nos ofrece el Señor por la oración: nos eleva con sus inspiraciones y nos presta ayudas, más poderosas que los males presentes (Migne, 68, 173).

3. Así, pues, si te duele alguna parte del cuerpo, y crees verdaderamente que las palabras "Señor de los ejércitos" u otras semejantes que la Divina Escritura atribuye a Dios, tienen fuerza para arrojar aquel mal, pronuncia estas palabras por ti mismo (Migne, 68, 472).

4. Acude con confianza a Dios, diciendo: "Abba, Padre", para poder cultivar con ahínco todas las virtudes y hacer frente con valentía invencible a las asechanzas del diablo y a las persecuciones de los hombres, como quienes cuentan con la fuerza poderosa del Espíritu (Ibíd).

"Salió al monte a orar" (Lc 6, 12)

5. Cristo realizaba todo para nuestra edificación y para utilidad de los creyentes en él; así, proponiendo su forma de actuar como modelo de comportamiento espiritual, quería mostrar cómo han de ser los verdaderos adoradores. Veamos, pues, en la conducta de Cristo como en imagen ejemplar de qué modo tenemos que dirigir nuestras súplicas a Dios. Es preciso orar en lo oculto y sin que nadie nos vea: esto significa el que Jesús subiera al monte solo y que orara retirado; es lo mismo que nos

enseñó cuando dijo: *"Cuando ores,entra en tu habitación"* (Mt 6, 6),pues hay que orar sin afán de aparentar y *"elevando las manos puras"* (1 Tim. 2, 8), de modo que el alma ascienda hasta la altura de la contemplación de Dios, apartándose de todo ruido y huyendo de las preocupaciones mundanas. Y hemos de orar incansablemente, sin pereza ni desánimo, sino con ardor, entrega y paciencia no pequeña, pues has leído que Cristo no solamente oró, sino que pasó la noche orando (Coment. al Ev. de Lucas, cap. 6: PG 72, 580).

"Estando él orando en cierto lugar" (Lc 11, 1)

6. Es verdadero Dios e Hijo del Dios supremo, proporciona todo a la creación para que se mantenga y se conserve, y no necesita de nada, puesto que está lleno, según dice (cfr. Is. 1, 11). Entonces, podrá preguntar alguien, ¿por qué tiene necesidad de pedir el que es dueño por naturaleza de las cosas de su Padre?, pues El lo dijo claramente: *"Todo lo que tiene mi Padre es mío"* (Jn 16, 15). Es propio del Padre poseer en plenitud todos los bienes y todo lo más valioso imaginable; esto también es propio del Hijo, según dicen los santos: *"De su plenitud todos hemos recibido"* (Jn 1. 16). ¿Por qué, pues, pide, si no carece de nada de lo que el Padre tiene? A esto respondemos diciendo que su estado de encarnación le permite desarrollar sus facultades humanas plenamente cuando se presenta la ocasión. Si come, bebe o se le encuentra dormido, ¿por qué va a ser absurdo que, desenvolviéndose dentro de nuestra naturaleza limitada y cumpliendo la justicia humana (cfr. Mt 3, 15), haga oración propiamente dicha? Así nos enseñaba que no hemos de tener pereza en esto, sino presentar nuestras oraciones no de pie en las plazas (como hacían algunos judíos, los escribas y fariseos, encontrando motivo de enorgullecimiento), sino más bien solos, en silencio y en vida retirada, hablando a solas con Dios solo, con alma pura y sin distracciones. Convenía que de todas las cosas buenas y útiles no tuviéramos otro principio y maestro distinto del que es primero en todo y que recibe las súplicas de todos (Coment. Ev. de Lucas, cap. II: PG 72, 685).

"Y les dijo: si uno de vosotros tiene un amigo..." (Lc 11, 5).

7. Es admirable el orden de las sentencias: primero el Salvador enseña a los discípulos que le preguntan el modo como hay que orar; una vez recibida tan venerable y saludable enseñanza, convenía que presentaran las peticiones según el modelo aprendido, pero sin cansancio y sin pereza y que no cesaran de suplicar, aunque no obtuvieran ningún resultado tras pedir una o dos veces. Para que esto no nos ocurra ni suframos el daño del desánimo nos muestra en forma de parábola que el cansancio es muy perjudicial para la oración, mientras que la perseverancia en ella es muy útil. Apliquemos la parábola a la realidad. Sé importuno en la oración, acércate al bondadoso Dios con mucha frecuencia y, si ves que se retrasa en concederte el don, no desconfíes de conseguir lo que deseas ni pierdas la esperanza que abrigas ni vayas a pensar neciamente: "He acudido muchas veces, he llorado, he suplicado y sin embargo no he sido escuchado, pues no he obtenido lo que había pedido". Piensa más bien lo siguiente: Mejor que nosotros mismos ve nuestras cosas el que gobierna todo; tú pides lo que sobrepasa tus límites, mientras que el Dador conoce cuál es el tiempo oportuno de otorgar los favores. Por tanto debemos dirigir a Dios nuestras súplicas con prudencia y constancia, aunque repitamos las oraciones. Pues suele ocurrir que no se aprecia lo que se consigue fácilmente y sin esfuerzo propio. (...)

8. Cuando dice *"buscad"* (Lc 11, 9), se refiere a que hay que esforzarse. Pues casi siempre con esfuerzo se encuentra lo que se busca. El que llama, golpea la puerta con la mano para que el dueño de la casa abra, aunque sea en contra de su voluntad, por no aguantar las molestias de los golpes. De esto que sucede entre nosotros aprende lección tan útil: Llama, molesta, suplica; así tienen que ser los que suplican a Dios. Hay que orar con prudencia y con fuerza. Y si hay retraso en el resultado, no adormecerse ni desistir. En efecto, escribe el sabio Pablo: *"Orad sin interrupción"* (1 Tes. 5, 17), pues el diablo tienta sin medida, metiéndose en las circunstancias más imprevistas para empujarnos a

los pecados más diversos. Además la ley de la concupiscencia congénita se nos enquista en los miembros de la carne enfrentándose con la ley de nuestra razón, según está escrito (cfr. Rom 7, 23). Finalmente, los herejes que atacan los dogmas de la verdad. Por tanto, es necesario orar continuamente y los unos por los otros, pues, según está escrito, *"nuestras armas no son carnales, sino poderosas para Dios"* (2 Cor 10, 4). (Coment. Ev. de Lucas, 11: PG 72, 696-7).

9. Enseña a los discípulos algo muy oportuno cuando les dice: *"Orad para que no caigáis en la tentación"* (Lc 20, 40). A continuación, para ayudarles no sólo con palabras, sino también con el ejemplo, se apartó un poco y se puso a orar hincado de rodillas (...). Oró para que aprendiéramos que en las tentaciones no hay que dormirse, sino intensificar aún más la oración. En estos casos enfrentarse directamente contra el enemigo es audacia estúpida, pero combinar la confianza con la paciencia es un buen método (Coment. al Ev. de Lucas, 20: PG 72, 921).

10. Cristo manda que oremos de modo conciso (cfr. Mt 6, 7), pues sabe que nuestra mente tiende a divagar y que se distrae con pensamientos e imaginaciones vanas, sobre todo en el tiempo de la oración. Por eso manda rezar a Dios con moderación de palabras y sin darle vueltas; sin mencionar todo lo que se necesita, ya que esto sería una gran tontería, pues Dios sabe lo que necesitamos antes de pedírselo. Esta palabrería se dice en griego "batología" y proviene de un griego llamado Batos, que hizo a los ídolos largos himnos de muchos versos y con repetición de palabras. La "batología" va contra la belleza del lenguaje (Comentario al Ev. de Mateo, 6 (PG 72; 382).

¿Qué hace en nosotros la Eucaristía?

11. —Creedme, ella no solamente arroja fuera de nosotros la muerte, sino que nos libra de todas las enfermedades (espirituales). Como Jesucristo vive en nosotros, mitiga la ley cruel de nuestros miembros (Rom. 7, 23); da fuerza a la piedad y des-

truye las turbaciones del espíritu; ya no considera nuestros pecados, pero cura las enfermedades; cierra las llagas de los heridos y, como buen Pastor que da la vida por sus ovejas, nos libra de toda especie de peligros (Com. in Joan. lib. 4. c. 7).

Cuando Jesucristo está en nosotros, duerme, digámoslo así, la cruel ley de la carne que esté en nuestros miembros, despierta y se aviva la piedad y amor de Dios; amortigua las pasiones borrando las faltas en que hemos incurrido sanándonos como a enfermos (Ibíd).

Así como aquel que junta una masa de cera con otra, ya no ve sino una sola; así me parece que el que recibe el cuerpo de nuestro Salvador, y bebe su preciosa sangre se hace uno con El, como el mismo Señor lo dijo; porque en cierta manera queda mezclado en El y con El por esta participación; de suerte que Jesucristo se halla en él y él en Jesucristo (Ibíd).

¡Dichoso el hombre que persevera en la oración, que prolonga sus ayunos y siente alegría en las vigilias, que resiste al sueño, que dobla las rodillas para cantar las divinas alabanzas; que hiere su pecho, marchita su rostro y levanta las manos a Dios, mira muchas veces al cielo y piensa continuamente en el Señor! (Orac. de exitu animi).

12. Poco después que Cristo se sacrificó por nosotros, fue reprimida la muerte y destruida la causa de perdición, puesto que Dios omnipotente tiene preparados sus oídos para escuchar las oraciones de todos los hombres. Por eso dice: *Cuando aún estés hablando, te responderé...* (Is. 59, 9) MG 68, 288.

María es mediadora de todas las gracias

13. Salve, oh Madre de Dios, María, verdadero tesoro de todo el orbe, por cuyo medio se administra el santo bautismo a los creyentes, por cuyo medio tenemos el óleo de la alegría, por cuyo medio han sido fundadas en todo el mundo las iglesias; por cuyo medio son conducidas las gentes a la penitencia...

Por Ti, oh Virgen, predicaron los Apóstoles a las naciones; por Ti la santa cruz es adorada y celebrada en todo el universo;

por Ti toda criatura aprisionada en los errores de la idolatría es llevada al conocimiento de la verdad. ¡Salve, oh María, Madre de Dios, por medio de la cual se salva toda alma fiel! (Hom. 4 Contra Nestorium).

SAN NILO (m. 450)

San Nilo de Constantinopla fue discípulo de San Juan Crisóstomo. Estuvo casado con una santa mujer, siendo gobernador de Constantinopla, cargo que abandonó de acuerdo con su mujer, retirándose ella a un monasterio y él junto con su hijo San Teódulo fueron al Sinaí, donde en compañía de otros solitarios, hicieron vida de perfección. Sus contemporáneos lo consideraron como un Padre de la Iglesia (PG 79).

1. No dará Dios la perseverancia sino a quien se la pida con perseverante oración *(De Orac.).*

2. Una de las cosas por la que mejor se ve la importancia de la oración es por la ojeriza que el demonio le tiene y en la continua guerra que le hace (Citado por el P. Rodríguez en Ejercicio de Perfección).

3. Toda la guerra que nos hacen los demonios, no es sobre otra cosa, sino sobre que no hagamos oración, porque ella le resulta a ellos grandemente perjudicial y odiosa *(De Oratione, 49).*

4. El que ama a Dios siempre procura tratar y conversar con El como con Padre amoroso, dando de mano a todas las demás cosas que le puedan inquietar *(De Oratione, 51).*

5. Sólo podrás ser verdadero teólogo si oras bien (Ibíd. 57).

6. El Espíritu Santo, condoliéndose de nuestra flaqueza y miseria, no deja de visitarnos aunque no estemos del todo limpios de culpas; y, si hallare el alma sola, metida en la oración, entra en ella y le quita todo género de pensamientos, incitándola más al amor de la oración espiritual (Ibíd., 59).

7. En la oración no pidas que se haga tu voluntad, porque no siempre es conforme con la de Dios; mas tu oración sea como el Señor te enseñó, pidiendo que haga su voluntad en ti y en todas las cosas...; porque todo lo que quiere es bueno y para nuestro provecho, y tú no siempre quieres eso (Ibíd., 29).

8. Si no puedes orar en el silencio del corazón y sin pensamientos (importunos) y si ves que éstos proliferan en tu espíritu, no pierdas el ánimo por ello y mantente en la oración. *San Gregorio el Sinaíta,* sabiendo perfectamente que nosotros pecadores no podemos vencer los pensamientos diabólicos, dijo:

"Ningún principiante guardará su espíritu ni alejará los pensamientos si Dios mismo no lo guarda y rechaza sus pensamientos. Solamente los fuertes y los que han progresado mucho en la actividad espiritual son aptos para guardar su espíritu y rechazar los pensamientos; y no los rechazan por sus propias fuerzas, sino que combaten al lado de Dios, revestidos y armados con su gracia".

Así que tú, después de haber visto la impureza de los espíritus malignos, es decir, la impureza de los pensamientos que se desarrollan en tu espíritu, no te asustes ni te perturbes. Y aunque sean pensamientos buenos en apariencia, no les prestes atención, sino en tanto en cuanto puedas retén tu respiración y cierra tu espíritu y tu corazón; y a modo de armas, invoca a menudo y asiduamente al Señor Jesús. Y todos los pensamientos, quemándose en el nombre del Señor Jesús, como en el fuego, huirán invisiblemente.

9. Si después de esto los pensamientos no cesan de invadirte y de enfriarte, levántate y reza con ellos tomándolos como tema de oración y enseguida continúa con tu primera tarea que es recurrir al nombre de Jesús encerrando el espíritu en el cora-

zón. Pero cuando los pensamientos, aun después de las oraciones dichas a causa de ellos, atacan sin vergüenza de modo que resulta imposible guardar el corazón con el espíritu, entonces debes ponerte a pronunciar la oración con los labios y a pronunciarla sin descanso, largo tiempo, fuerte y pacientemente. Si te cansas, llama a Dios en tu ayuda, concéntrate con todas tus fuerzas y no dejes tu oración. Y todo aquello desaparecerá pronto con la ayuda de Dios. En fin, cuando el espíritu se apacigüe y se libere del ataque de los pensamientos, presta de nuevo atención a tu corazón, desarrollando la oración del corazón y del espíritu; porque los ejercicios y los trabajos de la virtud son muy diversos, pero respecto a esta sobriedad no son más que detalles secundarios. La oración del corazón es la fuente de todo bien. Como el agua riega los jardines, así la oración riega el alma, dice Gregorio el Sinaíta. Bienaventurado el hombre que ha comprendido los escritos de todos los padres pneumatóforos y que, siguiéndolos, decide entregarse atentamente a la oración, desechando de ella todo pensamiento, no solo el malo, sino también el que tiene apariencia de bien, y de esa manera alcanza el silencio perfecto incluso en el pensamiento, porque la oración se sitúa en la cima de la ascesis.

10. "La vida de silencio es buscar al Señor en el corazón, es decir, guardar el corazón en el espíritu durante la oración y estar ocupado en esto solo", dice Simeón el Nuevo Teólogo.

11. La guarda del espíritu en el corazón, una vez alejados todos los pensamientos, es una obra muy difícil hasta que no se adquiere el hábito, no solo para los principiantes, sino también para todos aquellos que, a pesar de un largo esfuerzo, todavía no han conseguido ni sentido en su corazón la dulzura plena de la gracia de la oración.

Se sabe por experiencia que el ejercicio de la oración en espíritu es una ascesis grande y dura. Pero el que ha obtenido la gracia, reza sin esfuerzo y con amor. "Cuando la oración ejerce su influencia, recoge el espíritu perfectamente en sí mismo, lo suaviza y lo libera de toda esclavitud", dice San Gregorio el Sinaíta.

Por eso es preciso permanecer pacientemente en la oración todo el tiempo posible, olvidándose de todos los pensamientos y no levantarse antes de tiempo para la salmodia.

12. "Que tu meditación sea paciente, según la palabra del Apóstol: 'sed perseverantes en la oración' (Col. 4, 2) y no te levantes demasiado aprisa, aunque sientas el dolor del sufrimiento y la fatiga mental. Ante el gemido y el llanto interior recuerda la palabra profética: "Cuando vienen los dolores del parto, ella sufre" (Jer 6, 24). San Efrén nos enseña esto: "Aguanta pacientemente el dolor y pasarás lejos de los vanos dolores del sufrimiento". Lo mismo Gregorio Sinaíta nos pide permanecer un buen tiempo en la oración: tras haber inclinado la cabeza y el cuello, pidiendo con fervor la ayuda del Señor Jesús, estando agachado, el espíritu recogido en el corazón y a la vez abierto; cita como prueba la palabra del Señor: "¡Qué difícil es conseguir el Reino de los Cielos! solo los violentos lo arrebatan" (Mt 11, 12): Según el comentario de Gregorio, con las palabras "difícil" y "violentos" el Señor entiende un esfuerzo extremo y un trabajo doloroso (Regla, 2).

13. Si queremos ocuparnos asiduamente en la obra de Dios, alejémonos todo lo posible de la vanidad de este mundo, trabajemos en exterminar las pasiones, guardemos nuestro corazón de los pensamientos malos y cumplamos en todo los mandamientos de Dios. Pero para guardar nuestro corazón hay que tener siempre la oración. En esto consiste el primer grado del crecimiento monástico y sin esto es imposible hacer morir las pasiones, dice Simeón el Nuevo Teólogo (Ibíd., 2).

SAN PEDRO CRISOLOGO Dr. (m. 450)

San Pedro, por sobrenombre Crisólogo *(boca de oro), llamado así por la brillante elocuencia que le adornaba, nació hacia el año 380 en Imola de Italia, cerca de Ravena, de donde*

después fue Arzobispo. Todos sus sermones los preparaba con gran esmero: los escribía cuidadosamente, los estudiaba y se los aprendía. Por ello sus sermones son tan importantes, y por ellos el Papa Benedicto XIII en 1720 le concedió el título de "Doctor de la Iglesia" (PL 52).

1. Dijo el Señor: "*No juzguéis, y no seréis juzgados; no condenéis, y no seréis condenados. Perdonad, y seréis perdonados*" (Lc. 6, 37). Como si dijera: "Si espera alcanzar misericordia, que él también la tenga", si espera piedad, que él también la practique; si espera *con su oración* obtener favores de Dios, que él también sea generoso. Es un mal solicitante el que espera obtener para sí lo que él niega a los demás...

Quien desea ser escuchado en sus oracioanes, que escuche también él al que le pide, pues quien no cierra sus oídos a las peticiones del que le suplica, abre los de Dios a sus propias peticiones (Sermón 43).

2. Cristo enseñó a orar brevemente, y desea otorgar rápidamente lo que se le pide. ¿Y qué no dará a los que le piden, quien se dio a sí mismo a los que no se lo pedían?

— Cuando decimos "santificado sea tu nombre", pedimos que lo que es santo por sí mismo, sea santificado en nosotros. Pues el nombre de Dios, o es honrado por nuestros actos o es blasfemado por nuestros actos.

— Pedimos que venga su reino. Dios reina siempre. Ahora pedimos que reine en nosotros, para que también nosotros podamos reinar con él. Pedimos que, reinando Dios, el diablo se someta, el pecado desaparezca, muera la muerte, la cautividad sea vencida, para que nosotros vivamos eternamente.

— Pedimos que se haga su voluntad para que Dios lo sea todo en todas las cosas.

— Pedimos que nos dé el pan de cada día, el pan que es él mismo, "sembrado" en la Virgen, fermentado en la carne, amasado en la pasión, cocido en el horno del sepulcro, reservado en la Iglesia, ofrecido en el altar.

— Pedimos que se nos perdonen nuestros pecados... Si quieres que se te perdone siempre, perdona siempre. Cuanto quieres que se te perdone, tanto perdona. Cuantas veces quieres que se te perdone, otras tantas perdona. Quieres que se te perdone todo, perdona todo. Perdonando a otros, te perdonas a ti mismo.

— Si toda la vida es tentación, pedimos al Señor que no nos deje solos, que su piedad nos obligue y en la senda de la vida nos proteja.

— Le pedimos que nos libre del diablo, de quien viene todo mal...

— Pedimos que venga el reino de Dios. Pero si ya está dentro de nosotros, ¿por qué pedimos que venga? Está en la fe, en la esperanza, en la expectación, pero rezamos que venga en la realidad. Pedimos que reine en nosotros para que no reine en nosotros la muerte ni el pecado...

— Ahora se hacen muchas cosas en la tierra según la voluntad del diablo, según la maldad del siglo, según el deseo de la carne. Pero en el cielo nada se hace fuera de la voluntad de Dios. Pedimos, pues, que muerto el diablo, renovado el mundo, cambiado el cuerpo, destruido el imperio de la muerte, y abolido el demonio del pecado, se cumpla la divina voluntad en el cielo y en la tierra...

— Hermanos carísimos: el que os concedió creer, él mismo os enseñó a orar, y toda la forma de pedir la resumió en pocas palabras. Porque cuando pide al padre, el hijo no se esfuerza en muchas palabras, porque como la necesidad obliga al hijo a pedir, así la caridad urge al padre a dar (In Oratione Dominicam, PL 52, 390-401).

3. Que el perfume de tu oración suba (a Dios) constantemente como incienso... Procura ser tú mismo el sacrificio y el sacerdote de Dios. No desprecies lo que el poder de Dios te ha dado y concedido. Revístete con la túnica de la santidad; que la castidad sea tu ceñidor; que Cristo sea el casco de tu cabeza; que la cruz defienda tu frente; que en tu pecho more el conocimiento de los misterios de Dios; que tu oración arda continuamente

como perfume de incienso; toma en tus manos la espada del Espíritu, haz de tu corazón un altar, y, así, afianzado en Dios, presenta al Señor tu sacrificio (Serm. 108. PL 52, 500).

4. Es importante acompañar a la oración con el ayuno y la misericordia. Hay tres cosas por las que se mantiene la fe, se afianza el fervor y se conserva la virtud: la oración, el ayuno, la misericordia. Porque la oración llama, el ayuno solicita, la misericordia recibe. La oración, la misericordia y el ayuno constituyen una unidad y se dan vida mutuamente.

El ayuno es el alma de la oración, la misericordia es la vida del ayuno. Nadie disgregue estas tres cosas, pues son inseparables. Quien tiene sólo una de ellas o quien no tiene las tres a la vez, no tiene ninguna. Por lo tanto, el que ora, ayune; el que ayuna, que sea misericordioso; escuche al que pide quien desea ser escuchado en sus peticiones. Abre para sí el oído de Dios quien no cierra su oído al que le suplica.

El que ayuna comprenda qué es el ayuno; comprenda al que tiene hambre quien desea que Dios tenga en cuenta su ayuno; sea misericordioso el que espera obtener misericordia; el que espera compasión, sea compasivo; dé limosna a los demás el que quiera recibirla de Dios. Es un malvado el que niega a los otros lo que pide para sí.

5. Sé tú mismo la medida de la misericordia que recibirás; en el modo y medida, y con la prontitud con que desees recibir misericordia, sé tú misericordioso con los demás.

Por lo tanto que la oración, la misericordia y el ayuno sean como una intercesión a Dios por nosotros, un abogado que defienda nuestra causa, una triple oración en favor nuestro.

Obtengamos por nuestros ayunos lo que perdimos por desprecio; por nuestros ayunos ofrezcamos nuestras almas, porque nada más agradable podemos ofrecer a Dios, como lo atestigua el Profeta cuando dice: *"Mi sacrificio es un espíritu contrito; Dios no desprecia el corazón contrito y humillado"*.

Ofrece a Dios tu alma, y ofrece la ofrenda del ayuno para que sea una hostia pura, un sacrificio santo, una víctima viva que permanezca para ti y sea dada a Dios. Quien no diera esto a

Dios, no tendría excusa porque al que debe darse a sí mismo, nunca han de faltarle bienes para dar.

Pero para que estas ofrendas sean aceptadas deben estar acompañadas por la misericordia; el ayuno no germina si no es regado por la misericordia, el ayuno se seca cuando hay sequía de misericordia; lo que la lluvia para la tierra lo es la misericordia para el ayuno. Aunque se cultive el corazón, se purifique la carne, se arranquen los vicios, se siembren las virtudes, si falta la lluvia de la misericordia, el que ayuna no recogerá ningún fruto.

Escucha, tú que ayunas: tu campo ayuna cuando está ayuno de misericordia; lo que derramas en la misericordia lo cosechas para tu granero. Por lo tanto recoge dando, para no perder guardando; date a ti mismo, dando al pobre; porque lo que no das a otros no lo tendrás para ti (Serm. 43).

SAN LEON I MAGNO (m. 461)

San León I Magno gobernó la Iglesia 21 años, desde el 440 al 461. Mereció el título de "magno" que a pocos Papas se le ha dado. Ocupó la sede de Roma en uno de los momentos más cruciales de la historia y se hubo de imponer con vigor para defender la ortodoxia tradicional (PL 54-56).

1. Cuando el Señor dice a sus discípulos: "*Sin mí nada podéis hacer*" (Jn. 15, 5), quiere decir el Señor que, el hombre que hace el bien, consigue de Dios, por la oración, tanto el deseo como la realización de la obra (PL, 54, 261).

2. Si el hombre experimenta algo imposible o difícil en el cumplimiento de los mandamientos, no se quede en sí mismo, sino recurra al Legislador, que a la vez que le impone el precepto, le excita el deseo y le presta el auxilio necesario, como dice el profeta: "*Encomienda a Dios tus afanes, que El te sustentará*" (Sal. 54, 23) (PL, 54, 281).

3. Pues, ¿hay acaso alguien tan insensato, o presume ser tan invulnerable e inmaculado que no necesite de ninguna purificación? Sería una falsa presunción, y es un pobre vanidoso el que, entre las tentaciones de esta vida, se cree inmune de toda herida (Ibíd.)

4. El mismo Señor suplica al Padre: *"Padre, si es posible, pase de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya" (Mt. 26, 39).* La primera petición es de debilidad, la segunda de fortaleza. Así, pues, la voluntad inferior se sometió a la superior, y de este modo se demostró lo que puede pedir el enfermo y lo que puede conceder el médico. Aprendan, pues, esta disponibilidad todos los hijos de la Iglesia, y cuando se presente una tentación difícil, usen la poderosa ayuda de la oración, para que, superado el miedo, acepten la cruz *(PL, 54, 327 y 336 B).*

5. Hay tres cosas que pertenecen especialmente al campo religioso: la oración, el ayuno y la limosna. Con la oración se busca tener a Dios propicio, con el ayuno se modera la concupiscencia, con la limosna se redimen los pecados, y a la vez, por las tres cosas, se renueva en nosotros la imagen de Dios. Esta triple observancia abarca los efectos de todas las virtudes, porque en la oración se consolida la fe, en los ayunos la vida inocente, y en la limosna la generosidad *(PL, 54, 171 C).*

6. Toda vuestra vida está inmersa en tentaciones y peligros. Si no queremos ser engañados, hay que vigilar. Si queremos vencer, hay que luchar. Por eso el sapientísimo Salomón, dice: *"Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación (Ecli. 2, 1) (PL, 54, 264).*

7. Reconoce, cristiano, tu dignidad, y, puesto que has sido hecho partícipe de la naturaleza divina, no pienses en volver con un comportamiento indigno a las antiguas vilezas. Piensa de qué cabeza y de qué cuerpo eres miembro. No olvides que fuiste liberado del poder de las tinieblas y trasladado a la luz y al reino de Dios *(PL, 54, 192).*

8. El hombre, hecho a imagen y semejanza de su Creador, recibe el precepto de imitar la santidad de Dios mismo, y el medio de cumplirlo, que es: pedir el auxilio de quien se lo manda cumplir *(PL 54, 303 y 459).*

9. Todo el que experimente lo arduo de la enmienda y la reforma de sí, que recurra a la clemencia y al auxilio de Dios pidiéndole que rompa en él las ataduras de la mala costumbre, El *que sostiene a los que caen y levanta a los humillados* (Sal. 6, 6). La oración del que suplica no será vana, pues Dios, que es misericordioso, *satisface los deseos de los que le temen* (Ibíd., 19). El dará lo que le pida a quien le ha otorgado el poder de pedir *(Hom. 6 sob. Epif.).*

10. La oración tiene suma eficacia si va acompañada de las obras..., según dijo el mismo Señor: *Sed misericordiosos, porque vuestro Padre es misericordioso; perdonad y se os perdonará* (Lc. 6, 36-37). ¿Qué hay más benigno que esta justicia? ¿Qué hay más clemente que esta retribución, donde la sentencia del que ha de juzgar se pone en las manos del que ha de ser juzgado. Dice el Señor: "*Dad y se os dará*" ¡No podemos desconfiar de recibir lo que la verdad promete que ha de dar! *(Hom. 6 mes de Dic.).*

11. *Todas las virtudes están compendiadas en el ayuno, la oración y la limosna.*—Tres cosas pertenecen principalmente a las acciones religiosas: la oración, el ayuno y la limosna, que se han de realizar en todo tiempo... Pues por la oración se busca la propiación de Dios, por el ayuno se apaga la concupiscencia de la carne y por la limosna se perdonan los pecados (Dan. 4, 24).

12. Al mismo tiempo, por todas estas cosas se restaura en nosotros la imagen de Dios si siempre estamos preparados para la alabanza divina, si somos incesantemente solícitos para nuestra purificación, y si constantemente procuramos la sustentación del prójimo. Esta triple observancia, amadísimos, sintetiza los efectos de todas las virtudes, nos hace llegar a la imagen y semejanza de Dios y nos hace inseparables del Espíritu Santo.

Porque en las oraciones permanece la fe recta; en los ayunos, la vida inocente, y en las limosnas, la benignidad *(Hom. 2 mes de Dic.).*

Eficacia de la oración unánime de toda la Iglesia

13. *Dijo el Señor: Os aseguro que, si dos de vosotros os unieseis acá en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, os será otorgado por mi Padre que está en los cielos. Porque donde se hallen dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18, 19-20).*

Pues si el Señor ha prometido conceder todo lo que pidan dos o tres que se unan con santo y piadoso consentimiento, ¿qué podría negar a la congregación de tantos miles que realizan una misma observancia y que suplican concordemente con un mismo espíritu?

Grande es, ante el Señor, amadísimos, y sumamente precioso, cuando todo el pueblo de Cristo participa junto en los mismos oficios y todos los grados y órdenes de ambos sexos colaboran con el mismo efecto; cuando todos con un mismo criterio se apartan del mal y hacen el bien, y cuando Dios es glorificado en las obras de sus siervos y en muchas acciones de gracias se bendice al autor de toda piedad... (Hom. 3.ª Temp. Otoño).

14. Las obras públicas de piedad y practicadas por toda la comunidad de los fieles, son más santas y de mayor mérito que las que cada uno realiza en particular..., la fuerza del pueblo de Dios se multiplica cuando todos los corazones de los fieles se juntan y cuando la Iglesia universal une sus plegarias y sus obras (cf. La perfectión chretienne d'apres Saint Léon. G. Hudon). (1)

15. Nosotros que sin la ayuda de Dios no podemos nada, pidámosle que nos conduzca y apoye, para que con El tengamos la fuerza que necesitamos par hacera lo que está mandado; porque, si se manda, es para que busquemos ayuda en el que manda. Y nadie se excuse con pretexto de debilidad, puesto que El, que ha dado el querer, da también el poder (Sermones de la cuaresma. PL 54).

16. Nosotros no sabemos lo que debemos pedir a Dios. A veces nos conviene que no nos suceda lo que deseamos. Dios es justo y como su bondad es infinita, por un efecto de su misericordia (a veces) nos niega lo que sin duda nos habría de perjudicar (Sermón 54).

17. *"Nosotros no sabemos lo que debemos pedir a Dios"* (Rom. 8). Algunas veces nos conviene que no suceda lo que deseamos. Dios es justo y su bondad es infinita. Por un efecto de su misericordia nos niega lo que sin duda nos había de perjudicar (Serm. 56, c. 2).

18. *"Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que Yo lo beba, hágase tu voluntad".* Estas palabras de nuestra Cabeza son la salud de todo el cuerpo y la instrucción de todos los fieles... Aprendan esta lección los que fueron rescatados con tan subido precio, y recurran a la oración eficaz para vencer los temores y sufrir con paciencia los trabajos (Ibíd.)

19. Conozca el hombre la dignidad de su ser y entienda que está hecho a imagen y semejanza de su Creador: no se asuste tanto con las miserias en que cayó por aquel grandísimo y común pecado, que no aspire a la misericordia de su Redentor; pues éste dice: *"Sed santos, supuesto que Yo soy Santo";* esto es: amadme y absteneos de lo que me desagrada. Haced lo que Yo quiero y quered lo que Yo hago. Cuando os parezca difícil lo que mando, acudid al que os lo manda, para que de donde salió el precepto os venga el auxilio. No negaré el socorro, Yo que di la voluntad (Serm. 94. c. 2).

(1) Es importantísima la doctrina de San León sobre el sentido comunitario de la liturgia y las ventajas de la oración oficial de la Iglesia sobre la oración privada. Convendría profundizar más en esto para comprender lo mal que lo hacen quienes de forma individualista y sin la debida autorización celebran los cultos un tanto caprichosamente sin atenerse a las normas establecidas.

SAN DIADOCO DE FOTICE (m. 475)

San Diadoco de Fotice, obispo, es autor de cien capítulos sobre la perfección espiritual y un sermón sobre la Ascención (PG 65).

1. Todos los dones divinos son preciosos..., pero ninguno inflama nuestros corazones y nos lleva a amar al Dios de toda bondad como el don de la teología (o altísima contemplación que se adquiere por la oración)...

Este don nos hace renunciar gustosos a todas las amistades del siglo, despreciar las cosas transitorias y apreciar más de lo que puede decirse los tesoros de la palabra divina. El ilustra nuestras inteligencias y cambia, por decirlo así, la naturaleza de nuestras almas, comunicándoles propiedades angélicas. Este es el don que debemos desear y al cual debemos disponernos. Es un don admirable; por él nos elevamos a la contemplación universal, quedamos libres de toda solicitud y llenos de los secretos *celestiales,* brillantes luces, y nuestro espíritu se alimenta de la palabra divina. Por él, en suma, entra el alma en la unión inseparable con el Verbo de Dios *(De Perfect. spirituali. c. 67).*

2. Al principio de la vida espiritual, el Espíritu Santo concede al alma grandes luces y consuelos, queriendo darle una idea de las recompensas reservadas a sus trabajos. Pero luego le oculta esos favores a fin de que el alma se funde en la humildad. Debe, pues, perseverar en sus esfuerzos y luchas hasta llegar a la paz perfecta y a la plenitud de los gustos divinos, pues éstos no se conceden sino a las almas que luchan como los mártires y perfectos confesores. Esto está reservado para los que van avanzando hacia la perfección (por la ascesis de la oración) para quienes lo humano ha quedado reemplazado por lo divino *(Ibíd. 90).*

3. A toda contemplación espiritual han de preceder como guías la fe, la esperanza y la caridad, pero ante todo la caridad; pues la fe y la esperanza enseñan a relativizar las cosas visibles, mientras que la caridad une al alma con las Potencias mismas de

Dios, contemplando como con un cierto sentido de la mente a Aquel que es invisible (Ibíd., c. 1: PG 65, 1167).

4. Cuando hablamos de sentido de la mente, nadie espere que va a ver la gloria de Dios con sus ojos; se refiere a que cuando uno tiene el alma purificada, siente cierto gusto de los consuelos divinos que no puede explicar, pero no que le aparezca nada de modo visible, pues ahora caminamos en fe y no en visión, como dice San Pablo (2 Cor 5, 7). Por tanto, si a alguno de los que están luchando en esta vida se les aparece una luz o figura semejante al fuego, que no se fíe de tal visión, pues es un engaño manifiesto del enemigo; esto ha engañado a muchos que por ignorancia se apartaron del camino de la verdad. Sabemos que mientras estamos en esta vida mortal no podemos ver con los ojos del cuerpo nada de las maravillas celestes de Dios (Cap. 36: PG 65, 1178).

5. Cuando la ira conmueve al alma o la niebla de la embriaguez la oscurece o le afecta una grave angustia, no puede la mente retener el recuerdo del Señor, aunque el alma se esfuerce en ello. En efecto, si la mente está totalmente obnubilada por turbaciones vehementes, pierde su sentido, porque no puede imprimir su sello, tal como desearía, para no olvidar lo que medita, ya que su memoria se ha quedado como cera endurecida por la fiereza de las turbaciones. Pero si está libre de turbaciones, aunque el olvido vaya poco a poco y calladamente arrabatándole al alma la memoria, sin embargo la mente con su propia habilidad y ardor recupera ese tesoro tan útil y tan deseable. Pues entonces viene en su apoyo la misma gracia divina que juntamente con el alma repite y llama "Señor Jesús". Es como la madre, que enseña al hijo el nombre del padre repitiéndolo con él hasta que lo acostumbra al nombre y el niño que está aprendiendo a hablar aun dormido llama al padre con balbuceos de niño distinguiéndolo claramente de cualquier otro. Por eso dice el Apóstol: "*De igual manera el Espíritu viene en ayuda de nuestra flaqueza, pues nosotros no sabemos orar como conviene, mas el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos inefables*" (Rom 8, 26).

Puesto que respecto a la perfección de la virtud de orar somos como niños, necesitamos de su ayuda absolutamente para que su dulzura, que es mayor de lo que se puede decir, penetre todos nuestros pensamientos y los llene de suavidad y así nuestro afecto se excite en el recuerdo y amor de Dios. Por tanto, como dice el mismo Pablo, en el Espíritu invocamos a Dios como Padre y El nos hace capaces de llamar sin interrupción "Abba, Padre" (Rom. 8, 15) (cap. 61: PG 65, 1186-7).

6. Nuestra mente tiene dificultad para la oración porque la virtud de orar es angosta y estrecha, mientras que se entrega con agrado a la "teología" porque la contemplación de las cosas divinas es amplia y holgada. Para que no le demos rienda suelta y se deleite en hablar mucho y no le permitamos que se entusiasme de forma inmoderada, hemos de ocuparnos a menudo en la oración, en el canto de salmos y en la lectura de las Sagradas Escrituras, sin olvidar los comentarios de autores entendidos, cuya fe se descubre en sus escritos. Si esto hacemos, no damos ocasión a la mente de que mezcle sus propias palabras con las palabras de la Gracia o que se deje llevar de la vanagloria empujada por el exceso de entusiasmo o locuacidad. Más aún, incluso cuando estamos en contemplación hemos de mantener la mente libre de toda fantasía y proponerle casi siempre pensamientos capaces de excitar las lágrimas. Así, la mente fortalecida en esos ejercicios pacíficos y cautivada por la dulzura de la oración, no sólo se libera de los vicios mencionados, sino que renueva sus fuerzas para orientarlas con rapidez y sin fatiga a contemplar las cosas divinas, a la vez que avanza con humildad en la contemplación y penetración de las mismas. Hay que advertir, sin embargo, que la oración de los que están llenos de la gracia divina en todo sentido y plenitud no es estrecha, sino amplia sobremanera (cap. 68: PG 65, 1191).

7. Cuanto más abunda el alma en sus frutos naturales, con mayores voces canta salmos y más deseos tiene de orar vocalmente. Pero cuando obra en ella el Espíritu Santo, entonces canta con toda suavidad y dulzura y ora sólo en el corazón. Pero

cuando le ocurre lo primero le parece que se encuentra alegre, mientras que en la otra situación le vienen lágrimas espirituales y después un deleite del alma callado y silencioso. Pues cuando la memoria se mantiene fervorosa sabiendo controlar las palabras, hace que el corazón produzca pensamientos tiernos y lagrimosos. Por tanto, la contemplación consiste en sembrar en la tierra del corazón la semilla de la oración con lágrimas, con la esperanza de cosechar gozo. Sin embargo, cuando sentimos mucha tristeza, nos conviene cantar salmos en voz baja emitiendo sonidos del alma con alegría esperanzada hasta que la brisa de la canción disipe aquella densa niebla (cap. 73: PG 65, 1193).

8. La ciencia es fruto de la oración... y la sabiduría es el fruto de la humilde meditación de la palabra de Dios, y sobre todo, de la gracia del Dispensador, Cristo... Si su Divinidad no ilumina (por la oración) los tesoros de nuestro corazón, es imposible que podamos gozarlos con un sentimiento indecible y total disposición... Purificándonos con la ardiente oración, entraremos en posesión del objeto deseado, gracias a Dios, con una experiencia más plena (Sobre la perfección en el espíritu).

9. Este debe ser el único ejercicio y su ininterrumpida aspiración. Cuando uno quiere preservarse de la corrupción, debe orar en todo momento; incluso fuera de las horas de oración hay que orar siempre y tener el espíritu recogido.

El que quiere purificar mineral de oro, no debe dejar apagar en ningún momento el fuego dentro del horno de fusión, porque el material conservaría su dureza. Lo mismo el que de pronto se acuerda de Dios y de pronto lo olvida, perderá por la interrupción lo que había alcanzado por la oración.

La persona que ama la virtud es la que no cesa de alejar de su corazón, por el recuerdo de Dios, las escorias terrestres, a fin de que el mal se consuma lentamente al recuerdo del bien y el alma alcance su esplendor natural y glorioso (Textos de Espiritualidad Oriental. Patmos).

SAN FAUSTO OBISPO DE RIEZ (m. 493)

Este Santo Padre fue monje, abad de Lerins y obispo de Riez. Compuso varios tratados importantes (PL 30).

Dios, que es todopoderoso con su Palabra, ¿no ha dado ese mismo poder al hombre mediante la oración?

Así, pues, como todo el que viene a la fe de Cristo, antes de las palabras del bautismo, todavía está encadenado por la antigua culpa, pero, una vez pronunciadas éstas, al punto queda despojado de toda la hez del pecado, de la misma manera, cuando estas creaturas (el pan y el vino), son colocadas sobre los santos altares para ser bendecidas con las palabras celestiales, antes de que sean consagradas con la invocación de su nombre, está allí la sustancia del pan y el vino; pero después de las palabras de (la consagración), está el Cuerpo y Sangre de Cristo.

¿Por qué, pues, nos maravillamos de que Dios pueda convertir con la palabra las cosas creadas, cuando sabemos que con ella pudo crearlas? Más aún: menor milagro parece que lo que manifiestamente ha creado de la nada, una vez creado, pueda transformarlo en mejor. Imagina qué cosa le puede ser difícil a aquel a quien le fue fácil modelar de la materia del barro al hombre, revestirle, además, de la imagen de su divinidad; a quién es fácil hacerle volver de nuevo del reino de la muerte, rehabilitarle de su perdición, levantarle del polvo de la tierra, subirle hasta el cielo y de hombre hacerle ángel, volver al cuerpo humano semejante al cuerpo de su esplendor y sublimar su hechura hasta el consorcio de su reino, para que el que había tomado el cuerpo de nuestra fragilidad, nos asocie al cuerpo de su inmortalidad, a la cual gloriosa resurrección dígnese prepararnos con buenas obras aquel que vive por los siglos de los siglos. Amén...

Sus holocaustos, son, sin duda, los misterios de las oraciones y de las súplicas, y así (la Iglesia) quedó estupefacta cuando vio las inestimables riquezas del Señor (Textos Eucarísticos Primitivos, BAC 118, pág. 520-21).

SAN GELASIO I, PAPA (m. 496)

San Gelasio, hijo de padres africanos, nació en Roma y desde muy joven se destacó por su piedad y sabiduría en las ciencias sagradas. Ordenado sacerdote, se destacó tanto por su piedad y sabiduría que llegó a ser Papa, sucediendo a San Félix II (PG 85)

Nuestros primeros padres, cayeron porque no oraron. Confiaron demasiado en su felicidad y recibieron en vano la gracia de Dios, por no orar, lo cual no consta en ningún sitio que lo hicieran, ni que dieran gracias por los beneficios recibidos, ni que suplicaran para conservar sus privilegios, y ésta es, sin duda, la causa por la que no pudieron permanecer incólumes... De igual modo los ángeles rebeldes, presumiendo de que no necesitan nada y de que pueden bastarse a sí mismos, no aprovecharon la gracia de Dios, y porque no oraron, no pudieron conservarse en la santidad (PG, 59-117).

SAN HESIQUIO DE JERUSALEN (Siglo V).

El monje San Esiquio era muy estimado como sacerdote y predicador en la Iglesia de Jerusalén, según Teofanes el Confesor y Cirilo Scitópolis, que le llaman "teólogo de la Iglesia" y "luminaria famosísima. La Iglesia griega le venera como santo y celebra su fiesta el 28 de marzo. Murió despues del año 450.

El que sostiene combates interiores conviene que esté pertrechado de estas cuatro cosas: humildad, suma atención, resistencia y oración. (...) No dejes de invocar a Cristo en la oración continuamente desde lo profundo del corazón con gemidos indecibles. Y entonces verás que, por el nombre santo y adorable de Jesús, el enemigo con el que luchabas y sus ilusiones se disuelven

como polvo llevado por el viento o como humo que se desvanece (Centuria, I, 20).

El que no está pertrechado con la oración limpia de pensamientos carece de armas aptas para la lucha espiritual. Y hablo de la oración constante en el interior del alma, de modo que por la invocación de Jesucristo se venza la guerra interior y se expulse a los enemigos (Centuria, I, 21).

Como no es posible ver el mar Rojo en el cielo entre los astros ni que un hombre de la tierra no respire al aire, así, sin la invocación frecuente de Jesús no podemos purificar nuestro corazón de las preocupaciones y de los afectos desordenados, ni alejar de él los enemigos espirituales (Centuria, I, 28).

Si con humildad, prudencia, recuerdo de la muerte y con la súplica e invocación de Jesucristo continuamente mantienes la lucha en tu corazón y, defendido con estas armas, llevas una vida espiritual exigente, pero a la vez profundamente gozosa, alcanzarás la alta contemplación de las cosas santas y Cristo te manifestará los misterios profundos, "ya que en El están escondidos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia" (Col. 2, 3) y "en El habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente" (Col. 2, 9). Sentirás que Jesucristo hace saltar en tu alma el Espíritu Santo, que ilumina la mente de los hombres para que lo puedan conocer a cara descubierta, pues "nadie puede decir Señor Jesús, si no es en el Espíritu Santo" (1 Cor 12, 3), pues El confirma místicamente el objeto de nuestra búsqueda (Centuria, I, 29).

Así como la lluvia cuanto más copiosamente cae sobre la tierra tanto más mullida la hace, así el santo nombre de Cristo invocado por nosotros sin pensamientos, cuanto más frecuentemente lo invocamos, tanto más mullida hace la tierra de nuestros corazones y la llena de gozo y alegría (Centuria, I, 41).

Invocar a Jesús constantemente con el deseo de alegría y gozo hace que el alma respire gozo y tranquilidad con un profundo dominio de sí misma (Centuria, I, 89: PG 93, 1508).

La templanza y la invocación de Jesús por su misma naturaleza se apoyan mutuamente. Pues el dominio profundo pide una oración continua y la oración consigue la suma templanza y el control de los pensamientos (Centuria, I, 93: PG 93, 1509).

En nuestra alma se crea un estado divino por la continua memoria de nuestro Señor y su asidua invocación, con tal que nos preocupemos de frecuentes oraciones del alma hacia Cristo, ayunos y buenas obras. En realidad la mejor obra es invocar continuamente el nombre de nuestro Señor Jesucristo, con encendido corazón, para que podamos participar del santo nombre de Jesús (Centuria, I, 96: PG 93, 1509).

Así como antes de la lluvia el relámpago resplandece en el firmamento, así en el firmamento de nuestro corazón debe brillar continuamente el nombre de Jesucristo (Centuria II, 4: PG 93, 1512).

La oración destruye y reduce a ceniza los engaños del demonio. Pues si invocamos continuamente a Jesús Dios e Hijo de Dios, no permitirá ni el inicio del ataque, ni que se refleje la imagen del enemigo en el espejo de la mente, ni que establezca conversaciones en el corazón (Centuria, II, 72: PG 93, 1536).

Armémonos con la armadura de la oración y de la humildad y así estaremos bien preparados para la lucha contra los demonios, juntamente con la templanza, que es como una espada de fuego. Si así nos comportamos, alegres todos los días y a todas las horas, podremos celebrar la fiesta mística en nuestra alma (Centuria, II, 74: PG 93, 1536).

"Escucha, Señor, mi oración" (Ps. 54, 2). Esto lo reza Cristo; recémoslo nosotros también imitando como siervos al Señor y como pobres al que es rico. El quiere oír nuestras peticiones y no desprecia las súplicas que invocan la salvación del género humano" (In Ps. 54, 2: PG 93, 1213).

SAN FULGENCIO DE RUSPE (m. 533)

San Fulgencio, Obispo de Ruspe (Africa), muy joven, a pesar de la oposición de su madre, se hizo religioso y llevó una vida muy austera. Sufrió la persecución de los vándalos arrianos, cuyo rey Trasimundo le desterró a Cerdeña. Al morir el tirano pudo volver a su sede, recibid

con grandes aclamaciones de todo el pueblo (PL 65).

1. *¿No serían las oraciones de Esteban las que obtuvieran la conversión de Pablo?.*—Ahora Pablo se alegra con Esteban, goza con él de la gloria de Cristo, con él desborda de alegría, con él reina. Allí donde entró primero Esteban, aplastado por las piedras de Pablo, entró luego Pablo, ayudado por las oraciones de Esteban (Sermón, 3).

2. A ti te parece que cuando en la Misa se pide que venga el Espíritu Santo, se está pidiendo que venga localmente... Pues siendo así que el Espíritu Santo habita en los que adoran rectamente a Dios, ¿cómo van a pedir que les sea enviado? Por cierto que no asistirían dignamente al sacrificio si no tuvieran en sí mismos al Espíritu Santo; en el cual se nos manda hacer oración: *Orando en todo tiempo, en Espíritu, y velando con toda perseverancia y súplica* (Ef. 6, 18).

¿Cómo van a pedir que les sea enviado aquél que saben que ya les ha sido dado y permanece en ellos continuamente? ¿Es que acaso solamente está en ellos mientras no oran y al ver que van a orar se marcha? Si fuera esto así, mejor les sería no orar y tener siempre con ellos al Espíritu Santo; de donde se concluiría que no es bueno orar y que no es verdad lo que dice el Evangelio: que *es necesario orar siempre* (Lc. 18, 1). Aquí se nos manda orar en todo tiempo, y nadie que esté en su sano juicio podrá decir que, el que ora en Espíritu no tiene consigo al Espíritu Santo...

3. *Pedimos el don de la caridad:* Así, pues, como Cristo murió por nosotros por amor, al hacer conmemoración de su muerte, pedimos que se nos conceda la caridad por la venida del Espíritu Santo, pidiendo suplicantes que por aquella caridad con la que Cristo se dignó ser crucificado por nosotros, también nosotros con la gracia del Espíri' Santo, podamos tener al mundo crucificado y estar nosotros crucificados para el mundo (Gal. 6, 14)...

Y para que pidamos esto en el tiempo del sacrificio, tenemos el ejemplo saludabilísimo de nuestro Salvador, que quiso que al conmemorar su muerte, pidiésemos lo que El mismo, verdadero Pontífice, próximo a su muerte pidió para nosotros, diciendo: *Padre Santo, guarda en tu nombre a los que me diste para que sean uno como nosotros (Jn. 17, 11)...*

4. Por tanto, al ofrecer el Cuerpo de Cristo, pedimos para nosotros lo mismo que pidió para nosotros Cristo cuando se dignó ofrecerse por nosotros... Y lo que pedimos, es decir, que seamos uno en el Padre y el Hijo, lo recibimos por la unidad de la gracia espiritual que el Apóstol nos manda, diciendo: *Sobrellevaos mutuamente en caridad, solícitos por mantener la unidad del espíritu* (Ef. 4, 2)...

Ciertamente, la Iglesia santa, al pedir en el Sacrificio del Cuerpo y Sangre de Cristo que le envíe el Espíritu Santo, pide ciertamente el don de la caridad con el cual pueda *guardar la unidad del espíritu con vínculo de paz* (Ef. 4, 3). Y pues está escrito *que el amor es fuerte como la muerte* (Cant. 8, 6), pide para la mortificación de los miembros terrenos aquella caridad por la cual recuerda a su Redentor muerto gratuitamente por ella (PG 65, 795).

SAN BARSANUFO ANACORETA (m. 535)

San Barsanufo Anacoreta de los desiertos de Gaza murió hacia el año 535.

1. —Padre mío: ¿Querrías decirme cómo se adquiere la humildad para la oración perfecta, cómo hacerla sin distracciones y si es útil la lectura?

—La oración perfecta consiste en hablar a Dios sin distracción, recogiendo a la vez todos los pensamientos y todos los sentidos. Se llega a ello muriendo por los hombres, para el mundo y lo que él encierra. En la oración sólo has de decir a Dios: "¡Sálvame del malvado! ¡Que tu voluntad, *Señor,* se cumpla en mí!" Mantén tu espíritu en la presencia de Dios y háblale.

La oración se reconoce porque el hombres está libre de toda distracción con su espíritu colmado de alegría bajo la iluminación del Señor. La señal de que el espíritu ha llegado a este estado es la imperturbabilidad, incluso si el mundo entero viniere a atacarnos. Ora perfectamente aquel que está muerto para el mundo y sus placeres. Hacer cuidadosamente su obra para Dios, no constituye una distracción, sino celo según Dios. Es ventajoso leer las Vidas de los Padres, pues ello es un medio de iluminar el espíritu en el Señor.

2. —¿Es necesario emplear contra los pensamientos *importunos* la contradicción, la cólera y palabras imprecatorias?

—Las pasiones son sufrimientos. Dios no ha querido alejarlas, pero ha dicho: *"Invócame en el día de la tribulación"*. No hay otro medio para vencer las pasiones más que invocando el nombre de Dios. La contradicción solamente es buena para los perfectos, los poderosos según Dios; nosotros, los imperfectos, tenemos sólo un recurso: refugiarnos en la oración en el nombre de Jesús. Pues las pasiones son *como* demonios que huyen ante su nombre.

3. —¿Es mejor orar diciendo: "Señor Jesucristo, tened piedad de mí", o debo quizá recitar pasajes de la Sagrada Escritura y salmodiar?

—Ambas cosas son necesarias, unas veces se puede orar de una forma y otras de otra, pues está escrito: *"Es necesario hacer una cosa sin descuidar la otra"* (Mt. 23, 24).

4. —Cuando me veo distraído con pensamientos y pido ayuda a Dios, el Adversario me sugiere que existe orgullo en pensar que se hace bien tratar de acudir a Dios sin interrupción. ¿Qué debo pensar yo?

Es un hecho conocido que los enfermos necesitan del médico... Aprendamos que es necesario en las pruebas invocar al Dios de la misericordia sin interrupción... Tenemos necesidad de Dios: llamamos su nombre en nuestra ayuda contra nuestros enemigos. Nos sentimos necesitados y pedimos ayuda; estamos

en prueba y corremos a ponernos al abrigo. Aprendamos entonces que nombrar a Dios sin interrupción es un remedio que no solamente destruye toda pasión sino incluso el acto orgulloso en sí mismo. Mirad al médico: él coloca su remedio o su cataplasma sobre la herida del paciente y esto produce su efecto sin que el enfermo tenga conciencia de cómo sucedió. Del mismo modo el nombre de Dios, cuando es pronunciado, destruye todas nuestras pasiones sin que nos demos cuenta por el momento.

5. —Cuando mi corazón parece estar en reposo y libre de toda inquietud, ¿es bueno, incluso en ese momento, dedicarme a la invocación del nombre de Cristo Nuestro Señor?

—No podemos conocer una paz semejante en tanto nos consideremos pecadores. El Señor dijo: "*No hay paz para los pecadores*". Pues si no hay paz para los pecadores, ¿qué es entonces esa paz que creemos experimentar? Temamos, porque está escrito: "*Andarán diciendo: Paz y seguridad*" y entonces, de improviso, les sorprenderá la perdición, como los dolores del parto a la mujer encinta, y no podrá escapar (1 Tes. 5, 3).

Sucede que nuestros enemigos, mediante engaños, aportan a nuestro corazón una efímera tranquilidad para impedirle invocar el nombre de Dios. Saben bien que esta invocación los paraliza. Estamos advertidos: llamemos sin tregua el nombre de Dios en nuestra ayuda. He aquí la oración. Está escrito: "Orad sin cesar" (1 Tes. 5, 17). (La Filocalia de la Oración de Jesús).

6. Hermanos, las pasiones son aflicciones; por eso el Señor no nos excomulga a causa de ellas. Al contrario, dijo: "*Invócame en el día de la angustia y te libraré, y tú me darás gloria" (Sal. 49, 15).* Como consecuencia, cuando estás sitiado por una pasión cualquiera, no puedes hacer nada más útil que invocar el nombre de Dios. Todo lo que podemos hacer, débiles como somos, es refugiarnos en el nombre de Jesús. En efecto, las pasiones, que son (como) los demonios, se retiran cuando se invoca ese nombre.

Si la actividad interior, según la voluntad de Dios, no viene en ayuda del hombre, éste se fatigará en vano exteriormente. (Sublimidad de la oración interior. Buenos Aires, 1989).

7. La fijación de las horas para la oración y la salmodia, corresponde a la tradición eclesiástica. Estas horas son apropósito para crear una comunidad de vida y de oración... En cuanto a la duración de la oración, atente a las palabras del Apóstol: *"Debéis orar siempre"* (17 Her. v. 7).

8. Sobre el reposo de la noche, te diré lo siguiente: Ora por la tarde, desde el ocaso del sol, dos horas. Termina tu oración con la doxología y duerme seis horas. Después levántate y reza Maitines y dedícate sin parar cuatro horas a la oración. Hazlo también en verano; pero la doxología y la salmodia puedes abreviarlas, por lo corto de las noches.

9. Para la buena oración se aconseja estar libre de distracciones, y verás cómo tu espíritu será iluminado por el Señor y henchido de alegría. El hombre de oración está muerto al mundo y a sus placeres. Quien por voluntad de Dios cumple a conciencia con su deber, no tiene por qué tener ninguna distracción; porque es digno de la divina asistencia... ¿Cómo puedo yo conseguir afecto del corazón durante la oración, la lectura y la salmodia? El corazón sentirá emoción si piensas en tus pecados. El que ora tiene que tener sus actos ante su vista y al mismo tiempo escuchar sobre ellos la sentencia de la divina justicia: *"Alejaos de mí, malditos, al fuego eterno"* (Mt. 21, 41). Pero si a pesar de esto, el corazón no siente emoción, no te desanimes y sigue perseverante en tu esfuerzo; porque Dios es bondadoso, generoso y magnánimo sobre nuestro deseo. Piensa siempre en la palabra del salmo: *"Con gran paciencia invoqué al Señor y él se inclinó hacia mí* (Sal. 39, 2). Aprende en todo y ten confianza en que la compasión divina, pronte te visitará (Textos de Espiritualidad Oriental).

SAN CESAREO DE ARLES (m. 543)

Consagrado obispo de Arlés en el 513, con la rigidez de monje y gravedad episcopal, escri-

bió, predicó, recordó a los fieles la moral cristiana, promulgó estatutos en los concilios, ordenó reglas para monjes, amplió la legislación canónica e impuso la disciplina eclesiástica. (PL 47).

1. Lo que debemos pedir a Dios en todo tiempo, tanto para nosotros como para los demás, es que se digne concedernos lo que sabe que conviene a nuestras almas. Y sobre todas las oraciones hemos de dirigir al Señor la del Padrenuestro, pues no debemos dudar que ésta es la oración que El mismo instituyó (Sermón 82).

2. En el Padrenuestro la invocación inicial se dirige al Padre común de todos los cristianos, los cuales, señor y siervo, emperador y soldado, rico y pobre, noble y plebeyo, son todos hermanos bajo este Padre, el cual está en los cielos, donde se nos prepara la herencia. Comenzamos pidiendo la *santificación de su nombre,* pidiendo que por medio de El nos santifiquemos nosotros, es decir, que persevere en nosotros la bautismal santificación de su nombre. Rogamos también por la *venida de su reinado,* que venga a nosotros el Reino que ha de venir a todos los santos, contándonos en el número de los santos a quienes vendrá su Reino. En la súplica por *el cumplimento de su voluntad* pedimos que le sirvamos en la tierra como le sirven los ángeles en el cielo, o también, que la tierra de nuestro cuerpo cumpla los preceptos escuchados por el cielo de nuestra alma. Y para ello pedimos seguidamente el *pan nuestro cotidiano,* identificado éste no sólo con el alimento corporal necesario, sino también con el espiritual alimento del eucarístico pan del altar, así como de la no menos necesaria palabra de Dios. En la súplica por *el perdón de nuestras deudas* rogamos que se nos perdonen los pecados cometidos después del bautismo, con tal que de corazón perdonemos siempre a quienes nos ofenden y, arrepentidos, suplican nuestro perdón. Finalmente, en la última súplica pedimos al Padre *no ser inducidos en la tentación y sí ser liberados del mal,* pues en esta vida no sólo hay tentaciones, sino que también existe el mal *(Serm. 147 Exp. Orac. Dómini.).*

3. Las vírgenes (y cualquier persona) que con el auxilio de Dios conservan casto el cuerpo, deben con su gracia aplicar todas sus fuerzas para conseguir la pureza del alma, evitando las largas conversaciones ...y ocupándose en la oración y lectura espiritual, levantándose con fervor para asistir a las vigilias de la noche, así cuando se hacen en la iglesia como cuando se hacen en cualquier otro lugar (Serm. 30).

4. Venid a la iglesia todos los domingos; pues si los infelices judíos observan con tanta exactitud el sábado, que en ese día no se ocupan de cosa alguna terrena, ¿con cuánta mayor razón debemos los cristianos ocupar en sólo las cosas de Dios el domingo y venir a la iglesia a procurar la salvación del alma? Orad, pues, en la iglesia y no estéis hablando, y escuchad con atención las divinas lecturas (Serm. 66).

5. Debéis entregaros a la lectura divina y a la oración de forma que cumpláis también con la obligación del trabajo manual, según aquello del Apóstol: "El que no trabaje, que no coma" (2 Tes. 3, 10). Hasta la hora de tercia os debéis entregar a la lectura, dedicando la mejor parte del día a la obra santa. Vuestra oración salga silenciosamente del corazón, de modo que apenas se oiga en la boca. Pues el que quiere orar en voz alta se daña a sí mismo y a los demás, porque con su palabrería perturba la oración mental del otro santa y secreta (Carta a las monjas, 7).

SEUDO DIONISIO AREOPAJITA (s. V ó VI)

Este autor que escribió sus obras con el seudónimo de Dionisio el Areopajita fue tenido en gran estima por San Máximo el Confesor y otros muchos santos hasta finales de la Edad Media, y pocas obras gozaron entre los teólogos de la época de tanto prestigio y autoridad.

Conviene, pues, que nosotros, llevados por las oraciones, o mejor, acercándonos a Dios por medio de ellas, según aquello, *Acercaos a mí y Yo me acercaré a vosotros,* dice el Señor, aprendamos sus dones, o mejor, que nos sometamos a ellos mientras los conocemos.

Porque esta misma Trinidad está presente a todos, por más que todos tratemos de acercarnos a ella al apartarnos de la afección de las cosas terrenas. Pero cuando nosotros, por medio de la oración y por la tranquilidad de nuestro espíritu, nos hacemos dignos de la unión divina, entonces es cuando propiamente también nosotros nos acercamos a Dios... Dediquémonos, pues, a las oraciones, no tanto para atraer a Dios sobre nosotros, sino más bien, para que nosotros seamos llevados hacia Dios (Lib. De los Nomb. Div. c. 3).

Y en conformidad con las Escrituras, lo que yo asimismo afirmo es que son muy útiles en esta vida las oraciones de los justos (Lib. de la Jerarq. Ecles. c. 7).

SAN BENITO ABAD (m. 547)

San Benito, según San Gregorio Magno, fue hijo de una ilustre familia; pero muy joven, abandonando los estudios y riquezas mundanas, se retiró a la soledad del monte Subiaco, donde permaneció largo tiempo entregado a la penitencia y a la oración. Habiendo sido descubierto, corrieron a su encuentro gran cantidad de jóvenes deseosos de perfección. Su caridad no pudo rechazarlos; les escribió una Regla de vida santa, y allí nació la Orden Benedictina, que tantos santos ha dado a la Iglesia (PL 66).

1. Cualquier obra buena que empieces, pide con insistente oración que El la lleve a término... Y en lo que falte a las posibilidades de nuestra naturaleza, pidamos al Señor que nos dé el auxilio de su gracia (*Regula monachorum*, prólogo).

2. Creemos que Dios está presente en todas partes, y que en todo lugar miran los ojos del Señor a los buenos y a los malos. Pero, principalmente, debemos recordarlo y tenerlo presente cuando rezamos el Oficio Divino... Consideremos, pues, con qué respeto debemos estar delante de la Majestad de Dios y de sus ángeles y comportémonos de tal manera que nuestra mente concuerde plenamente con nuestros labios.

Si cuando queremos tratar con los hombes poderosos, no nos atrevemos a hacerlo sino con señales de sumisión y respeto, ¿con cuánta mayor razón debemos ofrecer nuestras súplicas a Dios, Señor del universo, con la más pura y humilde devoción?

Por eso, debemos tener presente que, el ser oídos no depende de hablar mucho, sino de la pureza del corazón y compunción de lágrimas... (Ibíd., c. 19 y 20).

3. *El monje ha de* escuchar con gusto las lecturas santas, postrarse con frecuencia para orar, confesar a Dios cada día sus culpas con gemidos y lágrimas, y corregirse de las mismas en adelante (Ibíd c. 4).

4. El oratorio será siempre lo que su mismo nombre significa, y en él no se hará ni guardará ninguna cosa. Una vez terminada la obra de Dios, saldrán todos con gran silencio, guardando a Dios la debida reverencia, para que, si algún hermano desea orar privadamente, no se lo impida la importunidad de los demás. Y si alguno quisiere orar secretamente, entre él solo y ore; no en voz alta, sino con lágrimas y efusión del corazón. Por consiguiente, quien no proceda de esta manera, no se le permita quedarse, para que no estorbe a los demás (Ibíd. c. 52).

5. Nada se anteponga a la oración (Ibíd. c. 43).

SAN DOROTEO ABAD (m. 550)

Del abad Doroteo, superior de un monasterio de los alrededores de Gaza (540-550) existen

venticuatro discursos y ocho cartas sobre la profesión cristiana y monástica. (PG 88).

La vida ascética fuera de la gnosis, no tiene valor alguno; sólo una vida espiritual siempre consciente, una vida de unión constante con Dios por la oración, puede transfigurar nuestra naturaleza volviéndola semejante a la naturaleza divina y haciéndola participar de la luz increada de la gracia, a ejemplo de la humanidad de Cristo que apareció a sus discípulos revestida de la gloria increada en el monte Tabor. La "gnosis", la conciencia personal se acrecienta en la medida en que la naturaleza se transforma al entrar por la oración en la unión más estrecha con la gracia deificante (Doctrina XIV, 3 PG. 88, 1176-1780).

Es evidente que el hombre humilde y piadoso, sabiendo que nada bueno se puede hacer en su alma sin el auxilio y protección de Dios, jamás cesa de invocarlo para que tenga misericordia de él. Y el que ora a Dios sin cesar sabe cuál es la fuente de cualquier obra buena que realice y no podría en consecuencia sentir orgullo ni atribuirlo a sus propias fuerzas. Es a Dios a quien atribuye todas sus obras buenas, y no cesa de darle gracias e invocarlo, temiendo que la pérdida de su auxilio haga aparecer su debilidad y su impotencia. De este modo la humildad lo hace orar y la oración lo hace humilde, y cuanto más hace el bien, tanto más se humilla; y cuanto más se humilla más socorro recibe y progresa así por su humildad. (2 Conf. 38).

¿Cómo logras esto? Orando de todo corazón por el que le haya hecho mal, diciendo: "¡Oh Dios, auxílianos a mi hermano y a mí por sus oraciones!" De este modo, de un lado ora por su hermano, lo cual es un testimonio de compasión y caridad, y por el otro, se humilla pidiendo su seguridad... (8 Conf. 94).

Perturbarse cuando se combate una pasión es fruto de la ignorancia y del orgullo. Más bien debemos reconocer nuestros límites humildemente, y esperar en la oración que Dios tenga misericordia. Porque el que no es tentado y desconoce el tormento de las pasiones, no lucha ni puede ser purificado (13 Conf. 144).

El relajamiento y la despreocupación debilitan y disipan el alma; tantas tentaciones, por el contrario, traen el recogimiento y la unión con Dios. *Señor,* dice el profeta, *en la tribulación nos hemos acordado de ti* (Is. 26, 16). No debemos, por tanto, como he dicho, perturbarnos o descorazonarnos en las tentaciones, sino tener paciencia, dar gracias y pedir a Dios sin cesar, con humildad, que tenga piedad de nuestra debilidad y nos proteja contra la tentación, para gloria suya. Amén (Ibíd. 148).

SAN LEANDRO DE SEVILLA (m. 600)

San Leandro, Obispo de Sevilla, nació en Cartagena, en el seno de una familia de abolengo grecorromano, y es hermano de S. Isidoro, Obispo también de Sevilla, y de Sta. Florentina, virgen. San Leandro con su predicación e industria, y con la ayuda del rey Recaredo, convirtió a la nación visigoda, de la impiedad arriana a la fe católica.

Tu lectura ha de ser asidua, y tu oración continua. Tus horas y tareas deben estar distribuidas de modo que a la lectura siga la oración, y a la oración suceda la lectura. De tal manera debes alternar estos dos bienes sin interrupción, que nunca los dejes de la mano. Y, cuando tengas que trabajar, o por lo menos cuando tengas que tomar la refección del alimento, procura que otro lea por ti, para que, mientras las manos o los ojos están dedicados a su actividad, el don de la palabra divina siga apacentando tus oídos.

Pues si aun cuando estamos orando y leyendo, nos cuesta trabajo apartar nuestro ánimo resbaladizo de las seducciones diabólicas, ¿cómo no va a sentirse arrastrado por la pendiente de los vicios el corazón humano si no echa el freno de la lectura y la oración?

La lectura ha de enseñarte a orar y a pedir, y cuando vuelvas a la lectura tras de la oración, vuelve a examinar qué debes pedir (Reg. Mon. c. 15).

SAN GREGORIO I MAGNO, Dr. (m. 604)

San Gregorio Magno nació en Roma hacia el año 540. De joven sigue la carrera política, edificó varios monasterios y a los 31 años repartió toda su hacienda entre los pobres, y se hizo monje. A los 50 años es elegido Papa. Reforma el canto litúrgico que lleva su nombre, la supremacía de Roma, la formación del clero, la magnificencia del culto divino, etcétera, etc. Con él había nacido la Edad Media (PL 71).

1. Oigamos lo que hizo el ciego que había de ser iluminado: *Los que iban delante lo reprendían para que callase; pero él levantaba más el grito: "¡Jesús, Hijo de David, ten piedad de mí!" (Lc. 18, 39).*

Ahí lo tenéis: aquel a quien la turba reprendía para que callase, levanta más y más el grito: porque cuanto mayor sea el alboroto de los pensamientos carnales que nos acosan, tanto con mayor ardor debemos insistir en la oración.

La turba se opone a que clamemos, porque hasta en nuestras oraciones sufrimos muchas veces las representacioanes de nuestros pecados; pero, con todo, es necesario que la voz salida de nuestro corazón insista tanto más fuertemente cuanto con mayor fuerza es repelida, hasta que llegue a sobreponerse al alboroto de los pensamientos ilícitos y con el exceso de su importunidad irrumpa hasta los oídos piadosos del Señor.

Cada cual, según sospecho, echa de ver que en sí mismo sucede esto que decimos: que, cuando apartamos nuestro ánimo de este mundo y volvemos a Dios, cuando nos entregamos a la práctica de la oración, las mismas cosas que antes hicimos

siguiendo el deleite, después las sentimos importunas y pesadas en nuestra oración. Y apenas si, a fuerza de santos deseos, se consigue sobreponer a sus representaciones.

2. Pero cuando insistimos fervorosamente en nuestra oración, detenemos en la mente a Jesús que va de paso. Por eso se dice allí: *Parándose entonces Jesús, mandó traerle a su presencia.* Ved aquí cómo se para quien antes iba de paso; porque mientras todavía padecemos las turbas de las representaciones, en algún modo sentimos a Jesús que pasa; mas cuando insistimos fervorosos en la oración, Jesús se para a fin de restituirnos la luz, porque Dios se fija en el corazón y se recobra la luz perdida...

3. Y debe notarse lo que Jesús dice al ciego: "*¿Qué quieres que te haga?* " ¡Cómo! ¿Acaso el que podía dar la vista ignoraba lo que el ciego quería? No; pero se lo pregunta porque para conceder sus gracias quiere que se las pidan. Por eso aconseja tan reiteradamente la oración. No para enterarse, porque *bien sabe vuestro Padre celestial lo que necesitáis antes de que se lo pidáis.* Pero, no obstante, pregunta para que se le pida, para incitar al corazón a que ore (Hom. Ev. L. 1 Hm. 2).

4. El Señor dijo: "*Cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá*" (Jn. 16, 23).

Notemos, pues, que el nombre de Jesús, significa *Salvador.* Luego no se pide en nombre de Jesús, cuando no se piden cosas convenientes para la salvación.

Por eso, a continuación, dijo a los Apóstoles: "*Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre*". Como si claramente dijera: "Hasta ahora no habéis pedido nada en nombre del Salvador, porque nada habéis pedido para vuestra eterna salvación (Hom. Ev. L. 2, Hm. 7).

5. Si todo lo que pedimos en nombre del Hijo nos lo concede el Padre, ¿cómo es entonces que Pablo rogó por tres veces al Señor y no mereció ser oído, sino que se le dijo: *Te basta m*

gracia, porque *la virtud se perfecciona en la debilidad?* (2 Cor. 12, 9). ¿Acaso tan egregio predicador no pidió en nombre del Hijo? ¿Por qué, pues, no consiguió lo que pedía? ¿Cómo es entonces verdad que el Padre nos da todo lo que pidiéramos en nombre del Hijo, si el Apóstol pidió en nombre del Hijo que se le quitara el espíritu de Satanás y, con todo, no consiguió lo que pedía?

6. Repetimos: el nombre del Hijo es Jesús, y Jesús significa *Salvador* o saludable; según esto, pide en nombre del Salvador quien pide lo pertinente a la verdadera salud; mas si se pide lo que no conviene, no se pide al Padre en el nombre de Jesús... Por eso no es escuchado Pablo, porque, si se viera libre de la tentación, no le aprovecharía para la salud (Lib. 11, Hm. 7).

7. El poder de la oración está en la grandeza de la caridad, y todos consiguen lo que rectamente piden cuando al orar no se halla su alma ofuscada por el odio...

Decimos: *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores.* Por lo tanto, como el mismo que compuso esta oración es quien la oye, o perdonamos nosotros para que se nos perdone, o tenemos que suprimir esta cláusula del Padrenuestro...

¿Pues qué tenemos que hacer? Amar a nuestros hermanos con afecto de caridad, para que así Dios omnipotente tenga en cuenta nuestra caridad con el prójimo y nos dispense su piedad de acuerdo con lo que nos manda: *Perdonad y se os perdonará.*

Ved, pues, qué es lo que se nos debe, y qué es lo que nosotros debemos: así que perdonemos lo que se nos debe (Ibíd).

8. El alma del hombre recto, al buscar en la oración el remedio de sus heridas, se hace tanto más acreedor a ser escuchado por Dios, cuanto más rechazado se ve de la aprobación de los hombres (Moralia, 6).

9. Cuando se llama continuamente en la oración, se concede pronto auxilio en la tentación (Hom. 35).

10. Si tú no fueres oído la primera vez que rogares, no aflojes en la oración, antes entonces insiste más en los ruegos, entonces levanta más que nunca la voz a Dios: porque el Señor quiere ser rogado, quiere ser violentado, quiere ser vencido de nosotros con una santa importunidad (Lib. 11, Hm. 7).

Dios quiere que le roguemos, quiere que le hagamos violencia, quiere ser vencido de nosotros por nuestra importunidad. Por esta razón os dice: "*El reino de los cielos padece violencia, y los que la emplean, de él se apoderan*".

Sed, pues, asiduos en la oración; Sed importunos en vuestras súplicas; cuidad de no desanimaros en la oración (Cit. por B.M.S.).

Dios quiere darnos la perseverancia, pero para eso quiere ser importunado y como obligado por nuestros ruegos (Cit. por S. Ligorio).

11. También la misma predestinación del reino eterno, de tal forma ha sido dispuesta por Dios omnipotente, que los elegidos lo consiguen con su esfuerzo, en cuanto orando, merecen recibir todo lo que Dios desde la eternidad tiene dispuesto concedernos (Dialg. L. 1. c. 8).

12. A fin de poder alzar la frente limpia de pecado para la oración (cfr. Job 11, 15), hay que reflexionar antes de la oración cualquier cosa que pueda ser reprobada en la misma oración. El alma se ha de apresurar a mostrarse antes y después de la oración como le gusta aparecer ante el Juez en el momento de la oración. Pues a veces pensamos en cosas inmundas o ilícitas cuando no oramos y al emprender la mente el ejercicio de la oración, sufre el acoso de aquellas imágenes en las que antes se entretenía ociosa. Y entonces el alma es incapaz de levantar la frente a Dios porque le da vergüenza al verse manchada de sucios pensamientos. A menudo nos deleitamos en las preocupaciones mundanas y cuando intentamos después el ejercicio de la oración, la mente no puede elevarse a las cosas celestiales porque el peso de la solicitud terrena le empuja hacia abajo. Y no se muestra la frente limpia en la oración porque está manchada por el barro de los pensamientos bajos (Morales, 10, 15).

13. No pueden contemplar la Sabiduría de Dios los que se consideran sabios, pues están tanto más lejos de su luz cuanto menos humildes son. En la medida que crece en sus almas la hinchazón de su soberbia, disminuye la agudeza para la contemplación. Si deseamos ser verdaderamente sabios y contemplar a la Sabiduría misma, hemos de reconocernos necios humildemente. Abandonemos la nociva sabiduría y aprendamos la honorable necedad. (Morales, 27, 46).

14. Nuestro Redentor es llamado piedra angular porque entre otras cosas nos da ejemplo de ambas vidas: la activa y la contemplativa. Las dos son muy distintas, pero nuestro Redentor encarnado, al ejercitar ambas las unió, pues si hacía milagros en la ciudad, pasaba la noche en el monte en continua oración. Así dio ejemplo a los suyos para que no descuiden la atención al prójimo por dedicarse a la contemplación ni abandonen el ejercicio de la contemplación por entregarse inmoderadamente a cuidar del prójimo, sino que vivan unitariamente ambas realidades, de forma que el amor del prójimo no preceda al amor de Dios, ni el amor de Dios, aunque sea superior, se olvide del amor del prójimo. (Morales, 28, 13).

15. Los santos, aunque tengan que salir de la presencia del Creador, cuya claridad intentan contemplar, para dedicarse al ministerio de la vida activa en favor nuestro, sin embargo vuelven de nuevo sin cesar al ejercicio santo de la contemplación y así se derraman exteriormente como ríos a través de las palabras que llegan hasta nuestros oídos, pero en el silencio del alma vuelven siempre a penetrar en la misma fuente de la luz. (Morales, 30, 2).

16. No podemos alcanzar la cima de la contemplación si no abandonamos el peso de las preocupaciones exteriores, ni nos podemos conocer a nosotros mismos llegando a descubrir que hay en nosotros una parte racional que ha de ser la rectora y una parte animal que debe ser regida, si no recurrimos al secreto del silencio adormeciéndonos a toda perturbación externa. Este nuestro

silencio está figurado en el sueño de Adán, de cuyo costado salió la mujer, pues todo el que se adentra en la contemplación interior, cierra los ojos a las cosas visibles. (Morales, 30, 16).

17. Hay dentro de la Santa Iglesia algunos que dirigen a Dios largas súplicas, pero no llevan vida de suplicantes. Sus peticiones están conformes a las promesas celestes, pero sus obras las ahuyentan. A veces incluso derraman lágrimas en la oración, pero después de la oración, cuando la soberbia tienta su alma, se hinchan de orgullo y arrogancia; cuando la avaricia les instiga, pronto arden en las llamas de pensamientos avaros, cuando la lujuria les incita, enseguida están anhelando en deseos ilícitos; cuando la ira les solicita, pronto la llama de la cólera destruye la mansedumbre de su alma. Lloran en la oración, pero una vez acabada, cuando son tentados por los vicios, ya no se acuerdan de llorar por el deseo del Reino eterno (...). La oración no tiene peso de virtud si no la mantiene la perseverancia del amor continuo. (...) Orar con verdad es emplear gemidos amargos de compunción y no palabras bien compuestas (Morales, 33, 23).

SAN MODESTO (m. 634)

Sobre San Modesto, Patriarca de Jerusalén, véase Migne LXXXVI, 2, 3273-3312, cod. 275.

María es nuestra intercesora ante Dios. —Salve, oh perpetuo y divino auxilio de los que piadosamente veneraron a Dios... Dios te ha tomado consigo para que fueses ante El nuestra intercesora... Salve, oh refugio de los mortales ante Dios; pues El decidió tenerte consigo para que por tus ruegos ser siempre propicio con nosotros *(Melús. Orar con María).*

SAN JUAN CLIMACO (m. 635)

San Juan Clímaco a los dieciséis años se retira a las soledades del Sinaí y hace vida

solitaria de anacoreta entregado al trabajo, la penitencia y la oración. Su fama de santidad le atrae innumerables monjes que le nombran abad. Más tarde escribe para ellos la Escala del Paraíso, *libro que lo coloca entre los escritores más eminentes de la Iglesia Oriental.*

1. La oración es, en cuanto a su naturaleza, la conversación y la unión del hombre con Dios, y, en cuanto a su eficacia, la madre de la gracia, el perdón de los pecados, puente para pasar las tribulaciones, muro para resistir a las tentaciones, cuchillo para vencer en las batallas, ejercicio y obra de ángeles, principio de la alegría del cielo, obra que nunca se acaba, fuente de las virtudes, ministra de las gracias, aprovechamiento invisible, mantenimiento del alma, luz del entendimiento, destierro de la desconfianza, estribo de la esperanza, arma contra la tristeza, riqueza de los monjes y tesoro de la vida solitaria...

Para el que ora verdaderamente, la oración es la corte de la justicia, la sala del juicio y el tribunal del Señor antes del juicio futuro.

2. Levantémonos y escuchemos lo que nos grita en voz alta esta santa reina de las virtudes: *"Venid a mí los que estáis fatigados y Yo os daré descanso. Tomad sobre vosotros mi yugo y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón y hallaréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera* (Mt. 11, 28-30). Es un remedio soberano para los grandes pecados.

3. Si queremos permanecer ante nuestro Rey y nuestro Dios, y conversar con El, no podemos ponernos en camino sin preparación; pues si nos ve desde lejos, desprovistos de las armas y de las vestimentas que convienen a sus soldados, ordenará a sus ministros que nos carguen de cadenas y nos lleven lejos de su presencia...

4. Cuando vayas a presentarte ante el Señor, la túnica de tu alma debe estar totalmente tejida con el hilo de la ausencia del

rencor. De otra manera, no obtendrás ningún beneficio de la oración.

5. La tela de tu oración debe ser de un solo color. El publicano y el hijo pródigo se reconciliaron con Dios a través de una sola palabra.

6. Permanecer ante Dios es común a todos los que oran; pero la oración presenta muchas variedades. Algunos se dirigen a Dios como a un amigo y a un maestro, ofreciéndole sus alabanzas y sus súplicas, no para ellos, sino para otros. Algunos piden un acrecentamiento de riqueza espiritual, de gloria y de confianza filial. Algunos le suplican que los libre completamente del adversario. Otros, que les sea otorgado algún favor, y otros piden ser librados de toda preocupación con respecto a sus faltas. Algunos piden la liberación de la prisión, el perdón de sus crímenes.

7. Escribamos en el pergamino de nuestra oración, antes que cualquier otra cosa, la acción de gracias sincera. En segundo lugar, la confesión de nuestras faltas y una contrición del alma sentida profundamente. Luego, presentemos nuestra demanda al Rey del Universo. Es la mejor manera de orar, como se lo reveló un ángel del Señor a uno de nuestros hermanos.

8. Si has tenido que comparecer ante un juez terrenal, no necesitas otro modelo para tu actitud ante la oración. Pero si jamás has sido juzgado o si no has asistido al proceso de otros acusados, instrúyete en todo caso, acerca de cómo los enfermos que van a ser amputados o cauterizados imploran a los cirujanos.

9. Cuando vayas a la oración, no andes buscando palabras complicadas, pues el simple balbuceo, sin variedad, de los niños, ha tocado a menudo al Padre de los cielos.

10. Cuando ores no hables demasiado, no sea que, mientras buscas qué decir, se distraiga la mente. Una sola palabra del

publicano aplacó a Dios, y un solo grito de fe, salvó al ladrón. La locuacidad en la oración dispersa al espíritu y lo llena de imágenes, mientras que la repetición de una misma palabra le permite concentrarse.

11. Si una palabra de tu oración te llena de dulzura o de compunción, permanece en ella, pues nuestro ángel custodio está allí orando con nosotros.

12. No confíes demasiado, si crees que has adquirido cierta pureza; acércate mejor con profunda humildad y recibirás una confianza todavía más grande.

13. Aunque hayas superado ya todos los grados de las virtudes, pide, sin embargo el perdón de los pecados. Escucha lo que dice Pablo al hablar de los pecadores: *"El primero de ellos soy yo"* (1 Tm. 1, 15).

14. El aceite y la sal sazonan la comida; la templanza y las lágrimas dan alas a la oración.

15. Si estás revestido de dulzura y libre de todo enojo, no penarás mucho para librar tu espíritu de su cautiverio.

16. Mientras no adquiramos la oración verdadera, nos pareceremos a aquellos niños que comienzan a caminar.

17. Esfuérzate para elevar tu pensamiento, o mejor, para encerrarlo en las palabras de tu oración; y, si a causa de su estado infantil, se debilita y cae, condúcela allí de nuevo. La inestabilidad es característica del intelecto; pero Dios tiene el poder de volver todo estable. Si perseveras infatigablemente en este combate, Aquel que puso los límites al mar de tu intelecto vendrá y te dirá durante tu oración: *"Llegarás hasta aquí y no más allá"* (Job, 38, 11). El espíritu no puede estar encadenado; pero todo está sometido al Creador del espíritu.

18. Si has contemplado como se debe al Sol, también podrás conversar con él como conviene. Si no, ¿cómo puedes relacionarte sin mentiras con aquel que no has visto?

19. El comienzo de la oración consiste en rechazar por medio de una sola palabra los pensamientos en el mismo momento en que se presentan. El estado intermedio consiste en mantener nuestro pensamiento en lo que decimos o pensamos. Y su perfección es el éxtasis en el Señor.

20. La exultación que sobreviene en el tiempo de la oración en los que viven en comunidades, es una; otra es la que se produce en los que oran en la soledad. La primera puede estar un poco mezclada con la imaginación, pero la segunda es totalmente llena de humildad.

21. Si ejercitas continuamente tu intelecto para que no divague, estará cerca de ti, incluso durante las comidas. Pero si vagabundea sin ser detenido, no permanecerá jamás a tu lado.

22. Un gran trabajador de la oración perfecta y sublime, dijo: "*Prefiero decir cinco palabras con mi mente*" (1 Cor. 14, 19). Pero una oración de tal naturaleza, es extraña para las almas que se encuentran todavía en la infancia. Nosotros, que además somos imperfectos, necesitamos no sólo la calidad, sino una cantidad abundante de palabras para nuestra oración. Mediante la cantidad, se consigue la calidad. Se ha dicho, en efecto: "El da una oración pura a aquel que ora asiduamente, incluso si su oración está llena de distracciones y es pesada".

23. Una cosa es la bajeza de la oración, otra la extinción, otra el robo, otra el engaño. La bajeza o suciedad es cuando, en medio de las plegarias santas, se revuelven absurdos pensamientos en el corazón. La extinción es cuando, bajo la oración, la mente se ve arrastrada como cautiva hacia preocupaciones inútiles. El robo es cuando la mente va vagando inútilmente. El engaño es cualquier ímpetu que se desborda contra nosotros,

cuando oramos. La oración no es otra cosa que el apartamiento de todo el mundo, tanto corpóreo como incorpóreo, tanto del que vemos como del que no vemos.

24. Si no estamos solos en el momento de la oración, adoptemos dentro de nosotros la actitud de súplica. Si no hay nadie con nosotros que pueda alabarnos, adoptemos, incluso exteriormente, la actitud del que suplica. Pues en los que son imperfectos, a menudo el intelecto adopta la forma del cuerpo.

25. Para todos, pero especialmente para aquellos que van al Rey para obtener de El la remisión de sus faltas, es necesaria una inexpresable contrición.

26. Mientras estamos todavía en prisión, escuchemos a Aquel que habló así a Pedro: "*Levántate a prisa, y cayeron las cadenas de sus manos*", cíñete a la obediencia, aleja de ti tu voluntad y así despojado acércate al Señor en la oración. Entonces recibirás al Dios que gobierna tu alma (Hech. 12, 8).

27. Resucita del amor del mundo y de los placeres, sepárate de las preocupaciones, despoja tu pensamiento, renuncia a tu cuerpo; la oración no es otra cosa que el olvido del mundo visible e invisible. "*¿Quién hay para mí en el cielo? Estando contigo no hallo gusto ya en la tierra*" (Sal, 72, 25). No deseo otra cosa que unirme continuamente a ti en una oración sin distracción. Unos deseean las riquezas, otros, la gloria, y otros, grandes bienes, pero mi bien es estar junto a Dios; he puesto en el Señor la esperanza de la impasibilidad de mi alma (Sal. 72, 28).

28. La fe da alas a la oración; sin ella no podemos volar al cielo.

29. Nosotros, que estamos sujetos a las pasiones, oremos al Señor con insistencia; pues todos los impasibles pasaron de la sujeción a las pasiones, a la impasibilidad.

30. El juez no teme a Dios, porque es Dios; pero si el alma se convierte en viuda de El por sus pecados y caídas y lo importuna, El hará justicia de su adversario, el cuerpo, y de los espíritus que combaten contra ella (Lc. 18, 1-7).

31. Nuestro Dios, pleno de bondad y sabiduría, atrae con su amor a las almas agradecidas, escuchando sus demandas con prontitud; pero a las almas ingratas, como a perros, los deja rezar mucho tiempo ante El intencionadamente, con hambre y sed de ser escuchados; pues los perros ingratos dejan a su benefactor en cuanto han obtenido su pan.

32. Después de haber perseverado por mucho tiempo en la oración, no digas que no has llegado a nada; pues ya has obtenido un resultado. ¿Qué mayor bien, en efecto, que el de unirse al Señor y perseverar sin descanso en esta unión con El?

33. Un criminal tiene menos temor ante la sentencia de su condena que un hombre que sabe lo que es la oración en el momento de orar. Por eso, si es sabio, el recuerdo de este temor lo llevará a soportar injurias, a rechazar la cólera, toda preocupación, toda tribulación, toda satisfación de su apetito, todo pensamiento malo y todo lo que distrae.

34. Prepárate para una oración incesante del alma en los momentos en que te consagras a la oración, y harás rápidos progresos. He visto algunos que brillaban por su obediencia y que se esforzaban tanto que podían conservar en su intelecto el pensamiento de Dios. En el momento de la oración podían recoger en seguida su espíritu y derramar torrentes de lágrimas porque estaban preparados de antemano para la santa obediencia.

35. Cuando la salmodia es comunitaria, está acompañada de distracciones y divagaciones; lo que no ocurre si es individual. Pero entonces la apatía nos hace la guerra, mientras que en la comunidad viene a ayudarnos la emulación.

36. La guerra hace conocer el amor del soldado por su rey; el tiempo y la práctica de la oración revelan el amor que el monje tiene a Dios.

37. Tu oración te hará conocer el estado de tu alma. Los teólogos, en efecto, llaman a la oración el espejo del alma.

38. Quien está realizando cualquier tarea y continúa haciéndolo cuando llega la hora de la oración, es un juguete de los demonios. Pues el objetivo de estos ladrones es cambiarnos una actividad por otra.

39. No te niegues cuando alquien te pida que reces por su alma, incluso si no posees la oración; pues, a menudo, la fe del que pide salva al mismo tiempo al que ora por él con contrición.

40. No te enorgullezcas si tu oración por otro es escuchada; pues es su fe la que fue poderosa y eficaz.

41. Todo niño es interrogado cada día infatigablemente por su maestro acerca de lo que le enseñó; de la misma manera, el intelecto es interrogado con razón cada vez que ora, acerca de lo que ha hecho con la fuerza que recibió de Dios. Estemos, pues, atentos.

42. Una vez que hayas orado con atención, apresúrate a combatir los movimientos de cólera. Pues allí quieren conducirnos nuestros enemigos. Debemos practicar todas las virtudes siempre y, sobre todo, dedicarnos a la oración con profundo sentimiento interior. El alma ora con este sentimiento cuando domina su irascibilidad.

43. Lo que se obtuvo por una oración frecuente y prolongada, es a prueba del tiempo.

44. Quien ha encontrado al Señor, ya no se propondrá más ese objetivo en su oración, pues el propio Espíritu intercede por él en su corazón con gemidos inefables (Rm. 8, 26).

45. Durante la oración no admitas ninguna imagen sensible para no caer en el extravío.

46. La certeza íntima de que todas nuestras demandas son escuchadas, se nos presenta claramente en la oración. La certeza íntima es la resolución de nuestras dudas. La certeza íntima es una manifestación indudable de lo que es manifiesto.

47. Debes ser extremadamente misericordioso, tú que te dedicas a la oración. Pues en la oración los monjes recibirán cien por uno; y el resto, lo tendrán en la vida eterna (Mt. 19, 29).

48. Cuando el fuego reside en el corazón, resucita la oración y cuando ésta se despierte y suba al cielo, descenderá el fuego en el cenáculo del alma (Hech. 2, 3).

50. Un excelente caballo, a medida que avanza en la carrera, se enardece y se anima más y más. Por carrera quiero decir salmodia, y por caballo un intelecto valiente. El olfatea de lejos el combate (Job. 39, 25), se encuentra preparado y se muestra enteramente convencido.

51. Es cruel quitarle el agua de la boca al que tiene sed; pero todavía es más cruel para un alma que ora con compunción, el ser arrancada de esa oración tan deseable antes de que termine completamente.

52. No abandones la oración antes que hayas visto cesar el fuego y el agua por una disposición divina. Pues quizás no se presente más en toda tu vida una ocasión parecida para obtener la remisión de tus pecados.

53. A veces quien ha recibido el sabor de la oración, mancilla su intelecto al dejar escapar una sola palabra desconsiderada, y cuando regresa inmediatamente a la oración suele ocurrir que no encuentra en ella lo que deseaba.

54. Algunos vigilan asiduamente el corazón, y otros hacen que el corazón vigile al intelecto, gobernador y gran sacerdote que ofrece a Cristo sacrificios espirituales. Cuando el fuego santo y celestial viene y permanece en el alma de los primeros, como dice uno de aquellos que fueron denominados teólogos, los quema porque no están perfectamente purificados, en tanto que ilumina a los segundos según la medida de su perfección. Pues el fuego es sólo uno: fuego que consume y luz que ilumina. Por eso, algunos concluyen la oración como si salieran de una hoguera ardiente, y se sienten aliviados de todo lo que es material y de toda mancha, mientras que los otros resplandecen y están revestidos con un doble manto: el de la humildad y el de la alegría. Pero los que concluyen la oración sin haber experimentado ninguno de estos efectos, rezaron sólo con la boca, por no decir hipócritamente.

55. Si un cuerpo ve modificada su propia manera de obrar cuando está en contacto con otro cuerpo, ¿cómo podría permanecer igual el que toca el cuerpo de Dios con manos puras?

56. Vemos que nuestro Rey tan bondadoso, como un rey de la tierra, distribuye sus dones a sus soldados: lo hace Él mismo, a través de un amigo, a través de un esclavo o de una manera secreta. Esto siempre se producirá en proporción a la túnica de humildad que llevemos.

57. Un rey de la tierra se sentirá profundamente descontento al ver a un hombre que, en su presencia, da vuelta su rostro y conversa con sus enemigos. De la misma manera, merece la aversión del Señor quien acoge pensamientos impuros en el momento de la oración.

58. Cuando se aproxime el perro, domínalo con tu bastón y, aunque se presente a menudo, no cedas jamás.

59. Pide a través de la aflicción, busca a través de la obediencia y llama a través de la penitencia. Pues quien pide así, recibe; quien busca, encuentra, y a quien llama, se le abrirá (Mt. 7, 8).

60. No multipliques tus intercesiones en la oración por una mujer, para no ser sorprendido.

61. No intentes confesar en detalle y tal como son, las faltas carnales, para no tenderte emboscadas a ti mismo.

62. No emplees el tiempo de la oración reflexionando acerca de cosas necesarias o asuntos de orden espiritual, pues perderás la mejor parte.

63. Quien mantiene sin descanso el bastón de la oración, no tropezará. E incluso si cae, su caída no será definitiva. Pues la oración es una piadosa violencia ejercida por Dios (Lc. 11, 5-8; 18, 1-8).

64. No podemos juzgar la utilidad de la oración por las embestidas que nos libran los demonios, y juzgar sus frutos por la derrota del enemigo. *"En esto sabré que eres mi amigo: si mi enemigo no lanza más su grito contra mí" (Sal, 40, 12).* Es decir: con la boca, con el alma y con el espíritu. Pues *allí donde están dos reunidos, allí está Dios en medio de ellos"* (Mt. 18, 20).

65. No todos tienen las mismas necesidades, ni en lo que concierne al cuerpo, ni en lo que concierne al espíritu. Para algunos es conveniente ir más rápidamente; para otros, tomar su tiempo para la salmodia. Los primeros luchan contra las distracciones, los otros, contra la ignorancia.

66. Si hablas al Rey constantemente de tus enemigos, ten confianza cuando te ataquen. No tendrás que penar, pues se retirarán rápidamente por sí mismos. Estos espíritus malvados no quieren verte obtener un premio por los combates que libras contra ellos a través de la oración. Es más, flagelados por tu oración, huirán como del fuego.

67. Ten ánimo y tendrás al propio Dios como maestro de oración. Es imposible aprender y ver por medio de palabras, porque ver es un efecto de la naturaleza. Es completamente imposible también aprender la belleza de la oración a través

de la enseñanza de otro. La oración solamente se aprende en la oración y tiene a Dios por maestro, *"que enseña al hombre el saber"* (Sal. 93, 10), que otorga el don de la oración a aquel que ora y *"guarda los pasos de sus fieles"* (1 S. 2.9). Amén (Escala del Paraíso, Grada, 28. PG 88, 1130-1147).

Resumen de la Grada, 18

1. El sueño repara las fuerzas de la naturaleza...

2. Pero así como los que beben mucho se han de vencer poco a poco, del mismo modo los que están acostumbrados a dormir demasiado, han de luchar contra este hábito...

3. Cuando los monjes acuden a la oración, también acuden invisiblemente multitud de demonios y hacen todo lo que pueden para distraerlos...

El que piensa que está en la presencia de Dios y ora con verdadero sentimiento, se mantendrá inmóvil como una columna, y ninguno de los demonios de los que hemos hablado podrá escarnecerlo.

4. El verdadero obediente es ennoblecido por Dios cuando llega a la oración, y allí es maravillosamente consolado. Antes de orar se prepara como un luchador para resistir los pensamientos extraños, y en mérito a ello es encendido y abrazado a su amor.

5. A todos les es posible orar en comunidad; muchos prefieren hacerlo con un solo compañero animado del mismo espíritu; pero la oración solitaria es para muy pocos.

6. Cuando cantes en el coro, te será imposible ofrecer una oración libre de otros pensamientos. Pero ocupa tu pensamiento en las palabras que se cantan y di una oración en espera del verso que sigue.

7. No mezcles el tiempo de la oración con otra ocupación. Da a cada cosa su tiempo. Esto es lo que el ángel enseñó al gran Antonio.

8. Como la fragua depura el oro, así la práctica de la oración descubre el celo y el amor de los monjes para con Dios (Escala del Paraíso, Grada 18).

SAN ISIDORO DE SEVILLA, Dr. (m. 636)

San Isidoro sucede a su hermano San Leandro en la sede episcopal de Sevilla. Preside los Concilios II de Sevilla y IV de Toledo y reorganiza la Iglesia española, preocupándose principalmente por la formación de los clérigos. Copilador famoso de la ciencia de la antigüedad, Maestro por antonomasia de la Edad Media que recibió a través de sus obras la cultura y doctrina patrística y aún profana. Toda la Edad Media se nutrió de los Diccionarios que Isidoro recopiló (PL 81-84).

Es necesario que el monje dedique al trabajo tiempos determinados y otros a la oración y a la lectura, pues el monje debe tener tiempos oportunos para cada obligación (Reg.).

1. *La oración:* Este es el remedio para el que es asediado por el incentivo de los vicios: Aplicarse a la oración cuantas veces le asalta algún vicio, ya que la oración frecuente neutraliza el ataque de éstos.

2. Conviene aplicar nuestro ánimo a la oración y la súplica con tal perseverancia que lleguemos a superar con firmísima voluntad las molestas sugestiones de los deseos carnales que se insinúan a través de los sentidos, e insistir todo tiempo hasta que las venzamos con nuestra tenacidad, ya que una súplica negligente ni siquiera logra conseguir de los hombres lo que desea.

3. Cuando uno ora, invoca la asistencia del Espíritu Santo. Mas tan pronto como El llega, al punto se desvanecen las tentaciones de los demonios que asaltan el alma humana al no poder soportar la presencia de aquél.

4. Orar es propio del corazón, no de los labios, pues Dios no atiende a las palabras del que suplica, sino al corazón del que ora. Pero si el corazón ora en secreto y la voz se calla, aunque (la plegaria) se oculte a los hombres, no pude ocultarse a Dios, que está presente en la conciencia. Efectivamente, es preferible orar interiormente en silencio, sin sonido de palabras, que con solas las palabras, sin aplicación de la mente.

5. Nunca se ha de orar sin lágrimas, pues el recuerdo de los pecados engendra aflicción; mientras oramos recordamos las culpas, y entonces nos reconocemos más culpables. Así, pues, cuando comparecemos ante Dios, debemos gemir y llorar al acordarnos cuan graves son los crímenes que cometimos y cuan terribles los suplicios del infierno que tenemos.

6. El alma, cual se presenta en la oración, así debe mantenerse después de ella. Porque de nada aprovecha la oración si reiteradamente se comete el pecado del que nuevamente se pide perdón. Aquél, sin duda, percibe el futuro que espera de la plegaria que no reitera con sus faltas lo que pide se le perdone en la oración.

7. Nuestra alma es celestial, y entonces contempla rectamente a Dios en la oración cuando no está embarazada por ninguna preocupación o extravío terreno. En su propio ambiente está dispuesta para el bien, en otro distinto se turba.

8. Es pura la oración cuya práctica no impide los cuidados del mundo, mas está lejos de Dios el ánimo que durante la oración se halla distraído con pensamientos terrenos. Entonces, pues, oramos sinceramente, cuando no pensamos en otra cosa. Pero son muy pocos los que oran así; y aunque se dan algunos, es difícil, no obstante, que siempre sea así.

9. El alma que antes de la oración, alejada de Dios, se entretiene con pensamientos torpes, cuando se entrega a la oración le asaltan las imaginaciones que recientemente tuvo, dificultándole el libre acceso a la plegaria, a fin de que su espíritu no se eleve libremente al deseo celestial.

10. Por ello, en primer lugar se ha de purificar el ánimo y apartarlo de la consideración de los asuntos temporales, para que con pureza de intención se dirija a Dios verdadera y sinceramente. Porque entonces en realidad confiamos poder conseguir los dones divinos cuando nos presentemos en la oración con sencillez de afecto.

11. De múltiples maneras se distrae la atención en la plegaria cuantas veces las vanidades del mundo invaden el ánimo de quienquiera que practique la oración. Pero entonces el diablo sugiere con más ahínco al espíritu humano el pensamiento de los cuidados temporales cuando se da cuenta que uno está orando.

12. De dos maneras se anula el fruto de la oración: si se cometen pecados o si no se perdona al que le ofendió. Doble vicio que, si uno aleja de sí, fácilmente alzará libre el ánimo hacia las peticiones que con su plegaria espera conseguir.

13. El que es injuriado no deje de orar por los que le injurian; pues, según la sentencia del Señor, peca quien no ora por los enemigos.

14. Así como no hay remedio provechoso para aquella herida que todavía tiene dentro la metralla, así de nada sirve la oración de aquél en cuyo ánimo persiste el dolor y el odio en su corazón.

15. Tan grande debe ser el amor a Dios del que ora, que no debe desconfiar del resultado de la plegaria: porque en vano hacemos oración si no tenemos confianza en ella. Así, pues, pida cada uno con fe, sin titubear lo más mínimo, pues el que duda se asemeja al oleaje del mar, que el viento provoca y dispersa a la vez (Sant. 1,6).

16. La desconfianza en la oración se origina por conservar en el alma aun cierto efecto al pecado. En efecto, no puede

albergar segura confianza quien todavía es indolente en el servicio de Dios y se deleita con el recuerdo del pecado.

17. No merece recibir lo que pide en la oración quien se aparta de los preceptos de Dios, ni puede conseguir el favor que pide a Aquél cuya ley no obedece. Si realizamos lo que Dios manda, sin duda conseguimos nuestras peticiones, porque, como está escrito, *es abominable la oración de aquél que se aparta de la ley* (Prov. 28, 9).

18. En el servicio de Dios se encarecen necesariamente estas dos cosas: que las obras se apoyen en la oración, y la oración en las obras...

19. La oración nos purifica y la lectura nos instruye; ambas cosas son excelentes, pero si no hubiera tiempo para todo, puede suprimirse la lectura, pero no la oración.

20. El que gusta de estar siempre con Dios, debe orar con frecuencia, y asimismo leer. Porque cuando oramos, somos nosotros los que hablamos con Dios; cuando leemos, es Dios quien habla con nosotros.

21. Todo el aprovechamiento proviene de la lectura y de la meditación, porque con la lectura aprendemos las cosas que ignoramos, y con la meditación conservamos las que hemos aprendido (Sent. 3, 7 y 8).

22. Mientras oramos nos fortalecemos nosotros y el enemigo se debilita, pero en dejando de orar, nos debilitamos nosotros y él recobra sus fuerzas. La oración asidua enflaquece las fuerzas de la tentación y del tentador. Este es el remedio contra los ardores de los vicios.

23. Cuantas veces nos acometan y nos quieran abrasar con su fuego, otras tantas hemos de orar y suplicar a Dios, porque la frecuencia de la oración apaga los incentivos de la tentación.

24. La oración es el azote del enemigo, el sostén del pecador, la consolación del prójimo, el sacrificio de alabanza que se ofrece a Dios.

25. La oración frecuente disminuye las fuerzas de los ataques de los vicios, fortifica la buena voluntad y es la coraza del alma. Por eso, en ningún momento anda el demonio tan solícito en distraernos con la memoria de las cosas temporales como cuando nos dedicamos a la oración (Sent. 3).

26. El orden de la Misa y de las oraciones, con las que las ofrendas se consagran a Dios, primeramente fue establecido por San Pedro. Su celebración se realiza del mismo modo en todo el mundo.

27. La primera oración es de advertencia a los fieles para que se estimulen a implorar a Dios. La segunda es la invocación a Dios para que acoja las preces y oblaciones de los fieles. La tercera se ofrece por los mismos oferentes o por los difuntos para que obtengan el perdón.

28. La cuarta se presenta como ósculo de paz, para que, reconciliados todos mutuamente por la caridad, se unan dignamente en el sacramento del cuerpo y sangre de Cristo, porque el cuerpo indivisible del Señor no acepta disensiones en los fieles. La quinta se aplica a la santificación de la oblación, en la cual todas las criaturas terrestres y todas las potestades celestes son invitadas a alabar a Dios, y se canta el *Hosanna in excelsis*, porque al nacer el Salvador de la familia de David, la salvación ha llegado al mundo entero.

29. La sexta realiza el sacramento para que la oblación que se ofrece a Dios, santificada por el Espíritu Santo, se convierta en el Cuerpo y Sangre de Cristo. La última oración es el Padrenuestro, con la que el Señor enseñó a orar a sus discípulos. En esta oración, como dicen los Santos Padres, se contienen siete peticiones. En las tres primeras se piden cosas celestiales,

en las cuatro siguientes se piden cosas temporales, aunque se piden para conseguir las cosas eternas (Migne, 83, 752-53).

30. *La oración a María, signo de predestinación.* —¡Oh María, cuya intercesión no es rechazada ni la oración desoída...! Si confío en Ti, oh Madre de Dios, seré salvo. Defendido por Ti, nada temeré. Con tu protección y auxilio perseguiré y pondré en fuga a mis enemigos, porque tu devoción es un arma de salvación que Dios concede a los que quiere salvar (*Melús: Orar con María*).

Ora sin cesar continuamente; ruega a Dios siempre noche y día, y sea tu oración constante, repetida y tan frecuente que nunca dejes de la mano las armas de la oración.

Insiste en ella una y otra vez, apóyate en ella con asiduidad, y siempre gimiendo y llorando, levántate de noche a tus preces.

Vela y ora; pasa las noches en plegarias y preces y dedícate a vigilias nocturnas.

Vuelve a orar apenas hayas cerrado los ojos un poco; porque la oración frecuente desvía los dardos del diablo y vence sus armas la oración continua. Esa es la fuerza primera contra el asalto de las tentaciones, y ella es el arma principal contra los intentos de los enemigos.

La frecuencia en las plegarias arroja los espíritus inmundos, y la constancia en la oración triunfa de todos ellos. Contra ella son los demonios vencidos y derrotados, y es la que prevalece contra todo mal (*De los sinónimos*).

SAN SOFRONIO (m. 638)

San Sofronio, patriarca de Jerusalén, envió una larga carta al patriarca de Constantinopla en forma de profesión de fe que fue aprobada por los Padres del VI Congreso Ecuménico celebrado en Constantinopla en el 680-681 (PL 87).

¡Oh, Virgen, eres bendita entre todos! Eres bendita entre las mujers, pues has cambiado la maldición de Eva en bendición; has hecho que Adán, que yacía herido por su pecado, por medio de Ti sea bendecido. Verdaderamente bendita Tú eres entre las mujeres, pues por medio de Ti la bendición del Padre ha brillado para los hombres y los ha liberado de la antigua maldición... ¿Qué puede haber más excelente que esta gracia que Tú sola has alcanzado? ¿Qué puede haber mayor, más amable o espléndido que esta gracia?...

Por todo ello, contemplando tus prerrogativas tan excelentes, que destacan sobre todas las criaturas, te aclamo con el mayor entusiasmo: Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo; pues Tú eres la fuente del gozo para los hombres y para los ángeles... Tú fuiste la abrogación de la severa condena y la causa de la reconciliación del género humano, fuente de unión con el Creador *(Melús. Orar con María).*

SAN MAXIMO EL CONFESOR (m. 662)

San Máximo (580-662), llamado "el Confesor" por su gran valentía en defender la fe contra los monotelistas, es el último de los grandes teólogos de la Iglesia griega, antes de San Juan Damasceno. Después de haber hecho serios estudios sobre los autores profanos, se formó en las ciencias eclesiásticas con la lectura de los Padres del siglo IV (San Gregorio Nacianceno y San Gregorio Niseno), pero, principalmente con la meditación de las obras del Pseudo-Dionisio Areopajita, quien le es deudor del establecimiento de su autoridad en la Iglesia. Las obras de San Máximo se hallan en PG 90-91.

1. Es imposible que la mente se dedique a Dios perfectamente si no adquiere estas tres virtudes: el amor, la continencia y la oración; pues el amor suaviza la ira, la continencia domina

las pasiones y la oración despoja la mente de los pensamientos y la presenta desnuda ante Dios. Estas tres virtudes contienen a todas las demás y sin ellas la mente no puede dedicarse a Dios...

2. La oración produce la gracia de unir la mente a Dios libre de todos los pensamientos. Cuando la mente, así desnuda, conversa con Dios, se vuelve semejante a Dios, le pide cosas apropiadas y no deja de orar. Por eso el Apóstol manda orar sin interrupción (1 Tes. 5, 17), para que teniendo unida la mente a Dios, nos vayamos separando poco a poco de las pasiones terrenas. ¿Y cómo podrá la mente orar sin interrupción siendo así que al recitar salmos, en la lectura, en la conversación, en el servicio se distrae con muchos pensamientos e imaginaciones?... La oración es ininterrumpida cuando la mente se adhiere a Dios con mucha piedad y amor, pone su esperanza en él y en él confía en todas sus obras y sucesos ("Libro ascético", n.º 19, 24, 25: Pg. 90, 925-932).

3. Hay dos estados superiores de oración pura: uno corresponde a los activos y otro a los contemplativos. El primero le viene al alma por el temor de Dios y la buena esperanza; el segundo por el amor divino y la más intensa purificación. Los signos del primer modo son hacer oración sin interrupción ni distracciones con la mente recogida de todos los pensamientos mundanos y poniéndose en la presencia de Dios que está presente. Los signos del modo segundo son que en el mismo impulso de la oración la mente sea arrebatada por la luz divina e infinita y que no tenga ninguna sensación ni de sí misma, ni de ningún otro ser, sino tan sólo de Aquel que por el amor obra en ella tal claridad. Entonces, pensando incluso en Dios, obtiene sobre él representaciones puras y claras (Centuria II, De charitate, 6: PG 90, 985).

4. Se dice *"la oración operativa del justo tiene mucho poder"* (Sant. 5, 16). De dos modos es operativa: el primero es cuando el que ora presenta a Dios sus peticiones cumpliendo los mandamientos y acompañado de obras, de modo que su oración no

quede inerte e insustancial con sólo palabras vanas y vacíos sonidos de la boca, sino eficaz y viva animada por las obras de los mandamientos. Pues la esencia de la oración y la petición consiste claramente en el cumplimiento de los mandamientos por la práctica de las virtudes. Así el justo hace que su petición sea potente, todopoderosa y operativa en los mandamientos. El otro modo es cuando uno pide oraciones a un justo y a la vez él practica las obras de la oración corrigiendo su vida anterior y haciendo potente la petición del justo, pues la fortalece con su propia conversión hacia el bien. No ayuda a la oración del justo si el que la ha pedido se deleita en los vicios más que en las virtudes (...). Es una estupidez, por no decir una locura, que uno pida la salud con oraciones de los justos y a la vez se esté complaciendo interiormente en cosas que causan la muerte, o que pida el perdón de aquello de lo que se gloría de tener manchada el alma. Lo que procede es si se pide la oración de un justo, no hacerla ineficaz y estéril por la propia complacencia en el pecado, sino hacerla eficaz y poderosa de modo que vuele en las alas de las propias virtudes y llegue hasta aquel que puede conceder el perdón de los pecados (Centuria III De Charitate, 80-83: PG 90, 1296-7).

5. La oración mental es como el resplandor del sol: si la hacen desaparecer las preocupaciones sensibles como nubarrones sin agua, entonces la mente pierde su claridad propia (Gapita alia, 79).

6. El alma sujeta a las pasiones no puede entrar por la puerta estrecha de la oración mientras no se desprenda de las preocupaciones de la naturaleza; de lo contrario estará sufriendo, dando vueltas a su alrededor sin poder entrar (Ibíd. 80).

7. El ayuno voluntario es la fuerza de la oración; y la fuerza del ayuno está en no ver ni oír nada innecesario de este mundo. Quien no tiene cuidado de esto no tiene base firme para el ayuno y destruye los cimientos de la oración (Ibíd. 81).

8. Si el alma no se vacía de las cosas sensibles, no puede elevarse y conocer su propia dignidad (Ibíd. 82).

9. La oración acompañada de lágrimas echa fuera del alma los pensamientos malos; pero los introduce en ella la superficialidad de la risa; quien elimina ésta, elimina a la vez la causa de todos los males: la locuacidad (Ibíd. 83).

10. El ayuno es símbolo del día porque es visible; la oración lo es de la noche porque es oculta. El que practica ambas cosas, justamente, entrará en la ciudad de los observadores (contemplativos), *"de la que huyeron el dolor, la tristeza y el llanto"* (Is. 51, 11). (Ibíd. 84).

11. El Apóstol nos exhorta a ser pacientes en la fe (Hebr. 12, 1), alegrarnos en la esperanza (Rom. 12, 12) y perseverar en la oración (Col. 4, 2) para que permanezca en nosotros el bien de la alegría. Por tanto, el que no aguanta los males con paciencia, no es fiel; el que no se alegra, no tiene esperanza, pues ha perdido la causa de la alegría que es la oración por no perseverar en ella (Ibíd. 86).

12. Como un niño colgado a unos pechos maternales exhaustos, así es el alma que tiene una oración que no le proporciona consuelos; en el caso contrario se parece al niño que duerme dulcemente en los brazos de su madre (Ibíd. 89).

13. Recuerda a la viuda que litigaba ante el juez injusto (Luc. 18, 3) para que al orar no te desanimes, aunque se retrase el fruto de la oración (Ibíd. 96).

14. No te mantendrás en oración si te entretienes en pensamientos internos o en conversaciones externas; pero ella retornará si por ella cortas con lo superfluo (Ibíd. 97).

15. Si las palabras de la oración no penetran en el seno del alma, no podrán fluir las lágrimas por el rostro (Ibíd. 98).

16. La oración es la llave del Reino de los cielos. El que la posee como conviene vislumbra los bienes reservados a los amigos de la oración. El que no tiene confianza en ella solamente mira las cosas presentes (Ibíd. 100).

17. Como un alimento sin sal para el paladar, así es para el alma la oración sin compunción (Ibíd. 172).

18. La oración simple se parece al pan, porque alimenta a los principiantes (Sal. 104, 15); la que tiene algo de contemplación es como el aceite que hace engordar (Sal. 23, 5); la que no tiene representación sensible es como vino oloroso que extasía a los que se embriagan con él ávidamente (Ibíd. 173).

19. Se dice que el onagro se ríe del tumulto de las ciudades y que al unicornio nadie lo puede atar (Job. 39, 5-9). Así la mente que domina los pensamientos naturales, al orar se ríe de las imaginaciones y no puede ser dominada por nada perteneciente al mundo de lo sensible (Ibíd. 177).

20. El que amenaza con el bastón a los perros, los aleja de sí; el que se esfuerza por orar puramente, hace huir a los demonios (Ibíd. 179) (Capita alia. PG 90, 1417-1444).

21. No puede el cuerpo quedar purificado sin los ayunos y vigilias, ni el alma sin la misericordia y la verdad, ni el espíritu sin la contemplación y el trato con Dios *(PG 90. 1405, n.º 20)*. Y así son muchos los que entregados a la acción, corren en la arena de las virtudes, pero no conseguirá el premio sino quien aspira a lograrlo mediante la oración y altísima contemplación *(col. 1433, n.º 145)*.

22. El hombre de acción podrá cercar su viña con un muro, y protegerla así contra las bestias que representan las pasiones del cuerpo; mas no podrá librarla de las aves o pasiones del alma, si no es hombre de oración y verdadero contemplativo *(col. 1440, n.º 163)*.

23. *El hombre de oración demuestra tener verdadera fe.* Y el que cree con fe viva, teme; se hace manso y humilde y guarda los mandamientos; el que guarda los mandamientos es purificado; el purificado, va siendo iluminado; y el que es iluminado, merece penetrar en la cámara más íntima de los misterios y gozar de los abrazos del Verbo Esposo *(PG. 90. 1089).*

24. Aunque todas las virtudes ayudan al espíritu a conseguir el ardiente amor de Dios; pero más que todas ellas la oración pura. En alas de la oración nuestro espíritu es arrebatado hacia Dios, alejándose de todas las criaturas (1 Cent. 11).

25. Castiga tu carne con el ayuno y la vigilia, entrégate sin descanso a la salmodia y a la oración... (Ibíd. 45).

26. El que ama sinceramente a Dios, ora sin ninguna distracción, y el que ora sin ninguna distracción ama sinceramente a Dios. No ora sin distracción quien tiene su espíritu apegado a algo terreno; luego tampoco ama a Dios quien tiene el espíritu atado a algo terreno (2 Cent. 1).

27. La vida activa no basta para librar perfectamente al espíritu de las pasiones hasta el punto de permitirle poder orar sin distracción, si no se entrega también a meditaciones y contemplaciones espirituales. Aquélla, en efecto, sólo libera al espíritu de la intemperancia y del odio; éstas, en cambio, apartan del olvido y de la ignorancia, de modo que podrá orar como conviene (Ibíd. 5).

28. Dos son los estados más altos de la oración pura: uno el de los activos y otro el de los contemplativos. El primero nace en el alma del temor de Dios y de la santa esperanza (de la felicidad de la gloria). El segundo nace de un ardiente amor a Dios y de una altísima purificación... (Ibíd. 6).

29. El que ama algo, se aferra a ello y no se arredra por ninguna dificultad. El que ama a Dios se entrega a la oración pura y aparta de sí todas las cosas que puedan obstaculizarla (Ibíd. 7).

30. Dicen que el estado más alto de la oración se da cuando el espíritu sale de la carne y del mundo para orar de un modo inmaterial y sin formas. Aquel que mantiene intacto este estado, es el que realmente ora sin cesar (Ibíd. 61).

31. Como el cuerpo al morir se aleja de todas las cosas de esta vida, así el espíritu que muere en la cumbre de la oración se aleja de todos los pensamientos del mundo, pues si no muere esta especie de muerte, no puede encontrar a Dios y vivir (Ibíd. 62).

32. ¡Que nadie te persuada, oh monje, que puedes alcanzar la oración siendo esclavo del placer y de la vanagloria! (Ibíd. 63).

33. *Caminamos por la fe, no por la visión* (2 Cor. 5, 7), y sólo conocemos como en un espejo o enigmas. Por eso debemos esforzarnos mucho para conocer (y amar a Dios). Sólo tras largas meditaciones y consideraciones obtendremos el hábito firme de la contemplación (3 Cent. 69).

34. No ocupes todo tu tiempo en esforzarte por dominar la carne, sino limítate en proporción a tus fuerzas, y vuelca todo tu espíritu hacia lo interior. Pues *el ejercicio corporal es poco provechoso, pero la piedad para todo es provechosa* (1 Tim. 4, 8; 4 Cent. 63).

35. El que se ocupa sin cesar en las cosas interiores es sobrio, magnánimo, benigno y humilde. Y no sólo ésto, sino que practica la contemplación, la teología y la oración. Esto es lo que dice el Apóstol: *Caminad según el espíritu* (Gal. 5, 16; 4. Cent. 64).

SAN FRUCTUOSO (m. 665)

San Fructuoso, obispo de Braga y Padre del monacato visigodo en el siglo VII. Nació en Toledo, capital de la España Visigoda.

Descendiente de los reyes godos, abandonó su inmesa fortuna para retirarse al Bierzo y consagrarse a la penitencia y la oración. Atraídos por su fama, muy pronto se pobló de monjes a quienes dirigió San Fructuoso en calidad de Abad. En el concilio X de Toledo es nombrado arzobispo de Braga, que rigió sapientísimamente hasta su muerte.

1. Después del amor al Señor y al prójimo, que es vínculo de toda perfección y cima de las virtudes, se determinó además observar en los monasterios lo siguiente de la tradición regular: Lo primero, entregarse a la oración noche y día y observar la distribución de las horas establecidas (para la oración) sin eximirse nadie en manera alguna, y sin entibiarse en los ejercicios espirituales con la práctica de los trabajos... El tiempo de la noche se ha de emplear, en su mayor parte, en oraciones especiales y en vigilias litúrgicas, por causa de los demonios enemigos de la luz, que suelen engañar a los siervos de Dios (Reglas Monásticas).

2. *En primer lugar*, se estableció que se observe la hora de *prima*, puesto que dice el Profeta: *"Por la mañana estaré presente ante ti y te veré, porque tú eres Dios que desecha la iniquidad"* (Sal. 5, 5); y en otro lugar: *"Por la mañana oraré a ti, Señor"* (Sal. 5, 4).

3. Se ha establecido también entre prima y tercia una hora segunda... de modo que los monjes no estén ociosos. Por eso se determinó que se celebre con el rezo de tres salmos, para que sirva de cierre al oficio de *prima* y dé entrada al de *tercia*.

4. Asimismo se estableció que en las demás horas se guarde el mismo orden; es decir, en *tercia, sexta, nona, duodécima y vísperas*, de modo que antes y después de esas tres horas canónicas se dirijan ofrecimientos de oraciones peculiares.

5. Asimismo por la noche, la primera hora nocturna se ha de celebrar con seis oraciones, y después se ha de concluir con el canto de diez salmos con laudes y benedictus en la iglesia.

6. A continuación, despidiéndose mutuamente y ofreciéndose satisfacción y reconciliación unos a otros, se perdonen mutuamente las deudas con la piedad del Padre Eterno... (Regla de S. Fructuoso I.).

SAN ILDEFONSO DE TOLEDO (m. 667)

San Ildefonso nació en Toledo sobre el año 606, muy joven ingresó en los monjes del monasterio de Agali. En el año 657 sucedió a San Eugenio en la sede episcopal. Desarrolló gran labor catequística defendiendo la virginidad de María, de la que era devotísimo. Murió en el año 667 y su cuerpo fue trasladado a Zamora.

El maestro debe apoyar el fruto de su predicación, no en sus palabras, sino en la intensidad de la oración.

Cuando un pagano o ateo se resiste a creer en Dios, el predicador ha de tener más en cuenta la bondad de Dios misericordioso *que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad* (1 Tm, 2, 4), ante quien debe insistir con la oración, y después hacer lo posible para que el ateo escuche inteligentemente con buena disposición y sumisión.

En cuanto esté de su parte debe insistir más con piadosas oraciones que con las dotes de orador, de modo que, orando por sí mismo y por aquellos a los que va a hablar, antes ha de ser más amigo de orar que maestro, y tanto en las conversaciones privadas como en las asambleas de la Iglesia, ha de insistir más en alimentar su alma sedienta con la oración, antes de que hable la lengua, para que eructe lo que hubiere bebido o derrame lo que le sació...

Piense que lo mejor para un recto criterio es lo que dice el Señor: *Cuando os entregaren, no penséis cómo o qué tenéis que hablar; porque en aquel momento se os pondrán en la boca las palabras que debéis contestar. Pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino el Espíritu de vuestro Padre será quien hablará por vosotros* (Mt. 10, 19).

Por consiguiente, si el Espíritu es el que habla en los que son entregados a los perseguidores de Cristo, ¿por qué no ha de ser lo mismo en los que enseñan la doctrina de Cristo?

Seamos muy devotos de María y acudamos confiadamente a Ella con nuestros ruegos, porque Ella es nuestra Salvadora.

Mi gran deseo: servir a Jesús y a María.—Mi mayor deseo es el de ser el servidor de su Hijo, y tener a la Madre por Soberana. Para estar bajo el imperio de su Hijo, yo quiero servirla; para ser admitido al servicio de Dios, quiero que la Madre reine sobre mí como testimonio. Para ser el servidor devoto de su propio Hijo, aspiro a llegar a ser el servidor de la Madre. Pues servir a la sierva, es también servir al Señor; lo que se le da a la Madre se refleja sobre el Hijo, yendo desde la Madre a Aquel que Ella ha alimentado, y el Rey verá recaer sobre sí mismo los honores que se tributa a la Madre...

Madre, quiero ser tu esclavo. —Deseo para mi reparación hacerme esclavo de la Madre de mi Jesús. Deseo que Ella sea mi Señora, para que su Hijo sea mi Señor. Me propongo servirle para probarle que soy siervo de Dios. Para ser siervo del Padre, deseo ponerme fielmente al servicio de la Madre. Pues así se refiere al Señor lo que se sirve a la esclava. Así redunda en honor del Hijo lo que se hacen a la Reina...

En el Padrenuestro se contiene todo lo que debemos pedir a Dios. — Aunque digamos algunas otras palabras, deben venir a decir lo mismo, y si no decimos otra cosa que lo que está puesto en el Padrenuestro, oramos recta y congruentemente.

Todo el que diga lo que no pueda corresponder a esta oración evangélica, aunque no ore ilícitamente, sí ora carnalmente. Y no sé cómo no se podrá decir que ora lícitamente, dado que los renacidos por el Espíritu no deben orar sino espiritualmente.

Y si alguien usa otras santas peticiones, no encontrará nada que no contenga y encierre esta oración del Señor. De ahí que

es libre emplear otras palabras distintas al orar, con tal de expresar lo mismo. Lo que no es libre es decir (o pedir) otras cosas. Estas son las peticiones que hemos de hacer para nosotros, para los nuestros, para los extraños y para los mismos enemigos sin ninguna vacilación (Obras BAC, 320, 368-369).

SAN ISAAC SIRIACO (Siglo VII)

San Isaac el siriaco, monje, fue autor espiritual importante. Fue consagrado obispo de Nínive, al frente de cuya diócesis solamente estuvo cinco meses, después se volvió a retirar al desierto donde permaneció hasta su muerte. Escribió Tratados y Centurias que ejercieron gran influjo en los monasterios siriacos.

1. La oración es la fuerza motriz de todos los esfuerzos humanos y de toda la vida espiritual. Es la conversación con Dios que se hace en secreto, y es también todo pensamiento sobre Dios y toda meditación de las verdades espirituales (Wensinck, p. 310).

2. El conjunto de las virtudes llevan a la perfección por la oración; por otra parte las virtudes no pueden permanecer estables si el espíritu no está constantemente orientado hacia la oración. Pero la mayor de las virtudes, la caridad, el amor a Dios en el que se realiza la unión mística, es el fruto de la oración; porque en la oración el hombre se encuentra con Dios personalmente, lo conoce y lo ama... (San Isaac Siriaco, ed. Theotoki, 35 p. 511).

3. El arrepentimiento conviene siempre a todos, tanto a los pecadores como a los justos que buscan su salvación. No hay límites para la perfección, de modo que la perfección misma de los perfectos no está exenta de imperfección. Por eso, siempre tendremos algo de qué arrepentirnos hasta el momento de la muerte (Ed. Theotoki, LV, p. 325).

4. Por tanto, la oración del publicano, "Señor, ten piedad de mí, pecador", acompañará a los justos hasta la puerta del Reino, pues el cristiano en la vía de la salvación debe encontrarse constantemente "entre el temor y la esperanza", como decía el padre Ambrosio del monasterio Optimo (Ibíd).

5. Recordad a Dios para que, sin cesar, El os recuerde, pues si os recuerda os salvará y recibiréis todos sus bienes. No lo olvidéis con vanas distracciones si no queréis que El os olvide en el momento de vuestras tentaciones.

6. En la prosperidad, permaneced cerca de El en obediencia; tendéis así seguridad de palabra ante El cuando os encontréis en pena, por el hehco de que vuestra oración os impulsa sin cesar hacia El en vuestro corazón. Manteneos sin cesar ante su faz, pensando en El, conservando su recuerdo en vuestro corazón; de lo contrario os arriesgaréis, viéndole sólo de tanto en tanto, a carecer de seguridad con El, por culpa de vuestra timidez...

7. Aquel que quiere ver al Señor se aplica a purificar su corazón por un recuerdo ininterrumpido de Dios: de ese modo verá al Señor en todo momento en el resplandor del intelecto. Así como el pez no puede permanecer fuera del agua, tampoco Dios permanece con el que lo aparta de su intelecto, abandonando el recuerdo de Dios dejándose dominar con pensamientos del mundo.

8. Felices los que comprenden esto y perseveran en la paz sin imponerse toda clase de trabajos, cambiando la oración por el servicio corporal. Quien sea incapaz de soportar la soledad, deberá en justicia recurrir al servicio; pero que ese servicio lo realice como una ayuda, como si no se tratara de un mandato esencial, sin excesiva preocupación. Esto es *un consejo* para los débiles, pues Evagrio ha dicho que el trabajo manual es un obstáculo para el recuerdo de Dios...

9. Cuando Dios abra tu intelecto desde dentro y tú te dediques a la oración repetida, no dejes que ningún pensamiento importuno se apodere de ti, por temor a que los demonios te convenzan secretamente de ponerlo en práctica; luego considera y admira lo que nace en ti de tales cosas.

10. Guárdate de hacer comparaciones entre las prácticas morales de la vida activa y tus oraciones de día y de noche... Si deseas que tu fervor no se debilite jamás, que tus lágrimas no se agoten, no dejes de practicar estas cosas y serás semejante a un paraíso florido y a una fuente inagotable.

11. Considera ahora las numerosas pruebas de la gracia que la Providencia nos otorga. A veces un hombre está arrodillado en oración, las manos extendidas alzadas hacia el cielo, el rostro vuelto hacia la cruz, el sentimiento y el intelecto enteramente volcados hacia Dios y la súplica. Mientras está absorto en esas súplicas y esos esfuerzos, bruscamente, una fuente de delicias se abre en su corazón... y a causa de la alegría y la exaltación sus rodillas no son capaces de asentarse sobre el suelo y la gracia se extiende por todo su cuerpo.

12. ¿Qué es la oración? Un intelecto libre de todo lo que es terrestre y un corazón cuya mirada está totalmente volcada sobre el objeto de su esperanza. Apartarse de esto es imitar al hombre que reparte en el surco semillas mezcladas o que trabaja con un tiro formado con un buey y un asno.

13. La oración sin distracción es aquella que produce en el alma el pensamiento constante de Dios; su nueva encarnación: Dios habita en nosotros por nuestro recogimiento constante en El, acompañado por una aplicación laboriosa del corazón a la búsqueda de su voluntad. Los malos pensamientos involuntarios tienen su origen en un relajamiento previo.

14. ¿En qué consiste la oración espiritual? Existe oración espiritual cuando los movimientos del alma sufren la acción del

Espíritu Santo a continuación de su verdadera purificacioón. Sólo uno entre diez mil puede ser favorecido de ese modo. Ella constituye el símbolo de nuestra futura condición, pues la naturaleza es llevada más allá de todos los movimientos impuros inspirados por el recuerdo de las cosas de este mundo... Es la visión interior que tiene su punto de partida en la oración.

15. ¿En qué consiste el apogeo de los trabajos del asceta? ¿Cómo reconocer que se alcanzó el término de la carrera? Se le ha alcanzado cuando se ha sido considerado digno de la oración constante. Aquel que haya llegado a eso ha alcanzado el fin de las virtudes y, al mismo tiempo, ha logrado una morada espiritual. Aquel que no recibió en verdad el don del Paráclito es incapaz de cumplir la oración ininterrumpida en el reposo. Cuando el Espíritu establece su morada en un hombre, éste no puede ya dejar de orar, pues el Espíritu no cesa de orar en él. Ya sea que duerma o que vele, la oración no se separa de su alma. Mientras coma, beba, o esté acostado, se dedique al trabajo o se sumerja en el sueño, el perfume de la oración es exhalado espontáneamente desde su alma. En adelante, no predominará la oración durante los períodos de tiempo determinados, sino en todo momento. Aunque tome su descanso visible, la oración estará asegurada secretamente en él, pues, "el silencio del impasible es una oración", ha dicho un hombre revestido de Cristo. Los pensamientos son emociones divinas, los movimientos del intelecto purificado son voces mudas que cantan en secreto esta salmodia al Invisible.

16. Si llegáis a unir la meditación de vuestras noches con el servicio de vuestros días, sin desdoblar el fervor de las operaciones de vuestro corazón, no tardaréis en estrechar el pecho de Jesús... He aquí mi consejo: si podéis, manteneos en paz y despiertos sin recitar salmos ni hacer postraciones y, si sois capaces, orad únicamente en vuestro corazón. ¡Pero no durmáis!

Grados de oración:

17. La gracia actúa de diferentes formas con hombres según su medida. Uno multiplica el número de sus oraciones bajo el efecto de un ardiente fervor; aquel otro obtiene tal reposo de su alma que reduce a la unidad la multiplicidad de sus oraciones anteriores.

18. Es necesario no confundir la satisfacción en la oración con la visión en la oración. Lo segundo es superior a lo primero tanto como un hombre lo es en relación a un muchachito. Sucede que las palabras toman una suavidad singular en la boca y que se repite interminablemente la misma palabra de la oración sin que un sentimiento de saciedad os haga ir más lejos y pasar a la siguiente.

19. A veces la oración engendra una cierta contemplación que hace desvanecer la oración sobre los labios. El que es favorecido con tal contemplación entra en éxtasis y se hace semejante a un cuerpo cuya alma le ha sido quitada. Lo que llamamos visión en la oración no es ni una imagen ni una forma fabricada por la imaginación como afirman los tontos.

20. Esta contemplación en la oración tiene en sí misma grados y dones diferentes. Pero, hasta ese punto, sigue siendo una oración, pues el pensamiento no ha pasado todavía al estado en que ya no existe la oración, sino que es un estado superior de oración. Los movimientos de la lengua y del corazón en el curso de esta oración son las llaves. Luego se penetra en la cámara. Allí la boca y los labios se callan; el corazón, el chambelán de los pensamientos, la razón que reina sobre los sentidos, el espíritu, ese pájaro rápido, con todos sus medios, facultades y súplicas, sólo pueden mantenerse mudos cuando el Amo de la casa ha entrado.

21. La autoridad de las leyes y los mandamientos dictados por Dios a la humanidad tienen como fin la pureza del corazón,

según la palabra de los Santos Padres. Igualmente, todas las formas y actitudes de oración con las cuales el hombre se dirige a Dios, tienen su término en la oración pura. Desde que el espíritu ha franqueado la frontera de la oración pura y se ha comprometido más allá, no existen ya oración ni emociones, ni lágrimas, ni autoridad, ni libertad, ni súplicas, ni deseo, ni impaciente esperanza por este mundo o por el otro. No hay entonces oración más allá de la oración pura... Franqueando este límite se entra en el éxtasis; no se está ya en las oraciones. Esta es la visión; el espíritu no ora más...

El periplo de la oración

22. El navegante, en tanto que navega con los ojos en las estrellas, regula por ellas la marcha de su barco y espera que ellas le muestren el camino hacia el puerto. El monje tiene los ojos en la oración, ella dirige su marcha hacia el puerto impuesto a su carrera. El monje no deja de dirigir sus miradas sobre la oración para que ella le muestre la isla donde podrá arrojar el ancla sin riesgos, para cargar provisiones antes de poner la proa hacia otra isla. Así es la carrera en tanto está en el mundo. Abandona una isla por otra, y los diversos conocimientos que encuentra son otras tantas islas, hasta que finalmente dirige sus pasos hacia la ciudad de la verdad, donde sus habitantes no trafican, donde cada uno se encuentra colmado con lo que tiene. Bienaventurados aquellos cuyo viaje se desarrolla sin turbación a través del vasto océano (La Filocalia de la oración de Jesús).

SAN ANASTASIO SINAITA (m. 700)

1. ¿Qué pecados se pueden perdonar después de la muerte por medio de las celebraciones litúrgicas, de las oraciones y de las limosnas que se hacen en favor de los que han muerto?

Respuesta.—Acerca de esto también dice el gran Dionisio, que si los pecados son leves y de poca monta, reciben alguna

utilidad por los sufragios que se hacen por ellos; pero si son grandes y graves, Dios les excluye de sí. Por lo demás, debemos mirar por nuestras propias almas y no esperar a que después de la muerte seamos perdonados por las oraciones de otros (Cuestiones 22. MG 89, 536).

2. Las lágrimas (en la oración) son un sacrificio que se ofrece a Dios de nuestra misma sustancia, algo así como la sangre de los mártires. Por consiguiene, como ya dije, el lavatorio espiritual son las lágrimas... (Cuestión 98).

3. Grande es nuestra ceguera, grande nuestra ligereza, grande nuestro descuido... pues cuando el que ofrece el Santo Sacrificio se alarga un poco, nos desanimamos y nos ponemos de mal humor y bostezamos, y nos esforzamos para terminar con la oración con la misma brevedad que si estuviéramos ante un tribunal, y el diablo nos impele a que volvamos a las acciones vanas y a los desórdenes...

4. Grande es nuestra miseria, carísimos: porque debiéramos tener el espíritu encendido y atento en la oración y la súplica, principalmente en la sagrada celebración de los inmaculados misterios, y estar llenos de temor y temblor en la presencia del Señor en la oración. Sin embargo, ni siquiera le ofrecemos ésta con pura conciencia, con espíritu contrito y humillado, sino que durante los sinaxis terminamos nuestros asuntos públicos y la administración de muchos y vanos negocios.

5. Y hay personas que no se preocupan en pensar con qué pureza y con qué dolor de sus pecados se han de acercar a la sagrada mesa, sino qué vestidos han de poner... Estate, pues, ante Dios con paz y compunción; confiesa tus pecados a Dios por medio de los sacerdotes. Condena tú tus propias acciones y no te avergüences... Condénate a ti mismo delante de los hombres para que el Juez te declare justo delante de los ángeles y delante de todo el mundo. Pide misericordia, pide perdón, pide la remisión de las culpas pasadas y el verte libre de las futuras,

para que puedas acercarte dignamente a tan grandes misterios, para participar con pura conciencia del cuerpo y sangre, para que te sirvan de purificación y no de condenación... Este no es tiempo de vanas ocupaciones, sino de atenta e intensa oración.

6. Oigamos lo que dice el diácono: "Guardemos compostura, tengamos temor". Atendamos a la santa obligación, inclinemos las cabezas, cerremos los pensamientos, cerremos la lengua, llenemos nuestra mente, elevémonos al cielo. Subamos arriba el alma y el corazón, levantemos a Dios los ojos del alma, pasemos el cielo, pasemos los ángeles, pasemos los querubines y lleguemos al tronco mismo del Señor, abracemos los pies inmaculados de Cristo, lloremos y hagamos fuerza a su misericordia. Confesémonos ante su altar santo, celestial e inteligible...

7. ¿Qué haces, oh hombre? El sacerdote está ofreciendo por ti el sacrificio incruento, ¿y tú lo desprecias? El sacerdote lucha por ti asistiendo al altar como a un tribunal riguroso; urge, insta para que te venga de lo alto la gracia del Espíritu Santo, ¿y tú no te preocupas nada por tu propia salvación? Te aconsejo que no procedas así. Echa fuera de ti esa mala y vana costumbre; une tu clamor al del sacerdote que está luchando por ti; une tu trabajo al del sacerdote que ora por ti. Entrégate a ti mismo por tu salvación, porque: *Mucha fuerza tiene la oración del justo hecha con fervor* (St. 5, 16). Y tiene mucha eficacia si tú juntas tu esfuerzo con el sacerdote y muestras los frutos de la penitencia, porque si el uno edifica y el otro destruye ¿qué provecho queda sino la fatiga?...

8. ¿Qué dices, oh hombre? ¿Por qué te rebelas temerariamente contra Dios?... Clamas a Dios "Perdóname mis deudas como yo también perdono a mi deudor" ¿Has venido a orar a la iglesia de Dios, o has venido a mentir? ¿A alcanzar gracia o a atraer ira? ¿A conseguir perdón de pecados o aumento de castigos? ¿A obtener salvación o condenación?... (Sermón de la Santa sinaxis MG 89, 829).

SAN GERMAN DE CONSTANTINOPLA (m. 733)

San Germán nació hacia el año 635. Y el año 715 es consagrado patriarca de Constantinopla. Fue gran defensor de la fe y luchó principalmente en defensa del dogma de la Inmaculada Concepción.

Acudamos confiadamente a María en nuestras oraciones seguros de que Ella nos salvará.

Tú que lo eres todo, ampáranos.—Oh, Virgen, completamente casta, totalmente buena y llena de misericordia. Soberana, consuelo de los cristianos, el más seguro refugio de los pecadores, el más ardiente alivio de los afligidos, no nos dejéis como huérfanos privados de vuestro socorro. Si somos abandonados por Vos, ¿dónde nos refugiaremos? ¿Qué nos sucederá, oh, Santísima Madre de Dios? Vos sois el espíritu y la vida de los cristianos. Pues así como la respiración aporta la prueba de que nuestro cuerpo está con vida, así vuestro santísimo nombre incansablemente pronunciado por la boca de vuestros servidores, en todo tiempo y lugar y de toda manera, es más que la prueba, es la causa de la vida, de la alegría y el socorro seguro para nosotros...

¿Quién después de vuestro Hijo se interesa como Vos por el género humano? ¿Quién nos defiende sin cesar en nuestras tribulaciones? ¿Quién nos libra tan rápidamente de las tentaciones que nos asaltan? ¿Quién se puede ocupar más en pedir en favor de los pecadores? ¿Quién toma su defensa para excusarlos en los casos desesperados?...

Yo lo sé que Vos, en calidad de Madre del Altísimo, tenéis un poder igual a vuestro querer. Por eso mi confianza en Vos no tiene límites.

Nadie ha sido colmado del conocimiento de Dios más que Vos, oh, Santísima; nadie ha sido salvado más que por Vos, oh, Madre de Dios; nadie escapa a la servidumbre más que por Vos, que habéis merecido llevar a Dios en vuestras entrañas virginales... Gracias a vuestra autoridad materna sobre Dios mismo,

Vos obtenéis misericordia para los criminales más desesperados. Vos no podéis ser desatendida, pues Dios condesciende en todo y por todo a la voluntad de su verdadera Madre.

No hay nadie, oh, Santísima, que se haya salvado si no es por Vos. Nadie, oh, Inmaculada, se ha liberado del mal si no es por Vos. Nadie, oh, Purísima, recibe los dones divinos si no es por Vos. A nadie, oh, Soberana, la bondad divina concede sus gracias si no es por Vos *(Pie Regamey. Los mejores Textos sobre la Virgen María).*

SAN BEDA EL VENERABLE, Dr. (m. 735)

San Beda el Venerable, según él mismo nos cuenta, a la tierna edad de siete años fue puesto por sus padres bajo la dirección del abad Benito. A los diecinueve fue ordenado diácono y a los treinta sacerdote. Desde entonces vivió siempre en el claustro repartiendo el tiempo entre el trabajo y la oración (PL 91).

1. Toda su vida la empleó en practicar la regla de oro benedictina, *Ora et labora,* oración y trabajo apoyándose y nutriéndose mutuamente.

Como advierte un autor antiguo, es difícil comprender cómo pudo sobresalir tanto en ambas cosas: oración y trabajo. "Si consideras sus estudios y numerosos escritos, parece que nada dedicó a la oración. Si consideras su unión con Dios, parece que no le podía quedar tiempo para sus estudios y escritos".

El mismo Beda se describe así: "Yo, Beda, siervo de Cristo..., a los siete años mis padres me pusieron bajo la dirección del abad Benito, primero, y después de Ceolfrido. Desde entonces toda mi vida discurrió dentro del claustro y puse todo mi afán en la meditación de las Sagradas Escrituras. Y, entre la observancia de la disciplina regular y el cotidiano ejercicio de cantar en el coro el oficio divino, siempre me fue dulce el aprender, o enseñar, o escribir" *(Hist. Ecle. de Inglaterra).*

2. Sólo con la esperanza de no dejar nunca de orar, podemos considerarnos salvos. Esta esperanza nos abrirá ciertamente las puertas del cielo *(Cit. San Ligorio).*

3. El altar del incienso del Antiguo Testamento era tipo de la oración de aquellos que con mayor perfección de la mente, habiendo extinguido y apagado todos los incentivos de la carne, ofrecen al Señor sólo los deseos de sus oraciones, deseando llegar y presentarse a la visión de Dios. La oración pide, pues, la visión de Dios (PL. 91, 487).

4. La oración no consiste sólo en las palabras con que invocamos la clemencia, sino también en todo lo que hacemos, movidos por la fe, en obsequio de nuestro Creador (In San Marcos).

SAN HESIQUIO DEL MONASTERIO DE BATOS (Siglos VII y VIII)

San Hesiquio fue superior del monasterio de Batos, en el Sinaí, y autor de dos centurias sobre la sobriedad y la virtud. Es posterior a Juan Clímaco y a San Máximo.

1. El espíritu que invoca constantemente a Jesús, y ante los enemigos se refugia en él, aunque quede por ellos rodeado como en la caza la jauría de perros rodea al animal, les resistirá con coraje viril, pues está equipado con armas fuertes. Vence a los enemigos porque ya de antemano conoce sus astutos ataques. Su arma es la permanente oración a Jesús, portador de paz. Gracias a la oración, el espíritu queda invulnerable en la lucha con sus enemigos...

2. Como el hombre sin aire no puede vivir en esta tierra, tampoco podemos purificar el corazón de los pensamientos pasionales, ni espantar los espíritus demoniacos sin invocar el nombre de Jesucristo.

3. El alma que invoca a Cristo con animosa confianza, no tiene por qué temer a ningún enemigo. El alma así no lucha sola contra enemigos incorpóreos y corpóreos, visibles e invisibles, sino junto a su Creador y todopoderoso Rey Jesucristo.

4. Mientras más llueve, más se reblandece la tierra; mientras más a menudo invocamos el nombre de Cristo, libres de todo pensamiento, más fértil hará la tierra de nuestro corazón estremeciéndola de gozo y alegría...

5. El que quiera purificar su corazón, encontrará en la constante invocación del nombre de Jesús un apoyo formidable contra todos los enemigos invisibles. Sobre esto, tenemos la propia experiencia. Ved cómo esta experiencia coincide con el testimonio de la Sagrada Escritura. El profeta Amós, dice: *"Israel, prepárate a invocar el nombre del Señor tu Dios"* Y San Pablo: *"Orad sin cesar"* (1 Tes. 5, 17).

¿Puede haber algo más valioso que la oración que proporciona todos los bienes? La oración purifica el corazón. En los males Dios se revela a los que creen.

6. Observad las palabras de nuestro Señor: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y Yo en él, ése llevará mucho; porque sin mí, nada podéis hacer"* (Jn. 15, 5)...

7. No reservéis toda vuestra atención a vuestro cuerpo; fijadle un trabajo proporcionado a sus fuerzas.

8. Dirigid todo vuestro espíritu hacia el mundo interior, que esto quiere decir: *"El ejercicio del cuerpo es de poca utilidad; en cambio la piedad es útil para todo"* (1 Tm. 4, 8).

9. Practiquemos en todo momento la oración de Jesús. Hagámoslo con ánimo ferviente, para quedar siempre más y más unidos con el santo nombre de Jesús.

10. En la virtud como en el vicio, la repetición produce costumbre, y ésta es como una segunda naturaleza.

11. Es imposible vivir sin respirar. Exactamente es igual de imposible aprender sin humildad y sin la constante oración a Jesús. Sin esta oración no se pueden expulsar los enemigos. Esta es la secreta ciencia del combate espiritual.

12. El olvido extingue la vigilancia del espíritu, como el agua apaga el fuego. La oración a Jesús continua, con una activa sobriedad, impide la disipación del corazón. Y es que la oración necesita la sobriedad como la lámpara necesita de la mecha.

13. Uno cuida mucho de conservar lo que posee, como un tesoro valioso. Pues bien, ¿no tenemos nosotros un bien verdaderamente y extraordinariamente precioso, que siempre y en todo caso nos libera de todo mal espiritual? Eso es la vigilante oración.

14. Si confiamos solamente en la vigilancia, nos fallará el arma fuerte: el nombre de Jesús. Pero si blandimos sin cesar esta santa arma poderosa, con corazón sencillo, los enemigos huirán...

15. La constante oración: "¡Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí!, no permite que la más mínima sugestión enturbie el espejo de nuestra alma y comprometa el corazón. Ella purifica el cielo de nuestro corazón de las nubes oscuras de los espíritus malignos. Con la luz de Jesús, la atmósfera del corazón queda despejada y clara. El orgullo no podrá ya dominar al atleta espiritual, como tampoco la vanidad o el amor propio.

16. A cada aliento unid la vigilancia, la oración a Jesús y la meditación de la muerte con toda humildad. ¡Bienaventurada la inteligencia en la que ha penetrado la oración a Jesús! El corazón que tiene siempre presente el nombre de Jesús, como el aire toca nuestro cuerpo y la llama está unida a la vela. El sol con su luz hace el día, así el santo nombre de Jesús brilla sin cesar en la inteligencia y produce innumerables y luminosos pensamientos (Tomado de Textos de Espiritualidad Oriental. Madrid 1960).

17. Tenemos unos enemigos tan astutos que aprovechan cualquier cosa para hacernos tropezar en la vanidad, pero, ante la invocación de Jesús, no se sostendrán ni le valdrán de nada todos sus ardides.

18. Si pasáis todo vuestro tiempo con humildes pensamientos en vuestro corazón, en el recuerdo de la muerte, en negaros a vosotros mismos y en la invocación de Jesucristo; si cada día perseveráis en la sobriedad, esta ruta interior, estrecha pero generadora de alegría, os conducirá a las santas contemplaciones de las santas realidades y *"el Cristo, en el que se encuentran ocultos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3)*, aclarará para vosotros los misterios profundos... Entonces percibiréis en Jesús que el Espíritu Santo se ha fundido sobre vuestro corazón, pues Aquel que ilumina el espíritu del hombre le hace ver *"con la cara descubierta reflejada como en un espejo, la gloria del Señor"* (2 Cor. 3, 18).

19. Aquellos que desean instruirse, deben saber que a menudo los demonios nos acosan por envidia disminuyendo el ardor de nuestro combate interior, porque ven con despecho la preciosa ayuda que se otorga a nuestro ascenso hacia Dios y el conocimiento que ella nos procura. De tal modo, al amparo de nuestra negligencia, se apoderan de nuestro espíritu de forma imprevista y hacen que algunos permanezcan desatentos respecto de nuestro corazón. Toda su ambición y todos sus esfuerzos conducen a impedir que nuestro corazón esté atento: ellos conocen el enriquecimiento que trae a nuestra alma la práctica cotidiana de la oración atenta. Apliquémonos, pues, a las contemplaciones espirituales con el recuerdo de nuestro Señor Jesucristo y el ardor del combate se encenderá nuevamente en nuestro espíritu...

20. *"Vuestro enemigo el diablo, como león rugiente, da vueltas en busca a quien devorar"* (1 Pd. 5, 8). Que jamás suspendáis la atención del corazón, la sobriedad, la abnegación y la oración a Jesús, nuestro Dios. En toda nuestra vida no podremos encontrar ayuda más excelente que Jesús.

21. Todo aquel que quiera purificar su corazón encontrará un beneficio excelente en invocar constantemente el santo

nombre de Jesús contra los enemigos invisibles. Nosotros hemos hecho la experiencia y las lecciones de la experiencia están de acuerdo con el testimonio de las Sagradas Escrituras (Citado en la Filocalia de la Oración de Jesús).

22. Aquél cuya plegaria no está libre de pensamientos, carece de arma para el combate. Me refiero a la oración que actúa inagotablemente en las profundidades inaccesibles del alma a fin de que, por la invocación de Cristo, sea destruido y quemado el adversario que nos combate en secreto. (Capítulos sobre la vigilancia).

23. Así como es imposible que el Mar Rojo aparezca en el firmamento en medio de las estrellas y como es imposible que un hombre camine por la tierra sin respirar aire, lo mismo es imposible purificar nuestro corazón de los pensamientos apasionados y vencer a los enemigos espirituales sin la invocación continua de Jesucristo. (Ibíd.)

24. La invocación continua de Jesús, cuando va acompañada de un deseo pleno de dulzura y alegría, consigue que el corazón se llene de alegría y serenidad por la gracia de la atención extrema. Pero el que purifica totalmente el corazón es Jesucristo, el Hijo de Dios, que es el origen y el Creador de todos los bienes. Pues El dice: *"Yo soy el Dios que da la paz"* (Is. 45, 7). (Ibíd).

25. Así como es imposible combatir a cuerpo descubierto o nadar en el mar vestido o vivir sin respirar, del mismo modo sin humillarse, sin invocar continuamente a Cristo, es imposible aprender bien el combate espiritual y secreto o ser hábil en el arte de perseguir al diablo. (Ibíd.)

SAN JUAN DAMASCENO, Dr. (m. 749)

Nació en Damasco hacia el año 675, fue monje de San Sabas en el desierto de Judea y

ordenado sacerdote antes del 726. Escribió varias cartas que mandó repartir entre los cristianos de todo el imperio, desenmascarando al impío emperador León Isáurico, que había decretado la destrucción de las imágenes de los santos. Pero lo más importante de él son la universalidad y doctrina de sus obras que dan un alcance singular a sus escritos sobre la Virgen.

1. Dios deposita los gérmenes de la virtud en el alma humana; pero para hacerlos crecer y fructificar necesita el hombre sin cesar el socorro divino... Todo hombre tiene en su mano el poder hacer el bien, y con tal objeto Dios le ofrece su gracia. Pero la gracia no es constructiva ni eficaz por sí misma: el hombre puede aceptarla o rechazarla.

Después de haber sugerido a la voluntad el hacer el bien, Dios todavía ayuda a realizarlo, de tal suerte que toda obra es de Dios al mismo tiempo que del hombre...

La bondad de Dios no falla; porque a la vez que procura a los justos los medios de hacer el bien, tampoco abandona a los malos, sino después de haber hecho lo necesario para convertirlos, y cuando ellos mismos se muestran obstinadamente irreductibles...

Dios da a nuestro espíritu las fuerzas para luchar contra el mal, y esa fuerza la obtenemos por la oración, y es el Espíritu Santo quien nos enseña a orar. Sin la paciencia y la oración, que son en nosotros obras de la gracia, nos es imposible cumplir los mandamientos del Señor. Tanto es así que nuestra parte en las obras buenas no impide que haya que referirlas todas enteras a Dios... (De la Fe Ortodoxa).

2. Lo que Dios con su divina providencia y disposición desde toda la eternidad tiene determinado dar a los hombres, lo da en el tiempo por medio de la oración (Cit. P. Rodríguez).

3. El retiro sustenta la oración como la madre a su niño. La oración es una manifestación de la gloria de Dios que El mismo

nos ofrece en lo secreto de nuestro propio corazón; porque cuando cerramos todas las puertas de los sentidos, habita Dios con nosotros y nosotros con Dios; y cuando libres de los impedimentos y tumultos del mundo logramos la libertad de ocuparnos en las cosas de nuestro interior y vivir con nosotros mismos, entonces nos hallamos en estado de ver patentemente el reino de Dios establecido en nosotros. Porque el reino de los cielos, o por mejor decir, del Señor de los cielos, está dentro de nosotros, como expresamente lo dijo Jesucristo (De Domin. Transfig. Orat).

4. *La devoción a María es signo seguro de predestinación.*—Si confío en Ti, oh, Madre de Dios, seré salvo. Defendido por Ti, nada temeré. Con tu protección y auxilio perseguiré y pondré en fuga a mis enemigos, porque tu devoción es un arma de salvación que Dios da a aquellos que quiere salvar. *(Melús. Orar con María).*

5. La bienaventura Virgen es superior a todas las alabanzas que se pueden dar... María es un asilo y un lugar seguro para todos los que buscan el refugio de su amparo... Tener para con vos, oh dichosa Virgen, una devoción singular, es tener aquellas armas defensivas que Dios pone en la mano a los que quiere salvar (Ibíd).

SAN TARASIO (m. 806)

San Tarasio, patriarca de Constantinopla, fue un varón insigne por su piedad y ciencia. Nos queda de él una epístola al Papa Adriano I, en la que defiende el culto a las imágenes.

En nuestras oraciones no nos olvidemos de María, porque Ella es nuestra Mediadora. —Ave, oh nube ligera que derramas la lluvia celeste. Ave, oh máximo ministerio de los sacerdotes. Ave, oh invicto refugio de los pecadores. Ave, oh norte de los navegantes.

Ave, oh recuperación de los que caen. Ave, medicina gratuita de los enfermos. Ave, causa de la salvación de todos los mortales. Ave, oh ilustre custodia de los jóvenes. Ave, oh Mediadora de todos cuantos estamos bajo el cielo (*Melús: Orar con María*).

SAN TEODORO STUDITA (m. 826)

Nació en Constantinopla hacia el año 759, ingresó en un monasterio a las órdenes de su tío San Platón, donde fue ordenado sacerdote. Teodoro fue el principal defensor de la fe en la persecución inoclasta de los emperadores de Oriente después del segundo concilio de Nicea.

1. La vida del monje es un estado sublime, cuya perfección de vida borra los pecados... La sumisión respetuosa y completa hacia el abad es muy importante, pues la virtud en el monasterio no podrá prosperar si la sumisión al abad no fuere plenamente aceptada, porque la obediencia es la condición esencial de las comunidades. Juntamente con ella deben brillar en el monasterio el espíritu de oración y el amor al trabajo. (Testamentos).

2. Ahora que María está en posesión de la bienaventurada inmortalidad, alza hacia Dios esas manos suyas que han llevado a Dios... Como blanca y pura paloma, elevada en su vuelo hasta las alturas del cielo, no deja de protegernos en nuestra baja tierra... Ella, desde los cielos, hace huir a los demonios y se ha convertido en nuestra mediadora ante Dios...

Madre... en Vos, como en un palacio espléndido, el Arquitecto del mundo ha establecido su morada. Y Vos, porque sois la Madre de Dios Salvador, habéis establecido sobre su base el tabernáculo de Adán, derribado por el infierno. ¿Quién, oh Madre de Dios, ha recurrido a vuestra protección sin ser pron-

tamente liberado por Vos? ¿Quién os implora, sin encontrar en Vos una auxiliadora tan poderosa que jamás defrauda su confianza?

Nadie, oh Virgen Madre de Dios, que haya recurrido a Vos ha sido defraudado; por el contrario, el os ve acudir a su oración y no tarda en recibir el beneficio que responde plenamente a sus deseos (Pie Regamey: Los mejores textos).

LOS PADRES DEL DESIERTO

Consideramos conveniente insertar aquí un resumen del capítulo IX de "El Monacato Primitivo" v. 2.º de G. M. Colombás, publicado por la BAC, porque en él se contienen dichos y sentencias muy importantes para conocer el aprecio que aquellos santos monjes del desierto hacían de la oración y saber la importancia que le daban.

La oración y la contemplación en la vida del monje

Llámese *apátheia*, «pureza de corazón», caridad perfecta, restauración del estado paradisíaco o bautismo del Espíritu Santo, el momento de la vida espiritual que marca el fin del período de intensa purificación o *praxis* es, al mismo tiempo, tránsito a lo que Casiano llama la *scientia spiritualis*, y Evagrio y otros escritores, la *theoría* o *gnosis*. En adelante, la existencia del monje tendrá como una de sus características esenciales el ejercicio del don de *parrhesía*, o libertad de lenguaje ante Dios de que gozó Adán en el paraíso. Es un punto que han subrayado con fuerza todos los maestros espirituales del monacato primitivo. El monje que ha conseguido llegar a estas alturas, si permanece fiel a la gracia, goza de un trato cada vez más continuo y más familiar con Dios. Es un hombre de oración.

Resulta casi imposible encarecer la importancia de la oración en el ideal monástico primitivo. Casiano pone en labios de *apa* Isaac estas palabras: «Todo el fin del monje y la perfección del

corazón tiende a perseverar en una oración continua e ininterrumpida, y, en cuanto lo permite la humana flaqueza, se esfuerza por llegar a una inmutable tranquilidad de espíritu y a una perpetua pureza». Ya en la primera y más fundamental de las *Colaciones, apa* Moisés había declarado: «Este debe ser nuestro principal conato, ésta la orientación perpetua de nuestro corazón: que nuestra mente permanezca siempre adherida a Dios y a las cosas divinas». Y, por si no fuera bastante, leemos todavía en otro lugar: «El fin del monje y su más alta perfección consiste en la 'oración perfecta'». Esta doctrina —nota I. Hausherr—, «que se repite incansablemente, puede condensarse en una palabra, o mejor, en dos palabras: un término de origen docto, *contemplación,* o un término de origen humilde, *oración*». Ambos aparecen indistintamente en las obras de Casiano, según el cual la oración perfecta es propia del contemplativo. «Oración continua e ininterrumpida» y tener siempre la mente «adherida a Dios y a las cosas divinas» son dos fórmulas equivalentes. Evagrio Póntico enseñaba lo mismo cuando escribía en su precioso tratado *Sobre la oración:* «Si eres teólogo, orarás verdaderamente, y, si oras verdaderamente, eres teólogo». Hay que añadir en seguida que el «teólogo» de Evagrio nada tiene que ver con el sabio que especula sobre Dios: es el místico que, mediante el ascetismo y la contemplación de las criaturas, se remonta hasta la visión de Dios. La oración, además, constituye el objeto de toda renuncia, de toda ascesis: «Si ambicionas la oración, renuncia a todo para obtener todo». «Ve, vende cuanto posees y dalo a los pobres, y luego toma tu cruz y niégate a ti mismo para poder orar sin distracciones». La oración perfecta, la contemplación perfecta, es el fin del monje. Sin la gnosis, no se es monje más que exteriormente.

Lo mismo hay que decir de San Gregorio de Nisa. En su síntesis de espiritualidad para uso de los monjes que es el tratado *De instituto christiano,* Gregorio concede a la oración el puesto más eminente entre todas sus actividades; la considera como el medio más apto para alcanzar la perfección. Más aún, la oración perfecta constituye, según él, la cima más alta de la perfección

cristiana. Afirma: «Quien se entrega a la oración es unido a Dios por una santificación inefable». Y a continuación sigue un texto que H. Dörries y A. Kemmer consideran como una interpolación, pero que, al parecer, es auténtico: «Habiendo recibido al Espíritu por guía y aliado, arde en el amor del Señor y hierve de deseo, no encontrando saciedad en su oración, sino siempre inflamado en el deseo del bien». Siendo así las cosas, no es de extrañar que el Santo, al imaginar su monasterio ideal, considere como los primeros a los monjes que ponen en práctica el precepto del Apóstol de orar sin intermisión: el superior y los demás hermanos deben darles la oportunidad de dedicarse enteramente a la oración y animarlos en su esfuerzo, pues son los campeones, los guías y los modelos de la comunidad entera.

Parejamente, considera «Macario» la oración como «la piedra fundamental de todo esfuerzo bueno», y «la persistencia en la oración» como la «cumbre de la perfección». Por su medio pueden adquirirse todas las virtudes, pues la oración es el lazo que une el alma con Dios, fuente de toda energía espiritual, con un amor inefable. El que se esfuerza en perseverar en la oración es inflamado por el divino amor y el ardiente deseo de Dios y recibe la gracia de la perfección santificante del Espíritu. El mismo apelativo «monje» significa, según «Macario», que el que lo lleva «invoca a Dios en una oración incesante a fin de purificar su espíritu de los pensamientos numerosos e importunos y para que su espíritu llegue a ser monje en sí mismo, solo ante el verdadero Dios».

Monacato docto y monacato simple están de acuerdo en otorgar a la oración y la contemplación un lugar incomparable, único, en el ideal y en la vida del monje, y no se cansan de tejer sus elogios. Serapión de Thmuis ve la esencia de la vocación monástica en el desprendimiento de todas las cosas de este mundo a fin de vivir plenamente para Dios y con Dios: el monje tiende las manos sin cesar a él, pues su único oficio es el de orar sin interrupción. Rufino de Aquilea no duda en poner en labios de Juan de Licópolis esta doctrina: «La tarea principal del monje consiste en ofrecer a Dios una oración pura, sin tener nada que le reprenda en la conciencia». El viejo Palamón ense-

ñó al joven Pacomio que «la oración es la madre de todas las virtudes». Marcos el Ermitaño dará un paso más, y escribirá que «la práctica de los mandamientos está contenida enteramentte en la oración, pues no hay nada que supere el amor de Dios». Es una frase que arroja mucha luz sobre las relaciones entre contemplación y caridad. De hecho, para los antiguos, la oración contemplativa, en cuanto pone a contribución de un modo muy perfecto la caridad derramada en el corazón humano por el Espíritu Santo, es la fuente de todas las buenas obras y las contiene eminentemente en sí misma.

De todo esto se deduce que la oración, la contemplación, es el fin de la vida monástica. Los monjes buscan a Dios con el propósito de hallarle y permanecer estrechamente unidos a él por el íntimo lazo de la oración perfecta. Aspiran, como leemos en Casiano, a que «el alma se halle tan libre del peso de la carne, que suba todos los días hacia las alturas de las realidades espirituales hasta que toda su vida y los movimientos del corazón se conviertan en oración única e ininterrumpida».

El ideal: la oración continua

«Levantaos y saludad a los monjes para que os bendigan, pues hablan continuamente con Dios y sus bocas son santas». Estas palabras que dirigió a unos seglares uno de los padres del yermo, más que una realidad común en los desiertos y cenobios de la antigüedad, revelan el ideal que los monjes se proponían alcanzar a toda costa. La doctrina es firme y universal. Ya hemos leído algunos textos bien claros de Casiano y Macario. Evagrio Póntico escribe: «El que ama a Dios, conversa siempre con él como con un padre». Es la *parrhesía* en perpetuo ejercicio; pero, además, el verbo «conversar» tiene aquí un sentido mucho más extenso y profundo que el de hablar con otro; no se trata, en efecto, de pronunciar palabras, ni siquiera de palabras interiores, sino de una unión, de una comunión habitual. En otro lugar aconseja el propio Evagrio: «Ora sin interrupción y acuérdate de Cristo, que te ha engendrado». Los padres del yermo, «especialistas de la oración continua», la recomiendan con frecuencia.

En los mismos orígenes del monacato vemos que sus maestros en el ascetismo dieron al joven Antonio esta consigna, que él transmitió a sus propios discípulos. En la carta *Ad filios Dei*, atribuida a San Macario de Egipto, la constancia en la oración —*orationis instantia*— aparece ya en el primer tramo de la ascensión espiritual; a medida que el monje va creciendo en virtud y pureza de corazón, su oración aumenta en perfección, hasta que, llegado a las cumbres, vive unido habitualmente con Dios. San Epifanio, obispo de Salamina y anteriormente monje en Palestina, dijo: «El monje auténtico debe tener sin cesar en su corazón la oración y la salmodia». El testamento que el santo *apa* Benjamín dio a sus discípulos fue un texto de San Pablo a los tesalonicenses: «Estad siempre gozosos. Orad sin cesar. Dad gracias en todo». Nada recalca tanto el santo abad de Lérins, Porcario, a lo largo de sus *Avisos*, como la perseverancia en la oración: «Si es posible, habla siempre con el Señor. Nada antepongas a la oración durante todo el día... Haz verdaderamente lo que haces en silencio, paciencia y oración», etc. Citar todos los textos que inculcan la oración sin intermisión sería prácticamente imposible.

Los monjes antiguos, según todas las apariencias, se hallaban como fascinados por el ideal de la oración continua. ¿Por qué? Sin duda, porque también ellos, como todo hombre, querían ser felices, y cifraban su felicidad en el trato asiduo, íntimo y amoroso con Dios. Pero también, y sobre todo, porque leían en su Biblia frases muy claras y perentorias sobre este particular, especialmente en el Evangelio: «Es preciso orar en todo tiempo y no desfallecer»; y en San Pablo: «Orad sin cesar». Este mandamiento del Apóstol halló en el monacato primitivo una resonancia enorme, maravillosa. Nuestros monjes se esforzaron sinceramente por cumplirlo; pocos problemas pudieron interesarles más vivamente...

«Hesychía»

Los monjes, decididos a seguir a rajatabla el ideal de la oración que Evagrio Póntico formuló tan felizmente —dejarlo todo

para obtenerlo todo—, abrazaron la *hesychía*. Más aún, como nota pertinentemente C. Lialine, «todo monje oriental debía tender a la *hesychía,* conforme al canon cuarto del concilio de Calcedonia» (DS 4, 937). En Occidente tuvo asimismo la *hesychía* fervorosos partidarios, Casiano en primerísimo lugar.

¿Qué es la *hesychía*? —Por *hesychía* se entiende no solamente la oración, sino más bien un conjunto de cosas que hacen posible la *vida de oración*. Porque la *hesychía,* en fin de cuentas, es el amor, efectivo y convertido en género de vida, de silencio y soledad en orden a alcanzar la verdadera oración y la auténtica contemplación. Es llevar la lucha por la oración hasta el último extremo.

«Cuando yo vivía en el estado monástico —escribe el obispo Teodoreto de Ciro—, a todos los bienes de la tierra prefería la *hesychía*». «Ante todo, sed amigos de la *hesychía*», leemos en una carta del gran hesicasta que fue San Arsenio. Las recomendaciones, los elogios de la *hesychía,* son frecuentes y entusiastas en nuestros autores.

Hesychía, en los textos monásticos, suele tener dos sentidos principales, como hemos visto. A veces designa un estado de vida; otras, un estado de alma. Hay, por tanto, dos clases de *hesychía:* una física y otra espiritual.

La primera tiene por objeto la obtención de la segunda, y consiste esencialmente en separarse del «mundo», esto es, del conjunto de las pasiones; como éstas radican en el hombre, es preciso abandonar la sociedad de los hombres. Una vez fuera del mundo, el monje debe permanecer fiel a la soledad, al silencio, a la tranquilidad, a la paz. Todo esto va incluido en el concepto de *hesychía* como estado de vida. Justamente escribe San Jerónimo que el verdadero monje se distingue no por sus discursos y correteos, sino por su silencio y estabilidad: *non loquendo et discursando, sed tacendo et sedendo.*

El monje cenobita puede realizar de algún modo el ideal de vivir apartado en soledad, silencio y paz. Para él, «separarse del mundo», vivir «sin ciudad, sin casa, sin bienes, sin amistades, sin posesiones, sin medios de subsistencia, sin negocios, sin contratos, sin deseos de instruirse en ciencias humanas, pronto a recibir en el corazón las huellas que imprimen las divinas lecciones»,

como escribe San Basilio, no puede ser una pura utopía, un ideal enteramente fuera de su alcance. Viviendo en la «secreta morada del monasterio», puede realizar «sin gran distracción» lo que se canta en el salmo: «Reposad y ved que yo soy Dios». Sin embargo, es muy revelador que los antiguos tuvieran la tendencia de equiparar *anachóresis* y *hesychía*, como puede verse en textos de Gregorio de Nacianzo, Gregorio de Nisa, Teodoreto de Ciro, el Pseudo-Areopagita, etc., y que no dieron el nombre de hesicastas sino a los solitarios, hasta convertirse «hesicasta» en sinónimo de «anacoreta». Esto indica claramente que, según ellos, sólo en la soledad de la ermita es posible realizar plenamente la *hesychía* del cuerpo. Los anacoretas buscaban con tanto ardor la *hesychía* espiritual, que abrazaban plenamente la corporal por muy penosa que fuera; huían incluso de los otros monjes, porque éstos, al fin y al cabo, también eran hombres.

La *hesychía* del alma —entraña de la espiritualidad monástica oriental— está basada en una profunda convicción: «El monje, por vocación, está consagrado exclusivamente a perseguir la unión con Dios por la oración, la cual presupone el desprendimiento total, la perfecta purificación, la renuncia a todo lo que podría retardar su ascensión espiritual». La *hesychía* espiritual es «esa paz, esa tranquilidad del alma libre de las aspiraciones desarregladas que la dispone a la contemplación, acto supremo de la vida ascética». La *apátheia*, que Macario considera como «el verdadero *sabbat* y el verdadero reposo del alma que está vacía y purificada de todos los *logismoi* de Satán y descansa en una perpetua paz y alegría del Señor», constituye uno de sus aspectos esenciales; otro, la *amerimnia*, la total carencia de cuidados temporales, el perfecto desprendimiento evangélico; otro, ya mencionado en el texto de Macario, la *anapausis*, término muy frecuente en la literatura ascética antigua, que puede traducirse por «reposo», «descanso», «refrigerio», y que a veces se usa para designar la perfección espiritual y el estado de oración; otro, finalmente, la «pureza»: «pureza de la vida», «pureza del corazón», «pureza de la contemplación».

El amor y el cultivo del silencio y la soledad, de la tranquilidad y la paz, originaron en Oriente un sistema de espiritualidad en la *hesychía:* el hesicasmo. Pero, por muy entusiastas que fueran sus seguidores, jamás consideraron la *hesychía* como un fin, sino como un medio —un medio excelente ciertamente— para llegar al objetivo: la unión con Dios por la oración perpetua. Es un fin magnífico que, sin duda, tenía presente San Efrén cuando dedicaba a los hesicastas estos macarismos:

> «Bienaventurado aquel cuyo corazón está lleno de paz...
> Bienaventurado aquel que permaneció tranquilo en el silencio.
> Bienaventurado aquel que fue quieto y manso...
> Bienaventurado aquel que permaneció solitario en casa».

Formas inferiores de oración

La oración, la contemplación, ocupaba un lugar incomparable en la espiritualidad del monacato primitivo. El ideal de las primeras generaciones de monjes cristianos fue el cumplimiento exacto del precepto de orar continuamente. Esto queda muy claro. Sin embargo, profundizar en el estudio de la oración tanto en la vida como en los escritos de los monjes antiguos es realmente difícil, como nota pertinentemente I. Hausherr. Entre los principales escollos con que se choca hay que señalar, ante todo, el hecho de que los monjes se retiraron al desierto o se encerraron en sus cenobios no para llamar la atención o redactar su diario espiritual, sino para esconderse y para que el mundo los olvidara. Si algo sabemos de sus prácticas externas, pese a sus esfuerzos por ocultarlas, es porque las «virtudes somáticas» son visibles por naturaleza. Pero, ¿cómo penetrar en sus almas y enterarnos de su actividad más recóndita si ellos no nos abren la puerta? Cierto, saber cómo oraron los padres es una cosa muy ardua. Pero tampoco es fácil entender bien sus enseñanzas sobre la oración. Su terminología constituye a veces una verdadera cruz para los intérpretes. En efecto, las voces

equivalentes a «oración» en sus lenguajes griego, copto, siríaco o latino pueden servir igualmente para designar la oración litúrgica o común y la oración privada, la oración de petición hecha en voz alta y la oración callada y secreta del alma que se comunica con su Dios, la forma más elemental de plegaria y el más alto grado de contemplación. Determinar en cada pasaje el sentido exacto que tiene el vocablo, presenta no poca dificultades y a veces es problemático o enteramente imposible.

Evidentemente, los monjes antiguos conocieron todas las formas de oración y se ejercitaron en ellas. Sus maestros espirituales, en particular Evagrio y Casiano, les explicaron asimismo que, según San Pablo, la oración puede revestir cuatro expresiones principales. Casiano se ha explicado largamente sobre ellas, pues, como dice por boca de *apa* Isaac, «no podemos suponer que San Pablo hiciera esta división cuatripartita sin una buena razón». Escribe Pablo a Timoteo: «Ante todo, te ruego que se hagan peticiones, oraciones, súplicas y acciones de gracias». Y Casiano explica:

> «La petición es el grito, la plegaria que pide perdón por los pecados...
>
> Las oraciones son actos por los cuales ofrecemos o dedicamos alguna cosa a Dios. En griego se llama *euché*, es decir, 'voto'...
>
> En tercer lugar vienen las súplicas, que solemos hacer también por los otros cuando sentimos el fervor espiritual...
>
> En cuarto lugar están las acciones de gracias que el alma ofrece a Dios en medio de transportes inefables, sea cuando recuerda los beneficios que de El recibió en el pasado, sea cuando contempla los presentes, sea cuando dirige su mirada hacia el futuro y la posa en los infinitos bienes que prepara a quienes le aman...»

Esta clasificación, que se inspira inmediatamente en Evagrio Póntico, es un poco artificial, como reconoce el propio Casiano, y no abarca todas las posibilidades, ni mucho menos. Estamos en

un dominio inmenso, cuyas riquezas no tienen fin, pues «hay tantas clases de oración cuantas son las almas». Sin embargo, los cuatro géneros mencionados son muy reales y pueden servir de punto de partida para elevarse hasta los grados superiores de oración, como apunta Casiano: «De estos cuatro géneros se originan otras oportunidades de oración más sustancial», que a veces adquiere los más puros quilates de fervor y pureza.

Propiedades de la oración

Si es verdad que, según las apariencias, para muchos solitarios la vida de oración consistía sobre todo en rezar muchas oraciones, no es menos cierto que los maestros espirituales del monacato primitivo insisten fuertemente en que la oración, para merecer este nombre, debe ser verdadera, esto es, auténtica comunicación personal del hombre con Dios. Como advierte Evagrio Póntico, «la excelencia de la oración no consiste en la simple cantidad, sino en la cualidad, lo que prueban los dos [hombres] que subieron al templo y además estas palabras: 'Vosotros, cuando oréis, no disparatéis', y lo que sigue».

Evidentemente, una oración que se derrama en mera palabrería ya no sería pura; no sería ni siquiera oración. De ahí el aprecio extraordinario en que el monocato primitivo tuvo esas plegarias breves, a veces brevísimas, pero extremadamente intensas, conocidas por el nombre de «jaculatorias». Ya San Agustín participaba a Proba que «los hermanos de Egipto se ejercitan en oraciones frecuentes, pero muy breves y como lanzadas en un abrir y cerrar de ojos, para que la atención se mantenga vigilante y alerta y no se fatigue ni embote con la prolijidad, pues es tan necesaria para orar». Los padres del yermo —dice Casiano— piensan que son más útiles las «oraciones cortas, pero muy frecuentes», por dos razones: la primera, porque orando tan a menudo se está en contacto continuo con Dios, y la segunda, porque con la brevedad se evitan los dardos que el diablo suele disparar cuando oramos.

Las mismas distracciones, ¿no son obra del Tentador, que no puede sufrir que el monje ore? En fin de cuentas, la oración no

debe prolongarse para que sea verdaderamente pura. Para dirigirse a Dios basta una frase, una exclamación, un versículo de un salmo. Unos hermanos preguntaron a *apa* Macario: «¿Cómo se debe orar?» El anciano respondió: «No es preciso hacer grandes discursos; basta levantar las manos y decir: 'Señor, como lo quieres y sabes, ten piedad'. Y si el combate se prolonga: 'Señor, ayúdame'. El sabe lo que necesitamos, y tiene compasión».

San Antonio, San Arsenio, San Macario de Egipto, Evagrio Póntico, Ammonas y tantos otros padres, insignes o no, doctos o no, practicaron y recomendaron las oraciones breves, pero puras, intensas, frecuentes y perseverantes. Algunos monjes se pasaban el día, el año y aun la vida repitiendo con frecuencia una misma frase, tomada o sugerida por la Biblia las más de las veces. Ya sabemos, por ejemplo, cómo *apa* Apolo de Escete decía sin cesar: «He pecado como hombre; tú, como Dios, ten compasión de mí». Era la insistencia en llamar a la puerta de que habla el Evangelio. Y conseguían lo que pedían, aunque a veces les costara más de treinta años. Sisoes, el solitario, pasó tan largo lapso de tiempo suplicando: «Señor Jesús, ampárame contra mi lengua». La literatura referente al monacato primitivo está llena de ejemplos de esta clase.

En el famoso capítulo 10 de la colación X, uno de los más largos de la obra y, sin disputa, el más elocuente, Casiano ha entonado las alabanzas de una de esas fórmulas cortas de oración usada por los monjes antiguos. El abad de Marsella no ha falseado en modo alguno las enseñanzas de sus maestros del desierto, atribuyéndoles sus propias ideas acerca de la excelencia, el uso y la eficacia de las jaculatorias. Todo el mundo estaba de acuerdo en que la continua repetición de una invocación breve, pero intensa, que recordara al monje su condición de pecador, de criatura desvalida, y expresara al mismo tiempo su inmensa confianza en la bondad salvadora y santificadora de Dios, era una ayuda inapreciable en el camino de la virtud y aun una excelente preparación a recibir el don gratuito de la contemplación. Nada como este ejercicio, pensaban, para establecer al hombre en la humildad, simplificar y unificar su vida espiritual, mantenerle en la presencia de Dios y en su amor. La tradi-

ción oriental posterior preferirá la llamada «oración de Jesús»: «Señor Jesús, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador»; Casiano, entre los centenares de fórmulas que tendrían sus entusiastas en el mundo monástico, escogió y alabó con singular fervor y comunicativo entusiasmo el primer versículo del salmo 70: «¡Oh Dios!, ven a librarme. ¡Oh Señor!, ven aprisa a socorrerme». *Apa* Isaac, en cuyos labios pone Casiano sus dos grandes conferencias sobre la oración y contemplación, declara que esta fórmula constituye una enseñanza esotérica, un secreto que le comunicaron «unos pocos de los padres más ancianos que quedaban», y que éstos reservaban sólo para «los poquísimos que suspiraban por el verdadero camino». Es una «fórmula de piedad» que excita en el hombre toda suerte de buenos sentimientos, un arma contra toda clase de tentaciones, una medicina contra todas las enfermedades del alma, una ayuda inapreciable para mantener vivo el recuerdo de Dios y sostener una oración en todos los momentos. En una palabra, la maravillosa fórmula es útil para todo. Es imposible recomendar una cosa con más calor del que pone Casiano en estas páginas, reveladoras, con toda probabilidad, de una auténtica y maravillosa experiencia espiritual.

En el capítulo siguiente explica Casiano con alguna detención cómo la incomparable fórmula, fielmente usada por el monje, le conduce a «la más pura de las oraciones puras»; una oración que no se ocupa de la consideración de imagen alguna ni se expresa con palabras, sino que brota con la intensidad de una chispa, un transporte inefable, un ímpetu espiritual insaciable. «Arrebatada a los sentidos y a todo lo visible, el alma se dirige a Dios con suspiros y gemidos inenarrables».

A estas alturas místicas conduce, según Casiano, su *formula pietatis*. Pero nosotros no podemos pararnos en ellas. Prosiguiendo nuestro análisis de los principales rasgos de la oración tal como fue concebida y practicada por los monjes antiguos, señalemos otra característica: la perseverancia. Perseverancia no sólo en la oración, sino en un tipo especial de plegaria. El *Deus in adiutorium* de Casiano es un ejemplo notable de ello. Ammonas rogó día y noche durante catorce años para que le fuera

concedido llegar a dominar la pasión de la ira. Ya hemos visto que Sisoes pidió insistentemente por espacio de treinta años: «Señor Jesús, ampárame contra mi lengua». El santo *apa* Teodoro pasó en ferviente oración siete días con sus noches pidiendo a Dios la explicación de un pasaje bíblico, hasta que el Señor se la reveló. Son casos notables de perseverancia en la oración, pero no extraordinarios en el mundo monástico primitivo. Aquellos hombres eran así de tenaces. Su fe no tenía límites. *Apa* Sisoes, al enterarse de que su discípulo Abrahán había sucumbido a una tentación, «se levantó, extendió las manos al cielo y dijo: '¡Oh Dios!, no te dejaré, quieras que no, hasta que le hayas sanado'. Y en seguida el discípulo sanó». Dios sabía que el santo anciano cumpliría su amenaza, y se apresuró a complacerle. Casiano enseña, de acuerdo con la Sagrada Escritura, que «las oraciones son escuchadas por diferentes razones, según las diferentes condiciones de las almas que oran»; pero no ignora que, sin poseer otro título, basta al hombre ser perseverante en su oración para obtener lo que pide.

Otro aspecto de la oración del monacato primitivo que no puede descuidarse en modo alguno son las lágrimas. La oración acompañada de lágrimas gozaba de un prestigio incomparable. Y se comprende. ¿No constituye acaso la compunción, la «compunción del corazón», uno de los tesoros más estimados de las primeras generaciones monásticas, hasta el punto de hacer de ella el ambiente normal en que transcurría su vida? Su oración, por lo tanto, no podía menos de estar profundamente marcada por este sello que la autenticaba. Justamente ha notado un buen conocedor de la espiritualidad oriental que los monjes influyeron de un modo decisivo en dar un nuevo rumbo a la oración cristiana. En efecto, la oración de los cristianos había consistido hasta entonces sobre todo en una petición de socorro o de protección. La piedad cristiana parecía mirar hacia el porvenir. Esta tendencia subsistirá, aunque menos aparente, entre los monjes. Pero éstos se dejarán influenciar sobre todo por el sentimiento de compunción, por el *penthos*, por la *catanyxis*, y llorarán sus pecados y multiplicarán las letanías pidiendo perdón a Dios. Se diría que miran más hacia el pasado, aunque sólo con el fin de

prepararse un porvenir mejor. Claro que no debe exagerarse la diferencia, pero es preciso admitir que los monjes trasladaron el acento de un lugar a otro en materia de oración. ¿Por qué? El influjo de Orígenes, ciertamente, debió de pesar bastante; pero sobre todo fue determinante la influencia del ambiente general de los nuevos tiempos, los que siguieron a la paz de la Iglesia. Efectivamente, este cambio no ocurrió desde los mismos orígenes del monacato. La *Vida de San Antonio* es muy diferente, desde este punto de vista, de las enseñanzas y prácticas de San Arsenio y sus émulos, aunque todos tiendan y lleguen a un mismo fin. La misma diferencia existe entre Afraat y Efrén, separados tan sólo por unos lustros de distancia. Evagrio Póntico recomendó vivamente la oración penetrada de compunción:

> «¡Oh Dios, ten piedad de mí, pecador! ¡Oh Dios, perdóname mis ofensas! ¡Señor, purifícame de mi iniquidad, porque es grande! ¡Oh Creador mío, ten piedad de mi flaqueza! ¡Oh mi Señor y Autor, perdóname! Tus manos obraron en mí y me plasmaron; no dejes que perezca. Señor, que me formaste en un seno tenebroso y me hiciste salir a la luz de tu bondad, haz que salga de las tinieblas odiosas a la luz de tu conocimiento. Puesto que he salido del mundo, haz que no me embarace de nuevo en sus negocios. Puesto que deseché su concupiscencia, haz que no me manche de nuevo con ella. Ya que aparté de él mi rostro, haz que no me ponga a mirarle de nuevo. He abandonado mi heredad, he despreciado el afecto de mis amigos, he rechazado todas las cosas: es hacia ti hacia donde quiero ir. Pero se me han presentado mis pecados y me han hecho tropezar. Ladrones me asaltaron desde su emboscada para cogerme. Los deseos se yerguen contra mí como las olas del mar. Señor, no me abandones, antes bien envía a alguien de lo alto y líbrame, arráncame, retírame del mar de los pecados. Tengo una gran deuda de diez mil talentos y hasta hoy no he pagado nada; ten paciencia conmigo y te lo devolveré

todo. No renegaré de tu amor, pues eres tú quien me ha formado de la tierra, quien extiende su mano sobre mí y me guarda».

Y Evagrio añade a renglón seguido: «Esto es lo que hay que meditar durante la oración». Es decir, tales son los sentimientos de compunción que deben llenar el corazón del monje para que su oración sea pura, sincera, agradable a Dios.

En otro lugar, el mismo maestro de espiritualidad aconseja: «Sírvete de las lágrimas para tener éxito en todas tus peticiones, pues tu Señor se complace en aceptar una oración acompañada de lágrimas». Más aún: «Al principio de la oración esfuérzate por derramar lágrimas y tener compunción, a fin de que toda tu plegaria sea fructífera». Pero este texto de Evagrio no significa que las lágrimas proceden siempre de un esfuerzo. El mismo Evagrio escribe en otro lugar: «Cuando vertieres fuentes de lágrimas en tu oración, no te ensoberbezcas interiormente; tu oración, simplemente, ha recibido un socorro para que puedas confesar con generosidad tus pecados y aplacar al Señor con tus lágrimas». Las lágrimas que realmente cuentan en la oración son una gracia de Dios. Marcos el Ermitaño enseña algo parecido a lo que acabamos de leer en Evagrio: «No te engrías porque derramas lágrimas en tu oración: Cristo toca los ojos de tu corazón y te ha hecho ver interiormente».

No eran meras teorías. Numerosísimos textos nos hablan de monjes que realmente lloraban de compunción mientras oraban. He aquí un ejemplo: «Cuando Hipacio oraba, sentía compunción y lloraba, y clamaba a Dios tan fuertemente, que nosotros, derramando lágrimas, nos llenábamos de un miedo sagrado».

San Hipacio, como se entrevé por el texto que acabamos de leer, oraba en voz alta, al menos algunas veces. Ya hemos indicado que esto ocurría con frecuencia en el mundo monástico de la antigüedad; incluso, según todos los indicios, era lo más corriente. Algunos maestros inculcaban insistentemente la conveniencia de orar sin palabras, en secreto, de manera que así como la oración vocal es un elemento característico de la práctica monástica, así la secreta o interior lo es, sobre todo, de la

teoría. Casiano, como de costumbre, nos resume la doctrina de sus maestros del desierto sobre este particular cuando escribe que debemos tener particular interés en seguir el precepto evangélico de entrar en nuestra habitación y cerrar la puerta para hablar con nuestro Padre. Oramos con la puerta cerrada cuando, «sin abrir los labios y en un silencio perfecto, suplicamos a aquel que no hace caso de las palabras, pero mira los corazones».

Es cierto que los monjes no descubrieron que la quietud nocturna constituye el ambiente ideal para la oración, pues de antiguo se consideró las horas de la noche como las más propicias. Mucho antes de la aparición del monacato, Hipólito aconsejaba a todo buen cristiano:

> «A mitad de la noche, abandonando la cama, levántate y ora. Los antiguos nos han transmitido esta costumbre. A esta hora todo el universo descansa, bendiciendo a Dios. Las estrellas, los árboles y las aguas parecen inmóviles. Todo el ejército de los ángeles cumple su ministerio con las almas de los justos. Así, los creyentes oran a esta hora».

Se apropiaron los monjes esta manera de pensar, y la oración nocturna se convirtió en una de las características de su vida y espiritualidad. Los textos que nos lo certifican son numerosos. He aquí uno del gran San Basilio escribiendo a su amigo Gregorio de Nacianzo desde su retiro de orillas del Iris:

> «Lo que es para los otros el alba, debe ser la media noche para los que se ejercitan en la piedad, pues es sobre todo la tranquilidad de la noche lo que conviene al alma, cuando ni los ojos ni los oídos hacen penetrar hasta el corazón las palabras y los espectáculos perjudiciales, y el espíritu, solo y recogido, se une con Dios...»

La tradición antigua es unánime sobre este punto de la oración nocturna. Casiano, por citar otro ejemplo, nos cuenta esta

deliciosa anécdota acaecida en el desierto de Egipto; los protagonistas son él mismo y el santo *apa* Teodoro:

> «Una vez este mismo abad Teodoro vino de improviso a mi celda en plena noche, vigilando secretamente, con paterna curiosidad, lo que yo hacía solo siendo anacoreta todavía novato. Me encontró cuando me estaba acostando sobre mi estera, apenas terminado el oficio de la noche, y mi cuerpo fatigado empezaba a descansar. Entonces, suspirando profundamente y llamándome por mi nombre, me dijo: '¡Oh Juan, cuántos en este momento conversan con Dios y lo retienen y abrazan en sí mismo! ¿Y tú te privas de tan gran luz vencido por un sopor estéril?'».

Biblia y oración

Mención aparte merece un último rasgo verdaderamente sobresaliente que distinguimos en la oración de los monjes antiguos: su sabor esencialmente bíblico. En realidad, todas las fórmulas de plegaria que nos ha legado el monacato primitivo están henchidas de savia bíblica, de ideas bíblicas, de sentimientos bíblicos, de palabras bíblicas. Y esto, por lo común, hasta un grado que nos llena de asombro.

Los monjes antiguos no podían orar de otro modo. Primero, porque profesaban una devoción total a la palabra de Dios. La Escritura —lo hemos visto— era la verdadera regla monástica y el espejo en que el monje hallaba ejemplos magníficos que imitar; la Biblia era el libro del monje, y el monje, el hombre de la Biblia. Cuando se trataba de oración, esto, naturalmente, seguía siendo verdad. La palabra de Dios contenida en los libros sagrados constituía el alimento y el estímulo de la plegaria monástica. El verdadero monje había penetrado en la vida de la Biblia, que es la vida de comunión e intimidad entre Dios y el hombre, en la que Dios toma la iniciativa del diálogo y, al propio tiempo, suscita, o mejor, crea y anima, la respuesta de su creatura humana. Jalo-

nada en toda su extensión de innumerables oráculos divinos y de admirables plegarias, en que el hombre, inspirado por él, expone a su Padre del cielo sus necesidades, le explica sus triunfos y sus desgracias, sus alegrías y sus tristezas, y le expresa su adoración y su amor, su compunción y su acción de gracias, la Escritura, «divinamente inspirada», no sólo enseñaba al monje cómo debía orar, sino que ponía en sus labios las palabras mismas con que expresar a Dios su fe, su esperanza, su amor y todos los sentimientos más puros capaces de brotar del corazón humano tocado por la gracia. La idea que de la oración se hacían los antiguos la resume excelentemente Jean Leclercq cuando escribe: «Dios nos ha hablado, y sus palabras nos han sido consignadas en un libro, en *el Libro,* la Biblia. Por consiguiente, la Biblia debe ser la fuente normal de la oración. La Biblia proporciona a la plegaria todas las palabras que ésta necesita para ser una plegaria, para ser acepta a Dios. Gracias a la Biblia, la oración puede ser una eucaristía: una *eucharistia* o *gratiarum actio.* Devolvemos a Dios lo que hemos recibido de él; decimos a Dios las palabras que Dios nos ha dicho».

Su libro de oración por excelencia era el Salterio. Como es bien sabido, los salmos constituían la parte principal y más característica del oficio canónico, que ningún monje dejaba de recitar; su rezo, su «rumiación» *(melete, meditatio),* acompañaban y vivificaban el trabajo manual de los solitarios en el recogimiento de la celda; algunos de sus versículos más enjundiosos y expresivos, como el *Deus in adiutorium* de Casiano, eran usados continuamente a guisa de jaculatorias. La salmodia, conforme al sentir de nuestros monjes, era útil para todo: como escuela de oración, como arma contra el demonio, como acicate que estimulaba al alma falta de fervor, como instrumento perfecto para obtener el espíritu de compunción y sus estupendas secuelas: las lágrimas, el silencio interior, la quietud total.

Un monje que no rezara los salmos en público y en privado, que no los supiera de memoria, que no estuviera impregnado de sus sentimientos, era sencillamente inimaginable. Incluso se dio el caso de que algunos candidatos a la vida eremítica pasaran varios años en un cenobio con el fin de aprender de coro el Sal-

terio. La recitación de los salmos era considerada como la mejor defensa contra demonios y pasiones y el mejor reclamo para atraer los ejércitos angélicos. Ocupaba en la vida del monje un lugar tan preeminente, que toda la actividad monástica podía designarse con el vocablo «salmodia».

El Salterio era la escuela de oración del monacato primitivo. Su recitación casi continua, acompañada por el constante esfuerzo de traducir en actos las divinas enseñanzas que contiene, iniciaba al asceta en el arte de apropiarse las oraciones de la Escritura. Es clásica la doctrina de Casiano sobre este punto: gracias a la práctica del ascetismo, penetramos tan profundamente en las Escrituras, que se nos manifiesta su corazón y meollo, por así decirlo, «cuando nuestra experiencia no sólo nos permite conocerla, sino que hace que anticipemos este mismo conocimiento, y el sentido de las palabras no se nos descubre por una explicación, sino por la prueba que de ellas hemos hecho». Y en seguida vienen estas frases memorables: «Penetrados de los mismos sentimientos en que el salmo fue cantado o compuesto, nos convertimos, por así decirlo, en sus autores y anticipamos su pensamiento más bien que lo seguimos; comprendemos el sentido antes de conocer la letra».

«Tu Salterio es mi corazón», exclama San Jerónimo dirigiéndose al Señor. El gran libro de plegarias del Antiguo Testamento, y, en general, la Biblia entera, proporcionaba al monje la voz de su oración. Pero no cabía hacerse ilusiones: llegar a compenetrarse con la vida de oración de la Escritura es una meta difícil de alcanzar; supone una larga educación. Acabamos de ver cómo Casiano hace hincapié en la necesidad de vivir según la Biblia para poder orar con la Biblia. Otro precepto importante que recoge el autor de las *Colaciones* consiste en rechazar toda curiosidad meramente intelectual, evitar el mariposeo de un texto a otro sin profundizar realmente ninguno y, *a fortiori*, excluir todo pensamiento ajeno a la salmodia. Es claro que un monje que no acataba esta disciplina, no llegaba jamás a orar verdaderamente con la Biblia. En cambio, los que lograban alcanzar este objetivo difícil, no sólo rezaban con palabras y sentimientos de la Escritura, sino que hacían de ésta el vehículo

normal de los propios pensamientos y afectos más personales e íntimos. Porque lo más maravilloso del caso no es que las oraciones monásticas que nos han llegado estén casi íntegramente compuestas de elementos bíblicos, sino que dichos elementos se hayan convertido, indiscutiblemente, en carne y sangre de la plegaria del monje. Colmadas de sentimientos de alabanza, gratitud, compunción y todos los más nobles afectos del corazón humano, las viejas oraciones monásticas dan una impresión inequívoca de naturalidad, espontaneidad y fluidez admirables.

La «lectio divina»

Son conocidas las palabras de San Jerónimo a la virgen Eustoquia: «Sea tu custodia lo secreto de tu aposento y allá dentro recréese contigo tu Esposo. Cuando oras, hablas a tu Esposo; cuando lees, él te habla a ti». Años antes, el propio Jerónimo había escrito a Rufino en una poética evocación de la vida de su común amigo Bonoso, que se había hecho anacoreta en un islote escarpado: «Ora oye a Dios cuando recorre por la lección los libros sagrados, ora habla con Dios cuando hace oración al Señor». San Agustín conocía también esta hermosa idea, como lo prueba un texto de las *Enarrationes in psalmos:* «Tu oración es una locución con Dios. Cuando lees, te habla Dios; cuando oras, tú hablas a Dios». Muy anteriormente a San Jerónimo y San Agustín, San Cipriano aconsejaba a Donato: «Sé asiduo tanto a la oración como a la lectura. Ora habla con Dios, ora Dios contigo».

Teóricamente, la vida espiritual del monje no conoce más que dos ocupaciones perfectamente complementarias: la oración y la lectura. «A la oración sucede la lectura; a la lectura, la oración», era la consigna expresada por San Jerónimo, pero en modo alguno inventada por él. Cierto que el monje también debía trabajar; pero el trabajo no podía ser un obstáculo a la oración, como no lo eran las tareas episcopales para el gran modelo de los monjes de Occidente, San Martín de Tours; según lo que nos dice Sulpicio Severo, «no pasó hora o momento alguno que no dedicara a la oración o a la lectura; aunque, incluso mientras leía o hacía otra cosa, nunca dejaba de orar».

Los maestros espirituales del monacato primitivo concedieron a la lectura un puesto de gran relieve en la teoría general de la vida religiosa. La expresión *lectio divina* se halla ya en San Ambrosio, San Agustín y otros Padres; gracias sobre todo a San Benito, la consagrará el uso de los siglos monásticos.

La mística oriental (*)

La oración del publicano: "Señor, ten piedad de mí, pecador", debe acompañar a los justos hasta la puerta del Reino (1)...

Si el hombre no se vuelve hacia Dios por su propia voluntad y con todo su anhelo, si no se dirige a él en plegaria con la fe entera, no puede ser curado (2).

La plegaria comienza por el llanto y la contrición, sin que se convierta en pasión, como dice San Nilo Sinaíta (3).

Existe la plegaria activa, la de las palabras, que desemboca en la impasibilidad (conformidad con la voluntad de Dios), que es el límite de la plegaria (4).

Ahí empieza la plegaria contemplativa, sin palabras, donde el corazón se abre en silencio ante Dios. La oración es la fuerza motriz de todos los esfuerzos humanos y de toda la vida espiritual. Es "la conversación con Dios que se hace en secreto", es también "todo pensamiento sobre Dios, toda meditación sobre las cosas espirituales", dice San Isaac Siriaco, dando un sentido muy amplio a la palabra plegaria (5).

La unión con Dios no puede realizarse fuera de la plegaria, pues la plegaria es una relación personal del hombre con Dios. Ahora bien, la unión debe efectuarse en las personas humanas, de forma personal, consciente y voluntaria. "La virtud de la plegaria lleva a cabo el sacramento de nuestra unión con Dios —dice San Gregorio Palamas— pues la plegaria es el vínculo de las criaturas racionales con su Creador (6). Es más perfecta que el ejercicio de las virtudes, al ser la conductora del coro de las virtudes (7).

El conjunto de las virtudes debe servir para la perfección de la plegaria; por otra parte las virtudes no pueden ser estables si el espíritu no está constantemente orientado hacia la plegaria.

Pero la mayor de las virtudes, la caridad, el amor a Dios en el que se realiza la unión mística, es el fruto de la plegaria, dice San Isaac Siriaco (8).

La plegaria empieza con las peticiones; es "la plegaria de súplica", según Isaac Siriaco, inquieta, cargada de preocupaciones y de temores. No es más que una preparación a la verdadera plegaria, a la "plegaria espiritual", una elevación gradual hacia Dios, el esfuerzo, la búsqueda. Pero poco a poco el alma se concentra y se reúne, las peticiones particulares se desvanecen y parecen inútiles, pues Dios contesta a la plegaria haciendo manifiesta su providencia que todo lo abarca. Se deja de pedir, pues uno se confía enteramente a la voluntad de Dios. En este estado se llama "la oración pura".

Es el límite de la oración cuando nada de lo que es ajeno a la oración entra ya en la conciencia, ni desvía ya la voluntad orientada hacia Dios, unida a la voluntad divina.

NOTAS

(*) Teología mística de la Iglesia de Oriente, cap. X (Herder. 1982).
(1) Wensinck, p. 338.
(2) S. Macario de Egipto, Hom. spir., XXXIII, PG 34, 741.
(3) De Oratione, c. 8, PG 79, 1169 AB.
(4) Wensinck, p. 294-295.
(5) PG 150, 1117 B.
(6) San Gregorio Niseno, *De Instituto Christiano* PG 46, 301 D.
(7) Wensinck, p. 318 s.
(8) Wensinck, p. 113.

INDICE